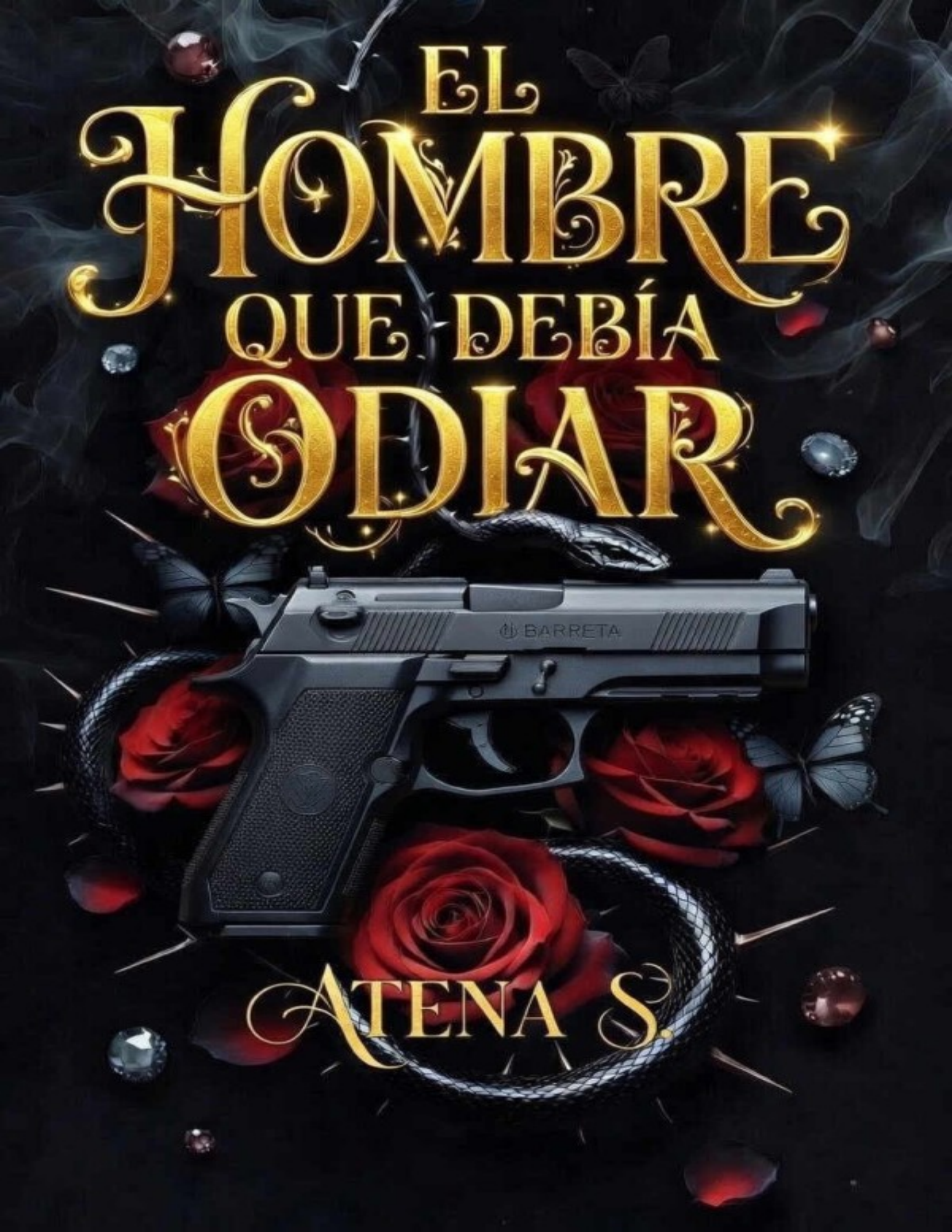
EL HOMBRE QUE DEBÍA ODIAR



ATENA S.

EL HOMBRE QUE DEBÍA ODIAR

EL HOMBRE QUE DEBÍA ODIAR

ATENA S.

Copyright © 2026 ATENA S.

Esta obra está protegida por derechos de autor.
Queda prohibida la reproducción, distribución, adaptación, traducción o cualquier uso total o parcial del contenido sin la autorización expresa de la autora.
Todos los personajes, escenarios y acontecimientos descritos en esta historia son producto de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
Todos los derechos reservados.

El amor llega cuando menos
te lo esperas, porque cuando
te pasas la vida esperando
algo, lo único que consigues
es sufrir por lo que no
tienes... y, de repente,
aparece ese amor inesperado
que te lo da todo, con una
pasión que te descoloca.

ATENA S.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Esta obra es una novela de ficción perteneciente al género dark romance y contiene material explícito destinado a un público adulto.
A lo largo de la historia se desarrollan y describen con detalle los siguientes temas:

- **Violencia física y psicológica**
- **Relaciones de poder desequilibradas**
- **Lenguaje explícito, degradante y misógino (dentro del contexto mafioso)**
- **Matrimonio forzado y coerción.**
- **Abuso verbal y dinámicas familiares tóxicas.**
- **Escenas sexuales gráficas**
- **Celos posesivos extremos y comportamiento controlador.**
- **Alcohol, tabaco y referencias a drogas**
- **Referencias a organizaciones criminales.**
- **Muerte violenta.**
- **Situaciones que pueden resultar perturbadoras o emocionalmente intensas.**
- **Tortura.**
- **Consonancia dudosa.**
- **Kinks.**
- **Tentativa de agresión sexual por terceros.**
- **Lenguaje soez.**

Esta obra NO romantiza la violencia ni el abuso, sino que explora dinámicas complejas dentro de un contexto de ficción oscura. Algunos comportamientos representados no deben ser replicados ni considerados modelos de relación saludables.
Se recomienda discreción. Lectura exclusiva para mayores de 18 años.



1

RAFFAELO

La caridad es el disfraz favorito de los hijos de puta. Y esta noche, en Sicilia, el infierno vestía de esmoquin y bebía *champagne* tibio.

El aire dentro del majestuoso *Palazzo DiStefano* apestaba. Y no me refería a basura convencional. No importaba cuántos miles de

euros en gardenias blancas hubieran traído de Holanda esa misma mañana, ni cuántos litros de *Chanel* y *Dior* se hubieran rociado sobre las gargantas palpitantes y las muñecas de las mujeres que llenaban el salón principal. El hedor era más profundo. Olía a mentiras. A ambición podrida. A miedo enmascarado con risas demasiado agudas.

Odiaba estos eventos. La "Gala Benéfica por los niños de Sicilia". *Cazzo.* Menuda farsa. La única caridad que estos buitres conocían era la que se hacían a sí mismos para lavar dinero sucio y fingir que sus almas no estaban ya condenadas al noveno círculo

del infierno.

Ajusté los gemelos de mi camisa. Oro blanco. El metal se sentía frío contra mis muñecas, un contraste brutal con el calor que irradiaba la tinta bajo la tela inmaculada de mi traje hecho a medida en Milán. Mi piel picaba. Mi bestia interior arañaba las paredes de mi caja torácica, exigiendo sangre en lugar de este vino aguado, mientras yo seguía rodeado de mediocres.

—*Capo* —la voz de Enzo, mi *consigliere* y sombra, resonó a mi izquierda.

No me giré. Mis ojos barrían el salón como un radar militar, catalogando amenazas, debilidades y oportunidades. Un tic en la mandíbula de un socio, una mirada demasiado larga de un enemigo... todo era información.

—Parece que los DiStefano han tirado la casa por la ventana —murmuró Enzo. Su voz era un zumbido bajo, casi imperceptible sobre el estruendo de las copas de cristal chocando y las risas falsas.

—Están en bancarrota, Enzo —respondí sin mover los labios, mi vista fija en el centro del salón barroco—. Esto no es una fiesta. Es una liquidación por cierre. Están vendiendo las últimas reliquias de su dignidad para aparentar estatus antes de que los despiece.

—¿Ves algo interesante, *Capo*?

—Veo escoria —dije con desdén—. Veo hombres patéticos que creen que el poder se mide por el tamaño de los diamantes en los dedos de sus putas que les calientan la cama.

Mis ojos, fríos y vacíos de cualquier rastro de empatía, escanearon la estancia. Había caras conocidas. El clan Santoro. Los Rossi. Los idiotas de los Barone. Russo. Socios, enemigos y cucarachas que cambiarían de bando por un fajo de billetes.

—Dime que esto terminará pronto, Enzo, o tendré que empezar a dispararles a las rodillas de los pobres camareros solo para entretenerme.

—Paciencia, Raffaelo. Es por los huérfanos. Tienes que sonreír al menos tres veces —respondió Enzo con ese tono seco que usaba cuando quería mandarme a la mierda pero valoraba su vida. Era el único hombre vivo con permiso para usar el sarcasmo conmigo.

—Los huérfanos que nosotros mismos creamos —repliqué—. Mira a este zoológico. Tiburones intentando caminar sobre dos piernas. Detesto respirar el mismo aire que ellos.

—Parecen buitres con esmoquin —murmuró Enzo.

—Insultas a los buitres, Enzo. Los buitres al menos esperan a que estés muerto para comerte. Estos... —detuve mi mirada en Giuseppe Russo, un lavador de dinero que sudaba profusamente mientras hablaba con un juez—... estos te devoran mientras te dan la mano y te preguntan por tu madre.

Enzo soltó una risa seca y me tendió un vaso de cristal pesado. Whisky. Sin hielo. Ámbar oscuro, como los ojos de un demonio.

Era la única regla inquebrantable en mi vida pública: Nadie me sirve una bebida excepto yo mismo o Enzo. En mi mundo, la confianza era una bala en la recámara; un descuido, un vaso desatendido, y terminabas espumeando por la boca en el baño de mármol antes de que sirvieran el postre.

Di un trago. El líquido quemó mi garganta, un fuego bienvenido que bajó hasta mi estómago, asentando la violencia latente.

Mis ojos escanearon la sala por enésima vez. Candelabros de cristal de Murano, camareros moviéndose como fantasmas aterrorizados, y la élite criminal de Sicilia fingiendo ser aristocracia. Nada se me escapaba. Veía las alianzas formándose en las esquinas oscuras. Veía el miedo en los ojos de los deudores. Veía a las esposas trofeo, con sus diamantes y sus sonrisas de Valium, fingiendo que sus maridos no eran carniceros.

Y veía a las mujeres que me miraban a mí.

Eran fáciles de identificar. No buscaban caridad, buscaban peligro. Buscaban al Capo de Catania. Al *Diablo*. Mi reputación me precedía: decían que yo no tenía corazón, que tenía hielo en las venas y pólvora en el alma. Y eso, lamentablemente, mojaba las bragas de cierto tipo de mujer que confundía la sociopatía con el misterio.

Nadie me sostuvo la mirada. Cuando mis ojos se cruzaban con los de algún jefe de clan menor, ellos desviaban la vista, buscaban una copa, miraban a sus mujeres. El miedo. *Perfetto.* El miedo era la única moneda que nunca se devaluaba en nuestra economía. Sabían

quién era yo. Sabían que Raffaelo Moretti no venía a socializar; venía a cazar debilidades.

—El senador Rossi está mirando hacia aquí —murmuró Enzo.

—Que mire. Quiere saber si el cargamento del puerto llegó. Dejaré que sude un poco más. La incertidumbre lo hará más dócil cuando negociemos el porcentaje.

Me sentía... aburrido. Un aburrimiento letal, de esos que te hacen desear sacar la pistola solo para ver si el rojo de la sangre rompe la monotonía del dorado y el negro de la decoración.

Caminé entre la multitud. La gente se apartaba. Era como ser Moisés abriendo el Mar Rojo, pero en lugar de agua, apartaba a políticos corruptos, empresarios lavadores de dinero y *mafiosi* de bajo nivel que se orinarían encima si supieran lo que hice hace tres noches en un almacén del puerto.

Un hombre bajo y calvo, Francesco Romano, intentó interceptarme. Sudaba como un cerdo.

—Don Moretti... Raffaelo... un honor verte. Sobre el envío del mes pasado, hubo un malentendido en la aduana y...

Ni siquiera me detuve. Simplemente bajé la mirada hacia él, midiendo la distancia entre mi mano y su tráquea.

—No hablo de negocios ahora, Romano. Si vuelves a pronunciar la palabra "malentendido" cerca de mí, me aseguraré de que tu lengua no pueda pronunciar nada más.

El color drenó de su rostro. Seguí caminando.

Llegué a una zona más apartada, cerca de las grandes columnas de mármol que daban a la terraza. Necesitaba aire, o quizás matar a alguien. La tensión bullía bajo mi piel. Mi bestia estaba inquieta esta noche.

—Raffaelo...

La voz era melaza pura. Me giré despacio, con la pereza de un león que ha comido hace poco. Una mujer. Bianca, creo. O tal vez Beatriz. Esposa de algún banquero corrupto o hija de algún político. Llevaba un vestido rojo que era más una sugerencia que una prenda, y sus ojos me devoraban con una mezcla de lujuria y peligro.

Se acercó, invadiendo mi espacio personal con un perfume que olía a nardos y ambición.

—*Signore* Moretti —ronroneó, su mano con uñas de gel rojas como la sangre fresca rozando la tela de mi manga, subiendo de manera peligrosa hacia mi bíceps.

—Señora Conti —dije, mi voz un grave retumbo en mi pecho—*. Buonasera.*

—La fiesta es... encantadora, ¿no cree? Aunque un poco aburrida sin alguien interesante con quien hablar. Y tú estas muy solo esta noche.

La miré desde mi altura. Sentí... nada. Absolutamente nada. Mi polla ni siquiera se inmutó. Era solo carne. Pero la tensión en mis hombros necesitaba una válvula de escape. Y yo no iba a rechazar un alivio rápido. La violencia y el sexo eran las únicas dos formas de silenciar el ruido en mi cabeza. Y la violencia ahora no era una opción.

Pude ver el pulso acelerado en su cuello, el brillo de excitación en sus pupilas dilatadas al toparse con mis ojos fríos. No sonreí. No había nada de qué sonreír.

—La soledad es un lujo, *bella* —dije, mi voz grave, raspando el aire como una lija—. Pocos pueden costearla. Si la fiesta te parece aburrida, quizás estás en el lugar equivocado, *gattina*. —la miro con descaro, bajando la vista a su escote y subiendo de nuevo a sus ojos dilatados.

Ella se humedeció los labios.

—Quizás necesito que alguien me enseñe el lugar correcto.

—Haz que valga la pena mi tiempo —gruñí.

Le hice un gesto con la cabeza hacia las puertas de cristal de uno de los balcones privados. Ella entendió el juego al instante. Sonrió como una perra en celo y caminó delante de mí, moviendo el culo exageradamente.

El balcón estaba oscuro, solo iluminado por el resplandor anaranjado de las farolas de Catania y la luna lejana. El sonido de la fiesta quedaba amortiguado por las pesadas puertas de cristal que cerré tras nosotros.

No hubo preámbulos. No hubo palabras dulces. No hubo besos. No soy un amante; soy un maldito salvaje cuando se trata de aliviarme.

La agarré del pelo, tirando de su cabeza hacia atrás y la empujé contra la barandilla de piedra. Ella jadeó, sintió la frialdad del mármol contra su espalda desnuda y mi cuerpo masivo bloqueándole cualquier huida. Me gustaba ver el miedo mezclarse con la lujuria en sus ojos.

—*Inginocchiati* (Arrodíllate) —ordené. No era una petición.

Ella cayó de rodillas al instante, como si hubiera estado esperando toda su vida para adorar en el altar de mi cremallera. El sonido del metal bajando rasgó el silencio de la terraza.

La saqué. Pesada, dura como una puta roca y marcada a fuego por el diablo. La luz anaranjada de las farolas bañó la tinta negra que marcaba mi carne. Mi cobra. La maldita serpiente que llevaba tatuada enroscándose desde la base hasta la punta, latiendo como si estuviera viva. El sello que le dejaba claro que estaba a punto de arrodillarse ante el Diablo.

Vi cómo la mujer abría los ojos de par en par. La respiración se le atascó en la garganta al enfrentarse al tamaño y a la serpiente oscura que parecía latir con el bombeo de mi propia sangre. Estaba a punto de tragarse puro veneno, y el miedo mezclado con el morbo más retorcido le brilló en la cara. Pero no dudó.

Cuando tomó mi polla en su boca, eché la cabeza hacia atrás, mirando el cielo nocturno lleno de estrellas para no ver su estúpida cara. No sentí intimidad. No sentí conexión. Solo la fricción mecánica, húmeda y caliente, y el alivio puramente fisiológico. Mi mano se enredó en su cabello rubio, no con cariño, sino con posesión, marcando el ritmo, obligándola a aceptarla más profundo, hasta que escuché el patético sonido de sus arcadas.

Me gustaba ese sonido. El sonido del control absoluto.

Ella gemía contra mi piel, intentando complacerme, intentando ser memorable. *Povera puttana.* No entendía que para mí, esto era tan impersonal como limpiarse las botas después de pisar barro. Para mí, esto no era intimidad. Era una descarga. Era una puta transacción. Ella se llevaba la anécdota de haber tenido al Diablo de Catania en la boca, y yo me vaciaba las pelotas.

Me corrí con un gruñido sordo, vaciando mi frustración en su garganta. Me subí la cremallera antes de que ella pudiera siquiera limpiarse los labios.

—Vuelve adentro —dije, dándole la espalda para encenderme un cigarrillo. La llama del mechero iluminó mis facciones duras por un segundo

—¿Raffaelo? —preguntó ella, con voz temblorosa, esperando quizás un gesto de afecto, algo.

Me giré, exhalando el humo gris hacia su cara. Mi mirada fría como el hielo del ártico.

—Has cumplido tu función. Desaparece antes de que me irrite y te tire por este balcón, *zoccola*.

Escuché su sollozo ahogado antes de que la puerta del balcón se cerrara.

Me quedé solo, exhalando el humo hacia la noche siciliana. *Puttane.* Todos lo eran. Hombres y mujeres, todos se vendían por algo: poder, dinero, placer o seguridad. Yo era el único que compraba sin venderse.

Terminé el cigarrillo y volví a entrar. El salón seguía igual de ruidoso, igual de falso. Enzo apareció a mi lado con un vaso nuevo de whisky. Lo tomé sin agradecerlo. Sabía dónde había estado y qué había hecho. No me juzgaba. Él sabía que un perro de presa necesita morder algo de vez en cuando para no volverse loco.

—¿Mejor? —preguntó sin ironía.

—Es funcional. —respondí, ajustándome la chaqueta.

—Los Vitale acaban de llegar —dijo Enzo, señalando discretamente con la cabeza hacia la entrada principal.

Fabrizzio Vitale. Un hombre que vivía de glorias pasadas. Su territorio colindaba con el mío, y su puerto secundario era una

molestia que planeaba adquirir pronto, por las buenas o por las malas. Pero entonces, mis ojos se desviaron de la figura encorvada y sudorosa de Fabrizzio hacia lo que tenía al lado.

El tiempo, por primera vez en mi maldita vida, pareció tropezar.

No era una de las mujeres de plástico del salón. Era un puto ángel intocable que había caído por error en medio de un matadero.

Llevaba un vestido blanco, sencillo, casi insultante en su pureza entre tanto terciopelo negro y rojo. Su cabello oscuro caía en cascada sobre sus hombros desnudos, y su piel pálida parecía brillar bajo las luces. Pero no fue su belleza lo que me golpeó como un puñetazo en el plexo solar.

Fueron sus ojos.

Incluso a veinte metros de distancia, esos ojos azules, gélidos y tormentosos, parecían cortar el aire viciado del salón. No miraba el suelo como las hijas sumisas de otros *Capos*. No buscaban atención. Miraba a su alrededor con una mezcla de aburrimiento y... asco.

Igual que yo.

—¿Quién es ella? —pregunté. Mi voz sonó más ronca de lo habitual, casi gutural—. No la vi nunca.

Enzo siguió mi mirada.

—Larissa Vitale. La hija de Fabrizzio. Quizás tú nunca has mirado lo suficiente. Cumple dieciocho pronto, si no me equivoco. Fabrizzio la trae como quien trae un trofeo de caza. Está desesperado por una alianza.

Busca a alguien con poder para salvar su propio culo y está usando a la chica como moneda de cambio.

—Larissa —probé el nombre en mi lengua. Sabía a pureza, a miel, pero también a guerra.

Solté una risa seca, carente de humor

—Está buscando un comprador, querrás decir.

La observé. Vi cómo se movía, rígida, incómoda del brazo de su padre. Fabrizzio la arrastraba como un trofeo de exhibición, presentándola a viejos verdes que la miraban como si fuera carne fresca en el mercado. Vi cómo ella apretaba la mandíbula. Vi el fuego contenido en sus manos, cerradas en puños minúsculos a los

costados de su vestido. *Ira*. Había tanta ira contenida en ese cuerpo pequeño que me sorprendió que no prendiera fuego al salón.

—Es... —Busqué la palabra. Guapa se quedaba corto. Inocente no encajaba con la forma en que levantaba la barbilla. *Mía*, susurró mi instinto —. Interesante.

Vi cómo ella sonreía educadamente, pero sus ojos no sonreían. Sus ojos juzgaban.

Entonces, un idiota se acercó.

Un joven del clan Barone, un idiota con más gomina que cerebro, se acercó a ella. Observé la interacción. La sonrisa estúpida de él, la frialdad defensiva de ella. El chico, acostumbrado a que las mujeres de nuestro mundo agacharan la cabeza, se envalentonó. Le dijo algo al oído. Larissa ni se inmutó, simplemente dio un paso atrás, con una elegancia gélida.

Ma quel pezzo di merda non ha capito l'allusione. (Pero el pedazo de mierda no captó la indirecta.)

Vi cómo la mano de Barone bajaba, deslizando sus dedos con confianza hacia el trasero de ella, apretando la tela del vestido con una familiaridad asquerosa. En el momento en que su mano sucia tocó el culo de ella, sentí una oleada de violencia pura subir por mi garganta, caliente y ácida. La bestia dentro de mi rompió sus cadenas. Ella no era nada mío. Aún no. Pero la mera idea de que ese gusano estuviera tocando lo que mis ojos acababan de reclamar me enfermó hasta el tuétano.

PLAF.

El sonido del bofetón fue seco, nítido, cortando el murmullo de las conversaciones cercanas como un disparo.

Barone retrocedió tambaleándose, llevándose la mano a la mejilla enrojecida. La música se detuvo en esa sección del salón. Larissa estaba allí, con el pecho agitado, la mano aún levantada. No temblaba de miedo, sino de pura furia. Sus ojos echaban chispas.

—¡No me vuelvas a tocar! —su voz fue clara, juvenil pero firme. No hubo temblor en sus palabras.

El salón contuvo el aliento. Nadie abofeteaba a un Barone en público. Fabrizzio se puso pálido, parecía a punto de desmayarse.

Su hija había firmado su sentencia de muerte social, pero se mantenía erguida como una reina en medio de la ejecución. Orgullosa. Letal. *Magnífica.*

Una sonrisa lenta, oscura y perversa, curvó mis labios. Esa rebeldía... esa pureza mezclada con la fiera negativa a dejarse pisotear. Joder. Era perfecta.

—¡Zorra! —gritó Barone, levantando la mano para devolverle el golpe, su ego herido transformándose en violencia.

Pero antes de que él pudiera reaccionar, Fabrizzio intervino. Pero no para defender a su hija.

El viejo imbécil agarró a Larissa por el brazo, sus dedos clavándose en su carne blanca con fuerza bruta. La sacudió como a una muñeca de trapo.

—¿Qué *cazzo* haces, *stupida*? —siseó Fabrizzio, lo suficientemente alto para que yo lo oyera desde mi posición—. ¿Estás loca? ¡Discúlpate ahora mismo! ¡Me estás avergonzando frente a la familia Barone!

Larissa no bajó la cabeza. A pesar de que su padre la lastimaba, a pesar de que Barone la miraba con odio, ella alzó la barbilla.

—Me ha tocado sin mi permiso —dijo ella, su voz temblando ligeramente, pero clara—. No me voy a disculpar por defenderme.

—¡Te disculparás o te juro que...! —bramó Fabrizzio, levantando su propia mano abierta, dispuesto a cruzarle la cara a su hija allí mismo, delante de todos, para apaciguar al idiota de Barone.

El vaso de whisky de mi mano estuvo a punto de estallar en mil pedazos por la fuerza de mi agarre.

No pensé. No planeé. Simplemente, me moví.

Me ajusté la chaqueta y salí de las sombras. Ni siquiera me di cuenta de que me había movido hasta que estuve allí. Crucé el salón como una sombra, apartando a la gente sin tocarlos, solo con la fuerza de mi avance.

Justo cuando la mano de Fabrizzio descendía hacia la mejilla de ella, mi mano interceptó su muñeca en el aire.

El impacto fue brutal. Detuve su golpe en seco, apretando su muñeca hasta que oí el crujido de los huesos pequeños chocando entre sí.

—*Fermo* —dije. Mi voz fue un susurro grave, pero resonó más que cualquier grito.

Fabrizzio se giró, sorprendido, con los ojos desorbitados al ver quién lo detenía. El color abandonó su rostro al instante. Pasó del rojo de la ira al gris de la muerte.

—Don Moretti... yo... ella le faltó al respeto a...

—Suéltala. Ahora —ordené, ignorando sus excusas.

Fabrizzio soltó el brazo de Larissa como si quemara.

Me giré lentamente hacia el chico Barone, que se frotaba la mejilla roja, mirándome con terror puro.

—Y tú —le dije, mi voz bajando una octava, cargada de muerte—. Lárgate de mi puta vista antes de que decida que esa mano con la que la tocaste sobra en tu cuerpo.

El chico no esperó. Desapareció entre la multitud como una rata cobarde.

Entonces, y solo entonces, miré a la chica. *Hacia mi ángel cabreado*.

De cerca, el impacto fue aún más devastador. Era pequeña. *Joder*, era minúscula comparada conmigo. Tenía que bajar la mirada considerablemente para encontrar sus ojos. Pero me sostuvo la mirada. Sus pupilas azules chocaron contra las mías oscuras. Estaban dilatadas, su respiración agitada haciendo que su pecho subiera y bajara rápidamente y el olor a jazmin inundó mis fosas nasales, volviéndome loco.

—Gracias —dijo ella. Su voz era firme, aunque vi el ligero temblor en sus manos.

Me analizó. Sus ojos recorrieron mi cara, bajaron al tatuaje de mi cuello, y volvieron a mis ojos. No había coquetería. Había reconocimiento y una evaluación.

—No vuelvas a dejar que nadie te ponga las manos encima —le dije. No fue un consejo, fue una orden para el resto de su vida.

Ella asintió una vez, secamente, y se dio la vuelta, caminando hacia una mesa vacía con la espalda recta.

Me quedé mirando su espalda, la curva de su cintura, la forma en que su cabello se movía. Sentí algo en el pecho. Un instinto posesivo, primitivo e irreversible se ancló en mi cerebro.

Mía.

La palabra surgió en mi mente sin permiso. Absurda. Irracional. Inevitable.

Me giré hacia Fabrizzio, que seguía frotándose la muñeca dolorida, mirándome con miedo.

—Fabrizzio —dije, mi tono cambiando a uno puramente de negocios, frío y letal—. Tenemos que hablar. Ahora.

—Sí, sí, claro, Don Moretti. Lo que usted diga.

Lo agarré del hombro y lo arrastré a un rincón apartado, lejos de los oídos curiosos, cerca de donde Enzo montaba guardia.

—Sé que tienes problemas, Fabrizzio —fui directo al grano. No tenía paciencia esta noche—. Sé que tus barcos están parados en el puerto. Sé que los rusos quieren cobrar y tú no tienes liquidez. Sé que estás acabado. Estás a menos de un mes de acabar con una bala en la nuca en una zanja.

Fabrizzio sudaba.

—Es... es temporal. Tengo un plan...

—Tu puto plan era venir hoy a exhibir a tu hija como una ramera de lujo a ver si algún idiota te lanzaba un salvavidas —le corté con asco—. ¿A quién? ¿Al inútil de Barone? ¿A algún viejo verde con dinero?

Fabrizzio tragó saliva.

—Necesito una alianza, Raffaelo. Necesito protección.

—La tendrás —dije.

Él parpadeó, confundido.

—¿Cómo?

Di un paso hacia él, invadiendo su espacio, dejando que mi sombra lo cubriera por completo.

—Olvida a la basura de los Barone. Son peces pequeños. Yo solucionaré tus problemas. Absorberé tus pasivos. Los rusos tratarán conmigo. Tu negocio pasará a ser una filial del mío. Te daré una pensión vitalicia para que vivas tranquilo y no te mueras de hambre.

Los ojos de Fabrizzio brillaron con esperanza y codicia.

—¿A cambio de qué? ¿Qué quieres? ¿El 50%?

Miré hacia la mesa donde Larissa estaba sentada sola, observando la fiesta con desdén, ajena a que su vida acababa de ser negociada.

—El puerto es una parte —dije suavemente—. Pero el precio real es ella.

Fabrizzio siguió mi mirada y se quedó boquiabierto.

—¿Larissa? Raffaelo, es una niña difícil, tiene mucho carácter, no sabe mantener la boca cerrada...

—Me gustan los retos —lo interrumpí—. La quiero en mi casa y con mi anillo. Tú encárgate de informarle. Y hazlo con cuidado, Fabrizzio. Si la haces llorar, si veo un solo moretón en su piel cuando vaya a verla... el trato se rompe y te dejo a merced de los rusos. ¿Entendido?

Vi los engranajes girar en la cabeza del viejo. Sabía que era el mejor trato que jamás conseguiría. Una alianza con los Moretti lo hacía intocable.

Fabrizzio asintió rápidamente, demasiado cobarde para negociar el destino de su propia hija.

—Trato hecho. Es tuya —se apresuró a decir, casi temblando de alivio.

Sentí una punzada de asco por él. Vender a su hija tan rápido, sin una sola pregunta sobre su bienestar. Pero el asco fue superado rápidamente por la satisfacción del triunfo.

—Bien.

—¿Cuándo... cuándo quieres hacerlo formal? —preguntó.

—Lo antes posible. En cuanto cumpla los dieciocho.

—Se lo diré —dijo Fabrizzio, asintiendo—. Le diré que tiene suerte. Que se casa con el Capo de Catania.

—No —le detuve, agarrándolo del hombro—. Tú solo infórmale de la fecha. No intentes venderle la idea. No intentes suavizarlo. Dile que es un negocio. Dile que no tiene opción.

Porque quería que me odiara. Necesitaba que me odiara. Si me odiaba, mantendría esa chispa en sus ojos. Si me odiaba, lucharía. Y yo quería verla luchar. Quería ver cómo se rompía ese orgullo contra mi control, pieza por pieza, hasta que entendiera que no era su jaula, sino su dueño.

—Ve —le ordené a Fabrizzio—. Disfruta de la fiesta. Tu hija ya no es tu problema.

Fabrizzio se alejó, casi corriendo hacia la barra.

Enzo se acercó, entregándome una copa nueva.

—¿Está hecho? —preguntó, siguiendo mi mirada hacia la chica.

—Está hecho.

—Es joven, Raffaelo. Y parece... complicada. Díficil.

—Es perfecta —murmuré, llevándome el whisky a los labios—. Las difíciles sobreviven. Las dóciles desaparecen. Prepara los papeles, Enzo. Quiero el control del puerto transferido como dote y la fecha de la boda fijada para dentro de tres semanas.

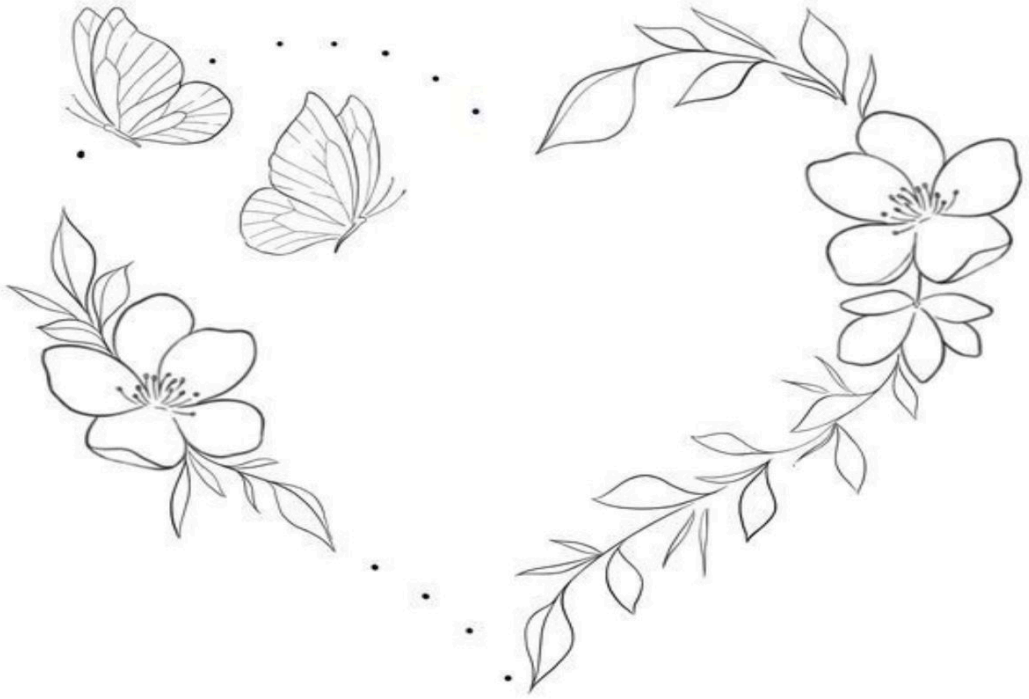
Volví a mirar a Larissa. Ella debió sentir el peso de mi mirada, porque levantó la cabeza y sus ojos encontraron los míos a través del salón lleno de gente.

Se le heló la sangre. Lo vi en su cara. Vio al monstruo que la miraba desde las sombras.

Alcé mi copa ligeramente en su dirección, un brindis mudo.

Prepárate, piccola, pensé. *Porque acabas de entrar en la boca del lobo, y no tengo intención de dejarte salir.*

2



LARISSA

El silencio en el interior del Mercedes blindado de vuelta a casa era más ruidoso que un grito. Olía a cuero y a la loción cara de mi

padre, una mezcla que siempre asociaba con las malas noticias, pero esta noche el aire estaba cargado de algo peor: una furia que emanaba de él en ondas de calor, apestando a whisky. Conducía con los nudillos blancos sobre el volante, tan tensos que temí que el cuero se rasgara.

Miré por la ventanilla tintada. Las luces de Catania se desdibujaban en líneas de neón borrosas, como acuarelas derramadas sobre un lienzo negro. Mis manos descansaban sobre el vestido de seda blanca que mi madre había elegido para mí. «*Parecerás un ángel*», me había dicho. Ahora, me sentía como un cordero camino al matadero. Mis dedos temblaban. No de frío, sino por la descarga de la adrenalina. El impacto de mi mano contra la cara de aquel cerdo de los Barone había sido satisfactorio, eléctrico... pero la factura estaba por llegar.

La gala había sido un teatro de los horrores envuelto en celofán caro. Olor a perfumes exclusivos mezclados con el aliento alcohólico de viejos que me miraban como si fuera un postre en el escaparate. Sonrisas afiladas como cuchillos. Y luego... *él.*

Raffaelo Moretti.

Cerré los ojos un segundo y la imagen volvió a mi mente con violencia.

El hombre que me salvo de un bofetón en público.

No sabía quién era hasta que escuché los murmullos aterrorizados cuando cruzó el salón. El *Capo* de Catania. El hombre del que se decían cosas terribles en voz baja: que no tenía alma, que sus amantes duraban lo que dura un cigarrillo y que sus enemigos terminaban alimentando a los peces del puerto. Y sin embargo... cuando agarró la muñeca de mi padre, cuando su inmenso cuerpo se interpuso entre la violencia de mi progenitor y yo, por primera vez en mi vida, me sentí... protegida. Pero su protección se sintió más pesada que la amenaza de mi padre.

Era inmenso. Una pared de músculos envuelta en un traje negro impecable, pero lo que se me quedó grabado no fue su elegancia, sino la bestialidad que prometía. Era una locura. Era un monstruo. Lo vi en sus ojos: pozos negros de violencia contenida. Vi los tatuajes trepando por su cuello, una marca de salvajismo bajo la

seda cara. Pero no me miró con lujuria. Me miró con una frialdad clínica, analítica. Como si yo fuera un plano arquitectónico complejo que acababa de decidir reformar. O demoler.

—¿Estás satisfecha? —la voz de mi padre rompió el silencio, cargada de veneno.

No contesté. Me limité a apretar los labios.

El coche se detuvo frente a la verja de hierro de nuestra villa. Una mansión neoclásica que, bajo la luz de la luna, parecía más un mausoleo que un hogar. En cuanto el chófer abrió la puerta, mi padre salió disparado hacia la entrada. Yo lo seguí, arrastrando la cola de mi vestido por la grava, sintiendo que caminaba hacia el cadalso.

Entramos en el vestíbulo. El mármol del suelo brillaba, frío y perfecto. La puerta principal se cerró con un golpe seco que resonó como una sentencia, dejándonos solos. El aire estaba viciado, como si las paredes absorbieran la infelicidad de quienes vivíamos allí.

La máscara de "padre amoroso y preocupado" que Fabrizzio Vitale usaba en público se cayó al instante, revelando al tirano mediocre que realmente era.

—¡Mírame cuando te hablo! —bramó, girándose hacia mí con el rostro enrojecido—. ¡Al despacho! ¡Ahora!

Mi corazón latía desbocado contra mis costillas, como un pájaro atrapado, pero me negué a retroceder. Había aguantado demasiado esta noche. Demasiadas miradas lascivas y demasiados silencios esta noche.

Entré en su despacho. Ese lugar siempre olía igual: a tabaco caro y a decisiones inmorales. Las paredes, forradas de madera oscura, parecían absorber la luz. Me giré para enfrentarlo.

—Te has comportado como una *puttana* callejera —escupió él, acercándose hasta que pude oler el whisky en su aliento—. Abofeteando a un Barone... ¡Delante de toda la *famiglia!* ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¿Tienes idea de la vergüenza que me has hecho pasar?

—Me tocó el culo —dije, mi voz temblando por la indignación, no por el miedo. Alcé la barbilla, imitando la postura de las estatuas

griegas que tanto admiraba—. Me faltó al respeto. ¿Qué se supone que debía hacer, *papà*? ¿Darle las gracias?

—¡Te estaba cortejando! ¡Se supone que debías sonreír y aguantar! —Su grito hizo vibrar los cristales de la vitrina. Su rostro estaba rojo, las venas de su cuello hinchadas—. ¡Así es como se comporta una mujer de nuestro mundo! Obediente. Sumisa. Respetuosa con los hombres que tienen el poder. Cumpliendo sus deseos, no montando escenitas de niña malcriada.

Sentí las lágrimas de rabia picar en mis ojos, pero no las dejé caer.

—Yo no soy eso. Y la noche la arruinaste tú cuando intentaste pegarme —repliqué, escupiendo las palabras—. Si no fuera por Moretti...

Fabrizzio soltó una risa cruel, negando con la cabeza como si estuviera hablando con una idiota. Se aflojó la corbata con brusquedad y caminó hacia el mueble bar para servirse una copa.

—No, no lo eres. Eres un problema. Pero por suerte, un problema que acabo de solucionar. Deberías besar el suelo que pisa Moretti. Porque gracias a él, no estamos muertos. Gracias a él, tengo una salida.

Se giró, vaso en mano. Había algo diferente en su mirada ahora. Ya no era solo ira; era la tranquilidad sociópata de quien acaba de cerrar un trato ventajoso.

—En cuanto cumplas los dieciocho años, te casas —soltó la bomba con la misma naturalidad con la que se habla del clima.

El mundo se detuvo. El oxígeno abandonó el despacho. El suelo pareció desaparecer bajo mis tacones.

—¿Qué? —susurré, incapaz de procesar las palabras.

—Lo que has oído. Te casas en dos semanas. Con el hombre que tiene más poder en toda Sicilia. Con el único capaz de limpiar mis deudas y ponerte una correa lo suficientemente corta. Con el único capaz de mantenernos a flote.

Dio un trago largo a su bebida y sonrió. Una sonrisa torcida, de dientes manchados.

—Te casas con Raffaelo Moretti. Vas a aprender a ser una buena esposa, Larissa. Se acabaron los juegos. Se acabaron los libros y

esas tonterías de la universidad.

El nombre me golpeó como un bofetón físico. Moretti. El hombre del tatuaje en el cuello. El monstruo de hielo que había roto la muñeca de mi padre sin pestañear hacía apenas una hora. La leyenda negra de Catania.

—No... —retrocedí un paso, negando con la cabeza, el pánico arañando mi garganta—. No, *papà*, no puedes hablar en serio. No quiero casarme con un hombre que no conozco. ¡Ni siquiera lo amo! ¡Le tengo miedo!

—¡Sí que lo harás! —rugió, golpeando el vaso contra la mesa con tanta fuerza que el cristal estalló, derramando el líquido ámbar—. ¡Eres una Vitale! Eres mi hija y harás exactamente lo que yo te diga. El amor es para los pobres y los estúpidos. Esto es supervivencia.

—¡Quiero seguir con mis estudios, no casarme! —grité, mi desesperación rompiendo la barrera del respeto—. Tengo la carta de aceptación de la universidad en mi cajón. Quiero ser arquitecta, quiero viajar, quiero ser libre...

—¡No digas tonterías! —Me cortó con un gesto despectivo de la mano—. Vas a tener todo lo que quieras. Joyas, vestidos, una villa que hará parecer esta casa una choza. Serás la mujer del *Capo.* No vas a dar un puto palo al agua en tu vida. Los estudios no te servirán de nada cuando estés criando a los herederos de Moretti.

Sentí que me faltaba el aire. La imagen de mi futuro se desplegó ante mí como una película de terror: encerrada en una jaula de oro, esperando a un hombre que olía a sangre y a otras mujeres, pariendo hijos para perpetuar este ciclo de violencia.

—No te importo nada, ¿verdad? —La voz me salió rota, un hilo de dolor. Las lágrimas finalmente se derramaron, calientes y furiosas—. Te da igual mi felicidad y mi futuro. Te da igual lo que me puede hacer ese monstruo mientras tus negocios vayan bien, me tratas como una moneda de cambio.

Me acerqué a él, con los ojos y la cara llenos de lágrimas pero la barbilla alta.

—Pues no lo soy. Soy tu hija, maldita sea. No soy un mueble que puedas dar al mejor postor que te salva a ti el culo. Tengo sentimientos. Tengo sueños que quiero cumplir.

Fabrizzio me miró. Por un segundo, busqué un rastro de humanidad en sus ojos. Un atisbo de duda. Pero solo encontré la pared de ladrillo de la tradición mafiosa.

—Yo también tengo sueños, Larissa. Sueños de no acabar muerto en una cuneta por deberle dinero a los rusos —dijo con voz plana—. Así que te casarás, te portarás bien y abrirás las piernas cuando él te lo diga. Y lo más importante, cerrarás esa boca insolente o la abrirás según le apetezca a Raffaelo. Y si tienes algún problema, lo discutirás con tu marido. No conmigo.

Sus palabras fueron como una bofetada física. Crudas. Vulgares. Reales.

Se acabó. La sentencia estaba dictada.

—Te odio —susurré, y luego grité—: ¡Eres un monstruo!

La puerta del despacho se abrió de golpe.

Mi madre entró, pálida como un fantasma, con su camisón de seda y la bata mal abrochada. Sus ojos, apagados por años de sumisión, iban de mi padre a mí.

—He... he oído gritos —murmuró, con esa voz suave que siempre me ponía nerviosa—. Fabrizzio, ¿qué pasa? Larissa, *tesoro*, ¿estás bien?

—Díselo, *mamma* —dije, mi voz ahogada—. Dile que no me puede hacer eso. Me ha vendido a Raffaelo Moretti. Me quiere casar en dos semanas.

Mi madre se llevó la mano a la boca, ahogando un gemido. Miró a su marido con terror.

—Fabrizzio... ¿es verdad? —preguntó—. ¿Raffaelo Moretti? Pero... dicen que es un hombre cruel. Dicen que no tiene corazón. Moretti la destrozará. Él no es un hombre normal, Fabrizzio, ¡es un animal! ¡No puedes hacerle esto! Larissa es solo una niña...

—¡Tú cállate! —ladró mi padre.

—¡Es nuestra hija, Fabrizzio! —Por primera vez en años, vi una chispa de vida en los ojos de mi madre. Dio un paso hacia él, interponiéndose—. ¡Mi hija! No puedes dársela a ese hombre como si fuera...

—¡He dicho que te calles! —rugió él.

—¡No! ¡Siempre me he callado, pero con ella no! ¡No dejaré que...!

El movimiento fue rápido. Brutal.

¡PLAF!

La mano de mi padre impactó contra la cara de mi madre con una fuerza que la tiró al suelo.

—¡*Mamma*! —grité, lanzándome hacia ella.

Ella sollozó, llevándose la mano a la mejilla enrojecida, encogiéndose en la alfombra como un animal apaleado. Mi padre la miró con desprecio, ajustándose los puños de la camisa, como si golpear a su mujer fuera tan rutinario como firmar un cheque.

—Tú no tienes derecho a opinar —escupió él, mirándola desde arriba—. Eres tan inútil como ella.

Me arrodillé junto a mi madre, abrazándola, sintiendo cómo temblaba su cuerpo frágil. Ella lloraba en silencio, el tipo de llanto de quien ha perdido la esperanza hace años.

Alcé la vista hacia mi padre. *Lo odiaba.* Lo odiaba con cada fibra de mi ser. Pero en ese momento, entendí la verdad más oscura de mi existencia.

Fabrizzio Vitale no era el verdadero peligro. Era un hombre débil, patético y asustado.

El verdadero peligro era el hombre que, con una sola mirada y un apretón de manos, había comprado mi vida.

Me quedé allí en el suelo, sosteniendo a la mujer rota que me dio la vida, sabiendo que ese era el espejo de mi futuro.

—La decisión está tomada —dijo, dándonos la espalda—. La boda es en dos semanas. Empieza a preparar tu ajuar, Larissa. Y reza para que Moretti tenga más paciencia contigo de la que tengo yo. Vete a tu habitación —ordenó

—*Mamma...*

Intenté ayudar a mi madre a levantarse, pero ella negó con la cabeza, indicándome que obedeciera.

—Estoy bien, cariño. Haz caso a tu padre.

Me levanté despacio y salí del despacho. Subí las escaleras de mármol tropezando con mi propio vestido, sintiendo que las paredes

de la villa se cerraban sobre mí como las costillas de una bestia que me estaba tragando viva.

Entré en mi cuarto y cerré la puerta con llave, aunque sabía que los cerrojos no servían de nada en esta casa. Me dejé caer contra la madera, deslizándome hasta el suelo, abrazando mis rodillas.

Mi habitación. Mis libros de arquitectura apilados, mis bocetos de edificios modernos y luminosos pegados en las paredes... ya no parecían sueños. Parecían las ruinas de una vida que nunca tendría.

Miré por la ventana hacia el jardín oscuro. La luna iluminaba las rejas que rodeaban la propiedad.

Cuando naces, no conoces en absoluto tu destino, a dónde te llevarán tus pasos ni qué llegarás a ser en la vida. Eso es cierto para el resto del mundo. Eso, si no naces siendo una Vitale.

Pero si tienes la mala suerte de ser una de nosotras, entonces ya tienes tu vida trazada con la precisión de un reloj suizo. Tu destino no está escrito en las estrellas; está escrito por tu padre en un libro de contabilidad manchado de sangre. Tu padre... Tu verdugo. Tu bendición, pero también tu maldición.

Un apellido que prende sobre ti como una soga y no te queda otra opción que obedecer, aunque eso te mate un poco cada día hasta que no quede nada de ti, solo una cáscara bonita y vacía.

Miré el calendario sobre mi escritorio.

Me faltan dos semanas y unos días para cumplir mis dieciocho años. Y sabía exactamente cómo sería mi futuro. No había misterio. No había magia.

No llegaría ir a la universidad porque, nada más soplar las velas, mi padre me entregará. Como si fuera una mercancía. Un simple bien amortizable que debe ser transferido para cuadrar un balance. Y yo tengo mi precio. El precio Vitale.

Obedeceré como una hija buena y agradecida, caminaré hacia el altar con un vestido blanco que simboliza una pureza que ellos mismos han corrompido con sus negocios sucios. Tendré hijos con un hombre por el que siento repulsión y miedo, un hombre cuyos ojos son pozos de oscuridad. Y dedicaré mi vida entera a la crianza y educación de esos niños para que se conviertan en los próximos monstruos como su padre o en las próximas víctimas como yo.

Igual que mi madre.

Igual que mi abuela.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Mis lágrimas se secaron, reemplazadas por una frialdad nueva, dura.

No.

Me negaba a ser una muñeca rota. Me negaba a ser la esposa trofeo que espera en casa mientras su marido se folla a media Sicilia.

Me levanté y arranqué la hoja del calendario con rabia, arrugándola en mi puño hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

Me repetí por enésima vez, mientras las lágrimas calientes rodaban por mis mejillas: **El amor no está escrito en las estrellas.**

Está escrito en contratos firmados por hombres que no tienen corazón.

Pero mientras miraba mi reflejo en el espejo, con el rímel corrido y la furia ardiendo bajo mi piel pálida, una promesa silenciosa nació en mi pecho.

El amor debe ser elegido, dicen los poetas. Pero el odio... el odio es un combustible poderoso.

Podían venderme. Podían casarme. Podían obligarme a decir "sí, quiero" frente a un cura. Pero Raffaelo Moretti se iba a llevar una sorpresa. Si creía que compraba una esposa dócil, estaba muy equivocado.

Si voy a arder en este infierno, me aseguraré de ser yo quien sostenga la cerilla.



3

LARISSA

Llevaba dos días encerrada en mi habitación, convirtiéndome en parte del mobiliario.

Mi habitación se había convertido en una cripta con vistas al jardín. Las cortinas estaban echadas, filtrando el sol furioso de junio en líneas de polvo dorado que danzaban en el aire viciado. No había salido. Apenas había comido. Me limitaba a dibujar bocetos de casas sin puertas en mi cuaderno, trazando líneas furiosas con el carboncillo hasta que se me manchaban los dedos de negro. Sentía cómo mi futuro se encogía hasta caber en una caja de terciopelo negro.

El móvil vibró sobre la mesita de noche, rompiendo el silencio sepulcral.

Gia:

Llevo 48 horas sin saber si sigues viva o si te has unido a un convento. Estoy en la playa privada del Lido Azzurro. Baja. Te echo de menos, stellina.

Miré la pantalla. El convento sonaba tentador comparado con la Villa Moretti. Pero necesitaba aire. Necesitaba salitre en la piel y ruido que no fuera el de mis propios pensamientos aterrorizados. Necesitaba sentir que el mundo seguía girando, aunque el mío se hubiera detenido.

Bajé las escaleras. La casa estaba en silencio, salvo por el sonido de mis sandalias contra el mármol.

—Voy a salir —anuncié a la nada.

—La acompaño, *signorina* —gruñó Ignacio, ajustándose la chaqueta donde ocultaba el arma.

Suspiré. Por supuesto. La correa seguía ahí, aunque fuera invisible.



El calor de Catania te golpeaba como una bofetada física en cuanto salías del aire acondicionado. Era un calor húmedo, pegajoso, que olía a mar y a asfalto derretido.

Bajé al *Lido Azzurro*, mis sandalias hundiéndose en la arena ardiente. Ignacio, mi guardaespaldas —un armario de dos metros con el cerebro de un mosquito, la lealtad de un perro y una expresión de un bulldog—, me seguía a tres pasos de distancia. Su sombra cubría la mía. Siempre. Ignacio llevaba con nosotros desde que tengo memoria. Era la sombra que mi padre me había asignado para asegurarse que su hija o su "inversión" llegara intacta a la edad adulta.

Vi a Gia tumbada en una hamaca blanca, con un bikini rojo, unas gafas de sol enormes y un granizado de fresa en la mano. Parecía tan... normal. Tan ajena a que mi mundo había implosionado.

—¡Lari! ¡Por fin! —gritó al verme, bajándose las gafas y levantándose para abrazarme—. Pensé que Fabrizzio te había encerrado en la torre del castillo. *Mamma mia*, estás pálida. Pareces un fantasma. Tienes que disfrutar del verano, nos acabamos de graduar hace una semana. ¡Deberíamos estar celebrando!

Nos separamos del abrazo y me dejé caer en la hamaca contigua, sintiendo una envidia punzante por su alegría ligera. Ella se volvió a tumbar en la tuya. Ignacio se cruzó de brazos a unos metros, dándonos la espalda pero con las orejas puestas en nuestra conversación.

—Es fácil bromear, Gia, pero ya no puedo —susurré, sintiendo el nudo en la garganta—. Tú no estuviste en la gala. No viste lo que pasó.

Gia se incorporó, su expresión cambiando a preocupación.

—¿Qué pasó, *stellina*? Todo el mundo habla de que hubo tensión, pero nadie suelta prenda.

—Haciéndote un resumen... —Tomé aire, sabiendo que decirlo en voz alta lo hacía real—. Mi padre me casa con Moretti.

Gia casi se atraganta con su granizado.

—¿Cómo? —chilló, y luego bajó la voz al ver que Ignacio se tensaba a unos metros—. ¿Con Raffaelo Moretti? ¿El *Capo?*

—Sí. Porque en la fiesta abofeteé al imbécil de Riccardo Barone. —Me abracé a mí misma, sintiendo frío a pesar de los treinta grados —. Y mi padre... mi padre me la quiso devolver allí mismo. Moretti me salvó.

Los ojos de Gia casi se salen de sus órbitas.

—¿Qué has abofeteado a un Barone en público? —Gia me miró con una mezcla de horror y admiración—. Lari, estás como una cabra. Eso es firmar una sentencia.

—Me tocó el culo —dije, sintiendo de nuevo la indignación quemándome la piel—. Me da igual quién sea. No voy a permitir que nadie me toque sin mi consentimiento. Me da igual si me matan. Total... —miré hacia el horizonte, donde el mar se juntaba con el cielo— ahora estoy más que muerta.

Gia suspiró, negando con la cabeza, pero me tomó la mano.

—Sabes perfectamente que eso no se hace en nuestro mundo, pero tienes razón. Es un cerdo. ¿Cuándo... cuándo es la boda?

—Después de cumplir los dieciocho.

—Eso es en dos semanas —calculó ella, horrorizada.

—Sí... —Miré al mar, a las olas rompiendo con violencia—. No quiero casarme, Gia. No con un hombre que no conozco, que no amo y que seguramente no podré amar nunca. —Sentí el picor de las lágrimas—. Quiero enamorarme de verdad. Quiero que el corazón me lata por deseo, no por terror. Quiero cometer errores... ¿Por qué mi padre no me deja ser feliz?

Gia apretó mi mano. Ella ya estaba prometida con Vincenzo, un matrimonio pactado entre familias, pero su historia era diferente.

—Escucha, Lari. Un matrimonio arreglado no es tan malo. Cuando papá me presentó a Vincenzo, yo tampoco estuve de acuerdo. Lloré durante semanas. Pero después me di cuenta de que es algo seguro. De que no sufriré. Vincenzo me cuida.

—Tú tuviste suerte —repliqué con amargura—. Vincenzo es joven. Tiene veintidós años. Es guapo, divertidos, es.. norml. Es casi de nuestra edad. ¿Pero Moretti cuántos tiene? ¿Treinta? Será como mi segundo padre...

—No es mucha diferencia, unos doce años. —intentó racionalizar ella—. En nuestro mundo es normal. Podría haber sido peor.

Además, seamos honestas... Moretti, para tener treinta años, es un Dios del Olimpo. He visto fotos. Esa espalda, esos abdominales, esos tatuajes...

Sentí un escalofrío. No de placer, sino de terror.

—Cuando el hombre tiene fama de ser el mismísimo Diablo, es mucha diferencia y la belleza es irrelevante —siseé—. Y bueno, tú al final te enamoraste de Vincenzo. Yo seré incapaz de enamorarme de una bestia. Él no tiene corazón, Gia. Tiene hielo en las venas.

—Bueno, supongo que tienes razón en que tuve suerte —admitió Gia—. Pero también hemos pasado por nuestros momentos. Hasta que dejé de resistirme y acepté mi papel como su novia, no nos hemos llevado tan bien.

—Ahí está la gran diferencia —la corté—. Tú eres su novia. Si la cosa se pone fea, puedes dejarlo. Hay una salida. Yo seré la *esposa* de Moretti. Es un contrato de sangre. No existe el divorcio en la Mafia, Gia. Solo la viudez. Y dudo que Raffaelo Moretti muera pronto.

—No pienses así. No te dejes llevar por su mala fama.

—Por algo la tiene —Mis ojos se llenaron de lágrimas. Recordé la frialdad en los ojos de Raffaelo. No había humanidad allí—. Él todo grita *PELIGRO*. Todo en él es una advertencia. No sé cómo mi padre puede dejarme en sus manos... en sus brazos... —Se me quebró la voz—. Tampoco se le ve una persona muy paciente.

Gia me miró con lástima, y luego una chispa de determinación brilló en sus ojos oscuros y una sonrisa traviesa curvó sus labios.

—¿Qué te parece si estas dos semanas las aprovechas a tope? —propuso—. Aparte de que te vendrá bien ocupar tus pensamientos, te divertirás. Esta noche vamos en grupo al *Club Inferno*: yo, Vincenzo, Vittoria, Mario, Carlotta, Giulio y tú.

Negué inmediatamente.

—No creo que sea buena idea. Mi padre ahora más que nunca no me dejará salir. Tengo que mantener mi estatus de "mujer prometida" inmaculado. Seguro que la voz ha corrido por toda Sicilia de que soy propiedad de Moretti. Y tendría que llevar a Ignacio —señalé con la cabeza al gorila—. No quiero llamar la atención. ¿Y

quién es Mario? —pregunté, dándome cuenta del nombre nuevo en la lista.

—El mejor amigo de Vincenzo. —dijo restándole importancia—. Un encanto, ya verás.

Gia se inclinó hacia mí, susurrándome al oído, su aliento oliendo a coco y menta:

—Escápate.

—Estás loca.

—Tienes una vida, Lari. O más bien tienes dos semanas, *cara.* No sabes lo que te espera en esa mansión con Moretti. Pero sí sabes lo que te espera esta noche si te vienes: ¡FIESTAAAA! Música, alcohol y olvidar que te llamas Vitale por unas horas.

La tentación fue dulce y venenosa. Miré a Ignacio, luego al mar, y luego a los ojos suplicantes de mi mejor amiga. Tenía razón. Tenía que aprovechar cada minuto de mi libertad provisional antes de que se cerrara la jaula.



De vuelta en la villa, mi mente trabajaba a mil por hora. ¿Cómo burlar la seguridad de una fortaleza?

Subí a mi habitación, fingiendo un dolor de cabeza para que Ignacio no sospechara nada. Unos minutos después, mi madre entró. Cerró la puerta con suavidad y se sentó en el borde de mi cama. Me miró con esos ojos tristes que parecían llevar el peso de mil silencios. La marca del golpe de papá ya no se veía gracias al maquillaje, pero yo sabía que estaba ahí.

—Lo siento, *tesoro* —murmuró, acariciando mi pelo—. Ojalá pudiera hacer algo.

Me incorporé, abrazando mis rodillas.

—¿Cómo aceptaste tú el matrimonio con papá, *mamma*? ¿Fue fácil?

Ella suspiró, mirando hacia la ventana.

—Yo conocía a tu papá desde la adolescencia. Podríamos decir que éramos amigos. Nuestros padres eran aliados. Él era diferente entonces. Reía más. No bebía tanto. Fue fácil al principio. Pero con el paso de los años... el poder es una droga, Larissa. Con cada ascenso en la *famiglia*... tu padre empezó a disfrutar más del poder que del amor. Y cambió. Podría decirse que se transformó —dijo con un dolor profundo que me encogió el corazón.

—No quiero casarme, *mamma*. Y menos con un hombre sin alma y sin corazón.

—Te entiendo, hija. Pero nunca se sabe. Quizá no sea tan malo como dicen.

—Mamá... lo es. Lo vi en sus ojos. En cómo casi le rompe la muñeca a papá con una calma aterradora. Es un demonio.

—A veces, los demonios son los únicos que pueden protegerte de los otros monstruos. Pero también tendrás que ser más lista que el demonio. No le des motivos para sacar su oscuridad contigo.

—Gracias, *mamma*.

—Tú has sido siempre mi fortaleza, *tesoro* —dijo ella, cambiando de tema, con los ojos vidriosos—. Creo que si no te hubiera tenido a ti, habría claudicado hace años. Tienes que pensar que siempre hay una luz al final del túnel, que hay un sol aunque esté detrás de las nubes. Y que tienes una vida que hay que vivirla aunque hoy no sientas eso.

—Eres una mujer fuerte, *mamma.*

—Tú también, cariño. Más que yo. Tienes fuego dentro.

Aproveché ese momento de vulnerabilidad. Era ahora o nunca.

—Mamá, quiero disfrutar de lo poco que me queda. Del verano. De mi adolescencia. Quiero ir a una fiesta con Gia esta noche. Pero no quiero llevar a Ignacio. No quiero llamar la atención ni que papá se entere. ¿Podrías cubrirme?

Ella abrió los ojos, asustada.

—Si Ignacio se entera, se chivará a tu padre. Y si tu padre se entera...

—Lo sé. Pero lo puedo manejar. Solo necesito unas horas. Por favor. Déjame ser normal por una noche.

Los ojos de mi madre se abrieron con miedo, pero luego, una chispa de complicidad brilló en ellos. Quizás ella también deseaba haber escapado alguna vez.

—Te ayudaré. Le diré a Ignacio que te encuentras mal, que tienes migraña y que te has tomado pastillas para dormir. Que nadie te moleste hasta mañana.

Me lancé a sus brazos.

—Gracias, *mamma.* Te quiero.

—Te quiero mucho, *cara.* Ten mucho cuidado. Diviértete por las dos.



En cuanto ella salió para distraer al guardia, me puse en acción.

Abrí mi armario. Empecé a buscar entre la multitud de vestidos colgados en mi armario. Mis dedos rozaron sedas y terciopelos hasta encontrarlo: un vestido dorado, corto, de tirantes finos como hilos de pescar y un escote en la espalda que llegaba hasta donde la decencia perdía nombre. Me lo puse. Se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel fundida. El reflejo de mi misma del espejo gritaba: Libertad. Aunque yo solo era una prisionera de mi propia vida. Me maquillé con sombras doradas y negras, *smokey eyes* para resaltar el azul de mis ojos. Un labial *nude* que hacía que mis labios parecieran mas carnos. Me solté el pelo, dejando que las ondas cayeran salvajes.

Ignacio estaba en el pasillo. Lo oía caminar de un lado a otro, sus pasos pesados sobre la alfombra. Salir por ahí era imposible. Puse música en mi altavoz. Canciones lentas, lo suficiente para que pareciera que estaba leyendo o relajándome, pero que cubriera cualquier ruido leve.

Abrí la ventana de mi habitación. El aire caliente de la noche siciliana entró de golpe, trayendo el olor a jazmín y tierra seca. Miré

hacia abajo. Estábamos en el primer piso, pero la caída era considerable. Debajo, el jardín estaba patrullado por la seguridad perimetral. Veía el punto rojo de un cigarrillo moverse cerca de la fuente: Luigi, el guardia nocturno.

Sabía que Luigi hacía una ronda hacia la parte trasera cada quince minutos. Esperé. Mi corazón latía en mi garganta. *Tic, tac*. El punto rojo se movió y desapareció tras la esquina de la casa. *Ahora.*

Cogí mis tacones de aguja dorados. No podía bajar con ellos puestos; el ruido me delataría. Los lancé con cuidado hacia un arbusto frondoso de hortensias. Aterrizaron con un susurro suave de hojas rotas. Me subí al alféizar. La piedra estaba fría bajo mis pies descalzos. Me agarré a la celosía de madera antigua que cubría la fachada, cubierta de enredaderas. Bajé. La madera crujió levemente. Me congelé. Seguí bajando, las ramas arañándome los brazos y los muslos. Cuando mis pies descalzos tocaron el césped húmedo, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Me agaché. Recogí mis zapatos y me pegué a la pared camuflándome en la oscuridad, sintiendo el corazón latir en mi garganta como un tambor.

Corrí. Corrí descalza sobre la grava hasta llegar al muro lateral, donde la hiedra era más densa. Trepé el muro bajo que daba a la carretera secundaria. Allí, en la esquina, ronroneaba el motor de un coche deportivo. Gia. Me calcé con los zapatos y subí al coche.

—Vamos, *Cenicienta*.



Club Inferno

El nombre le venía al pelo. El bajo de la música electrónica hacía vibrar el suelo y mis propios huesos. Luces estroboscópicas cortaban la oscuridad, iluminando cuerpos sudorosos que bailaban como poseídos. Olía a alcohol caro, a tabaco y deseo.

—¡Sabía que lo lograrías! —gritó Gia por encima de la música, abrazándome.

—Ha sido más difícil de lo que creía. Casi me rompo el cuello bajando por la enredadera —grité de vuelta, sintiendo una euforia peligrosa. Estaba fuera. Nadie sabía dónde estaba. Ni mi padre, ni él.

—Vamos a disfrutar. ¿Qué quieres tomar? ¿Piña colada o Mojito de sandía?

—Difícil elección... —Miré a mi alrededor, sintiéndome eléctrica—. Creo que hoy tomaré mojito de sandía. Algo dulce para enmascarar el sabor amargo de mi vida.

—¡Voy a por ellos! Quédate aquí, ¡no te muevas!

Gia me guiñó un ojo y desapareció entre la multitud hacia la barra. Me quedé sola cerca de un reservado, moviéndome ligeramente al ritmo de la música, sintiendo las miradas de varios hombres sobre el dorado de mi vestido. Pero yo solo miraba hacia la pista, perdida en la sensación de libertad.

—Ese color te queda peligroso.

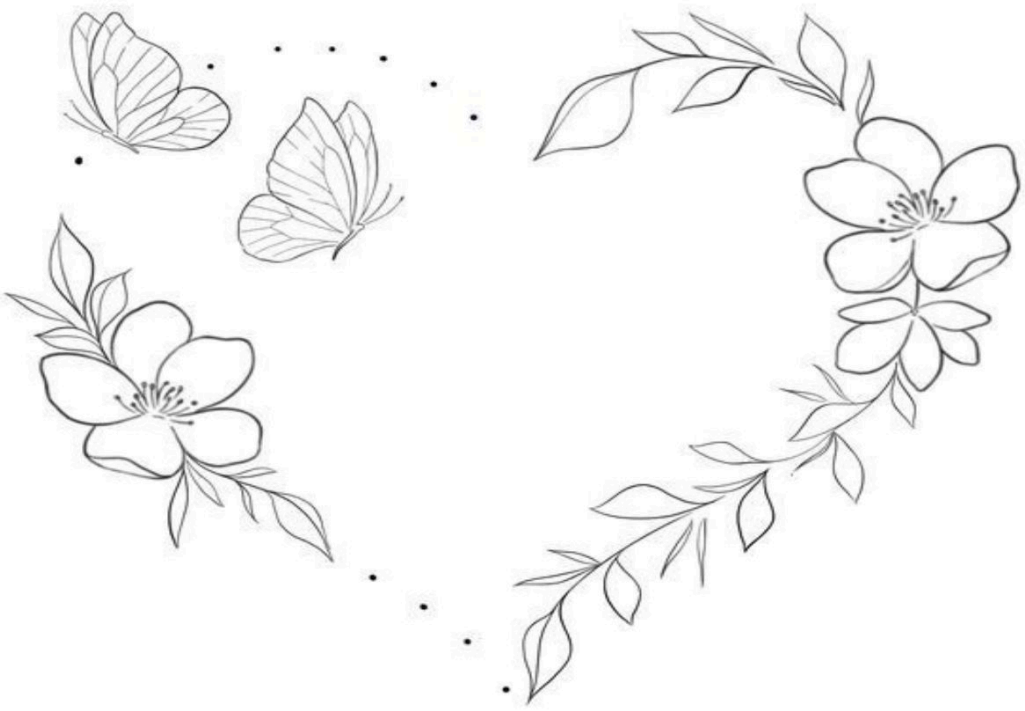
Una voz masculina, divertida y suave, sonó justo a mi lado. Me giré.

Era el chico que había traído a Carlotta en moto. Mario. De cerca, su atractivo era insolente. Esa estética de "desastre encantador" que las madres advierten a sus hijas que eviten. Joven, quizás unos veintitantos años. Era... diferente a los hombres que solía ver en las fiestas de mi padre. No llevaba traje rígido. Vestía con vaqueros rotos, una camisa negra desabotonada, llena de cadenas y collares de plata, y una chaqueta de cuero desgastada. Tenía el pelo castaño revuelto y una sonrisa hermosa que iluminaba sus ojos claros. Parecía un "chico malo" de película, pero de los que al final te salvan. Irradiaba una energía cálida, accesible. Nada que ver con el frío polar de Moretti.

—Tú debes ser el amigo de Vincenzo.

—Culpable.

Olía a cuero y a una colonia cítrica, fresca.



4

LARISSA

—¿Nos conocemos?

—No creo —respondí, alzando una ceja, fingiendo desinterés aunque mi pulso se aceleró.

—Pues es un buen momento para hacerlo. ¿No crees? —Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal con una naturalidad pasmosa.

—Supongo... —Dudé un segundo, pero ¿qué más daba? Esta noche no era la prometida de Moretti. Esta noche era solo una chica en un club—. Soy Larissa.

—Mario. ¿A qué te dedicas, Larissa?

—Estudiante. Me gradué la semana pasada.

—Ajá, te espera la universidad. —Sus ojos claros me escanearon de arriba abajo con descaro, deteniéndose en mi vestido dorado antes de volver a mis ojos—. Pareces una chica estudiosa. De las que se sientan en primera fila y subrayan los apuntes con tres colores.

Sentí una risa amarga subir por mi garganta. *¿Debería decirle que no me espera la universidad, sino un altar y un contrato de propiedad? ¿Que todos mis sueños y planes se irán a la mierda muy pronto?*

—Sí... sí. La universidad —mentí, y la palabra supo a ceniza.

Mario soltó una risa suave, inclinándose hacia mí.

—No te lo tomes tan en serio, Larissa. La vida hay que vivirla, sentirla más allá de los libros.

Apreté la mandíbula. Qué fácil era decirlo para alguien como él, que destilaba libertad por los poros.

—Sé divertirme también. Por eso estoy aquí.

—No lo parece. —Su sonrisa se ensanchó, burlona—. Tienes cara de funeral desde que entraste. ¿No estás a gusto aquí?

Me tensé. *¿Tanto se me notaba?*

—La verdad es que no —susurré, la confesión escapándose de mis labios—. Pero no se lo digas a nadie.

Mario se llevó dos dedos al pecho, sobre el corazón, en un gesto teatral.

—Lo prometo. Será nuestro secreto, *incanto*.

Gia apareció en ese momento, salvándome con dos vasos grandes y coloridos en las manos y Vincenzo pegado a su espalda.

—¡Aquí están! —Gia se detuvo al ver a Mario—. ¡Oh! Parece que ya os habéis conocido —dijo ella, pasándome el mojito.

—Es un cabrón —advirtió Vincenzo, dándole una palmada en la espalda a Mario—. No le hagas demasiado caso, Larissa.

—Prometo portarme bien —dijo Mario, levantando las manos en señal de inocencia, aunque sus ojos decían lo contrario.

—¡Me encanta esta canción! —chilló Gia de repente, girándose hacia su novio—. *Amore*, ¿qué te parece si llevas a tu novia a bailar?

Vincenzo asintió.

—Larissa, tranquila, te dejo en buenas manos —dijo Vincenzo con una sonrisa, antes de ser arrastrado por Gia hacia la pista de baile.

Genial. Me quedé sola de nuevo con Mario. Bebí un sorbo largo de mi mojito, dejando que el alcohol y el azúcar me quemaran la garganta.

—Bueno, ¿y tú a qué te dedicas, Mario? ¿Eres estudiante? —pregunté para romper el silencio.

—¡Qué va! Dejé los estudios.

—¿Por qué? —Lo miré sorprendida—. ¿Por qué harías una estupidez así?

Él se encogió de hombros, restándole importancia con una arrogancia que me irritó.

—"Estupidez" es mi segundo nombre. —se rió, encogiéndose de hombros—. No todo el mundo está hecho para eso. La vida académica me aburría. Prefiero la calle.

—Ya... también se puede decir eso para justificar la pereza —ataqué.

Él soltó una carcajada genuina, echando la cabeza hacia atrás.

—Tú seguro irás a una universidad de pijos, ¿no?

—¡Qué va! —respondí con una ironía tan afilada que podría cortar cristal—. Me casaré y adiós a los estudios.

Mario se echó a reír, convencido de que era una broma sarcástica.

Mi vida es, en efecto, una broma de mal gusto.

—¡Quién iba a decir que también podrías ser divertida, señorita arrogante!

—¿Arrogante? —Me giré completamente hacia él, ofendida—. Mira quién habla. El chico malo, con moto, con el pelo engominado, que cree que puede ligarse a todas las chicas solo por respirar.

—No lo creo. Es que puedo ligármelas, *incanto.*

—Ya... algo así. —Rodé los ojos—. ¿Tan superficiales son las chicas con las que vas como para caer en las redes de un tipo como tú?

No sé por qué me ponía tan a la defensiva. Quizás porque él representaba todo lo que yo no podía tener: despreocupación, caos, libertad. Con él, sentía que estaba a punto de empezar una guerra verbal, y me gustaba.

—Guapo soy. Inteligente soy. Moto tengo —enumeró con los dedos, acercándose un paso más—. ¿Qué más quieres? No es superficialidad, Larissa. Es todo lo que desean las chicas a esta edad. Adrenalina.

—¿Hablas de ti? Perdona —tosí falsamente, desviando la mirada —. Creía que hablabas de otro.

Mario me miró fijamente, y su sonrisa cambió. Se volvió un poco más depredadora, más interesante.

—Parecías tranquila, tímida, buena chica... pero resulta que... — Se inclinó hasta que su aliento rozó mi oreja—... ¡mira dónde se escondía una pequeña diablesa!

Casi me sonrojo cuando pronunció la última palabra.

—Vale. Entonces... —continuó él, desafiante—, ¿qué te atrae a ti de un chico si no son las cualidades magníficas que te he descrito antes?

—El alma —respondí, totalmente seria.

Mario estalló en una risa tonta, tan alta que un grupo de chicos se giró para mirarnos extrañados.

—Un hombre es lo último que te mira, el alma, Larissa. Seamos serios, las hormonas nos gritan. Vemos primero el envoltorio y el alma ya si eso, después por el camino.

—Entonces no es el hombre adecuado si solo se fija en el físico.

—Es el hombre perfecto, *incanto*. —susurró, inclinándose hacia mi oído—. Todo empieza por la atracción, por la química. Si no existe esa chispa, no sirve de nada. Puedes despedirte de la relación.

—La superficialidad es una cualidad que te define por completo, Mario —repliqué, dando un paso atrás—. No todo es belleza física. La atracción puede ser un plus, pero no es lo que nos define como personas.

—Bla, bla, bla, *incanto*. Deja de creer todo lo que lees en los libros de fantasía sobre el gran amor y el príncipe azul. ¡Ay! —dramatizó, llevándose una mano al pecho—. Cómo el hombre llega en un caballo blanco listo para conquistar a la mujer con su alma pura. En la vida real, las cosas no son así. Pero tú, pobre tortolita ingenua, no tienes ni idea de nada.

—Eres un gran capullo. ¿Lo sabes? —escupí, sintiendo el calor subir por mi cuello—. Supongo que solo confirmo lo que la mayoría de las chicas, las *no* superficiales, ven en ti.

Mario no se ofendió. Solo me sonrió con esa mueca de suficiencia que me daban ganas de borrarle de un bofetón.

—Oh, *incanto*, si crees que me hieres con tus palabras te equivocas mucho. Tienes que esforzarte más para romper mi ego.

No sé si era el humo de la sala o mi propia furia, pero tenía la impresión de que estaba echando fuego por los ojos en este momento.

—Estoy perdiendo el tiempo contigo.

Me giré, buscando una salida. Vi a Gia y Vincenzo acercándose.

—Gia, vámonos —exigí, agarrándola del brazo en cuanto llegó.

—¿Ya? Pero si acabamos de empezar...

—Te llevo yo —se ofreció el capullo rápidamente—. Deja que Gia se divierta.

—Contigo no voy a ninguna parte. Me pido un Uber.

—¿Qué le has hecho, cabrón? —preguntó Vincenzo riendo.

Mario se encogió de hombros con inocencia fingida.

—Nada... Solo hemos conversado un poco sobre la filosofía del alma.

—Es que no se os puede dejar solos... —suspiró Gia—. Lari, ¿te vas ya?

—Sí.

—No te dejo ir sola en un Uber a estas horas —insistió Mario, poniéndose serio por primera vez—. Venga, Larissa. Tengo la moto

fuera. Llegamos enseguida.

Iba a negarme, pero entonces sentí la vibración en mi bolso de mano. El móvil. Lo saqué. La pantalla brillaba con un nombre: IGNACIO. Descolgué con manos temblorosas.

—¿Diga?

—*Signorina Larissa* —la voz de Ignacio era metal frío—. *No está en su habitación. Si no la veo en la puerta principal en diez minutos, llamo a su padre.*

El pánico me cerró la garganta.

—Llego en diez minutos, Ignacio. No te impacientes.

Me colgó.

Guardé el móvil, pálida. Todo era una idea malísima. Mi presencia aquí. Yo en la moto de Mario. Mario...

Mis manos temblaban.

—¿Un novio celoso? —interrogó Mario, tendiéndome un casco negro que había sacado del guardarropa.

—Peor. Mi guardaespaldas.

Mario soltó un silbido.

—Debería haberme dado cuenta. Eres el tipo de niña rica con guardaespaldas. Déjame adivinar, ¿eres la princesita de papá?

—¿Me llevas de una puta vez? —le espeté, agarrando el casco con furia. Odiaba que me llamaran princesa cuando ni siquiera me trataban como tal.

Salimos del club. El aire de la noche golpeó mi cara caliente. Mario se subió a una moto negra, enorme, que parecía un animal dormido. Arrancó el motor y el rugido fue ensordecedor.

—No soy para nada una mimada. No soy una princesa, ¿vale? —le grité para hacerme oír.

—Vale, vale, *incanto*. No te embales. Sube.

Me subí detrás de él. El asiento era alto. Tuve que abrir las piernas, mi vestido dorado subiéndose peligrosamente.

—Agárrate fuerte. Despegamos.

Rodeé su cintura con mis brazos. Estaba duro. Músculo bajo el cuero. Me sentí... pequeña. Y extrañamente protegida, aunque sabía que era una ilusión.

—¿Lista? —¡Vámonos!

El motor rugió bajo nosotros, una bestia despertando. La moto salió disparada. La sensación de libertad mezclada con lo desconocido me puso tan nerviosa como cuando vuelo. El vacío en el estómago se arqueó como un ovillo que me apretaba, aterrador, pero me hacía sentir más viva que nunca. Le apreté bastante fuerte. Era raro estar tan cerca de un chico. Su perfume me golpeó de lleno: cítricos, tabaco y algo metálico. No era solo una llamada hipnótica a la nada; era algo que iba más allá de mi ser. Lo aspiré hambrienta, una última bocanada de aire antes del salto al vacío.

Me asustaba terriblemente todo lo que sentía en su presencia. El viento me agitaba el pelo, convirtiéndolo en un látigo contra mi espalda. El ruido del motor competía con el de mi corazón en un caos infernal. Pero estaba bien. No sabía cuánto duraría esto. No sabía cómo terminaría. Pero saboreé el momento sabiendo que sería uno de los pocos placeres culpables que alimentarían mi alma ávida de alegría en los años oscuros que venían.

Nos alimentamos de amor. Cerca de él crecemos, descansamos y soñamos. Nos alimentamos de momentos de felicidad, de sonrisas y esperanzas. Yo lo busco con ansias: el amor, la felicidad, los sueños, la esperanza. Pero se empeñan en huir lo más lejos posible de mí, dejándome sola frente al altar. A falta de ellos, nos alimentamos de temores, angustias y pesadillas. Cerré los ojos, apoyando la mejilla en la espalda de cuero de Mario, sintiendo su calor, fingiendo por un minuto que era una chica normal con un chico normal. Aún así no cederé. Mientras respire, mientras mi corazón lata, no renunciaré a mis sueños. Aunque tenga que quemar el mundo para conseguirlos.



5

RAFFAELO

PUERTO CATANIA

El olor a sangre tiene un matiz metálico inconfundible. Es como chupar una moneda de cobre oxidada. Se te queda en el paladar, en la parte posterior de la garganta, y no hay whisky de cien años ni tabaco negro que pueda borrarlo del todo.

Para la mayoría de los hombres, ese olor es el preludio del pánico, el aroma inequívoco de la muerte. Para mí, es simplemente el puto olor de la oficina de todas las noches.

Me quité la chaqueta del traje, doblándola con cuidado meticuloso sobre el respaldo de una silla de madera que costaba menos que uno de los botones de mis puños. El contraste era casi poético: la elegancia de mi sastrería milanesa contra la mugre industrial y el hormigón manchado del almacén del puerto. El sonido de las cadenas tintineando rompió el silencio, seguido de un gemido ahogado y patético.

—Por favor... Don Moretti... —suplicó la cosa que colgaba del techo.

Giorgio. Ese era su nombre. Un contable de nivel medio, con gafas de pasta y una esposa que probablemente ya estaba preguntándose por qué no llegaba a cenar. Giorgio había cometido el error capital: había pensado que era más listo que yo. Había calculado que podía desviar un 0,5% de los envíos de los albaneses sin que nadie se diera cuenta, diluyéndolo en hojas de cálculo complejas. *Pobre y jodido imbécil.* Yo veo los números de la misma forma que veo a las personas: encuentro sus grietas al instante.

Caminé hacia una mesa de metal oxidado donde mis herramientas estaban alineadas con precisión quirúrgica sobre un paño de terciopelo negro. Bisturís, alicates, un martillo pequeño. No me gustaban las armas de fuego para esto. Las balas son impersonales. Demasiado rápidas. La traición requiere intimidad. Requiere tiempo. Requiere que el traidor entienda *por qué* se le escapa la vida.

—Los albaneses están molestos, Giorgio —dije. Mi voz sonó tranquila, casi aburrida, rebotando en las paredes de hormigón—.

Kreshnik no entiende de márgenes de error. Y yo tampoco.

Me remangué la camisa blanca inmaculada, doblando la tela hasta los codos con movimientos precisos. Los tatuajes de mis antebrazos quedaron expuestos bajo la luz parpadeante de una bombilla; tinta negra sobre piel tensa, contando historias de violencia que Giorgio ni siquiera podía imaginar en sus pesadillas.

—Lo juro... fue un error... lo devolveré... tengo ahorros —lloriqueaba, la sangre y los mocos mezclándose en su cara hinchada, irreconocible.

Tomé un cigarrillo de mi pitillera de plata y lo encendí con calma. El chasquido del mechero sonó como un disparo. El humo azulado se mezcló con el olor a orina y miedo que emanaba del hombre.

—No se trata del dinero —expliqué, exhalando el humo hacia el techo—. El dinero se imprime. El dinero es papel y tinta. Se trata de la falta de respeto. Se trata de que pensaste que yo era estúpido.

Me acerqué a él. Vi cómo sus pupilas se dilataban hasta engullir el iris. El terror puro, destilado.

—No... no...por favor...

Agarré su mano izquierda. Sus dedos estaban rotos, cortesía de Enzo hacía una hora, torcidos en ángulos antinaturales, pero yo buscaba algo más específico.

—Kreshnik quiere una libra de carne —murmuré, examinando su mano como quien examina una fruta magullada en el mercado—. Pero yo soy más pragmático. Quiero información antes de darte permiso para morir. ¿A quién más le vendiste la ruta de los contenedores del norte?

—¡A nadie! ¡Lo juro por la Virgen! ¡A nadie!

Presioné la punta encendida de mi cigarrillo contra el dorso de su mano, justo sobre una vena palpitante. El grito que soltó fue agudo, animal. El olor a carne quemada llenó el aire, dulce y nauseabundo, superponiéndose al cobre de la sangre. No me inmuté. Mantuve la presión, mirando fijamente sus ojos inyectados en sandre mientras se retorcía como un gusano en el anzuelo.

—Mientes —dije con suavidad letal.

Retiré el cigarrillo, lo tiré al suelo y lo pisé con mi zapato de piel italiana. Tomé un bisturí del paño de terciopelo. La hoja brilló bajo la

luz amarilla.

—Los Mancuso —soltó él de golpe, jadeando, llorando, rindiéndose ante el metal—. ¡Fueron los Mancuso! Mario... Mario Mancuso me ofreció el doble por la ruta del norte.

Me detuve. El bisturí quedó suspendido a milímetros de su piel.

Mario Mancuso.

Ese pequeño parásito con aires de grandeza. La oveja negra que jugaba a ser el rebelde despreocupado pero que, en el fondo, estaba tan podrido como el resto de su maldito clan. Así que el *Golden Retriever* tenía dientes.

—Interesante —dije, bajando el bisturí—. Así que Mario está jugando a ser mayor.

Me giré, dándole la espalda a Giorgio. La información era valiosa. Confirmaba mis sospechas: los Mancuso estaban intentando expandirse, intentando morder la mano que controlaba Sicilia.

Y habían encontrado a este mediocre.

En ese momento, la puerta de metal pesado del almacen se abrió con un chirrido que hizo eco en todo el lugar. Dos de mis hombres entraron primero, armas en mano, flanqueando a una figura imponente.

Denis Smirnov.

El líder de la Bratva en Sicilia era un oso de hombre. Casi tan alto como yo, pero más ancho, con una barba rubia recortada y ojos que parecían hechos de hielo siberiano. Denis era un vestigio de la vieja escuela: brutalidad sin disculpas envuelta en silencios incómodos.

Denis miró a Giorgio, que seguía lloriqueando colgado de las cadenas, y luego me miró a mí. Una sonrisa torcida, desprovista de calidez, apareció en su rostro.

—Veo que estás ocupado, Raffaelo. —su voz era grave, con ese acento arrastrado que hacía que cada palabra sonara como una amenaza—. ¿Mala noche?

Me sequé las manos con una toalla limpia que Enzo me tendió al instante y me acerqué a él.

—Solo limpieza doméstica, Denis. Ya sabes cómo funciona esto. Si dejas una miga, aparecen las hormigas. Si dejas pasar un céntimo, aparecen los ladrones.

Le tendí la mano. Él la estrechó con fuerza. Su agarre era firme, el de un hombre que ha matado con sus propias manos tantas veces como yo. Había un respeto mutuo entre nosotros. Éramos dos depredadores alfa compartiendo el mismo ecosistema, con cuidado de no pisarnos las colas... por ahora.

—Traigo los papeles —dijo Denis, haciendo un gesto a uno de sus guardaespaldas, que colocó un maletín de cuero sobre la mesa, apartando un martillo manchado de sangre con indiferencia para hacer espacio—. Fabrizzio Vitale —murmuró, abriendo el maletín. Dentro había documentos bancarios, pagarés y títulos de propiedad —. Ese hombre es un desperdicio de oxígeno. Me debe tres millones de euros por el cargamento que "perdió" hace dos meses. Iba a despellejarlo y vender sus órganos en el mercado negro de Tirana, pero... tú ofreciste una alternativa más limpia.

Tomé los documentos y los leí por encima. La deuda de Fabrizzio. La cadena invisible que ahora lo ataba a mí más fuerte que cualquier lealtad familiar.

—Fabrizzio es un incompetente, pero su posición es estratégica. Y su familia... tiene valor para mí.

Denis soltó una carcajada ronca.

—¿Valor? He oído que te vas a casar con la hija. La pequeña.

Me tensé imperceptiblemente. Las noticias volaban en Sicilia más rápido que las balas.

—Es parte del acuerdo de adquisición. Una fusión corporativa, por así decirlo.

—La he visto —comentó Denis, sacando una petaca de plata del bolsillo y dándole un trago—. Ojos bonitos. Mucho fuego para ser tan joven. Pero parece frágil, Moretti. De las que se rompen si las aprietas demasiado. ¿Seguro que vale tres millones de euros y perdonarle la vida al padre?

Miré a Denis fijamente. El aire entre nosotros se enfrió de golpe. Mi voz bajó una octava, volviéndose peligrosa.

—La chica no es asunto tuyo, Smirnov. Céntrate en contar tu dinero.

El ruso mantuvo mi mirada unos segundos, evaluando la amenaza, y luego levantó las manos en señal de paz, aunque su

sonrisa burlona no desapareció del todo.

—Tranquilo, *lobo*. Solo decía que es mucho dinero por un polvo y un puerto secundario. Pero es tu dinero. Y tu problema.

Hice una señal a Enzo. Mi *consigliere* sacó un portátil y realizó la transferencia en ese mismo instante.El sonido de las teclas fue lo único que se escuchó en el almacén por unos segundos.

—Transferencia completada —anunció Enzo con voz neutra.

—La deuda de Fabrizzio Vitale con la Bratva queda saldada —dije, cerrando el maletín—. A partir de este segundo, Fabrizzio me debe ese dinero a mí. Y el puerto es territorio Moretti. Si alguien tiene que despellejarlo, seré yo.

Denis asintió, satisfecho, comprobando la confirmación en su propio teléfono.

—Un placer hacer negocios contigo, Moretti. Como siempre. Eres el único italiano que cumple su palabra antes de que se seque la tinta. —Miró de nuevo a Giorgio, que había dejado de gritar y ahora solo temblaba en silencio, colgado como un trozo de carne—. ¿Te importa si me quedo a ver el final? Hace tiempo que no veo una buena sesión de... reeducación.

—Sírvete una copa —le ofrecí, señalando el mueble bar improvisado en una estantería metálica—. Pero no te encariñes con el sujeto. No va a durar mucho.

Me giré para volver a mi trabajo, para terminar lo que había empezado con Giorgio, cuando sentí la vibración en el bolsillo interior de mi pantalón. Dos veces. Cortas. Precisas. Me detuve. Saqué el teléfono con calma, ignorando la mirada curiosa de Denis.

Desbloqueé la pantalla. Un mensaje de "Sombra", el operativo que había asignado para vigilar a Larissa.

Había tres fotos adjuntas. Abrí la primera. Mis ojos se entrecerraron. Era una imagen granulada, tomada con visión nocturna, pero inconfundible. Una figura subiéndose a un coche a unos metros de la villa Vitale. Larissa. Llevaba un vestido dorado. Corto. *Jodidamente corto*. Brillaba bajo la luz de la luna como una pepita de oro en el barro. Sentí una punzada de ira caliente en el pecho. *Desobediente.* Le había dicho a su padre que la controlara.

Evidentemente, Fabrizzio era incapaz de controlar ni a su propia sombra.

Deslicé el dedo. Segunda foto. El exterior de un club. Inferno. Conocía el sitio. Mi club. Larissa estaba de pie en la acera, junto a una moto negra de gran cilindrada. Pero no fue el lugar lo que hizo que mis nudillos se pusieran blancos alrededor del teléfono. Fue la compañía.

Tercera foto. Mis dedos se detuvieron sobre la pantalla. Mis nudillos se pusieron blancos hasta doler. Era un primer plano. Estaban de pie, uno frente al otro, a centímetros de distancia. Él le estaba tendiendo un casco negro, con una mueca burlona y encantadora. La luz de la farola le daba de lleno en la cara. No había duda. Esa mandíbula. Esos ojos de niño bueno que escondían una mente retorcida. Esos anillos ridículos en los dedos.

Mario Mancuso.

—¿Malas noticias? —preguntó Denis, divertido.

—Al contrario —murmuré, guardando el teléfono lentamente—. Noticias esclarecedoras.

¿Acaso me estás desafiando, piccola? Pensé en su cara cuando la salvé en la fiesta. Parecía inocente. Asustada. Está viviendo una noche de rebeldía adolescente, un pequeño grito de libertad antes de que la encierren. No sabe que ya me pertenece. No sabe que cada paso que da lejos de su casa es un paso más dentro de mi territorio. Esa rebeldía... esa estupidez de creer que puede escapar... Fabrizzio ha fallado en domarla. Yo no cometeré ese error. Ella cree que es libre porque no he ido a buscarla todavía. Cuando tenga mi anillo en su dedo, se acabaron las escapadas por la ventana. Se acabaron los juegos con niños estúpidos en motos. Voy a ponerle una correa tan corta que tendrá que pedirme permiso hasta para respirar. Y le va a gustar. O aprenderá a que le guste.

La ira se transformó en algo más calculado. Yo no reacciono con gritos. Yo ejecuto. Dejaré que vuelva a casa pensando que ha ganado. Y mañana... mañana le enseñaré que yo gano siempre.

Me giré hacia Giorgio. Toda la violencia contenida, toda la necesidad de castigar esa insolencia de ver a mi futura esposa en brazos de otro, se focalizó en el miserable contable. Él era el

sustituto. Él pagaría la factura de esta noche. Aunque le esperaba el mismo final.

—Giorgio —dije. Mi voz era la muerte susurrando—. Se acabó el tiempo. Tu tiempo.

Caminé hacia la mesa. Ignoré el bisturí.

Tomé un gancho de carnicero. De acero sólido, afilado en la punta, unido a una cadena que colgaba de una polea en el techo.

—¡No! ¡Don Moretti! ¡Le dije todo! ¡Le di a Mancuso! —gritó Giorgio, pataleando en el aire.

—Y te lo agradezco —dije, acercándome a él—. Pero la traición tiene un precio, Giorgio. Y la estupidez tiene otro. Hoy vas a pagar ambos.

Hice una señal a Enzo. Él entendió. Golpeó a Giorgio en el estómago, doblándolo por el dolor. Con un movimiento fluido y brutal, enganché el garfio de acero bajo su mandíbula, atravesando el suelo blando de la boca y saliendo por debajo de la lengua. Giorgio gorgoteó, sus ojos inyectados en sangre, sus manos intentando inútilmente quitarse el metal que ahora sostenía el peso de su cabeza.

—Levántalo —ordené.

Enzo tiró de la cadena. El cuerpo de Giorgio se elevó. Sus pies dejaron de tocar el suelo. Todo su peso recaía ahora sobre su mandíbula inferior. Los sonidos que hacía eran indescriptibles; una mezcla de asfixia y desgarro muscular. La sangre empezó a manar a borbotones sobre su camisa, sobre el suelo, salpicando mis zapatos italianos impecables.

Lo observé sin pestañear. Veía el futuro de cualquiera que intentara tocar lo que es mío. Larissa estaba a punto de descubrir que la jaula de su padre era un parque de juegos comparada con la fortaleza que yo construiría a su alrededor.

—Eficiente —comentó el ruso, mirando cómo Giorgio daba sus últimas sacudidas espasmódicas—. Brutal, pero eficiente.

Esperamos unos minutos más. El sonido de las cadenas cesó cuando la vida abandonó el cuerpo del contable. Denis terminó su copa y la dejó sobre la mesa de metal con un tintineo seco.

Salimos del almacén hacia la noche cerrada del puerto. Mis hombres y los del ruso formaron un perímetro tenso alrededor de nosotros.

—Recuerda, Moretti —dijo Denis, señalando con la cabeza hacia donde estaba su coche blindado—. Ahora eres tú quien responde por los errores de Vitale. Fabrizzio era un inútil, pero tú tienes una reputación. Espero que esa... distracción con faldas no afecte a nuestros envíos.

Me encendí otro cigarrillo, la llama iluminando mis rasgos duros.

—Yo no soy Fabrizzio, Denis. Y yo no fallo nunca. El dinero estará en tus cuentas el día uno de cada mes. Lo que yo haga con mi tiempo, o con mi mujer, no es asunto de la Bratva.

Denis soltó una risa corta.

—Bien. Mientras el dinero fluya, puedes quemar la isla entera si quieres. *Do svidaniya*, Raffaelo. (Hasta luego)

Vi cómo la comitiva de coches negros de los rusos se alejaba, perdiéndose en la oscuridad del puerto. Me quedé allí, mirando el mar negro, con la imagen de Larissa y Mario grabada a fuego en mi mente.

Enzo se acercó a mi lado, mirando también hacia donde se habían ido los rusos. Se pasó una mano por el pelo, mirando hacia el almacén y luego hacia mí. Parecía cansado.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Raffaelo? —preguntó, refiriéndose a mi cambio de humor repentino tras ver el teléfono.

—Larissa —dije cortamente. El nombre sabía a ceniza y deseo.

Enzo suspiró, negando con la cabeza.

—¿Merece la pena todo esto por una cría, Raffaelo? —preguntó. Su tono no era de reproche, sino de genuina incredulidad—. Tres millones. Asumir la deuda de Fabrizzio. Es mucho riesgo por una niña adolescente rebelde.

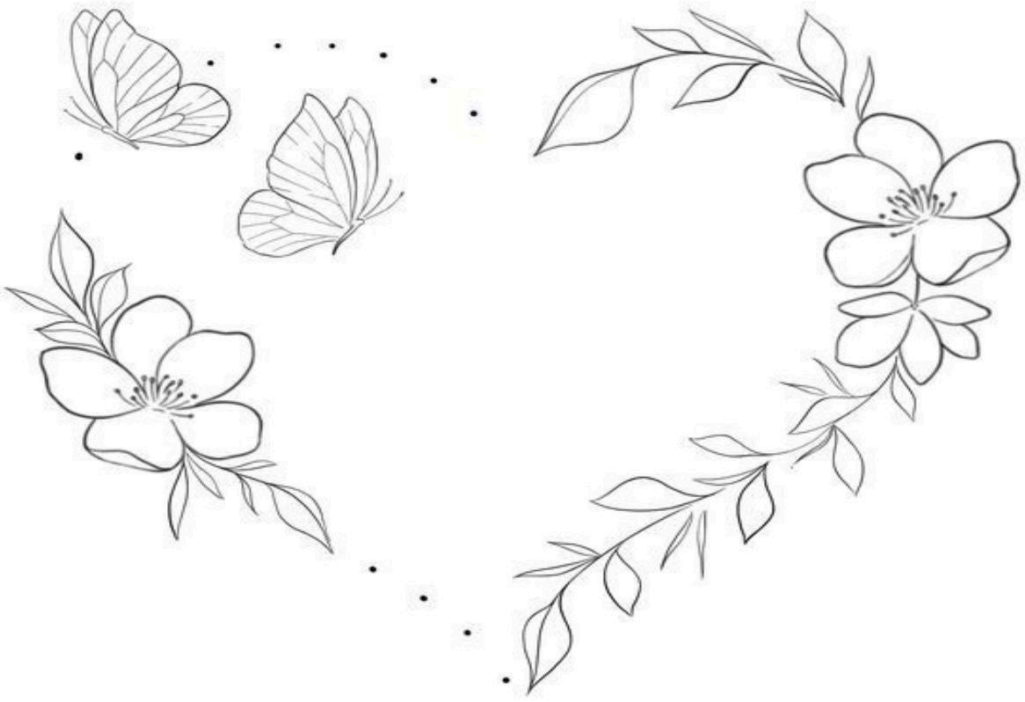
Di una calada profunda al cigarrillo y dejé salir el humo lentamente hacia las estrellas.

—No es por la niña, Enzo. Es por el poder. El puerto es la llave de todo.

—¿Y ella? —insistió Enzo—. Va a traerte dolores de cabeza.

Tiré el cigarrillo al suelo y lo aplasté con la suela de mi zapato, terminando con la brasa igual que terminaría con la esperanza de cualquiera que se interpusiera en mi camino.

—Una adolescente rebelde no podrá conmigo, Enzo —sentencié, dándome la vuelta hacia mi coche—. Se le acabará la tontería en cuanto diga "sí, quiero". Y si no se le acaba por las buenas... yo me me voy a follar esa rebeldía suya hasta que se le olvide cómo se respira sin mi permiso.



6

LARISSA

La luz del sol de la mañana se colaba por las rendijas de las cortinas como cuchillas doradas, hiriéndome los ojos. Me desperté con el corazón latiendo muy rápido. Eso era porque la noche anterior

había sido muy emocional y el sueño no había podido hacer que me olvidara de todo.

Por un segundo, pensé que todo había sido un sueño febril: la enredadera, el club, la moto, *Mario*. Pero al girar la cabeza, vi el vestido dorado en la silla, hecho un ovillo brillante y culpable. Había pasado de verdad. Me había escapado. Y, milagrosamente, había vuelto.

Sonreí contra la almohada. Una sonrisa tonta, amplia y victoriosa. Lo había hecho. Me las había arreglado para burlar la seguridad de la villa, había salido, había sentido el mundo real y había vuelto. Y lo más increíble de todo: seguía viva. Mi cuerpo se sentía ligero, vibrante, como si la noche anterior en la moto de Mario hubiera reescrito mi ADN, borrando por unas horas la etiqueta de "*Propiedad de Moretti*" que llevaba grabada en la frente.

Me duché rápido, lavando el olor a humo y alcohol de mi pelo, y me vestí con unos pantalones cortos y una blusa sencilla.

Bajé a la cocina con el estómago cerrado por una mezcla de nervios y euforia.

Bajé a la cocina con el estómago cerrado. La casa olía a café recién hecho y a cera de limón para los muebles, un olor a normalidad que chocaba bruscamente con el caos en mi cabeza. Ignacio estaba de pie junto a la encimera de mármol, limpiando su arma con la rutina de quien se cepilla los dientes. El olor a aceite de armas se mezclaba con el del café.

Al verme, levantó la vista. Sus ojos oscurosque normalmente no mostraban ninguna emoción, me taladraron.

—Buenos días, *signorina* Houdini —gruñó, enfundando la pistola.

Me detuve en el umbral, sintiendo un escalofrío. Todavía no podía creer que hubiera logrado convencerlo anoche. Mi mente voló a la escena de hacía apenas unas horas, en la entrada de la villa.

La moto de Mario se detuvo con un ronroneo bajo. Me bajé, temblando por la adrenalina, y le devolví el casco. En cuanto Mario aceleró y desapareció en la oscuridad, me giré y me encontré con Ignacio. Estaba de brazos cruzados, una torre de músculo y furia contenida bajo la luz amarilla del farol.

—Deme una sola razón para no despertar a su padre ahora mismo y decirle que su hija se ha fugado con un desconocido —gruñó Ignacio.

El pánico me cerró la garganta, pero entonces pensé en mi futuro. En la jaula que se cerraba sobre mí.

—Porque me voy a casar, Ignacio —le dije, la voz se me rompió, no por teatro, sino por pura desesperación—. En dos semanas seré la mujer de un monstruo. No he ido a fiestas. No he besado a chicos. No he hecho ninguna de las estupideces que se supone que hacen las adolescentes. Solo quería... respirar. Una noche. Solo una noche de ser Larissa, no la "prometida de Moretti".

Ignacio me miró. Vi la lucha en sus ojos oscuros. La lealtad al cheque de mi padre contra la lástima por la niña que había visto crecer.

—Entré, signorina —dijo finalmente, apartándose—. Y rece para que Moretti no tenga ojos en la nuca.

Volví al presente. Ignacio encajó el muelle recuperador en su sitio con un *clic* metálico y seco que resonó en la cocina.

Me acerqué a la cafetera, sirviéndome una taza para ocupar mis manos temblorosas.

—Gracias, Ignacio. Por... ya sabes. Por no decir nada.

Él soltó un bufido, cruzándose de brazos. Sus bíceps tensaron la tela de su traje.

—No me des las gracias todavía. Si tu padre se entera de que te dejé salir, el que acabará en los cimientos de un edificio seré yo.

—No se enterará —le aseguré, girándome hacia él con mi mejor cara de inocencia.

Ignacio llevaba cuidándome desde que tenía diez años. En el fondo, sabía que esta jaula me estaba matando.

—Eres una inconsciente, Larissa. El mundo ahí fuera no es un juego.

—Lo sé. Pero anoche valió la pena el riesgo.

Me apoyé en la encimera, mirándolo con una media sonrisa, intentando aligerar la tensión.

—Hubiera sido más fácil sobornarte, grandullón. Me habrías ahorrado el discurso melodramático y las lágrimas.

Ignacio soltó una carcajada ronca.

—Si tu padre no me pagara tan bien, hubiera sido una idea. Pero ni tú tienes tanto dinero, ni yo tantas ganas de morir. Que sea la última vez, Larissa.

Antes de que pudiera responder, mi teléfono vibró en el bolsillo de mi pantalón. Lo saqué.

Gia:

Playa. Ahora. El sol está increíble y necesito detalles de anoche.

Suspiré, sintiendo una mezcla de agotamiento y emoción.

—Me voy a la playa —anuncié, terminando mi café de un trago.

Ignacio puso los ojos en blanco y cogió las llaves del coche.

—Andando. Pero esta vez, entras y sales por la puerta principal. Y yo estaré contigo.



El *Lido Azzurro* estaba tranquilo a esa hora de la mañana. El mar Jónico lamía la arena con pereza, turquesa y cristalino, bajo un cielo de un azul insultante. El olor a salitre me golpeó, trayéndome recuerdos de veranos más simples, cuando mi mayor preocupación era si me saldrían pecas en la nariz.

Ignacio se quedó en el paseo marítimo, hablando por teléfono con cara de pocos amigos, dándonos un poco de espacio pero sin perdernos de vista. Gia me estaba esperando en nuestra hamaca habitual, con unas gafas de sol que le ocupaban media cara y un pareo de colores vivos.

—¡La fugitiva! —gritó al verme, levantándose para darme un abrazo estrujoso que olía a coco—. ¡Mírate! Tienes ojeras, pero te sientan bien. Te dan un aire de... rebelde.

Me dejé caer en la hamaca, enterrando los pies en la arena caliente.

—Tengo ojeras porque casi me da un infarto anoche, Gia.

—¿Qué pasó? —Se inclinó hacia mí, bajándose las gafas, con los ojos brillando de curiosidad morbosa—. Y no me refiero a la bronca con Ignacio. Me refiero a después de irte del club. ¿Qué pasó con Mario?

Sentí que el calor me subía a las mejillas. Recordé la vibración del motor entre mis piernas, el calor sólido de la espalda de Mario contra mi pecho, la forma en que su perfume cítrico se me había metido en la nariz y en la cabeza.

—Nada... Solo me acompañó a casa. La verdad es que llegamos super rápido. Apenas hablamos.

Gia me miró con escepticismo, arqueando una ceja perfectamente depilada.

—Ya... ya... Pero no es a lo que me refiero, *stellina*. Hubo chispas. Las vi desde la otra punta del club. Él te miraba como si fueras un postre prohibido que se moría por probar. Y tú... Tú no le mirabas precisamente con asco.

—No sé qué crees que ha pasado, pero no hubo nada —insistí, bajando la voz por si Ignacio tenía oído biónico—. Además, cuando llegamos, Ignacio estaba en la entrada de la villa furioso conmigo. Parecía un *pitbull* a punto de morder. Tuve que preocuparme por convencerlo de que no le dijera nada a mi padre, no tuve tiempo para despedidas románticas. Mario se largó antes de que Ignacio sacara la pistola.

Gia soltó una risita, recostándose en la hamaca y estirando sus piernas bronceadas al sol.

—Bueno... pues si no pasó nada anoche... puede que pase hoy.

Me giré bruscamente hacia ella.

—¿Qué?

Gia me guiñó un ojo, mordiendo la pajita de su refresco con picardía.

—Vincenzo vendrá en un rato. Y Mario seguramente también. Le dije que estaríamos aquí.

El corazón me dio un vuelco. Una mezcla de pánico y euforia me revolvió el estómago.

—¿Aquí? —siseé—. Gia, ¡Ignacio está a diez metros! Si ve a Mario... si mi padre se entera de que estoy viendo a un chico...

—Relájate, mujer. Es una playa pública. Coincidir es casualidad. Además, Ignacio no sabe quién es Mario, ¿verdad? Para él solo es un amigo de Vincenzo.

—Aaaah... No sé que decir —solté el aire, pasándome una mano por el pelo—. Guay.

Sinceramente, no sabía qué decir. Una parte de mí, la parte sensata que quería sobrevivir, gritaba que debía irme a casa. Pero la otra parte, la que había probado la libertad en la parte trasera de esa moto, se moría por volver a ver esa sonrisa arrogante.

Gia me dio un golpecito en la rodilla.

—No digas nada. Solo pásatelo bien, Lari. Te quedan dos semanas. Deja de pensar en las consecuencias y empieza a coleccionar recuerdos.

Cerré los ojos bajo el sol, intentando ignorar la sensación de que estaba caminando directa hacia el abismo con los ojos vendados.

—Solo espero que Raffaelo Moretti no tenga ojos en la playa —murmuré para mí misma.

Gia se rió, pero yo sentí un escalofrío que nada tenía que ver con la brisa marina. Si Raffaelo supiera... quemaría la playa con nosotros dentro.



El sol calentaba mi piel, pero no lograba derretir el nudo frío que tenía en el estómago. Gia parloteaba sobre el bikini nuevo de Vittoria y los dramas de Carlotta, pero mi mente estaba en otro sitio. En unos ojos claros y una moto negra. Y en unos ojos oscuros y un contrato matrimonial.

Estuve a punto de relajarme, de dejarme llevar por el sonido de las olas y concentrarme en el libro que había traído, intentando que las letras tuvieran sentido, cuando una sombra se proyectó sobre nosotras, tapando el sol.

—Qué coincidencia verte otra vez aquí.

Esa voz.

Alcé la vista. Mario estaba allí, de pie, bloqueando la luz. Llevaba unas bermudas oscuras y una camisa de lino blanca abierta, mostrando un torso definido y bronceado, adornado con varias cadenas de plata que brillaban al sol.

—Si por coincidencia te refieres a que Gia os ha dicho que estamos aquí, entonces sí —respondí, intentando parecer indiferente, volviendo la vista a mi libro aunque las letras bailaban.

Vincenzo llegó detrás de él y se tiró sobre Gia, besándola ruidosamente y a manosearla con descaro. Mario hizo una broma sobre buscarse un hotel y Vincenzo le contestó con un "vete a la mierda" cariñoso.

Hubo un momento de silencio mientras la pareja se acomodaba. Mario se sentó en el borde de mi hamaca, invadiendo mi espacio con naturalidad.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó después de unos minutos de silencio, observándome.

Me costaba concentrarme teniéndolo tan cerca. Olía a esa colonia cítrica que ya se estaba convirtiendo en mi adicción personal. Le enseñé la portada y él soltó una exclamación con media sonrisa. Es difícil no fijarse en sus rasgos de cerca. Delicados, pero firmes. Labios carnosos que dejan ver una dentadura blanca y perfecta.

—Un libro sobre el horóscopo chino —respondí.

—Interesante elección. ¿Te apasiona la astrología?

—Principalmente me gusta la arquitectura —admití, bajando el libro—, pero también me apasiona descubrir curiosidades sobre los astros.

—¿Y? —Se inclinó hacia mí, apoyando los codos en sus rodillas—. ¿Has descubierto si el amor está escrito en las estrellas?

Lo miré a los ojos.

—Puede que algunas historias sí estén escritas en las estrellas —dije, mi voz volviéndose reflexiva—. Es difícil apartarse del camino del destino.

Miré el mar. Aparentemente en calma, pero en las profundidades, la oscuridad se apodera de él y se transforma en un nada azul, sin fin, atravesada por corrientes y monstruos marinos. Igual que yo. Si

el mar fuera un ser vivo, estaríamos predestinados a estar juntos. Como un desastre perfecto.

Mario me miró fijamente un segundo, su expresión volviéndose seria, casi indescifrable. Luego, soltó una risa corta, rompiendo el hechizo.

—Creo que es una conversación demasiado intensa para un día tan bonito, *incanto*. Me niego a creer que estemos a merced de los astros; el destino nos lo forjamos nosotros mismos.

—Lo dice el que cree que en esta vida todo se basa en la atracción física. —repliqué con sarcasmo.

—Algún día me darás la razón —dijo con esa arrogancia suya—. Verás que el físico es lo primero. Somos seres humanos con necesidades básicas, Larissa, y a veces nos sentimos atraídos por la persona que nos parece más atractiva.

—Por favor, ya empezamos otra vez con el discursito —murmuré irritada—. Poco te falta para decir que venimos del mono.

—Y mira qué guapo soy, aun con un antepasado mono —bromeó Mario, pasándose una mano por el pelo revuelto.

—Un auténtico orangután, vamos —concedí, reprimiendo una sonrisa—. Si nos guiamos por el intelecto, en busca de la mona perfecta.

—Ya... qué te voy a decir... La verdad es que los monos son animales inteligentes.

Gia y Vincenzo entraron en el agua dejándonos solos. Jugueteaban, salpicándose y besándose, como dos adolescentes con las hormonas revueltas que no tenían fecha de caducidad en su felicidad.

—¿Siempre son así? —pregunté divertida, aunque sentí una punzada de envidia.

—Más o menos el 99% del tiempo. ¿Qué quieres? El amor te hace perder la cabeza.

Suspiré. Envidio a Gia. Su padre la deja ir a la universidad, le ha conseguido un novio que la apoye en todo. Mientras yo... se supone que debo convertirme en una esposa sumisa de un hombre horrendo. Preferiría que me llevaran a la horca antes de convertirme en la esposa de Raffaelo Moretti.

—Espero que no tuvieras problemas anoche. —dijo Mario, bajando la voz—. A ese tipo con cara de pocos amigos le faltó poco para que le estallara una vena de la cabeza.

Miré hacia el paseo. Ignacio seguía allí, vigilante.

—Ignacio es muy protector, pero le convencí para que no le diga nada a mi papá.

—¿Siempre te escapas de tu guardaespaldas?

—Fue la primera vez —sonreí con timidez—. Me dejé llevar por unas palabras tentadoras de Gia.

—Entiendo entonces que tus padres te tienen atada en corto.

—Más bien mi padre, por eso lo odio tanto.

—Debería ser más comprensivo. Estás en una edad en la que necesitas libertad.

—Díselo a mi padre, seguro que te hace caso —respondí con ironía amarga—. Papá no tiene en cuenta a nadie ni a nada. Ni siquiera mi felicidad. Vivimos en la misma casa, pero en mundos totalmente paralelos.

No sé por qué le contaba estas intimidades a un desconocido. Quizás porque él era ajeno a mi mundo. En su presencia, mi corazón se liberaba y dejaba salir los pensamientos que tenía prisioneros. No debería hacerlo, no lo conozco de nada.

—Quiere lo mejor para ti. A su manera. Hay muchos peligros hoy en día.

—A su manera totalmente despótica, sí. Quiere mi bien, pero si no me deja intentar, fracasar y volver a intentarlo... ¿Cómo voy a vivir la vida? ¿Encerrada entre cuatro paredes?

Mario me miró con una intensidad extraña.

—Basta de eso... Hablemos de cosas bonitas. ¿Te parece? —Asentí con la cabeza, agradecida por el cambio de tema—. Dime cuál es tu película favorita.

Lo pensé un segundo.

—Es un clásico. *Lo que el viento se llevó.*

—Buena elección, me olía esa respuesta. Pareces del tipo que devora novelas románticas y espera a Rhett Butler.

—¿Tu libro favorito? —contraataqué.

Mario sonrió con malicia.

—No te rías y prométeme que no se lo dirás a nadie. ¿Vale?

Asentí, divertida.

—*Entrevista con el vampiro*.

Abrí los ojos de par en par, sorprendida, y una sonrisilla apareció en mi rostro.

—Adoro los libros de vampiros. ¿Qué pasa? Yo también tengo un secreto oculto. Por supuesto las pelis de vampiros también me las trago como si fueran palomitas.

—Interesante. —me burlé—. ¿Entonces debo entender que si fuera posible te gustaría ser vampiro?

—Quizá por un día o dos, o un tiempo. —reflexionó—. Creo que la eternidad puede llegar a ser aterradora y un coñazo. ¿Te has imaginado alguna vez cómo será vivir para siempre?

—Estaría bien un tiempo, quizás. Pero creo que se volvería monótono y triste. Que todos tus seres queridos se mueran y tú estés condenado a vivir eternamente. No pinta muy bien.

Mario estiró las piernas en la arena, mirando al horizonte con una expresión indescifrable.

—Si compartes la eternidad con la persona adecuada —dijo suavemente—, creo que puede llegar a ser agradable.

—¿No venís al agua, tortolitos? —el grito chillón de Gia rompió el momento.

—Os dejamos a vosotros chapotear, patitos. Nosotros disfrutamos del sol —respondí, agradecida por la interrupción.

Gia nos sacó la lengua y Vincenzo nos sacó el dedo corazón.

—A Vincenzo a veces se le va la olla —comentó Mario rindo.

—¿Sois buenos amigos? —Algo así. Nos conocimos desde el colegio.

Gia salió del agua corriendo y Mario se levantó de un salto para ir hacia Vincenzo, intentando ahogarlo en broma. Gia se dejó caer a mi lado, goteando agua salada sobre mi toalla.

—Suertuda. Mario es una monada.

—No vayas por ahí, Gia. ¿Insinúas que me gusta?

—Te gusta, Lari. Se ve a leguas. Y por suerte, tú a él también.

—No nos gustamos —mentí, aunque el corazón me latía fuerte.

—Sí, sí... ya.

Para escapar de su interrogatorio y de mi propio sonrojo, me levanté y corrí hacia el agua. Gia me siguió, diciéndome que no me iba a escapar, y empezamos a salpicarnos como cuando éramos niñas, riendo, olvidando por un momento los apellidos y las bodas.

Para librarme, empecé a nadar hacia lo hondo. Con cada ola que atravesaba, el agua inundaba mi ser con su calma fría. Me fundí con ella, fluida, tranquila, preparada para afrontar cualquier tormenta.

Pero mis pensamientos, traicioneros, volaron hacia Mario, que reía en la orilla con Vincenzo. Y de repente, la calma desapareció y unas mariposas suicidas empezaron a aletear en mi estómago. ¿Era esto? *¿Era esto lo que se sentía al empezar a vivir?*

Salí del agua, escurriendo mi pelo, sintiéndome renovada. Pero la realidad me esperaba en la orilla en forma de traje negro. Ignacio estaba de pie junto a las hamacas, con el teléfono en la mano y el rostro pálido, tenso. Ya no parecía el guardaespaldas aburrido de la mañana. Parecía un soldado en alerta.

Me acerqué despacio, sintiendo cómo el agua se me helaba en la piel.

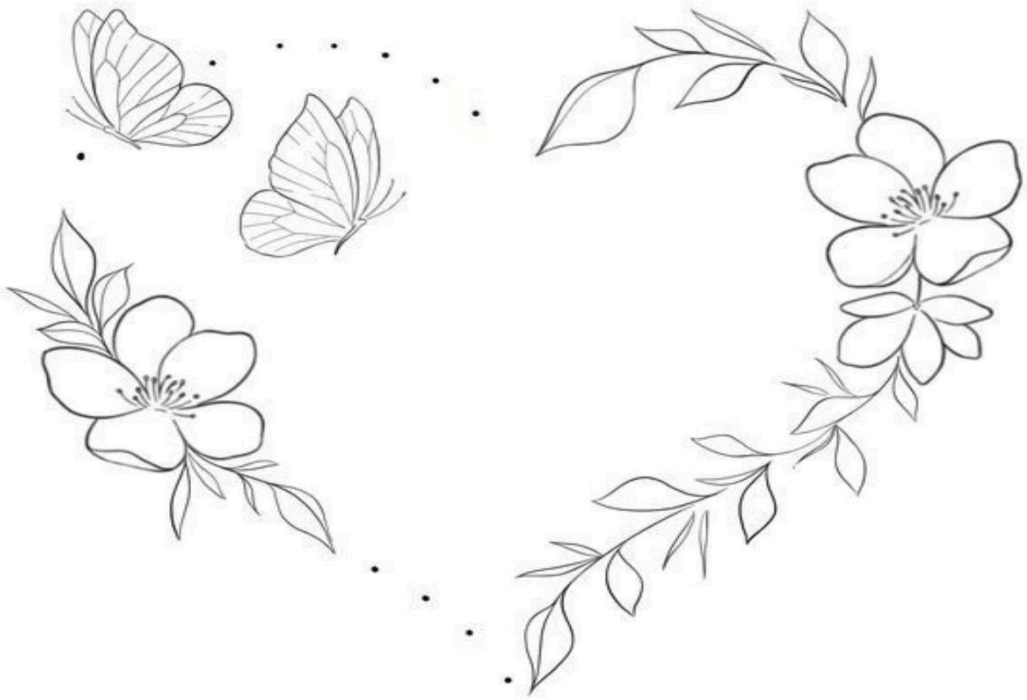
—¿Ignacio? ¿Qué pasa?

Él me tendió el teléfono sin mirarme.

—Tu padre. Te llama de urgencia a casa.

—¿Por qué? —pregunté, el pánico cerrándome la garganta. —No lo sé. Pero sonaba... feliz. Y eso me asusta más que cuando grita.

Cogí el teléfono con manos temblorosas. Esto no me olía bien. Nada bien. La burbuja de mi verano acababa de estallar.



7

LARISSA

El trayecto en coche fue un suplicio silencioso. Yo miraba por la ventanilla, pensando en lo que me esperará en casa. Ignacio

conducía con la vista fija en la carretera, pero sentía sus ojos escrutándome por el espejo retrovisor cada pocos segundos.

—Ese chico... —dijo de repente, su voz grave rompiendo el silencio del blindado—. El que estaba con Vincenzo y Gia.

Me tensé. Mi corazón dio un vuelco doloroso.

—¿Qué pasa con él? —pregunté, intentando que mi voz sonara aburrida, desinteresada.

Ignacio frunció el ceño, sus ojos entrecerrándose en el espejo.

—Es el motorista de anoche.

El pánico me heló la sangre. Me obligué a soltar una risa corta, incrédula.

—¿Mario? Por favor, Ignacio... —Rodé los ojos, rezando para que mi actuación fuera convincente—. Es solo un amigo de Vincenzo.

Ignacio guardó silencio unos segundos interminables, evaluando mi mentira. Apreté los puños sobre mi regazo hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—Más te vale, Larissa —gruñó finalmente, volviendo la vista a la carretera—. Porque ese chico tiene ojos de lobo. Y tú no estás para jugar con animales salvajes.

Solté el aire que contenía. Se lo había tragado. Por ahora.

El coche de Ignacio se detuvo frente a la escalinata de la villa. El silencio del motor al apagarse sonó como el final de una sentencia. Bajé del vehículo sintiendo que mis piernas pesaban toneladas. La euforia de la playa, la risa de Mario y la calidez del sol se habían evaporado, reemplazados por la sombra fría que proyectaba la mansión. La casa no me recibió como un hogar, sino como una boca abierta lista para tragarme.

Entré en el vestíbulo. El aire estaba viciado, cargado con el olor dulzón del tabaco de pipa y una tensión eléctrica que erizaba el vello de la nuca. Fabrizzio Vitale me esperaba al pie de la escalera. Caminaba de un lado a otro con una energía nerviosa que me erizó la piel.

—¿Dónde has estado? —preguntó. Su tono no era un grito, era un gruñido bajo y duro—. Sabes que ya no puedes salir tanto como te dé la gana. Tu reputación ya no es solo tuya.

Me abracé a mí misma, intentando proteger los últimos restos de mi alegría estival.

—No es como si antes hubiera salido mucho... —repliqué, cansada —. Además, Ignacio estaba conmigo. No me he escapado a ningún sitio.

Esperaba la explosión. Los gritos. El castigo. Pero Fabrizzio hizo algo que me inquietó mucho más: sonrió. Una sonrisa tensa, que mostraba demasiados dientes, como un perro que acaba de encontrar un hueso.

—Voy a pasar por alto tu nueva actitud, Larissa. Tu insolencia. Y lo haré solo porque hoy estoy de buen humor.

Fruncí el ceño, la confusión superando al miedo momentáneamente.

—¿A qué se debe?

Fabrizzio se alisó la chaqueta, hinchando el pecho como un gallo de pelea.

—La deuda con los rusos está saldada —anunció, y sus ojos brillaron con un triunfo codicioso—. Denis Smirnov ha confirmado la transferencia. Estamos limpios. Eso significa que Raffaelo es un hombre de palabra.

Sentí un nudo helado en el estómago. *Raffaelo*. El nombre mismo parecía oscurecer las ventanas.

—Lo cual yo también —continuó mi padre, dando un paso hacia mí, invadiendo mi espacio vital hasta que pude oler el whisky en su aliento—. Y con eso, te quiero decir que tú harás tu parte del trato. Harás todo lo necesario para mantener a Raffaelo contento. Y cuando te digo todo, es TODO. ¿Entendido?

La insinuación flotó en el aire, viscosa y repugnante. Mi propio padre me estaba diciendo, sin sutilezas, que debía ser la puta perfecta, la esclava dócil para el hombre que había comprado su libertad financiera. La indignación superó al instinto de supervivencia. Alcé la barbilla, clavando mis ojos azules en los suyos inyectados en sangre.

—No —dije, mi voz temblando de pura rabia—. Si quiere, puede complacerse con cualquier otra mujer. Dudo que no lo esté haciendo ahora mismo con alguna de sus putas...

El movimiento fue tan rápido que no lo vi venir.

¡PLAF!

Mi cabeza giró hacia un lado con la violencia del impacto. El ardor explotó en mi mejilla izquierda, irradiando hacia mi oído y mi mandíbula como si me hubieran quemado con un hierro al rojo vivo. El sonido del golpe resonó en el vestíbulo vacío, un eco seco y brutal.

Me llevé la mano a la cara, aturdida. La piel me quemaba bajo los dedos. Sentí una lágrima, una sola, caliente y ardiente, resbalar por mi mejilla hasta mis labios. No era dolor físico lo que más dolía. Era la lágrima de la impotencia... de la tristeza absoluta al confirmar que para Fabrizzio Vitale, su hija valía menos que un contrato firmado. Le importaba más su negocio que lo que ese monstruo pudiera hacerme.

—Lo harás. Sí o sí —siseó él, sin una pizca de remordimiento—. Ahora, te vas a cambiar —ordenó, señalando las escaleras con un dedo imperioso—. Te vas a maquillar para tapar esa cara y vas a ponerte una puta sonrisa. Raffaelo está a punto de llegar. Y tendrás la oportunidad de conocer a tu futuro marido más de cerca.

El suelo pareció abrirse bajo mis pies. Me obligué a mirarlo a los ojos.

—No puedo creer que seas mi padre —susurré, con la voz rota, llena de asco—. Te comportas como si no fuera tu hija. Yo solo quería estudiar. Soy joven, papá...

—¡No digas tonterías! —bramó, cortándome con un gesto brusco —. Ya te he dicho que no necesitas los estudios. Te vas a casar y formarás tu familia. Esa es tu función.

—Pues si no necesito los estudios, no necesito tampoco un marido —grité, retrocediendo hacia la escalera.

—Deja de provocarme y quítate de mi vista —escupió él. Su rostro estaba rojo de ira—. Te quiero en mi despacho en veinte minutos. Perfecta.

Corrí escaleras arriba, ahogando los sollozos hasta que cerré la puerta de mi habitación. Me dejé caer contra la madera, llorando. Llorando por mi suerte. Por mi maldito destino. A veces me pregunto si, al nacer, nos ofrecieran una lista de posibles padres, haríamos las

elecciones correctas. No cambiaría a mi madre por nada del mundo, pero a mi padre... a mi padre lo volvería a construir desde cero, o lo dejaría en el olvido.

Con manos temblorosas, fui al baño y me lavé la cara con agua fría. Me miré al espejo. La marca de sus dedos comenzaba a florecer en mi piel pálida, roja y ardiente. La puerta se abrió suavemente. Mi madre entró, con esa expresión de perpetua angustia.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —preguntó, acercándose con cautela.

—Papá... se está volviendo loco —sollocé, dejándome abrazar por ella—. Está irreconocible. Ya ni siquiera me ve como su hija... Tampoco sé cómo me ve... Como una mercancía.

—Todo saldrá bien, tesoro —murmuró ella, acariciando mi pelo, aunque sus manos también temblaban—. Hay que pensar en positivo: estarás cerca de nosotros. De mí. Raffaelo tiene poder... te protegerá.

Me solté de ella suavemente. No quería protección. Quería huir. Me senté frente al tocador. Intenté maquillarme para cubrir la marca. Base, corrector, polvos. Un poco de rímel, *eyeliner* fino y un pintalabios *nude*. Fui al armario y elegí lo opuesto a lo que mi padre quería. Nada de sedas ni escotes. Elegí un vestido corto de color gris, de tela ligera y corte recto. Sin escote. Sin forma. Me puse unos tacones medianos, discretos. No quería llamar la atención del monstruo. Puede que, al verme tan simple, tan gris, pierda el interés en mí. Él seguro que está acostumbrado a mujeres espectaculares, a fuego y diamantes. Yo seré ceniza.

Bajé las escaleras contando los pasos hacia mi sentencia. La puerta del despacho estaba abierta. Entré. El olor a tabaco era más fuerte aquí. Mi padre estaba detrás de su escritorio, sirviéndose una copa con manos nerviosas. Y allí, en el centro de la habitación, dominando el espacio como un agujero negro que absorbía la luz, estaba él. Raffaelo Moretti. Llevaba un traje negro impecable, pero sin corbata, la camisa blanca desabotonada lo suficiente para dejar ver el inicio de la tinta que subía por su cuello.

No llegué a abrir la boca. Raffaelo se giró lentamente. Sus ojos oscuros me barrieron de arriba abajo, ignorando mi vestido gris, y se detuvieron abruptamente en mi rostro. Se quedó inmóvil. La

temperatura de la habitación pareció descender diez grados. Debe de haber visto la marca. El maquillaje, aplicado con manos temblorosas, no llegó a cubrir bien la violencia de mi padre.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó. Su voz fue suave, letalmente calmada.

Mi padre me miró desde el escritorio con ojos desorbitados, una advertencia silenciosa de muerte. Entendí la indirecta inmediatamente.

—Nadie... —mentí, bajando la vista.

Raffaelo no me creyó. Ni por un segundo. Raffaelo cruzó la distancia que nos separaba en dos zancadas largas. Se plantó frente a mí, invadiendo por completo mi espacio personal. Olía a peligro, a su perfume amaderado con notas de incienso y pimienta rosa . Alzó una mano. Me tensé, esperando otro golpe, pero sus dedos, ásperos y calientes, rozaron mi mejilla herida con una delicadeza que me confundió. Luego, sus ojos se endurecieron.

—¿Quién. Te. Ha. Hecho. Eso? —repitió, silabeando cada palabra —. Espero no tener que repetir otra vez la pregunta. Nadie toca lo que es mío.

Sentí una oleada de rabia caliente.

—No soy tuya —dije entre dientes, un último acto de rebeldía suicida, apartando la cara de su mano.

—¡Larissa, muérdete la lengua! —gritó mi padre desde el fondo.

Raffaelo se giró lentamente, como un depredador que cambia de presa, para mirar a mi padre. Su postura se volvió rígida, amenazante.

—¿Has sido tú, pedazo de basura? —preguntó Raffaelo. Su voz había perdido la suavidad; ahora era puro hielo—. ¿Qué te dije en la gala?

Fabrizzio palideció, dejando el vaso sobre la mesa con un tintineo nervioso.

—No... no es así como sucedieron las cosas, Raffaelo... Ella... ella te estaba desconsiderando... te estaba faltando al respeto y yo...

—Me importa una puta mierda —lo cortó Raffaelo, avanzando hacia el escritorio—. Es mi problema. No el tuyo. No tienes ningún derecho a tocar lo que es mío.

—Todavía sigue siendo mi hija —intentó defenderse Fabrizzio, aunque su voz temblaba.

—Es mi prometida —rugió Raffaelo, golpeando el escritorio con la palma de la mano—. ¿Con qué mano la has tocado?

El silencio fue sepulcral. Fabrizzio tragó saliva, mirando a Raffaelo con terror puro.

—¿Qué?

—¿Con qué mano la has golpeado? —preguntó de nuevo, con una calma terrorífica.

Fabrizzio, temblando como una hoja, levantó lentamente la mano derecha.

—Raffaelo, por favor, somos familia...

—Bien —dijo Raffaelo, ignorando sus súplicas—. Ponla encima del escritorio.

—Raffaelo...

—¡Ponla encima del escritorio! —ordenó, y su voz retumbó en las paredes como un trueno.

Mi padre, con lágrimas de miedo en los ojos, obedeció. Extendió la mano derecha sobre la madera caoba, los dedos abiertos y temblorosos. Raffaelo se movió con una fluidez aterradora. Su mano fue a la parte trasera de su cintura y, antes de que pudiera procesar lo que pasaba, sacó una pistola negra y brillante.

Ni siquiera apuntó. Fue un movimiento instintivo, brutal.

¡BANG!

El estruendo me dejó sorda por un segundo. Un olor acre a pólvora llenó el despacho instantáneamente. Vi astillas de madera saltar. Y vi sangre. Un agujero rojo y oscuro apareció en el dorso de la mano de mi padre, atravesándola hasta la mesa.

—¡AAAAHHHHH! —el grito de mi padre fue desgarrador. Se agarró la muñeca, cayendo de rodillas.

—¡Papá! —un grito ahogado salió por mi boca. Me llevé las manos a los labios, horrorizada. Di un paso hacia él, horrorizada.

Fabrizzio levantó la cara, sudorosa y contraída por el dolor, y me miró con un odio que nunca olvidaré.

—¡No me vuelvas a llamar papá, desgraciada! —escupió entre gemidos—. ¡Esto es por tu culpa! ¡Tú has provocado esto!

Me quedé helada. Él sangraba, él sufría, y su única reacción era culparme a mí.

Raffaelo ni siquiera parpadeó. Guardó el arma con la misma calma con la que la había sacado y miró a mi padre con desprecio absoluto.

—Déjanos solos —ordenó.

—Pero... mi mano... —lloriqueó Fabrizzio.

—Vete y que te la curen. Antes de que decida dispararte en la otra.

Fabrizzio no dijo nada más. Se levantó a duras penas, acunando su mano destrozada que goteaba sangre, y salió del despacho trastabillando, sin siquiera dirigirme una mirada.

La puerta se cerró. El silencio volvió, roto solo por mi respiración agitada. Me giré hacia Raffaelo. Estaba allí, quieto, mirándome. No había remordimiento en su rostro. Solo una intensidad oscura. Me di cuenta de que estaba temblando.

—Eres un animal —susurré, retrocediendo hasta que mi espalda chocó contra la estantería.

Raffaelo dio un paso hacia mí. No bajó la mirada.

—Te he defendido —dijo. Simple. Directo. Como si disparar a un padre fuera la forma más lógica de cuidar a una hija.

—¿Defenderme? —Reí histéricamente, las lágrimas volviendo a mis ojos—. ¡Le has disparado! ¡Casi le vuelas la mano! ¿Crees que eso es normal?

—En mi mundo, Larissa, el respeto se enseña con sangre —dijo, acortando la distancia hasta quedar a un paso de mí.

Alcé la vista hacia él. Era inmenso. Aterrador. Y por primera vez, vi la verdad en sus ojos: no iba a dejarme ir nunca.

—Así que tú eres el hombre que cree que puede decidir mi futuro —le desafié, aunque la voz me temblaba.

Raffaelo me miró fijamente, y una sombra de algo parecido a una sonrisa oscura, posesiva y terrorífica, cruzó sus labios. Se inclinó sobre mí, apoyando una mano en la estantería, justo al lado de mi cabeza, atrapándome.

—Yo no *creo* que pueda decidir tu futuro, *piccola.* —murmuró. Su voz era grave, vibrando en mi pecho. Se inclinó hasta que su aliento,

caliente y con olor a menta y tabaco, rozó mi oreja—. Yo soy el hombre que de verdad puede hacerlo. Y también salvártelo.

Se separó milímetros para mirarme a los ojos, y su sentencia cayó sobre mí como una losa de mármol.

—Yo *soy* tu futuro.

—¿Salvar? —repetí, sintiendo la bilis subir por mi garganta—. ¿Así llamas a comprar a una persona?

Raffaelo no se inmutó. Su cercanía era asfixiante, una pared de calor y poder. —No compro cosas sin valor, Larissa. Y tú tienes un precio muy alto.

La indignación me quemó la garganta.

—Pues yo no soy una cosa —siseé, clavando mis uñas en las palmas de mis manos para no empujarlo—. Y que te quede claro, Raffaelo Moretti: **NO SOY NI SERÉ TUYA. ¡NUNCA!**

—Nunca digas nunca —respondió con una tranquilidad que me ponía los nervios de punta.

—No pienso casarme contigo. No *quiero* casarme contigo —le dije sin rodeos, buscando herir su ego—. Ni ahora ni NUNCA.

Para mi sorpresa, y mi furia, empezó a reírse. Fue una risa baja, ronca, que retumbó en su pecho contra el mío. Lo peor de todo es que tenía una risa bonita, grave y masculina, lo cual me molestó aún más. Sí, era guapo. Criminalmente guapo. Y por eso mismo debía huir de él; su belleza era una trampa.

—Por desgracia o por suerte, no tienes elección, *piccola*. Acostúmbrate a la idea —dijo, y luego tuvo la audacia de guiñarme un ojo—. Quién sabe, a lo mejor hasta te enamoras de mí.

¡IDIOTA! ¿Enamorarme de ti? Ni en un millón de años podría enamorarme de una persona como tú. Antes me arranco el corazón con mis propias manos.

—Eres muy ingenuo para ser un *Capo* tan respetado si crees que algún día sentiré algo más que no sea desprecio y odio por ti.

Raffaelo dejó de sonreír. Su expresión se volvió de piedra.

—*Perfetto*. No espero que sientas otra cosa. Porque yo, por mi parte, nunca podré quererte. El amor es un debilidad que no me puedo permitir.

Se inclinó un poco más, su voz bajando a un susurro ronco y cargado de insinuaciones.

—En cambio, en la cama... ahí podríamos pasarlo muy bien —añadió con una sonrisa lasciva que me hizo sentir sucia y encendida a la vez.

Mi rabia estalló como un volcán. Mi cara ardió. La imagen mental fue intrusiva y violenta.

—¿Yo en tu cama? —balbuceé, asqueada y aterrorizada a la vez —. Eso no va a pasar jamás. ¡JA-MÁS!

—Qué pena, *dolcezza*. Es tu pérdida. No pasa nada, no me faltan mujeres dispuestas —dijo con indiferencia, encogiéndose de hombros—. Pero cuando estemos casados, tú, mi mujer, me serás fiel. Y créeme cuando te digo que vendrás sola y por tu propia voluntad a mi cama. Y, oh... cuánto te va a gustar.

—Eres un miserable, Raffaelo —escupí—. Un imbécil arrogante que cree que puede conseguir lo que quiere, cuando quiere y de quien quiere. ¡Nunca seré tuya! ¡Prefiero morir virgen antes que poner mi cuerpo en manos de alguien como tú!

Las palabras salieron de mi boca antes de que mi cerebro pudiera filtrarlas. Me quedé helada. *Joder... ¿Por qué habré dicho eso?*

Raffaelo arqueó una ceja negra. Sus ojos se oscurecieron, brillando con un interés renovado y peligroso.

—¿Eres virgen? —preguntó, ligeramente sorprendido.

Sentí mis mejillas arder como si me hubiera abofeteado de nuevo.

—Hasta que nos casemos, quién sabe, puede que ya no lo sea —respondí con ironía defensiva, intentando recuperar el terreno perdido—. Supongo que tengo todo el derecho del mundo a disfrutar de la compañía de otro hombre, teniendo en cuenta que tú tendrás otras mujeres.

La atmósfera cambió al instante. El aire se volvió irrespirable. Raffaelo me agarró de la barbilla, obligándome a mirarlo. Su agarre fue firme, posesivo.

—Atrévete a hacerlo —susurró, y cada palabra fue una sentencia de muerte—, y le arrancaré la polla al imbécil que se atreva a tocarte. Y luego se la haré comer delante de ti.

No era una amenaza vacía. Lo había visto disparar a mi padre hacía cinco minutos.

—No soy tu propiedad —jadeé, intentando soltarme.

—Todavía no —sonrió, engreído y terrible—. Pero lo serás.

—Raffaelo Moretti, si crees que puedes comprarme con miedo o dinero, estás muy equivocado. Este matrimonio será un infierno para los dos. Espero que estés preparado.

Él me soltó la barbilla y se alisó la chaqueta, como si nuestra discusión le aburriera.

—*Tesoro*, llevo tanto tiempo en el infierno que ni siquiera notaré la diferencia. Sé moverme en él, a diferencia de ti, que te quemarás a la primera de cambio. No quiero entrar en una guerra contigo porque, de todos modos, ganaría yo.

Suspiró, y su tono cambió ligeramente. Parecía... ¿razonable?

—Pero si me provocas, responderé, y no te va a gustar. Mira... —Hizo una pausa, evaluándome—. Sé que quieres ir a la universidad.

Lo miré, desconfiada. —¿Y?

—Puedes ir. Considerálo una oferta de paz.

Parpadeé, aturdida. *¿Qué juego era este?*

—¿Oferta de paz? Oh, vaya... ¿Debería darte las gracias de rodillas por tu gesto tan generoso? ¿O qué? ¿Levantarte una estatua?

—Larissa, no soy tu enemigo —dijo, y por un segundo, pareció casi humano—. No soy perfecto, ni lo seré nunca. Tampoco seré el marido ideal para ti, pero no soy un tirano absurdo. Bueno... no con mi futura mujer. Si quieres estudiar, trabajar... no tengo ningún problema. Al contrario. Si quieres una vida fuera de esta jaula, la tendrás. Siempre y cuando sea dentro de mis límites.

No sabía qué pensar. Me quedé mirándolo, buscando la mentira en sus ojos oscuros. Pero solo vi una franqueza brutal. ¿Lo había juzgado mal? *Parecía sincero*. ¿O era una actuación digna de un Oscar? Mi corazón latía desbocado. La confusión era peor que el miedo.

—Sería más fácil si no te casaras conmigo. ¿No crees? —pregunté en un susurro.

Estábamos tan cerca que podía oler su perfume intenso, esa mezcla embriagadora de madera y especias que gritaba peligro por todos los poros. Este era Raffaelo Moretti: un demonio disfrazado de hombre.

—Lo sería —admitió—. Pero hay cosas mucho más importantes en nuestras vidas que nuestros sueños o deseos. Tengo una responsabilidad, Larissa. Y eso está por encima de todo. Incluso de lo que yo quiero.

—¿Por encima del amor? ¿De la felicidad?

Raffaelo soltó una risa seca, carente de humor.

—La felicidad no existe, Larissa. Es solo un concepto efímero que vende la sociedad para mantener a la gente respirando.

—Sí que existe. —insistí, aferrándome a mi única creencia.

—¿Qué sabes tú del amor? ¿De la felicidad? —Me miró con condescendencia—. No eres más que una niña ingenua y mimada, criada entre algodones, que no tiene ni idea de cómo funciona la vida real.

—Que tú seas un hombre amargado incapaz de entender qué es la felicidad, no significa que no exista —me defendí, conteniendo las lágrimas de frustración.

Raffaelo negó con la cabeza.

—No eres más que una niña que todavía cree en los cuentos de hadas.

—Y tú no eres más que un monstruo —le espeté, dando un paso adelante, desafiante—. La razón por la que existen los villanos en los libros.

Su reacción fue visceral. Furioso, me agarró del brazo y me arrastró contra su pecho duro como una pared de ladrillo. El impacto me sacó el aire. *¡Maldito!* Me dieron ganas de abofetearlo, de devolverle el dolor.

—¿Monstruo? —gruñó cerca de mi boca—. Te daré motivos de sobra para que me consideres de verdad el villano de tu historia. No me provoques, Larissa. O me convertiré en tu peor pesadilla.

—Te odio —le escupí entre dientes.

—Oh, mi querida y futura esposa... te daré muchos motivos para odiarme. —prometió con voz sedosa—. No te estoy pidiendo amor.

Te estoy pidiendo obediencia.

—¡Suéltame, déjame! —Me revolví entre sus fuertes brazos, pero fue inútil. Mi fuerza no era nada comparada con la suya: un conejito en las garras de un lobo hambriento.

Me soltó al fin, con un empujón suave pero firme. Tenía una sonrisa mezquina y una luz brillante, casi febril, en los ojos oscuros.

—Este matrimonio se va a celebrar. Quieras o no. Ódiame todo lo que quieras, me da igual. Pero no me conviertas en tu enemigo, Larissa, porque lo lamentarás amargamente.

—¿Me estás amenazando? —pregunté, frotándome el brazo donde me había agarrado.

—Sí. Considéralo una amenaza. ¿Y sabes qué hago con las amenazas? —Dio un paso atrás, alisándose la camisa—. Acaban en algún sitio donde nadie las encontrará jamás, *a-mo-re.*

Silabeó la palabra *amore* con una frialdad que me heló la sangre. Falso hasta la médula. Lo detestaba.

—No te tengo miedo —dije con una firmeza que no sentía.

—Deberías... —murmuró, dedicándome una última sonrisa perversa, cargada de maldad y promesas oscuras.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, pasando por encima de las gotas de sangre de mi padre que manchaban la alfombra persa. Se detuvo en el umbral, sin girarse.

—Ah, otra cosa, Larissa. Aprende a medir tus futuras palabras —dijo con frialdad—. Porque si cruzas ciertas líneas, dejaré de ser tan paciente. Y no te gustará quién soy entonces.

Salió, dejándome sola en el despacho que olía a pólvora, a sangre y a su perfume. Me quedé clavada en el sitio, atravesada por sus palabras como flechas en el corazón. Este hombre era tóxico; por sus venas no corría sangre, sino veneno. Lo odiaba con todo mi ser. Él sería mi verdugo. Pisotearía cualquier atisbo de felicidad, cualquier esperanza, y yo tendría que vivir en un mundo oscuro donde el amor sería un sueño lejano.

Miré la mancha roja en el escritorio. No había salida. La bestia había venido, y no solo había marcado su territorio; había cerrado la jaula con llave.



8

RAFFAELO

Salí del despacho de Fabrizzio dejando atrás el olor a pólvora quemada y a la cobardía de un hombre que lloraba por una mano rota mientras vendía a su hija. Un hombre que no merecía llamarse padre. Disparar a Fabrizzio había sido tan irrelevante como aplastar un insecto, pero necesario. El mensaje había quedado claro: *Larissa es intocable*.

Caminé por el pasillo, ajustándome los puños de la camisa, ocultando la tensión muscular bajo la seda. La casa estaba en silencio, un silencio temeroso, como si las paredes contuvieran la respiración a mi paso. Mis pasos resonaban en el mármol, firmes, decididos. De repente, una figura se interpuso en mi camino.

Elena Vitale. La madre de Larissa. Una mujer que en su juventud debió tener la misma belleza etérea que su hija, pero que ahora parecía una flor marchita por la falta de sol y el exceso de miedo. Estaba pálida, sus manos entrelazadas sobre el pecho, mirándome con ojos que habían visto demasiado y dicho muy poco. Tenía los mismos ojos que Larissa, pero los de la madre estaban apagados, vacíos de esa rebeldía azul que ardía en la hija. Tenía los párpados rojos, hinchados. Había estado llorando, probablemente escuchando los gritos de su hija o el disparo de su marido. O ambos.

—*Buon pomeriggio*, *Signora* Vitale —saludé en un italiano fluido, inclinando levemente la cabeza por ese respeto automático que mi *Nonna* me había inculcado hacia las madres, fueran de quien fuera.

—Buenas tardes, *Signore* Moretti —respondió ella. Su voz era un hilo de seda a punto de romperse.

Hice ademán de seguir caminando hacia la salida; mi mente ya estaba en el siguiente movimiento, en los camiones que debían salir hacia Palermo esta noche. No tenía nada que hablar con ella. Pero sentí un tacto leve, casi imperceptible, en mi brazo. Me detuve en seco. Me giré despacio. La mano de Elena descansaba sobre la tela de mi traje. Era un gesto valiente para una mujer que vivía aterrorizada. Sus dedos temblaban, pero no se retiraron.

—Solo una cosa, Raffaelo —susurró, buscando mis ojos oscuros con los suyos llenos de lágrimas—. Cuida de mi hija, por favor. Es mi

única hija. Es... lo único bueno que he hecho en esta vida.

La miré. Vi el terror de una madre que entrega a su cordero al lobo, esperando que la bestia tenga piedad. Cubrí su mano con la mía por un segundo. Mi piel, áspera por el trabajo sucio, contra la suya, suave y frágil.

—Será mi mujer, Elena —sentencié. Mi voz no dejó lugar a dudas —. Y yo cuido lo que es mío. Nadie la tocará. Ni siquiera Fabrizzio. *Soprattutto* Fabrizzio.

Elena retiró la mano y asintió, bajando la cabeza. Sus hombros se relajaron mínimamente, como si le hubiera quitado un peso de encima.

—*Grazie mille* —dijo, apenas un susurro que se perdió en el aire viciado de la villa.

No supe si me dio las gracias a mí o si fue una plegaria lanzada al vacío. Tampoco me importaba. Asentí una vez y salí de la villa, dejando atrás el mausoleo de los Vitale.



El aire de la tarde me golpeó en la cara, caliente y seco. Enzo me esperaba junto al *Maserati* negro blindado, con la puerta abierta y una expresión de curiosidad en su rostro estoico.

—¿No ha ido bien con la cría? —preguntó, notando la tensión en mi mandíbula mientras subía al coche.

Me dejé caer en el asiento de cuero trasero, aflojándome el cuello de la camisa.

—Es mi prometida, Enzo —corregí con frialdad—. Y las cosas... —Hice una pausa, recordando el fuego en sus ojos cuando me dijo que me odiaba—. Ya se pondrán bien. O se alinearán a la fuerza.

Enzo cerró la puerta y se subió al asiento del conductor. Arrancó el motor, y mientras salíamos de la propiedad de los Vitale, me miró por el retrovisor.

—No te entiendo, *Capo*. Hay mujeres que se mueren por estar contigo. Hijas de los Capos de Palermo, de Nápoles... Mujeres de

familias sólidas, educadas para esto, que no te darían problemas. ¿Qué has visto en esa chica? ¿Por qué complicarse la vida con una Vitale rebelde?

Miré por la ventana, viendo los viñedos pasar como manchas verdes. Pensé en los ojos azules de Larissa, en cómo me había desafiado en el despacho. "*No soy ni seré tuya*". Sonreí. Una sonrisa depredadora.

—Las mujeres dóciles de fábrica me aburren, Enzo. —confesé, pasando un dedo por mi labio inferior—. Son como muebles caros: bonitos, pero inútiles. Dicen que sí a todo, abren las piernas cuando se lo pides y sonríen en las fotos. Quiero a alguien que tenga fuego... como ella. Alguien que de desafíe para que, cuando la rompa y la reconstruya, sea un arma a mi lado, no un adorno.

Hice una pausa, mirando la nuca de mi *consigliere.* Era hora de que supiera la verdad completa.

—Eso... y que el *Consiglio* de las otras familias me informó la semana pasada de una nueva condición.

Enzo me miró por el espejo, frunciendo el ceño.

—¿Qué condición?

—Para asumir el rol de *Don* entre ellos, para sentarme a la cabecera de la mesa en Palermo, tengo que estar casado. —Solté una risa seca—. Dicen que un hombre soltero es un hombre inestable. Un hombre sin raíces.

—¿Te casas por el puesto? —Enzo parecía sorprendido.

—He visto mi oportunidad y la he tomado. Tendré una esposa joven y moldeable, ampliaré los puertos con la infraestructura de Vitale y, con el anillo en el dedo, me convertiré en Don. Poder absoluto, Enzo. Eso es lo que veo en ella. Larissa es el medio y el trofeo.

Enzo soltó un silbido bajo.

—Joder. Pensé que solo fue un calentón por una cría rebelde. Que te habías obsesionado.

Me eché a reír con maldad, un sonido oscuro que llenó el coche.

—No llegué a donde estoy yendo detrás de culos de mujeres, Enzo. Son ellas las que se me echan encima. Larissa es una inversión. Y me aseguraré de que sea la más rentable de mi vida.

—¿A dónde vamos ahora, *Capo*? —preguntó Enzo, cambiando al modo profesional.

Miré el reloj. Las siete.

—Al polígono industrial de la zona norte. Tenemos una cita con los albaneses. Kreshnik ha llegado y quiere renegociar el precio de los envíos de armas.



El lugar de reunión era una fábrica de conservas abandonada en las afueras. El olor a pescado podrido y óxido impregnaba el aire, pegándose a la ropa y a la piel. Era un lugar apropiado para tratar con los albaneses: brutal, funcional y lejos de los ojos de la policía.

Kreshnik estaba sentado sobre una caja de madera, rodeado de cuatro de sus hombres. Eran tipos duros, con cicatrices de guerra y miradas vacías, pero cuando entré, seguido solo por Enzo y cinco hombres más, la atmósfera cambió. Mis hombres se desplegaron por el perímetro, sombras letales entre la maquinaria oxidada. La gravedad de la sala se desplazó hacia mí.

—Moretti —saludó Kreshnik, escupiendo al suelo—. Llegas tarde.

No me disculpé. Caminé hasta el centro de la nave y me quedé de pie, mirándolo desde mi altura.

—Estaba cerrando la compra de mi nuevo puerto —dije con calma, sacando mi pitillera—. El puerto por el que van a pasar tus armas, Kreshnik. Así que técnicamente, estaba trabajando para ti.

Kreshnik se levantó. Era un hombre bajo pero ancho como un toro.

—Hablando de eso... queremos renegociar. El 20% no es suficiente. Queremos el 30%. El riesgo es alto.

Encendí mi cigarrillo con lentitud exasperante. Di una calada y solté el humo hacia su cara.

—No.

—¿No? —Kreshnik dio un paso adelante, y sus hombres tensaron las manos sobre sus armas—. Los rusos pagan mejor, Moretti. Si no subes el porcentaje, buscaremos otra ruta.

Me reí. No fue una risa divertida. Fue el sonido de un glaciar rompiéndose.

—¿Qué otra ruta, Kreshnik? —pregunté, bajando la voz—. ¿El puerto de Messina? Es mío. ¿El de Palermo? Es de mis aliados. ¿Y el de Catania? —Abrí los brazos—. Acabo de comprar el último muelle libre esta tarde. Fabrizzio Vitale ya no existe como entidad independiente. Ahora todo el litoral es territorio Moretti.

Me acerqué a él hasta que nuestras narices casi se tocaron. Vi el miedo parpadear en sus ojos oscuros.

—No hay "otra ruta". Soy yo o el mar. Y el mar es muy profundo y muy solitario.

Kreshnik tragó saliva. Sabía que estaba acorralado.

—Tengo hombres... —empezó a amenazar, débilmente.

—Tienes cadáveres que aún respiran —le corregí—. Escucha bien, albanés. El trato se mantiene al 20%. Y me vas a dar un 5% extra por la molestia de tener que venir aquí a escuchar tus estupideces.

—¡Eso es un robo! —gritó uno de sus hombres, sacando una pistola.

Antes de que pudiera levantarla, yo ya tenía la mía en la mano.

Apunté a Kreshnik, directamente a la frente. El silencio cayó como una guillotina.

—Dile a tu perro que baje el arma —susurré—, o tendrás que aprender a negociar con un agujero en la cabeza.

Kreshnik levantó la mano, deteniendo a su hombre. Sudaba.

—Bájala —ordenó.

El hombre obedeció a regañadientes. Guardé mi arma con un movimiento fluido y le di una última calada al cigarrillo antes de tirarlo a los pies de Kreshnik.

—El envío sale mañana. Desde mi puerto. Al precio que yo digo. ¿Estamos claros?

Kreshnik asintió, derrotado por la lógica aplastante del poder absoluto.

—Claros, Don Moretti.

—Sabía que entrarías en razón. —Le di dos palmaditas condescendientes en la mejilla, como si fuera un perro obediente—. Un placer hacer negocios —dije, dándome la vuelta sin esperar su respuesta.

Caminé hacia la salida, con Enzo a mi lado.

—¿30%? —murmuró Enzo con una sonrisa—. Ilusos.

—Nadie negocia con el dueño del tablero, Enzo —respondí, abriendo la puerta y dejando que la luz del atardecer me bañara—. Solo mueven sus fichas donde yo les digo.

Subí al coche. Mi mente volvió a Larissa. Ya tenía el puerto. Ya tenía a los albaneses de rodillas. Solo me faltaba la pieza final. Tener a Larissa de rodillas.

—Ahora que hemos solucionado esto, Enzo, llévame a la joyería *Damiani*.

—¿A la joyería? —preguntó él, confundido por el cambio de ritmo.

—Vamos a comprarle el anillo a mi futura esposa. —dije, mirando el horizonte.



La joyería *Damiani* era un templo de silencio y luz artificial. Olía a perfume caro y a flores frescas. Las vitrinas brillaban inmaculadas, protegiendo las piedras valiosas.

La gerente salió de inmediato de la trastienda. Era una mujer de unos veintitantos años. Llevaba el uniforme negro de la tienda, pero la falda era un poco más corta de lo reglamentario y la blusa estaba desabrochada un botón más de lo necesario. Era atractiva, en un sentido obvio y vulgar. Labios inyectados, demasiado maquillaje y un perfume floral barato que inundó mis fosas nasales.

Al verme, sus ojos se iluminaron con ese brillo depredador que conocía bien. El brillo de quien ve una cartera con piernas.

—*Signore* Moretti —ronroneó, apoyando los codos en el mostrador para inclinarse hacia adelante y regalarme una vista panorámica de su escote—. Un honor tenerle aquí. Soy Isabella. He cerrado la tienda para usted en cuanto su asistente llamó. Estamos completamente solos.

Me detuve frente al cristal, mirando los diamantes sin prestarle atención a ella.

—Busco un anillo de compromiso. Y las alianzas.

Isabella soltó una risa tonta, jugando con un mechón de su pelo rubio. Salió del mostrador y se acercó a mí, invadiendo mi espacio, rozando su cadera contra mi muslo.

—Oh... qué afortunada la dama. —Su voz bajó de tono, volviéndose íntima—. Tenemos piezas exquisitas. Diamantes rosas, zafiros... ¿Qué estilo prefiere?

—Diamante blanco. Corte marquesa. Grande.

—Excelente gusto. —Su mano rozó mi brazo, sus uñas largas y rojas arañando la tela de mi traje. Me miró a los ojos, humedeciéndose los labios, dejándome claro que el "anillo" no era lo único que quería venderme—. Aunque... si me permite decirlo, un hombre como usted necesita una mujer que sepa apreciar... la calidad en todas sus formas. No solo en joyas.

Me detuve y la miré. No sentí nada. Ni deseo, ni curiosidad. Solo un profundo asco. Comparada con la belleza natural y el fuego frío de Larissa, esta mujer era plástico derretido. Me sacudí su mano de encima con un gesto brusco.

—¿Me estás ofreciendo algo más que joyas, Isabella? —pregunté con frialdad.

Ella sonrió, envalentonada por mi atención, malinterpretando mi asco.

—Solo digo que el servicio al cliente es mi prioridad. Si necesita relajarse antes de tomar una decisión tan importante... la trastienda es muy cómoda. Y soy muy buena... complaciendo gustos exigentes.

La miré con el mismo interés con el que miraría una mancha de grasa en mi camisa.

—Escucha bien —dije, mi voz tranquila pero cortante como el filo de un diamante—. Estoy aquí para comprar un anillo para mi mujer.

Una mujer que vale mil veces más que tú y que cualquier puta que intente venderme su dignidad por una comisión. Incluso si me chuparas la polla ahora mismo, sería un insulto para mi polla.

La sonrisa de Isabella se congeló. Su cara pasó del rubor de la coquetería a la palidez de la humillación en un segundo. Parecía que estaba a punto de llorar.

—Yo... lo siento, Signore Moretti, solo intentaba ser amable...

—No necesito tu amabilidad. Saca los anillos. Ahora. Y mantén la boca cerrada a menos que sea para decirme el precio.

Isabella asintió frenéticamente y empezó a sacar bandejas con manos temblorosas. Elegí el más grande. Un diamante solitario de cinco quilates, corte marquesa, afilado en las puntas, montado en platino. Frío. Perfecto. Cortante.

—Este —señalé.

—E-excelente elección —tartamudeó ella—. ¿Y las alianzas?

—Platino. Lisas. Pesadas.

Sacó varias opciones. Elegí las más gruesas. Quería que Larissa sintiera el peso del metal en su dedo. Que cada vez que moviera la mano, recordara a quién pertenecía.

—Quiero un grabado —indiqué.

Isabella sacó una libreta con manos temblorosas.

—¿Qué... qué desea que ponga? ¿La fecha? ¿Sus iniciales?

La miré a los ojos, asegurándome de que entendiera cada palabra.

—No. Escribe esto: *Mía hasta que la muerte nos separe*.

Ella tragó saliva, escribiéndolo rápidamente.

—¿En... en los dos anillos?

—En el de ella —corregí—. En el mío solo pon "Larissa".

Porque yo le pertenecía a ella por elección y estrategia. Pero ella me pertenecía a mí por decreto. "Hasta que la muerte nos separe". Y en mi mundo, la muerte era la única cláusula de rescisión válida.

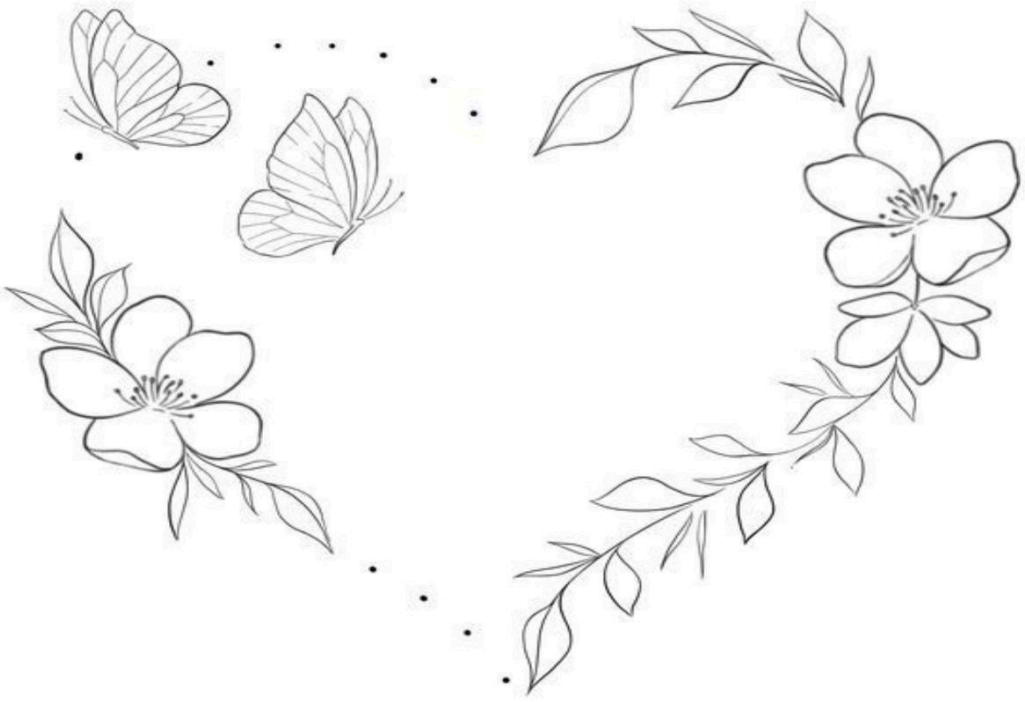
—Estarán listos mañana a primera hora —dijo Isabella, sin atreverse a mirarme.

—Bien. —Hice una señal a Enzo para que pagara—. Y lávate ese perfume barato. Apestas a desesperación.

Larissa tendría el mejor anillo de Sicilia.

Larissa creía que el matrimonio era el fin de su vida. Cuando le ponga el anillo en el dedo, sería el primer eslabón de una cadena que la mantendría segura, a mi lado, para siempre.

—Disfruta de tus últimas horas de soltera, *piccola* —susurré al vacío—. Porque cuando te ponga esto, no habrá lugar en la tierra donde puedas esconderte de mí.



9

LARISSA

No podía respirar dentro de esa casa.

Las paredes de mi habitación parecían contraerse con cada minuto que pasaba, como si la villa misma intentara digerirme.

No podía sacarme la imagen de la sangre de mi padre de la cabeza. Ni la sensación de los dedos de Raffaelo en mi barbilla. «*Te estoy pidiendo obediencia*», resonaba en mi cabeza como una sentencia carcelaria.

No pienso rendirme ante ti, Raffaelo Moretti.

Puedes comprar la deuda de mi padre, puedes amenazar a mi padre, pero no puedes comprar mi voluntad.

Eran las tres de la madrugada. El silencio de la casa era opresivo.

Necesitaba salir. Necesitaba dejar de pensar antes de que mi propia mente me asfixiara.

Tengo un placer inocente: nadar. El agua me relaja, me limpia. Así que, impulsada por la desesperación, decidí escaparme de nuevo. Me vestí rápido con unos shorts vaqueros sobre el bikini y una camiseta ancha.

La playa está a tres minutos de nuestra villa. Tenemos piscina, sí, una enorme de azulejos azules, pero no es lo mismo que el mar. La libertad que siento cuando nado en el mar abierto no tiene igual. Quizá sea uno de los pocos momentos en los que me siento verdaderamente libre, ingrávida, sin apellidos ni deudas. El resto del tiempo, me siento cautiva en un mundo que no parece hecho para mí. Demasiado estrecho, demasiado rígido. Es como llevar un corsé de hierro que se aprieta un poco más cada día. Me siento encorsetada. Atrapada.

Salí con el sigilo de un gato callejero, esquivando las cámaras y los patrones de la guardia que ya me sabía de memoria gracias a mi escapada anterior. El cielo estaba lleno de estrellas. Joyas de todos los colores, diamantes fríos sobre terciopelo negro, que me acompañaron todo el camino hasta la orilla. El aire era cálido, una brisa suave que me acariciaba el pelo suelto y la piel erizada.

A esta hora no debía haber nadie. Quizás algún grupo de juerguistas rezagados en tiendas de campaña, o pescadores furtivos. Caminé hacia el rompeolas, dejando que la arena se colara entre mis dedos de los pies.

Entonces, divisé una silueta.

Un hombre paseando por la orilla, con las manos en los bolsillos.

Mis antenas de alerta se activaron al instante. *Peligro.* Podría ser un asesino, un violador, o peor... uno de los enemigos de mi padre. *Debería haberme quedado en casa*, pensé, el corazón martilleando. *Te preocupas demasiado, Larissa,* me repetí mentalmente, intentando calmar mi pulso.

La figura se detuvo. Se giró hacia mí.

—¿Larissa?

La voz. Esa voz.

Me detuve en seco, entrecerrando los ojos en la oscuridad.

—¿Mario?

Nos miramos sorprendidos por un instante, dos fantasmas encontrándose en el limbo. Él llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta gris que se amoldaba a su pecho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, acercándose con un deje de algo que asimilé como preocupación genuina—. ¿Sola?

—He venido a nadar —respondí, señalando el agua negra.

—¿De noche? ¿Sola? —Su sorpresa parecía sincera. Casi adorable. Como él.

Me crucé de brazos, divertida por su reacción.

—¿Por qué te parece algo fuera de lo común?

—Porque eres una chica, Larissa. Es de noche, estamos en Catania, y normalmente llevas un armario empotrado por guardaespaldas detrás. Al que, por cierto, no veo. —Miró a su alrededor, escrutando las sombras.

Solté una risita nerviosa.

—Soy capaz de arreglármelas sola. Llevo haciendo defensa personal desde los diez años. Además, la playa está desierta de noche.

—Precisamente porque está desierta —replicó él, dando un paso más cerca—. ¡No te oirá nadie si te pasa algo!

Lo miré, arqueando una ceja.

—¿Estás preocupado por mí? —le tomé el pelo con ironía, aunque su actitud me pareció de nuevo encantadora.

Mario se rascó la nuca, desviando la mirada.

—No. Solo lo decía por decir.

Sonreí.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté—. Si ya hemos aclarado por qué estoy yo sola en la playa como una pobre criatura indefensa.

—No podía dormir y pensé en dar un paseo.

—Yo tampoco podía dormir. Pensé que nadar me ayudaría.

Mario miró el mar con desconfianza.

—Debería probarlo yo también. Solo que no soy tan buen nadador. Además, es de noche, está oscuro y no me atrevería a meterme ahí dentro.

—¿No te atreverías? —Me reí—. No te tenía por miedica, Mario.

—No lo soy —se defendió, alzando las manos—. Solo soy precavido. Mi moto es la adrenalina, no nadar de noche como en el inicio de una película de terror con tiburones y monstruos marinos.

Mi sonrisa se ensanchó. ¡Quién iba a decir que al duro de Mario le daba miedo el mar oscuro! Aproveché la ocasión para pincharle.

—¿Al nene de Mario le dan miedo los tiburones?

—Jaja. Qué graciosa. —Rodó los ojos—. Lo que digo y lo que tú entiendes. Cada uno con sus pasiones, *incanto*. Pero no deberías hacer esto, sola y menos de noche. Es peligroso, de verdad. El agua es traicionera. Te puedes poner mala, te puede dar un calambre o un infarto de repente. ¡Te puedes ahogar y nadie lo sabría hasta que la marea te devolviera!

Suspiré, mirando el horizonte infinito.

—Es peligroso vivir, nadar, ir por la calle, Mario. Toda nuestra vida está acechada por peligros a cada paso.

—Me senté en la arena, rendida—. Ahora dime por qué no puedes dormir de verdad.

—Tú primera —me instó él, sentándose a mi lado, dejando un espacio respetuoso pero cargado de electricidad entre nosotros.

¿Qué le decía? ¿Que tendré que casarme con un hombre malvado por el que no siento nada? ¿Que mi padre me vendió como ganado para salvar su propio pellejo? ¿Que mi prometido le pegó un tiro a mi padre esta tarde? No. Quería ser normal. Solo por un rato.

—Simplemente no puedo dormir. Demasiada energía, supongo. O por el café que me he tomado hoy. Rectifico: los cafés.

—¿No tienes nada en tu corazoncito que no te deje dormir? —preguntó suavemente—. Ah, se me olvidaba, tu vida es perfecta, no te falta nada —añadió con sarcasmo en la voz.

Me giré hacia él, dolida.

—Mi vida no es perfecta —le respondí bruscamente, ofendida por sus suposiciones—. Puede parecer perfecta desde fuera, Mario, pero no lo es. Me falta libertad. Me falta poder tomar mis decisiones y decidir mi futuro. No quiero que me malinterpretes, no estoy encerrada en una mazmorra... —o no todavía—... pero me gustaría que mi papá me dejara decidir por mí misma quién quiero ser.

Mario guardó silencio unos segundos, observándome con una intensidad nueva.

—Pues yo no puedo dormir porque duermo demasiado durante el día, como un zángano perezoso que soy —soltó, totalmente serio.

—¿En serio? —Le di un empujón en el hombro—. ¿Esa es tu excusa?

Nos miramos a los ojos y supe que bromeaba. Le encantaba tomarme el pelo, quizá tanto como me gustaba tomárselo yo a él.

Su expresión se suavizó, volviéndose sombría.

—Claro que no... —Suspiró, cogiendo un puñado de arena y dejándola caer—. Creo que simplemente estoy pasando por una mala racha en la que quiero cambiar algo en mi vida. No sé qué. Y mira tú por dónde, me da insomnio. Creía que sabía lo que quería, que tenía el control de mi vida... y ya no sé quién soy ni hacia dónde voy.

Me vi reflejada en sus palabras más de lo que él creía, y eso me reconfortó. Él no sabía que yo perdí el control de mi vida en cuanto nací siendo una Vitale.

—Creo que tienes todo el tiempo del mundo para averiguar lo que quieres y poner orden en tu vida, Mario. Solo tienes que tener paciencia contigo mismo.

—Dejé los estudios para ayudar a mi padre con el negocio —confesó, mirando al suelo—. Sobre todo después de la muerte de mi hermana. Las cosas... nunca volvieron a ser igual. Ni lo serán nunca.

Sentí una punzada de dolor ajeno. Su hermana. Había una tristeza profunda en él, una grieta en su armadura de chico despreocupado.

—Hiciste algo noble. Estuviste al lado de tu familia —dije con suavidad—. Siempre puedes matricularte en la universidad y perseguir tu sueño más adelante.

—¿Siempre eres tan positiva? —preguntó, girando la cabeza para mirarme.

—Solo cuando se trata de la vida de los demás. En cuanto a lo que a mí respecta, soy el pesimismo en persona.

—Ya me lo imaginaba. Se nos da bien dar consejos aunque nuestras vidas sean un desastre.

Era nuestra primera conversación seria. Parecía estar descubriendo a otro Mario, uno con capas, con heridas, distinto al *playboy* superficial que tenía grabado en la memoria.

—Yo creo que tiene que haber algo bueno en todo este desastre —le dije, intentando aferrarme a mi propio consejo.

—Sí. Así es. No todo es trágico, ¿no? Es decir, puedo empezar la universidad a los setenta años. No es para tanto. Y tú... bueno, tú tienes todo lo que quieres, solo tienes que disfrutar de la vida y luchar por tus sueños. Fácil, ¿no?

Intentamos sonreír, una sonrisa forzada que escondía las historias que pesaban en nuestros corazones. Lo sé, mi historia es de lo más trillada: Pobre niña rica que se casará con un hombre rico y respetado por el que no siente nada. Nada trágico para el mundo. Pero para mí, era el fin del mundo. *¿Cuál sería tu historia, Mario?*

—Eres diferente al resto de las chicas que conocí, Larissa —dijo de repente.

—Exageras para halagarme. Sigue así —bromeé, nerviosa.

—No exagero en absoluto. Te gusta la arquitectura, la astrología, nadas de noche... Solo esos motivos ya te hacen diferente al resto de las chicas de tu edad.

—Y ser diferente está bien, supongo.

—Claro. Si no, no me hubiera quedado hablando contigo.

Sonreí, bajando la vista. Me costaba creer que de verdad le pudiera gustar por cómo soy.

—Mira, yo no suelo tener relaciones serias —continuó él—. Todo se reduce al sexo, y tú...

—O sea, ¿que conmigo solo quieres sexo? —lo interrumpí, desconcertada y un poco dolida.

—Ni siquiera me dejas hablar —rió él suavemente—. Como te he dicho antes, no eres como las demás. De hecho, ni puedo compararte con nadie. Eres diferente, intrigante. Me atrae descubrirte con cada segundo que paso a tu lado. Siento que hay una química entre nosotros que no puedo explicar, pero sí sentir, y eso hace que quiera conocerte más.

Tenía sentido todo lo que decía, y no podría estar más dulce ahora, mirándome con esos ojos color avellana, adorables, mientras mi corazón se encogía por todas sus palabras, que absorbía como si fueran una droga necesaria.

—Yo también quiero pasar tiempo contigo, Mario. Me siento bien a tu lado.

—¿Ves? Estamos en sintonía.

Yo no tenía experiencia en absoluto con los chicos, mientras que él ya había salido con muchas. Obviamente. Y bruscamente me di cuenta de que me casaría en menos de dos semanas. Y eso me puso inmensamente triste. Entonces, *¿qué hago yo aquí? ¿Con él?* Todos libramos guerras con nosotros mismos, con los que nos rodean. Pero olvidamos que después de cualquier guerra quedan las heridas, el vacío, el dolor... Las llevamos en el alma, marcadas desde tiempos en los que creíamos que podíamos con todo.

De repente, sentí sus labios rozando los míos, sacándome de mis pensamientos oscuros. Fue un roce suave, una pregunta.

—Larissa... ¿quieres ser mi novia?

El mundo se detuvo*. Novia.* Una palabra normal para una vida que yo no tenía.

—¿Puedo pensármelo? —susurré, jugando.

—¿Pensártelo?

De repente, se movió rápido. Me cogió como un saco de patatas sobre su hombro. Solté un grito ahogado mientras él corría hacia la orilla.

—¡Mario! ¡Bájame!

—Respondes correcto, no te bañas. Respondes incorrecto, al agua —amenazó, con el agua lamiéndole los tobillos—. Tú eliges.

—¿Me estás chantajeando? —grité entre risas, golpeándole la espalda.

—Digamos que sí.

—¡Entonces, vuélveme a besar para encontrar la respuesta adecuada!

Se detuvo. Me bajó lentamente, deslizando mi cuerpo contra el suyo hasta que mis pies tocaron la arena mojada.

—Ahora la chantajista eres tú —murmuró.

Todavía estaba en sus brazos, sintiéndome ligera como un copo de nieve. Nos miramos cómplices, sonriendo. Esta vez, sus ojos brillaban más que las estrellas. Me dejé llevar por la avalancha de sus besos, saboreando su boca como si mi vida entera dependiera de ese beso. El corazón estaba a punto de salirse de mi pecho, y estaba totalmente de acuerdo con este pensamiento. Mi vida dependía de este beso, porque sabía que nunca más iba a volver a sentir lo que estaba sintiendo ahora. Libertad. Elección. Pasión elegida, no impuesta.

—Sí quiero ser tu novia —le dije contra sus labios.

Me soltó despacio y, con una sonrisa traviesa, se agachó y me salpicó con agua helada.

—¡Traidor!

Empezamos una guerra de agua como Dios manda, empapándonos la ropa, riendo como niños, agotándonos hasta que caímos sentados uno al lado del otro en la arena, empapados y felices, contemplando cómo la luna iluminaba el mar.

—Mi amor —soltó de repente.

Amor. Tengo un amor del que no sé nada y al mismo tiempo parece que lo conozco de toda la vida. Me abracé a él, sintiendo que por primera vez, el futuro podía esperar.

No sé cómo late su corazón, pero sé que el mío se siente libre por primera vez en mucho tiempo. Se me escapa una lágrima y sé que lo que estamos viviendo ahora es una ilusión que se desvanecerá a las primeras luces del amanecer. Mario y yo nunca estaremos juntos. No en esta vida. Y si la reencarnación existe, estoy segura de que volveremos a encontrarnos en otra vida, en otro universo, donde por fin podamos vivir nuestro amor.

Entonces, una notificación.

El sonido de mi teléfono en el bolso rompió la magia como un cristal estrellado. Lo saqué, pensando que sería Ignacio o mi madre.

La pantalla se iluminó.

El nombre que apareció hizo que la sangre se me congelara en las venas.

RAFFAELO:

Será mejor que llegues a casa en 5 minutos y te laves bien la boca con jabón.

El terror me golpeó con la fuerza de un tsunami. Se me cayó el teléfono de las manos a la arena. Lo sabía. Lo sabía todo. *Lávate la boca.*

Me había visto besándolo. Estaba aquí. O tenía ojos aquí. La sensación de ser observada me asfixió. Sentí ganas de vomitar.

—¿Larissa? —preguntó Mario, notando mi cambio brusco. Me tocó el brazo—. ¿Qué pasa? Estás helada.

Sintiendo un nudo en la garganta y en el estómago que amenazaba con ahogarme, recuperé el teléfono con manos temblorosas y lo apagué. Intenté parecer normal, aunque no creo que lo consiguiera. Mi sonrisa debió parecer una mueca de dolor.

—Se hace muy tarde —dije, mi voz sonando extraña, aguda—. Ignacio seguro que se ha dado cuenta de que no estoy. Tengo que irme.

—¿Seguro? ¿Estás bien? —insistió Mario, escrutándome.

—Todo bien. Solo tengo que estar en casa. —Me puse de pie, sacudiéndome la arena frenéticamente.

Tenía que correr. Tenía que llegar en cinco minutos.

—Te llevo —se ofreció él, levantándose también.

—¡No! —Grité demasiado rápido. Me obligué a bajar el tono—. No creo que sea una buena opción. Ya sabes... Ignacio... mi padre... Si nos ven juntos será peor.

Mario asintió, aunque parecía decepcionado.

—Nos vemos mañana, entonces. Mi novia.

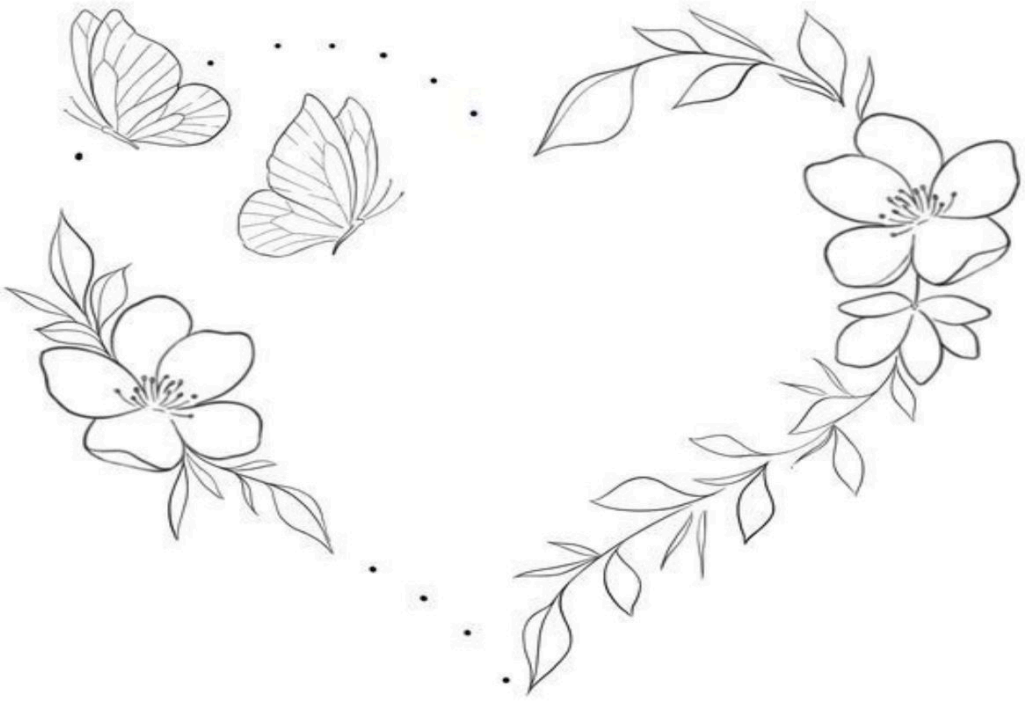
Me atrajo hacia él para un último beso. Lo besé, pero esta vez el beso sabía a despedida y a miedo.

Me alejé de él y eché a correr hacia la villa, sin mirar atrás.

Me comporto de forma irracional y totalmente irresponsable cuando debería tener otras prioridades. No tengo más que un deseo... ser libre, saborear la dulzura de él y disfrutar de la vida. No pido imposibles, solo pido un sorbito de felicidad. Tengo casi dieciocho años y toda la vida por delante, no quiero enterrar la esperanza hasta que no me quede más remedio que luchar con mi último aliento. Suena dramático, pero casarme con un hombre al que no amo, con un hombre que me vigila, sería una muerte lenta y dolorosa.

Corrí más rápido, con los pulmones ardiendo.

Venimos a este mundo con un propósito, con una misión. Me niego a creer que solo soy una pieza de cambio para mi padre. Me niego a ser vendida y a que tiren mis sueños a la basura. Puede que no tenga mucho, pero todavía me queda una dosis de esperanza que me empuja a seguir nadando. Aunque esté en medio del océano, rodeada de tiburones y a punto de ahogarme.



10

LARISSA

La última semana había pasado como un borrón febril, una sucesión de días grises y noches en vela donde el tiempo se me escapaba entre los dedos como arena fina. No había sido una semana de celebración, sino de marcaje. De cuenta atrás.

Estaba sentada en el alféizar de mi ventana, con las rodillas pegadas al pecho, mirando la luna llena que colgaba sobre Catania como un ojo acusador. El aire de la noche traía el olor dulzón de los jazmines del jardín, un aroma que antes me encantaba y que ahora me revolvía el estómago. Bajé la vista a mi mano izquierda.

Allí estaba. El grillete.

Un diamante marquesa de cinco quilates que brillaba con una luz burlona en la oscuridad. Era hermoso, objetivo y perfecto. Y lo odiaba. Pesaba. Juro por Dios que pesaba más que cualquier cadena de hierro.

Mi mente voló al momento en que Raffaelo me lo puso, hacía apenas una semana y media. Raffaelo había venido a la villa la mañana siguiente de mi escapada a la playa. No hubo gritos, ni golpes como los de mi padre. Solo una calma terrorífica. Había llegado sin avisar, como siempre, entrando en mi espacio personal con la autoridad de un rey conquistador. Yo estaba en el jardín, intentando leer para no pensar en Mario. Raffaelo se sentó frente a mí, apartó mi libro con un dedo y sacó la caja de terciopelo negro. Sin una palabra de amor, ni una pregunta, la abrió.

Me quedé paralizada. El diamante destelló bajo el sol, cruel y frío.

Cogió mi mano izquierda. Su tacto era áspero, caliente y firme. Deslizó el anillo en mi dedo anular. Encajaba a la perfección, como si mi dedo hubiera nacido para ser enjaulado por él. Me apretó la mano con fuerza cuando intenté retirarla instintivamente, clavándome la mirada.

—*No te lo quites, Larissa* —me había advertido, su voz grave rozando mi piel—. *Ni para dormir. Ni para ducharte. Quiero que sientas su peso cada segundo del día. Quiero que recuerdes que tengo ojos en todos lados. Si este anillo desaparece de tu dedo, aunque sea por un minuto, lo sabré. Y las consecuencias no te gustarán.*

Y lo cumplió.

La semana había sido un infierno de paranoia silenciosa. Salí un par de veces con Gia, intentando fingir normalidad, intentando beber un café en una terraza o comprar unos zapatos. Pero no podía respirar. Cada hombre con gafas de sol me parecía un espía de Moretti. Cada coche negro que pasaba despacio hacía que se me helara la sangre. Gia intentaba animarme, parloteando sobre la luna de miel y la decoración floral, pero yo solo veía barrotes invisibles cerrándose a mi alrededor.

Los preparativos de la boda fueron una tortura china. Mi madre lloraba en silencio por los pasillos, mi padre bebía para celebrar su nueva fortuna, y yo... yo era un maniquí que movían de un lado a otro. La prueba del vestido fue el punto de quiebre. Cerré los ojos, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventana, pero el recuerdo seguía ahí, nítido y humillante. El *atelier* de Milán había enviado a sus costureras a la villa. Mi madre lloraba de emoción —o de alivio— en el sofá mientras yo estaba de pie sobre la tarima, envuelta en metros de seda y encaje *chantilly* que costaban una fortuna. Me sentía disfrazada. Entonces, la puerta se abrió.

Raffaelo entró.

El silencio cayó sobre la habitación como una guillotina. Las costureras se quedaron paralizadas, con los alfileres en la boca. Mi madre se puso de pie de un salto, secándose las lágrimas.

Él las ignoró a todas y caminó hacia mí, deteniéndose al borde de la tarima. Me miró a través del espejo, sus ojos oscuros recorriendo cada centímetro de mi cuerpo ceñido por la tela, subiendo desde la cola de mi vestido hasta mis ojos asustados. Y puedo decir que en esa mirada no había ni pizca de amor. Había posesión. Había satisfacción.

Se acercó a mí.

—*¿Qué haces aquí?* —le había espetado yo, intentando cubrirme inútilmente con las manos—. *¿Sabes que da mala suerte ver a la novia con el vestido antes de la boda?*

Raffaelo había sonreído. Esa sonrisa de lado, arrogante y terrorífica que hacía que mis rodillas temblaran de rabia y miedo. Se acercó hasta que su pecho casi rozó mi espalda, hablando a mi reflejo en el espejo.

—¿Sabes lo que da más mala suerte, piccola? —susurró, su aliento moviendo un mechón de mi pelo—. *No verla. Y que no llegue al altar puntual.*

Su mirada en el espejo se oscureció.

—Asegúrate de llegar, Larissa.

Había sido una amenaza velada. No intentes huir. No intentes esconderte. Te encontraré aunque te metas debajo de las piedras.

Bzzzz... Bzzzz...

Un zumbido en mi mesita de noche me sacó de mis recuerdos. Mi teléfono. Mi corazón dio un vuelco doloroso. Sabía quién era antes de mirar la pantalla.

Mario.

Lo cogí con manos temblorosas. La luz azul de la pantalla iluminó mis lágrimas. Había cincuenta y tres mensajes no leídos acumulados en los últimos días. Llamadas perdidas. Audios de voz que no me atrevía a escuchar porque sabía que su voz rompería lo poco que quedaba de mi autocontrol y me haría cometer una locura.

Mario (23:15):

Lari, por favor. Dime algo. ¿Estás bien?

Mario (23:17) :

He pasado por tu calle. He visto luces. Sé que estás ahí.

Mario (23:20):

Te echo de menos. Déjame verte. Aunque sea cinco minutos. Salto la valla si hace falta.

Las lágrimas me nublaron la vista, cayendo calientes sobre mis mejillas. Quería decirle que sí. Quería gritarle que viniera a buscarme, subirme a su moto y desaparecer en la noche, dejando atrás los diamantes, los vestidos de seda y las amenazas.

Pero entonces recordé la voz de Raffaelo y todas sus amenazas durante esta semana. «*Si te vuelves a acercar a él, lo mato. Y si él no te importa tanto como para volver a verle, iré a por tu amiga.*». Recordé cuando disparó a mi padre sin parpadear. Lo creía capaz. Si

Mario venía... Raffaelo lo mataría. No era una suposición; era una certeza matemática.

Con el corazón rompiéndose en mil pedazos, escribí la mentira más dolorosa de mi vida.

Yo:

Mario, para. Estoy muy enferma. Tengo una gripe horrible, fiebre alta. No me puedo levantar de la cama y es muy contagioso. No vengas. Por favor. Necesito descansar.

Envié el mensaje y tiré el teléfono sobre la cama como si quemara. Me abracé las rodillas de nuevo, sollozando en silencio para no despertar a mi madre en la habitación de al lado. Era mi última noche de libertad, pero ya me sentía presa. Mañana me vestiría de blanco. Mañana caminaría hacia el altar del brazo del hombre que me vendió, para entregarme al hombre que me compró. Y Mario... mi dulce y encantador Mario... tendría que quedarse al otro lado del muro, a salvo de mí y de mi destino maldito.

Casi al instante, el teléfono volvió a vibrar. Mario me había respondido con emoticonos tristes y promesas de cuidarme en cuanto me recuperara, lo que solo hacía que me sintiera más miserable y sucia por mentirle.

Y ahora, aquí estaba. La última noche. El silencio de la casa era absoluto, solo roto por mis propios sollozos ahogados. Mañana, a esta hora, ya no sería Larissa Vitale. Sería la propiedad legal de Raffaelo Moretti.

Miré el anillo una vez más. "*Mía hasta que la muerte nos separe*", decía el grabado interior que Raffaelo me había obligado a leer.

—Pues que la muerte se dé prisa —susurré a la noche vacía.

Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron mi espiral de autocompasión. Me sequé las lágrimas frenéticamente con el dorso de la mano.

—Adelante.

La puerta de mi habitación se abrió suavemente.

Mi madre entró. Llevaba el camisón de dormir y una bata de seda pálida, el pelo suelto, lo que la hacía parecer más joven y, al mismo

tiempo, más frágil . Se sentó en el borde de mi cama, envolviéndome en su aroma a vainilla y suspiró.

—Tesoro, no quiero que estés así —dijo con voz suave.

Solté una risa amarga, sin humor.

—Una boda tendría que ser el día más feliz de la novia, *mamma* —le contesté, la amargura impregnando cada palabra—. Pero para mí no lo es. Es como asistir a mi propio funeral. Me están enterrando viva y todos aplaudís.

Elena me acarició el pelo, un gesto antiguo que ya no curaba nada.

—Solo intenta disfrutarla. Sé que ahora parece el fin del mundo, pero tienes que encontrar la manera de sobrevivir. Si te resistes tanto... en un futuro lo lamentarás. Él es poderoso. Podría darte una buena vida si le das una oportunidad.

—Lo dudo, *mamma.* —repliqué, mirando el diamante en mi dedo como si fuera un insecto venenoso—*.* Solamente lamentaré mi vida al lado de un monstruo.

Mi madre rebuscó en el bolsillo de su bata.

—Tengo algo para ti. Y no puedo aguantar hasta mañana. Feliz cumpleaños, *mi principessa.*

Sacó una cajita de terciopelo azul desgastado.

Mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo. Con todo el drama, casi había olvidado que en unas horas sería mayor de edad.

La abrí. Dentro había un colgante de oro blanco, fino, delicado. En un lado había una foto nuestra de cuando yo era un bebé, en sus brazos. En el otro, una foto nuestra reciente, tomada en el jardín. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Gracias, *mamma.* Es precioso —susurré, permitiendo que me lo abrochara al cuello. El metal frío descansó sobre mi piel, un recordatorio de que, a pesar de todo, alguien me quería.

En ese momento, mi teléfono vibró de nuevo. No era Mario esta vez.

Gia:

¿Noche de despedida de soltera improvisada? Te espero en tu calle a una distancia de 2 casas. No acepto un no.

Miré a mi madre. Era mi última oportunidad.

—*Mamma,* un último favor. Déjame disfrutar de mi última noche.

El rostro de Elena se tensó por el miedo.

—No, hija. Ni lo pienses. En unas horas es la boda. Tienes que descansar, tienes que estar perfecta...

—Mamá, por favor —supliqué, agarrando sus manos—. Me lo tomaré como un regalo de cumpleaños. Si te quedas más tranquila, me llevaré también a Ignacio conmigo. No me pasará nada.

Ella dudó, mordiéndose el labio.

—Si tu padre se entera se pondrá muy furioso. Y tu futuro marido... no me lo quiero ni imaginar.

—Ya me las arreglaré yo con mi futuro marido —dije con una valentía que no sentía—. Pero por esta noche, quiero dejar de pensar en él. Quiero olvidar que existe.

Mi madre me miró a los ojos, vio la desesperación en ellos y, finalmente, asintió.

—Está bien, *tesoro*. Pero llévate a Ignacio. Prométemelo.

—Gracias, *mamma.* Eres la mejor. Y gracias otra vez por el collar. Me encanta.

Me besó en la frente y salió, dejándome sola con mi pequeña rebelión. Me vestí rápido. Fui al armario y saqué el vestido más escandaloso que tenía. Un vestido rojo sangre, corto, ceñido como una segunda piel, con un escote que desafiaba la gravedad. Me calcé unos tacones de aguja negros, de esos que te hacen sentir poderosa y peligrosa. Me solté el pelo y me pinté los labios del mismo rojo que el vestido. Esta noche sería el fuego.

Le escribí un mensaje a Gia para que no me esperara y fuera directa al *Club Inferno*, ya que iría con mi guardaespaldas. Bajé las escaleras. Ignacio me esperaba delante de la puerta principal, que es por la que salí esta vez, con la cabeza alta. Mi padre seguro estaba borracho en su despacho; muerto en vida.

Ignacio, al verme, negó con la cabeza, una mezcla de desaprobación y resignación en su rostro rudo. Sus ojos recorriendo mi figura con desaprobación.

—Tu marido seguro que no aprueba este atuendo, *signorina*.

—Me da igual —repliqué, caminando hacia el coche, dejando una estela de perfume.

—¡Vas a volver locos a todos los hombres! —advirtió, abriéndome la puerta—. Y eso significará muchas muertes si Moretti se entera.

—Seré su mujer mañana, Ignacio. ¿Qué más dan unas miradas hoy?

—Solo te estaba diciendo que podrías haberte vestido menos provocativa y te hubieras divertido igual.

—Hablando de diversión: Tú eres el asesino de la diversión, Ignacio. —le espeté, entrando en el vehículo.

Ignacio suspiró y se sentó al volante, arrancando el motor. Me miró por el retrovisor y, por primera vez en mucho tiempo, vi una sombra de sonrisa en sus labios.

—Venga, Lari... esta noche intentaré no quitarte la diversión. Me quedaré lo más lejos posible de ti, pero no te quitaré ojo. Ni a ti, ni a quien se te acerque.

—Lo aprecio, grandullón —dije, suavizando mi tono. Al fin y al cabo, él solo hacía su trabajo.

El trayecto hacia el *Club Inferno* fue tenso. Las luces de la ciudad pasaban volando.

—Mañana es la boda —rompió el silencio Ignacio—. ¿Nerviosa?

—No sé si nerviosa es la palabra. Más bien: aterrorizada.

—Te mudarás con él —añadió, como si echara sal en la herida.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Ya verás que os vais a llevar bien, Larissa.

Solté una risa amarga.

—Lo dudo. Lo odio. A él y a mi padre. Son tal para cual. Dos caras de la misma moneda podrida.

—Estás exagerando —dijo Ignacio, mirándome por el retrovisor —.En nuestro mundo... Raffaelo es el mejor hombre que te ha podido tocar. Poderoso. Respetado. Es duro, sí. Pero te protegerá mejor que nadie. Podría haberte tocado un viejo sádico o un inútil como los hijos de los Barone.

No contesté. No quería escuchar defensas del diablo. Ignacio no entendía que yo no quería un hombre con poder, quería un compañero.

Llegamos al club. La música retumbaba desde fuera, prometiendo caos y olvido. Gia me estaba esperando en la entrada, despampanante con un vestido de lentejuelas. Me dio un abrazo fuerte que casi me corta la respiración.

—¡Feliz cumpleaños, *stellina*! —gritó sobre el ruido—. Ya son pasadas las doce, así que oficialmente es tu cumpleaños.

Sentí una punzada en el pecho.

—Gracias, Gia. Menudo día me espera. Una boda en mi cumpleaños. Qué regalo de mierda.

Gia me miró con compasión, pero luego su expresión cambió a una de preocupación.

—No quiero ponerte triste, pero... ¿Mario lo sabe? Ha estado preguntando por ti...

El nombre de Mario fue como un golpe en el estómago.

—No... —admití, bajando la mirada—. Pero se lo diré. Se lo tengo que decir.

—¿Cuándo, Lari? —Gia me miró con reproche—. Hoy te vas a casar. Tenías que haber hablado con él. Ni yo ni Vincenzo nos quisimos meter en vuestras cosas, pero él se merece saber la verdad.

—No sé cómo lo haré —susurré, sintiendo las lágrimas amenazar mi maquillaje perfecto—. Después de la boda se lo diré...

Me aterra tener que contarle la verdad. Eso significará despertar de ese sueño tan bonito en el que he jugado a enamorarme. Duele como el demonio pensar que le haré daño. Duele igual saber que yo también me quedaré con el corazón hecho trizas. Mario me olvidará, encontrará otra chica, vivirá la vida que se merece y pasará página. ¿Y yo? ¿Qué hago con los pedazos de lo que quede de mí? Si es que quedará algo y no acabo hecha cenizas.

—Ojalá fuera distinto para vosotros. Para ti.

—No en esta vida —solté con amargura.

—Está bien. —Gia me cogió del brazo, arrastrándome hacia la entrada—. Venga, vamos a disfrutar de la noche. Que ahora puedes decir que ya eres mayor de edad y pedir tu primer chupito legalmente.

—Solo eres mayor que yo por dos meses, Gia. No te flipes —le contesté, dándole un empujón cariñoso.

Entramos.

El calor, el olor a alcohol y el bajo de la música me golpearon de lleno. Era exactamente lo que necesitaba. Aturdimiento. Fuimos directas a la barra.

—Dos chupitos de tequila. Dobles —pedí, golpeando la barra con la palma de la mano.

Bebimos.

El líquido quemó mi garganta, un fuego bienvenido. Y luego otro. Y otro. Arrastré a Gia a la pista de baile. Empezamos a bailar juntas, moviéndonos al ritmo del bajo que hacía vibrar el suelo. Mi vestido rojo era una llama en la oscuridad. Sentía las miradas de los hombres sobre nosotras, pegajosas y hambrientas, pero no me importaba. Ignacio estaba en una esquina, vigilando como un halcón, y el anillo de diamantes en mi mano era un escudo invisible.

Pero yo no quería seguridad. Quería caos. Pedí otro chupito. Y otro.

—¡Fondo, fondo, fondo! —gritó Gia, riéndose mientras yo volcaba el vaso en mi boca.

Me perdí en la música. Cerré los ojos y dejé que el alcohol hiciera su trabajo, borrando el rostro severo de Raffaelo, borrando los besos dulces de Mario, borrando el miedo paralizante al mañana. Solo existía el ahora. Solo existía el rojo de mi vestido girando y girando, como una mancha de sangre en la oscuridad, gritando que todavía estaba viva. Que todavía era yo. Al menos, por unas horas más.

De repente, la atmósfera cambió. No fue algo que viera, fue algo que sentí. El aire se volvió más denso, más frío, a pesar del calor asfixiante del club. Me giré, tambaleándome un poco sobre mis tacones de aguja.

Raffaelo. Caminaba hacia mí entre la multitud, sin prisa, con esa elegancia depredadora que lo caracterizaba. Llevaba un traje negro impecable, sin corbata, con la camisa blanca desabrochada lo suficiente para dejar ver el inicio de sus tatuajes. Su rostro estaba serio, una máscara de piedra tallada, y sus ojos oscuros estaban fijos en mí. Solo en mí. No le importaba la música, ni las luces

estroboscópicas, ni las mujeres que se giraban para mirarlo con deseo. Venía a por lo que era suyo.

Mi corazón se detuvo y luego echó a correr, desbocado. No podía creer que se hubiera enterado tan pronto. ¿Cómo? ¿Ignacio? ¿Cámaras? ¿O simplemente tenía un radar para detectar mi felicidad y aplastarla? ¿Por qué tuvo que venir? ¡Ni en mi último día de libertad me libro de él!

Se acercó. Caminaba despacio, con esa depredación elegante que me helaba la sangre. Gia dejó de bailar al verlo, su sonrisa desapareciendo al instante. Me apretó el brazo.

—Lari... —susurró, asustada—. Moretti.

No me moví. El alcohol me daba una valentía estúpida. Alcé la barbilla, desafiante, mientras él llegaba hasta nosotras. Se detuvo a un paso de mí. Era tan alto que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Olía a peligro. A esa mezcla de tabaco, sándalo y autoridad que me revolvía las entrañas.

Y entonces, mi cerebro traicionero, bañado en alcohol, tuvo un pensamiento estúpido e inoportuno.

Joder, es guapo.

Criminalmente guapo. Bajo las luces rojas del club, parecía un ángel caído, oscuro y magnético. Había una fuerza bruta en él, una energía masculina tan potente que hacía que mi cuerpo reaccionara antes que mi mente. Sus hombros anchos, su mandíbula marcada, esa aura de poder absoluto que lo rodeaba... Si no fuera el monstruo que me había comprado, quizás... quizás me habría gustado que me mirara así. Con esa hambre. Pero era el monstruo. Y venía a devorarme.



11

RAFFAELO

El infierno, dicen los poetas, es un lugar de fuego y tormento eterno. Se equivocan. El infierno es el aburrimiento. El infierno es tener todo lo que un hombre podría desear al alcance de la mano y no sentir absolutamente nada.

Estaba en mi mansión, en el salón, disfrutando de la despedida de soltero que Enzo se había empeñado a organizar. Conocía mis gustos básicos: silencio, whisky de malta y carne obediente. Así que eso me trajo: Tres mujeres. Tres profesionales con cuerpos perfectos, silicona cara y una falta total de inhibiciones.

Estaba sentado en mi sillón de cuero, con la camisa abierta y los pantalones desabrochados, las rodillas separadas. Una rubia estaba arrodillada entre mis piernas, su boca trabajando sobre mi polla con una técnica impecable, succionando con un ritmo que debería haberme hecho perder la cabeza. Otra, una morena de piel aceitunada, estaba ocupada lamiéndome los huevos con una devoción casi religiosa. La tercera, una pelirroja con curvas peligrosas, estaba sentada en la mesa de centro frente a mí, con las piernas abiertas, tocándose, metiendo sus dedos en su coño mojado y gimiendo mi nombre como si fuera una plegaria, buscando desesperadamente mi aprobación visual.

Estaba en el infierno más ardiente, rodeado de piel desnuda, gemidos y olor a sexo. Cualquier otro hombre estaría perdiendo la cabeza. Y sin embargo... mi mente estaba fría. Miraba al techo, sosteniendo un vaso de whisky en la mano. Mi cuerpo reaccionaba, la sangre se acumulaba donde debía, pero solo sentía una descarga fisiológica. Como orinar o comer, pero carente de cualquier estímulo real.

No había desafío. No había fuego. Solo obediencia comprada.

Entonces, mi teléfono vibró sobre la mesa de cristal junto a mí. Una vez. Dos veces. Ignoré a la mujer que tenía la boca ocupada y estiré el brazo. La pantalla se iluminó en la penumbra. Una notificación de "Sombra". Y una foto.

Mis ojos se entrecerraron. Los gemidos de las putas se convirtieron en ruido blanco. En la pantalla brillaba una imagen era

de mala calidad, tomada con zoom y en la oscuridad, pero era inconfundible. Una mancha roja en un mar de sombras.

Larissa.

Mi prometida. Mi futura esposa. La mujer que debería estar en su cama, llorando, rezando o haciendo las dos cosas.

Estaba en el *Club Inferno*. Mi club. Pero no fue el lugar lo que me enfureció. Fue lo que llevaba puesto. O mejor dicho, lo que no llevaba. Un vestido... si es que a ese pedazo de tela se le podía llamar vestido. Era un trapo rojo, diminuto, indecente, que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel y terminaba peligrosamente alto en sus muslos. Estaba bailando. Y peor aún, estaba rodeada de hombres que la miraban como lobos hambrientos.

La ira explotó en mi pecho como una granada. *Era mía.* Llevaba mi anillo.

Mis dedos se cerraron alrededor del teléfono con tanta fuerza que crujió.

Nadie, absolutamente **NADIE**, tenía derecho a ver lo que es mío de esa manera. Nadie tenía derecho a desnudarla con la mirada. Nadie tiene derecho a imaginar lo que hay debajo de esa tela roja. Solo yo.

Miré a las tres mujeres que seguían intentando complacerme, ajenas a que la temperatura de la habitación había descendido a grados bajo cero. De repente, su presencia me resultaba repulsiva.

—¡Fuera! —gruñí. Mi voz sonó como un trueno en la habitación cerrada.

Las mujeres se detuvieron en seco. La que me la chupaba levantó la cabeza, confundida, con los labios húmedos.

—¿Señor Moretti? ¿He hecho algo mal? Podemos...

—¡He dicho que fuera! —Me puse de pie de un salto, subiéndome los pantalones con violencia, apartándolas como si fueran basura—. ¡Largo de aquí! ¡Ahora!

Las tres saltaron como si hubiera estallado una bomba. Recogieron su ropa y sus tacones y corrieron hacia la puerta, asustadas por el cambio repentino en la atmósfera. Habían pasado de estar con un cliente aburrido a estar encerradas con una bestia rabiosa.

Me abroché el cinturón, sintiendo cómo la frustración sexual se transformaba en una necesidad de violencia. Enzo entró en la sala segundos después, cruzándose con las mujeres que huían. Me miró, vio mi cara y entendió que la noche de juegos había terminado.

—¿Qué pasa?

Le lancé el teléfono. Enzo atrapó el móvil, miró la foto y soltó un suspiro.

—Mi prometida ha decidido que es una buena noche para exhibirse como una *puttana* delante de media Catania.

—*Cazzo*. Esta chica...

—Prepara el coche —ordené, cogiendo mi chaqueta y mi arma—. Se le acabó la fiesta.



El trayecto al club fue rápido. Enzo conducía mientras yo miraba la foto de Larissa. Me estaba desafiando en mi propio territorio. En mi propia cara. Esa niña tenía un deseo de muerte o una estupidez infinita. O quizás... quizás simplemente tenía las agallas que le faltaban a su padre.

Entré en el *Inferno* como el dueño del lugar que era. La música retumbaba, el olor a humo y alcohol me golpeó, pero yo solo tenía un objetivo. La vi al instante. El rojo de su vestido era un faro en la oscuridad. Estaba con su amiga, riendo, tambaleándose. Me acerqué. La gente se apartaba a mi paso, sintiendo la radiación de mi furia.

Cuando llegué a su altura, ella se giró. Sus ojos azules estaban vidriosos por el alcohol, pero hubo un destello de reconocimiento. Y de miedo. Y, sorprendentemente, de atracción.

—Tú no tendrías que estar aquí —le solté, mi voz grave superando el bajo de la música.

Larissa parpadeó lentamente, balanceándose sobre sus tacones. Alzo la barbilla, un gesto desafiante.

—¿Ah, no? ¿Por qué? ¿Porque tú lo dices? —arrastró las palabras, insolente.

Di un paso más, invadiendo su espacio, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Exacto. Porque yo lo digo. Tendrías que estar descansando. Dentro de unas horas será nuestra boda. Y tendrás que poner tu mejor cara para las fotos, no esta máscara de borrachera. ¡Deja de comportarte como una adolescente mimada!

Ella soltó una risa corta, sarcástica.

—Mhh... adolescente mimada. ¿Cuando decidiste casarte conmigo, no has tenido eso en cuenta? ¿No leíste la etiqueta de "adolescente" en el contrato de compraventa, Raffaelo?

Me mordí el interior de la mejilla para no agarrarla del cuello allí mismo. Estaba borracha, sí, pero su lengua seguía siendo afilada.

—Te guste o no, dentro de unas horas serás mi esposa. Así que, como buena esposa, te irás a casa. A tu casa esta noche, para que tu madre te lave la cara y te dé un té o un café. A partir de mañana... tu casa será la mía.

Larissa se llevó un dedo a los labios, chistándome como si yo fuera un niño ruidoso en una biblioteca.

—Shhh.... No se tiene que enterar todo el club de mi desgracia. Baja la voz, nos miran.

Miré a mi alrededor. Efectivamente, varios ojos curiosos estaban fijos en nosotros. Les devolví una mirada cargada de tanta violencia prometida que se giraron al instante, encontrando súbitamente muy interesantes sus zapatos.

—¿Desgracia? —Me reí, incrédulo—. Desgracia o no, todo el club sabe ya quién eres. Saben que eres la prometida de Moretti. Y que te quede claro: Esta costumbre tuya de ir a clubes a emborracharte... ¡olvídala! No estaré recogiendo a mi esposa de estos lugares como si fuera un padre recogiendo a su hija rebelde. Se acabó.

Larissa entrecerró los ojos, cruzándose de brazos y empujando sus pechos hacia arriba con el gesto, algo que mi mirada captó instintivamente.

—Hmmmm... —Me miró, desafiante—. ¿Y qué harás? ¿Encerrarme?

Me incliné hasta que mi boca rozó su oreja. Olía a tequila y a ese perfume de jazmín que se me estaba metiendo bajo la piel.

—Puede... Si no te portas como una mujer decente, no me darás otra alternativa. Y ese trapo que tienes como vestido no es precisamente tampoco de mujer decente. Apenas te cubre el culo, Larissa.

Ella se apartó bruscamente, como si mi aliento la quemara.

—Creo que olvidas o te equivocas de concepto, *caro*. Esposa no es lo mismo que prisionera y definitivamente no seré tu esposa. Bueno... no en ese sentido. Está claro que quieres una mujer dócil y fácil de someter. Yo no soy ni seré una de ellas. Búscate a una de tus putas para eso.

La furia me calentó la sangre.

—Entonces lo haremos a las malas —sentencié.

—Entonces no esperes que yo me quede de brazos cruzados y no intente matarte —replicó ella, y vi una chispa asesina en sus ojos azules que me fascinó—. ¿Sabes? Ser viuda a mis dieciocho años no es malo. Tiene sus ventajas. El negro me queda bien, heredaría todo y me podría volver a casar joven. Con alguien que yo elija.

La audacia de la amenaza me hizo sonreír. Una sonrisa oscura.

—Lo han intentado otros más peligrosos que tú, *piccola.* Hombres entrenados para matar desde la cuna. Así que matarme tú a mí... son palabras mayores para una mocosa como tú, nena. Ni siquiera eres capaz de empujarme y conseguir moverme un milímetro.

—No siempre es necesaria la fuerza bruta. Existe el veneno. Existen los accidentes. —susurró ella.

La miré con una mezcla de diversión y advertencia.

—Bueno... Será hasta que la muerte nos separe, entonces. Vamos a ver quién sangra primero.

Ella bajó la mirada, murmurando algo por lo bajo, pero mis oídos captaron cada sílaba.

—Por qué tengo la mala suerte de casarme con un viejo como tú...

La oí perfectamente. ¿Viejo? Estaba en la plenitud de mi fuerza.

—¿Viejo? —La agarré de la cintura, pegándola a mi cuerpo duro —. Tengo treinta años, nena. Y si lo que te carcome por dentro es que no funcione en la cama, como te lo he dicho el otro día, vas a pasarlo muy bien.

Aplasté mi pelvis contra la suya. Quería que lo sintiera. Quería que sintiera la roca que tenía entre las piernas, furiosa y dura por su culpa, por su vestido rojo, por su insolencia.

—Te aseguro que mi polla funciona perfectamente. ¿Quieres comprobarlo ahora o esperas hasta la noche de bodas? Si te digo la verdad, ahora mismo se me está poniendo bastante dura. Este vestido te hace un culo increíble. Y me dan ganas de subirte esa falda aquí mismo y demostrarte cuánto vigor tiene este "viejo".

Larissa abrió la boca, escandalizada, sus mejillas tiñéndose de un rojo intenso que competía con su vestido. Antes de que pudiera contestar alguna insolencia, decidí que había tenido suficiente charla. Me agaché y, en un movimiento fluido, pasé mi brazo por detrás de sus rodillas y la cargué sobre mi hombro, como si fuera un saco de patatas, asegurándome de taparle bien el culo con mi mano.

—¡Suéltame, *bastardo*! —gritó ella, golpeando mi espalda con sus puños inútiles—. ¡Bájame! ¡Qué vergüenza!

—La vergüenza la has traído tú viniendo aquí así —repliqué, dándole una palmada sonora en el culo que la hizo jadear de indignación. Guarda esas energías para la luna de miel.

Le hice una seña a Ignacio, que observaba desde una esquina con expresión estoica.

—Yo la llevo a casa. Tú sigue a Gia y asegúrate de que llegue bien.

Salí del club cargando con mi trofeo rebelde, ignorando sus protestas y las miradas de los curiosos.

—¡No quiero! Ni ahora ni durante el matrimonio —seguía gritando ella.

Llegamos al coche. Enzo abrió la puerta trasera y yo la metí dentro sin mucha delicadeza, deslizándome tras ella antes de que pudiera intentar escapar por el otro lado. Bloqueé las puertas. Enzo

arrancó el motor y el aislamiento del coche blindado nos envolvió en un silencio tenso mientras nos dirigíamos hacia la Villa Vitale.

Larissa se arrinconó contra la puerta, arreglándose el vestido, fulminándome con la mirada. Parecía un gato mojado y furioso.

—Tendrás que satisfacer a tu marido y cumplir con tu deber de esposa, Larissa —dije, rompiendo el silencio, disfrutando de provocarla.

—Nuestro matrimonio es uno arreglado, o mejor dicho uno forzado por ti, no por amor —escupió ella—. Así que podrás hacer lo que te dé la gana con quién te dé la gana y hacer lo que quieras. Y ten por seguro que yo haré lo mismo. Juntos pero con vidas separadas. Esa es mi condición.

Me reí. Una risa fría y cortante.

—¿Condición? Tú no estás en posición de poner condiciones. Ten por seguro que la única polla que verás será la mía. Y ten por segura que si alguien se atreve a acercarse demasiado a ti, o tú a otro hombre... —Hice una pausa, dejando que la amenaza flotara en el aire acondicionado—... no me importa apretar el gatillo. Al fin y al cabo es mi especialidad —dije, guiñándole un ojo.

—Ten por seguro que encontraré una manera de librarme de ti —replicó ella, valiente hasta la estupidez—. Así que no te hagas muchas ilusiones y olvídate de tocarme siquiera con un dedo. Me das asco.

Esta cría me estaba provocando más y más. Soy una persona muy calmada, calculadora, pero ella lograba activar algo que desconocía por completo. Un instinto primario de conquista. De dominación. Me deslicé por el asiento de cuero hasta acortar la distancia entre nosotros. Ella intentó pegarse más a la puerta, pero no tenía escapatoria. Empecé a acariciarle el brazo desnudo. Su piel estaba caliente, suave como la seda. Ella se estremeció, y supe que no era solo de repulsión. Acerqué mis labios a su cuello, aspirando profundamente. Jazmín. Alcohol.

—¿Por qué? —murmuré contra su piel sensible, sintiendo cómo su pulso se aceleraba bajo mis labios—. ¿Solo con tan poco te excitas? ¿Te da miedo rendirte tan pronto? ¿Tan fácil eres, *piccola*?

Ella puso la palma de su mano pequeña contra mi pecho duro, intentando empujarme, pero su toque era débil, casi una caricia.

—Estoy segura de que tú no podrás excitarme ni en un millón de años —dijo, con la voz temblorosa, traicionando sus palabras—. Solo me ponen los hombres jóvenes.

Me separé unos centímetros para mirarla a los ojos. Solté una risa venenosa.

—Esos son críos. No saben dónde tocar, no saben cómo aguantar, no saben cómo hacerte gritar de verdad. Y puedo apostar lo que quieras a que no sabrán qué hacer contigo. No sabrán manejar este fuego. —Deslicé mi mano desde su brazo hacia su muslo desnudo, apretando suavemente—. Además, estoy segurísimo de que ahora mismo estás mojada y ni siquiera te he tocado donde importa. Solo con rozar tu cuello ya estás lista para mí. Tu cuerpo sabe a quién pertenece, aunque tu boca diga tonterías, Larissa. Será muy fácil llevarte a la cama.

Ella cerró las piernas, ruborizada.

—Estoy borracha. Mi cuerpo ahora mismo responde como le da la gana. Es el alcohol, no tú.

—A ver qué excusa me darás en la noche de bodas dentro de unas horas, cuando no estés borracha y estés gritando mi nombre.

—En la noche de bodas no volverás a acercarte a mí. Dormiré con un cuchillo bajo la almohada.

—No solo me acercaré a ti —prometí, mi voz bajando a un tono gutural—. También tomaré lo que es mío. Y ese cuchillo... terminará en el suelo junto con tu ropa interior.

El coche se detuvo suavemente. Habíamos llegado. Enzo apagó el motor frente a la escalinata de la Villa Vitale. Larissa se apresuró a intentar abrir la puerta, desesperada por huir de la tensión irrespirable del coche, pero mi mano salió disparada y le sujetó la muñeca con firmeza. Me miró, asustada y excitada a partes iguales.

—Larissa —dije suavemente.

—¿Qué? —jadeó.

—Intenta no tocarte demasiado ahora pensando en mí. Necesito que descanses para mañana.

Larissa se puso roja hasta la raíz del pelo. La vergüenza y la ira luchaban en su rostro.

—¡Yo no hago esas cosas! —exclamó, indignada—. Pero si lo hiciera... estate tranquilo que no lo haría pensando en ti. ¡No eres mi tipo!

Sonreí, soltándole la muñeca lentamente.

—Me rompes el corazón, futura esposa.

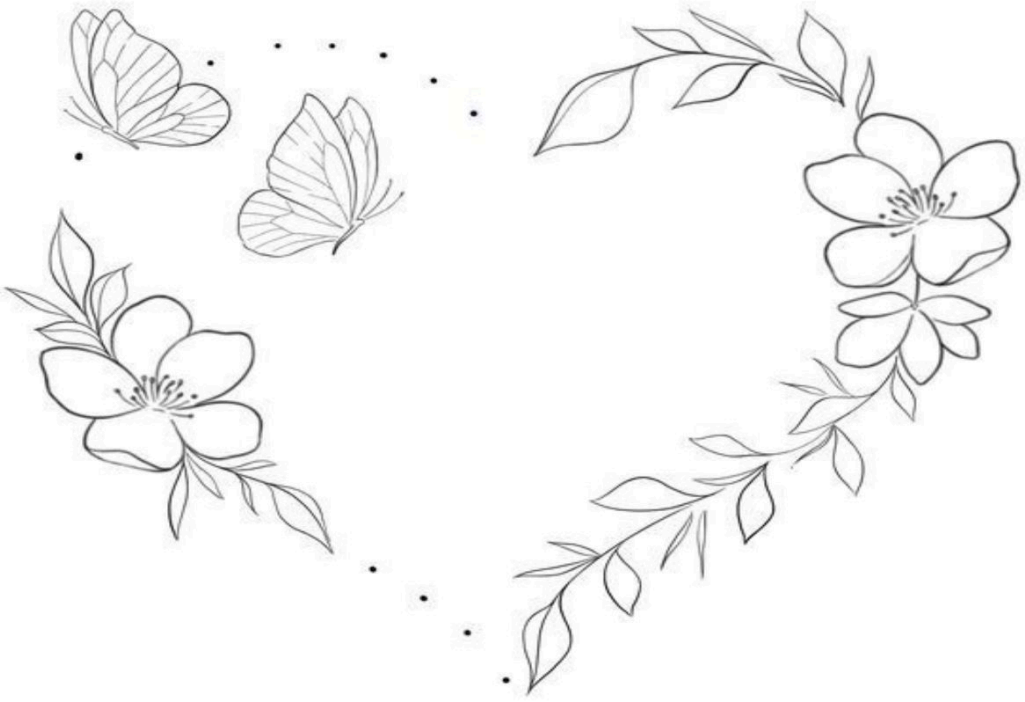
Ella abrió la puerta y salió tropezando del coche, pero antes de cerrarla, se giró y me lanzó una última mirada llena de veneno.

—¿Cuál? —escupió—. ¡Tú no tienes de eso!

Cerró la puerta de un portazo y corrió hacia la casa sin mirar atrás. Me recosté en el asiento, viendo cómo su figura desaparecía tras las puertas de la villa, pasando una mano por mi cara..

—A casa, Enzo —ordené—. Necesito una ducha fría.

No tenía corazón, tenía razón. Pero estaba empezando a sospechar que ella sería la única capaz de hacer que me creciera uno, solo para poder arrancármelo después.



12

LARISSA

Me desperté de golpe, con el corazón acelerado, aunque no sé si realmente llegué a dormir. En toda la noche, mi reloj biológico no me había concedido más de tres horas de tregua, y habían sido horas plagadas de pesadillas donde unos ojos oscuros me perseguían por un laberinto de espejos.

Me senté en la cama, llevándome las manos a las sienes. La cabeza me palpitaba, un recordatorio punzante del tequila y la tensión de anoche.

En cuanto mi mente se aclaró, los recuerdos me golpearon como bofetadas.

El club. Yo bailando y bebiendo. Raffaelo.

Y luego, Raffaelo y yo en el coche.

Gemí, cubriéndome la cara con las manos.

«*Tengo que dejar de beber*», pensé con amargura.

Recordé cada palabra insolente que salió de mi boca. Y lo peor de todo, ese pensamiento traicionero, lubricado por el alcohol, que había cruzado mi mente cuando me sujetó la muñeca: «*Si no fuese el monstruo que es, sería un marido atractivo*».

Me levanté y me miré al espejo de cuerpo entero. Pálida. Ojeras marcadas.

—Vale, es atractivo —admití en voz alta a mi reflejo—. Es el hombre más guapo que has visto nunca. Definitivamente, Raffaelo Moretti es una escultura viviente de virilidad y poder oscuro. Tiene esos ojos que te desnudan sin tocarte y una presencia física que hace que el aire a su alrededor se vuelva denso. ¿Y qué? El diablo también era un ángel, Larissa. La belleza no quita la maldad.

No lo quería. No porque fuera cruel, sino por la razón más simple y dolorosa de todas: porque no lo elegí yo.

Era una imposición. Y mi alma rebelde prefería besar a un sapo elegido por mí que a un príncipe oscuro impuesto por un contrato.

Busqué mi teléfono en la mesita de noche. Tenía un mensaje de Gia de las tres de la mañana.

Gia (03:00):

Lari, ¿estás viva? Vi cómo te sacó de allí. Parecía a punto de matar a alguien. Dime que estás bien.

No contesté. No tenía fuerzas para explicarle que la bestia no me había destrozado ni consumido. La verdad era más simple y más cruel: no me había devorado, solo se había encargado de enseñarme, con una frialdad casi quirúrgica, hasta dónde llegaban los barrotes de mi propia jaula.

La puerta se abrió.

Mi madre entró seguida de un séquito de estilistas y maquilladoras, cargando fundas y maletines. Una de ellas traía *El Vestido*. No era una prenda de ropa; era una entidad propia que ocupaba media habitación.

—Es la hora, *tesoro* —dijo mi madre.

El proceso de vestirme fue una tortura silenciosa.

Me lavaron, me perfumaron con esencia de rosas y me pintaron una cara nueva sobre la mía. Cuando me metieron en el vestido, sentí que me faltaba el aire.

Era una obra maestra de encaje de *Calais* y seda, con un cuerpo encorsetado que me apretaba las costillas hasta casi partirlas y una falda que caía en cascada, suave y voluminosa, terminando en un cola interminable. Fue diseñado exclusivamente para mí. Era precioso.

Me miré al espejo. Estaba... espectacular. *Objetivamente*, era la novia más hermosa que había visto nunca. Y sin embargo, me dieron ganas de llorar. Era precioso si me fuera a casar con otra persona, me habría sentido como una princesa.

Mi madre se acercó para colocarme el velo. Sus manos estaban heladas.

—Estás... estás increíble, Larissa. Raffaelo no podrá apartar los ojos de ti.

—Eso es lo que me temo, mamma —susurré.

—Pareces un ángel —dijo la maquilladora, dando el último toque de brillo a mis labios.

«*Un ángel a punto de bajar al infierno*», pensé.



El trayecto hacia la iglesia fue silencioso. Iba con mi padre en un Rolls Royce antiguo. Fabrizzio llevaba la mano derecha vendada, oculta bajo un guante de piel negro para disimular el disparo..

No me miró ni una vez. Bebía de una petaca disimulada, mirando de frente constantemente..

—Sonríe —me ordenó cuando el coche se detuvo—. Tu futuro depende de esa sonrisa. Y el mío también.

La iglesia elegida era la *Catedral de Santa Ágata*, una joya del barroco siciliano construida con piedra de lava negra y caliza blanca, un contraste violento que definía perfectamente mi vida. Se alzaba imponente bajo el sol de mediodía, con el *Monte Etna* al fondo como un testigo silencioso y amenazante. El volcán parecía inquieto hoy, escupiendo una columna de humo gris que manchaba el cielo azul perfecto.

Al bajar del coche, el calor de julio me golpeó, mezclado con el olor a incienso que salía de las puertas abiertas de la iglesia y el aroma de los cientos de flores blancas que decoraban la entrada. Había seguridad por todas partes. Hombres de traje negro con pinganillos, escaneando a la multitud de curiosos que se había agolpado para ver la "boda del año".

El órgano comenzó a sonar dentro, una melodía grave y profunda que vibró en mi pecho.

Mi padre me ofreció el brazo. Lo miré con asco, pero lo tomé. No tenía opción.

Entramos.

El interior de la iglesia era abrumador. El mármol blanco y negro del suelo brillaba como un tablero de ajedrez gigante. Los frescos del techo parecían caer sobre nosotros, llenos de santos y mártires que me miraban con lástima.

Caminé por el pasillo central. Mis pasos eran lentos, pesados. A ambos lados, los bancos estaban llenos.

La c*rème de la crème* de la sociedad siciliana y, por supuesto, de la *famiglia.* La *Cosa Nostra* al completo estaba allí. Los capos de Palermo, los jefes de Calabria, los socios de Nápoles. Todos vestidos de negro, como cuervos esperando la carroña.

Vi a Gia en la segunda fila, junto a Vincenzo. Llevaba un vestido azul pálido y se estaba secando una lágrima. Me miró con una mezcla de tristeza y ánimo, lanzándome un beso discreto. Vincenzo, a su lado parecía serio.

Y al final del pasillo, en el altar, estaba él.

Raffaelo Moretti.

Mis piernas temblaban bajo las capas de seda, pero mantuve la barbilla alta.

Si anoche en el club me había parecido imponente, hoy era devastador. Llevaba un esmoquin negro hecho a medida que se ajustaba a sus hombros anchos como una segunda piel. Su pelo oscuro estaba peinado hacia atrás, severo. Su postura era regia, dominante. Sus manos estaban entrelazadas delante de él, tranquilas. Pero sus ojos... sus ojos estaban clavados en mí con una intensidad que casi me hizo tropezar. No parpadeaba. Me seguía con la mirada depredadora de un lobo que ve a su presa entrar voluntariamente en la guarida. No había sonrisa en su rostro. Solo una satisfacción fría y absoluta.

Nuestras miradas se encontraron. No había invitados, no había iglesia. Solo él y yo, conectados por un hilo invisible de tensión.

Me miró con esa intensidad depredadora de anoche, escaneándome como si quisiera arrancarme el vestido con la mente allí mismo.

Sentí un escalofrío. Miedo. Y sí, maldita sea, esa punzada eléctrica en el vientre que odiaba sentir.

Llegué al altar. Mi padre me entregó sin una palabra, como quien entrega un paquete defectuoso pero caro.

Raffaelo tomó mi mano. Su tacto quemaba a través de mi guante de encaje.

—Llegas puntual —murmuró, solo para mis oídos. Su voz era grave, vibrante.

—No tenía dónde huir —repliqué, bajando la vista.

—Mírame —ordenó suavemente.

No obedecí.

Apretó mi mano, lo suficiente para hacerme daño sin que nadie lo notara.

—He dicho que me mires, Larissa. Hoy empieza nuestra vida. No quiero que te pierdas ni un segundo.

Alcé la vista. Sus ojos brillaban con un triunfo oscuro.

El sacerdote, un hombre mayor que probablemente había casado y enterrado a más mafiosos que cualquier otro en la isla, comenzó la ceremonia.

Todo fue un borrón hasta que llegaron los votos.

Raffaelo se giró hacia mí, tomando mis dos manos, y su voz resonó en la catedral, grave y segura, sin un atisbo de duda.

—Yo, Raffaelo Moretti, te tomo a ti, Larissa, no solo como mi esposa, sino como mi compañera. Prometo protegerte de todo mal que no sea yo. Prometo ser tu muro y tu escudo. —Un murmullo recorrió los bancos, pero él no apartó la mirada—. Prometo poner el mundo a tus pies o quemarlo si te estorba. Prometo que no habrá día en que te falte nada, y no habrá noche en que no seas mía. Hasta que la muerte sea la única capaz de separarnos.

Sus votos fueron fríos, pragmáticos. No prometió amor. Prometió protección y posesión absoluta.

—Larissa —dijo el sacerdote.

Tragué saliva.

Tenía la garganta seca como el desierto. Miré a Raffaelo. Él me apretó la mano, sutilmente, pero con la fuerza suficiente para recordarme que no había escapatoria. Sus ojos me taladraban, exigiéndome sumisión. «*Dilo*».

—Yo, Larissa Vitale... —mi voz salió temblorosa, pero cobró fuerza a medida que hablaba—... te tomo a ti, Raffaelo como mi esposo. Prometo estar a tu lado en la oscuridad que tú mismo creas. Prometo ser el espejo de tus acciones y la sombra de tus pasos. Prometo que mi lealtad será tan fuerte como la libertad que me has dado. Prometo sobrevivir a este amor y a esta vida que nos une. Hasta que la muerte nos libere.

Raffaelo entrecerró los ojos. Entendió el doble sentido. *Hasta que la muerte nos libere*, no nos separe.

Pero en lugar de enfadarse, una comisura de su labio se curvó hacia arriba. Le gustó. Al maldito psicópata le gustó mi desafío.

—Los anillos —dijo el sacerdote, nervioso por la tensión palpable.

Enzo se acercó con la caja. Raffaelo sacó la alianza de platino y la deslizó en mi dedo, junto al diamante de compromiso. Pesaba. Pesaba como una condena perpetua.

—Con este anillo, te hago mía —susurró mientras lo deslizaba.

Yo le puse el suyo con manos temblorosas. Sus dedos eran largos, fuertes. El anillo de platino brilló en su piel bronceada.

—Por el poder que me confiere la Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

El momento que más temía.

No me dio tiempo a prepararme.

Raffaelo me agarró de la nuca con una mano firme y posesiva, inclinándome hacia atrás. No fue un beso dulce. Fue un beso de marca. Sus labios aplastaron los míos, duros, exigentes. Su lengua trazó la línea de mi boca, exigiendo entrada, y cuando abrí los labios por sorpresa, profundizó el beso, haciéndome sentir pequeña y abrumada delante de quinientas personas. Me estaba reclamando, diciéndole al mundo y a mí misma que ya no había vuelta atrás.

Me quedé rígida un segundo, pero su sabor —menta y dominio— me envolvió. Su mano firme en mi nuca era firme, y su cuerpo contra el mío irradiaba un calor que, a mi pesar, encendió algo en mi bajo vientre y mis rodillas flaquearon. Me aferré a sus solapas para no caer.

Odié que me besara así. Odié que me gustara la firmeza de su agarre. *Odié que mi cuerpo reaccionara a él.*

Cuando me soltó, yo estaba sin aliento y con los labios hinchados. Él me miró con satisfacción absoluta.

—Ya eres mía, *Signora* Moretti.



El banquete se celebró en el *Palazzo Biscari*, el palacio más lujoso de Catania.

Si la iglesia había sido solemne, esto era un despliegue obsceno de poder. Candelabros de cristal de tres metros, mesas vestidas con lino blanco, cubertería de plata, centros de mesa con orquídeas blancas.

Todo era lujo. Y todo era frío.

La música clásica flotaba en el aire, mezclada con el tintineo de las copas y las risas.

Me sentía como una muñeca de porcelana sentada en la mesa principal, al lado de Raffaelo, que tenía una mano permanentemente sobre mi muslo bajo el mantel, un recordatorio constante de su presencia, apretando cada vez que algún invitado se acercaba a felicitarnos. Hombres con cicatrices y trajes caros. Mujeres que me miraban con envidia o lástima.

—Sonríe, *cara* —me susurró al oído cuando se acercó un Don de Calabria—. Pareces una viuda en lugar de una novia.

—Quizás estoy practicando para el futuro —repliqué, tomando un sorbo de champán para calmar mis nervios.

Él rió por lo bajo, apretando más mi muslo.

—Tienes garras, gatita. Me gusta.

En ese momento, vi a Gia y Vincenzo acercarse a nuestra mesa. Gia estaba radiante, pero sus ojos buscaban los míos con preocupación.

—¡Felicidades, pareja! —exclamó Gia, intentando sonar alegre.

Se acercó para abrazarme. Me aferré a ella como a un salvavidas, respirando su perfume familiar.

—Estás preciosa, Lari.

—Gracias, Gia —sonreí, aliviada de ver una cara amiga.

Vincenzo estrechó la mano de Raffaelo con respeto.

—Enhorabuena, Raffaelo.

Raffaelo asintió, regio.

—Gracias. Disfrutad de la fiesta.

Gia me sonrió.

—¿Bailamos, *stellina*? Antes de que tu marido te rapte para el vals.

Miré a Raffaelo pidiendo permiso con la mirada, odiándome por hacerlo. Él asintió levemente, retirando la mano de mi pierna.

—Solo una canción. —concedió —. No la canses. Tiene una noche larga por delante.

Me levanté y fui a la pista con Gia. Bailamos una canción rápida.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Muerta en vida —respondí—. Pero el champán ayuda.

—Aguanta, *bella*. Ya ha pasado lo peor. Ahora solo tienes que... vivir.

—Sobrevivir —corregí.

Era una canción pop moderna que contrastaba con la rigidez del salón. Estábamos bailando, girando, riendo un poco. Por un momento me olvidé de los ojos oscuros que me vigilaban desde la mesa principal.

La libertad que sentí al bailar con mi amiga duró poco.

La música cambió a un vals lento. El DJ anunció por el micrófono:

—Y ahora, el primer baile de los recién casados, el Señor y la Señora Moretti.

Sentí una presencia a mi espalda. Un calor conocido. Una mano grande y firme se posó en mi cintura, reclamándome. Me giré. Raffaelo.

—Creo que es mi turno —dijo, sin mirar a Gia.

Gia dio un paso atrás, intimidada.

—Claro. Os dejo solos.

Raffaelo me tomó de la mano y me arrastró al centro de la pista. Puso una mano en mi cintura y entrelazó la otra con la mía. Bailamos. Sus movimientos eran fluidos, expertos. Me hizo girar, y mi falda de seda se abrió como una flor blanca. Cuando volví a sus brazos, me apretó más fuerte.

—Esta noche —susurró, y su voz bajó una octava, volviéndose ronca—, te haré olvidar tu nombre y solo recordarás el mío.

Tragué saliva, sintiendo una mezcla de terror y una excitación traicionera que odiaba sentir. La canción terminó. Raffaelo me besó la mano, un gesto de caballero antiguo que escondía al depredador, y me llevó de vuelta a la mesa principal entre aplausos educados. Para ellos, éramos la pareja perfecta.

Me dejé caer en la silla, exhausta. Raffaelo se sentó a mi lado, sirviéndose más vino.

De repente, vi a Enzo acercarse a la mesa principal. Su rostro, habitualmente impasible, estaba tenso. Se inclinó hacia Raffaelo y le susurró algo al oído, entregándole discretamente un pequeño sobre negro.

Sentí cómo el cuerpo de Raffaelo se tensaba a mi lado. Su mano en mi muslo se apretó hasta casi hacerme daño. La temperatura a mi alrededor pareció bajar diez grados bajo cero.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada.

Raffaelo no me contestó. Rasgó el papel con un movimiento brusco y violento. Sacó una tarjeta.

Leyó la nota. Sus ojos se convirtieron en dos abismos negros. La mandíbula se le tensó tanto que pude ver el músculo saltar bajo su piel.

—Hijo de puta —gruñó entre dientes. Fue un sonido animal, bajo y peligroso.

Cerró el puño sobre la nota, arrugándola hasta destruirla.

—¿Raffaelo? —insistí, asustada por su reacción. No era enfado; era una sed de sangre pura.

Se giró hacia mí. Su expresión se suavizó un milímetro, pero sus ojos seguían siendo letales.

—No pasa nada, *piccola.* Solo negocios.

Cogió su copa de champán y se la bebió de un trago.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No sabía qué decía la nota, ni quién la había enviado, pero supe una cosa con certeza: se avecinaba algo malo.



13

RAFFAELO

La ceremonia había sido un triunfo. Verla caminar hacia mí, vestida de blanco, con esa mezcla de terror y desafío en los ojos, hizo que el poder vibrara en mis venas. Parecía un ángel aterrorizado descendiendo directamente a mi infierno personal. Pero no sentí la victoria total hasta que dijo "*sí, quiero*". Era mía. El anillo en su dedo era el grillete que me coronaba como el hombre más poderoso de la isla.

Cuando pronunció sus votos, alterando las palabras para dejarme claro que me consideraba su condena, tuve que reprimir una sonrisa. Me gustaba su fuego. Me gustaba que me odiara, porque el odio es un sentimiento tan fuerte como el amor, y me aseguraba que su mente estaba ocupada solo por mí.

Pero la euforia se había desvanecido en el mismo instante en que Enzo me entregó aquel sobre negro en medio del banquete. Aún sentía la textura del papel grueso bajo mis dedos. La nota era breve, escrita con tinta roja, como una cicatriz en la tarjeta blanca: «*Disfruta de la mercancía mientras puedas. Voy a por ella*». No hacía falta firma. Sabía que venía de los Mancuso. Leonardo probablemente había perdonado, pero su hijo Mario era un perro rabioso.

El viaje hacia mi mansión fue un campo de minas. El silencio en mi *Maybach* blindado era asfixiante, cargado de una estática que hacía que el aire picara en la piel. Enzo conducía, separado de nosotros por el cristal de privacidad. Larissa estaba sentada lo más lejos posible de mí, pegada a la puerta, mirando por la ventanilla hacia la oscuridad, jugando nerviosamente con el diamante en su dedo. El olor de su perfume, una mezcla de jazmín y algo innatamente suyo, inundaba el habitáculo, compitiendo con el olor a cuero caro y mi propia ira contenida.

Deslicé mi mano por el asiento de cuero hasta rozar su muslo cubierto por la seda del vestido de novia. Ella se tensó, pero no se apartó. No tenía espacio.

—Relájate, *piccola* —murmuré, disfrutando de su rigidez—. Estás temblando. ¿Tantas ganas tienes de llegar a nuestra habitación?

Ella se giró despacio, fulminándome con la mirada.

—Tengo ganas de que este día termine. Y tengo ganas de vomitar. No sé cuál de las dos es más fuerte.

—El vómito mancharía la tapicería —repliqué con calma.

Ella soltó una risa seca.

—Dinero no te falta.

—No es por cuestión de dinero. ¿Vas a estar así de tensa cuando te quite ese vestido esta noche?

Sus ojos azules eran dos cuchillos de hielo.

—En tus sueños, Moretti. Antes prefiero dormir en el jardín con los perros.

—Los perros de mi finca comen carne cruda, *piccola*. Te devorarían. Aunque, pensándolo bien, yo también planeo hacer lo mismo contigo.

Ella soltó un bufido despectivo, cruzándose de brazos, arrugando la seda perfecta de su vestido nupcial.

—Guárdate tus insinuaciones baratas. Te repito que no me vas a tocar.

—Eres mi esposa. Tocar lo que es mío es mi derecho divino. Además, vendrás a mí por las buenas, *piccola*.

—Jamás.

—Vas a perder —entoné con total seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo siempre gano.

No respondió, solo me fulminó con la mirada antes de volver a girar la cabeza. Sus réplicas ácidas y su constante rechazo eran gasolina para mi fuego.

El coche entró en mi propiedad cruzando las puertas de hierro forjado. Mi mansión no era una villa antigua y decadente como la de los Vitale. Yo no vivía en el pasado. Mi casa era una fortaleza de arquitectura contemporánea: líneas rectas, hormigón blanco y cristal blindado, situada en un acantilado con vistas al mar Jónico. Minimalista. Lujosa. Fría. Como yo.

Salimos del coche. Los tacones de Larissa resonaron en los escalones de piedra. Al entrar en el vestíbulo de techos altos, el servicio estaba alineado. Alena, la ama de llaves, dio un paso al frente. Era una mujer rusa atractiva, de unos veintiséis años, piernas

largas y curvas pronunciadas. Sabía que Alena tenía esperanzas puestas en mí; habíamos compartido "ratos libres" en noches de aburrimiento.

Cuando vio a Larissa, su sonrisa profesional vaciló un milisegundo. Vi el escrutinio, la envidia mal disimulada. No le caía bien la nueva señora de la casa.

—Bienvenido a casa, *Signore* Moretti. Y... bienvenida, *Signora.*

Larissa ni siquiera la miró. Estaba demasiado ocupada odiando las paredes de hormigón pulido.

—Alena, lleva las maletas de la señora a la suite principal —ordené—. Vamos, Larissa.

La guié por la escalera de cristal de subida, con mi mano posada firmemente en la base de su espalda, marcando el camino. Abrí la puerta doble de nuestra habitación. Era un espacio inmenso, dominado por ventanales que iban del suelo al techo y una cama *king size*. Pero lo que llamó la atención de Larissa no fueron las vistas, sino lo que había sobre la cama.

Quinientas rosas. De todos los colores: rojas, blancas, amarillas, rosas, moradas, negras. Un mar de pétalos que inundaba el edredón de seda gris. Y entre las flores, meticulosamente colocados, había varios objetos. Una pequeña caja de terciopelo con una llave de un *Mercedes AMG GT* deportivo. Un estuche alargado de *Cartier* que contenía un collar de diamantes que brillaba bajo la luz tenue. Un bolso *Gucci* de la última colección, junto a unas sandalias a juego de la misma marca. Y un vestido de noche *Armani*, negro, elegante, en su funda.

Me apoyé en el marco de la puerta, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—No creas que me olvidé de tu cumpleaños. —dije, rompiendo su silencio—. Feliz cumpleaños, esposa.

Larissa caminó hacia la cama, pero no tocó nada. Miró los regalos sin un ápice de emoción. Se giró hacia mí, con esa barbilla alzada que tanto me irritaba y me excitaba a partes iguales.

—No te creas que puedes comprarme con estas cosas, Raffaelo. No es algo que no haya visto o no haya tenido. Crecí siendo una Vitale, ¿recuerdas?

Sonreí ante su pragmatismo mordaz.

—Lo recuerdo. También recuerdo que tu padre está en bancarrota y que lo último que te regaló fue una bofetada. Esto es una mejora.

Ella ignoró mi golpe bajo y señaló la llave del coche con desdén.

—Y lo del coche, te agradezco el detalle, pero ¿hace falta recordarte que no tengo carnet? ¿Es una broma cruel?

—No te preocupes —dije, sacando las manos de los bolsillos y caminando hacia ella—. En una semana lo tendrás. Ya está arreglado. No necesitas hacer el examen.

Ella soltó un bufido de incredulidad.

—Por supuesto. El gran Moretti soborna hasta a la oficina de tráfico.

—Hago la vida más fácil, Larissa. Acostúmbrate.

—Solo porque me has regalado estas cosas, no me voy a acostar contigo —soltó de repente, mirándome a los ojos.

Me detuve a un paso de ella. La tensión sexual en la habitación era tan densa que se podía masticar.

—Y yo no te voy a obligar —dije con voz suave, pero firme—. Puedo ser muchas cosas malas, *piccola.* Soy un asesino y un manipulador, pero nunca he abusado de una mujer. Si te tengo en mi cama, será porque tú me lo pidas.

Larissa tragó saliva, sorprendida por mi franqueza.

—Bien. Espero que cumplas tu palabra y no me toques ni con un dedo.

—Como ya te he dicho... —Me incliné hacia ella, guiñándole un ojo con descaro—... mujeres no me faltan. Si tengo hambre, comeré fuera.

Su expresión cambió. Los celos, o quizás el orgullo herido, cruzaron su rostro. Sus ojos brillaron con furia.

—Pues espero que las aproveches y que no me entere —siseó—. Porque si me entero, te aseguro que no te va a gustar. No voy a ser la esposa cornuda de la que se ríe toda Sicilia.

Solté una carcajada corta.

—Como tú dijiste en el coche, esposa: Juntos pero con vidas separadas.

La agarré por el cuello con una mano. No con fuerza para hacerle daño, pero sí con la presión suficiente para que sintiera mi poder, mi control sobre su respiración. Mi pulgar descansaba sobre su carótida. Ella jadeó, sus ojos azules abriéndose de par en par.

—Aunque para ti eso no cuenta —susurré sobre sus labios—. Tú no tendrás vida separada. Tú eres mía. Yo soy el único que tiene derecho a tocarte.

Ella no retrocedió. Puso sus manos sobre mi muñeca, quizá para apartarme o para sostenerse.

—Si para mí no cuenta, para ti tampoco —susurró, desafiante—. O somos iguales en el infierno, o te quemaré el reino.

La solté bruscamente, antes de que la tentación de besarla o estrangularla me venciera. Solté una risa baja y oscura, acercando mi boca a su oído.

—La diferencia, *amore mio*, es que mi correa es tan larga como yo decida que sea. Y la tuya termina justo donde yo estoy parado. No exijas lealtades que no estás dispuesta a pagar con tu cuerpo.

Me di la vuelta para salir, pero añadí desde el umbral:

—Acomódate. No me esperes despierta.

Salí de la habitación, cerrando la puerta con un golpe sordo, y bajé directamente a mi despacho.



Necesitaba un trago. Enzo ya estaba allí, sirviendo dos vasos de whisky. Me conocía demasiado bien. Me senté en mi sillón, aflojándome el nudo de la pajarita del esmoquin y tirándola sobre la mesa.

—Mañana le haremos una visita a los Mancuso —dije, cogiendo el vaso y bebiendo de un trago el líquido ámbar. El líquido quemó mi garganta, pero no apagó la furia de la nota.

Enzo se tensó.

—Raffaelo, piénsalo con la cabeza fría. Sabes que no los puedes matar. Leonardo y su hjo son intocables por el *Consejo de Familias*.

Las demás familias se te subirán a la cabeza. Todos tienen algún que otro negocio con ellos. Matarlos... sería una declaración de guerra total.

—La reunión será pacífica. Será con el viejo. —gruñí, dejando el vaso con fuerza sobre el cristal—. Y solo le diré que cuide de su maldito hijo. Todo el mundo ha pasado página, menos él.

—Es difícil pasar página cuando te devuelven a tu hija o a la hermana en una bolsa de plástico, Raffaelo. Valentina estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado —dijo Enzo con voz suave. Víctor tampoco tenía la culpa —continuó Enzo—. La bala iba para él. Que la chica Mancuso estuviera en su coche... fue una tragedia del destino.

Apreté los dientes al recordar aquel desastre de hace dos años.

—Le había advertido mil veces a Víctor que no se involucrara con la hija de Leonardo Mancuso. Le dije que nos traería problemas. Que la familia Mancuso era territorio minado.

—No puedes poner barreras en el camino del amor, *Capo* —dijo Enzo con un tono de filosofía barata que me irritó—. Víctor estaba enamorado de ella. Y ella de él. Cuando la mataron, a Víctor se le apagó la luz. Y Leonardo nos culpó a nosotros por no protegerla.

—Si Mario Mancuso cree que va a vengar a su hermana acercándose a mi esposa, le voy a arrancar el corazón por la boca, me importen una mierda las demás familias.

Antes de que pudiera añadir algo más, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Era Alena. Había cambiado su uniforme de ama de llaves por algo que apenas podía llamarse ropa de trabajo: una falda negra excesivamente ajustada y corta, y una blusa blanca desabotonada que dejaba ver el encaje de su sujetador.

—Disculpen la interrupción —dijo con un marcado acento ruso, su voz ronca y seductora—. ¿Desean algo más, Señor Moretti? ¿Otra botella de whisky? ¿Algo para... relajarse?

Sus ojos claros se clavaron en mí, llenos de insinuaciones evidentes.

Enzo captó la indirecta al vuelo. Dejó su vaso.

—Me voy. Mañana a primera hora preparamos los coches. Buenas noches, jefe. Felicidades por el enlace. —Miró a Alena con desaprobación y salió, cerrando la puerta.

—Buenas noches, Enzo.

Me quedé solo con ella. Me senté en el borde de mi escritorio, abriendo las piernas. Estaba tenso. La discusión con Larissa, el recuerdo de Valentina, la amenaza de los Mancuso... necesitaba liberar presión. Y Larissa había dejado claro que su puerta estaba cerrada. Alena se acercó por detrás, poniendo sus manos en mis hombros.

—Está muy tenso, *Signore*... Deje que le ayude.

Empezó a masajear mis músculos tensos con fuerza. Su perfume, pesado y almizclado, chocaba violentamente con el recuerdo del jazmín de Larissa que aún tenía impregnado en la nariz. El masaje era experto, pero mi paciencia era inexistente esta noche.

—Déjate de tonterías. No hace falta esas cosas, Alena —dije, echando la cabeza hacia atrás—. Ve al grano. Ya sabes cómo me gusta. Sé buena chica y arrodíllate.

Alena sonrió, una sonrisa de triunfo y sumisión. Se arrodilló entre mis piernas sin dudarlo. Sus manos fueron directas a mi cinturón. El sonido de la hebilla y la cremallera rompió el silencio del despacho. Cuando me liberó, ya estaba duro. La rabia es un excelente afrodisíaco. Pero Alena era lenta. Demasiado suave.

—¡Joder!

La cogí violentamente del pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para que me mirara, y luego la empujé hacia adelante, metiéndole la polla en la boca de una estocada, hasta el fondo de su garganta. Ella hizo una arcada, pero lo aceptó, empezando a succionar con ritmo.

Cerré los ojos, echando la cabeza hacia atrás, esperando que la fricción me vaciara la cabeza.

Y en ese preciso instante, escuché el clic de la pómulo.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

Me quedé inmóvil. Alena se detuvo, con mi polla aún en su boca, y giró los ojos hacia la entrada.

Larissa.

Estaba allí, de pie en el umbral. Llevaba el vestido *Armani* negro que le había regalado. Le quedaba espectacular. Al verme, con los pantalones bajados y la cabeza de otra mujer entre mis muslos chupándome ruidosamente, se quedó congelada. Parecía estar en *shock*. Sus ojos iban de mi cara a la cabeza de Alena entre mis piernas.

Esperaba gritos. Esperaba lágrimas. Esperaba que saliera corriendo como la niña que creía que era. No hice el amago de apartar a Alena. Me quedé mirándola, sosteniendo la mirada con una arrogancia perversa.

Pero Larissa Vitale era una caja de sorpresas. Su expresión cambió. El *shock* dio paso a una frialdad absoluta, y luego... a una sonrisa cruel. Caminó hacia nosotros. El sonido de sus tacones resonó en la madera como disparos.

—¿Quieres unirte, esposa? —pregunté, desafiante, sin sacar mi polla de la boca de la sirvienta.

Larissa se detuvo a un palmo de nosotros.

—Hemos acordado algo, *esposo*. Vidas separadas. —Su voz era tranquila, pero sus ojos ardían—. Pero, ¿sabes qué?

Larissa se agachó. Agarró a Alena del pelo con fuerza, sus dedos enredándose en el moño perfecto de la criada. Alena soltó un quejido ahogado de dolor e intentó apartarse, pero Larissa la empujó hacia abajo con una violencia que me dejó atónito.

—Pues si tanto te gusta la polla de mi marido —le siseó a Alena al oído—, come. Come.

Larissa empujó la cabeza de Alena contra mi entrepierna, forzándola a tragarme entero, profundamente, sin dejarla retirarse ni para respirar. Me miró a los ojos mientras mantenía la cabeza de la otra mujer atrapada en mi polla.

Me quedé de piedra. Mi respiración se cortó. La visión de mi inmaculada y rebelde esposa obligando a otra mujer a chupármela con tanta saña era la imagen más obscena, retorcida y jodidamente excitante que había presenciado en mi vida.

—¿Lo estás disfrutando, *esposo*? —siseó, desafiándome con la mirada mientras seguía apretando la cabeza de Alena contra mi entrepierna—. Ahora, córrete.

La orden fue como un latigazo. Mi cerebro sufrió un cortocircuito. Ver a Larissa así, tomando el control, tan salvajemente impulsiva y dominante... me puso increíblemente cachondo. Mucho más que la boca de Alena. Fue algo visceral. Gemí, echando la cabeza hacia atrás, y me corrí dentro de la boca de Alena, obedeciendo la orden de mi mujer como un puto perro. La descarga fue brutal, intensa, alimentada por la locura de la situación.

Larissa soltó el pelo de Alena con desprecio. La criada cayó al suelo, tosiendo y aturdida, limpiándose la boca con el dorso de la mano, mirándonos aterrorizada.

Me subí los pantalones rápidamente, respirando con dificultad, mirando a Larissa con una mezcla de admiración y furia. Había cruzado una línea.

—Espero que lo hayas disfrutado —dijo ella, alisándose el vestido negro con calma gélida—. Ahora espera mi venganza.

Eso rompió mi trance. La agarré del brazo y tiré de ella hasta que nuestros cuerpos chocaron. La agarré del pelo, obligándola a mirarme hacia arriba.

—A. Ti. No. Te. Tocará. Nadie —gruñí, cada palabra una sentencia —. Si te toca alguien, si dejas que otro hombre te ponga una mano encima como represalia, te juro por mi vida que tendrás sus extremidades como regalo debajo del árbol de Navidad. Cortadas una a una.

Larissa no parpadeó. Sus ojos azules eran hielo puro contra mi fuego.

—Entonces tú puedes esperar las manos y la lengua de Alena envueltas en un bonito lazo debajo de tu árbol —replicó, sin temblar —. Porque si vuelvo a verla tocarte, se las cortaré yo misma.

La solté, empujándola suavemente hacia atrás.

Joder, esta mujer estaba loca. *Y me encantaba.*

Alena seguía en el suelo, temblando, mirando de mi cara a la de Larissa con pánico absoluto. Acababa de darse cuenta de que la nueva *Signora* era igual de retorcida que yo.

—Retírate, Alena —ordené sin apartar la mirada de los ojos azules de mi esposa—. Y reza para que mi mujer tenga mala memoria.

Escuché a la sirvienta levantarse a trompicones y huir despavorida del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

—No has tenido ni la decencia de esperarte por lo menos hasta mañana, Raffaelo —me escupió Larissa con asco evidente—. Hacerlo con el servicio en nuestra propia noche de bodas... confirma todos los rumores que circulan sobre ti en Sicilia.

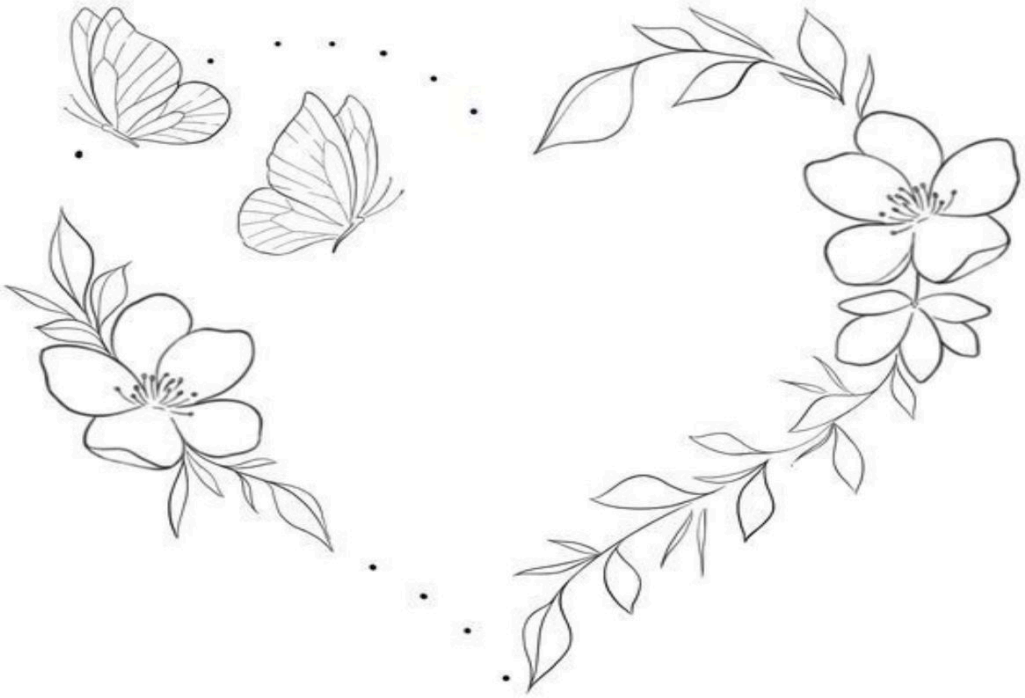
La miré, intrigado por el veneno de sus palabras.

—¿Has estado preguntando por mí, *esposa*? ¿Te interesaba saber mis gustos?

Larissa soltó una carcajada amarga, dándose la vuelta para dirigirse a la puerta.

—No ha hecho falta. Eres tan repulsivo que tu reputación te precede sin que nadie pregunte.

Larissa salió del despacho, caminando como una reina que acaba de ordenar una ejecución, cerrando la puerta de un portazo. Me quedé allí, con el corazón latiendo a mil, sabiendo que mi matrimonio no iba a ser aburrido. Iba a ser una guerra nuclear.



14

LARISSA

El sonido de la pesada puerta cerrándose a mis espaldas resonó en la inmensa habitación como el eco de un disparo. Me quedé allí, de pie en el centro de la *suite* principal de la mansión Moretti, rodeada de un lujo que me asfixiaba. Mis rodillas, que habían estado tensas como cuerdas de violín durante la última hora, finalmente cedieron un poco, obligándome a soltar un suspiro tembloroso que rasgó la quietud del aire.

Mis ojos vagaron por la cama *king size*. Quinientas rosas. Quinientas malditas rosas de todos los colores imaginables: un mar de rojos profundos, blancos inmaculados, amarillos brillantes y rosas pálidos que se derramaban sobre la colcha de seda gris. El aroma era tan denso, tan dulce y penetrante, que resultaba casi nauseabundo. Era hermoso, sí. Objetivamente, cualquier mujer habría llorado de emoción ante semejante despliegue. Pero para mí, aquel lecho de flores parecía un altar de sacrificios adornado para la ocasión.

Caminé hacia los pies de la cama, arrastrando la pesada cola de mi vestido de novia, sintiéndome como un fantasma vagando por su propio mausoleo. Mis ojos se posaron en los objetos que descansaban sobre el edredón de seda gris. Extendí una mano temblorosa y rocé la caja de terciopelo que contenía la llave del *Mercedes* deportivo. A su lado, el estuche alargado de *Cartier* exhibía un collar de diamantes tan puro que parecía atrapar la escasa luz de la habitación y multiplicarla. El bolso *Gucci*, las sandalias, un vestido *Armani* negro.

«*Feliz cumpleaños, esposa*».

Sus palabras volvieron a mí, arrastrándose por mi mente. Solté una risa rota, amarga, que murió en la inmensidad de la habitación. Me había comprado. Literalmente. Había pagado la deuda de mi padre con los rusos, y ahora me cubría de platino y diamantes para recordarme mi nuevo estatus. Yo no era una mujer libre; era su trofeo más caro.

Sin embargo, mientras mi mente repasaba la brutalidad de sus palabras en el coche, una revelación silenciosa se abrió paso entre mi resentimiento. Raffaelo se había ido. Podría haberme tomado. Podría haberme arrojado sobre ese lecho de rosas y cobrarse sus

tres millones de euros con mi cuerpo, rasgando mi vestido de novia y mi dignidad. En nuestro mundo, en el submundo de la mafia siciliana, la noche de bodas no era una petición; era una ejecución de contrato. Mi propio padre le habría aplaudido por domarme a la fuerza. Pero no lo hizo. Me había rodeado el cuello con sus dedos, me había dejado claro quién mandaba, sí. Pero no había abusado de mí. «*Si te tengo en mi cama, será porque tú me lo pidas*», había sentenciado.

Me dejé caer en un sillón cerca del ventanal, mirando la luna reflejarse en las aguas negras del mar Jónico. Suspiré, sintiendo el peso del día, del mes, de toda mi vida aplastándome los hombros. Quizás, solo quizás, estaba enfocando esto de la manera equivocada. Odiarlo era fácil. Estar en guerra con él era mi instinto natural. Pero, ¿cuánto tiempo podría sobrevivir en una guerra fría bajo el mismo techo que el Diablo? Si él había tenido el "detalle" de regalarme todo esto, y sobre todo, la decencia de no violarme en mi noche de bodas, tal vez yo debía dar un paso atrás. Bajar un poco la guardia. Al menos por esta noche. Al menos para establecer una tregua que me permitiera respirar en los próximos días.

Me puse en pie, movida por una nueva resolución. Me quité el pesado y asfixiante vestido de novia blanco, dejándolo caer al suelo como una piel muerta, como si con él dejara atrás a la niña asustada que mi padre había vendido. Fui al baño, un templo de mármol negro y grifería de oro, y me lavé la cara, quitándome las lágrimas secas y el maquillaje arruinado.

Volví a la habitación y me acerqué de nuevo a la cama y cogí el vestido *Armani* negro. Me lo puse. La seda fría se deslizó por mi cuerpo, abrazando mis curvas como si hubiera sido cosido directamente sobre mi piel. Me calcé las sandalias de tacón que me quedaban perfectas. Me cepillé el pelo oscuro, dejándolo caer en cascadas naturales sobre mis hombros, y me apliqué un poco del pintalabios rojo. Me miré al espejo.

—Una tregua —susurré a mi reflejo—. Solo por esta noche. Bajaré, le daré las gracias por los regalos, le demostraré que no le tengo un miedo paralizante, y dejaré claro que podremos convivir sin matarnos mutuamente.

Salí de la habitación, decidida a buscarlo. El pasillo del piso superior era largo, iluminado por luces empotradas en el suelo que le daban un aire de nave espacial. Todo era cristal, madera negra y silencio. Bajé la gran escalera de cristal. Mis tacones hacían un leve *clic, clic, clic* que me daba cierto ritmo, cierta valentía.

En la planta baja, el silencio era aún más profundo. La inmensidad de la casa me desorientó. ¿Dónde se metería un hombre como él a estas horas? Vi una luz encendida al final de un pasillo secundario y me dirigí hacia allí. De una de las habitaciones de servicio salió una chica joven, con el uniforme impecable. Se sobresaltó al verme y bajó la mirada de inmediato.

—*Signora* —murmuró, nerviosa.

—Buenas noches. Estoy buscando a mi marido. ¿Sabes dónde está? —pregunté, intentando que mi voz sonara firme y natural.

—El *Signore* Moretti está en su despacho, en el ala oeste. Al final de este pasillo, las puertas dobles de roble.

—Gracias.

La chica asintió y desapareció rápidamente.

Ajusté el escote del vestido negro y caminé hacia el ala oeste. A medida que me acercaba, mi corazón empezó a latir un poco más rápido y el aire parecía volverse más pesado. Iba a firmar la paz con el demonio. Iba a ser razonable. Iba a ser la adulta en esta situación.

Llegué a las inmensas puertas dobles de roble macizo. No llamé. Éramos marido y mujer. No iba a llamar a la puerta para entrar en una habitación en mi propia casa.

Agarré el pomo metálico, lo giré y abrí la puerta con un empujón decidido. El despacho estaba en penumbra, iluminado solo por la luz de la luna que entraba por el enorme ventanal a espaldas del escritorio y por una lámpara de lectura tenue. Me quedé paralizada en el umbral. La escena que se desplegó ante mis ojos me robó el oxígeno de los pulmones en un microsegundo. Raffaelo estaba recostado en su gran sillón de cuero negro. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, exponiendo su cuello tatuado y su nuez en tensión. Y entre sus piernas, arrodillada en el suelo, estaba Alena. La ama de llaves que me había mirado con desdén al llegar.

Tenía el rostro hundido en la entrepierna de mi marido. Los pantalones de esmoquin de Raffaelo estaban bajados por los muslos, y desde mi ángulo, pude ver la brutal realidad de la escena.

Mis ojos, traicionándome por un microsegundo, bajaron hacia su hombría expuesta. Pude ver la gruesa base entrando y saliendo de la boca de la mujer, pero no fue solo su tamaño desproporcionado lo que me dejó sin aliento, sino la tinta oscura que marcaba su piel. Tenía una serpiente tatuada. Una cobra hiperrealista y letal que se enroscaba desde la base hacia arriba, pareciendo cobrar vida con cada violenta embestida. Era la representación gráfica y perversa del maldito Diablo. El impacto visual me cortó la respiración. Sentí un calor repentino y traicionero subir a mis mejillas. Ella hacía arcadas leves, pero no se detenía, succionando con desesperación, tragándoselo casi entero mientras él gruñía bajo, sus manos entrelazadas en el pelo rubio de la sirvienta, marcando el ritmo implacable.

Por unos segundos, me quedé congelada. Entré en un estado de *shock* absoluto. La imagen era tan vulgar, tan primitiva, tan destructiva... Mi cerebro se negaba a procesarlo. Hacía media hora me había jurado frente al altar que no habría noche en que no fuera suya. Hacía diez minutos me había dicho en la habitación que solo me tocaría si yo se lo pedía. Y ahora, en nuestra puta noche de bodas, mientras yo estaba arriba decidiendo hacer las paces, él se estaba follando la garganta de la sirvienta en su despacho. Raffaelo no hizo el menor amago de apartarla. Ni siquiera se inmutó. Se limitó a sostener mi mirada desde su silla, con una expresión de arrogancia perversa, evaluando mi reacción.

Cualquier chica normal habría ahogado un sollozo. Habría salido corriendo por el pasillo, se habría encerrado en su cuarto y habría llorado hasta que los ojos le sangraran, lamentando su suerte y la traición de su monstruoso marido. Pero algo se rompió dentro de mí en ese instante. Algo hizo *clic.* No sentí celos. No estaba enamorada de él, no me importaba a quién se follara en teoría. Lo que sentí fue una explosión de pura, caliente e incontrolable furia territorial. Una indignación que me quemó la sangre en las venas como ácido.

«*No seré una esposa cornuda*», pensé, mis uñas clavándose en las palmas de mis manos. «*Y muchísimo menos voy a permitir que me humilles haciéndolo con la sirvienta debajo de mis putas narices*».

Una idea retorcida, oscura y venenosa floreció en mi cabeza. A lo mejor él esperaba que, si lo descubría, huyera escandalizada. Que fuera la niña buena y asustada que se tapa los ojos ante la depravación del mundo. Pero él había olvidado un pequeño detalle. Había olvidado de dónde venía yo. Yo era una Vitale. Había nacido y crecido en las entrañas de la mafia siciliana. Había visto hombres ser arrastrados a los sótanos, había limpiado sangre del suelo de mármol de mi padre, había aprendido a sonreír mientras los asesinos cenaban en mi mesa. En mi mundo pasaban cosas infinitamente peores que encontrar a una mujer chupándosela a un hombre. En este mundo, la debilidad se paga. Y yo no iba a ser la esposa débil.

Di un paso al frente. El sonido de mi tacón contra la madera de caoba del suelo resonó como un látigo. Los ojos oscuros de Raffaelo estaban clavados en mí. Alena detuvo sus movimientos, con los labios húmedos aún envolviendo a mi marido, y giró la cabeza aterrada hacia la puerta.

Sostuve la mirada de Raffaelo. Su arrogancia era infinita.

—¿Quieres unirte, esposa? —su voz ronca rompió el silencio, cargada de una burla sádica.

Mi boca se curvó en una sonrisa helada. Caminé hacia el escritorio, cruzando la sala con la cabeza alta, sintiendo cómo la seda negra de mi vestido acariciaba mis piernas.

—Hemos acordado algo, esposo. Vidas separadas —dije, mi voz sorprendentemente firme, aterciopelada y letal—. Pero, ¿sabes qué?

Llegué hasta la silla. Alena intentó retroceder, balbuceando, asustada por el vacío que debía de haber en mis ojos. No le di tiempo. Con un movimiento rápido y violento que no sabía que poseía, agarré a Alena del pelo por la nuca. Entrelacé mis dedos con fuerza en sus raíces rubias. La mujer soltó un chillido ahogado, intentando zafarse, pero yo descargué todo mi odio, mi humillación y mi encierro en ese agarre.

—Pues si tanto te gusta la polla de mi marido —le siseé a la sirvienta, acercando mi rostro al suyo, escupiendo las palabras con asco—... come. Come.

La empujé hacia abajo con brusquedad. La fuerza de mi brazo estrelló el rostro de Alena contra la entrepierna de Raffaelo, obligándola a tomarlo profundamente, hasta la garganta, ahogando su grito. La mantuve allí, presionando su nuca sin piedad, sintiendo la contracción de los músculos de Raffaelo bajo ella.

Alcé la vista. Mis ojos azules se cruzaron con los oscuros de Raffaelo. Estábamos a escasos centímetros. Su respiración se había cortado. El todopoderoso Capo de Catania, el monstruo que no temía a nada, me miraba con una mezcla de absoluto *shock* y una excitación salvaje que le dilataba las pupilas.

Mantuve la cabeza de la otra mujer inmovilizada contra él. Mi corazón latía a un ritmo inhumano, pero mi voz salió como un susurro demoníaco.

—¿Lo estás disfrutando, esposo? —le pregunté, inclinándome un poco más, retándolo—. Ahora... córrete.

Fue una puta orden. Fue autoritaria, absoluta. Y él obedeció. Vi cómo la mandíbula de Raffaelo se tensaba hasta casi romperse, cómo echaba la cabeza hacia atrás con un gemido grave y gutural que me vibró en los ovarios. Se corrió con una violencia física palpable, sus manos aferrándose a los reposabrazos del sillón mientras yo mantenía a la sirvienta aplastada contra él.

Y entonces... ocurrió. Mientras lo veía perder el control por una orden mía, mientras sentía el pelo de la mujer bajo mis dedos y el poder absoluto fluyendo por mis venas, sentí un calor intenso, pesado y húmedo, acumulándose en mi bajo vientre. Una punzada de excitación cruda y animal.

Me excitó. *Jodidamente me excitó.*

Cuando la tensión de su cuerpo comenzó a ceder, la neblina roja de mi ira se evaporó, dejando paso a la cruda realidad de lo que acababa de hacer. Solté el pelo de Alena con asco, como si tocara veneno, y me enderecé. La sirvienta cayó hacia atrás sobre sus rodillas, tosiendo compulsivamente, ahogándose, con los ojos llenos

de lágrimas y terror. Se limpió la boca con el dorso de la mano temblorosa.

Raffaelo abrió los ojos. Ya no había rastro de bruma sexual. Había ira. Había reaccionado ante mí, había perdido el control, y su ego de macho alfa estaba a punto de estallar.

—Espero que lo hayas disfrutado —le dije, mi voz sonando mucho más fría de lo que estaba mi alma, dándome la vuelta para marcharme—. Ahora espera mi venganza.

El sonido metálico de su cremallera subiéndose fue seguido por el crujido de la silla. Fue tan rápido que ni siquiera lo vi venir. Antes de que pudiera dar el segundo paso, la mano gigante de Raffaelo se enredó en mi pelo en la base de la nuca, y tiró de mí hacia atrás con un tirón brutal. Choqué contra su pecho de piedra. El impacto me sacó el aire de los pulmones. Me sujetó con una fuerza que prometía dolor, acercando su boca a la mía.

—A. Ti. No. Te. Tocará. Nadie —siseó, cada palabra marcando una sentencia en mi cerebro—. SSi te toca alguien, si dejas que otro hombre te ponga una mano encima como represalia, te juro por mi vida que tendrás sus extremidades como regalo debajo del árbol de Navidad. Cortadas una a una.

No intenté soltarme. Sabía que no podía. Giré la cabeza lo justo para que nuestros alientos chocaran.

—Entonces tú puedes esperar las manos y la lengua de Alena envueltas en un bonito lazo debajo de tu árbol —repliqué, mirándolo de soslayo, desafiando a la muerte—. Porque si vuelvo a verla tocarte, las cortaré yo misma.

Alena soltó un sollozo de terror puro al oírme. Raffaelo no apartó sus ojos de los míos, pero habló hacia el suelo.

—Retírate, Alena.

La mujer se levantó como pudo, llorando y tropezando con sus propios pies, y huyó del despacho cerrando la puerta a sus espaldas, dejándome a solas con el que era mi marido.

Raffaelo soltó mi pelo lentamente, casi como si le pesara hacerlo, y me dio un leve empujón hacia atrás para que lo mirara de frente. Me froté la nuca, ardiendo de indignación y asco.

—No has tenido ni la decencia de esperarte por lo menos hasta mañana, Raffaelo —escupí, señalando el escritorio con repugnancia —. Hacerlo con el servicio en nuestra propia noche de bodas... confirma todos los rumores que circulan sobre ti en Sicilia.

Él se apoyó en el borde de su escritorio, cruzándose de brazos, su inmenso pecho subiendo y bajando. Me analizó con una mezcla de curiosidad malsana y furia.

—¿Has estado preguntando por mí, esposa? —su voz era una provocación baja.

Me di la vuelta, incapaz de soportar su presencia un segundo más.

—No ha hecho falta —dije desde el umbral, sin mirarlo—. Eres tan repulsivo que tu reputación te precede sin que nadie pregunte.

Salí del despacho. Cerré la puerta con un golpe seco, manteniendo la barbilla alta, los hombros rectos y la expresión de hielo. Caminé por el pasillo oeste con la dignidad de una reina. Derecha. Implacable. Fuerte.

Hasta que doblé la esquina hacia las escaleras principales. Allí, fuera del alcance de sus ojos, mi cuerpo me traicionó.

No sé cómo llegué hasta la planta de arriba. Mis pies parecían moverse solos. Solo sé que, cuando llegué al pasillo de nuestra habitación, mis rodillas temblaban de forma tan violenta que tuve que apoyar la espalda contra el frío mármol negro de la pared para no caerme al suelo. Mi respiración se volvió superficial y rápida. Me llevé la mano al pecho, sintiendo el corazón golpear contra mis costillas como si quisiera romperlas.

Cerré los ojos, deslizando mi cuerpo contra la pared hasta quedarme en cuclillas en la penumbra del pasillo. ¿Qué había hecho? Maldita sea, ¿qué acababa de hacer? Acababa de obligar a otra mujer a chupársela a mi marido. Físicamente. Usando la fuerza. La había empujado contra su entrepierna con una agresividad que me desconocía. En nuestra puta noche de bodas.

Miré mis manos temblorosas. Había cruzado una línea de la que no se podía volver. Me había rebajado a su nivel de oscuridad. Había jugado su puto juego sucio. Y lo peor… lo más jodido, lo que me hacía temblar de verdad... es que no me arrepentía. Al contrario. Recordar la cara de sumisión de Raffaelo cuando le di la orden, ver

cómo el poder cambiaba de bando, aunque fuera por cinco segundos, me había dado un subidón de adrenalina adictivo.

Tenía miedo. Por supuesto que lo tenía. Un miedo asqueroso, viscoso, oscuro, que me subía por la garganta y me asfixiaba. Estaba atrapada con un monstruo en su propia guarida. Lo había provocado, lo había amenazado con la mutilación y había puesto a prueba su límite. Podía matarme ahora mismo.

Me abracé las piernas, enterrando la cara en mis rodillas, temblando en el silencio de la mansión. Sí, tenía terror. Pero debajo de ese miedo... en las profundidades de mi alma fracturada... ardía algo mucho más fuerte.

Ardía la rabia. Una rabia incandescente que quemaba mis lágrimas antes de que pudieran caer. Raffaelo Moretti quería la guerra. Quería encerrarme y romperme para luego seguir fornicando fuera.

Pues bien, pensé, levantando la vista hacia la puerta de la suite matrimonial llena de rosas. *La guerra ha comenzado, esposo.* Y no pienso ser la primera en sangrar.

Me obligué a levantarme. Me alisé el vestido y entré en la habitación. Fui al inmenso vestidor, me quité el vestido *Armani* con movimientos mecánicos y busqué algo para dormir. Ignoré los camisones de seda transparente y encaje que él había comprado. Encontré un pijama de satén negro, de dos piezas: pantalón suelto y camiseta de tirantes sin demasiado escote. Me lo puse tan rápido como me deshice del vestido.

Con un gesto brusco, barrí docenas de rosas hacia el suelo para despejar mi lado. Apagué las luces principales, dejando solo una pequeña lámpara encendida en la mesita de noche, y me metí bajo las sábanas, ignorando el olor de las flores que seguían invadiendo la estancia. Me pegué al borde izquierdo del colchón, de espaldas a la puerta, intentando regular mi respiración.

El sonido de la puerta abriéndose me congeló en el sitio. Escuché sus pasos pesados sobre la alfombra. Cerré los ojos con fuerza, fingiendo que dormía, aunque mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que podía oírlo desde la puerta. Escuché el sonido de su chaqueta cayendo sobre un sillón. Luego, el roce de la tela mientras

se quitaba los pantalones, el sonido del cinturón chocando contra la madera. Mis sentidos estaban hiperalerta.

De repente, el colchón se hundió a mis espaldas. Abrí los ojos en la penumbra. Me giré despacio. Raffaelo estaba sentado en el borde derecho de la cama, vestido solo con unos pantalones de chándal negros de algodón. Su torso desnudo, los brazos cubiertos de tatuajes intrincados, estaban iluminados tenuemente por la luz de la lámpara. También aprecié unas cicatrices antiguas que cruzaban su piel como mapas de guerras pasadas.

Me senté de golpe, abrazándome las rodillas bajo el edredón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, mi voz sonando rasposa.

Él se giró hacia mí, evaluando mi postura defensiva y mi pijama recatado.

—¿Qué parece que hago? Voy a dormir.

—Tienes una mansión enorme. Tienes un montón de habitaciones vacías. Seguro que puedes dormir en una de ellas.

Raffaelo suspiró, pasándose una mano por el pelo oscuro, despeinándolo. Se reclinó contra el cabecero de la cama, cruzando los brazos detrás de la cabeza, invadiendo visualmente mi espacio.

—Eres mi mujer, Larissa —dijo con calma, pero con ese tono de autoridad absoluta que no admitía réplica—. Y como mi mujer, dormirás conmigo. En la misma habitación. En la misma cama.

—Después de lo que acaba de pasar en tu despacho, ¿crees que voy a dormir contigo? Eres repugnante.

—No te estoy pidiendo tu opinión, te estoy informando de cómo funcionan las cosas en esta casa. Y no cambia el hecho de que esto es un matrimonio, y el servicio habla. Si dormimos en camas separadas en nuestra noche de bodas, mañana toda Sicilia lo sabrá. No voy a mostrar debilidad. Y tú tampoco deberías querer hacerlo.

—Eso es una estupidez. Tu servicio ya sabe exactamente lo que ha pasado en ese despacho.

Él enarcó una ceja, sin perder la compostura.

—El servicio sabe que mi esposa tiene un carácter explosivo y que yo hago lo que me da la gana. Pero el servicio no sabe lo que pasa detrás de estas puertas cerradas. Y lo que pasará, es que dormiremos juntos.

Me quedé mirándolo. Tenía razón en la parte de la mafia. Las apariencias lo eran todo. Pero no iba a ceder tan fácil.

—No pienso acostarme contigo. Te lo dije y te lo repito.

Raffaelo dejó escapar un suspiro de hastío, cerrando los ojos por un momento.

—No te estoy pidiendo sexo, Larissa. Solo dormir. No es tan difícil. Hay dos metros de colchón entre nosotros. Mantente en tu lado y yo me mantendré en el mío. A menos que mi cercanía te ponga tan nerviosa que no puedas controlarte...

—Te odio. —le escupí.

—Puedes odiarme y gemir mi nombre al mismo tiempo.

—Prefiero morderme la lengua antes que darte ese placer.

Evalué la distancia. Efectivamente, la cama era inmensa. Me recosté lentamente, dándole la espalda de nuevo, pegándome tanto al borde que casi me caigo al suelo.

—Si te acercas a mi lado, te juro que te saco los ojos —murmuré hacia la pared de cristal.

—Si yo quisiera cruzar a tu lado de la cama, *amore mio*, no tendrías tiempo ni de abrir la boca para gritar.

Escuché el roce de las sábanas cuando él se tumbó. Apagó la lámpara, sumiendo la habitación en la oscuridad, iluminada solo por la luz de la luna.

—Buenas noches, reina del infierno —susurró su voz profunda en la oscuridad.

Cerré los ojos, sintiendo el calor de su cuerpo irradiando a dos metros de distancia, sabiendo que esta guerra fría apenas estaba empezando.

Esta era mi nueva vida.

Bienvenida al infierno, Larissa Moretti.



15

RAFFAELO

El primer sentido que se despertó en mí fue el olfato. Antes de abrir los ojos, el aroma dulce e inconfundible a jazmín inundó mis fosas nasales, borrando el olor a sábanas nuevas y a la soledad a la que estaba acostumbrado. Después vino el tacto. Sentí un peso suave, pero firme, anclado sobre mi lado izquierdo. Una respiración rítmica y pausada chocaba contra la base de mi cuello, enviando pequeños escalofríos por mi clavícula.

Abrí los ojos en la penumbra de la habitación. La luz del amanecer apenas lograba filtrarse por los bordes de las gruesas cortinas opacas. Bajé la mirada.

Larissa estaba durmiendo profundamente. Y no lo estaba haciendo en sus "dos metros de colchón". Durante la noche, la orgullosa y fiera reina del infierno que anoche me había prometido mutilaciones y me había escupido su odio, había cruzado la frontera invisible de la inmensa cama *king size* y se había acurrucado completamente contra mí. Su cabeza descansaba sobre mi pecho desnudo. Una de sus piernas, estaba enredada descaradamente con la mía. Tenía un brazo cruzado sobre mi torso, su mano aferrada a la tela de mi pantalón de chándal como si yo fuera un puto salvavidas en medio del océano.

Recordé sus palabras de anoche, escupidas con tanto veneno hacia la pared de cristal: «*Si te acercas a mi lado, te juro que te saco los ojos*». Una risa grave y silenciosa nació en mi garganta, haciendo que mi pecho vibrara bajo su mejilla.

—No es lo que parece... —susurré al aire, observando sus pestañas largas y oscuras rozando su piel pálida—. Parece como que quieres este acercamiento, *piccola*.

Dormida, sin la máscara de odio y la tensión que siempre llevaba puesta, parecía muchísimo más dulce. Parecía en paz. Su rostro relajado era una belleza que cortaba la respiración. Mi instinto primitivo me pedía rodearla con mis brazos, atraparla contra mí y despertarla de una manera que le dejara muy claro en qué lado de la cama estaba. Quería sentir su calor, quería ver cómo sus ojos azules se abrían desorientados y luego se llenaban de esa furia que me volvía loco. *Quería devorarla.*

Pero tenía asuntos urgentes que atender. Asuntos de sangre y negocios que no podían esperar.

Con extrema lentitud, para no alterar su respiración, deslicé mi brazo por debajo de ella. Con cuidado de no despertarla, la moví hacia su lado de la cama, separando nuestros cuerpos. En cuanto el calor de mi piel la abandonó, ella soltó un murmullo de queja en sueños, abrazándose a la almohada en busca de refugio. Me quedé mirándola un segundo más.

—Nos vemos luego, *esposa* —murmuré.

Me levanté, recogí mi ropa del vestidor y me di una ducha rápida con agua fría para despejar mi mente de la bruma del sueño y de su maldito perfume a jazmín. Me vestí para la reunión: un traje de tres piezas negro, sin corbata, y mi *Beretta* bien ajustada en la funda sobaquera bajo la chaqueta. El peso frío del arma contra mis costillas siempre me recordaba quién era y qué lugar ocupaba en este mundo.

Bajé las escaleras. La mansión ya estaba en marcha, silenciosa y eficiente. Me dirigí hacia las inmensas cocinas de acero inoxidable. Al entrar, vi a Alena frotando una encimera en la otra punta. En cuanto me vio, palideció hasta volverse casi translúcida, bajó la cabeza y salió prácticamente corriendo por la puerta de servicio, aterrorizada de encontrarse con Larissa en cualquier momento. Sonreí. El miedo era un buen maestro.

—Elena —llamé a la cocinera principal, una mujer mayor, de figura regordeta y mirada maternal, que llevaba años trabajando para mi familia.

Elena se giró rápidamente, limpiándose las manos en el delantal.

—*Buongiorno*, *Signore* Moretti. Felicidades por la boda. ¿Desea el desayuno?

—Para mí solo un café negro, doble. Rápido —ordené, apoyándome en la isla de la cocina—. Pero quiero que le prepares un buen desayuno a mi esposa.

—¿A la *Signora*? Por supuesto. ¿Qué le apetece?

—Todo —dije, mirando el reloj de mi muñeca—. Zumo de naranja recién exprimido, tostadas, algo de fruta fresca, tortitas... lo que se te ocurra que le pueda gustar. Llévaselo a la habitación en una hora.

No antes, déjala dormir un poco más. Y asegúrate de que coma. Ha tenido unos días... agotadores.

—Por supuesto, *Signore*. Lo prepararé con el mayor de los cuidados.

Me bebí el espresso hirviendo de un trago, sintiendo cómo la cafeína me encendía los nervios, y salí por la puerta principal.

Enzo ya me esperaba junto a la puerta trasera del *Maybach* blindado. Su rostro estaba tan serio como el mío. Vestía también de negro, con la mano disimuladamente cerca de la cintura. Sabía a dónde íbamos.

—Al territorio Mancuso —ordené, metiéndome en el coche.

El trayecto duró menos de veinte minutos, pero el paisaje cambió radicalmente. Dejamos atrás las líneas modernas y los acantilados de mi zona para adentrarnos en las colinas interiores, donde los Mancuso mantenían su poder desde hacía generaciones. Su propiedad era una antigua finca agrícola, rodeada de viñedos y muros de piedra vieja, que apestaba a dinero y a tradiciones oxidadas.

Aparcamos frente a la puerta principal de la villa de estilo rústico. Dos guardias armados con fusiles de asalto nos miraron con tensión evidente, pero nadie se atrevió a levantarnos el arma. Yo era el *Capo*. Dispararme era firmar su propia sentencia de muerte.

El inmenso portón de madera tallada se abrió. El mayordomo de los Mancuso, un hombre estirado y con cara de pocos amigos, nos recibió con una rigidez palpable.

—*Signore* Moretti. Leonardo lo espera en el salón principal. Asentí y entré, con Enzo cubriéndome la espalda.

El interior de la casa era oscuro, decorado con maderas nobles, alfombras gastadas y un olor persistente a humedad y humo de puro. Nos guiaron hasta el salón.

Leonardo Mancuso estaba sentado en un sofá de cuero con orejeras. Era un hombre de unos sesenta años, con el pelo gris plateado y una mirada astuta que escondía décadas de traiciones. A su lado, la chimenea estaba apagada. Nos sentamos en los sillones frente a él. Una joven sirvienta apareció casi al instante, trayendo una bandeja de plata con una botella de cristal tallado y nos sirvió

vasos de whisky escocés. El tintineo de los cubitos de hielo fue el único sonido durante un minuto entero.

Leonardo tomó su vaso, dándole un pequeño sorbo antes de mirarme, intentando mantener la posición de poder en su propia casa.

—Raffaelo. Una visita inesperada a estas horas de la mañana —dijo, con voz rasposa—. Y más sabiendo que te casaste ayer. Deberías estar en la cama con tu nueva y jvencísima esposa, no bebiendo en mi salón. ¿Qué te trae por aquí?

Me recliné en el sillón, cruzando una pierna sobre la otra con absoluta parsimonia, dejando mi vaso de whisky intacto sobre la mesa. Lo miré a los ojos, dejando que el silencio pesara un poco más.

—Tu hijo.

Leonardo frunció el ceño, apoyando su vaso. Su expresión se endureció.

—¿Mi hijo? ¿Mario?

Solté un chasquido con la lengua, esbozando una sonrisa carente de toda gracia.

—Claro... ¿tienes otro y no me he enterado, Leonardo?

—¿Qué pasa con Mario? —se removió en su asiento, incómodo.

Me incliné hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Mi tono de voz bajó hasta convertirse en una amenaza letal.

—Parece que no sabe pasar página. O que es demasiado estúpido para valorar su propia vida. Ayer tuvo la osadía de enviarme una nota de muy mal gusto, amenazando a mi mujer en nuestra propia boda. Y a mí no me gustan las amenazas, Leonardo.

Los ojos de Leonardo se abrieron ligeramente por la sorpresa, pero rápidamente intentó recomponer su máscara de póker.

—Eso... eso es absurdo. Él no haría tal cosa. Debe de haber un malentendido. Mario puede ser impulsivo sí, pero sabe lo importante que es mantenernos unidos en la *Comisión*. Con los albaneses presionando en el norte y los rusos intentando meter la nariz, no podemos llevarnos mal. Sabe que la paz entre nuestras familias es primordial.

—Pues díselo a tu hijo —le interrumpí, cortante como un cuchillo —. Explícaselo muy despacio, por si le cuesta entenderlo. Y dile que si vuelve a enviar otra notita, o si vuelve a acercarse a menos de un kilómetro de Larissa, no quiero que pierda alguna extremidad como algo muy leve. Quiero su cabeza.

Leonardo se tensó. El orgullo de un padre herido y el instinto de supervivencia de un mafioso chocaron en su rostro.

—Raffaelo, me ocuparé de él —dijo finalmente, alzando una mano conciliadora, aunque su voz temblaba de ira contenida—. Hablaré con Mario. Te doy mi palabra de que no se acercará a tu mujer.

—Claro que no se acercará —repliqué, poniéndome de pie lentamente, ajustándome el botón de la chaqueta—. Porque si lo hace, será hombre muerto. Y te juro por Dios que te enviaré sus restos en cajas de puros.

Leonardo se levantó también, ofendido, su cara tiñéndose de un rojo furioso.

—¿Has venido a mi casa, a mi territorio, bajo mi techo, para amenazar con matar a mi hijo y heredero?

Lo miré desde mi altura, sin pestañear.

—Algo así. Considera esto una cortesía por los viejos tiempos. La próxima vez no aviso. La próxima vez, actúo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de pólvora invisible. Enzo dio un paso sutil hacia adelante, listo para desenfundar si alguno de los guardias de Leonardo hacía un movimiento en falso.

Leonardo tragó saliva, desviando la mirada hacia el fuego apagado antes de volver a mirarme. Sabía que no podía ganar esta guerra.

—Tenemos negocios muy lucrativos entre manos, Moretti —recordó Leonardo, intentando usar la avaricia como escudo—. El cargamento de cocaína pura que viene de Colombia. Cincuenta millones de euros en mercancía que llega el viernes. Sabes que necesitamos tu nuevo puerto en Catania, el que le quitaste a Fabrizzio Vitale, para desembarcar sin que la Guardia Costera se entrometa.

—Lo sé —respondí fríamente—. Y por eso sigo aquí de pie en lugar de quemar esta casa contigo y tu hijo dentro. El puerto es mío

ahora. La mercancía pasará segura y nos repartiremos los beneficios como está acordado. Pero que te quede muy clara una cosa, Leonardo: mi paciencia es limitada. Los negocios son negocios, pero mi esposa es mi propiedad.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida del salón. Me detuve en el umbral, mirando por encima del hombro al viejo.

—Ata a tu perro rabioso, Leonardo. Antes de que tenga que sacrificarlo yo mismo.

Salí de la casa sin esperar respuesta. Enzo me siguió de cerca. El aire de la mañana me golpeó la cara en cuanto cruzamos el portón, fresco y limpio, un alivio tras el ambiente viciado de la villa de los Mancuso.

Nos subimos al *Maybach.* Las puertas se cerraron, aislándonos del exterior.

—El mensaje está entregado —comentó Enzo, arrancando el motor mientras dejábamos atrás los viñedos—. Pero Mario no es de los que escuchan a su padre. Sobre todo después de lo de Valentina. Su odio hacia nosotros le ciega. Va a intentar algo.

—Lo sé —respondí, mirando el paisaje siciliano pasar por la ventanilla oscura—. Y estoy contando con ello. Quiero que dé el primer paso. Así, cuando lo destruya, las demás familias no podrán decir que rompí la tregua. Solo me habré defendido.

Me recosté en el asiento de cuero, cerrando los ojos. El problema de Mario Mancuso estaba gestionado, al menos temporalmente. Ahora tenía un asunto mucho más complejo y fascinante esperándome en casa.

Un asunto con ojos de hielo, en pijama y un orgullo del tamaño de toda Sicilia. Una pequeña fiera que, probablemente en este preciso instante, estaba despertando sola en mi inmensa cama.

—Enzo, cambia la ruta —ordené de repente, sacando el teléfono de mi bolsillo.

—¿A dónde, jefe?

—Para el coche en la *Via Etnea.* Frente a la joyería *Bulgari*.

Enzo me miró por el retrovisor interior, levantando una ceja, pero no hizo preguntas. Giró el volante en la siguiente intersección, adentrándose en el centro histórico y comercial de Catania.

El *Maybach* se detuvo frente al escaparate impecable de la exclusiva joyería. Salí del coche y los guardias de seguridad de la puerta, reconociéndome de inmediato, me abrieron el paso apresurados, cerrando el local para el resto de los clientes.

El interior olía a cera abrillantadora. El gerente, un hombre bajito y sudoroso, salió corriendo de la trastienda, frotándose las manos.

—*Signore* Moretti. ¡Qué inmenso honor! Felicidades por sus nupcias, de parte de toda la familia de *Bulgari.* ¿En qué podemos servirle hoy?

—Quiero una pulsera —dije secamente, acercándome a las vitrinas de cristal iluminadas con luces LED que hacían destellar las joyas como estrellas atrapadas—. Diamantes. Lo mejor que tengas.

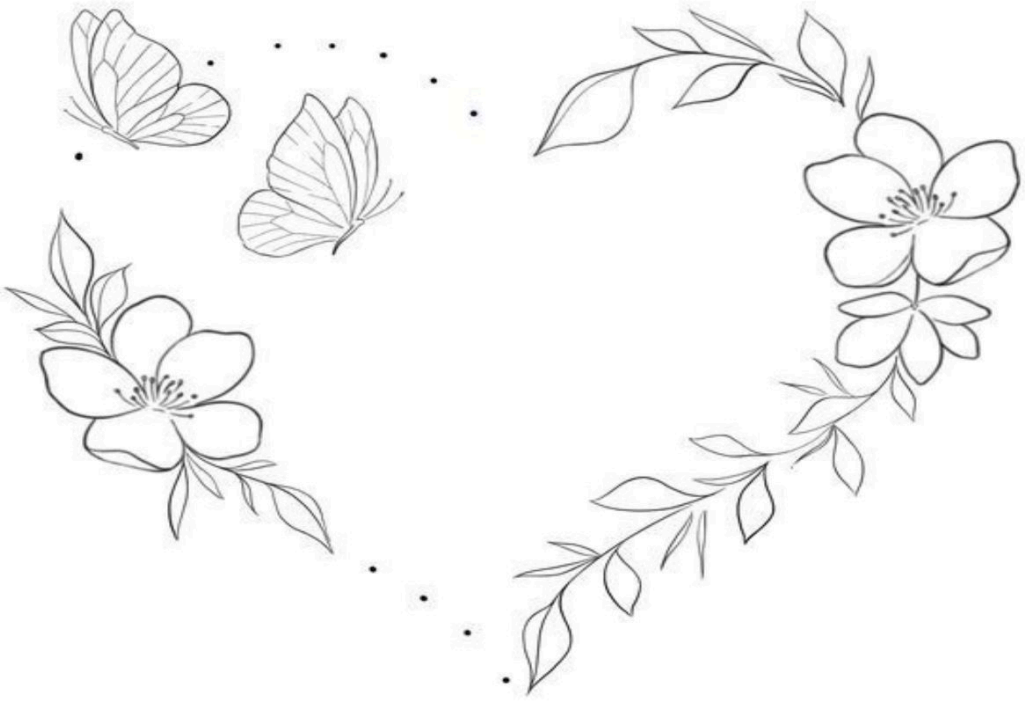
El gerente tragó saliva, asintiendo frenéticamente. Me guio hasta la sección más exclusiva de la tienda y sacó tres estuches de terciopelo negro. Mis ojos escanearon las opciones. Descarté dos al instante por ser demasiado recargadas, demasiado vulgares. Entonces, mi vista se posó en la tercera. Era una pulsera estilo tennis, pero fabricada en platino puro, engastada con docenas de diamantes de talla esmeralda, impecables, fríos y letales. Era sencilla, pero gritaba poder. Era dura, hermosa e inquebrantable. Igual que ella.

La joya perfecta para encadenar su muñeca.

—Me llevo esta —señalé.

El gerente la envolvió con manos temblorosas. Enzo se encargó de dejar un fajo de billetes y una transferencia firmada que cubría el triple de su valor, asegurando la discreción y la rapidez. Salí de la tienda con la pequeña bolsa negra en la mano, sintiendo una satisfacción retorcida en el pecho. Volvimos al coche y pusimos rumbo definitivo a la mansión.

Miré el estuche cerrado en mi regazo. No me engañaba a mí mismo. Sabía que regalarle esta pulsera no iba a comprar su perdón por lo de anoche con Alena. Sabía que probablemente me la tiraría a la cara, o peor, me la devolvería con una de sus réplicas envenenadas. Pero eso era exactamente lo que quería. Quería ver el fuego en sus ojos de nuevo. Quería provocarla. Quería recordarle que daba igual lo que haga, ella era *MÍA*.



16

LARISSA

El sol se filtraba con timidez a través de la rendija que dejaban las pesadas cortinas opacas de terciopelo, trazando una línea dorada y afilada sobre la espesa alfombra gris de la habitación. Abrí los ojos despacio, parpadeando contra la luz, desorientada por un segundo. El silencio era absoluto, casi irreal, roto únicamente por el suave y monótono murmullo del sistema de climatización de la mansión. Me dolía el cuerpo, una tensión sorda acumulada en los hombros y en la base del cuello, producto de la adrenalina y el terror del día anterior.

Tardé unos segundos en procesar dónde estaba. No era mi habitación de paredes cálidas en la villa Vitale. Era la guarida del monstruo.

Me giré instintivamente hacia la derecha, con los músculos tensos, preparándome para el impacto visual de tenerlo al lado. Pero estaba sola. La vasta cama estaba vacía en su mitad. O, mejor dicho, en *mi* mitad.

Me di cuenta, con un sobresalto que me aceleró el pulso, de que estaba tumbada exactamente en el centro del colchón. Bueno... un poco más hacia su lado, quizás.

Me incorporé lentamente, apoyándome sobre los codos, desconcertada. Miré hacia el lado izquierdo, el rincón donde me había arrinconado anoche, asegurándole que prefería sacarle los ojos antes que cruzar la línea imaginaria. Las sábanas allí estaban intactas, lisas y frías. El lado derecho, sin embargo, conservaba la huella inconfundible del cuerpo de Raffaelo. El edredón estaba ligeramente revuelto y la almohada hundida.

Me acerqué con cautela, casi arrastrándome por la cama como si el colchón fuera a morderme, y aspiré el aire cerca de su almohada. El impacto fue inmediato. Madera de sándalo. Tabaco negro. Y ese toque cítrico que se había quedado impregnado en la almohada contigua. Un aroma peligrosamente embriagador que me obligué a ignorar sacudiendo la cabeza.

Me froté los ojos, soltando un suspiro que mezclaba alivio y confusión punzante. No recordaba haberme quedado dormida. De hecho, estaba convencida de que me pasaría la noche en vela, vigilando el abismo que nos separaba con los nervios de punta. Pero,

contra todo pronóstico, mi cuerpo, exhausto por la montaña rusa emocional, se había rendido a un sueño de forma profunda y traicionera.

«*Lo logré*», pensé, aferrándome a esa pequeña victoria. Había sobrevivido a mi noche de bodas. Él se había mantenido en su lado y yo en el mío. Me sentí absurdamente orgullosa de haber mantenido mis límites, ignorando por completo cómo diablos había terminado yo durmiendo en el centro de la cama en lugar de en mi borde defensivo. Seguramente me habría movido inconscientemente buscando espacio al no sentir más su presencia. Sí, tenía que ser eso.

Unos toques suaves y rítmicos en la pesada puerta doble interrumpieron mis pensamientos. Me senté de golpe, tensándome.

—¿Quién es? —pregunté, mi voz sonando un poco más ronca de lo normal.

—*Buongiorno*, *Signora* Moretti. Soy María. Traigo su desayuno —respondió una voz femenina, joven y temblorosa, desde el otro lado de la madera.

Suspiré, aliviada de que no fuera Alena, y me levanté. Me pasé las manos por el pelo revuelto, ajusté los tirantes de la camiseta de satén negro de mi pijama y abrí la puerta.

Una chica joven, vestida con un uniforme impecable, empujaba un carrito de servicio de plata y cristal. Sus ojos castaños se abrieron como platos al entrar en la colosal *suite,* escaneando con nerviosismo el desastre de docenas de rosas de colores que yo había barrido al suelo la noche anterior.

—El *Signore* Moretti ordenó que le preparáramos un desayuno completo, *Signora* —dijo, aparcando el carrito junto a una pequeña mesa de diseño frente al enorme ventanal—. Dijo que debía comer bien. ¿Desea que le sirva aquí?

Miré el carro. Era un despliegue absurdo de comida para una sola persona. Zumo de naranja recién exprimido en una jarra de cristal empañada por el frío, café humeante en una cafetera de plata, cruasanes recién horneados que olían a mantequilla fundida, una bandeja con fruta fresca cortada milimétricamente y tostadas crujientes.

—Está bien así, María. Yo me sirvo. Gracias —respondí con amabilidad que pareció descolocarla.

—El *Signore* insistió en que comiera. Que tenga un buen día, *Signora.*

La chica hizo una pequeña reverencia, casi asustada, y salió de la habitación con paso apresurado.

Me senté frente al ventanal y pulsé el botón de domótica para abrir las cortinas del todo. La vista me robó el aliento. El mar Jónico se extendía hasta el infinito, de un azul oscuro y embravecido, chocando con furia contra los acantilados de roca volcánica negra sobre los que estaba construida la mansión. Era un paisaje salvaje, violento y hermoso.

Exactamente igual que el hombre que lo poseía.

Comí en silencio. El café me quemó la garganta, dándome la sacudida de energía que necesitaba. Mientras masticaba una tostada, la bruma del sueño desapareció por completo y los recuerdos de la noche anterior me asaltaron sin piedad.

Mi corazón latió con fuerza al recordar el despacho. El cabello rubio de Alena entre mis dedos. La mirada de Raffaelo oscureciéndose, perdiendo el control por una orden mía.

Sentí el calor subir a mis mejillas. Había cruzado una línea de no retorno. Había abrazado la oscuridad que me rodeaba y la había usado como arma. Y si iba a ser la esposa del Diablo, no podía esconderme en esta habitación para siempre. Era la *Signora* Moretti, por mucho que me pesara y me asqueara el título, y no iba a permitir que esta casa, ni sus habitantes, me devorara viva.

Me levanté, fui al inmenso baño de mármol y me di una ducha larga. Cuando salí al vestidor, evalué mis opciones. Iba a explorar la mansión como la señora de la casa, no como una prisionera. Elegí unos pantalones *palazzo* de lino blancos de talle alto y una blusa de seda negra, sin mangas, con un escote en V lo suficientemente pronunciado como para ser elegante e imponente, pero no vulgar. Me calcé unos *stilettos* negros de aguja que añadían centímetros a mi determinación. Me cepillé el pelo hasta dejarlo liso como una tabla, cayendo por mi espalda y, como toque final, me apliqué un labial rojo oscuro.

Me miré al espejo, sosteniendo la mirada de mi propio reflejo.

—Primer día como Larissa Moretti. —susurré, probando el sabor metálico del nombre en mi boca.

Salí de la habitación, dispuesta a explorar mi jaula de cristal.

La mansión era inmensamente opresiva. Si el ala oeste (donde estaba su despacho) y la planta superior eran estrictamente privadas, la planta baja era un despliegue de arquitectura minimalista diseñada para impresionar y para intimidar. Las paredes de hormigón pulido estaban decoradas con obras de arte moderno, abstractas y frías. El suelo de mármol negro brillaba bajo la luz que entraba por inmensas cristaleras blindadas. A medida que avanzaba por los pasillos, el eco de mis tacones marcaba mi territorio.

Y noté que no estaba sola.

Había hombres de seguridad por todas partes. No eran matones de tres al cuarto, sudorosos y mal vestidos como los que custodiaban la villa de mi padre. Estos eran los hombres personales de Raffaelo. Vestían trajes oscuros impecables, con pinganillos en las orejas, y se movían con la eficacia letal de los militares. Me tensé al cruzarme con los primeros dos en la entrada del salón principal. Pero en cuanto me vieron, se detuvieron en seco. Sus posturas se enderezaron y, al unísono, bajaron la cabeza en un gesto de profundo y absoluto respeto.

—*Buongiorno, Signora* —murmuraron ambos.

Me quedé ligeramente sorprendida, pero no lo demostré. Asentí levemente con la cabeza y seguí caminando. La escena se repitió con cada guardia que me crucé en los jardines interiores y cerca de la biblioteca. Me respetaban.O, mejor dicho, respetaban el anillo de cinco quilates que llevaba en el dedo anular y temían la ira del hombre que me lo había puesto.

Para ellos, yo era territorio sagrado. Era la reina intocable de esta fortaleza. La sensación de poder era nueva, embriagadora y peligrosa.

Caminé hacia la zona de las cocinas, intentando ubicarme en las dimensiones absurdas de la casa. El olor a especias y pan recién horneado llenaban el aire. Al girar la esquina del pasillo de servicio, me detuve en seco.

Allí estaba ella. Alena.

Llevaba su uniforme de ama de llaves, pero la arrogancia que había exhibido ayer en el vestíbulo al recibirme se había esfumado. Estaba ordenando unos jarrones en una consola de madera. Al escuchar el *clic-clac* de mis tacones, se giró. Sus ojos azules chocaron con los míos.

El pánico parpadeó en su mirada, un reflejo condicionado por la humillación brutal de anoche, pero al ver que estábamos solas, sin Raffaelo cerca para protegerme o castigarla, su instinto de supervivencia pareció transformarse en una rabia sorda.

Se irguió, apretando la mandíbula, intentando recuperar su dignidad pisoteada.

—*Signora* —murmuró, sin bajar la cabeza esta vez, con una insolencia calculada.

Me detuve a dos pasos de ella, escaneándola de arriba abajo con fría superioridad.

—Veo que te has lavado la boca, Alena. Qué bien.

El color abandonó su rostro por un instante, pero sus manos se cerraron en puños a los costados de su falda. El odio le dio la valentía estúpida de los que no tienen nada que perder. Dio un paso hacia mí, bajando la voz hasta convertirla en un siseo venenoso, asegurándose de que nadie más en el pasillo pudiera oírnos.

—No sé qué habrá visto el *Signore* Raffaelo en ti —susurró, con un deje de lástima fingida y desprecio ruso—. Eres una cría. Te han vendido para pagar las deudas de tu padre. ¿De verdad te crees especial? ¿Te crees lista por lo que hiciste anoche? Él se aburrirá de jugar a las casitas contigo en un mes. Siempre me busca.

No retrocedí. Ni un milímetro. Mi respiración se mantuvo pausada. Como la señora de la casa, no podía bajar la cabeza. Y menos con una sirvienta que se creía amante. Mantuve mi postura recta, la barbilla alta, mirándola como si fuera una mancha de humedad en una pared de mármol.

—Soy lista, Alena —le contesté, mi voz modulada en un tono suave, aterciopelado y letalmente gélido—. Y créeme, será en lo único en lo que no podrás estar por encima de mí.

Dejé que la frase cayera entre nosotras, pesada y cargada de veneno, antes de rematar el golpe.

—En todo lo demás, siempre estarás de rodillas en el suelo. Porque ese es tu sitio. Tú solo eres un agujero en el que él se vacía cuando se aburre. Yo soy su esposa. Yo ordeno. Tú tragas.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas de pura rabia y humillación. Su pecho subía y bajaba rápidamente, buscando una réplica que no existía.Le dediqué una sonrisa pequeña, afilada y carente de piedad.

—La próxima vez que me dirijas la palabra sin que yo te lo ordene, me aseguraré de que te vayas de esta casa sin lengua. Vuelve al trabajo.

La pasé de largo, sin girarme para ver cómo se encogía sobre sí misma, derrotada. Mi corazón latía deprisa contra mi costillas, bombeando adrenalina. Una oleada de poder me inundó las venas. La mafia me había arrebatado mi libertad, pero estaba empezando a entender que me había entregado otra cosa a cambio: autoridad. Inmunidad.

Pero eso no significaba que le fuera a hacer la vida menos complicada a Raffaelo Moretti.

Seguí caminando hacia las puertas dobles de cristal que daban acceso a las terrazas exteriores. Necesitaba aire fresco.

La inmensa terraza trasera estaba pavimentada con piedra blanca y deslumbrante. Una piscina infinita que parecía fundirse con el mar Jónico. El viento salado me acarició el rostro, revolviendo mi pelo. Me apoyé en la barandilla de cristal, mirando las olas romper contra la roca negra cien metros más abajo.

El rugido potente de un motor rompió la armonía del mar. Miré hacia la entrada lateral de la propiedad. El *Maybach* negro blindado acababa de detenerse.

Raffaelo.

Mi pulso se aceleró automáticamente, una traición fisiológica que odiaba. Lo vi bajar del coche en la distancia. Incluso desde lejos, su presencia lo eclipsaba todo a su alrededor. Llevaba un traje negro de tres piezas, la chaqueta desabrochada ondeando con la brisa marina. Enzo bajó por el otro lado. Intercambiaron un par de

palabras, Enzo asintió y se retiró hacia las casetas de seguridad, dejando a Raffaelo solo.

Raffaelo levantó la vista. Como si tuviera un radar en la sangre, me encontró en la terraza. A pesar de los cincuenta metros que nos separaban, sentí el peso de su mirada oscura chocar contra la mía.

Empezó a caminar hacia donde yo estaba, subiendo los peldaños de piedra con la seguridad depredadora de un tigre en su territorio. Me giré para encararlo, apoyando mi espalda en la barandilla de cristal, cruzando los brazos bajo el pecho en actitud defensiva.

A medida que se acercaba, la luz del día revelaba los detalles que la oscuridad de la noche había ocultado. Las pequeñas arrugas de tensión en las comisuras de sus ojos, la sombra de la barba de un día acentuando la dureza de su mandíbula. Sus tatuajes en el cuello. Estaba impresionantemente guapo. Criminalmente perfecto.

Y absolutamente odioso.

Se detuvo a un metro de mí, invadiendo mi espacio vital con su aura y su aroma a humo y peligro.

—Buenos días, *esposa* —dijo, su voz profunda resonando sobre el ruido de las olas.

—Depende para quién —respondí con sequedad.

Él esbozó una media sonrisa arrogante, metiendo una mano en el bolsillo del pantalón de su traje, mientras que con la otra sostenía una pequeña bolsa de cartón negro con letras doradas. *Bulgari.*

—Veo que te has puesto cómoda y has salido a inspeccionar tus dominios —comentó, escaneándome de arriba abajo. Su mirada se detuvo un segundo extra en el escote de mi blusa de seda—. Te sienta bien el negro.

—Es el color del luto. Estoy practicando —repliqué sin pestañear, mirándolo a los ojos.

Raffaelo soltó una carcajada baja, ronca, que me puso los vellos de los brazos de punta.

—Tu lengua sigue tan afilada como anoche, *piccola*. Sinceramente, esperaba encontrarte de peor humor.

Sacó una pequeña caja de terciopelo de la bolsa y la abrió. El destello de la luz del sol sobre el platino y los diamantes me cegó por un instante. Era una pulsera *tennis* espectacular, una tira

continua de piedras de talla esmeralda, puras y frías. Una auténtica fortuna en la palma de su mano.

Me tendió la caja.

—Para ti. Una disculpa por la... por lo de anoche.

Lo miré a los ojos, sintiendo la indignación hervir en mi estómago.

—No quiero tus diamantes, Raffaelo. Ya te lo dije anoche en la habitación. No vas a comprarme. No vas a borrar la imagen de esa mujer arrodillada en tu despacho con joyas caras. Te las puedes meter por donde te quepan.

Él enarcó una ceja, sin borrar esa sonrisa ladeada que tanto me desquiciaba.

—Pensaba que una esposa debería ser un poco más… cálida. —murmuró, su tono cargado de sarcasmo.

—Y yo pensaba que un hombre que compra a su mujer tendría el listón más bajo —disparé de vuelta, sin retroceder un milímetro.

Raffaelo dio un paso más. El instinto me hizo retroceder. Mi espalda chocó contra el cristal frío de la barandilla. Ya no tenía escapatoria.

—Lo tengo muy alto —murmuró, su voz bajando a un tono casi confidencial—. Por eso eres mi esposa.

Solté una risa incrédula, negando con la cabeza.

—No lo creo. —escupí con asco—. Te van las mujeres fáciles de manipular, Raffaelo. Las que se arrodillan a la primera de cambio para chupártela. Yo no juego en la misma liga que esas que sacas a pasear y tiras al día siguiente.

Él sonrió de oreja a oreja, pero sus ojos brillaron con una chispa peligrosa, casi sádica. Parecía divertido por mi resistencia, y eso me sacaba de mis casillas.

—Te sorprendería lo bien que se adaptan incluso las que «*no juegan en esa liga*», Larissa —replicó, inclinando su gran cuerpo hacia mí—. Algunas hasta olvidan pronto que tenían dignidad cuando las toco.

Me tensé, sintiendo un nudo en la garganta ante la velada amenaza de dominación.

—¿Eso es lo que pretendes conmigo? ¿Doblegarme hasta que sea otra de tus muñecas mudas?

Raffaelo sacó la pulsera de la caja, dejando caer el estuche al suelo sin importarle. El platino brilló entre sus dedos.

—Yo no diría «*doblegar*», sino… moldear. —corrigió con suavidad engañosa.

—¿Y qué tal si moldeas tu ego para que sea algo menos insoportable? —le espeté, intentando con todas mis fuerzas apartar la mirada de sus labios.

Él soltó otra risa ronca. De un movimiento rápido como el ataque de una serpiente, agarró mi muñeca izquierda con su mano libre. Intenté tirar hacia atrás, pero su agarre era de hierro.

—Solo si tú intentas moldear esa actitud de adolescente rebelde que se cree con derecho a la libertad en un mundo levantado a base de obligaciones —susurró, envolviendo mi muñeca con la tira de diamantes.

El platino frío chocó contra mi piel caliente. El roce de sus dedos gruesos y callosos cerrando el broche de seguridad envió una corriente eléctrica que me subió por el brazo y se alojó en mi pecho. Estábamos demasiado cerca. Su calor corporal irradiaba hacia mí. El ruido del mar desapareció, reemplazado por el latido frenético de mi propio pulso bajo su dedo pulgar.

Quise gritarle. Quise empujarlo y salir corriendo. Pero la chispa maldita de anoche, esa excitación retorcida e inapropiada que había sentido al verle perder el control en el despacho, volvió a encenderse en mis entrañas, traicionando a mi cerebro.

Él no soltó mi mano. Su pulgar acarició los diamantes que ahora encadenaban mi muñeca y luego trazó lentamente la línea de mi pulso desbocado. Levantó la vista y me miró a los ojos. La burla había desaparecido de su rostro, dejando paso a una intensidad devoradora y primitiva.

Tragué saliva, intentando recuperar el control de mis pulmones.

—No vas a conseguirlo. Anoche me mantuve en mi puto rincón de la cama, y pienso hacerlo cada noche de mi vida hasta que te canses de mí. —susurré, mi pecho subiendo y bajando rápidamente contra la tela de mi blusa.

La sonrisa de Raffaelo regresó, pero esta vez se ensanchó en un gesto de pura victoria, oscuro y humillante, que me desconcertó por

completo. Se acercó un paso más, aplastando mi cuerpo contra la barandilla de cristal, inmovilizándome con su peso.

—¿Tu rincón de la cama? —murmuró, inclinando la cabeza para hablarme directamente al oído. Su aliento caliente me erizó la piel del cuello—. Eso es curioso, *amore mio.*

Me quedé rígida.

—¿De... de qué hablas?

—Hablo de que te pasaste la mitad de la noche completamente abrazada a mí —su voz era un ronroneo perverso—. Tenías tu pierna enredada con la mía. Tu cara pegada a mi pecho. Te aferrabas a mi pantalón como si no quisieras que me fuera.

El corazón se me detuvo. El oxígeno abandonó mis pulmones. Un calor abrasador, rojo y lleno de la más pura vergüenza, me subió desde el escote de la blusa hasta la raíz del pelo.

—Mientes —susurré, horrorizada, mi voz apenas un hilo de aire sin fuerza.

—Yo nunca miento. —Raffaelo se apartó lo justo para mirarme a los ojos, disfrutando de mi humillación, saboreando el colapso de mi fortaleza de hielo—. ¿Sabes lo fácil que hubiera sido tocarte mientras ronroneabas contra mi piel? Eres más fácil de lo que pretendes, Larissa. Tu cuerpo me busca desesperadamente en la oscuridad, aunque tu boca se empeñe en negarlo a la luz del día.

Me quedé sin habla, con la boca entreabierta, el pulso desbocado y la pulsera de diamantes pesando en mi muñeca como un grillete de fuego. Su olor, el mismo que había impregnado mi lado de la almohada, me tenía acorralada.

Él apretó más mi cuerpo contra la barandilla, inmovilizándome por completo con su peso, acercando su boca a mi oído. Mi respiración se volvió errática. Estaba furiosa, pero el calor de su cuerpo contra el mío me estaba quemando viva.

—O quizás... —murmuró, su aliento rozando el lóbulo de mi oreja —... quizás sí te toqué. Quizás deslicé mis manos bajo tu pijama y te acaricié entera mientras dormías. Y estabas tan jodidamente mojada por mí, *piccola*...

Abrí los ojos de par en par, el *shock* y el horror paralizando mis extremidades. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—No te atreverías... —jadeé, sintiendo un nudo de pánico y un deseo nauseabundo apretándome la garganta.

Él se apartó un centímetro para mirarme de frente. Había fuego oscuro en sus pupilas. Me soltó las muñecas lentamente, dejando que mis brazos cayeran inútilmente a mis costados.

—No —admitió, con una sonrisa maliciosa que iluminó su rostro peligroso—. No te toqué. Te dije que no lo haría hasta que tú me lo suplicaras. Pero ver tu cara de terror al dudar de la traición de tu propio cuerpo... eso no tiene precio.

—¿Uf, no has pensado nunca en usar la boca para algo que no sean soltar paridas?

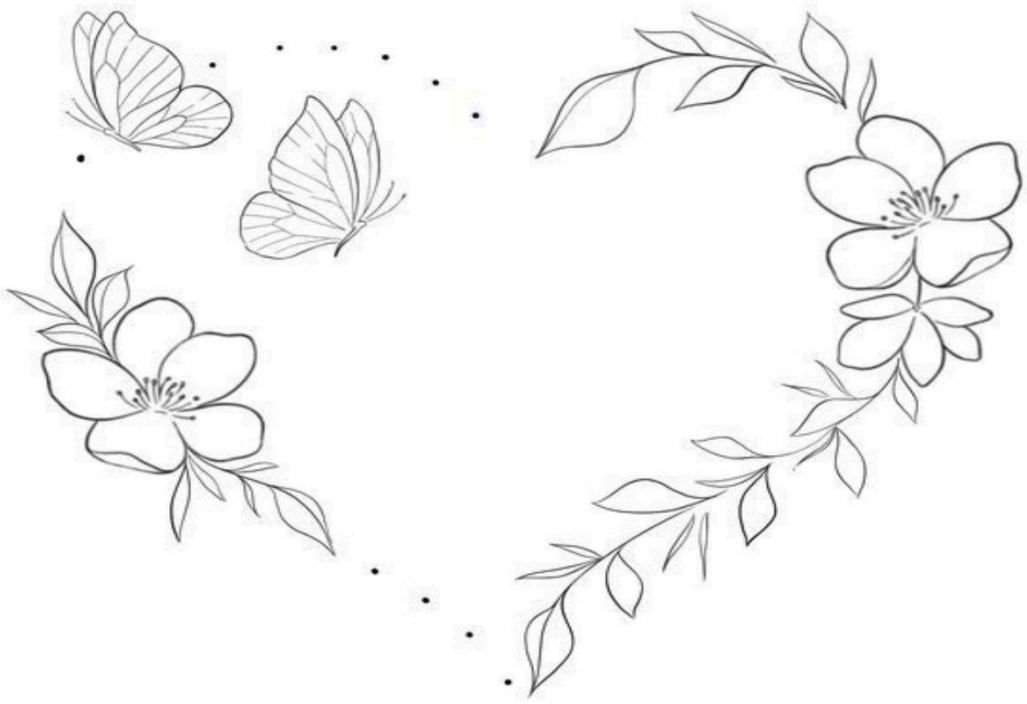
Me sonríe con segundas. Demasiadas segundas.

— Pues sí. Pero no quiero asustarte… todavía.

Él me dedicó un último guiño cargado de insolencia, se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso al interior de la mansión.

Me quedé sola en la terraza, con el viento golpeándome el rostro, quemándome viva en mi propia humillación, intentando regular mi respiración ahogada, y enfrentándome a la aterradora certeza de que Raffaelo Moretti tenía toda la razón.

Mi cuerpo era mi peor enemigo. Y estaba a punto de perder la guerra contra él.



17

LARISSA

Me quedé en la terraza un minuto entero, con el viento salado del mar Jónico golpeándome el rostro caliente, intentando procesar lo

que acababa de pasar. Mi respiración era un desastre, irregular y superficial. Mis mejillas ardían.

«Pues sí. Pero no quiero asustarte... todavía.»

Su voz ronca seguía rebotando en el interior de mi cráneo como una pelota de goma. Indignada, furiosa y, para mi absoluta vergüenza, con el pulso desbocado, me di la vuelta. No iba a dejar que tuviera la última palabra. *¿Cómo se atrevía?* ¿Cómo se atrevía a dejarme allí, temblando, insinuando de forma tan descaradamente obscena lo que pretendía hacer con su boca, para luego marcharse como si hubiera ganado una puta partida de ajedrez?

—No vas a tener la última palabra, *bastardo* arrogante —siseé para mí misma.

Impulsada por una furia ciega, caminé a zancadas rápidas por los pasillos de mármol de la planta baja. Subí las escaleras de cristal casi corriendo, ignorando a sus hombres de seguridad, que me miraban de reojo, curiosos por mis pasos apresurados. Me dirigí directamente a nuestra *suite* y abrí la puerta doble de madera de un empujón fuerte.

—¡No te atrevas a volver a hablarme de esa forma, Raffaelo! —exclamé, entrando como un huracán.

Pero las palabras murieron en mi garganta. Se me cortó la respiración.

Raffaelo estaba de pie junto al inmenso ventanal, bañado por la luz dorada y pura del mediodía. Se había quitado la chaqueta del traje y, en el momento exacto en que irrumpí en la habitación, se estaba sacando la camisa negra, tirándola sobre una butaca cercana.

Me quedé clavada en el suelo, con los labios entreabiertos, incapaz de emitir un solo sonido.

Su cuerpo era... Dios mío, su cuerpo era una puta obra de arte oscura y brutal. Sus hombros eran increíblemente anchos, descendiendo en una forma de V perfecta hacia una cintura estrecha y un abdomen perfectamente tonificado, marcado por músculos duros como la roca que se tensaban con cada movimiento. Pero lo que me dejó sin aliento, lo que me hizo tragar saliva de forma audible, no fue solo su físico impecable y letal, sino el lienzo en el que estaba envuelto.

Ahora, a plena luz del día, podía ver los detalles que la oscuridad de la noche me había ocultado. Tenía el cuello, el pecho, la espalda y los brazos cubiertos de tatuajes de tinta negra. Enredaderas, sombras, símbolos antiguos que no logré descifrar y un inmenso lobo que le cubría el costado izquierdo. Y entre la tinta, cruzando su piel bronceada, había cicatrices. Muchas cicatrices.

Vi una marca blanca y gruesa que le cruzaba las costillas derechas, producto de lo que claramente había sido una herida de cuchillo. Otras pequeñas marcas circulares en su hombro izquierdo, cicatrices viejas de bala. Era un mapa de la guerra, un testimonio físico de que el hombre que tenía delante no solo ordenaba la muerte, sino que había sobrevivido a ella en innumerables ocasiones.

Era peligroso, oscuro y salvaje.

Y yo me había quedado literalmente babeando. Mis ojos devoraban cada centímetro de su piel, mi mente registrando la fuerza brutal que emanaba de él. Sentí un calor repentino acumulándose en mi bajo vientre, pesado y húmedo. Tragué saliva, sintiendo que la boca se me secaba de repente.

¡Idiota!, me grité a mí misma, dándome una bofetada mental. *¡Deja de mirarlo como si fuera el postre! ¡Es el monstruo que te ha comprado!*

Raffaelo se giró lentamente hacia mí. No hizo el menor intento de cubrirse. Al contrario, se irguió en toda su altura, dejando a la vista ese abdomen perfectamente esculpido y una línea oscura de vello que desaparecía prometedoramente bajo la cinturilla de sus pantalones de traje. Se dio cuenta al instante de hacia dónde estaban dirigidos mis ojos. Una sonrisa felina, cargada de un pecado absoluto y arrogancia desmedida, curvó sus labios.

—¿Te gusta lo que ves, *piccola*? —ronroneó, su voz vibrando en el silencio de la habitación.

—E-estás lleno de marcas —titubeé, intentando recuperar mi dignidad, aunque mi voz sonó patéticamente débil—. Pareces un mapa de carreteras destrozado.

Él soltó una carcajada baja y ronca. Dio un paso hacia mí. Luego otro.

—Son los peajes de mi mundo, Larissa. Nadie llega a la cima de la *Cosa Nostra* sin derramar sangre propia.

Instintivamente, di un paso hacia atrás, pero mis rodillas chocaron contra el borde del inmenso colchón. Estaba acorralada. Él llegó hasta mí, deteniéndose a centímetros de mi cuerpo. El calor que irradiaba su piel desnuda era casi palpable. Olía a peligro y a testosterona pura.

—¿A qué has venido? —murmuró, bajando la vista hacia mis labios—. Porque no has entrado aquí como un huracán para admirar mis cicatrices. ¿Qué querías decirme? Porque si has venido a pelear, debo advertirte que ahora mismo prefiero otro tipo de actividad física.

Tragué saliva, levantando la barbilla para no dejarme intimidar por su altura.

—He venido a decirte que eres un...

No pude terminar la frase.

Con un movimiento rápido e inesperado, Raffaelo puso sus manos sobre mis hombros y me empujó. Fue un empujón firme, pero no violento. Perdí el equilibrio y caí de espaldas sobre el edredón de seda gris de la cama, con el corazón latiendo a mil por hora, bombeando adrenalina por cada vena de mi cuerpo.

Antes de que pudiera intentar levantarme, él se subió a horcajadas sobre mí, apoyando las rodillas a ambos lados de mis caderas y sus manos a los lados de mi cabeza, enjaulándome con su enorme cuerpo desnudo. El peso de su presencia me aplastó.

—Suéltame —exigí, aunque mi voz no tuvo la firmeza que pretendía. El roce de su abdomen tatuado bajando hacia mí me volvía loca.

—Yo no te estoy sujetando, Larissa —susurró él, bajando el rostro hasta que nuestras narices casi se rozaron—. Tienes las manos libres. Si quieres que me quite, empújame.

Puse mis palmas planas sobre su pecho desnudo para empujarlo, pero en cuanto mi piel tocó la suya, en cuanto sentí el latido constante y fuerte de su corazón bajo mis dedos y el relieve áspero de una de sus cicatrices, mis manos se paralizaron. No lo empujé. Mis dedos se curvaron ligeramente, rozando su piel.

Raffaelo sonrió contra mis labios. Sabía que había ganado esta pequeña batalla.

—Eres un hipócrita —le susurré, mi respiración agitándose, subiendo y bajando mi pecho contra el suyo.

—Y tú eres una mentirosa. Me odias, pero tu cuerpo me llama a gritos. Te ha gustado lo que has visto. Y ahora lo quieres.

—Te gustaría que fuera así para alimentar tu gigantesco ego, ¿verdad?

Inclinó la cabeza y hundió el rostro en la curva de mi cuello. Sus labios, calientes y exigentes, trazaron la línea de mi clavícula. Sentí la sombra de su barba raspar levemente mi piel sensible, enviando una descarga eléctrica brutal directa a mi espina dorsal. Solté un pequeño jadeo involuntario, arqueando el cuello para darle más acceso, traicionando todos mis putos principios.

—Estás preciosa, *esposa* —murmuró contra mi piel, dejando un beso húmedo justo debajo de mi mandíbula.

Su mano derecha abandonó el colchón y descendió por mi costado. Sintió la tela del pantalón y la acarició. Su tacto era firme, posesivo. La mano subió lentamente por mi muslo, la fricción de la tela contra mi piel encendiendo un fuego que amenazaba con consumirme. Su boca subió hasta el lóbulo de mi oreja, mordisqueándolo suavemente mientras su mano avanzaba, subiendo por mi cadera, deslizándose con una destreza peligrosa hacia la cintura del pantalón, rozando el encaje de mi tanga.

Mi cerebro estaba bañado en dopamina y deseo crudo. Quería que siguiera. Dios, me odiaba por ello, pero mi cuerpo entero gritaba por él, por sentir cómo esas manos callosas tomaban lo que era suyo.

Pero entonces, como un relámpago de agua helada en medio de un incendio, la imagen del despacho asaltó mi mente. La realidad me golpeó con fuerza. Él era el monstruo. El hombre que me había comprado. El hombre que ayer compartía su polla con su sirvienta.

Mis manos, que habían estado acariciando su pecho, se tensaron y lo empujaron con fuerza.

—¡No! —grité, mi voz rompiéndose—. ¡Para, Raffaelo!

Él se congeló al instante. Sus labios se apartaron de mi cuello. Su mano, que estaba a milímetros de invadir mi ropa interior, se detuvo

en seco sobre mi piel. Levantó la cabeza. Sus ojos eran dos pozos de oscuridad pura, dilatados por la lujuria contenida, el pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas y pesadas. La tensión en la habitación era tan gruesa que se podía cortar con un cuchillo.

Su mandíbula se tensó, asintió una sola vez, y se apartó. Se levantó de la cama, dándome la espalda. Sus músculos se marcaban con cada movimiento contenido.

—Como quieras, *esposa* —dijo, su voz ronca y rasposa por el deseo no satisfecho.

Caminó directamente hacia el inmenso baño de mármol y cerró la puerta. Segundos después, escuché el sonido del agua cayendo con fuerza.

Me quedé tumbada en la cama, mirando al techo, con el pecho agitado y los ojos llenos de lágrimas de frustración. Me abracé a mí misma. Me sentía patética. Me sentía sucia, no por él, sino por mí misma. Me había dejado tocar por el monstruo. Me había derretido bajo la boca del hombre que controlaba mi futuro.

Mi cuerpo era un traidor. Si no hubiera recordado a Alena, ahora mismo estaría desnuda debajo de él.

Necesitaba un ancla. Necesitaba a alguien que me recordara quién era yo antes de esta pesadilla de diamantes, sangre y deseo retorcido. Me senté en la cama, busqué mi teléfono en la mesita de noche y marqué el único número que sabía que acudiría.

—¿Gia? —dije en cuanto descolgó, mi voz temblando ligeramente —. ¿Puedes venir a la mansión? Necesito... necesito que vengas. Me vendría bien tu presencia.

—Salgo para allá ahora mismo, *stellina* —respondió ella sin dudar.



Media hora después, Gia cruzaba las inmensas puertas del salón principal. Llevaba un vestido veraniego de color amarillo vibrante

que contrastaba violentamente con la monocromía gris, negra y blanca de la mansión. Se quedó maravillada, girando sobre sí misma, mirando los techos altísimos y el mobiliario de diseño. Pero también noté cómo sus hombros se encogían ligeramente al pasar junto a los guardias armados que custodiaban cada entrada.

—Dios santo, Larissa... esto es... esto es el puto Palacio de Versalles, pero en versión mafia —susurró Gia, acercándose a mí para darme un abrazo apretado.

Olía a vainilla y a libertad, un olor que me dio unas ganas inmensas de llorar.

En ese momento, unos pasos firmes resonaron en la escalera de cristal y nos hicieron separarnos. Raffaelo bajó. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa de lino negro perfectamente abotonada. Su pelo aún estaba un poco húmedo por la ducha. Parecía un modelo de revista, frío, intocable y perfecto. No quedaba ni rastro del hombre salvaje que me había arrinconado en la cama hacía una media hora.

Gia se tensó instintivamente a mi lado. Raffaelo se acercó a nosotras con una elegancia tranquila. Nos miró a las dos y esbozó una sonrisa cortés, casi encantadora.

—Gia. Es un placer tenerte en nuestra casa —dijo él, extendiendo una mano que Gia estrechó con nerviosismo—. Estás en tu casa. Pediré que os sirvan té y algo de comer en la terraza de la piscina para que estéis cómodas.

—G-gracias, Raffaelo —tartamudeó mi amiga.

Raffaelo se giró hacia mí. Sus ojos se oscurecieron un milisegundo al recordar lo que había pasado arriba, pero la máscara de marido perfecto no se movió. Se acercó, me tomó por la cintura y depositó un beso dulce y deliberadamente lento en mi frente.

—Os dejo solas para que os pongáis al día —murmuró contra mi piel, dejando su aroma a sándalo impregnado en mí—. Disfrutad de la tarde.

Sin decir más, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo del ala oeste.

Gia soltó el aire que estaba conteniendo de golpe y se dejó caer en uno de los sofás de diseño del salón.

—Joder. Intimida. Intimida muchísimo. Y al mismo tiempo es tan malditamente educado que te descoloca.

Me senté a su lado, cruzando las piernas.

—Esa es su especialidad. Engañar al mundo.

Una sirvienta —no Alena, gracias a Dios— nos trajo una bandeja con té helado, sándwiches diminutos, pasteles de crema y fruta, dejándolo todo en la mesa de cristal frente a nosotras antes de retirarse en silencio.

Gia agarró un vaso de té helado y me miró con intensidad, sus grandes ojos castaños buscando la verdad en los míos.

—Bueno, habla. ¿Qué tal se está portando tu marido? Dime que estás bien. Cuando te sacó del club como si fueras un saco de patatas, pensé que te iba a matar.

Tomé un sorbo de té, sintiendo el frío bajar por mi garganta.

—Dentro de lo malo... bien. Supongo. De momento me trata bien. No me ha... forzado a nada. Aunque estamos constantemente en guerra. Es una batalla psicológica las veinticuatro horas del día.

Gia bajó la vista hacia mi mano izquierda, que descansaba sobre mi regazo, y sus ojos se abrieron como platos al fijarse en mi muñeca.

—Lari... ¿eso es una pulsera *tennis* de diamantes de *Bulgari*?

Escondí la mano bajo la mesa instintivamente, sintiéndome estúpida.

—Sí. Me la ha regalado esta mañana. Pero no significa nada. Es control.

Gia soltó una carcajada incrédula.

—Pues para estar en guerra, te trata como a una puta reina. Dios, como quisiera yo que Vincenzo me controle con platino y diamantes puros. —bromeó ella, intentando aligerar el ambiente.

—Bueno... eso no es nada en comparación con el resto —suspiré, masajeándome las sienes—. Anoche me regaló un collar de diamantes a juego, quinientas rosas de todos los colores posibles inundando la habitación, un vestido de noche de *Armani*, un bolso y unas sandalias *Gucci*... ah, y un Mercedes deportivo como regalo para mi cumpleaños en nuestra noche de bodas.

Gia casi escupe el té.

—¡¿Un coche?! ¡Pero si ni siquiera tienes carnet de conducir!

—Se lo recordé. Dijo que "él lo arreglaría", que en una semana lo tendría sin hacer examen. Corrupción al máximo nivel.

Gia se recostó en el sofá, mirándome con una mezcla de envidia y asombro genuino.

—Es asombroso, Lari. Te ha puesto el mundo a los pies. Míralo desde fuera: es el hombre más guapo y poderoso de la isla, te cubre de lujos extremos, es educado con tus amigas y respeta tus tiempos. Y todavía no has cambiado de opinión sobre él? ¿Qué hay de malo en disfrutar un poco de esto?

Apreté los dientes. La ingenuidad de Gia me dolía, pero no podía culparla. Ella solo veía la fachada de oro.

—Bueno... —dije, mi voz bajando a un tono amargo y oscuro—. Quizás se me olvidó decirte un pequeño detalle de mi mágica noche de bodas. Tal vez olvidé mencionar cómo, cuando fui a buscarle a su despacho para agradecerle los regalos... me encontré a su ama de llaves de rodillas, chupándole la polla.

Gia se atragantó. Sus ojos casi se salen de sus órbitas.

—¿¡Qué?! —chilló, llevándose una mano a la boca—. ¡¿En vuestra noche de bodas?!

—Sí. En su despacho. A unos metros de nuestra habitación.

—¡Es un cerdo! ¡Un *bastardo* asqueroso! —Gia se puso roja de indignación, golpeando el cojín—. ¿Y qué hiciste? ¿Le gritaste? ¿Te fuiste corriendo?

Negué con la cabeza, mirando el fondo de mi vaso de cristal.

—Hice algo peor. Me quedé. Y la obligué a ella a seguir mientras yo lo miraba a él.

El silencio que siguió fue absoluto. Gia me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza. No lo entendía. Y no podía explicárselo. No podía explicarle la sed de poder que me había consumido, ni la excitación tóxica que me había invadido en ese momento, ni el terror de descubrir que me estaba mimetizando con mi entorno.

—Lari... —Gia me tomó de la mano, apretándola—. Tienes que tener cuidado. Esta casa, este hombre... te van a consumir si no te proteges.

Solté un suspiro largo y tembloroso, intentando cambiar de tema antes de derrumbarme.

—Cambiemos de tema, por favor. Necesito aire fresco mental. ¿Qué sabes de Mario?

El nombre flotó en el aire, pesado y cargado de anhelo. *Mario Ferraro.* Un chico normal.

Al mencionar su nombre, el rostro de Gia se ensombreció de repente. Dejó su vaso sobre la mesa y miró a su alrededor con paranoia.

—Ha estado desaparecido... —susurró Gia, acercándose a mí—. Ya no ha salido con nosotros. ¿Se lo has dicho? ¿Le has contado que te casabas?

Sentí una punzada de culpa atravesándome el pecho.

—No... no tuve el valor. Intentaré escribirle estos días. Quizás pueda encontrar la forma de verle cinco minutos para despedirme como es debido.

—Lari, ¿estás loca? —Gia me agarró del brazo—. Si Raffaelo se entera de que te ves con otro chico, lo matará.

—Lo sé —cerré los ojos con fuerza—. Aunque no sé qué pretendo, Gia. ¿Qué haga de mi amante en las sombras? ¿Qué venga montado en su moto, salte los muros de esta fortaleza y me salve como a una damisela? Lo nuestro era imposible y prohibido desde el primer momento. Yo estaba destinada a esto...a una jaula.

Las lágrimas finalmente amenazaron con caer, pero las contuve.

—Él solo es un chico normal —continué, con la voz rota—. Tiene toda su vida por delante. Una vida sencilla, sin sangre, sin armas, sin deudas. No lo puedo implicar con la mafia. No sería justo para él meterlo en este infierno solo porque yo me siento sola. Si Raffaelo le pusiera una mano encima... no me lo perdonaría nunca. Tengo que dejarle ir.

Gia me abrazó, acariciándome el pelo mientras yo apoyaba la cabeza en su hombro, buscando un consuelo que no me curaba.

Hablamos durante casi dos horas. Gia me contó los últimos chismes del grupo, cómo Vittoria había roto con Giulio, cómo Carlotta seguía obsesionada con un chico de Palermo. Me hizo reír con sus imitaciones. Por un rato, me sentí normal. Como la Larissa

de antes. Pero cada vez que miraba la pulsera de diamantes en mi muñeca, o el anillo de compromiso que pesaba como una cadena, la realidad volvía.

Cuando Gia se marchó, el sol ya estaba bajando, tiñendo el mar de tonos naranja y púrpura. Me quedé sola en el salón, mirando cómo las olas rompían contra las rocas negras.



18

RAFFAELO

La sangre humana tiene un olor inconfundible. Es cobriza, densa, y cuando se mezcla con el aire viciado, salado y pegajoso de una noche de julio en el puerto comercial de Catania, se convierte en un perfume asfixiante que revuelve el estómago de los hombres débiles. Para mí, era simplemente el aroma de la disciplina. El olor del trabajo bien hecho.

Había pasado las últimas cuatro horas en un almacén clandestino, rodeado de contenedores oxidados, cadenas y sombras alargadas. La humedad de la isla me pegaba la camisa negra a la espalda mientras observaba a los contrabandistas de los Balcanes retorcerse en el suelo de hormigón. Habían cometido el estúpido, arrogante y suicida error de intentar renegociar las tarifas del paso marítimo por mi territorio. Un error de principiantes que no estaba dispuesto a tolerar. No me importaban una mierda sus excusas, ni sus problemas de logística, ni si tenían a las autoridades pisándoles los talones. En Sicilia, yo soy la única puta autoridad. Y mis reglas están escritas en piedra y sangre. Le tomó exactamente dos nudillos rotos y el sonido sordo de una rodilla destrozada a su líder comprender que mi paciencia no es algo que se pueda comprar.

Salí del almacén a paso tranquilo, limpiándome los restos de la sangre de los nudillos con un pañuelo oscuro de tela y me subí a la parte trasera del *Maybach* blindado que Enzo ya me esperaba con el motor en marcha.

Estaba cansado. La violencia no me alteraba el pulso, era simplemente una herramienta más en mi arsenal, pero el ruido constante de las grúas metálicas, las gaviotas nocturnas y los quejidos patéticos de los hombres me habían provocado un ligero dolor de cabeza. El habitáculo del coche estaba en silencio absoluto. El aire acondicionado me golpeó el rostro con fuerza, enfriando rápidamente el sudor de mi piel y la adrenalina que aún corría por mis venas.

Me pasé una mano por el pelo oscuro, echándolo hacia atrás, y solté un suspiro tenso, hundiendo la espalda contra el cuero negro del asiento. Llevaba la camisa oscura con los dos primeros botones desabrochados, dejando a la vista el inicio de la tinta que marcaba mi pecho y mi cuello. Odio las putas corbatas. Las desprecio

profundamente. Esa sensación de tener un nudo apretando la garganta es para los oficinistas amargados o los políticos débiles que necesitan aparentar poder. Yo no lo necesito. Mi poder entra en la habitación antes que yo. Solo utilizo corbatas para las reuniones cruciales con la Comisión donde la maldita etiqueta lo exige, o, en el mejor de mis pasatiempos, para atar las muñecas de las mujeres a los postes de la cama.

—Jefe —la voz áspera de Enzo rompió el silencio desde el asiento del conductor. Me miró a través del espejo retrovisor mientras el coche dejaba atrás las farolas parpadeantes del puerto y se adentraba en la carretera costera—. Me ha llegado un soplo desde Palermo.

—Habla —ordené, apoyando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos un segundo para masajearme el puente de la nariz.

—La *Comisión* no se fía de tu último movimiento. Los patriarcas más viejos sospechan que tu boda con la chica Vitale ha sido solo una jugada de ajedrez rápida para asegurarte el título absoluto de *Don* sin derramar más sangre de la necesaria. Creen que es una farsa. Una puta tapadera para mantenerlos callados y contentos.

Abrí los ojos de golpe. Mis pupilas se clavaron en el retrovisor con la intensidad de dos balas. Mi mandíbula se tensó hasta que los músculos me dolieron.

—Sigue.

—Mis contactos dicen que es muy posible que hayan enviado a un sabueso a Catania. Un detective privado o uno de sus soplones de confianza. Quieren olfatear nuestro territorio. Quieren ver si tienes una familia real, si compartís cama, techo y vida, o si el matrimonio es solo un contrato con tinta fresca sobre un papel. Si logran demostrar que es un fraude, intentarán usarlo para cuestionar tu liderazgo frente al resto de las familias. Ya sabes cómo son esos cuervos.

Apreté los dientes. Viejos decrépitos y paranoicos. Siempre buscando una maldita grieta en mi armadura para intentar derrocarme.

—Que miren todo lo que quieran —gruñí, mi voz gélida y cargada de una amenaza letal—. Larissa lleva mi anillo y mi apellido. Lo que

pase de puertas para adentro es asunto mío. Pero te juro por Dios que, si encuentro a una sola rata husmeando cerca de mi mujer o pisando mi propiedad, lo desollaré vivo y le enviaré la cabeza a la *Comisión* en una caja de plata.

—Entendido. Doblaré la seguridad en el perímetro de la mansión esta misma noche y controlaremos al milímetro sus salidas y comunicaciones—asintió Enzo, volviendo la vista a la carretera.

El trayecto continuó en silencio, pero mi mente ya era un puto infierno de ruido. Normalmente, tras una noche de dar lecciones a base de plomo, mi cerebro estaría frío, calculando márgenes y evaluando lealtades. Pero hoy no. Hoy mi cerebro estaba gobernado por una sola y persistente imagen que me estaba volviendo loco: una fiera de ojos azules, pelo negro y lengua venenosa.

Había pasado por el salón a media tarde, justo a tiempo para cruzarme con la visita de Gia. Me importó una soberana mierda la presencia de esa chica. Fui el anfitrión perfecto porque es lo que el guion exige, pero no me engañaba. Si Larissa había sentido la urgencia de llamar a su mejor amiga apenas veinticuatro horas después de nuestra jodida boda, significaba que mi mujercita estaba tramando algo. Intentaba desesperadamente aferrarse a los restos de su patética vida pasada, buscando una cuerda de salvamento.

Y ahora, con la Comisión buscando debilidades en nuestra unión como perros hambrientos, sus estúpidos intentos de rebeldía pasaban de ser un juego entretenido a ser un riesgo inaceptable.

Cuando el *Maybach* se detuvo suavemente frente a la entrada principal, el reloj de la consola marcaba casi las diez y media de la noche.

Entré en la casa y subí las inmensas escaleras de cristal. La mansión estaba sumida en un silencio sepulcral, impoluto y frío. Un lujo arquitectónico minimalista que me recibió como un bálsamo después de la mugre, la sangre y la humedad del puerto.

Abrí las pesadas puertas dobles de madera de nuestra *suite* sin hacer el más mínimo ruido.

La inmensa habitación estaba a oscuras, iluminada únicamente por la luz ámbar y cálida de la pequeña lámpara de la mesita de

noche, y por una afilada franja de luz blanca que se escapaba por debajo de la puerta cerrada del baño.

Aspiré profundamente. El aire de la habitación estaba cargado, oliendo intensamente a *ella.* A ese maldito perfume dulce a jazmín. El aroma me golpeó directamente en los pulmones, saltándose cualquier barrera racional, nublando mi juicio y enviando una sacudida de calor primitivo, espeso y urgente directamente a mi ingle.

El agua no se oía. Me quedé de pie en medio de la alfombra gris, quieto como una estatua, clavando la mirada en la puerta de cristal esmerilado. Me la imaginé allí dentro. Desnuda. Visualicé las gotas de agua resbalando lentamente por la curva de su espalda, perdiéndose en el inicio de su culo. Imaginé esa piel blanca, suave e intocable que esta misma mañana había estado a punto de morder, de marcar, de follarme hasta que olvidara su propio nombre y solo supiera gemir el mío.

Sacudí la cabeza, obligándome a tragar saliva y a mantener la compostura fría que me caracterizaba, y caminé hacia el minibar de cristal de la esquina de la habitación. Cogí una botella pesada y me serví dos dedos de whisky puro. El tintineo de los cubitos de hielo chocando contra las paredes del vaso fue el único sonido que rasgó el silencio.

Me acerqué al ventanal que daba al mar Jónico y me senté en el pesado sillón de cuero negro, camuflado casi por cmpleto en la penumbra. Extendí las largas piernas, crucé los tobillos y bebí lentamente. Dejé que el alcohol me quemara la garganta, calentándome la sangre mientras esperaba pacientemente a que mi pequeña fiera saliera del baño.

Esperaba verla aparecer enfundada en uno de esos recatados pijamas de satén con los que pretendía marcar una ridícula distancia entre nosotros. Esperaba que saliera, que me lanzara una mirada cargada de odio desde el otro lado de la cama, y que me lanzara una de sus miradas cargadas de asco y desprecio, y que me obligara a iniciar de nuevo nuestro tortuoso, frustrante y absurdamente excitante juego de dominación.

Pero Larissa nunca, bajo ningún puto concepto, hacía lo que yo esperaba.

La puerta del baño finalmente se abrió, dejando escapar una espesa nube de vapor blanco que se arremolinó sobre la alfombra gris.

Di otro sorbo a mi vaso, alzando la vista con pereza. Y el puto whisky casi se me atasca en la tráquea.

No llevaba pijama. Llevaba una puta provocación. Si es que a ese minúsculo, escandaloso y vulgar pedazo de tela se le podía llamar vestido.

Era una especie de malla de cristal. Un tejido color champán pálido cubierto por miles de minúsculos diamantes de imitación que captaban la escasa luz de la lámpara, centelleando como chispas multicolores sobre su piel desnuda. Se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, marcando de forma obscena cada maldita curva, cada línea de sus caderas, y la sombra oscura de sus pezones bajo la tela translúcida. Estaba diseñado para una sola cosa: para que el cabrón que la mirara quisiera arrancárselo a tirones y follársela contra la pared más cercana. Y me estaba costando la misma vida no ser ese cabrón ahora mismo.

El maldito trapo no dejaba nada a la imaginación. Cuando se giró para cerrar la puerta, la sangre me martilleó en las sienes. Tenía la espalda completamente al aire. La malla caía en un pliegue suelto que bajaba hasta rozar el inicio de su culo, sostenida apenas por unos finos tirantes cruzados de strass que podría romper de un solo tirón. Me dio una vista perfecta de su piel pálida, intocable. Y debajo de esa cascada de destellos no llevaba bragas. O si las llevaba, eran hilos invisibles que estaba deseando arrancar con los dientes.

Y era corto. Jodidamente corto. Apenas le tapaba el culo, con una raja en el muslo que dejaba toda la pierna al aire a cada paso que daba, , revelando una cantidad de piel que me hizo apretar los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Era una invitación abierta a meterle las manos.

Su pelo negro, aún ligeramente húmedo por el vapor, caía en ondas salvajes por su espalda desnuda. Se había delineado los ojos de hielo con negro profundo y se había pintado los labios de un rojo

intenso, casi sangriento, como si pidiera a gritos que se los borrara a mordiscos. Calzaba unos tacones de aguja imposibles y, brillando en su muñeca izquierda, llevaba la pulsera de diamantes de *Bulgari* que yo le había encadenado esa mañana.

Estaba espectacular. Estaba vestida para que cualquier imbécil babeara por ella en la calle, para desatar guerras. Y eso, sabiendo que la maldita *Comisión* nos tenía en el punto de mira y que yo llevaba todo el día con ganas de matar a alguien con mis propias manos, hizo que el fino hilo de paciencia que me quedaba se rompiera por completo.

Ella se detuvo en seco al distinguir mi figura grande y oscura sentada en el sillón. Su respiración se atascó un milisegundo al cruzar su mirada con la mía.

—No vas a salir —sentencié. Mi voz salió grave, áspera, rasposa y letalmente tranquila. Cortó el pesado silencio del cuarto como una cuchilla, sin que yo moviera un solo músculo de mi posición—. Has elegido una mala noche.

Larissa alzó la barbilla, tragando saliva pero negándose a acobardarse. Su actitud defensiva y arrogante se activó en un parpadeo. Caminó con sus malditos tacones de aguja hundiendo la alfombra, acercándose al tocador con un contoneo de caderas que era pura, dura y consciente provocación. Cogió un pequeño bolso de mano hecho de cadena metálica, se giró despacio y me encaró, luciendo como una maldita diosa de la guerra.

—Y tú a la mujer que no sabe ser obediente —replicó, desafiante y altiva. Paseó su mirada gélida por mi pecho, bajando lentamente por mi camisa desabrochada antes de volver a clavarla con insolencia en mis ojos—. Soy joven. Me van las fiestas. Deberías haberte casado con alguien de tu edad si querías a una aburrida mujer en casa.

Di un trago final al whisky, apurando el alcohol hasta la última gota. Dejé el vaso de cristal sobre la mesa de madera con un golpe seco y sordo que resonó como un disparo. Me levanté del sillón en toda mi altura. Caminé hacia ella. Mis pasos fueron lentos, pesados y calculados, como los de un depredador acorralando a su presa

contra un acantilado, dejando que mi volumen y mi oscuridad invadieran su espacio vital.

—No, elegí a la mujer perfecta —dije, acortando la distancia hasta que pude sentir el calor que irradiaba su piel bajo esa maldita malla metálica—. Y puedes vivir perfectamente sin fiestas. Especialmente ahora. Este matrimonio tiene que parecer normal. Los detalles no te afectan.

Vi cómo parpadeaba, desconcertada por un segundo, pero no me detuve a darle tregua.

—Así que no, *esposa*, no vas a salir por esa puerta a exhibirte casi desnuda sin tu marido como si fueras una soltera y desesperada por atención. No vas a darle a ningún baboso el puto espectáculo que está buscando. Y si mal no recuerdo, tu padre te tenía encerrada bajo llave y apenas te dejaba respirar sin su permiso. No me vengas con aires de fiestera indomable ahora, porque no te pega.

Sus ojos relampaguearon, incendiados de pura furia al escucharme usar los traumas y abusos de su pasado para justificar mi control absoluto sobre ella.

—Mi padre ya no es mi problema —escupió, apretando el bolso.

—Exacto. Ahora tu problema soy yo. —Di un paso más, la punta de mis zapatos de cuero rozando sus tacones, envolviéndola por completo con mi sombra—. Así que quítate ese puto vestido ahora mismo. Y ten clara una cosa en esa preciosa cabeza tuya, *piccola*: siempre que huyas, te encontraré. Da igual dónde te escondas, da igual con quién te alíes. Te arrastraré de vuelta aquí.

Larissa no retrocedió ni un puto milímetro. Era terca hasta la médula de los huesos. Su pecho subía y bajaba rápidamente, agitado por la adrenalina, haciendo que el escote de malla rozara su piel, exponiendo el inicio de sus pechos y llamando a mis instintos más bajos. Ladeó la cabeza, evaluándome con una insolencia y una audacia totalmente suicidas.

—¿Y si me quedo? —preguntó, bajando repentinamente el tono de voz, impregnándolo de un desafío sutil, afilado y condenadamente peligroso.

Una sonrisa oscura, carente de todo rastro de piedad, tiró de la comisura de mis labios.

—Entonces será porque quieres —ronroneé. Levanté la mano, lenta y deliberadamente, y rocé con mis nudillos ásperos y ligeramente magullados la piel desnuda de su hombro. Sentí cómo un escalofrío la recorría de arriba a abajo bajo mi tacto—, y cambiaremos las reglas de este juego, *amore*.

Ella reaccionó como si la hubiera quemado con un hierro al rojo vivo. Apartó mi mano de un manotazo brusco, aunque el roce fugaz de sus dedos fríos contra los míos fue como encender una puta cerilla en una sala llena de gas inflamable.

—¿Crees que puedes controlarme? —escupió con asco, aferrando su bolso como si fuera un arma.

—No —admití con total frialdad y sinceridad, inclinándome hacia ella hasta que nuestros alientos chocaron—. Sé que no puedo. Pero puedo controlar a las personas que te rodean. Puedo controlar a quién ves, con quién hablas y quién respira cerca de ti. Puedo aplastar cualquier cosa que te importe con solo chasquear los dedos. Hasta que aprendas a jugar en este jodido mundo, Larissa, yo seré tu único escudo.

Ella soltó una carcajada amarga, llena de veneno.

—No quiero tu puta protección.

—Puede que no la quieras, *amore mio*, pero te aseguro que la usarás —le respondí, clavando la negrura de mis ojos en el azul de los suyos—. Afuera hay lobos con mucha más hambre y menos escrúpulos que yo. Y con ese vestido, los invitarías a follarte en el primer callejón oscuro que pisaras. Eres un cebo perfecto, y no voy a permitir que nadie más clave sus sucios colmillos en mi propiedad.

Ella apretó la mandíbula con fuerza, con las manos hechas puños a los costados, desafiando mi autoridad, mi tamaño y mi escasa paciencia.

—Te daría una hostia ahora mismo —siseó entre dientes.

Me miraba con un odio y una necesidad de contacto físico tan intensos que encendieron directamente mis instintos más primarios. La amenaza salió de sus labios pintados, valiente, insolente y completamente excitante.

El último dique de mi autocontrol se resquebrajó. Me incliné aún más, invadiendo de forma agresiva su espacio personal. Rocé la

áspera tela de mi pantalón oscuro de traje contra la piel desnuda de sus piernas, colándome por la maldita abertura del vestido. Mi cuerpo reaccionó a su amenaza de la forma más instintiva y retorcida posible: con una erección pesada, dura como la piedra y dolorosamente exigente, que se hizo más que evidente al presionar mi cadera directamente contra su vientre.

En un movimiento letalmente rápido que ella no pudo prever, desaparecí de su frente y me coloqué a su espalda. Antes de que pudiera girarse para huir, levanté mi mano derecha y le agarré el cuello por la parte trasera. No la estaba ahogando, no le cortaba el aire, pero mis dedos largos y fuertes se cerraron alrededor de su garganta con una firmeza absoluta, posesiva e inquebrantable. La inmovilicé en el sitio, pegando su espalda totalmente desnuda contra la dureza de mi pecho y mi estómago.

—Atrévete... —le susurré directamente al oído, mi voz convertida en un ronquido bajo y puramente animal, arrastrando las palabras con una oscuridad que le hizo cortar la respiración—. Atrévete, que yo te daré a ti por detrás, *dolcezza*. Y te pondré contra ese maldito ventanal, mirando al mar, y te aseguro que te follaré hasta que grites y te quedes sin voz.

Sentí el latido frenético y aterrorizado de su pulso golpeando contra las yemas de mis dedos. Sentí el temblor involuntario que recorrió cada vértebra de su columna al notar mi extrema dureza presionando contra la fina y fría malla de su culo. Pero ella, terca, orgullosa y desafiante hasta la misma muerte, se negó a rendirse y suplicar.

—Pensaba que las rubias eran tus preferidas —atacó ella en un susurro entrecortado, asestando un golpe bajo y directo al recordar la escena con el ama de llaves en mi despacho.

El hecho de que siguiera dándole vueltas a aquello, de que lo usara como su último escudo de defensa en este preciso momento mientras yo la tenía acorralada, me excitó mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Significaba que le importaba. Significaba celos. Puros, crudos y viscerales celos.

La agarré por los hombros y la giré bruscamente para que me diera la cara de nuevo, sin darle tiempo a procesar la fuerza de mi

agarre ni a recuperar el aliento. Sonreí, saboreando en mi boca su despecho encubierto. Llevé mi mano grande a su mandíbula, atrapando su rostro con fuerza entre mi pulgar y mi dedo índice, obligándola a levantar la barbilla y a mirarme fijamente a los labios.

—Puedo hacer una excepción por ti.

Larissa intentó mantener su máscara de hielo, pero no podía engañarme. Estaba a un paso del abismo. Sus pupilas estaban completamente dilatadas, engullendo casi todo el azul claro de sus iris, convertidas en dos pozos negros de deseo reprimido.

—Qué honor... pero no hace falta que cambies tus gustos por mí, Raffaelo.

El sonido de mi nombre, pronunciado por esa boca, resonó en el silencio cargado de la habitación.

—Mmm... —ronroneé, moviendo mi pulgar para rozar su labio inferior, sintiendo la textura cremosa de su pintalabios rojo—. Me gusta mucho cómo suena mi nombre en tu boca. Me imagino cómo sonaría cuando lo estarás gimiendo.

Sus ojos brillaron con un fuego indomable, furioso y salvaje. Quería matarme, probablemente. Pero la humedad de sus pupilas y la forma errática en que su pecho rozaba el mío me gritaban que su cuerpo estaba peleando desesperadamente en el bando contrario al de su mente. Su respiración olía a deseo. Estaba mojada por mí, y ambos lo sabíamos.

—Eso solo pasará en tus fantasías, Raffaelo.

Volvió a llamarme por mi nombre. Lo hizo a propósito. Sabía exactamente lo que estaba haciendo; estaba pulsando mis putos botones, retando a la bestia a salir, usando la misma boca insolente que me negaba su obediencia para probar mis límites y ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar para doblegarla.

Mis dedos bajaron lentamente de su mandíbula a su garganta desnuda, sintiendo el latido desbocado de su carótida golpear contra la palma de mi mano. Era un juego peligrosísimo, y ella estaba jugando con fuego frente al mismísimo Diablo. La escasa luz de la lámpara se reflejó en la malla de metal de su escote, que subía y bajaba con una agitación incontrolable.

Apreté mi cuerpo contra el suyo un segundo más, anclándola en su sitio, dejando que sintiera sin ningún tipo de duda ni sutileza la dura y desesperada realidad de lo que su provocación causaba bajo la tela de mi pantalón. La sostuve ahí el tiempo suficiente para que grabara la sensación en su mente. Luego, me aparté unos centímetros de golpe, rompiendo el contacto físico de forma tan abrupta que ella casi trastabilló hacia adelante.

—No me abras el apetito por ti —le advertí, mi voz convertida en un gruñido bajo, rasposo y letal—, que mi hambre no tiene límite, *dolcezza.* Y la noche es muy larga.

Sin esperar su réplica, ni darle la oportunidad de soltar otra de sus réplicas envenenadas, me di la media vuelta. La dejé allí, congelada y temblando en medio de la *suite*, atrapada dentro de su absurdo vestido metálico y con todas sus intenciones de huida nocturna totalmente aplastadas. Caminé de regreso hacia la puerta del baño a zancadas largas. Mi cuerpo entero ardía, tenso hasta el dolor por la frustración sexual no saciada, clamando a gritos por darme la vuelta, empujarla contra el colchón y arrancarle esa puta malla con los dientes. Pero el control era mi mayor arma. Una sonrisa afilada, oscura y retorcida curvaba mi rostro entre las sombras mientras cruzaba el umbral.

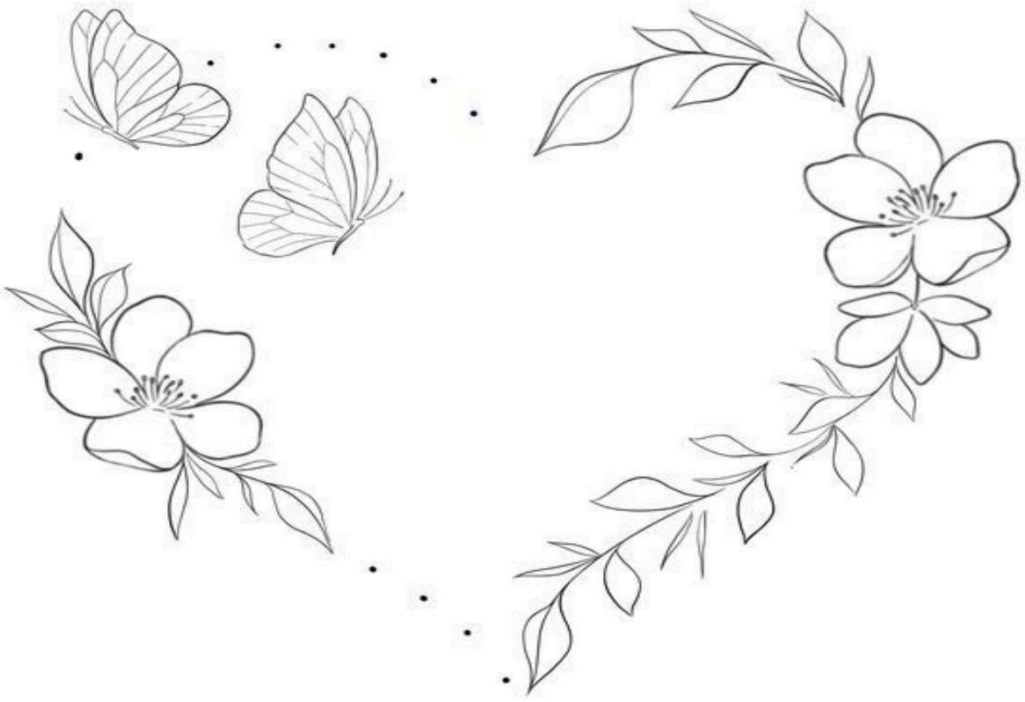
Me metí en el inmenso baño de mármol negro antes de que ella pudiera reaccionar o articular palabra. Dejé la pesada puerta de cristal entornada a propósito, saboreando el silencio cargado de electricidad estática, respiración agitada y frustración que había dejado a mi espalda en la habitación.

Sabía perfectamente que no intentaría salir esta noche. Su altivo orgullo estaba intacto, sí, y probablemente ahora mismo me estaba insultando mentalmente, pero su mente estaba ahora demasiado ocupada y saturada procesando la violenta guerra física, sexual y psicológica que acababa de declararle.

Abrí el grifo de la ducha, dejando que el agua helada golpeara el plato de pizarra negra. Me apoyé con ambas manos sobre el lavabo y miré mi reflejo en el espejo, pasando una mano por mi mandíbula dolorosamente tensa. Mis ojos eran negros y letales.

Larissa creía que yo la quería como un puto adorno, como un trofeo inerte más que exhibir. Pero lo que ella no sabía, era que la necesitaba para convertirme en *Don*. Y de paso, quería consumirla por completo. Destrozar sus paredes de hielo, sus defensas y su orgullo, pieza por jodida pieza. Y, por la forma en que su respiración se había quebrado al sentir la dureza de mi cuerpo contra el suyo y el peso de mi mano en su garganta, sabía que solo era cuestión de tiempo.

Había plantado la semilla. Muy pronto, la fiera Larissa Moretti dejaría de intentar huir hacia el mundo exterior y decidiría quedarse, voluntariamente y suplicando, para quemarse viva en mi fuego.



19

LARISSA

El suave y definitivo *clic* de la pesada puerta de cristal del baño cerrándose fue lo único que me impidió colapsar. En cuanto me quedé a solas en la inmensa *suite*, mis rodillas cedieron y caí sobre

la mullida alfombra gris. El corazón me latía tan deprisa que sentía los latidos rebotar contra mis costillas, como un pájaro aterrorizado intentando escapar de su jaula.

Me llevé una mano temblorosa al cuello, justo al lugar donde los dedos grandes y ásperos de Raffaelo se habían cerrado unos segundos antes. Mi piel ardía. Su tacto, firme, posesivo y cargado de una violencia sexual tan cruda que me había dejado sin aliento, seguía impregnado en mis poros com veneno. El aire de la habitación, antes gélido y prístino, ahora era pesado, saturado de su aroma a sándalo, a tabaco oscuro y a un peligro inminente que me había asfixiado.

«*Te follaré hasta que grites mi nombre y te quedes sin voz.*»

Esa amenaza ronca y brutal seguía repitiéndose en mi cabeza, enviando un escalofrío que era cincuenta por ciento terror puro y, para mi absoluta y miserable humillación, cincuenta por ciento de una humedad traicionera entre mis muslos. Porque una parte oscura y retorcida de mí había querido que lo hiciera.

Odiaba a Raffaelo. Lo odiaba por cómo me trataba, por cómo me acorralaba y me hacía sentir minúscula. Y odiaba aún más a mi propio cuerpo por cómo había respondido contra el suyo, traicionando mi mente y destrozando mi orgullo.

Escuché el sonido del agua cayendo con fuerza en el interior de la ducha. Estaba ahí dentro. Apenas a unos metros de distancia. El monstruo estaba lavando su frustración con agua. Apreté los dientes y cerré los ojos, obligándome a respirar hondo. El olor a jazmín de mi propio perfume me pareció de repente nauseabundo al mezclarse con el sándalo de mi marido.

Piensa, Larissa. *Usa la cabeza, no el orgullo*. La adrenalina de la confrontación empezó a desvanecerse, dejando paso a una realidad aplastante. «*Este matrimonio tiene que parecer normal. Los detalles no te afectan*». No podía salir de fiesta. No podía cruzar las puertas de esta mansión con este vestido y fingir que era una chica normal de dieciocho años libre de hacer lo que quisiera. Si lo intentaba, él y sus hombres seguro me detendrían. Los del servicio no podrían saber que no mandaba como la señora de la casa. Aunque era la esposa de Raffaelo. Él no iba a permitir que nadie murmurara a sus

espaldas que su joven esposa se iba a exhibir para que otros hombres babearan por ella.

Decidí con un sabor amargo en la boca, hacerle caso, no por sumisión, sino por pura supervivencia, al menos por esta noche, para no complicar más las cosas. Con movimientos rápidos y cargados de rabia, me quité los tacones de aguja, dejándolos caer sobre la alfombra. Llevé las manos a los finos tirantes de cadena de mi vestido. Con dedos temblorosos, busqué los broches de los tirantes de strass en mi espalda. La malla de cristales cayó al suelo con un tintineo sordo, como si fuera una armadura destrozada, y la pateé lejos de mí con desprecio. Se sentía como una derrota, como una bandera blanca izada en medio de un campo de batalla.

Caminé descalza hacia el inmenso vestidor. Busqué ciegamente hasta encontrar el pijama de satén negro que usé la noche anterior. La tela fría y resbaladiza acarició mi piel al ponérmelo, ofreciéndome una falsa sensación de protección, como si un par de milímetros de seda pudieran detener a un lobo hambriento.

Justo cuando me abrochaba el último botón, un zumbido sordo y casi imperceptible vibró en el silencio. Me quedé petrificada. Provenía de mi teléfono que estaba encima de la mesita de noche. Por suerte, Raffaelo me ha dejado mi móvil. Miré hacia la puerta del baño. El agua seguía corriendo.

Corrí descalza y cogí el pequeño aparato. La pantalla brillaba en la oscuridad, iluminando mi rostro pálido. Un mensaje de un número no guardado, pero que conocía de memoria. El corazón me dio un vuelco doloroso en el pecho. Mi estómago se encogió, llenándose de una nostalgia tan aguda que me dolieron los pulmones. Era él. Era mi única conexión con la luz, con la normalidad, con todo lo que había perdido al firmar ese maldito contrato de matrimonio.

Mario:

¿Por qué no me lo has contado? Sé lo de tu boda. Pensaba que lo que teníamos, Larissa, era diferente. Has jugado conmigo.

Las palabras en la pantalla me lastimaron el alma. El nudo en mi garganta se apretó tanto que casi me ahoga.

Mario.

Mi chico de la moto, el de la sonrisa fácil, el que me hacía sentir que yo era solo una chica normal y no la moneda de cambio de la mafia siciliana. Él era la normalidad, la dulzura, el chico bueno que no sabía nada de cargamentos, de sangre o de mafias.

Mis dedos volaron sobre el teclado, desesperados, mientras una lágrima solitaria trazaba un camino caliente por mi mejilla.

Larissa:

No es verdad. Te lo juro, Mario. No tuve opción. Mi padre me vendió. No hay segundo del día en que no piense en ti. Siento tanto haberte arrastrado a esto.

Me mordí el labio inferior hasta saborear la sangre metálica en mi boca, mirando los tres puntos suspensivos que indicaban que él estaba escribiendo. Cada segundo era una tortura.

Mario:

Entonces, ¡escápate conmigo! Deja esa casa. Ven conmigo.

Cerré los ojos, sintiendo cómo mi corazón se partía en dos. El pánico me atenazó la garganta. ¿Escapar con él? La idea era tan hermosa y tan absurdamente suicida que me dio ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Recordé los ojos negros y letales de Raffaelo hacía diez minutos. *Siempre que huyas, te encontraré.* Si yo huía con Mario, Raffaelo no solo me traería de vuelta por los pelos; le arrancaría la piel a Mario tira por tira delante de mis ojos. Nadie le robaba la esposa a Raffaelo Moretti y vivía para contarlo.

Larissa:

No puedo. No puedo ponerte en peligro. No sabes de lo que él es capaz.

Mario:

Por lo menos déjame verte. Te echo tanto de menos, Lari. Me estoy volviendo loco.

El dolor en sus palabras escritas era palpable. Cerré los ojos, presionando el teléfono contra mi pecho, sintiendo el calor de la batería contra el satén frío de mi pijama. Yo también lo echaba de menos. Echaba de menos la libertad, la inocencia, el aire salado en la cara sin tener a diez guardias armados respirándome en la nuca.

Larissa:

Yo también te echo de menos. Muchísimo. Pero... él es peligroso. Muy peligroso. Me vigila. La mansión es una fortaleza.

La respuesta de Mario fue casi inmediata. Valiente, testaruda y tan propia de su espíritu libre.

Mario:

No me importa. Encontraré la manera de tenerte a mi lado, te lo prometo. Nos vemos mañana por la mañana en nuestro sitio en la playa. A las 6:00. Por favor, Lari.

A las seis de la mañana. El sol apenas estaría saliendo. Mi mente empezó a calcular frenéticamente. ¿Podía hacerlo? ¿Pdodría escaparme sin que se enterara Raffaelo? Enzo había dicho que doblarían la seguridad en el perímetro. Y los hombres de Raffaelo no creo que serían tan fáciles de engañar como los hombres de mi padre.

Larissa:

Intentaré escaparme. Él no tiene la misma seguridad que mi padre, aún no sé cómo funcionan sus rondas. Espérame.

No esperé su respuesta. Borré los mensajes con manos temblorosas, apagué el teléfono y lo volví a dejar encima de la mesita de noche. Justo a tiempo.

El sonido de la ducha cesó. Salté a mi lado de la inmensa cama, me tapé hasta la barbilla con el edredón fino y cerré los ojos, fingiendo una respiración pausada.

La puerta del baño se abrió. Sentí el cambio en la presión del aire de la habitación. Raffaelo entró. Escuché sus pasos pesados y descalzos acercarse. El colchón se hundió bajo su peso cuando se metió en su lado de la cama. El calor que irradiaba su inmenso cuerpo me alcanzó incluso a través del espacio que nos separaba. La lámpara de la mesita se apagó con un *clic*, sumiéndonos en la más absoluta oscuridad.

El silencio era denso, tenso, casi palpable. Mi cuerpo entero estaba rígido como una tabla bajo las sábanas.

—Sabes... —Su voz rasposa, oscura y grave cortó el silencio, resonando en la oscuridad—. Tarde o temprano vas a tener que cumplir con tus deberes de esposa, Larissa.

La furia, esa rabia ardiente y familiar que me consumía cada vez que él intentaba reclamarme como una propiedad, estalló en mi pecho. Me giré bruscamente hacia él, apoyándome en un codo, mis ojos perforando la oscuridad para encontrar su perfil perfecto y altivo.

—¡Jamás seré tuya! —siseé, mi voz dulce de siempre perdiéndose en un tono afilado y lleno de veneno—. ¡Métete bien esa maldita idea en la cabeza, Raffaelo! ¡No voy a permitir que te acerques a mí ni de coña!

Él giró la cabeza en la almohada. Vi el brillo depredador de sus pupilas negras reflejando la luz de la luna que se filtraba por las cortinas. Soltó una risa baja, un sonido oscuro que vibró en el aire entre nosotros.

—Estoy seguro de que te falta muy poco para caer, *dolcezza* —ronroneó, su voz cargada de una arrogancia que me sacaba de quicio—. Hoy casi ronroneas en mis manos.

—Te voy a ahogar con la almohada mientras duermes —repliqué, escupiendo las palabras con un odio tan puro que casi tenía sabor.

Él se acomodó, cruzando los brazos detrás de la nuca, dándome una vista perfecta de los músculos tensos de su pecho y de sus tatuajes.

—Te advierto que tengo más vidas que un puto gato, *esposa*. Y de momento solo he gastado una. Vas a necesitar algo más que una almohada de plumas para deshacerte de mí.

Apreté los puños sobre el colchón. Mi lado "malo", esa herencia oscura de la sangre Vitale que él estaba sacando a la luz, tomó el control de mis palabras.

—Estaré preparada para todas —susurré, inclinándome unos centímetros hacia él, mi voz volviéndose gélida, despiadada—. Y en cada una de ellas, te juro que te mataré.

Él no pareció asustado en absoluto. De hecho, parecía divertirse con mis amenazas de muerte, como si mis insultos fueran caricias para su alma retorcida.

—Buenas noches, *esposa* —murmuró, cerrando los ojos.

—Vete al infierno, Raffaelo —escupí con veneno.

Su voz llegó amortiguada pero letalmente clara en la oscuridad:

—Si prometes estar ahí esperándome en lencería roja de encaje, iré encantado. El infierno se volverá más caliente contigo, reina del infierno.

Me quedé sin palabras, con la boca abierta y el corazón galopando. Me di la vuelta dándole la espalda y me pegué al borde extremo del colchón, rezando para que el amanecer llegara rápido. No dormí. No pude. Cada hora que pasaba, marcada por el rítmico y pausado sonido de su respiración, era una agonía. Mi mente estaba dividida entre la imagen de la sonrisa cálida de Mario y la presencia abrumadora y oscura del hombre que dormía a mi lado.



A las cinco y cuarto de la madrugada, el cielo de Sicilia empezó a teñirse de un gris pálido, anunciando el calor sofocante de un nuevo día de julio. Me giré despacio. Raffaelo dormía profundamente, con la respiración lenta y el rostro relajado, aunque incluso dormido parecía peligroso.

Me deslicé fuera de las sábanas con la agilidad de un fantasma. Caminé de puntillas hacia el inmenso vestidor y busque ropa más normal y cómoda. Me puse unos pantalones cortos, una simple

camiseta blanca básica y unas zapatillas deportivas blancas. Me recogí el pelo negro en una coleta alta, atándolo con fuerza.

Antes de salir de la suite, mi mirada cayó sobre la bandeja de plata del servicio de habitaciones que una sirvienta había dejado ayer por la tarde en la pequeña mesa de cristal junto al ventanal. Había un cuchillo para la fruta. Pequeño, de hoja afilada y mango de madera oscura. No lo pensé. El instinto de supervivencia me guió. Lo cogí, apretándolo en mi mano derecha, y me lo guardé en la cinturilla trasera de mis pantalones cortos, oculto por la tela de la camiseta. La frialdad del metal contra la piel de mi espalda baja me dio un coraje retorcido.

Abrí las pesadas puertas de madera milímetro a milímetro. Salí al pasillo de la planta alta. La mansión estaba en absoluto silencio. Olía a cera de limpiar muebles y a flores frescas. Bajé las inmensas escaleras de cristal controlando mi respiración. Mi plan era simple: actuar con total normalidad. Como si fuera la dueña y señora de esta mansión. Como si nadie tuviera derecho a cuestionar mis movimientos. Yo era Larissa Moretti, al fin y al cabo.

Llegué al inmenso vestíbulo principal. Las puertas de roble macizo que daban al exterior estaban a unos veinte metros. Caminé hacia ellas con paso firme, levantando la barbilla, canalizando toda la arrogancia de mi sangre Vitale. Pero la mansión de Raffaelo no era la desorganizada villa de mi padre. Antes de que pudiera siquiera acercar la mano al pomo dorado de la puerta, una figura inmensa salió de las sombras de uno de los arcos laterales. Era un guardia. Un mastodonte vestido de traje negro, con un auricular transparente en la oreja y una mirada vacía de cualquier emoción.

Mi corazón se saltó un latido. Tragué saliva, pero mantuve la barbilla en alto.

—¿A dónde cree que va, *Signora* Moretti? —preguntó el guardia. Su voz era grave, respetuosa, pero inquebrantable.

Tragué saliva, obligándome a mantener la calma, invocando mi mejor sonrisa inocente y dulce.

—A correr —dije, señalando mis zapatillas de deporte con falsa tranquilidad—. Me gusta correr por las mañanas. El aire fresco me sienta bien. Abre la puerta.

El hombre no se movió ni un milímetro. Al contrario, cruzó los brazos sobre su pecho ancho, bloqueando por completo mi camino hacia la salida.

—El jefe ha dado órdenes estrictas —dijo, mirándome sin un ápice de compasión—. Nadie sale de la propiedad sin su permiso. Y menos usted.

El pánico empezó a burbujear en mi pecho. Faltaban veinte minutos para las seis. Mario me estaba esperando.

—Soy su esposa. No soy una prisionera. No necesito el permiso de nadie para salir a hacer ejercicio —ataqué, mi voz elevándose una octava, perdiendo la fachada de calma—. Apártate de la puerta. Es una orden.

—Vuelva adentro antes de que tenga que llevarla yo mismo —respondió él, dando un paso amenazante hacia mí. Su enorme mano se levantó, lista para agarrarme del brazo y arrastrarme de vuelta a la escalera.

—No te atrevas a darme órdenes —siseé.

En ese exacto instante, algo dentro de mí se rompió. Vi la mano del guardia acercarse. Vi la jaula cerrándose a mi alrededor. Vi mi vida entera dictada por las órdenes de hombres que se creían mis dueños. Mi padre. Raffaelo. Y ahora, este don nadie.

La furia me cegó. Un fuego oscuro y primitivo devoró mis venas. Mi mano derecha voló hacia mi espalda baja. Antes de que el guardia pudiera siquiera rozarme el brazo, saqué el cuchillo de la fruta. No dudé. No temblé. Con un movimiento rápido, salvaje y cargado de toda la rabia acumulada, lancé mi brazo hacia adelante y le clavé el cuchillo profundamente en la parte superior del muslo, justo por encima de la rodilla.

El guardia soltó un rugido ensordecedor de dolor y sorpresa. Sus ojos se abrieron de par en par, perdiendo el equilibrio y retrocediendo, llevándose ambas manos a la herida de la que empezaba a brotar un rojo intenso que manchaba la tela de su pantalón oscuro.

No me quedé a mirar. La adrenalina me convirtió en un rayo. Aprovechando su conmoción, abrí la puerta principal y salí corriendo. El aire fresco y húmedo de la mañana de julio me golpeó el rostro.

Corrí por el inmenso camino de grava que cruzaba los jardines delanteros de la propiedad. Escuché gritos a mis espaldas, alarmas internas encendiéndose, pero no miré atrás. Mis zapatillas pisaban el suelo con fuerza. Las inmensas rejas de la entrada principal estaban cerradas, pero mi cuerpo pequeño y ágil me permitió escurrirme por el hueco estrecho de la puerta peatonal lateral que los guardias del exterior aún no habían tenido tiempo de bloquear.

Estaba fuera. Estaba libre. Corrí por la carretera costera que bordeaba la propiedad, mis pulmones ardiendo por el esfuerzo, el sudor mezclándose con la brisa salada del mar. Mi mente era un torbellino. *Había apuñalado a un hombre.* Yo. Larissa. La sangre despiadada de la mafia corría por mis venas después de todo. La monstruosidad de Raffaelo se me estaba contagiando, y lo más aterrador de todo... es que no sentía ningún remordimiento. Solo sentía la urgencia desesperada de llegar a la playa.

Dejé el asfalto y bajé por un pequeño sendero de tierra y rocas que conducía a la cala escondida, nuestro sitio. El sol comenzaba a asomarse por el horizonte, pintando las olas del mar Jónico de tonos naranjas y dorados, destellando contra el agua. El olor a sal marina inundó mis sentidos.

Mis pies tocaron la arena fría.

Y allí estaba él.

Apoyado contra las rocas, con una camiseta blanca , vaqueros desgastados y el pelo castaño revuelto por el viento del mar. Mario. Al escuchar mis pasos tropezando sobre los guijarros, se giró. Su rostro, que había estado tenso y demacrado por la preocupación, se iluminó con una expresión de puro alivio y adoración.

—¡Larissa!

No me lo pensé. Corrí los últimos metros que nos separaban. Él abrió los brazos y yo me estrellé contra su pecho. El impacto fue duro, real. Me envolvió en un abrazo tan apretado que me sacó el aire de los pulmones. Hundió el rostro en mi cuello, respirando mi aroma, mientras sus manos fuertes y cálidas recorrían mi espalda, asegurándose de que estaba allí, de que era real.

—Dios, Lari... estás aquí. Estás aquí... —susurraba contra mi piel, su voz rota por la emoción.

Me aferré a la tela de su camiseta, escondiendo el rostro en su pecho, cerrando los ojos con fuerza. Olía a sal, a luz y a gasolina de su moto. Olía a un mundo normal. A un mundo donde no había matrimonios comprados, ni monstruos tatuados que te exigían obediencia.

—Tenía tanto miedo de no volver a verte —le susurré, con la voz ahogada por las lágrimas que finalmente lograron escapar, mojando su camisa—. Lo siento tanto... Siento no habértelo dicho, Mario. Pensé... pensé que si te alejaba, estarías a salvo.

Él se separó ligeramente, solo lo suficiente para tomar mi rostro entre sus manos cálidas. Sus pulgares limpiaron mis lágrimas con una ternura devota que me partió el alma en dos. Sus ojos, amables y llenos de una luz que Raffaelo no poseía ni en un millón de años, me miraron con una intensidad dolorosa.

—Shhh, ya pasó, *incanto*. Ya estoy aquí —murmuró, acercando su rostro al mío—. No me importa el peligro. No me importa quién sea él. Te sacaré de ahí. Te lo prometo. Huiremos.

El dolor en mi pecho se hizo insoportable. Él no sabía nada. No sabía que huir de Raffaelo era imposible. No sabía que yo acababa de apuñalar a un hombre solo para conseguir cinco minutos con él.

Sus labios rozaron los míos, primero con una ternura vacilante y luego con una urgencia desesperada. Le devolví el beso con toda la necesidad acumulada, saboreando la sal de mis lágrimas y la promesa de un escape imposible. Era un beso dulce, desesperado, lleno de vida y de luz. Todo lo contrario a la posesión oscura y asfixiante que me esperaba en aquella mansión de paredes de cristal.

En sus brazos, me sentí protegida. Me sentí yo misma de nuevo. La chica que amaba el mar y soñaba con la libertad.

Pero el beso rápidamente dejó de ser tierno para convertirse en algo urgente, hambriento. La adrenalina de mi huida y el terror de lo que había dejado atrás se transformaron en una necesidad frenética de sentir a mi salvador. Aunque eso significara darle a Raffaelo más motivos para matarlo de los que ya tenía. En un rincón oscuro de mi mente, una voz retorcida susurraba que, si provocaba al Diablo lo suficiente, si manchaba su preciada posesión, tal vez se divorciaría

de mí, me repudiaría o simplemente me dejaría ir porque ya no sería pura.

Mario gruñó por lo bajo, agarrándome por la cintura con una fuerza que yo necesitaba desesperadamente para no desmoronarme, y me empujó suavemente hasta que mi espalda chocó contra la roca fría y húmeda de la cala.

—Necesito sentirte, Lari —susurró contra mi boca, con la respiración agitada, pegando su cuerpo al mío—. Aunque sea un momento.

Tragué saliva, aferrándome a sus hombros, intentando convencerme de que esto era lo correcto, de que este era mi escape.

—Aunque él es mi marido... no pasa nada entre nosotros —le confesé en un susurro apresurado, queriendo tranquilizarlo, queriendo convencerlo de que seguía siendo la misma chica de aquella noche—. Él no me ha tocado.

Los ojos avellana de Mario se oscurecieron con una posesividad repentina.

—Eres mía, Larissa —gruñó.

Su mano descendió por mi estómago, colándose audazmente por la cinturilla de mis vaqueros cortos hasta tocar mi intimidad a través de la tela de mi ropa interior.

—Esto me pertenece... —murmuró, presionando.

Un gemido ahogado escapó de mis labios ante el contacto. Pero en ese preciso y maldito instante, como una marca imborrable grabada a fuego en mi cerebro, la cara de Raffaelo se incrustó en mi mente. Vi sus ojos negros, letales y salvajes mirándome en la penumbra de la habitación. Escuché su voz grave vibrando en mi oído: «Te follaré hasta que grites y te quedes sin voz». Sentí el fantasma de su mano inmensa apresando mi garganta.

El terror me paralizó. Mi cuerpo se tensó por completo, incapaz de separar la sombra amenazante de mi marido del roce de Mario.

Aparté la mano de Mario de un tirón, respirando con dificultad, con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

—No... no podemos ahora —jadeé, sintiendo un nudo de angustia ahogándome—. Si te encuentra, te matará. No quiero ponerte en

peligro, Mario.

Él suspiró, frustrado pero comprensivo, y apoyó su frente contra la mía, acariciándome la mejilla para calmarme.

—Encontraré la manera de tenerte solo para mí. Te lo juro —prometió—. Escucha... en dos días compito en una carrera de motos, a las afueras. Me gustaría que estuvieras ahí. ¿Crees que podrías volver a escaparte?

Abrí los ojos, atónita ante su propuesta, sintiendo que me pedía un imposible.

—Eso suena muy peligroso.

Mario me dedicó una media sonrisa torcida, intentando quitarle peso al asunto.

—No tanto como nadar de noche sola y escaparte de tu marido mafioso...

Fruncí el ceño, la confusión abriéndose paso entre el miedo y las lágrimas.

—¿Cómo te enteraste? —pregunté, escudriñando su rostro—. ¿Lo de la boda

Él suspiró, apartando un mechón de pelo húmedo de mi cara.

—No soy tan ajeno a ese mundo, *preziosa*. No te olvides de que mi mejor amigo es Vincenzo Castellano. Sé a qué se dedica su familia. Y la de Gia... Y en esos círculos las noticias vuelan. También había oído de Moretti... que se casaba con una mujer muy joven, con el apellido Vitale.

—Pero... ¿cómo sabías que yo era esa Vitale?

Mario se encogió de hombros, con una tristeza resignada en la mirada.

—No fue tan difícil atar cabos. Cuando te traje a casa en moto aquella noche... en tu entrada ponía muy claro "Villa Vitale" en letras de hierro.

Me quedé callada, asimilando sus palabras.

Era la explicación más lógica. Él solo era un chico observador atrapado en el fuego cruzado de mi vida.

Él lo sabía todo. Sabía el riesgo letal que estaba corriendo y, aun así, estaba aquí, abrazándome contra las rocas mientras el sol comenzaba a iluminar el mar Jónico.

Aquel encuentro en la playa era la escena más romántica y perfecta de mi vida. Y yo me aferré a ella con todas mis fuerzas, completamente ciega, sorda e ignorante ante la realidad. Y sabía, con una certeza absoluta y aterradora, que en cuanto el Diablo abriera los ojos y viera mi lado de la cama vacío, el verdadero infierno se desataría sobre la tierra.

Pero en ese instante, bajo la luz del amanecer frente al mar furioso, me dejé engañar. Cerré los ojos, me puse de puntillas y dejé que la calidez de Mario ahuyentara el frío de la sangre y de la muerte que me perseguía.



20

RAFFAELO

El primer indicio de que algo iba mal no fue un ruido, sino la ausencia de él.

No hubo ningún ruido que me despertara. Ningún portazo, ninguna alarma. Fue la ausencia de calor lo que me sacó de las profundidades del sueño. Extendí la mano derecha sobre el inmenso colchón buscando la piel suave y la respiración pausada que había sentido contra mi pecho durante gran parte de la noche, pero mis dedos solo encontraron sábanas frías de percal de algodón.

Abrí los ojos. La habitación estaba sumida en esa penumbra grisácea que precede al amanecer. Me incorporé lentamente, apoyando la espalda en el cabecero de la cama. El lado izquierdo estaba vacío. No había rastro de ella, pero su fantasma flotaba en el ambiente. El aire estaba saturado de su olor. Ese maldito perfume dulce a jazmín mezclado con la calidez innata de su cuerpo que se me había metido bajo la piel como una droga.

No sentí pánico. El pánico es un lujo para los débiles que no controlan su entorno. Yo controlo hasta el puto oxígeno que se respira en esta isla.

Me levanté de la cama con movimientos medidos. Fui al vestidor, me puse unos pantalones oscuros de traje, una camisa negra de lino que dejé desabrochada en el pecho y me coloqué la funda sobaquera con mi *Beretta* ajustada a las costillas. El metal frío contra mi piel me devolvió a mi centro de gravedad.

Giré la cabeza hacia la pequeña mesa de cristal junto al ventanal. La bandeja de plata seguía allí, con los restos de fruta intactos. Pero faltaba algo. El pequeño cuchillo de hoja fina.

Una sonrisa lenta, oscura y carente de toda humanidad empezó a curvar la comisura de mis labios.

Vaya, vaya, piccola. Mi pequeña fiera había decidido jugar a la fuga.

Miré el reloj. Las seis y diez de la mañana. Salí de la habitación y bajé la inmensa escalera de cristal de la mansión. Antes de llegar al vestíbulo, el olor metálico y denso de la sangre fresca golpeó mis fosas nasales, mezclándose con los murmullos alterados de mis hombres.

Al llegar a la planta baja, me encontré con el caos.

Enzo estaba de pie en el centro del vestíbulo, con el rostro contraído por la furia, dando órdenes a dos hombres del servicio médico clandestino de la *Famiglia.* En el suelo de inmaculado mármol blanco, sentado sobre un charco de su propia sangre oscura y viscosa, estaba Marco. Un mastodonte de casi dos metros y cien kilos de puro músculo, entrenado para matar, que ahora se apretaba un vendaje empapado en rojo contra la parte superior del muslo.

El silencio cayó sobre el vestíbulo como una guillotina en cuanto mis pies tocaron el último escalón.

Caminé hacia ellos con paso pausado, letal. El sonido de mis zapatos sobre el mármol era lo único que se escuchaba. Me detuve a un metro de Marco, mirando la mancha de sangre que se expandía ensuciando mi suelo.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —pregunté. Mi voz salió baja, un murmullo rasposo que no necesitaba volumen para imponer terror absoluto.

Marco tragó saliva, sudando frío por el dolor y la humillación. Levantó la vista hacia mí, con los ojos inyectados en rabia.

—*Signore*… fue la *Signora.* Le dije que no podía salir, intenté detenerla y… esa puta loca me rajó la pierna con un cuchillo antes de salir corriendo. Esa perra…

El mundo se detuvo.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan absoluto que se podía escuchar el sonido de las gotas de sangre cayendo al suelo.

Enzo cerró los ojos un segundo, sabiendo exactamente lo que iba a pasar.

No cambié mi expresión. Saqué la *Beretta* de mi funda sobaquera con un movimiento tan rápido y fluido que nadie tuvo tiempo de parpadear. Quité el seguro con un *clic* metálico que sonó como una sentencia de muerte, apunté directamente a Marco y apreté el gatillo.

¡BANG!

El estruendo del disparo ensordeció a todos en el vestíbulo. Marco soltó un alarido desgarrador cuando la bala de nueve milímetros le destrozó el hombro derecho, arrojándolo hacia atrás contra el mármol, salpicando la pared de rojo.

Los médicos retrocedieron, aterrorizados. Enzo ni siquiera se inmutó, acostumbrado a mis explosiones de violencia calculada.

Caminé un paso más, apuntando el cañón humeante de la pistola directamente entre los ojos llorosos y desorbitados del guardia herido.

—Vuelve a insultar a mi esposa, y te juro que la próxima bala irá directamente entre tus cejas —sentencié, con una frialdad glacial que congeló el aire del vestíbulo—. Es la *Signora* Moretti. Si te clava un puto cuchillo en la pierna, le das las gracias por no habértelo clavado en la garganta y te apartas de su camino. ¿Ha quedado claro, *stronzo*?

—S-sí, *Capo*… Lo siento, *Capo*… —balbuceó Marco, llorando, temblando de agonía y terror en el suelo.

—Limpien esta basura.—ordené, mirando fijamente la mancha escarlata en el mármol blanco.

Guardé el arma y saqué el teléfono móvil de mi bolsillo.

—Informe. Ahora.

—Ha sido ella, Raffaelo —dijo mi *consigliere,* su voz tensa—. Bajó hace quince minutos. Marco intentó bloquearle la salida. Ella sacó un cuchillo, se lo clavó profundamente en el muslo para incapacitarlo, y salió corriendo. Aprovechó el caos y el cambio de turno para colarse por la puerta peatonal lateral. Se ha escapado.

Me quedé en silencio por unos segundos. Debería estar furioso por la brecha de seguridad.

Pero sentí un retorcido, oscuro y profundo puto orgullo. Mi pequeña y dulce esposa no era una paloma asustada; era una puta loba. Tenía garras afiladas y no le había temblado el pulso a la hora de usarlas. Había incapacitado a un hombre que le triplicaba el tamaño.

—Movilizo a tres equipos ahora mismo, Raffaelo. Peinaremos la costa, las carreteras secundarias, la villa de su padre... no puede haber llegado muy lejos a pie —dijo Enzo, sacando de nuevo el teléfono, preparado para desatar una cacería humana por toda Catania.

Levanté una mano, deteniéndolo en seco.

—No. Ordena a los hombres que se retiren de las puertas. Que se queden en sus posiciones perimetrales.

Enzo me miró, confundido.

—¿Vamos a dejar que huya?

Solté una risa baja y ronca.

—No seas estúpido, Enzo. ¿De verdad crees que permitiría que el activo más valioso de mi imperio caminara por mi casa sin tenerla atada en corto? Sé exactamente dónde está.

Desbloqueé la pantalla y abrí la aplicación de rastreo que operaba en segundo plano.

Larissa se creía muy lista. Se creía que yo, Raffaelo Moretti, iba a dejar a la hija de Fabrizzio Vitale conservar su teléfono móvil personal por pura cortesía o descuido. No se lo había quitado precisamente por esto. La noche que llegó aquí, mis técnicos instalaron un programa espía indetectable en su *hardware* que emitía señal de *GPS* constante, encendido o apagado.

Pero por si eso fuera poco, también estaban sus joyas. El inmenso diamante de su anillo de compromiso y la pesada alianza no solo eran símbolos de mi posesión absoluta sobre ella. Debajo de los engarces, albergaban microchips rastreadores por satélite de última generación. La tenía localizada con un margen de error de dos putos centímetros.

Incluso si tiraba el teléfono al mar, nunca podría esconderse de mí.

Un punto rojo solitario. La cala de la playa.

Observé el punto rojo parpadeando en la pantalla negra. Había estado inmóvil en una de las calas escondidas de la costa durante un buen rato. Y ahora... ahora se estaba moviendo de vuelta. Venía hacia la boca del lobo.

Miré mi reloj Rolex de pulsera. Faltaban veinte minutos para las ocho de la mañana. La muy ingenua creía que podría volver a entrar como si nada hubiera pasado.

—Está de camino —le informé a Enzo, apagando la pantalla.

Me acerqué al minibar del salón principal, sirviéndome dos dedos de whisky puro de malta. Encendí un cigarrillo, dándole una calada profunda. El humo denso llenó mis pulmones, mezclándose con el

olor metálico de la sangre de Marco que aún empapaba el ambiente. Me senté en el gran sofá de cuero negro, con el vaso en una mano y el cigarrillo en la otra, mirando fijamente a las puertas dobles de la entrada.

Y esperé.

La paciencia no era una virtud; en mi mundo, era el arma más afilada. Y yo estaba a punto de usarla.

El reloj de pared de diseño marcó las ocho y cuatro minutos cuando el sonido de pasos ligeros se escuchó al otro lado de la madera de roble. El pomo giró con lentitud, casi con vacilación.

Las puertas se abrieron.

Larissa cruzó el umbral. Llevaba una camiseta blanca básica, unos vaqueros cortos y unas zapatillas deportivas manchadas de arena. Llevaba el pelo recogido en una coleta despeinada. Su rostro estaba pálido, enmarcado por unos ojos azules que escaneaban el entorno con la cautela de un animal que sabe que ha entrado en la cueva del lobo.

Se detuvo en seco en cuanto sus zapatillas pisaron el mármol. Su mirada bajó al suelo, chocando directamente con el charco de sangre oscura y ya casi seca que manchaba la entrada. Un ligero temblor le recorrió el cuerpo, y tragó saliva de forma audible.

Luego, levantó la vista y me vio.

Estaba sentado en la penumbra del salón, rodeado de humo, con el vaso de whisky apoyado en la rodilla, mirándola con la inmovilidad de una estatua de piedra. El silencio era asfixiante.

Le di una última calada al cigarrillo y lo apagué en el cenicero de cristal con un movimiento lento y deliberado.

—¿Dónde estabas? —pregunté. Mi voz no se alzó. Fue un murmullo bajo, rasposo, que cruzó la inmensa sala y se enroscó alrededor de su cuello.

Larissa se tensó, aferrándose al borde de su camiseta. A pesar de la evidencia de la sangre, a pesar del terror que vi vibrar en sus pupilas, la arrogancia de su sangre Vitale la hizo levantar la barbilla en un intento inútil de desafío.

—No es asunto tuyo —escupió.

Dejé el vaso de whisky sobre la mesa. El choque del cristal contra el cristal sonó como el chasquido de un látigo. Me levanté despacio, desplegando toda mi altura, y caminé hacia ella. No me apresuré. Quería que sintiera cada paso, que viera cómo el espacio entre nosotros se reducía hasta que mi sombra la cubrió por completo.

Me detuve a palmo y medio de su rostro. Olía a mar. A sal. Y a algo más. Un olor sutil pero inconfundible que no le pertenecía. Olía a otro hombre.

—Mientras lleves mi apellido, lo es —siseé, clavando mis ojos negros en los suyos, exigiéndole la verdad que ya sabía—. ¿Crees que puedes apuñalar a uno de mis hombres, salir por la puerta de mi casa y desaparecer dos horas sin que haya consecuencias?

Ella retrocedió un milímetro, pero se obligó a mantenerse firme.

—No me vas a decir lo que tengo que hacer, Raffaelo. No tienes ningún derecho sobre mí.

Solté una risa corta, carente de cualquier rastro de humor. Levanté una mano y atrapé un mechón suelto de su pelo, enrollándolo lentamente alrededor de mi dedo índice.

—Tengo todo el derecho del mundo, Larissa. Pero todavía no lo uso. Ahora solo te estoy dando advertencias. —Tiré levemente del mechón de pelo, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual—. Mantente alejada de él. No es quien dice ser. No tiene buenas intenciones.

Sus ojos relampaguearon. La mención directa de Mario rompió su máscara de indiferencia.

—Lo dices porque odias que esté cerca de mí —replicó, intentando zafarse de mi agarre, pero no la solté—. ¿Estás celoso?

La pregunta flotó en el aire, absurda y ridícula.

La pura insolencia de la pregunta hizo que los músculos de mi mandíbula se tensaran. *¿Celos?* Era una palabra demasiado humana, demasiado débil para la furia posesiva que me estaba devorando por dentro al oler a ese perro callejero en su piel.

—No. Precavido. —Acerqué mi rostro al suyo hasta que nuestros alientos chocaron—. No lo odio por estar cerca de ti. Lo odio porque miente. Y tú eres demasiado ingenua, *piccola*. Juega contigo.

—¿Y tú no mientes? —atacó ella, sus ojos azules ardiendo de indignación y de una ceguera voluntaria que me ponía enfermo.

—No. Yo solo omito cosas. Es muy diferente —murmuré, mi voz volviéndose un ronroneo letal—. Métete esto en esa terca cabeza tuya de una vez, Larissa: él no es un puto santo.

—Tú tampoco lo eres —contraatacó, su pecho subiendo y bajando rápidamente contra la tela de su camiseta—. Él no es peligroso, pero tú sí.

—Exacto. —Solté su pelo, deslizando mis nudillos ásperos por la suave curva de su mejilla, ignorando su estremecimiento de rechazo —. Yo soy el jodido el peligro. Última advertencia, *esposa*: mantente alejada de él. Otro error, otra escapada furtiva para buscar sus besos de niñato, y te juro por mi vida que te bañarás en su sangre.

El terror puro asomó a sus ojos. Había tocado su punto débil. Creía que podía protegerlo. Creía que podía desafiar al puto diablo y salir ilesa.

—No necesito que me salves —susurró, con la voz rota por una mezcla de rabia y frustración.

—Lo sé —le contesté, manteniendo mi mirada implacable y devoradora sobre ella—. Por eso no te salvo. Te espero. Espero a que te des cuenta de que en este mundo de mierda, soy el único muro que se interpone entre tú y los lobos que quieren devorarte.

Ella negó con la cabeza, obstinada, retrocediendo un paso para alejarse de mi tacto.

—¡No soy tuya! —gritó, la desesperación resquebrajando su voz.

—No aún —admití, dando un paso adelante para volver a acorralarla, sin dejarle un solo centímetro de tregua—. No en el sentido que me gustaría. Pero la gente ya te trata como si lo fueras. Llevas mi anillo. Mi apellido.

Intentaba quitármela de la cabeza en mis ratos libres, pero ni de coña. Y al recordar lo que pasó en nuestra noche de bodas en mi despacho, con la sirvienta de rodillas y Larissa dándome órdenes, sabía que ella era perfectamente capaz de devolvérmela. Sabía muy bien lo que le iba a hacer a ese desgraciado de Mario cuando cayera en sus redes. Todo lo que le había soltado hasta ahora no había sido más que una puta pistolita de agua comparado con la masacre que

planeaba. Iba a descuartizar al cabrón. Solo esperaba que Larissa fuera lo suficientemente lista como para no mandar a ningún tío a una muerte segura. Esperaba que fuera consciente de las cosas de las que yo era capaz. Si no, lo iba a descubrir por las malas. Nadie tocaba a mi mujer y seguía respirando.

No me soportaba, eso estaba claro, pero había algo peligrosamente atractivo en toda esa guerra constante entre nosotros. Me hacía circular la sangre más rápido y me ponía el cerebro a mil para encontrar respuestas lo suficientemente inteligentes para contrarrestarla. Larissa era, al mismo tiempo, buena y mala para mi salud.

El silencio se instaló entre nosotros, pesado, asfixiante, cargado de verdades a medias. Mi mirada bajó de sus ojos azules, furiosos e indomables, directo a su boca. A esos labios hinchados. La rabia, contenida bajo toneladas de disciplina militar, empezó a hervir hasta desbordarse, nublándome la vista de rojo.

Di un paso largo, cerrando la distancia que ella había creado, y la acorralé de espaldas contra la gruesa mesa de cristal del salón.

—¿Te ha tocado ese imbécil? —La pregunta salió de mi garganta como un gruñido gutural, oscuro y primitivo.

Larissa tragó saliva. Sabía que estaba caminando por el filo de una navaja, pero su terquedad suicida fue más fuerte que su instinto de conservación. Me miró a los ojos, levantando la barbilla.

—Puede.

La palabra fue como arrojar un bidón de gasolina a un incendio forestal.

Mi mano salió disparada como un látigo. La agarré por la nuca, entrelazando mis dedos con fuerza en su pelo oscuro, y tiré de ella hacia mí con una brutalidad que le sacó un jadeo de sorpresa. No le di tiempo a protestar, a gritar ni a respirar.

Mi boca se estrelló contra la suya. No hubo delicadeza. No hubo romanticismo. Fue un asalto posesivo, salvaje y destructor. Aplasté sus labios, obligándola a abrir la boca, invadiendo su territorio con mi lengua. Ella levantó las manos y empujó mi pecho con todas sus fuerzas, pero yo era una pared de roca inamovible.

Al instante, mis dientes atraparon su labio inferior. Apreté. No fue un mordisco sensual; fue una marca territorial diseñada para hacerle daño de verdad, para borrar cualquier rastro de ese perro de su boca.

Larissa soltó un quejido agudo contra mi boca, intentando retroceder. Un sabor metálico, cálido y cobrizo me invadió la lengua. La había mordido hasta hacerla sangrar. El sabor de su sangre mezclado con la mía me envió una sacudida de lujuria tan intensa que mis rodillas casi ceden. Chupé fuerte, lamiendo la herida abierta, devorando la carne desgarrada con una ferocidad brutal, bebiéndome su dolor y su desafío.

Cuando finalmente me separé, ambos estábamos respirando con dificultad. El pecho de Larissa subía y bajaba frenéticamente. Sus ojos estaban muy abiertos, dilatados, brillando con lágrimas de indignación y dolor. Una pequeña gota de sangre brillante resbalaba por la comisura de su labio inferior, hinchado y enrojecido por mi culpa.

Levanté mi mano derecha y mi pulgar se deslizó por su labio inferior, colándose entre ellos y marcando la herida abierta con la aspereza de mi piel.

—Humedécelo con la lengua, *cara mia* —le pedí, o más bien, le ordené en un susurro ronco, incapaz de apartar la mirada de su boca —. Y recuerda su sabor cada vez que pienses en dejar que te toque otro hombre que no sea yo.

Ella me fulminó con la mirada, respirando entrecortadamente, pero, de forma casi hipnótica, instintiva, la punta rosada de su lengua asomó y lamió la sangre de su propio labio, justo donde mi pulgar había estado.

Un gemido sordo se atascó en mi garganta. Mi cuerpo entero se tensó, la erección golpeando contra la cremallera de mi pantalón con una urgencia dolorosa.

Me incliné ligeramente hacia ella, rozando mi nariz contra su mejilla, aspirando el olor a sangre y miedo que emanaba de su piel.

—Pareces un bombón que me comería a lametazos hasta que se derritiera entero en mi lengua —le susurré al oído, mi voz vibrando contra su piel sensible.

Ella tembló. Sus manos, que aún descansaban sobre mi pecho en un inútil intento de empujarme, se aferraron a la tela de mi camisa negra.

—Estás enfermo... —jadeó, cerrando los ojos.

La agarré por la cintura, pegando su cadera bruscamente contra la mía para que sintiera la dureza implacable que su sola presencia me provocaba.

—Tengo tanta hambre de ti que me duele cada puto hueso del cuerpo, joder —le confesé, la verdad arrancada de mis entrañas sin ningún filtro—. Te miro así y... si no me puedo contener más... no sé lo que te voy a hacer.

Larissa abrió los ojos. La furia había dejado paso a algo mucho más complejo. Miedo, sí. Pero también una excitación oscura, confusa y aterradora que la estaba devorando viva desde dentro. Estaba perdiendo la batalla contra su propio cuerpo.

—Como sigas mirándome así —ronroneé, bajando una mano para agarrar la parte trasera de su muslo, levantando ligeramente su pierna contra mi cadera—, te voy a sentar en mi regazo de un tirón aquí mismo, sobre la sangre de mi guardia.

Ella tragó saliva, sus labios temblando.

—¿Y? —retó, aunque su voz era apenas un soplo.

—Y vas a gemir mi nombre tan fuerte que te va a oír todo dios —aseguré, rozando mi boca contra su cuello expuesto, sintiendo su pulso galopar contra mis labios.

—¿Estás seguro? —susurró ella, su orgullo Vitale intentando dar un último y patético coletazo.

Levanté la cabeza y la miré a los ojos con una convicción que no dejaba lugar a dudas.

—Sin ninguna duda, sí.

La solté tan bruscamente como la había agarrado. Larissa casi pierde el equilibrio, tambaleándose hacia atrás, llevándose una mano al labio herido, mirándome como si fuera el mismísimo demonio encarnado. Y lo era. Para ella, lo era.

—Sube a nuestra habitación. Lávate la cara. Lávate esa peste a sal y a él de tu cuerpo —ordené, abrochándome fríamente los botones de la camisa que se habían descolocado durante nuestra

pequeña guerra—. Tienes unas cuantas horas. A las dos en punto salimos hacia Palermo. Tenemos una comida con la *Comisión.* Y te aseguro, *esposa*, que esta noche vas a sonreír y a actuar como si estuvieras loca de amor por mí, aunque tenga que obligarte a hacerlo a la fuerza. Y a partir de este maldito instante, no darás un solo paso en esta casa ni fuera de ella sin mi permiso explícito. Serás la esposa devota, perfecta y obediente que necesito. Tu correa acaba de acortarse hasta que no puedas ni tragar saliva sin mirarme a los ojos para pedir autorización.

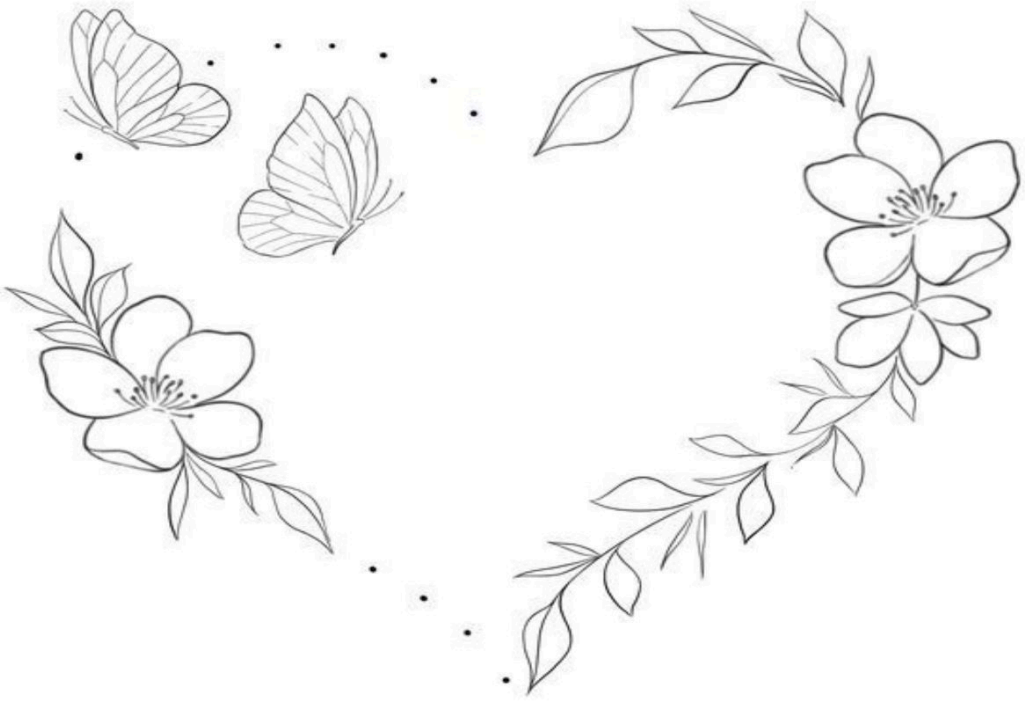
Tragó saliva con fuerza. Sus lágrimas caían en silencio.

—Y si no lo hago... —se atrevió a desafiar, con ese pequeño e inútil atisbo de orgullo que me volvía loco.

Sonreí. La oscuridad más absoluta de mi alma se reflejó en mi rostro.

—Si desobedeces una sola de mis reglas, Larissa... si intentas engañarme otra vez... no te castigaré a ti. —Acerqué mi boca a su oído, arrastrando las palabras con letalidad pura—. Iré a por tus seres queridos. Yo soy un monstruo, *dolcezza.* No me tientes a demostrarte hasta qué punto puedo serlo.

Sin esperar su respuesta, me di la media vuelta y caminé hacia mi despacho, dejándola sola en el vestíbulo, temblando junto al charco de sangre, con los labios marcados por mis dientes y su mundo perfecto hecho pedazos.



21

LARISSA

El eco de sus pasos alejándose por el pasillo sonó como el tictac de una bomba de relojería. Me quedé sola en el inmenso vestíbulo, temblando de pies a cabeza, con la mirada clavada en el charco de sangre oscura que manchaba el impoluto mármol blanco. El olor a cobre y muerte se había quedado atrapado en mis fosas nasales,

pero lo que realmente me asfixiaba era la brutal amenaza que acababa de salir de su boca.

«*Iré a por tus seres queridos. Yo soy un monstruo, dolcezza. No me tientes a demostrarte hasta qué punto puedo serlo*».

Un sollozo ahogado escapó de mi garganta. Ya no se trataba solo de mi libertad o de mi orgullo. Si daba un paso en falso, si intentaba huir, mi madre, que ya había sufrido suficiente bajo el yugo de mi padre, pagaría el precio. Gia desaparecería sin dejar rastro. Y a Mario... a Mario lo despellejaría vivo frente a mis ojos. Raffaelo había encontrado mi punto de quiebre absoluto y lo había presionado hasta pulverizar cualquier rastro de rebeldía que me quedara. Ya no era una prisionera desafiante. Era un rehén aterrorizado.

Me abracé a mí misma, frotándome los brazos para espantar el frío glacial que me calaba los huesos a pesar del calor del verano. Tenía que recomponerme. Tenía que fingir. Si quería mantenerlos a todos a salvo, tenía que convertirme en la perfecta *Signora* Moretti.

Subí las inmensas escaleras de cristal como si mis zapatillas estuvieran hechas de plomo. Entré en nuestra suite y me dirigí directamente al baño de mármol negro. Al encender las luces cegadoras sobre el espejo, ahogué un grito al ver mi reflejo.

Estaba pálida como un fantasma. Mi pelo negro era un nido de enredos, pero lo que atrapó mi mirada fue mi boca. Mi labio inferior estaba hinchado, magullado, y una línea roja de sangre seca lo cruzaba, marcando el lugar exacto donde los dientes de Raffaelo se habían hundido con esa ferocidad salvaje y destructora. El escozor volvió a mí, acompañado de un calor vergonzoso en el bajo vientre al recordar la brutalidad de su beso.

Abrí el grifo. El agua de la ducha caía casi hirviendo sobre mi espalda, pero no era suficiente para quitarme el frío que se me había incrustado en los huesos. Lloré. Lloré en silencio, dejando que las lágrimas cálidas y saladas limpiaran la estupidez de mi mente. Había sido una ilusa al creer que podía jugar con el Diablo. Me froté la piel con la esponja áspera hasta dejarla enrojecida. Sequé mi piel con una toalla mullida, me puse el albornoz de seda y abrí mi neceser. Con dedos temblorosos, apliqué una base de maquillaje de alta cobertura sobre el labio magullado y luego una capa gruesa de

pintalabios rojo oscuro, el único color capaz de camuflar el daño que él me había hecho. Difuminé los bordes hasta que la herida quedó oculta bajo una máscara de perfección y *glamour*. Maquillé mis ojos, alargando la mirada para parecer más sofisticada, más adulta.

Fui al vestidor lleno de seda, encaje y marcas de diseñador que él había comprado para su "muñeca". Observé las hileras de ropa, mi mente repasando la importancia de la reunión. Una comida con la *Comisión* en Palermo. El corazón mismo de la *Cosa Nostra*. Los hombres más peligrosos y antiguos de Sicilia iban a evaluarnos.

Saqué dos vestidos de sus perchas. Uno era de seda negra corto, ajustado y elegante, con un escote asimétrico. El otro era de un rojo sangre profundo, de corte recto, con una abertura que subía peligrosamente por el muslo izquierdo.

—Tienes una hora.

Di un respingo, apretando las perchas contra mi pecho. Raffaelo estaba apoyado en el marco de la puerta del vestidor. Ya se había cambiado. Llevaba un traje de tres piezas azul marino y corbata, impecable, hecho a medida, que se ajustaba a sus hombros anchos y a su cintura estrecha como una armadura indestructible. Su pelo oscuro estaba peinado hacia atrás, y el olor a su colonia de sándalo y tabaco inundó el pequeño espacio, devorando el aire que yo necesitaba para respirar. Su mirada, fría, negra y calculadora, me escaneó de arriba abajo, deteniéndose en mi labio pintado de rojo. Sabía perfectamente lo que ocultaba debajo.

Tragué saliva, obligando a mis cuerdas vocales a funcionar, invocando a la esposa obediente que él exigía. Levanté los dos vestidos, mis manos temblando levemente.

—No sé qué es lo más adecuado para una reunión con ellos —mi voz sonó extrañamente suave, desprovista de la furia suicida de hace media hora—. ¿Cuál de estos vestidos me queda mejor?

Raffaelo ladeó la cabeza. Sus ojos se oscurecieron con ese hambre primitiva que tanto me aterraba. Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio hasta que el calor de su cuerpo traspasó el fino albornoz de seda.

—Ninguno —murmuró, su voz bajando a un tono ronco que me hizo vibrar el pecho—. Te quedaría mejor desnuda conmigo dentro

de ti.

El aire se quedó atascado en mis pulmones. El calor subió a mis mejillas de golpe, tiñéndolas de un rojo intenso bajo su mirada devoradora. Bajé la vista hacia los vestidos, incapaz de sostener la intensidad de sus pupilas negras.

—Tengo que ponerme algo, *esposo* —murmuré, odiando la forma en que la palabra sonaba en mi boca, pero sabiendo que era lo que él quería oír.

Él levantó una mano y rozó con sus gruesos nudillos la seda del vestido negro, para luego deslizar sus dedos por mi brazo desnudo, provocándome un escalofrío involuntario.

—Ponte el negro —ordenó con suavidad letal—. Pero si de verdad quieres hacerme feliz, Larissa... no lleves bragas esta noche. No quiero obstáculos cuando mis manos decidan buscar debajo de esa tela.

Abrí los ojos de par en par, el corazón bombeando a una velocidad vertiginosa.

—Es... es una comida de negocios —balbuceé, la indignación y el pudor luchando contra el miedo.

—Haz lo que te digo, Larissa. Demuéstrame que has entendido cuál es tu lugar. —replicó él, sin apartar la vista de mis labios—. Y yo decido lo que mi esposa lleva o no lleva puesto. Vístete.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Me quedé allí, temblando, sosteniendo el vestido de seda. Sus alusiones obscenas me quemaban la garganta, pero el eco de su amenaza hacia mis seres queridos resonaba mucho más fuerte. Cerré los ojos, derrotada. Dejé caer el albornoz de seda y mi ropa interior al suelo, y dejé que la pesada y fría seda negra del vestido se deslizara sobre mi piel desnuda.



Media hora después, el inmenso *Maybach* blindado devoraba los kilómetros de la autopista que conectaba Catania con Palermo. El

paisaje siciliano, bañado por el sol implacable del mediodía, pasaba como un borrón de colinas áridas, viñedos verdes y el azul infinito del mar Mediterráneo a nuestra derecha. Pero la belleza del exterior no lograba penetrar en el interior del habitáculo.

El coche era una cámara de presión. El aire acondicionado enfriaba el ambiente, pero la tensión entre Raffaelo y yo era asfixiante. Él iba sentado a mi lado, revisando mensajes en su teléfono, con una postura relajada que contrastaba con la letalidad de su aura. Yo miraba por la ventanilla oscura, frotando nerviosamente las manos sobre mi regazo. Sentir la seda del vestido rozando directamente contra mi intimidad desnuda a cada bache y movimiento del coche era una tortura psicológica constante, un recordatorio físico de mi sumisión y de su poder absoluto.

El teléfono de Raffaelo hizo un leve *clic* al bloquearse. Guardó el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta y giró la cabeza hacia mí.

—Mírame.

La orden fue suave, pero no admitía réplica. Giré el rostro despacio, encontrándome con la negrura de sus ojos.

—¿Tienes ya claro cuál es tu puto papel hoy? —preguntó, su voz cortando el silencio como un cuchillo.

Apreté la mandíbula.

—El de esposa florero que asiente a todo. Sí. Lo tengo claro.

Raffaelo entrecerró los ojos.

—El de esposa de un *Capo*. Si abres esa boca preciosa para soltar tu veneno habitual frente a los cinco Dones, te juro por Dios que no llegaremos a casa para que te castigue. Escúchame.

La orden no admitía réplica. Sostuve la negrura de sus ojos.

—Estamos a punto de entrar en Palermo —empezó, su tono de voz adquiriendo esa cadencia calculadora y gélida del *Capo* que gobernaba Sicilia—. Lo que vas a ver hoy no es una fiesta de la alta sociedad. Es la *Comisión*. Los patriarcas. Hombres que han matado a más gente de la que tú has conocido en toda tu vida. Son paranoicos, son desconfiados y están buscando cualquier fisura en mi armadura. Te pondrán a prueba.

Tragué saliva, asintiendo levemente. El miedo me formó un nudo frío en el estómago.

—Sospechan que nuestro matrimonio es una farsa —continuó, inclinándose hacia mí, su aroma a sándalo invadiendo mis sentidos —. Creen que solo te usé para consolidar el poder. Y si descubren que todo es una farsa, lo usarán como excusa para desestabilizar mi imperio.

Raffaelo levantó una mano y sus dedos largos se enroscaron suavemente alrededor de mi nuca. El roce de su pulgar contra la base de mi cráneo fue una caricia que escondía una amenaza.

—Así que escúchame bien, *amore mio.* En esa mesa, no eres la fiera rebelde. Eres la *Signora* Moretti. Te morderás esa lengua afilada. Me mirarás con devoción. Sonreirás cuando te hable. Y si te toco, te estremecerás de placer, no de asco. Seremos el puto matrimonio perfecto. ¿Ha quedado claro?

El pánico se apoderó de mí. La intensidad de su mirada, la realidad del peligro que nos rodeaba, todo me aplastaba.

—Sí —susurré, apenas un hilo de voz.

—No te he oído, Larissa.

—Sí, Raffaelo. Lo he entendido.

Él sonrió, una curva oscura y satisfecha que no llegó a sus ojos.

—Buena chica. El infierno está a punto de abrir sus puertas. No te sueltes de mi mano.



RAFFAELO

Palermo siempre apestaba a vieja gloria, a pólvora quemada y a secretos pudriéndose bajo capas de hormigón. A diferencia de Catania, donde mi poder había modernizado los negocios y limpiado las calles de escoria indisciplinada, Palermo seguía anclada en las tradiciones rancias de la vieja mafia.

El *Maybach* se detuvo frente a los portones de hierro forjado de una inmensa finca a las afueras de la ciudad. Antiguos muros de piedra caliza, enredaderas oscuras y guardias fuertemente armados flanqueaban la entrada. El sol golpeaba sin piedad, pero el interior de la finca parecía sumido en una sombra perpetua.

Bajé del coche, abotonándome la chaqueta. El calor asfixiante de la una de la tarde me envolvió. Rodeé el vehículo y abrí la puerta de Larissa. Cuando ella salió, me ofreció su mano. Estaba helada. Su rostro era una máscara de porcelana perfecta, los labios pintados de un rojo intenso que escondían la marca de mis dientes, y sus ojos azules, aunque delataban terror si los mirabas de cerca, se mantenían altivos. Estaba espectacular con ese vestido de seda negra que se adhería a sus curvas como una segunda piel.

Entrelacé mis dedos con los suyos, dándole un leve apretón de advertencia, y tiré de ella para pegarla a mi costado. Caminamos hacia la entrada de la villa. Sentí los ojos de decenas de hombres armados clavándose en nosotros, escrutándola con descaro. Un gruñido bajo vibró en mi pecho, una advertencia silenciosa e instintiva que hizo que la mayoría de ellos bajaran la vista de inmediato.

El salón principal de la finca olía a tabaco de pipa, a carne asada, a romero y a madera vieja. Una inmensa mesa de roble macizo ocupaba el centro de la sala, iluminada por lámparas de araña que parecían sacadas de otro siglo. Alrededor de la mesa, sentados en pesadas sillas de cuero, estaban los cinco líderes de las familias más influyentes de la *Comisión*. Hombres de pelo canoso, rostros curtidos por el sol y la guerra, y ojos calculadores de reptil que nos evaluaron desde el instante en que cruzamos el umbral.

—Raffaelo —graznó Don Salvatore, el más anciano de todos, sentado en la cabecera—. Y la joven esposa y hermosa *Signora* Moretti. Un placer conocerla por fin en persona. Bienvenidos a Palermo.

—El placer es mío, Don Salvatore —respondió ella, con un tono suave y educado.

—Salvatore —asentí con frialdad, sin mostrar un ápice de sumisión.

Tiré de la silla para Larissa, ayudándola a sentarse a mi derecha antes de ocupar mi lugar. Los sirvientes comenzaron a servir vino tinto denso como la sangre y platos de antipasto, moviéndose en silencio absoluto. El tintineo de los cubiertos contra la porcelana fue

el único sonido durante los primeros minutos, una prueba de paciencia que yo dominaba a la perfección.

Mientras comíamos, mi mente operaba a dos niveles. Uno escaneaba la sala. El otro, el más oscuro y primitivo, estaba completamente concentrado en la mujer sentada a mi lado. Larissa cortaba la comida con movimientos mecánicos. Su respiración era superficial. Sabía que bajo esa seda negra, su piel estaba desnuda. La mera idea de que estaba a un palmo de mí, expuesta y vulnerable bajo mi orden, me ponía el cerebro a mil y la sangre hirviendo en las venas.

No tardaron en ir a por su cuello.

—Signora Moretti —la voz áspera de Don Carmine, un hombre corpulento con una fea cicatriz cruzándole la mejilla izquierda, rompió el silencio de la comida. Apoyó sus codos sobre la mesa, mirándola fijamente—. Su padre, Fabrizzio, y nosotros compartíamos una... visión muy tradicional de la vida. Su matrimonio con Raffaelo fue tan repentino que nos tomó por sorpresa a todos. Díganos, ¿cómo lleva dejar la estricta casa Vitale para someterse a las reglas de nuestro joven y audaz Raffaelo? ¿Se adapta bien?

La mesa entera se sumió en un silencio letal. Todos los ojos, viejos y despiadados, se clavaron en mi esposa. Buscaban la grieta. Buscaban el miedo o el resentimiento.

Larissa levantó la vista de su plato. El orgullo rebelde de su linaje brilló en sus ojos azules. Vi cómo apretaba la mandíbula. Abrió la boca, su tono frío, listo para atacar.

—Bueno, Don Carmine, en mi familia siempre se nos enseñó a...

Sabía exactamente lo que iba a decir. Iba a soltar alguna impertinencia pasivo-agresiva sobre cómo las mujeres no se sometían, o sobre cómo su matrimonio no había sido una elección. Un error mortal en esta sala.

Mi mano derecha voló bajo el espeso mantel de lino blanco. Agarré su muslo desnudo, justo por encima de la rodilla, y apreté con una fuerza brutal y castigadora. Mis dedos se hundieron en su carne advirtiéndole que estaba pisando una mina terrestre.

Larissa soltó un pequeñísimo e imperceptible jadeo, cortando su propia frase. Su cuerpo se tensó como la cuerda de un violín bajo mi

mano, pero recuperó el control con una velocidad asombrosa. Moduló su voz, transformando el hielo en una devoción sedosa y calculada.

—...siempre se nos enseñó a ser leales a la sangre, Don Carmine —continuó, girando el rostro para mirarme con una sonrisa de adoración ensayada a la perfección—. Y mi sangre ahora es Moretti. Mi esposo es la única regla que sigo y la única que necesito para ser feliz.

Un murmullo de clara aprobación y sorpresa recorrió la mesa.

Fiera inteligente, pensé.

Pero los lobos viejos no se rinden con un solo golpe.

Don Aldo, un hombre enjuto, calvo y con ojos inyectados en sangre que controlaba los casinos de la costa norte, soltó una risita seca.

—La lealtad es un concepto hermoso, querida. Pero Raffaelo tiene fama de ser... expeditivo. Un hombre de sangre fría —Aldo le dio un sorbo a su vino, mirándola por encima de la copa—. Usted es muy joven, apenas una niña que iba al instituto hace unos meses. Dígame la verdad, ¿tiene el estómago para sentarse a la mesa de un lobo como él, viendo la violencia que lo rodea?

Noté cómo los músculos del muslo de Larissa se ponían rígidos como el mármol. El insulto velado a su edad y a su inocencia le había tocado las narices. Su barbilla se alzó un milímetro más.

—La juventud no es sinónimo de fragilidad, Don Aldo —replicó Larissa. Su tono fue educado, pero el filo cortante de sus palabras era innegable—. Las lobas también nacen, no solo se hacen. Y le aseguro que mi estómago es mucho más fuerte de lo que parece.

—Una respuesta muy poética, *Signora* —dijo Ennio, entrelazando las manos sobre la mesa, con una sonrisa venenosa—. Aunque los rumores en las calles dicen que no hubo mucho... romance en el acuerdo. Dicen que Fabrizzio la entregó para salvar su propio cuello y saldar sus deudas. Es difícil amar a un hombre que te compra, ¿no es así?

Esta era la zona de peligro absoluto. La bomba nuclear.

El cuerpo de Larissa se congeló. Vi cómo sus nudillos se volvían blancos al aferrar los cubiertos de plata. La humillación de que le

restregaran en la cara que era mercancía vendida hizo que sus ojos azules centellearan con una rabia asesina. Se giró hacia Ennio. Abrió los labios y tomó aire, a punto de escupirle a la *Comisión* entera que me odiaba con toda su alma.

Bajo la mesa, mi mano subió como un relámpago hasta la cara interna de su muslo, rozando peligrosamente el borde de su intimidad desnuda. Pellizqué la piel increíblemente sensible de esa zona, no con fuerza para dejar marca, pero sí con la suficiente agudeza para que el dolor y la sorpresa la sacaran de su ensoñación suicida.

Ella soltó un levísimo suspiro ahogado, parpadeando. Giró la cabeza hacia mí, sus ojos chocando con los míos. Mi mirada negra le transmitió una advertencia letal: «*Sonríe y miente, o atente a las consecuencias*».

Larissa tragó saliva. La rabia en sus ojos fue reemplazada por una sumisión fingida pero impecable. Dejó los cubiertos sobre la mesa y apoyó su mano izquierda sobre mi brazo, frente a todos, acariciando la tela de mi chaqueta.

—Los rumores los propagan aquellos que envidian lo que no pueden tener, Don Ennio —respondió Larissa, su voz ronca y cargada de una devoción que casi me creo yo mismo—. Mi padre tomó la mejor decisión de su vida al ponerme en las manos de Raffaelo. Él no me compró; me reclamó porque sabía que nacimos para gobernar juntos. No hay ningún otro lugar en este mundo en el que prefiera estar.

El silencio que siguió fue absoluto. Don Salvatore asintió lentamente, visiblemente impresionado por la fiereza y devoción de mi esposa. Yo esbocé una media sonrisa arrogante. Lentamente, retiré mi mano de la cara interna de su muslo caliente y la saqué de debajo de la mesa. A la vista de todos los presentes, posé mi mano sobre la suya, que aún descansaba en la manga de mi chaqueta, y le di un suave apretón, como el marido orgulloso y protector que fingía ser. Sentí cómo Larissa dejaba escapar un levísimo suspiro, relajando los hombros, creyendo que la prueba había terminado y volvía a estar a salvo.

—He oído rumores interesantes sobre Catania, Raffaelo —retomó Salvatore, limpiándose la boca con una servilleta de lino, fijando sus ojos de halcón en mí—. Movimientos rápidos. Expansión.

Me recliné en la silla, cogiendo mi copa de vino con una tranquilidad insultante.

—No son rumores, Salvatore. Son hechos —respondí, mi voz resonando profunda y clara en el salón—. Ahora detengo todos los puertos comerciales de la costa este. Las rutas de entrada están aseguradas. Tengo el poder absoluto en Catania y las aduanas comen de mi mano.

Un murmullo recorrió la mesa. Los viejos patriarcas intercambiaron miradas.

—Demasiado poder para un solo hombre —comentó otro de los jefes, un hombre corpulento de Palermo con una cicatriz en la mejilla—. Especialmente con los rusos y los albaneses intentando meter la nariz en la isla.

Sonreí, una sonrisa gélida y despiadada.

—Los rusos y los albaneses ya no son un problema. Hemos cerrado un nuevo negocio con ellos —mentí o, mejor dicho, omití la parte donde les había roto las piernas a sus emisarios la noche anterior—. La mercancía pasará por mis puertos, dejarán el porcentaje acordado y se largarán sin hacer ruido. Si la *Comisión* quiere su parte del pastel, los camiones tienen vía libre por el interior. Todo está bajo mi estricto control.

Larissa se removió un milímetro en su asiento a mi lado. Estaba más relajada, creyendo que mi enfoque estaba cien por cien en la logística mafiosa. Se equivocaba. La farsa para los viejos había terminado, pero mi juego privado con ella apenas comenzaba.

Mientras hablaba de millones de euros y poder territorial, dejé mi copa de vino. Mi mano derecha abandonó de nuevo la superficie de la mesa y se hundió bajo el espeso mantel de lino blanco.

La deslicé lentamente, buscando de nuevo el muslo de mi esposa. Larissa dio un levísimo respingo, apenas perceptible, cuando mis dedos grandes y cálidos rozaron la piel desnuda de su rodilla. No llevaba absolutamente nada bajo la seda del vestido. Una descarga eléctrica me recorrió la espina dorsal al comprobar su obediencia.

—Hay otro asunto —interrumpió Salvatore, entrecerrando los ojos, ignorando mi despliegue de poder—. Un nuevo jugador intenta abrir rutas desde Marsella. Un francés. Jean Luis Pierre. Tiene contactos en el gobierno y mucho dinero sucio que blanquear. Nos ha pedido permiso para atracar en tus puertos.

Mi mano subió por el muslo de Larissa, trazando círculos lentos y posesivos en la piel suave y pálida de su pierna. Sentí cómo su respiración se atascaba y cómo sus músculos se tensaban bajo mi tacto, intentando no delatarse frente a los ancianos capos que nos observaban.

—Conozco al francés —dije, mi tono casual contrastando violentamente con lo que mi mano estaba haciendo bajo la mesa—. Es un burócrata con ínfulas de gángster. No habrá problemas con él.

Mis dedos alcanzaron el borde donde sus muslos se unían. La seda del vestido estaba apartada. Rocé el interior de su muslo, acercándome peligrosamente a su intimidad. Larissa apretó las piernas por instinto, atrapando mis dedos, pero mi fuerza era infinitamente superior. Las abrí suavemente, reclamando mi acceso.

—¿Estás seguro de que puedes manejarlo, Raffaelo? —preguntó el hombre de la cicatriz—. Si ese francés trae a la policía europea detrás...

—Si él no se mete en mi territorio, no habrá problemas —sentencié, clavando mi mirada en el hombre, dejando claro que mi territorio incluía mucho más que los puertos—. Si respeta las líneas que he trazado, podrá seguir respirando. Si cruza una sola de ellas, le enviaré su cabeza a su familia en París en una caja de madera de roble.

Mientras pronunciaba la amenaza letal con total frialdad, mis dedos encontraron su centro.

Me detuve un microsegundo, sintiendo el calor abrasador que irradiaba. Estaba empapada. El contraste entre la fiera que me gritaba que me odiaba y la humedad espesa y traicionera que ahora manchaba mis dedos casi me hace perder el puto control allí mismo. Su cuerpo la delataba de la manera más obscena y exquisita posible.

Larissa tragó saliva ruidosamente, intentando disimular un temblor. Rápidamente, bajó su mano derecha por debajo del mantel

y la posó directamente encima de la mía. Sus dedos fríos apretaron mi muñeca, intentando detener mis movimientos, intentando empujar mi mano lejos de su coño.

Giré un poco la cabeza hacia ella, manteniendo la expresión neutra para el resto de la mesa, y solté un gruñido bajo, ronco, un sonido casi imperceptible que vibró directamente en su oído. Fue una orden pura y territorial.

Sus dedos aflojaron el agarre al instante, derrotados por el terror a mis amenazas previas y, sobre todo, por el deseo abrumador que yo sentía vibrar bajo las yemas de mis dedos. Ella retiró su mano, volviéndola a colocar sobre su regazo, dejándome vía libre.

Acaricié sus pliegues exteriores, arrastrando su propia humedad sobre su clítoris con una lentitud torturadora. Sus mejillas se encendieron con un rubor violento que la mesa entera interpretó como el calor del vino y la comida.

Me incliné hacia ella, bajo la excusa de servirle un poco más de vino en su copa. Mi boca rozó su oreja, oculto a las miradas directas de los hombres de la mesa por la cortina de su pelo oscuro.

—¿Dices que todavía me odias? —le susurré, mi voz ronca y vibrando solo para ella—. Entonces, ¿por qué estás tan mojada por mí, como si me desearas?

No esperé su respuesta. Llevé mi dedo corazón a su entrada y, con un movimiento firme pero calculadamente lento, lo hundí en su interior.

Larissa soltó un jadeo ahogado, cerrando los ojos con fuerza. Sus manos se aferraron a la servilleta de lino en su regazo hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Era increíblemente estrecha. Su cuerpo se tensó a mi alrededor, ofreciendo una resistencia natural que hizo que mi polla diera un respingo doloroso contra la cremallera de mi pantalón. La presión cálida y apretada de sus paredes internas acariciando mi dedo me volvió loco.

—¿Por qué tiemblas cuando te toco así? —continué susurrando contra su piel, moviendo el dedo lentamente, sintiendo cómo ella luchaba entre el placer involuntario de la fricción y la molestia de la invasión en su cuerpo virgen.

Añadí el dedo índice, presionando para abrirme paso.

—Mmm... no... duele... —suplicó ella en un suspiro agónico, un murmullo apenas inaudible para el resto, apretando los muslos en un intento inútil de aliviar la presión de mis dos dedos estirándola.

—Duele porque eres mía y nadie ha estado aquí antes —gruñí en su oído, empujando mis dedos más profundo, para que sintiera mi absoluta posesión—. Y va a seguir doliendo hasta que tu coño aprenda a abrirse solo para mí. ¿Por qué me haces querer morderte y lamer ese gemido de tus labios ahora mismo?

Larissa estaba al borde del abismo, su respiración era un desastre superficial. La tensión de fingir normalidad frente a la mafia mientras yo estiraba su coño bajo la mesa la estaba destruyendo.

—Si no fueras tan malditamente inocente, pequeña hipócrita —siseé, sacando los dedos casi por completo para volver a hundirlos con un golpe suave que le arrancó un estremecimiento violento—, te abriría las piernas aquí mismo, encima de esta mesa, delante de todo el maldito mundo, sin importarme quién pudiera vernos. Y después te haría gritar hasta que perdieras la voz. Y te aseguro que te iba a gustar tanto como a ellos les iba a incomodar. Y entonces, todos sabrían sin lugar a dudas a quién perteneces.

No pudo contenerse más. El cóctel de miedo, incomodidad física y una excitación abrumadora fue demasiado. Un pequeño y agudo gemido amenazó con escapar de su boca.

Rápido como una serpiente, saqué los dedos de su interior, giré su rostro hacia mí, hundí una mano en su nuca y estampé mi boca contra la suya, silenciando su gemido frente a los patriarcas de la mafia. Mis labios devoraron los suyos, implacables, calientes. Volví a morderle el labio inferior, justo en la herida que yo mismo había hecho esa mañana.

Cuando me separé, la mesa entera estaba en un silencio mortal. Los capos nos miraban. Algunos apartaron la vista, incómodos ante el despliegue salvaje de posesión territorial; otros sonrieron con la complicidad de los hombres que creen dominar el mundo.

La farsa estaba completa. Nadie en esa mesa dudaría jamás de que Larissa Moretti era mi esposa en todos los sentidos de la palabra. Y ella acababa de descubrir que mi control sobre su cuerpo era absoluto.

Cogí mi copa de vino con la mano derecha, limpiando disimuladamente el rastro de su humedad contra la servilleta de mi regazo, y brindé hacia Don Salvatore con una sonrisa oscura triunfante en el rostro.

—Como decía —retomé la conversación de negocios, con la voz perfectamente controlada, mientras a mi lado mi esposa intentaba recuperar el aliento, temblando de pies a cabeza bajo la seda negra —. En Catania, yo tengo el control absoluto de todo lo que entra y de todo lo que sale.



22

LARISSA

El sonido de las pesadas sillas de cuero arrastrándose contra el suelo de roble marcó el final de la tortura. Los patriarcas de la Comisión comenzaron a levantarse, despidiéndose entre murmurios roncos y apretones de manos que sellaban pactos de sangre y

millones de euros. Yo me puse de pie mecánicamente, rezando para que mis rodillas no cedieran bajo mi propio peso.

El aire de Palermo estaba cargado de una humedad asfixiante cuando finalmente cruzamos las inmensas puertas de roble de la finca para salir al exterior. Atrás dejábamos el humo espeso de los puros, el olor a vino tinto y la letalidad disfrazada de modales de la *Comisión*. Habíamos sobrevivido.

Pero yo me sentía como si hubiera sido arrollada por un tren de mercancías.

Mis piernas temblaban con cada paso que daba sobre la grava del camino exterior. La brisa del atardecer siciliano me golpeó el rostro, pero no logró enfriar el fuego abrasador que me consumía por dentro. El roce de la pesada seda negra de mi vestido contra mi piel desnuda, contra mi intimidad aún palpitante e hipersensible, era una tortura psicológica y física de la que no podía escapar.

Mi mente era un caos de proporciones bíblicas. Siempre había leído en los libros que el primer toque, el primer roce del chico que te gusta, debía sentirse como un aleteo suave en el estómago. Mariposas. Dulzura. Luz. Eso era exactamente lo que había creído sentir con Mario esta madrugada en la playa, cuando sus labios rozaron los míos con urgencia.

Pero lo que Raffaelo me había hecho sentir en este salón no tenía nada de suave. No eran mariposas. Era como si hubiera abierto las puertas de un zoológico en llamas dentro de mi vientre. Fieras salvajes, leones hambrientos y panteras arañando mis entrañas, exigiendo más, deseando ser devoradas. Fue una estampida. Sentí cómo sus dedos largos y gruesos me habían reclamado con una posesión tan oscura y abrumadora que me había robado el aliento frente a los hombres más temidos de Italia. Aún sentía el eco de esa presión. Me dolía. Era una molestia tirante, el dolor sordo y un escozor agudo que me recordaba que mi cuerpo era un territorio inexplorado, pero, al mismo tiempo, ese dolor estaba envuelto en una excitación tan bestial y abrumadora que me daba ganas de llorar de pura frustración. Me había empapado por él.

Y luego estaba ese beso. Me besó frente a todos para ahogar mi gemido. Un beso que no quise, pero que aún así, incluso ahora,

horas después, todavía me dejaba su huella marcada a fuego en los labios. Me había besado con una ferocidad arrolladora, el beso de un hombre hambriento, como si al mismo tiempo me recompensara y me castigara. Si no lo conociera, habría jurado que me deseaba de verdad y que disfrutaba con ello. Pero sabía que aquel beso no era más que una prueba de que él tenía el control absoluto sobre mí. Y puede que incluso fuera así... pero yo jamás, jamás le dejaría verlo ni saberlo.

Me odiaba a mí misma por darme cuenta de que el aleteo de las mariposas de Mario me parecía ahora patéticamente insuficiente comparado con el infierno de Raffaelo.

Estábamos esperando bajo el pórtico de piedra a que Enzo trajera el *Maybach* a la entrada principal. Raffaelo estaba de pie a mi lado, inmenso, impenetrable, emanando esa aura de poder absoluto que parecía doblegar hasta a las sombras. Se estaba ajustando el botón de la chaqueta azul marino cuando el repiqueteo de unos tacones sobre la piedra llamó nuestra atención.

—¡Raffaelo! ¡Casi te vas sin despedirte!

Me giré. Era una mujer espectacular. Debía tener unos veinticinco años. Su pelo pelirrojo caía en cascadas de rizos perfectos sobre sus hombros. Tenía unos ojos verdes felinos y un vestido de satén rojo tan ceñido y escotado que parecía a punto de estallar. Era Chiara, la sobrina de Don Carmine. En nuestro mundo, su nombre siempre había estado en las listas de las "esposas perfectas" para los *capos* jóvenes. Una mujer criada en la mafia, que conocía las reglas y, evidentemente, sabía cómo usar sus encantos. Y por la forma en que miraba a mi marido, no le importaba en lo más mínimo que yo estuviera parada a medio metro de él.

Se acercó a nosotros ignorando por completo mi presencia. Sus tacones de aguja se detuvieron a escasos centímetros de mi marido. Levantó una mano con las uñas pintadas de carmín y, con una audacia que me dejó sin aliento, acarició la solapa de la chaqueta de Raffaelo. El denso olor a su perfume floral, empalagoso y barato en comparación con el mío, inundó el aire.

—Hacía meses que no te dejabas ver por Palermo —ronroneó Chiara, mirándolo con una intensidad descarada, paseando sus ojos

por la mandíbula tensa de mi marido y su pecho ancho.

El oxígeno se atascó en mi garganta. Sentí un golpe seco en el estómago. Un calor venenoso, afilado y desconocido me subió por la garganta.

Raffaelo no se apartó. No le quitó la mano de encima. Ni siquiera le hizo un gesto de desdén. En su lugar, esbozó una sonrisa arrogante, ladeada y perversa. Pero lo que hizo que la sangre me hirviera de verdad fue que no la miraba a ella.

Raffaelo giró la cabeza y clavó sus oscuros ojos directamente en los míos.

Me estaba observando. Estaba evaluando mi reacción, saboreando el momento, esperando un ataque de celos o alguna reacción de mi parte, frente a todo el mundo. Quería verme reclamar mi territorio después de que él hubiera reclamado el mío bajo la mesa.

Apreté las uñas contra las palmas de mis manos hasta hacerme daño. Respiré hondo, invocando todo el orgullo de los Vitale, y obligué a mi rostro a mantener una expresión de absoluta, letal y aburrida indiferencia. Le sostuve la mirada a Raffaelo, con una frialdad que rivalizaba con la suya, negándome a darle el placer de verme arder.

—Los tiempos cambian, Chiara. Ahora tengo responsabilidades mayores en Catania —respondió él, con su voz grave y aterciopelada resonando en el aire.

—Ya veo... —insinuó ella, bajando la voz a un tono ronco, casi confidencial, acariciando la tela de su traje—. Aunque espero que no estés demasiado ocupado para los viejos amigos. Siempre me gustó tu forma de... solucionar los problemas.

Di un paso al frente. El *clic* de mis tacones contra la piedra sonó fuerte y decidido. Me acerqué a Raffaelo por su lado derecho y, con una soltura que ni yo misma sabía que poseía, deslicé mi brazo alrededor de su cintura, pegando mi cuerpo al suyo. Levanté mi mano izquierda y la apoyé plana sobre el pecho de mi marido, justo por encima del corazón, dejando que la escasa luz del pórtico hiciera destellar el diamante de cinco quilates de mi anillo de compromiso como si fuera un faro cegador.

Chiara detuvo su caricia de inmediato, parpadeando, descolocada por mi repentina invasión de su espacio.

Le dediqué la sonrisa más fría, cortante y letal que pude invocar.

—Chiara, ¿verdad? —dije, mi voz goteando falsa dulzura—. Ten cuidado con la chaqueta de mi esposo. Es un diseño exclusivo de Armani. Sería una verdadera pena que la mancharas con... lo que sea que lleves en las manos.

La mujer abrió la boca, ofendida, sus mejillas tiñéndose de rojo bajo el maquillaje. Miró a Raffaelo buscando apoyo, buscando que él me pusiera en mi lugar por mi impertinencia.

Pero Raffaelo soltó una risa grave y profunda, un sonido que le vibró en el pecho, justo bajo mi mano. Levantó su brazo y rodeó mis hombros, atrayéndome aún más contra su costado, apretándome con una fuerza posesiva que me robó el oxígeno.

—Mi esposa tiene razón, Chiara. Es muy protectora con lo que es suyo —sentenció él, su voz cargada de un doble sentido que solo nosotros dos entendimos.

—Qué... tierna. Supongo que los hombres como Raffaelo necesitan alguien a quien enseñar desde cero.

Esbocé mi sonrisa más dulce y vacía.

—La ternura está sobrevalorada, Vittoria. Y la paciencia de mi marido es limitada —murmuré, mi voz cubierta de hielo—. Buenas noches.

Raffaelo clavó sus ojos en la mujer, y la sonrisa arrogante desapareció, reemplazada por la frialdad del Capo.

—Mi esposa está cansada. Que pases una buena noche.

El *Maybach* negro se detuvo frente a nosotros en ese preciso instante. Enzo salió rápidamente y abrió la puerta trasera.

Chiara retrocedió un paso, con la cabeza baja, murmurando una despedida inaudible antes de girarse y desaparecer por las puertas de la villa.

Raffaelo me soltó lo justo para dejarme entrar al coche. Me deslicé en el interior, sintiendo el aire acondicionado golpear mi piel ardiendo. Él entró tras de mí y Enzo cerró la puerta, aislándonos en nuestra propia cápsula de cuero oscuro, cristales tintados y tensión asfixiante.

El motor rugió y el coche comenzó a moverse, alejándonos de la finca y adentrándonos en la carretera envuelta en la oscuridad de la noche siciliana.

Me acomodé en el asiento de cuero, cruzando las piernas para aliviar la sensación de vulnerabilidad de mi entrepierna desnuda. La adrenalina del enfrentamiento con Chiara aún me corría por las venas, mezclada con la indignación de que él lo hubiera permitido.

Raffaelo se desabrochó la chaqueta del traje, relajándose contra el asiento de cuero negro, emanando esa aura de poder satisfecho que me enfermaba y me atraía a partes iguales.

No pude contenerme. La bilis de los celos, por mucho que yo los negara, me quemaba la garganta.

—Bonita noche —dije con el tono cargado de un sarcasmo punzante, mirando por la ventanilla hacia las luces lejanas de la costa.

Vi su reflejo en el cristal. Sonrió.

—Sobre todo cuando termina en silencio —replicó Raffaelo de inmediato, su voz ronca llenando el espacio confinado del vehículo.

Apreté la mandíbula, girando el rostro para encararlo, la indignación brillando en mis ojos.

—¿Así prefieres a las mujeres? ¿Que se callen? —ataqué, recordando cómo se había dejado tocar por esa zorra sin abrir la boca para detenerla.

Raffaelo enarcó una ceja, su rostro iluminado a ráfagas por las farolas de la autopista. Su expresión era imperturbable, pero había un brillo de pura diversión oscura en sus pupilas.

—Prefiero a las mujeres que saben cuándo no hablar solo por el gusto de pinchar —respondió con una calma que me sacaba de mis casillas.

—Mala suerte —sonreí, afilando mis palabras como cuchillos—. Yo estoy hecha de flechas.

Él soltó una carcajada baja, un sonido que hizo que mi estómago diera un estúpido vuelco incontrolable.

—Ya... y algunas fallan el tiro. Otras, en cambio, empiezan a hacerme gracia. —Se reclinó un poco más, cruzando un tobillo sobre la rodilla contraria, evaluándome de arriba abajo con ese descaro

predador—. Como tu pequeña actuación territorial de hace un minuto en el pórtico. Adorable.

Sentí el calor subir a mis mejillas. Me crucé de brazos, aferrándome a mi dignidad. Sabía perfectamente que estaba jugando conmigo. Estaba disfrutando de la explosión de emociones que la escena del pórtico había provocado en mí.

—No estoy celosa —mentí descaradamente, intentando que mi voz no temblara—. Solo soy observadora. Y se me da muy bien calar a los hombres que se creen dueños del mundo. Y a las mujeres que se les regalan.

Raffaelo no se molestó en ocultar su sonrisa arrogante.

—Me alegra oírlo, *piccola*. Eso significa que te has dado cuenta de que el mundo realmente se me ofrece. Lo has visto con tus propios ojos.

Tragué saliva, intentando mantener la compostura bajo el peso de su arrogancia y de la innegable verdad de sus palabras. Chiara se le había ofrecido. La *Comisión* lo respetaba. El mundo entero se postraba a sus pies.

La rabia me picó en la garganta. Era tan malditamente prepotente, tan seguro de su poder sobre todo y sobre todos.

—¿Te has dado cuenta de que algunos se pierden justo cuando creen que lo controlan todo? —le reté, sosteniéndole la mirada, negándome a darle la victoria, recordándole que yo no era una de esas mujeres dispuestas a besar el suelo por donde él pisaba.

El silencio que siguió a mis palabras duró exactamente tres segundos. El aire en el coche pareció volverse más pesado, más denso, casi eléctrico. El sonido de los neumáticos devorando el asfalto era el único ruido de fondo.

Luego, con una lentitud calculada y peligrosa, Raffaelo se despegó de su lado del coche. Se inclinó ligeramente hacia mí, invadiendo mi espacio vital, apoyando el codo en el respaldo de los asientos delanteros para acorralarme visualmente. El olor a sándalo me envolvió, embriagándome.

—¿Y te has dado cuenta tú, *querida esposa,* de que todo lo que tocas empieza a arder? —susurró, su voz bajando a un tono tan

íntimo, tan cargado de letalidad y deseo reprimido que me hizo temblar.

Sus ojos negros cayeron a mi boca, y luego bajaron hacia mis piernas cubiertas por la seda negra, recordando el fuego que había desatado bajo la mesa.

Me quedé sin aire, pero me negué a retroceder o a fundirme contra la puerta. Apreté los labios, obligándome a sostenerle la mirada, aunque mi cuerpo entero temblaba por la cercanía.

—Entonces ten cuidado, Raffaelo —susurré, con el corazón golpeándome las costillas con una fuerza salvaje—. No vaya a ser que se te queme el gigantesco ego.

Él no apartó la mirada. Al contrario, la intensidad de sus ojos se profundizó, absorbiendo mi desafío, alimentándose de mi terquedad como si fuera su oxígeno. Su mano libre se levantó lentamente y, con un movimiento que no pude anticipar, sus nudillos rozaron la seda de mi rodilla, deteniéndose justo en el borde de la abertura del vestido.

Un escalofrío violento me recorrió entera. Cerré los ojos una fracción de segundo, maldiciendo a mi cuerpo por su debilidad, por la forma en que mi vientre se contrajo de pura anticipación ante ese simple toque.

El resto del trayecto transcurrió en un silencio cargado. Un silencio donde las palabras ya no eran necesarias porque nuestros cuerpos estaban librando una guerra secreta. El cansancio del día más estresante de mi vida comenzó a pasarme factura. La huida de la mañana, la puñalada, el pánico por las amenazas, la tortura bajo la mesa y la tensión de la cena me cayeron encima como una losa de hormigón. Mis músculos empezaron a doler.

Catania empezó a dibujarse en el horizonte, un mar de luces doradas brillando contra la negrura de la costa.

Me removí en el asiento de cuero, incómoda. Mis pies, prisioneros durante horas en unos stilettos de aguja de doce centímetros, palpitaban con un dolor agudo. Sin importarme la mirada fija de mi marido, me agaché levemente y desabroché las correas de los zapatos.

Me quité el primero, soltando un largo suspiro de alivio al sentir cómo la sangre volvía a circular por mis dedos. Luego me quité el segundo, dejándolos caer sobre la alfombrilla del coche. Moví los dedos de los pies desnudos, masajeando levemente mis propios tobillos con las manos.

—Me duelen los pies —murmuré casi para mí misma, la barrera de la hostilidad bajando un milímetro ante el agotamiento absoluto, apoyando la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla.

Raffaelo seguía reclinado en su asiento, pero su mirada oscura se deslizó desde mi rostro hasta mis pies descalzos. Sus ojos recorrieron la línea de mis piernas descubiertas por la abertura del vestido con una lentitud que me hizo sentir que me estaba desnudando capa por capa.

La sonrisa de su rostro desapareció, reemplazada por una expresión de hambre oscura, primitiva y absolutamente depredadora.

—No pasa nada —dijo, su voz ronca y pesada, cargada con una promesa que me heló la sangre y me incendió el alma al mismo tiempo—. Puedes apoyarlos en mis hombros cuando lleguemos a casa.

Mi cerebro tardó dos segundos enteros en procesar la frase. Cuando lo hizo, un impacto de calor nuclear estalló en mi estómago y se disparó directo a mis mejillas y a mi vientre. Mi respiración se cortó de tajo.

Apoyarlos en sus hombros. La imagen mental fue tan vívida, tan obscenamente explícita, que me quedé paralizada. Mis tobillos sobre sus hombros anchos. Mi cuerpo abierto de par en par. La falta de ropa interior bajo el vestido. Sus manos inmensas agarrando mis muslos. Su boca devorándome, terminando lo que había empezado bajo esa mesa.

Giré el rostro lentamente hacia él. Sus ojos eran dos pozos de oscuridad insondable, brillando con la promesa explícita de lo que estaba a punto de suceder. La insinuación no era una broma. No era otra advertencia velada. Era una sentencia firme.

Tragué saliva, sintiendo cómo el corazón se me desbocaba en el pecho. Mi cuerpo, ese traidor asqueroso, reaccionó antes de que mi

cerebro pudiera procesar el terror de entregarme al Diablo. Una punzada húmeda y pesada de excitación pura se acumuló en mi centro, contrayendo mis músculos.

El coche giró, adentrándose en el camino privado de los acantilados. Las inmensas rejas de hierro de la mansión Moretti se abrieron de par en par, dándonos la bienvenida. A través del cristal delantero, vi la figura inponente de la fortaleza de hormigón y cristal brillando bajo la luz de la luna.

Los guardias del perímetro asintieron con la cabeza mientras el coche se deslizaba hacia el interior de la propiedad, deteniéndose finalmente frente a la escalinata principal de piedra iluminada.

El coche se detuvo suavemente. El motor se apagó.

La puerta de mi lado se abrió. Raffaelo ya estaba de pie fuera, su inmensa figura recortada contra la luz de la luna. Me ofreció su mano grande, cubierta de cicatrices y tatuajes asomando por el puño de la camisa.

Lo miré. Miré sus dedos. Recordé lo que habían hecho y la promesa explícita de lo que estaban a punto de hacer.

El miedo seguía ahí. El recuerdo de mi padre vendiéndome seguía ahí. La sangre del guardia en el mármol seguía ahí. Pero bajo todo eso, rugía un zoológico incontrolable de deseo primitivo que ya no podía acallar.

Con la mano temblorosa y los pies descalzos sobre la alfombrilla, tomé sus dedos.

El contacto fue como agarrar un cable de alta tensión. Tiró de mí suavemente, ayudándome a salir del coche. En cuanto mis pies desnudos tocaron el frío suelo de piedra de la entrada, mis rodillas amenazaron con ceder bajo el peso del cansancio y la tensión acumulada.

Pero antes de que pudiera intentar dar un paso, la realidad desapareció de debajo de mí.

Raffaelo soltó mi mano, se agachó ligeramente y, con un movimiento tan fluido como poderoso, pasó un brazo por detrás de mis rodillas y el otro por mi espalda. Me levantó del suelo en vilo, acunándome contra su pecho ancho con la facilidad de quien levanta una pluma.

Di un pequeño grito ahogado de sorpresa, mis manos volando instintivamente a sus hombros para aferrarme a él. Mi corazón empezó a latir desbocado contra la tela de su camisa. El roce de mi vestido de seda, al ser levantada, dejó gran parte de mis muslos completamente al descubierto bajo la luz de la luna, a merced de su tacto.

—Raffaelo... —jadeé, mirándolo con los ojos muy abiertos, sintiéndome repentinamente diminuta y absolutamente a su merced —. ¿Qué... qué haces?

Él no detuvo su paso. Su rostro estaba a escasos centímetros del mío, su mandíbula tensa y sus ojos brillando con una oscuridad letal.

—Has dicho que te dolían los pies, *esposa* —respondió, su voz ronca vibrando contra mi cuerpo—. Y tu marido cuida de lo que es suyo.

Miré a mi alrededor, sintiendo el calor subir a mis mejillas. Los hombres de seguridad que custodiaban la entrada principal, tipos enormes armados hasta los dientes, se quedaron momentáneamente paralizados, mirándonos con los ojos muy abiertos.

Ninguno se atrevió a decir una palabra, bajando la vista rápidamente hacia el suelo en cuanto los ojos letales de Raffaelo escanearon el perímetro.

Entramos en el inmenso vestíbulo de la mansión. Mis manos seguían aferradas a sus hombros, sintiendo los músculos de su espalda trabajar bajo el traje mientras me llevaba hacia la gran escalera de cristal.

La mancha de sangre de la mañana ya no estaba. Mientras subíamos los peldaños, no sentí miedo de caer. Me sentí peligrosamente protegida. Envidiablemente segura en los brazos del hombre más letal de la isla.

Llegamos a la planta superior. Caminó con pasos largos y decididos por el pasillo sumido en sombras hasta llegar a las dobles puertas de roble de nuestra suite. Las empujó con el hombro, abriéndolas de par en par.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz plateada de la luna que entraba por los enormes ventanales y se

reflejaba sobre el mar Jónico y la inmensa cama gris en el centro.

Raffaelo entró conmigo en brazos. Detrás de nosotros, dio una leve patada a la puerta. El pesado roble se cerró con un clic sordo y definitivo, sellando nuestro destino.

Estábamos solos. Ya no había *Comisión*. Ya no había amenazas ni máscaras que mantener.

La guerra de mi mente había terminado. Mi cuerpo se había rendido al monstruo en el preciso instante en que él cerró la puerta de la jaula con nosotros dentro, y la noche, la verdadera noche, apenas acababa de empezar.



23

RAFFAELO

El *clic* sordo y definitivo de la pesada puerta de roble cerrándose a nuestras espaldas resonó en la habitación como el disparo que daba

comienzo a una guerra. Pero esta no era una guerra de balas, sangre y traiciones; era una guerra de piel, de alientos entrecortados y de un control que estaba a punto de hacerse pedazos irremediablemente.

La inmensa *suite* estaba sumida en la penumbra. La luz plateada y fría de la luna se filtraba a través de los ventanales que daban al mar Jónico, bañando la cama gris en el centro de la habitación, convirtiéndola en un altar. El único sonido en todo el espacio era el eco de nuestras respiraciones aceleradas.

Aún la sostenía en brazos. Su peso era insignificante contra mi pecho, pero la gravedad de lo que significaba tenerla ahí, atrapada voluntariamente en mi red, me aplastaba de una forma que jamás había experimentado. Olía a jazmín dulce, a vino tinto y a un terror excitado que me embriagaba más que el whisky más caro y añejo de mi colección.

Lentamente, dejé que sus pies desnudos se deslizaran por mi cuerpo hasta tocar la mullida alfombra. El roce de la seda negra de su vestido contra el pantalón de mi traje fue una tortura lenta. Alcé las manos y acuné su rostro. Estaba pálida, con los ojos azules inmensos, dilatados, brillando en la oscuridad como dos zafiros asustados. Temblaba. Podía sentir el pulso desbocado en su garganta bajo las yemas de mis pulgares.

La observé. Toda ella. Y por primera vez en mi maldita vida, sentí vértigo.

Era tan pura. Una hoja en blanco. Una niña que había crecido protegida en una jaula de cristal, que aún creía en mariposas, en cuentos y en besos dulces, a punto de ser devorada por un hombre manchado de sangre, tinta y pecados atroces. Mirarla era como sostener una figura del cristal más fino e invaluable del mundo con unas manos acostumbradas únicamente a romper cuellos y apretar gatillos. Tenía un miedo atroz a romperla. Y, sin embargo, un instinto mucho más oscuro y primitivo me gritaba que la destrozara, que la marcara, que la manchara tanto con mi esencia que jamás pudiera volver a limpiarse de mí.

Todavía no podía creerlo. Esta mujer terca, rebelde, la fiera insolente que me había escupido odio y había apuñalado a uno de

mis mejores hombres esta misma mañana... estaba aquí. Rindiéndose. Doblegándose ante mí con una mezcla de pánico y un deseo tan crudo que me hacía rechinar los dientes.

Mi pulgar acarició su labio inferior, repasando el contorno del pintalabios rojo oscuro que ocultaba la herida que mis propios dientes le habían infligido. El contraste de ese color sangre contra su piel de porcelana era hipnótico.

Me incliné hacia ella, acortando la distancia hasta que nuestras narices casi se rozaron. Su aliento cálido, con un ligero sabor a vino, chocó contra mis labios.

—¿Quieres besarme, por favor? —susurré. Mi voz salió ronca, una vibración profunda que rasgó el silencio de la habitación. Necesitaba que diera el paso. Necesitaba esa concesión para no sentirme como el monstruo que sabía que era.

Larissa tragó saliva. Sus largas pestañas temblaron, luchando con los últimos vestigios de su orgullo.

—¿Es una exigencia? —balbuceó, su voz apenas un hilo, tan frágil que casi se rompió al pronunciar las palabras.

Esbocé una media sonrisa, deslizando una mano hacia su nuca, enredando mis dedos en su espeso cabello oscuro para anclarla a mí.

—Una orden amable —ronroneé contra su boca.

Vi cómo su pecho subía y bajaba rápidamente bajo la seda negra. Estaba aterrorizada, pero no retrocedía.

—O sea, ¿puedo negarme? —preguntó, aferrándose al último y patético pedazo de su control.

Solté una risa baja, oscura, apretando ligeramente mi agarre en su pelo.

—No creo.

No esperé más. El control que había mantenido con correa de hierro durante toda la tortura bajo la mesa en Palermo se desintegró en cuanto ella se puso de puntillas, cerró los ojos y presionó sus labios contra los míos.

El contacto fue una explosión. Un choque eléctrico que me recorrió desde la mandíbula hasta la ingle. Abrí la boca, reclamándola, devorando sus labios, buscando la calidez de su

lengua, encontrando ese regusto metálico y dulce que era solo suyo. Un gemido sordo murió en su garganta cuando profundicé el beso. No hubo delicadeza, pero tampoco la brutalidad castigadora de antes. Era un beso de pura, absoluta y desesperada necesidad.

Mis manos bajaron por su espalda. Agarré la fina cremallera de su vestido y tiré de ella hacia abajo en un solo movimiento fluido. La seda negra, pesada y fría, cayó al suelo con un susurro, acumulándose alrededor de sus tobillos.

Me separé de sus labios justo lo necesario para mirarla.

Estaba completamente desnuda bajo la luz de la luna. Mi pecho se detuvo. El oxígeno desapareció de la habitación. Era perfecta. Curvas suaves, piel inmaculada, pechos firmes rematados por pezones que se endurecieron al instante bajo la brisa fría del aire acondicionado. Por instinto, por ese maldito pudor que le habían inculcado y por el pánico a lo desconocido, Larissa cruzó los brazos sobre su pecho, intentando esconderse de la intensidad de mi mirada devoradora. Su rostro se tiñó de rojo y giró la cabeza hacia un lado, incapaz de sostenerme la mirada.

—No —gruñí con suavidad. Tomé sus muñecas con cuidado, apartando sus manos lentamente, dejándola expuesta a mí en toda su gloria—. Nunca te escondas de mí. Eres una obra de arte, *cara mia.* Mi obra de arte.

La levanté de nuevo en brazos, besando la curva de su hombro, y la deposité con una suavidad que desconocía poseer sobre las sábanas grises de la inmensa cama. Me quité la chaqueta del traje, tirándola al suelo. Me arranqué la maldita corbata, desabroché mi camisa negra con movimientos impacientes, dejando los botones esparcidos por la alfombra. Me quité la funda sobaquera, y el golpe metálico de la *Beretta* al chocar contra la madera de la mesita de noche resonó en la habitación, un recordatorio del mundo violento que habíamos dejado al otro lado de la puerta.

Me quedé solo en pantalones. Cuando me arrodillé en la cama sobre ella, gateando como un depredador acechando a su presa, vi cómo su cuerpo se tensaba de nuevo. El terror real brilló en sus ojos azules al ver por primera vez, sin barreras, las cicatrices que cruzaban mi torso, la tinta oscura que marcaba mi piel y la

envergadura de mis hombros. Yo era un puto monstruo cerniéndose sobre un ángel asustado.

Me incliné sobre ella, apoyando mi peso en los antebrazos, y pegué mi pecho desnudo al suyo. El contraste de su piel helada contra la mía, ardiendo como un horno, le arrancó un jadeo.

Comencé a besarla. Lento. Con una paciencia agonizante que me estaba costando la cordura. Besé su mandíbula, bajé por el largo e inmaculado pilar de su cuello, aspirando profundamente. Su olor a jazmín me llenó los pulmones. Lamí su clavícula, sintiendo el latido frenético de su corazón bajo mi lengua. Bajé más, envolviendo uno de sus pezones con mis labios, succionando con fuerza.

Larissa arqueó la espalda, soltando un grito ahogado. Sus manos, que hasta ahora habían estado apretadas en puños sobre las sábanas, volaron hacia mi pelo, enredándose en él, tirando ligeramente. Se estaba moldeando a mí, pero el temblor de sus piernas me decía que el miedo seguía ahí, luchando contra el deseo.

Me deslicé más hacia abajo por su estómago, besando su piel temblorosa, hasta llegar a su centro. Sus rodillas estaban juntas, cerradas por puro instinto de protección. Llevé mis manos a la cara interna de sus muslos y apliqué una presión suave pero firme para separarlos.

—Raffaelo... no... —susurró ella, intentando juntar las piernas de nuevo, su voz cargada de una timidez que me partió el pecho—. Me da vergüenza... no me mires ahí.

Levanté la cabeza, clavando mis ojos negros en los suyos.

—No hay nada de ti que no vaya a mirar, a tocar y a adorar esta noche, Larissa —le aseguré, mi tono ronco pero cargado de una ternura que nunca le había mostrado a nadie—. Ábrete para mí, piccola. Déjame cuidarte. Déjame adorarte.

El tono de mi voz pareció desarmarla. Relajó los músculos lentamente, permitiendo que separara sus piernas por completo. La separación me recibió con la misma humedad traicionera que me había manchado los dedos horas atrás. El aroma de su excitación me golpeó de lleno.

Acaricié sus pliegues con suavidad y luego bajé la cabeza. La probé.

—¡Ah! ¡Dios, Raffaelo! —gritó mi nombre, arqueando la espalda de tal manera que casi se levanta de la cama.

Se retorció bajo mi boca, empujando sus caderas hacia arriba, abrumada por la sensación. Su cuerpo virgen era un manojo de nervios hipersensibles, reaccionando a cada movimiento de mi lengua, a cada presión de mis labios sobre su clítoris. Yo era una bestia sexual acostumbrada a tomar lo que quería con dureza y rápidez, pero con ella... con ella quería saborear cada gota. Quería acostumbrarla a mí.

Mientras la devoraba, levanté mi mano derecha y deslicé la yema de mi dedo índice por su entrada empapada. Estaba tan apretada que la mera idea de hundirme en ella con toda mi longitud me hizo gruñir contra su piel. Introduje la primera falange de mi dedo.

Larissa se tensó de golpe, intentando escabullirse hacia atrás en la cama.

—Ay... no... para —gimió, sus manos bajando para agarrar mis muñecas, respirando por la boca, asustada—. Es extraño... me duele un poco... duele, Raffaelo, por favor...

Me detuve al instante. No saqué el dedo, pero dejé de moverme. Subí por su cuerpo hasta quedar de nuevo a la altura de su rostro. Estaba a punto de llorar por la mezcla de sobreestimulación, miedo y la ligera molestia de la invasión. Sus ojos me miraban suplicantes, queriendo y no queriendo al mismo tiempo.

Le besé la frente. Luego la punta de la nariz. Y finalmente los labios, en un roce casto y tranquilizador.

—Lo sé, *amore mio*, lo sé. Tranquila, mi dulce fiera. Tranquila —susurré, mi voz cargada de un cariño protector, frotando mi pulgar contra su mejilla para secar una lágrima traicionera—. Tienes que dejar que te prepare. Voy muy despacio. No te voy a hacer daño. Confía en mí, Larissa. Solo relájate. Prometo que el dolor pasará y solo quedará el placer.

Ella asintió frenéticamente, tragando saliva. Volví a bajar la cabeza, besando la parte interna de sus muslos, lamiendo su humedad para relajarla, hablándole contra la piel, diciéndole lo preciosa que era. Cuando sentí que sus músculos volvían a ceder,

volví a introducir el dedo completo. Ella soltó un suspiro tembloroso, pero no retrocedió.

Añadí un segundo dedo. La estrechez de su cuerpo virgen se resistió, apretándome con una fuerza deliciosa.

—Mmm... quema... —se quejó ella, mordiéndose el labio inferior, cerrando los ojos con fuerza.

Mi propia erección estaba a punto de reventar la cremallera de mi pantalón. El autocontrol me estaba matando. El sudor frío perleaba mi frente y mis brazos temblaban por el esfuerzo sobrehumano de no arrancarme la ropa y tomarla de una puta vez.

Miré su rostro contraído por la inexperiencia y la intensidad.

—Déjate llevar, *piccola*. Respira y deja que tu cuerpo se acostumbre a mí —le pedí, mi voz ronca, casi gutural—. Hazlo pronto, porque te juro por mi vida que a mi paciencia se le está acabando la paciencia de tanto contener las ganas de hacerte mía por completo.

Mis palabras, cargadas de desesperación y deseo crudo, parecieron ser el empujón que necesitaba. Larissa abrió los ojos, me miró y soltó un largo suspiro, dejando caer la cabeza contra la almohada. Empecé a mover mis dos dedos dentro de ella, imitando el ritmo que usaría después, mientras mi pulgar encontraba de nuevo su clítoris.

La combinación la destruyó. El miedo se esfumó, devorado por el placer absoluto. Sus quejas se convirtieron en gemidos roncos, exigentes.

La llevé al borde, sintiendo cómo sus paredes internas se contraían violentamente alrededor de mis dedos, cómo sus uñas se clavaban en mis hombros buscando anclaje en medio del huracán. Sus espasmos me empaparon la mano por completo. El orgasmo la sacudió de pies a cabeza, dejándola derretida, exhausta y perfectamente preparada para mí.

Me incorporé y me deshice rápidamente de mi pantalón y mi ropa interior, tirándolo todo al suelo.

Larissa abrió los ojos, que estaban nublados por el deseo. Pero al bajar la mirada y encontrarse con mi erección completamente expuesta, el poco valor que había reunido se esfumó. Su rostro

palideció. La vi clavar los ojos en la cobra de tinta negra que se enroscaba a lo largo de mi piel palpitante. Se encogió hacia atrás en la inmensa cama, los ojos azules inyectados de puro pánico. Su pecho subía y bajaba con terror.

—No... no voy a poder, Raffaelo —negó con la cabeza, su voz temblando descontroladamente.

Me quedé quieto, observando cómo miraba mi longitud gruesa y pesada, y cómo sus ojos seguían el rastro escamoso del tatuaje como si esperara que la fuera a morder. Veía el terror genuino en sus ojos. Cerré los ojos un segundo, apretando los puños. Las venas de mi cuello palpitaban. El dolor en mi ingle por la necesidad de enterrarme en ella era una agonía física.

Me acerqué lentamente, apoyando mis rodillas a ambos lados de sus caderas, sin tocarla, dándole espacio para respirar.

—Larissa, mírame —exigí, con una calma forzada que me costaba sangre mantener. Cuando sus ojos asustados se encontraron con los míos, le hablé desde lo más profundo de mi instinto—. Estoy intentando ir a tu ritmo. Estoy intentando ser el hombre cuidadoso que necesitas que sea esta noche, porque eres mi esposa y eres pura... pero te juro por Dios que mi autocontrol está a punto de hacerse pedazos. Te deseo tanto que me duele cada puto hueso del cuerpo. No te voy a hacer daño. Te voy a hacer mía.

Ella tragó saliva. La honestidad brutal de mis palabras, la confesión de que me estaba costando la vida contenerme por ella, pareció romper la última barrera de su timidez. Una lágrima resbaló por su sien, pero asintió. Abrió las piernas un poco más, temblando, ofreciéndose a mí.

Me acomodé entre sus muslos. Deslicé la punta, solo rozando su entrada, y Larissa soltó un quejido ronco, levantando las caderas por puro instinto, frotándose contra mí con una urgencia desesperada que hizo que mi autocontrol saltara por los aires.

Agarré sus caderas con mis dos manos inmensas, apretando para inmovilizarla.

—Si no paramos ahora mismo... —gruñí, mi voz rasgando la oscuridad, mi respiración pesada chocando contra su rostro— te

follaré tan duro que me vas a sentir entre tus piernas semanas enteras, Larissa. Última oportunidad para huir.

Ella me miró, con los ojos llenos de lágrimas de excitación, y, en el acto de rendición más hermoso y letal que había presenciado en mi vida, envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, atrapándome.

—Hazlo —susurró.

No necesité más. Empujé.

La estrechez de su cuerpo me recibió con una resistencia cálida, húmeda y dolorosamente apretada. Fui despacio. Más despacio de lo que mi bestia interior me exigía. Sentí la barrera intacta de su pureza romperse bajo mi embestida. Un gemido de dolor escapó de sus labios magullados y lágrimas silenciosas resbalaron por sus sienes hasta perderse en su pelo oscuro.

Me detuve al instante. Apreté la mandíbula hasta que me dolieron los dientes, enterrando mi rostro en la curva de su cuello, respirando su aroma, dándole tiempo.

—Shh, ya está, *piccola*. Ya está —murmuré contra su piel, besando el pulso acelerado de su garganta, odiando ser yo quien le causara dolor, pero profundamente posesivo por saber que nadie más lo haría jamás—. Respira para mí. Ya ha pasado lo peor. Relájate.

Se aferró a mis hombros, clavando sus uñas en mi piel, y tras unos segundos que me parecieron siglos, su cuerpo comenzó a ceder, moldeándose alrededor de mi invasión. El dolor en su rostro dio paso, lentamente, a la maravilla, a la conexión cruda.

Empecé a moverme. Lento al principio. Retirándome casi por completo para volver a hundirme en ella, marcando un ritmo primario y constante que nos conectaba más allá de la sangre, de la mafia y del odio. El sonido de nuestros cuerpos chocando llenó la habitación. El olor a sexo, a sudor y a la mezcla de nuestros perfumes era asfixiante.

Con cada embestida, la sentía más *mía*. Larissa se convirtió en fuego vivo bajo mis manos, arqueando la espalda, recibiendo cada empuje con gemidos roncos que me volvían loco. La miré. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, entregada por completo a mí.

La devoción absoluta que sentí en ese instante por la mujer que estaba rompiendo mi mundo me desbordó. Era un sentimiento tan inmenso, tan aterrador y posesivo, que amenazó con ahogarme.

Apoyé mis manos a ambos lados de su cabeza, entrelazando mis dedos con los suyos contra las sábanas grises, y la miré a los ojos mientras aceleraba el ritmo, hundiéndome en ella con una fuerza y una profundidad que la hizo gritar.

—Dime qué quieres, *cara mia* —jadeé, la obsesión y la locura dictando mis palabras, el impacto de mi cuerpo contra el suyo marcando el ritmo de mis promesas—. Nómbralo y será tuyo. ¿Quieres que te compre una isla y le ponga tu puto nombre? ¡Con mucho gusto! ¿Quieres que mate por ti? Dímelo.

—Raffaelo... —sollozó ella, completamente sobrepasada, apretándome en su interior con espasmos incontrolables, arañando mis brazos, buscando la liberación—. Solo tú... por favor...

El impacto de sus palabras, de mi nombre en su boca como una plegaria, fue el detonante final. La bestia rompió la correa.

Me perdí en ella. El ritmo se volvió salvaje, rudo, desesperado. Nos convertimos en un solo ser de carne, sudor y violencia contenida. Su clímax estalló a mi alrededor con una fuerza que me succionó el alma, y un segundo después, con un rugido ronco que desgarró mi propia garganta, me vacié en su interior, reclamándola de la forma más primitiva posible.

Me desplomé sobre ella, mi pecho ancho aplastando sus pechos suaves, mi respiración agitada haciendo eco de la suya. Escondí mi rostro en su cuello, sintiendo el sudor frío de su piel contra mis labios. La rodeé con mis brazos, escondiéndola del mundo bajo mi inmenso cuerpo.

El tiempo perdió su significado. El cansancio extremo de los últimos días la venció rápidamente. Envuelta en mis brazos, protegida por mi calor, la respiración de Larissa se volvió profunda y rítmica. Se había quedado profundamente dormida, con el rostro escondido en la curva de mi cuello, aferrada a mí como si fuera su salvavidas.

Me incorporé ligeramente, apoyándome en un codo, cuidando de no despertarla. La observé en la penumbra.

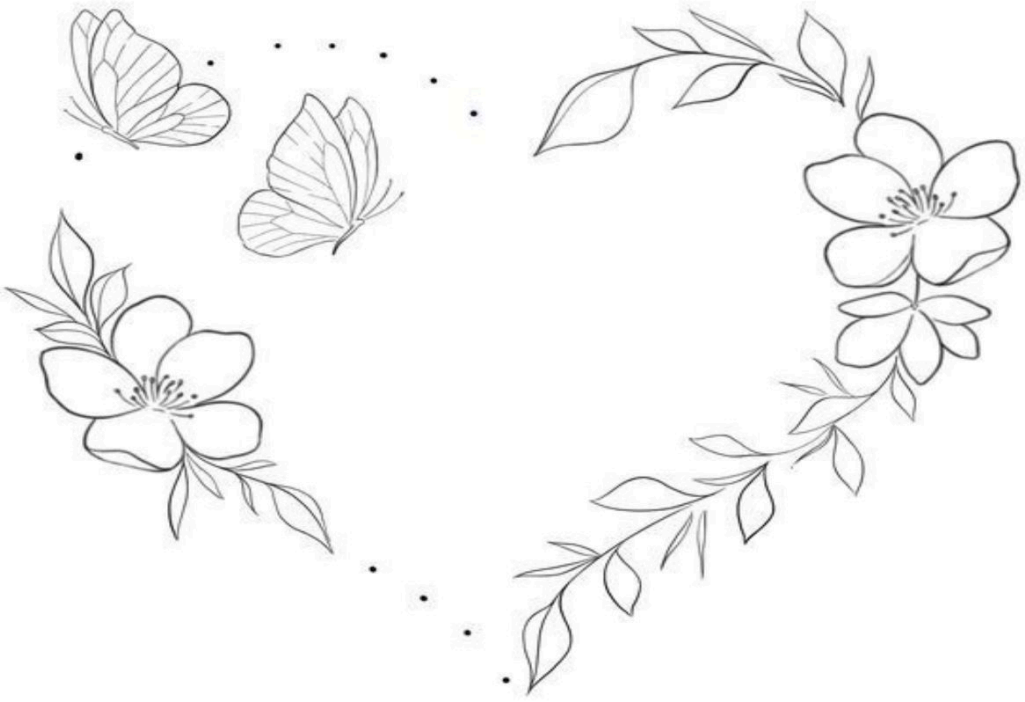
El maquillaje estaba arruinado, su pelo era un desastre, y tenía pequeñas marcas rojas en la piel de los hombros y el pecho donde mis manos y mis labios habían sido demasiado bruscos. Pero bajo esa luz plateada, ya no veía a la mocosa desafiante que había llegado a mi casa. Veía a mi mujer. A mi igual.

En el silencio sepulcral que siguió a la tormenta, mientras el olor a sexo llenaba la suite y yo escuchaba el latido pausado de su corazón, una verdad absoluta y aterradora se instaló en mi cerebro.

Yo había creído que la había acorralado. Había creído que la había doblegado. Pero al sentir sus pequeñas manos relajadas sobre mi pecho en medio de la oscuridad, comprendí la ironía de mi propia trampa.

Yo no era su dueño.

Esta cría de dieciocho años acababa de ponerme de rodillas. Y yo estaba dispuesto a quemar el mundo entero antes de permitir que nadie me la arrebatara.



24

LARISSA

La luz del sol siempre ha sido una delatora despiadada. La oscuridad de la noche tiene la capacidad de difuminar las líneas morales, de esconder los pecados bajo un manto de sombras y de hacerte creer, aunque sea por unas horas, que el mundo exterior no existe. Pero la mañana no perdona. La mañana ilumina cada error con una claridad cegadora.

Lo primero de lo que fui consciente al despertar no fue de la luz que se colaba por la rendija de las pesadas cortinas de terciopelo de la *suite*, sino del peso. Un calor inmenso, pesado y asfixiante me envolvía por completo.

Parpadeé, mis párpados sintiéndose pegajosos por el agotamiento. Mi mejilla estaba apoyada contra una superficie dura, cálida y que subía y bajaba rítmicamente. Un olor espeso, almizclado y abrumadoramente íntimo que me inundó las fosas nasales, trayendo consigo una avalancha de recuerdos que me golpearon el cerebro como un mazo.

Abrí los ojos por completo. Estaba pegada al pecho desnudo de Raffaelo.

Mi brazo derecho cruzaba su torso, mi mano descansando con una familiaridad aterradora sobre su corazón, justo encima de un tatuaje de tinta negra. Una de sus piernas, pesada como el tronco de un árbol, estaba echada sobre mis muslos, anclándome al colchón, y su brazo rodeaba mi cintura con un agarre posesivo que no había aflojado ni siquiera en sueños. Estaba literalmente atrapada en la jaula de sus brazos.

Tragué saliva, y el dolor seco en mi garganta me recordó mis propios gemidos. Mis súplicas.

Me moví un milímetro, y al hacerlo, una punzada aguda y sorda irradió desde mi entrepierna hasta el bajo vientre. Un jadeo silencioso se atascó en mis labios. Estaba dolorida. Me dolían los muslos, me dolía la espalda y mis labios ardían. Mi cuerpo entero se sentía como si hubiera sido desarmado pieza por pieza y vuelto a ensamblar por las manos de un gigante.

¿Qué he hecho? Dios mío, ¿qué he hecho?

El pánico, frío y líquido, comenzó a gotear en mi estómago. Me había acostado voluntariamente con el hombre que me había

comprado. Me había entregado a él. Al monstruo que había jurado asesinar a todos los que amaba si yo desobedecía. Anoche, en medio de la oscuridad, cuando él me tocó con esa adoración feroz, yo había olvidado todo eso. Había olvidado a mi padre, el contrato, la mafia, la sangre y a Mario. Había suplicado por él. Había llorado en sus brazos y me había derretido bajo su embestida como una estúpida niña ingenua.

Con una lentitud agónica, conteniendo la respiración, deslicé mi mano fuera de su pecho. Sus músculos se contrajeron levemente durante el sueño, y su brazo alrededor de mi cintura se apretó de forma instintiva, atrayéndome más contra su calor. Me quedé congelada, con el corazón bombeando a mil por hora, esperando a que sus ojos negros se abrieran y me atraparan. Pero su respiración continuó profunda y acompasada.

Poco a poco, logré zafarme de su agarre de hierro. Me deslicé hacia el borde de la inmensa cama, sintiendo el aire frío del climatizador chocar contra mi piel desnuda. Mis pies tocaron la mullida alfombra y me puse en pie. Las piernas me temblaron tanto que tuve que apoyarme en la mesita de noche para no caer.

Agarré la camisa negra de lino que él se había arrancado la noche anterior, cuyos botones seguían esparcidos por el suelo, y me la puse, cruzándola sobre mi pecho tembloroso para cubrir mi desnudez. Olía a él. Era como llevar su marca impregnada en la tela.

Caminé de puntillas hacia el inmenso baño de mármol negro y cerré la pesada puerta detrás de mí sin hacer el más mínimo ruido.

Me apoyé en el borde del lavabo, bajé la cabeza y tomé varias respiraciones profundas, intentando calmar las náuseas que me provocaba mi propio torbellino emocional. Levanté la vista lentamente hacia el enorme espejo iluminado por las frías luces blancas.

Solté un pequeño sollozo ahogado y me llevé una mano a la boca.

El reflejo me devolvió la imagen de una mujer marcada. De *su* mujer. La camisa negra de Raffaelo, inmensa sobre mis hombros, se resbalaba ligeramente, dejando mi cuello y mis clavículas al descubierto. Mi piel, normalmente pálida e inmaculada, parecía un lienzo sobre el que alguien hubiera reclamado su propiedad a base

de mordiscos. Había una marca amoratada, oscura, justo en el pulso de mi garganta, donde él había hundido la boca. Había pequeñas manchas rojas, como pequeños hematomas de un depredador hambriento, bajando por mi pecho hacia el escote. Y mis labios... estaban hinchados, la herida del día anterior reabierta y enrojecida por la fricción de sus besos salvajes.

Aparté la tela de la camisa para mirar mis muslos. Más marcas. Sombras azuladas en la cara interna de mis piernas donde sus grandes manos habían presionado para mantenerme abierta para él.

Cerré los ojos, sintiendo lágrimas calientes acumularse bajo mis párpados. Las marcas no me dolían. Lo que me destrozaba el alma, lo que me hacía sentir patética, era saber que, mientras él me las hacía, a mí me había gustado. Me había dejado marcar voluntariamente.

Me pasé las manos por el pelo enredado, respirando entrecortadamente. No sé exactamente por qué lo hice. La verdad era que no es que tuviera muchas ganas de follar antes de esto. Bueno, no las tenía hasta conocerlo a él. Siempre había sido un tema lejano para mí. Aunque a veces, me preguntaba cómo sería. Qué se sentiría al unirte físicamente con alguien, si de verdad era tan mágico e increíble como había oído tantas veces en las historias exageradas de Gia.

Aunque también me daba miedo. El dolor. La invasión.

Bueno, ahora ya sabía qué se sentía. Y... para ser la primera vez, no fue tan mal. Esa era la mentira del siglo: no fue *nada* mal. Había sido trascendental. Terremótico. Y él... él no fue el monstruo que yo esperaba. No me imaginaba que una bestia como él, un asesino que resolvía sus problemas con balas y que me había asfixiado de puro terror en la cena, pudiera ser tan increíblemente dulce y suave en la intimidad.

Recordé cómo se había detenido al instante cuando gemí de dolor. Cómo había besado mis lágrimas y me había susurrado con adoración para calmarme. Esa devoción genuina me había desestabilizado por completo. Ver a un Raffaelo que supiera hablar dulce, que supiera calmar mi pánico en lugar de alimentarse de él, era muchísimo más peligroso que el Raffaelo que empuñaba armas.

Porque del asesino podía huir; pero del hombre que me adoraba en la cama, de ese no había escapatoria posible.

El pánico a perder mi identidad, a convertirme en una simple extensión de su voluntad y de su cama, me paralizó frente al espejo. Mi instinto de supervivencia, silenciado durante anoche, volvió a gritar con todas sus fuerzas. Tenía que alejarme. Si le permitía ver lo vulnerable que me había dejado, si le demostraba que había conseguido no solo mi cuerpo, sino también resquebrajar mi mente y mi corazón, estaba perdida. Me devoraría por completo y no quedaría nada de la chica libre que yo quería ser.

No puedes rendirte, Larissa. Si te rindes, ganas tú en la cama, pero pierdes tu alma, me repetí a mí misma como un mantra, abriendo el grifo del agua fría. Él compró un contrato. Compró mi virginidad. Pero no iba a comprar mis sentimientos.

Me eché agua helada en la cara, lavando los restos de maquillaje arruinado de la noche anterior. El impacto del frío me ayudó a congelar mis emociones. Tenía que reconstruir mis muros de inmediato. La debilidad de la madrugada había sido un error provocado por el estrés extremo. No podía permitirle creer que nuestra relación había cambiado hacia un "felices para siempre". Él seguía siendo el Diablo, y yo seguía en su infierno.

Me sequé la cara con una toalla pequeña, levanté la barbilla y endurecí la mirada frente al espejo. Invoqué a la Larissa de hielo. A la chica que estaba hecha de flechas. La armadura se sintió pesada, rígida y completamente antinatural después de haberme despojado de ella horas atrás, pero era mi única defensa para no volverme loca.

Abrí la puerta del baño y salí a la habitación.

Raffaelo estaba despierto.

Mi corazón dio un vuelco traicionero que me obligó a apretar los puños a los lados del cuerpo para disimularlo. Estaba sentado en la cama, apoyado contra el inmenso cabecero gris. Las sábanas se agrupaban estratégicamente en su cadera baja, dejando al descubierto ese torso ancho, cincelado y cubierto de tinta que horas antes me había llevado a la locura. Su pelo oscuro estaba revuelto,

dándole un aspecto salvaje, y uno de sus brazos descansaba relajadamente sobre la rodilla que tenía doblada.

Me estaba mirando. Sus ojos negros, profundos e insondables, me escanearon desde mis pies descalzos hasta la camisa suya que yo llevaba puesta. Vi cómo la comisura de sus labios se curvaba en una sonrisa lenta, perezosa, satisfecha y abrumadoramente posesiva. Era la viva imagen de un depredador que acababa de darse el festín de su vida y contemplaba su nuevo territorio conquistado.

—*Buongiorno, moglie* (Buenos días, esposa) —su voz rasposa y oscura por el sueño vibró por toda la habitación, erizándome los vellos de la nuca y mandando una punzada de calor directo a mi centro dolorido.

Me detuve a los pies de la cama, cruzando los brazos sobre mi pecho para aferrarme mejor a la camisa, asegurándome de que mi rostro fuera una pared de granito inexpresiva.

Raffaelo pareció no notar mi rigidez, o decidió ignorarla por completo. Extendió una mano grande y tatuada hacia mí, invitándome a volver a su lado.

—Ven aquí —ronroneó, su mirada bajando hacia la abertura de la camisa que dejaba ver mis muslos desnudos—. Una buena chica se merece al menos un orgasmo al día para empezar bien la mañana.

El recuerdo de lo que me había hecho sentir, de la fuerza con la que mi cuerpo se había sacudido alrededor del suyo, me golpeó con fiereza. Pero me aferré a mi escudo. Alcé la barbilla, mirándolo con un desdén que me costó la vida fingir.

—Pero yo soy una mala —repliqué, mi voz saliendo fría y desafiante, ignorando su mano extendida.

La sonrisa perezosa de Raffaelo no se borró, pero cambió sutilmente. Se volvió más oscura. Más letal. Soltó una risa seca, un sonido ronco y perverso que le vibró en el pecho desnudo. Retiró la mano lentamente y la dejó descansar sobre el colchón.

—Aun así... —susurró, relamiéndose los labios con una lentitud obscena y deliberada—, eres tan jodidamente buena cuando te derrites en mi lengua, *cara mia*.

El calor nuclear me subió a las mejillas de golpe. La humedad traicionera volvió a acumularse entre mis piernas ante la crudeza

explícita de sus palabras, recordando exactamente la sensación de su boca sobre mí, pero me obligué a mantener la compostura.

—No te acostumbres a nada, Raffaelo —ataqué, cortando el ambiente seductor con un cuchillo de hielo—. No va a haber más.

La sonrisa perezosa de Raffaelo se borró en una fracción de segundo. El ambiente en la habitación descendió diez grados de golpe. La relajación de su cuerpo desapareció, sustituida por la tensión letal de un felino al que le acaban de escupir en la cara.

—¿Perdona? —preguntó, entrecerrando los ojos, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado.

—Lo que oyes. —Me humedecí los labios secos, luchando por mantener mi tono indiferente—. Anoche fue... lo que fue. Pero no cambia absolutamente nada entre nosotros. Sigues siendo el hombre que me compró y al que odio. No soy tu puta muñeca.

El silencio fue ensordecedor. Vi cómo la mandíbula de Raffaelo se apretaba con tanta fuerza que los músculos de su rostro saltaron. Sus ojos oscuros se volvieron dos agujeros negros desprovistos de luz.

Lentamente, sin decir una palabra, retiró las sábanas de su cuerpo y se levantó de la cama. Estaba completamente desnudo. Aparte la mirada instintivamente hacia la pared, tragando saliva con fuerza, sintiendo mis mejillas arder por el impacto visual de su hombría y por el recuerdo abrasador de esa maldita serpiente de tinta negra enroscándose en ella. Escuché sus pasos pesados hundirse en la alfombra, acercándose a mí como con la cadencia de un verdugo que no tiene prisa.

—Para odiarme, es curioso que lo primero que hicieras al salir de la cama fuera envolverte en mi camisa, buscando mi olor, en lugar de ponerte tu propia ropa. Mírame —ordenó, su voz bajando a un tono gutural que no admitía réplica.

Me negué a girar la cabeza. No quería ver el fuego en sus ojos porque sabía que me quemaría.

En un abrir y cerrar de ojos, su mano grande y caliente atrapó mi mandíbula, obligándome a girar el rostro hacia él. Sus dedos no me lastimaban, pero la fuerza de su agarre era absoluta. Su rostro estaba a escasos centímetros del mío. El olor a su piel y los destellos

de nuestra noche me nublaron el juicio, pero me esforcé por mantener los ojos vacíos.

—¿Fue lo que fue? —siseó, su aliento chocando contra mis labios —. Anoche te deshiciste en mis brazos. Lloraste mi nombre, Larissa. Me rogaste que no parara y te entregaste a mí como si yo fuera tu puto dios. ¿Y ahora pretendes ponerte tu rídicula corona de hielo y decirme en mi puta cara que me odias?

—Fue solo sexo, Raffaelo. Eres un hombre muy experimentado, pensé que lo entenderías —mentí, clavándome las uñas en las palmas de las manos para no temblar bajo su tacto—. Cumplí con mi "deber de esposa", tal y como tú me exigiste. Fin de la maldita historia.

Raffaelo soltó una carcajada oscura, amarga y cargada de veneno. Su mano bajó desde mi mandíbula hasta mi cuello, y con el pulgar presionó exactamente sobre la marca morada que él mismo me había hecho. Gemí suavemente por el contacto.

—Tú no sabes mentir, *piccola.* Tus palabras dicen una cosa, pero tu cuerpo —su mirada bajó hacia el escote de la camisa, hacia las marcas de mi pecho—, tu cuerpo lleva mi puta firma impresa en cada centímetro. Mírame. Mírame a los ojos para que veas bien para quién te estás mojando así, justo ahora, mientras intentas fingir que me detestas.

Abrí los ojos de par en par, horrorizada, furiosa y excitada a partes iguales, porque tenía toda la maldita razón. Debajo de la camisa, mi cuerpo me estaba traicionando de nuevo con una humedad espesa y evidente. Él parecía tener un poder mágico y oscuro sobre mí que anulaba mis pensamientos. Mi mente me gritaba que lo apartara, que huyera, pero mi cuerpo accionaba mucho antes que la razón, arrastrándome hacia él como un imán hacia el metal.

—Te va a gustar tanto cómo te follaré, *esposa* —susurró, rozando su nariz con la mía, su voz convertida en una promesa letal—, que mañana te mojarás solo de pensar en mí. Y querrás más. Y yo te lo daré.

Antes de que pudiera articular una sola palabra de rechazo, su otra mano bajó hasta mis caderas. Agarró el borde de la camisa de

lino y la subió de un tirón seco, dejándome completamente expuesta de la cintura para abajo.

Solté un gemido ahogado de sorpresa cuando me levantó del suelo en vilo. Mis piernas se envolvieron automáticamente alrededor de su cintura, el instinto y la necesidad ganando a la razón en milisegundos. Me empujó hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la dura pared de la habitación. El impacto me sacó el aire de los pulmones.

—Raffaelo... suéltame... —jadeé, intentando empujar su pecho ancho, pero mis manos no tenían fuerza real. Eran inútiles contra él.

Volver a tenerlo tan cerca, sintiendo la dura y gruesa longitud de su erección y el roce inconfundible de sus escamas tatuadas rozando mi entrada aún adolorida por la pérdida de mi virginidad, me asustaba. Pero, al mismo tiempo, me hacía arder de deseo de una forma enfermiza y adictiva.

—Entonces, que sea solo sexo, esposa —escupió con voz gélida, un castigo verbal que me dolió más que cualquier golpe en el estómago.

Los ojos de Raffaelo estaban inyectados en una furia fría, dolida y posesiva.

—Dime que me odias ahora —gruñió, sosteniéndome contra la pared, alineando su cadera perfectamente con la mía—. Puedes levantar todos los muros de hielo que te dé la puta gana. Me importa una mierda tu actuación de niña intocable. Porque voy a derribarlos cada jodida vez que te toque.

No hubo preparación dulce esta vez. No hubo besos tiernos para calmarme. Estaba furioso por mi estúpido rechazo y decidido a romper mi armadura de hielo a la fuerza bruta.

Con un solo empuje crudo, directo y seco, se hundió en mi interior por completo.

Un grito desgarrador, una mezcla caótica de dolor punzante y un placer eléctrico que me nubló la vista, escapó de mis labios. Eché la cabeza hacia atrás, golpeando la pared, cerrando los ojos con fuerza. Sentí cómo cada centímetro de su gruesa longitud me abría paso sin piedad, estirando mis paredes internas que aún latían ultrasensibles. Su calor me invadió por completo, una presión

profunda, pesada y asfixiante que me llenó hasta dejarme sin aliento. Era demasiado grande, demasiado intenso, pero mi cuerpo cedió a su tamaño brutal casi por inercia, acomodándose a la fricción caliente y húmeda que me dejaba viendo estrellas. Sentía la dureza de su masculinidad latiendo profunda dentro de mí, expandiéndome, raspando ese punto exacto que encendía mis terminaciones nerviosas de una manera que me aterraba y me fascinaba al mismo tiempo.

Él ahogó mi grito atrapando mi boca con la suya en un beso salvaje, castigador y puramente dominante. Me besó como si quisiera devorar mis mentiras y arrancarme el orgullo de cuajo.

—Dime que es solo sexo —jadeó contra mi boca, empezando a moverse con una violencia controlada que me sacudía entera contra la pared, haciéndome gemir contra sus labios en cada embestida dura—. Dímelo mientras te tiemblan las piernas, Larissa.

Agarró mis nalgas con sus dos manos inmensas, apretando mis muslos más contra su cintura para abrirme de par en par. Sus embestidas eran largas, profundas y despiadadas. Salía casi por completo, rozando mi entrada, para volver a clavarse en mí con un golpe seco de sus caderas. Con cada estocada profunda, su cadera chocaba implacable contra mi clítoris, arrancándome espasmos involuntarios. Sentía cómo me partía en dos, cómo su longitud reclamaba el rincón más escondido de mi vientre, obligándome a derramar más y más humedad sobre él, lubricando el castigo hasta convertirlo en un puro y adictivo fuego.

—Siente cómo te lleno —gruñó en mi oído, mordiendo mi lóbulo mientras bombeaba mi interior sin compasión—. Estás tan jodidamente apretada para mí, Larissa. Tan mojada...

No pude. Mi mente se quedó completamente en blanco, devorada por el fuego. El poder absoluto que tenía sobre mi cuerpo me anulaba por completo. Dejé de empujarlo. Aferré mis uñas a su espalda musculosa y me rendí al huracán que era mi marido. Mi cuerpo estaba hecho para él, diseñado para romperse y sanar en sus manos.

Empecé a gemir su nombre entre sollozos ahogados, recibiendo cada golpe, traicionando cada una de las promesas de frialdad que

me había hecho frente al espejo.

Estaba irremediablemente perdida.

Me destrozó contra la pared hasta que mi garganta quedó ronca de tanto gritar su nombre. Las paredes de mi vagina comenzaron a contraerse espasmódicamente alrededor de su entrepierna dura como el acero. Él lo sintió. Aumentó la velocidad, frotando mi clítoris con su propio cuerpo en cada impacto salvaje. Cuando el clímax estalló dentro de mí, fue tan violento que mi visión se tiñó de blanco y mis músculos cedieron por completo. Si él no me hubiera estado sosteniendo por los muslos, me habría desplomado sobre la alfombra. Segundos después, Raffaelo ahogó un gruñido ronco contra mi cuello y se derramó en mi interior con una fuerza posesiva que me hizo temblar de pies a cabeza.

Nos quedamos allí, pegados a la pared, respirando el mismo aire denso y cargado de sudor. Él no me soltó. Apoyó la frente contra mi hombro, con el pecho subiendo y bajando erráticamente contra el mío. Sus grandes manos, las mismas que me habían sometido sin piedad, ahora acariciaban mi espalda desnuda con una suavidad desconcertante, trazando las marcas que mis propias uñas le habían dejado.

—Para alguien que me odia —susurró, su voz aún ronca, vibrando contra mi piel— gimes mi nombre como si fuera tu única salvación en medio de una tortura.

No respondí. No tenía fuerzas ni para mentir. Estaba tan agotada y sobrepasada que dejé caer mi cabeza contra su hombro, inhalando el olor a sexo y transpiración que nos envolvía.

—Ódiame cuanto quieras —pronunció con voz grave—, pero no olvides ni por un segundo que eres solo mía, ¡de nadie más!

En ese momento, el sonido estridente de un teléfono móvil rompió la burbuja de intimidad. Raffaelo gruñó, una maldición en italiano escapando de sus labios. Me bajó lentamente, asegurándose de que mis piernas temblorosas me sostuvieran antes de apartarse. Caminó hacia la mesita de noche, completamente desnudo e imperturbable, y contestó el teléfono.

—Habla, Enzo —ordenó, su voz volviendo a ser la del Capo.

Me abracé a mí misma, tirando hacia abajo de la camisa para cubrir mi desnudez nuevamente, intentando procesar lo que acababa de pasar. Mi cuerpo latía en un millón de lugares distintos.

—Entendido. Que el médico se asegure de que no haya infección —dijo Raffaelo, su tono oscuro y cortante—. No me importa si le duele, Enzo. Dile a Marco que tiene suerte de seguir respirando. Si no puede sostener un arma en dos semanas por culpa de ese hombro, ponlo a vigilar las putas cámaras del club.

Colgó y se giró hacia mí, sus ojos escaneando mi cuerpo aún estremecido.

La mención de Marco, me trajo de vuelta a la realidad. La burbuja estalló definitivamente. Me ajusté la camisa, recordando de pronto la sangre manchando el inmaculado suelo de la mansión. ¿Y por qué estaba herido en el hombro si yo lo había apuñalado en el muslo?

—¿Qué pasa? —pregunté, mi voz sonando extrañamente ronca—. ¿Por qué había ayer tanta sangre en el salón? ¿Qué pasó con... el guardia?

Los ojos de Raffaelo se entrecerraron. Dio un paso hacia mí, la calidez de hace unos segundos reemplazada por una frialdad evaluadora. Sus ojos oscuros descendieron hacia la prenda negra que me cubría.

—¿Te preocupan mis hombres, Larissa?

Tragué saliva, negándome a intimidarme.

—¿Lo has matado? —Mi voz tembló ligeramente, pero mantuve la mirada.

Raffaelo soltó un bufido desdeñoso, cruzándose de brazos, dejando a la vista todo el despliegue de tatuajes y cicatrices de su torso.

—No. Pero se lo merecía. ¿Por qué lo apuñalaste? —Su pregunta no era una simple curiosidad; era una exigencia de la verdad, una prueba.

Mantuve la barbilla en alto, recordando el terror de las manos de aquel hombre sobre mí, el pánico de sentirme acorralada.

—Alguien, una vez, me dijo que no me dejara tocar más —respondí, mis ojos desafiando los suyos, usando sus propias

palabras, aquellas que me dijo en la gala—. Eso hice. Me defendí.



25

RAFFAELO

El silencio en la inmensa *suite* pesaba como una losa de hormigón. Larissa seguía frente a mí, envuelta en mi puta camisa negra, con la barbilla en alto y esa mirada desafiante, herida pero orgullosa, escupiéndome a la cara que solo se había defendido del guardia.

La miré en silencio, sintiendo cómo el eco de sus palabras rebotaba en las paredes de mi cráneo.

«*Alguien me dijo que no me dejara tocar más. Me defendí*».

Fruncí el ceño.

—¿Tocarte? ¿Defenderte? ¿De qué cojones estás hablando, Larissa? —Mi voz bajó una octava, ronca y cargada de una amenaza latente que no iba dirigida a ella, sino al bastardo de mi empleado—. Yo le di la orden de que te detuviera para que no salieras por la puerta, no de que te pusiera las manos encima.

Larissa se cruzó de brazos, apartando la mirada hacia el gran ventanal.

—Me agarró del brazo con demasiada fuerza. Le ordené que me soltara y no lo hizo. Y cuando intenté zafarme... me pareció que hizo el amago de levantar la mano para golpearme para que me estuviera quieta. Así que lo apuñalé.

La sangre se me congeló en las venas durante una fracción de segundo, para luego empezar a hervir a mil grados por segundo.

Hizo el amago de golpearla.

Apreté los puños a los costados de mi cuerpo. La furia asesina me cegó. Había ordenado que cuidaran a Marco tras mi disparo, pero ahora me arrepentía profundamente de no haberle volado los sesos en medio del puto salón. Nadie, absolutamente nadie, levantaba una mano contra lo que era mío. Y mucho menos un guardia de bajo rango.

Pero antes de que pudiera decirle que iba a bajar a los sótanos a terminar el trabajo con ese inútil, mi cerebro volvió a procesar el resto de la conversación que acabábamos de tener.

«*Fue solo sexo, Raffaelo. Eres un hombre muy experimentado, pensé que lo entenderías*».

Apreté la mandíbula hasta que escuché el crujido de mis propios dientes. Una rabia fría, negra y venenosa empezó a extenderse por mis venas, apagando el fuego de la lujuria que me había consumido apenas unos minutos atrás.

¿Solo sexo? ¿De verdad me estaba diciendo a la cara que entregarme su virginidad, el jodido regalo más sagrado y valioso que una mujer podía dar en nuestro mundo, no significaba una mierda para ella? Se había retorcido bajo mi boca. Me había suplicado. Había llorado en mis brazos, se había aferrado a mi espalda como si yo fuera su puto salvavidas, y ahora, con la luz del día, se volvía a poner la maldita corona de la princesa intocable.

Me pasé una mano por el pelo revuelto, soltando una risa áspera y carente de cualquier rastro de humor. La frustración me quemaba el estómago. Yo, que había tenido a las mujeres más experimentadas de Europa arrodilladas a mis pies dispuestas a vender su alma por una noche conmigo, estaba perdiendo la puta cabeza por una cría que me trataba como si fuera un consolador glorificado.

Si para ella no había sido especial, si estaba dispuesta a ignorar la jodida bomba nuclear que había estallado entre nosotros para volver a su papel de víctima resentida... perfecto.

Si la fiera quería jugar al hielo, hielo iba a encontrar. Y yo era un maestro en congelar el puto infierno.

Antes de que pudiera abrir la boca para soltarle el veneno que me burbujeaba en la lengua, tres golpes secos y tímidos sonaron en la pesada puerta de roble de la habitación.

—*Scusi, Signore* Moretti —la voz temblorosa de una de las sirvientas, Maria, traspasó la madera—. Lamento interrumpir, pero tiene una visita en la planta baja. Dice que es urgente.

Aparté mis ojos de Larissa, que se había tensado visiblemente al escuchar la voz, cerrando más la camisa sobre su escote marcado por mis labios.

—¿Quién coño es a estas horas? —ladré, sin molestarme en ocultar la furia letal que me carcomía.

—La señorita Lucrezia Fossati, *Signore.*

Lucrezia. Una víbora venenosa con tacones de aguja.

—Dile que vaya a mi despacho. Bajaré en cinco minutos —ordené con voz cortante.

—*Sì*, *Signore*.

Escuché los pasos rápidos de la mujer alejándose por el pasillo.

Me giré, dándole la espalda a Larissa con una indiferencia calculada y absoluta. Caminé hacia el inmenso vestidor, ignorando el olor a sexo y a jazmín que impregnaba el aire de la *suite*, un aroma que hace cinco minutos me parecía el paraíso y que ahora solo me provocaba unas inmensas ganas de romper algo.

No iba a ponerme un traje para lidiar con Lucrezia en mi propia casa. Cogí unos vaqueros de mezclilla oscura y me los puse rápidamente, subiendo la cremallera con un tirón seco. Saqué una camiseta blanca de algodón ajustada y me la pasé por la cabeza. La tela se pegó a mi pecho y a mis brazos, marcando a la perfección cada músculo tenso, cada tatuaje de mi piel. Me puse el *Rolex* de platino en la muñeca izquierda y me calcé unas zapatillas oscuras.

Salí del vestidor. Larissa seguía exactamente en el mismo sitio, observándome en silencio, como si estuviera esperando algo. Esperando que me disculpara. Que le rogara. *Qué ingenua. No le daría ni una puta mierda.*

Pasé por su lado sin mirarla, rozando su hombro con mi brazo de forma ruda, dejándole claro que mi atención hacia ella se había esfumado.

—Vístete. Y no salgas de esta maldita habitación —le solté, mi tono frío, distante y completamente vacío de cualquier emoción, dándole exactamente la voz del monstruo que ella tanto se empeñaba en escuchar—. Cuando acabe la reunión irás conmigo a un sitio.

No esperé su respuesta. Salí de la habitación y cerré la puerta de golpe tras de mí.

Bajé las inmensas escaleras de cristal de la mansión con pasos pesados. El mármol de la planta baja brillaba bajo la luz de la mañana. Ya no estaba la sangre del día anterior. Mis hombres montaban guardia en las entradas, como estatuas de piedra, asintiendo levemente y bajando la cabeza cuando pasaba por su

lado. Podían oler la sangre hirviendo en mí a un kilómetro de distancia.

Empujé las dobles puertas de caoba de mi despacho.

El espacio olía a cuero viejo, a mi perfume y a al humo de mis puros cubanos. Detrás del inmenso escritorio de madera maciza, los ventanales blindados ofrecían una vista espectacular del mar bravío estrellándose contra los acantilados de Catania.

Y allí, de pie frente a los cristales, exhibiéndose como un puto trofeo de plástico, estaba Lucrezia Fossati.

Se giró al escuchar la puerta. Podría decir que Lucrezia era solo la antigua secretaria de mi tío, pero eso sería subestimar a una de las manipuladoras más grandes y ambiciosas de Sicilia. Era astuta, letal en las cuentas y leal únicamente al dinero. Tras la retirada de mi tío y mi toma de poder, en lugar de meterle un tiro entre los ojos, decidí usarla. Ahora se ocupaba de administrar "*Inferno*", mi club nocturno más exclusivo y la principal lavandería de dinero del centro de la ciudad.

Llevaba un vestido ajustado de tubo color esmeralda que le llegaba por debajo de las rodillas, pero con un escote que no dejaba casi nada a la imaginación. Sus labios, pintados de rojo carmín, se curvaron en una sonrisa seductora y depredadora en cuanto me vio. El olor de su perfume, algo empalagoso, pesado y floral, invadió mi despacho, dándome náuseas al compararlo instintivamente con la frescura a jazmin dulce de mi esposa.

—Raffaelo... —ronroneó, su voz cargada de un tono meloso y rasposo, paseando su mirada felina descaradamente por la camiseta ajustada que marcaba mi pecho—. Es un placer verte con algo menos... formal. Aunque siempre estás impecable.

—Déjate de mierdas, Lucrezia —la corté, mi tono aburrido y rebosante de hostilidad. Caminé hacia el mueble bar y me serví tres dedos de whisky escocés, puro, sin hielo. Eran las once de la mañana, pero me importaba una mierda—. ¿Qué haces en mi casa? Te pago un dineral para que dirijas el club, no para que te pasees por mi jodido salón a estas horas.

Lucrezia no se amedrentó. La víbora estaba acostumbrada a mi mal humor; de hecho, a las mujeres como ella parecía excitarles la

violencia contenida. Caminó despacio hacia el escritorio, el sonido de sus tacones rompiendo el silencio del despacho.

—Tenemos un problema en "*Inferno*", Raffaelo. Y uno de los grandes. Por eso he venido en persona, esto no podía decírtelo por teléfono —dijo, apoyando una mano con uñas largas y afiladas sobre la superficie de mi escritorio de caoba.

Me apoyé contra el borde del mueble bar, dándole un sorbo largo al licor, sintiendo el ardor agradable bajar por mi garganta.

—Habla rápido. Mi paciencia es nula hoy.

—Es Bruno Carletti —explicó Lucrezia, su tono volviéndose más profesional, aunque su postura corporal seguía siendo una invitación directa, arqueando la espalda para resaltar su pecho—. Ya no vende tanta droga en las zonas VIP del piso de arriba. Los números de esta semana han caído en picado. La mercancía se está quedando estancada en los almacenes del sótano.

Fruncí el ceño. Carletti era uno de mis mejores y más confiables distribuidores. El club era la tapadera perfecta para blanquear los millones de la cocaína colombiana que entraba por el puerto.

—¿Por qué? —pregunté fríamente—.¿Hay topos de la policía fisgoneando de incógnito? ¿Problemas de deudas?

—No, no es la policía —Lucrezia rodeó el escritorio lentamente,sus caderas balanceándose con exageración mientras acortaba la distancia entre nosotros. Se detuvo a un metro de mí, cruzándose de brazos, realzando aún más su escote—. Los clientes VIP están consumiendo una mierda nueva. Pura química de laboratorio. Más barata, de peor calidad y cien veces más adictiva. Viene de fuera. Alguien está metiendo mercancía nueva en Catania sin pagar el peaje en nuestra aduana, Raffaelo. Y los rumores en la calle dicen que el diseño químico viene de la costa de Marsella.

Marsella.

Jean Luis Pierre.

El maldito francés del que me advirtió Don Salvatore ayer en la comida. El hijo de puta no solo quería usar mis puertos para mover su basura, sino que ya estaba ensuciando mi ciudad a mis putas espaldas. Mi sangre hirvió. Iba a despellejarlo vivo.

—Tendré que pasarme por el club esta noche para tener una pequeña charla con Carletti y algunos de esos clientes Vips —gruñí, girando el vaso de whisky en mi mano, calculando con fría precisión matemática cuántos dedos, rótulas y costillas tendría que romper en el sótano del club para conseguir el nombre exacto de la rata que estaba introduciendo la droga del francés.

—Me parece perfecto —murmuró Lucrezia.

Dio un paso más. Había invadido por completo mi espacio personal. Su maldito perfume empalagoso asaltó mi nariz de nuevo. Levantó la mano y, con un descaro suicida, apoyó la yema de su índice en mi antebrazo, delineando el borde de la camiseta.

—Tienes que dejarte ver más por allí, Raffaelo —susurró, inclinando la cabeza hacia arriba, mirándome con ojos hambrientos bajo sus espesas pestañas falsas, su aliento rozando mi clavícula—. Las chicas del club preguntan por ti a diario. Yo... pregunto por ti.

Yo no sentía absolutamente nada por Lucrezia. Me daba igual. Para mí era tan excitante y atractiva como una puta lámpara de pie en una sala de espera. No iba a negar que la había probado unas cuantas veces en la oficina de atrás del club. La chupaba tan sumamente bien que era imposible no repetir un par de veces para aliviar la tensión. Pero ahora... ahora no era el caso. Después de haber saboreado la pureza inmaculada de Larissa, la sola idea de tocar a otra mujer me revolvía el estómago. Mi primer instinto fue agarrarla de la muñeca y partirsela por atreverse a tocarme.

Pero justo en ese maldito momento, la pesada puerta de roble de mi despacho se abrió con un leve chirrido.

Levanté la vista por encima del hombro de la víbora.

Larissa estaba allí. Ignorando por completo mi orden de quedarse en la habitación. Se había cambiado. Llevaba una puta falda de cuero negro que apenas le cubría la mitad de los muslos, marcando la curva perfecta de sus caderas, y una sencilla blusa blanca de seda medio abotonada que dejaba ver la suave curva de sus pechos. Su pelo caía húmedo y salvaje por la ducha. Sus ojos azules escudriñaron la escena de inmediato. Vio a Lucrezia. Vio lo cerca que estaba de mí. Vio su mano apoyada en mi brazo.

La víbora también se giró, observando a mi esposa de arriba abajo con una mezcla de curiosidad, superioridad y un evidente desdén.

—Oh, disculpe. No sabía que estabas en una reunión privada —dijo Larissa.

Su voz sonó educada. Fría. Imperturbable. Absolutamente carente de ninguna emoción. La misma maldita actuación de princesa de hielo que me había hecho en la habitación.

El orgullo herido que había intentado sofocar volvió a encenderse con la furia de un incendio forestal. Las palabras de Larissa hicieron eco en mi mente otra vez. «*Fue solo sexo». «No significa nada*».

¿Ah, sí, pequeña fiera?, pensé, clavando mis ojos oscuros en los suyos. *Vamos a ver de qué está hecho ese puto hielo tuyo. Vamos a ver cuánto tardas en derretirte cuando otra perra ronda mi territorio.*

Decidí seguirle el rollo a Lucrezia. No hice nada que comprometiera mi autoridad, pero tampoco la aparté de un manotazo como habría hecho cinco segundos antes. En su lugar, esbocé una sonrisa de medio lado, ladeando la cabeza y relajando mi postura corporal, mostrándome peligrosamente receptivo a la cercanía de la otra mujer.

—Mientes —le solté a mi esposa con tono divertido, tomando un sorbo de whisky—. Sabías perfectamente que estaba aquí. Para eso pediste a Maria que te lo confirmara antes de bajar.

Larissa apretó un segundo los labios, pillada en su propia mentira, pero no retrocedió. Caminó hasta adentrarse en el despacho, parándose a dos metros de nosotros con una elegancia aristocrática.

—Soy Larissa Moretti. La esposa de Raffaelo —se presentó, cortante como un témpano de hielo, extendiendo la mano hacia la mujer de verde. Luego me miró a mí—. Y bajaba a decirte que, dado que me ordenaste acompañarte a no sé dónde, ya estoy lista. Cuando acabes tus... asuntos.

Lucrezia le dio la mano con una sonrisa condescendiente, casi burlona.

—Encantada de conocerla, *Signora.* Soy Lucrezia Fossati. La encargada de gestionar los... negocios nocturnos de su marido.

Me acerqué a Lucrezia apenas un centímetro, lo suficiente para que a los ojos de mi esposa pareciera una intimidad compartida. Dejé que mi mirada pasara lentamente por el profundo escote de la víbora antes de volver a clavar mis ojos en mi esposa.

Lucrezia, animada por mi falta de rechazo, sonrió triunfante y dejó caer su mano desde mi brazo hasta apoyarla directamente sobre el borde del mueble bar, acorralándome visualmente contra ella.

—Raffaelo y yo solo estábamos hablando de cómo va a tener que pasarse por el club esta noche hasta muy tarde. A ocuparse en persona de algunos asuntos.—ronroneó la víbora, girando la cabeza para mirarme a mí de nuevo—. El *Signore* Moretti siempre es bienvenido en mis dominios. Sus noches allí suelen ser muy... entretenidas.

Mantuve mi mirada fija en Larissa, bebiéndome otro trago de whisky. Estaba buscando la maldita fisura en su armadura. Quería ver la grieta en su máscara perfecta. Quería ver esos ojos azules arder de celos, quería verla apretar los puños o que me soltara una de sus afiladas frases llenas de veneno, reclamando lo que era suyo. Quería que le doliera, de la misma puta manera que me había dolido a mí escucharla reducir la noche más intensa de mi vida a una simple transacción de mierda.

—El placer es mío —respondió Larissa, con una sonrisa tan plástica y vacía que me dio ganas de romper el vaso que sostenía—. Ya me imagino que sus noches deben ser fascinantes.

Le di otro trago al whisky, sintiendo la rabia acumulándose.

—Como ves, no he terminado, esposa —pregunté con frialdad—. Y sigo ocupado planeando mi entretenida noche.

Larissa no parpadeó. Su pecho subió y bajó una sola vez bajo la blusa de seda.

—No te preocupes. No te molestaré más. Que disfrutes, Raffaelo.

Sin añadir una sola palabra más, dio media vuelta. Su pelo oscuro ondeó en el aire y la puerta se cerró a sus espaldas con un *clic* suave, dejándome a solas con la víbora.

El silencio volvió a caer en el despacho.

Lucrezia soltó una pequeña risita, acariciando el cristal de mi vaso.

—Vaya. Tu pequeña esposa parece un poco estirada. Si necesitas alguien que te relaje de verdad esta noche...

El juego había terminado. La frialdad de Larissa no me había dado la satisfacción que buscaba; solo había conseguido encender una furia letal e hirviente en la boca de mi estómago.

Agarré la muñeca de Lucrezia con una velocidad brutal. La fuerza de mis dedos se clavó en sus huesos, arrancándole un jadeo de sorpresa y dolor. La empujé hacia atrás, sin miramientos, apartándola de mí como si estuviera cubierta de ácido. Sus tacones resbalaron por la alfombra y tuvo que agarrarse al escritorio para no caer al suelo.

—Vuelve a tocarme, Lucrezia —le siseé, mi voz profunda, desprovista de cualquier juego, vibrando con una amenaza asesina —, y te cortaré las manos y se las daré de comer a los putos perros. ¿Te queda claro?

El terror desfiguró el rostro de la mujer. El color abandonó sus mejillas y asintió frenéticamente, frotándose la muñeca amoratada.

—S-sí, Don Raffaelo. Lo... lo siento.

—Cierra la puta boca —bramé—. Limpia la basura francesa que están vendiendo en las zonas VIP de mi club antes de que llegue yo esta noche. Si cuando llegue Carletti no tiene una puta explicación razonable, te haré responsable de la mercancía perdida a ti. Y créeme, no quieres ser responsable de mi mal humor hoy. Ahora lárgate de mi casa.

Lucrezia salió corriendo del despacho como si la persiguiera el mismo diablo. Y, en cierto modo, lo hacía.

Dejé el vaso sobre el mueble bar con un golpe seco que hizo tintinear el cristal. Necesitaba verla. Necesitaba arrancarle esa maldita máscara de indiferencia a gritos si era necesario.

Salí del despacho a zancadas largas. Ignoré a mis guardias y subí las escaleras de mármol de dos en dos. Recorrí el pasillo hasta nuestra habitación. Empujé las puertas dobles con tal fuerza que chocaron contra la pared.

Larissa estaba de pie junto a los ventanales, mirando el mar, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se giró al escuchar el estruendo.

Cerré la puerta de una patada, mi pecho subiendo y bajando, mis ojos negros clavados en ese trozo de cuero que llevaba por falda.

—¿Qué cojones haces vestida así? —rugí, mi voz retumbando en las paredes, señalando sus piernas desnudas que me estaban volviendo loco.

Larissa alzó una ceja, sin inmutarse por mi furia.

—Alégrate de que no haya bajado al despacho desnuda —replicó con sarcasmo.

Di dos pasos hacia ella, acorralándola visualmente.

—No estoy seguro de si me habría molestado tanto —gruñí, dejando que el instinto hablara por mí.

Ella soltó una risa irónica, ladeando la cabeza.

—¿Ah, no? ¿Entonces no te habría importado una mierda que todos tus hombres de seguridad me miraran el culo?

El mero pensamiento hizo que la sangre me zumbara en los oídos. Me acerqué hasta que mi pecho rozó el suyo.

—Les habría arrancado los putos ojos y te habría hecho unos pendientes con ellos, *amore mio* —siseé, la letalidad de mis palabras cien por cien genuina.

Larissa no se echó atrás. Mantuvo la barbilla alta, mirándome con ese desdén que me encendía la sangre.

—Ya veo que quieres mimarme —se burló, su tono goteando sarcasmo—. Pendientes hechos con los ojos de los que me miran, las manos de los que me tocan como regalo bajo el árbol de Navidad. ¿Qué viene después, Raffaelo? ¿Sus lenguas servidas en la mesa del desayuno si se atreven a besarme?

Acorralé su cuerpo contra el ventanal de cristal, apoyando mis manos a ambos lados de su cabeza.

—Ponme a prueba, Larissa —mi voz era un susurro gutural, oscuro e intransigente—. Ponme a puta prueba y descubrirás exactamente por qué todo el mundo en esta isla me tiene miedo.

Larissa esbozó una sonrisa ladeada, afilada y venenosa. Levantó una mano y, con un atrevimiento que me dejó sin respiración, apoyó un dedo sobre mi pecho, empujándome levemente.

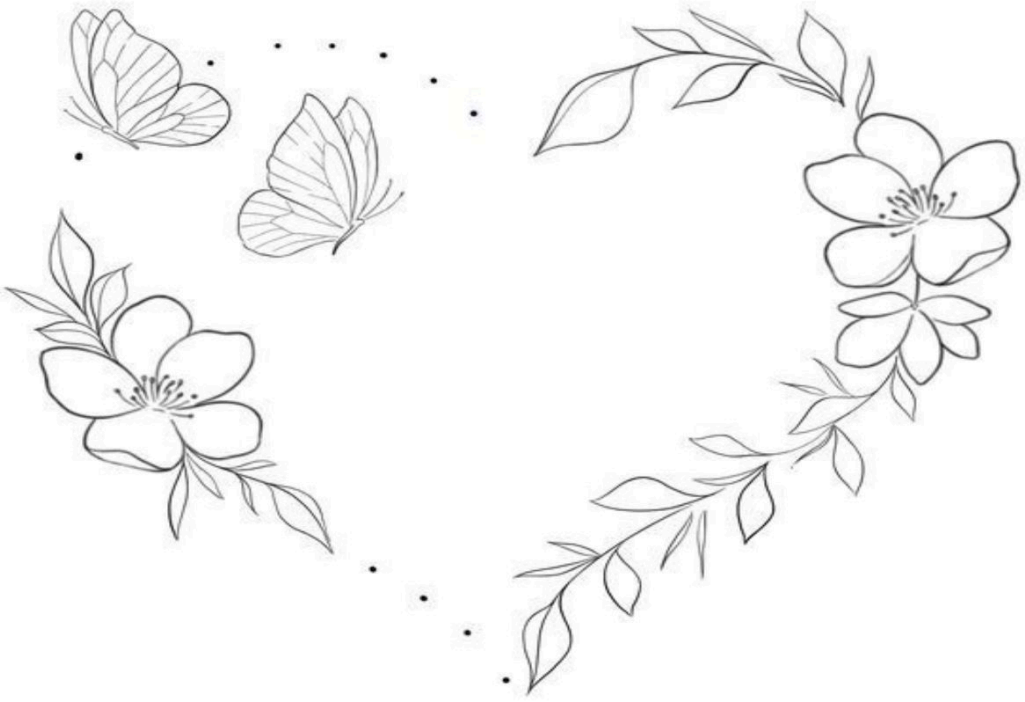
—En ese caso, puedes ir contando también a los hombres con los que follaré a partir de ahora, *esposo* —me desafió, guiñándome un

ojo con una insolencia suicida—. Me has quitado un peso de encima. Total, si es solo sexo, puedo buscarme a otros.

La ira pura y primitiva borró cualquier rastro de raciocinio de mi mente. Agarré su muñeca, apartando su mano de mi pecho, y la apreté contra el cristal.

—Bien —ronroneé, la furia tiñendo mis pupilas de un negro absoluto—. Tengo en mente noventa y nueve maneras diferentes de torturar a esos gilipollas que se atrevan siquiera a respirar en tu puta dirección, y otras tantas para asegurarme de que desearían no haber nacido jamás antes de morir gritando. Así que, si no quieres tener la conciencia cargada con las muertes sangrientas de todos esos hombres, más te vale estarte bien quietecita.

La respiración de Larissa se aceleró. El miedo por fin asomó en sus ojos azules, pero yo ya no iba a retroceder. Había despertado al monstruo y ahora tendría que lidiar con las consecuencias.



26

LARISSA

El eco de mis propios gemidos aún parecía flotar en el aire de la habitación. Mis pulmones quemaban por la falta de oxígeno, y mi espalda seguía pegada a la fría pared, contrastando con el calor abrasador que irradiaba el cuerpo de Raffaelo. Lentamente, Raffaelo dio un paso hacia atrás, rompiendo la fricción que nos había consumido. El aire acondicionado chocó contra mi piel sudorosa, provocándome un escalofrío. Me miró de arriba abajo, con el pecho ancho subiendo y bajando.

—Por mucho que me guste tenerte así, dispuesta y contra la pared —susurró, con la voz ronca, pasándose una mano por la mandíbula—, tenemos que irnos. Vamos.

La orden rompió el hechizo. El instinto y la vergüenza volvieron a mí de golpe. Asentí en silencio, alisando la blusa blanca y ajustando la falda de cuero con dedos temblorosos.

Quince minutos después, bajamos al vestíbulo. El olor a cera de los muebles y a flores frescas de los enormes jarrones llenaba la planta baja. Vi cómo Raffaelo se acercaba a un mueble de caoba y cogía las llaves de un coche. El llavero metálico tintineó en el silencio. Miré a mi alrededor, extrañada. No veía a Enzo ni a ninguno de sus hombres de seguridad cerca, algo inaudito en la fortaleza de los Moretti.

—¿Vas a conducir tú? —pregunté, rompiendo el hielo, escuchando el eco de mis tacones contra el mármol.

Raffaelo se giró hacia mí, haciendo girar las llaves en su dedo índice, con una sonrisa ladeada.

—¿Te parece que no soy capaz de conducir, *cara mia*?

—No, no es eso —repliqué, cruzándome de brazos por inercia—. Es solo que siempre vas acompañado de Enzo. ¿Hoy es algo diferente?

Raffaelo se acercó, su aroma a sándalo envolviéndome de inmediato.

—No, *dolcezza.* Solo que el día de hoy requiere un poco de intimidad, por decirlo así. Sube al coche.

Salimos al exterior. La brisa de julio era pesada y bochornosa, pero el cielo estaba cubierto por un manto de nubes grises que amenazaban con una tormenta de verano. Me subí al asiento del

copiloto de un espectacular BMW M4 negro mate y me puse el cinturón. Raffaelo arrancó el motor; el rugido de la bestia mecánica vibró bajo mis pies, y nos alejamos suavemente de la casa, dejando atrá los inmensos portones de hierro.

Mientras conducía, los ojos oscuros de Raffaelo volvieron a recorrer mi cuerpo y se rio, divertido. Sacó unas gafas de sol negras de la guantera y se las puso.

—¿Por qué te pones las gafas de sol si está nublado? —pregunté, frunciendo el ceño ante el absurdo.

—¿Cómo te miraría entonces el culo sin que te dieras cuenta? —respondió, con una tranquilidad pasmosa, sin apartar la vista de la carretera.

—Imbécil —murmuré, girando la cabeza hacia la ventanilla para ocultar el repentino rubor de mis mejillas.

—¿Y tú? —contraatacó él—. ¿Por qué te has vestido con una blusa blanca y falda oscura? ¿Quieres que vayamos a juego? ¿Como hacen las parejitas felices?

Lo miré, confundida, y luego me miré a mí misma. Él tenía una camiseta blanca y unos vaqueros oscuros, y yo una blusa blanca y una falda de cuero negro. *Joder, tendría que haber elegido otra cosa.* Parecíamos sacados de un puto catálogo.

—No, yo solo cogí algo al azar del vestidor —me defendí rápidamente.

Raffaelo esbozó esa sonrisa arrogante que tan bien conocía.

—Entonces, ¿fue coincidencia? No sabes mentir, *piccola.*

Iba a contradecirle, a soltarle una bordería, pero me contuve. Me mordí el interior de la mejilla. Tenía razón... Lo había visto vestirse en el vestidor antes de ponerme mi propia ropa. En cambio, intenté cambiar de tema desesperadamente.

—Entonces, ¿adónde vamos?

Raffaelo levantó una ceja, mirándome por encima de la montura de las gafas, y yo evité su mirada, volviendo la vista hacia el paisaje nublado.

—Curiosa, ¿eh? En breve lo sabrás.

Condujo con una mano en el volante. Con la otra, buscó en el bolsillo de la puerta y me tendió un papel doblado. Lo abrí y revisé la

lista rápidamente. Eran nombres de juguetes, ropa infantil, material escolar y libros.

—Vamos a hacer unas compras para unas donaciones que hago mensualmente —explicó, su voz perdiendo el tono burlón.

Lo miré, parpadeando, y no supe si sentirme impactada porque hiciera donaciones o asqueada porque supuse que se aprovechaba de unos niños para limpiar su conciencia manchada de sangre. Sea cual sea el sentimiento que se reflejó en mi cara, Raffaelo lo notó.

—Estas son algunas cosas que tenemos que comprar para los niños —añadió.

—Y si llevas haciendo esto desde hace tiempo, ¿por qué tengo que estar yo también presente hoy?

—Porque ahora tengo una esposa. Y los demás tienen que conocer a la hermosa esposa que le ha robado el corazón al impresionante *Capo.*

Puse los ojos en blanco, sumamente irritada por su tono arrogante. Este hombre estaba demasiado pagado de sí mismo. O sea, sí, no podía negar la evidencia: era extraordinariamente guapo y masculino, con esa mandíbula afilada, el pelo perfecto y esos músculos tensándose bajo la camiseta cada vez que giraba el volante. Pero aún así... había un montón de hombres más guapos que él en el mundo... ¿o igual no? La verdad es que dudaba que existieran muchos hombres que desprendieran tanto poder, magnetismo y brutalidad al mismo tiempo.

Mientras yo estaba dándole vueltas a lo endemoniadamente atractivo que era mi marido, ni me enteré de que ya habíamos llegado al parking de un inmenso centro comercial.

Unos veinte minutos después, me encontraba en el pasillo de una juguetería, rodeada de colores chillones y luces fluorescentes, aguantándome la respiración para no caerme al suelo de la risa.

Raffaelo sonaba profundamente irritado. Su ceño estaba tan fruncido que parecía a punto de sacar la pistola y dispararle a las estanterías.

—¿Qué tiene tanta gracia, *amore*? —gruñó, mirándome de reojo.

—Oh, nada... —murmuré, mordiéndome el labio inferior—. Solo que llevamos media hora plantados delante del estante de las

muñecas y el Diablo de Catania todavía no ha sido capaz de elegir ninguna.

—Sí, porque en la puta lista pone "muñeca Barbie", y este estante está lleno de malditas Barbies diferentes. ¿De dónde coño iba a saber a cuál se refería?

Toda mi concentración y mi postura de hielo se fueron al garrete. Exploté en carcajadas al ver su cara de confusión e iritación genuina. Raffaelo puso los ojos en blanco, claramente cabreado por mi diversión a su costa.

—Vale, vale. Me callo... eso espero —dije, riéndome un rato más. Luego me acerqué a la estantería, cogí un tubo de plástico alargado y lo puse en nuestro carrito.

Raffaelo me miró con una ceja levantada, cruzándose de brazos, haciendo que sus bíceps parecieran a punto de romper las mangas de su camiseta.

—En la lista pone "Barbie Color Reveal" —le expliqué.

—¿Qué coño significa eso?

—¿En serio? ¿El gran Raffaelo Moretti, el hombre que lo sabe y lo controla todo, no sabe de muñecas? —dije, divertida, burlándome de él abiertamente.

En un abrir y cerrar de ojos, él redujo la distancia entre nosotros. Me agarró del brazo, no con fuerza para lastimarme, sino con la suficiente firmeza para anclarme a él. Me miró con una expresión provocadora e irónica, y se inclinó, rozando mi oreja con sus labios, haciendo que su aliento cálido me pusiera la piel de gallina.

—*Amore mio*, puede que no entienda una mierda de estas muñecas, pero se me da de puta madre matar sin dejar rastro y hacerte gemir mi nombre.

Mi cuerpo se congeló por completo. El corazón me dio un vuelco brutal contra las costillas y noté cómo el fuego me incendiaba las mejillas en medio del pasillo de juguetes. *¿Qué coño me pasa?* En el coche estaba pensando en lo bueno que estaba, y ahora la piel me ardía bajo su simple contacto. Pensaba que lo odiaba con toda mi alma. Pero desde anoche, algo había cambiado drásticamente. *¿Desde cuándo mi cuerpo no se alinea con mi cerebro?*

Carraspeé suavemente, sintiendo la garganta como un desierto de arena cuando intenté hablar con una voz calmada y natural.

—La "Barbie Color Reveal" es una muñeca cubierta con una capa de pintura que se disuelve al contacto con el agua. Es como una muñeca sorpresa.

Lo dije tan deprisa que casi me trabo, y me alejé de él, dando un paso atrás, intentando desesperadamente reprimir el latido húmedo y urgente que empezaba a palpitarme entre las piernas. *¿Cómo es posible?* Se suponía que lo odiaba... se suponía que tendría que pensar en Mario. Fue él quien me dio mariposas dulces en el estómago. No el caos, el fuego y el zoológico en llamas que me provocaba Raffaelo.

Nos paseamos un rato más por la tienda, llenando el carro con más juguetes, incluyendo algunos coches teledirigidos, robots y aviones de aeromodelismo, que ahí sí parecía que a Raffaelo se le daba sorprendentemente bien elegir.

Después de pagar, volvimos al coche cargados de bolsas. El camino hasta el orfanato transcurrió en un silencio sepulcral.

Durante todo el trayecto mantuve los ojos clavados en la ventanilla, evitando su mirada. Mi mente no paraba de reproducir la escena de la tienda: su mano fuerte sujetándome el brazo, el calor de su aliento en mi cuello... Esa imagen, en combinación con los recuerdos de sus embestidas de esta mañana, era un cóctel letal. Volví a notar ese pálpito intenso y traicionero entre mis muslos. Los apreté con fuerza, frotando las rodillas, intentando calmarme. Sentí la mirada oscura de Raffaelo clavada en mí, evaluando mis movimientos, pero no me giré y él no dijo ni pío.

El trayecto fue una auténtica tortura, pero al final llegamos. El coche se detuvo frente a un inmenso portal de hierro. A través de él, vi un edificio de piedra precioso y muy bien cuidado, con un patio enorme lleno de césped, columpios y críos de todas las edades corriendo y jugando.

No esperé a que Raffaelo me abriera la puerta. Salí del coche sola, sintiendo el aire fresco contra mi rostro caliente.

Raffaelo salió del vehículo y se puso a mi lado. Al instante, me quedé boquiabierta.

Un grupo de cuatro niños pequeños abandonó los columpios y corrió hacia nosotros, rodeándolo por completo.

—¡Cuánto le hemos echado de menos, señor Raffaelo! Le estaba esperando —dijo un niño rubio de unos siete años, con una sonrisa a la que le faltaba un diente frontal.

—¡Sí! La verdad es que le hemos echado mucho de menos —aprobó esta vez una niñita de unos cinco años, con unos ojos verdes inmensos y el pelo castaño rizado en dos coletas deshechas.

Raffaelo, el temido *Capo* de la mafia siciliana, el hombre que ordenaba asesinatos antes del desayuno... se arrodilló delante de los niños y los abrazó con fuerza.

—Y yo también os he echado de menos, enanos. He estado un poco liado últimamente, pero me alegro un montón de haber podido venir hoy.

Me quedé inmóvil, bloqueada por el *shock absoluto*. *¿Qué coño está pasando?* ¿Raffaelo sonriendo de verdad, sin un ápice de malicia o sarcasmo? Y encima... ¿Mostrando cariño genuino? *Creo que estoy soñando, que alguien me eche un puto cubo de agua fría por encima.*

El *shock* se me debía notar a kilómetros en la cara, porque Raffaelo se levantó, me cogió de la mano entrelazando sus dedos cálidos con los míos, y se inclinó para susurrarme:

—Pareces como si hubieras visto un dragón con dos cabezas, *amore.*

—Algo así... —balbuceé, parpadeando incrédula—. Yo... no me lo esperaba...

—¿El qué, *dolcezza*? ¿Esperabas que les gritara? ¿Que los apartara de un empujón?

—No... no exactamente. Es solo que... ahora pareces una persona completamente distinta.

Raffaelo apretó mi mano suavemente.

—Te equivocas, *amore*. Sigo siendo yo. Solo que sé jugar bien mis cartas.

Se rio bajito y luego se dirigió a los niños en un tono cálido.

—Chicos, ella es mi esposa. Larissa Moretti. La he traído para que la conozcáis.

Me quedé quieta unos segundos, pero cuando vi la evidente desconfianza y timidez en las caritas de los niños, me agaché un poco y les dediqué mi mejor sonrisa.

—Hola a todos.

—¿Es usted de verdad la señora Moretti? —preguntó el mismo niño rubio, mirándome como si yo fuera un extraterrestre.

Me eché a reír bajito, divertida por la cara de pasmo del crío. *Ni siquiera los niños se creían que una mujer normal pudiera estar al lado de un hombre como Raffaelo.*

—Sí, lo soy. Pero por favor, llamadme solo Larissa.

En ese momento, una mujer de unos sesenta años, con el pelo gris recogido en un moño pulcro y un delantal impecable, se acercó a nosotros. Mandó a los niños a jugar y luego abrazó a Raffaelo con una familiaridad asombrosa, para después abrazarme a mí.

—Encantada de conocerte, señora Moretti. Enhorabuena por la boda.

—Aaa... sí, muchas gracias. Y por favor, llámeme solo Larissa —respondí, abrumada por tanta normalidad.

—¿Qué tal, Bea? —preguntó Raffaelo. Su tono denotaba una preocupación y un cariño tan puros que, para mí, fue como recibir una hostia a mano abierta.

¿Qué coño le pasa a este hombre al que toda Sicilia le teme?

—Oh, Raffaelo. Estoy mucho mejor ahora que he podido volver a verte —respondió la mujer con una sonrisa maternal.

Por un microsegundo, Bea me miró de hito en hito, como si evaluara mi alma, como si quisiera contarme un secreto a voces. Luego, sacudió la cabeza y nos invitó a sentarnos en un banco de madera bajo un roble, mientras iba a prepararnos un té.

Ni siquiera nos dio tiempo a sentarnos bien cuando el niño rubio volvió, cogió a Raffaelo de la mano tirando de él, y se lo llevó hacia donde los demás chavales mayores estaban jugando al fútbol. Y lo más chocante de todo: Raffaelo se dejó llevar dócilmente.

Casi me quedé sin aire observando la escena desde el banco. Raffaelo jugaba al fútbol con los niños. Se movía rápido por el césped, pero controlando su inmensa fuerza para no lastimarlos,

pasando la pelota, bromeando a gritos con ellos y, de vez en cuando, revolviéndoles el pelo cuando marcaban gol.

Lo miré, y el mundo a mi alrededor pareció desvanecerse. Mi mente voló lejos. Muy, muy lejos. *¿Jugaría así también con nuestros hijos?* Evidentemente, si alguna vez los tuviéramos. Se le veía tan pacífico, tan humano. Ni rastro del monstruo frío y distante. Era como si... estuviera en casa. Las gotas de sudor brillaban en su frente y su camiseta blanca se pegaba a su espalda, pero se notaba a la legua que no estaba dando todo lo que podía; era evidente que les dejaba ganar aposta.

Y eso, no sé por qué, me caldeó el alma de una manera extraña y dolorosa, obligándome a replantearme todas mis opiniones sobre él.

Creo que Raffaelo me pilló sonriendo como una estúpida mientras lo miraba, porque se despidió de los niños, se acercó y se sentó a mi lado en el banco, dando un largo trago a una botella de agua. Vi su nuez subir y bajar, y me tragué un suspiro. No me aguanté y le solté la verdad:

—Eres diferente. Me gusta.

Él bajó la botella y me miró, con el pelo pegado a la frente.

—¿Diferente cómo?

—Relajado. Diría que hasta feliz. Estos niños te tienen un montón de cariño, y tengo la firme sensación de que tú a ellos también.

Raffaelo me echó un brazo pesado y cálido por los hombros, me atrajo hacia él y se inclinó para darme un beso suave en la mejilla. El olor a sándalo me inundó. Definitivamente, me puse colorada.

Justo entonces, por el rabillo del ojo, vi el fogonazo blanco de un flash, pero estaba tan hipnotizada por los oscuros pozos de sus ojos que apenas le presté atención. Sentí cómo el cuerpo de Raffaelo se tensaba como una cuerda de arco bajo mi tacto, pero me sonrió un poco, dejándome un tanto alucinada, y acto seguido juntó sus labios con los míos.

Fue un beso suave, lento, una caricia tierna que no tenía absolutamente nada que ver con la posesión salvaje de por la mañana. *¿Será porque hay niños delante?* pensé. Aunque no parecía el tipo de hombre al que le importaran esos detalles. Bueno, ya nada

me extrañaba. Tampoco parecía el hombre que jugara al fútbol con unos huérfanos.

Cuando se separó, me clavó la mirada. Por una milésima de segundo, vi un brillo real de afecto y paz en sus ojos. Pero al momento siguiente, en un parpadeo, vi cómo los gigantescos muros de hielo y acero volvían a levantarse entre nosotros, bloqueándome el paso.

Su mandíbula se apretó. Me sonrió, pero esta vez fue su típica sonrisa fría, distante y maliciosa.

—No te engañes sola, *amore* —dijo, con voz áspera—. Es puro teatro.

Mi cabeza está en guerra constante cada vez que le miro. En un instante es atento, amable, y al siguiente se transforma en un hombre frío, peligroso, que emana oscuridad por todos los poros.

Se giró hacia el patio, apartando su brazo de mis hombros, y yo seguí su mirada hasta donde un fotógrafo oficial estaba sacando fotos a los niños mientras abrían los regalos que Raffaelo les había traído. Ni siquiera me miró cuando soltó el golpe de gracia:

—Si he conseguido convencerte a ti, que juras que me odias, entonces creo que convencerlos a *ellos*, ha sido un éxito total. —Giró la cabeza y me miró con frialdad. Levantó una mano y me tocó la punta de la nariz con el dedo índice, un gesto condescendiente—. Eres demasiado fácil de engañar, *dolcezza*. No deberías fiarte tan fácilmente de las buenas acciones. El mundo está preparado para aprovecharse de tu ingenuidad y de tu preciosa inocencia.

Sentí como si me hubieran clavado un puñal en el pecho.

—¿Incluido tú? —susurré, luchando para que la voz no me temblara.

—Sobre todo yo.

Y con esa sentencia letal, se levantó del banco y se dirigió hacia el fotógrafo, dejándome completamente sola.

Me quedé en el banco de madera con un sentimiento de decepción y dolor tan agudo que me encogía el corazón. Tenía razón... *¿Cómo he podido ser tan tonta?* Vivo en la misma casa que este hombre, y aparte de frialdad, no he visto ningún otro sentimiento real en él. Puede que lo de anoche y lo de esta mañana

también fuera puro teatro para él. Sería un puto actor de Óscar. Para él todo es un juego, puro teatro para el público.

La garganta se me cerró. Aunque todavía no sabía por qué me importaba tanto, sentí cómo la decepción se transformaba en lágrimas calientes que amenazaban con derramarse. *¿Por qué me había ilusionado con que fuera diferente? ¿Por qué quería que fuera bueno?*

Ya no podía seguir ahí sentada viéndolo posar para las cámaras. Me levanté y eché a andar rápido hacia el interior del edificio para esconderme. No sabía adónde iba, pero al girar en el pasillo principal del orfanato, casi me choco de bruces con Bea, que llevaba una bandeja de plata con unas tazas de té humeante.

—¡Oh, perdona, cielo! —exclamó la mujer.

—No, es culpa mía. No miraba por dónde iba. Lo siento muchísimo —me disculpé rápidamente, pasándome la mano por los ojos para borrar cualquier rastro de lágrimas.

Bea me escrutó durante un segundo con sus ojos sabios y amables. Dejó la bandeja en una mesita auxiliar cercana y me puso una mano reconfortante en el hombro.

—¿Qué ha pasado? Tienes muy mala cara, querida.

—Yo... estoy bien... es solo que...

—¿Te ha dicho algo Raffaelo? —adivinó al instante.

La miré, totalmente desconcertada.

—¿Cómo... cómo te has dado cuenta?

Ella se rio suave y dulcemente, acariciándome el hombro y el brazo con un instinto puramente maternal.

—Ay, cariño. ¿Cómo no iba a saberlo? Conozco a Raffaelo desde que era un niño asustado de quince años. Reconozco cada movimiento que hace, cada coraza que se pone. Es casi como mi propio hijo.

Creo que la confusión se me reflejó claramente en la cara, porque Bea suspiró y continuó hablando en voz baja.

—Cuando tenía quince años, sus padres murieron de forma horrible, y su familia lo mandó aquí, a este mismo orfanato.

El mundo entero pareció detenerse. El aire abandonó mis pulmones.

—¿Perdona? —balbuceé—. Sus padres... ¿Cómo?

Bea respiró con pesadez, su mirada perdiéndose en el recuerdo doloroso.

—Fueron asesinados. A sangre fría. Con él dentro de la casa.

Se me encogió el corazón en un puño. Una oleada de náuseas y una tristeza abrumadora me golpearon con tanta fuerza que tuve que apoyarme en la pared. Traté de imaginar a un niño de quince años presenciando cómo le arrebataban todo su mundo. Hice un esfuerzo sobrehumano por preguntarle.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Cariño... esa es una historia que debería contarte él. Lo único que te puedo decir, y te lo digo de corazón, es que Raffaelo no es el monstruo de hielo que quiere aparentar ser. Toda esa crueldad, todo ese teatro, es una coraza de acero con la que mantiene a la gente a raya para que no vuelvan a destrozarlo.

—No lo creo, Bea... —negué con la cabeza, recordando sus amenazas—. Por algo toda Sicilia le tiene terror. Ha hecho cosas horribles.

Bea me cogió suavemente las dos manos entre las suyas cálidas.

—No dejes que te haga daño y te aleje con esa estúpida fachada de mafioso despiadado. Te necesita, Larissa. Necesita a alguien como tú para calmar sus demonios de una vez por todas. He visto cómo te mira cuando cree que nadie se da cuenta. Vámonos fuera, que se nos enfría el té.

Asentí con la cabeza de forma mecánica, aún aturdida por la revelación, y cogí la bandeja de la mesita. Salimos de nuevo al patio y nos sentamos en otro banco más alejado.

Miré a mi alrededor buscando a Raffaelo, y mis ojos se posaron en él al instante. Se había alejado de los demás niños. Estaba sentado en un banco solitario junto a un chaval alto, moreno y de mirada dura que rondaría los diecisiete años.

—Ese es Lorenzo —me explicó Bea, siguiendo mi mirada—. Su padre lo abandonó cuando tenía cinco años y su madre murió hace un año de una enfermedad. Ningún familiar quiso hacerse cargo del chico por las deudas que dejaron, así que acabó aquí. Es el mayor de todos.

Observé cómo Raffaelo hablaba con Lorenzo. La postura de mi marido no era amenazante, sino de apoyo, casi paternal. Pobre chaval, se me partía el alma... abandonado por su padre, habiendo perdido a su madre que era su único apoyo, y repudiado por su propia sangre.

—¿De qué están hablando? —pregunté, sin apartar los ojos de ellos.

—Lorenzo me recuerda muchísimo a Raffaelo cuando cruzó esas puertas por primera vez. Ambos sufrieron pérdidas brutales y tienen un odio profundo e interno hacia quienes les hicieron daño y los abandonaron. Ni siquiera el tío de Raffaelo quiso adoptarlo legalmente para darle un hogar; solo se hizo cargo del negocio criminal de su hermano muerto hasta que Raffaelo fue mayor de edad y lo reclamó.

Volví a mirarlos. A Raffaelo. El implacable *Capo*. La compasión y el dolor inundaron mi pecho, lavando la ira que había sentido minutos antes. *¿Cómo de dolorosa ha sido su vida? ¿Cuántas personas lo han abandonado y decepcionado antes de que se convirtiera en esta bestia letal? ¿Cuántas heridas invisibles y cicatrices tiene en el alma que yo desconozco?* Yo quería estar en guerra con él. Quería odiarlo con todas mis fuerzas, hacerle la vida un infierno por haberme comprado, por obligarme a casarme con él y por corromper mi cuerpo. Pero... quizás su vida ya era un infierno mucho más grande antes de conocerme.

—Larissa... —la voz de Bea me devolvió a la realidad—. Sé que no debería pedirte esto, porque sé que seguramente Raffaelo te hace daño emocionalmente con sus palabras, pero... te necesita. Eres la única que seguramente puede derribar esos muros tan altos que ha levantado a su alrededor.

Bea me apretó la mano y me miró con una voz cargada de una súplica desesperada.

—Por favor, no lo dejes... Sé que es muy complicado querer a un hombre así... pero conozco su corazón. En el fondo, merece ser amado. No lo abandones.

Bajé la vista hacia mi mano izquierda. Levanté mis dedos para que Bea viera el pesado diamante brillando a la luz del día, y esbocé una

sonrisa triste, cargada de una resignación que por primera vez no me supo a veneno.

—Estamos casados, Bea —le respondí, mirando hacia donde mi marido seguía hablando con el muchacho roto—. Ni aunque quisiera, podría escapar de él.



27

RAFFAELO

Estaba sentado en el viejo banco de madera desconchada, al lado de Bea, la mujer que se había convertido en mi *nonna* desde que tenía quince años. El olor a hierba recién cortada y el aroma dulzón del té de bergamota que humeaba en las tazas sobre la bandeja se mezclaban en el aire húmedo de la tarde.

Pero mis sentidos estaban concentrados únicamente en una dirección.

Mi mirada estaba clavada en Larissa. Estaba a unos metros de nosotros, sentada en el césped, hablando y jugando con un par de niñas pequeñas. El viento jugaba con su pelo oscuro, y su blusa blanca resaltaba contra la luz mortecina del día nublado. Se reía. Era una risa cristalina, real, un sonido que vibraba en mi pecho de una forma que me negaba a analizar demasiado.

Sabía perfectamente que los perros de la *Comisión* me seguían. Mis hombres habían detectado a dos "vigilantes" aparcados en un sedán gris a tres manzanas del orfanato, comprobando si mis movimientos encajaban con los de un hombre recién casado. Estaban allí para ver si mi matrimonio iba en serio o si era solo una farsa para hacerme con el control total.

Pero mientras la miraba... sabía que ya no todo era mentira.

Esta adolescente rebelde, esta fiera que me había escupido veneno y me había jurado odio eterno, me había robado el alma desde anoche. Su entrega, me había desarmado por completo. Había quebrado mis defensas con la misma facilidad con la que yo quebraba huesos. No sabía exactamente qué era lo que había detonado esa rendición en mí. Posiblemente porque nunca, en toda mi maldita y sucia existencia, había tenido tanta pureza entre mis manos como ella. Y me aterraba la idea de mancharla por completo.

Aspiré profundamente, llenando mis pulmones del olor a tierra húmeda y flores silvestres. Crecí en este lugar. Le tenía un profundo afecto a estos muros de piedra y a estos patios donde había derramad sudor y lágrimas. Bea me dio bastante cariño en esos días en los que yo no era más que un animal herido y rabioso. Yo era un adolescente consumido por el trauma de la muerte de mis padres.

Mi padre, un hombre que lideró nuestro imperio pero que en el fondo estaba cansado de la sangre, hubiese querido una vida lejos de la mafia para mí. Quería limpiar mi destino. Así que me mandó a estudiar a un exclusivo internado en Francia. Solo nos veíamos en las vacaciones, o a veces venían a visitarme de sorpresa a París.

Eran las vacaciones de verano cuando volví de Francia. Recuerdo el sofocante calor de junio, el olor a salitre del mar y la tensión asfixiante que inundaba la casa. Mi padre estaba bastante agitado ese día. Tenía los ojos inyectados en sangre, fumaba un cigarrillo tras otro, apestando el despacho a tabaco rancio, como si supiera que algo no iba bien. Se acercó a mí, me agarró por los hombros con una fuerza desesperada y me dijo que creía que había un traidor dentro de la familia. Me ordenó que tenía que volver a Francia de vuelta en el primer vuelo disponible. Que no me podía quedar.

Así que subí a mi cuarto, frustrado y enfadado, y volví a hacerme las maletas que no llevaban ni tres horas deshechas.

De repente, sentí una punzada de dolor irracional en el pecho, un presentimiento helado. Y entonces, el sonido. Dos disparos sordos, secos, que rebotaron en las paredes de la mansión.

Bajé corriendo, saltando los escalones de tres en tres, con el corazón golpeándome la garganta. Cuando llegué al salón principal, el olor a pólvora quemada y el inconfundible y denso hedor metálico de la sangre me asaltaron. Mi tío estaba de pie, justo al lado de los cadáveres de mis padres. La sangre de mi madre manchaba la alfombra persa.

Mi tío se giró hacia mí. Con una cara de consternación digna de un puto premio Óscar, me prometió que se encargaría del culpable de la muerte de su hermano y de mi madre. Me dijo que yo no podría quedarme más en esa casa, ni en la mafia, porque estaría en peligro. Me dijo que los asesinos me buscarían, que tampoco podía volver a Francia porque me encontrarían allí, y que el único sitio donde estaría a salvo del radar de nuestros enemigos sería en este orfanato, escondido como una rata.

Me lo creí. Como el puto niño asustado que era, le creí.

Cuando cumplí los dieciocho años y salí por las puertas de hierro de este lugar, mi tío estaba tan tranquilo, engordando y ocupándose

del negocio de mi padre. Vivía en la mansión, bebía nuestro vino, conducía nuestros coches, y por mí no se había interesado ni una sola maldita vez en tres años. Y, casualmente, los supuestos culpables de la muerte de mis padres seguían siendo fantasmas sin rostro.

Mi instinto, afilado por los años de soledad, me decía que algo iba terriblemente mal. Tantos años él había vivido una buena vida sobre la tumba de mi padre. Así que fui a verle. Le pedí lo que era mío por derecho de sangre. Mi puesto. El negocio de mi padre. La mafia.

Por supuesto, no estuvo de acuerdo. Me sirvió un trago y me dijo, con su tono condescendiente, que mi padre no hubiese querido verme en peligro y que yo no sabía nada de cómo dirigir el imperio de la mafia. Pero yo era su hijo. Un Moretti. Y lucharía como él hasta el final. Llevaría mi apellido a lo más alto, costara la sangre que costara.

Hice mis propias investigaciones en las sombras. Soborné, amenacé y torturé hasta que recuperé parte de las cintas de las cámaras de seguridad de aquel día, las que él creía haber destruido. Y solo aparecía mi tío en ellas. También encontré contratos, rutas de contrabando y firmas de desvío de dinero a nombre de él, fechadas días antes del asesinato.

Fue él. No tenía dudas. El hombre que compartía mi sangre había masacrado a mi familia por poder.

Pero no podía matarlo de una maldita vez. Una bala en la cabeza era un regalo demasiado piadoso para una escoria como él. Primero tenía que sufrir. Primero le quité la mafia. Tomé mi puesto a la fuerza, demostrando una brutalidad que lo dejó acorralado. Los hombres, acostumbrados a la debilidad y la avaricia de mi tío, empezaron a respetarme a mí más que a él. Mi palabra, forjada en violencia y honor, era más respetada que la suya.

Empezó a arruinarse, a quedarse solo, y yo, jugando su mismo juego, le tendí una falsa mano salvadora creyendo que le estaba ayudando. Tal y como me hizo él creer a mí.

Y ahora, por fin, se le acercaba el puto final.

Desde hace dos años, lo tenía encadenado en un bunker oscuro y húmedo de una de mis propiedades a las afueras. Un agujero que

olía a meados, moho y desesperación. Cada día, sin falta, uno de mis hombres bajaba y se encargaba de propinarle una buena paliza, manteniéndolo justo en el límite entre la vida y la muerte. Un tormento que solo le hacía llorar, suplicar y desear su final cada vez que escuchaba la puerta oxidada abrirse.

Y yo se lo iba a dar pronto. Llevaba doce años esperando ese momento, y la paciencia del Diablo es infinita cuando se trata de venganza.

El tacto suave de una mano sobre mi rodilla me sacó de mis pensamientos homicidas. Pestañeé, disipando la bruma de sangre y muerte de mi mente. Bea me miraba con esos ojos sabios y arrugados.

—Larissa es maravillosa. Me gusta —dijo Bea, con esa voz cálida y maternal con la que me crio.

Volví a mirar a mi esposa. Estaba sentada en la hierba, riendo abiertamente mientras le hacía una trenza a una niña pecosa. Parece que todos los niños la adoraban ya. *Claro, ¿cómo no les iba a gustar un ángel?* Era luz pura.

Y a mí también me gustaba. Me volvía loco, a pesar de nuestros constantes roces, de sus cuchillos de hielo y de mi fuego. Era guapa, espectacularmente hermosa, dulce, a veces muy ingenua y tierna cuando bajaba la guardia, pero en el fondo de sus ojos azules ardía una llama de puro desafío que me invitaba a quemarme en ella.

Observé sus manos delgadas terminar la trenza. Se la veía en calma. Una calma absoluta. Apreté la mandíbula al comprender una realidad ineludible: a mi lado, en mi mundo de violencia y traiciones, ella nunca tendría esa calma. Yo era el caos que iba a destrozar su paz.

—Sí, lo es —respondí, mi voz ronca, la verdad escapando de mis labios sin mi permiso—. Por eso es mi mujer.

Bea apretó mi rodilla.

—Has hecho la mejor elección, *bambino*. Se nota que ella tiene un corazón lo suficientemente grande para los dos.

Solté una risa seca, pasándome la mano por el cuello.

—Sabes, Bea, no siempre hago lo correcto. Mi mundo no es un lugar para la gente como ella. Yo no soy un buen hombre. Todo lo

que toco, tarde o temprano, acaba manchado de sangre o convertido en cenizas.

—Nadie es completamente bueno ni completamente malo, Raffaelo —susurró Bea, mirándome a los ojos con la severidad de una madre—. Eres un buen hombre debajo de esa armadura de matón que te pones. Solo asegúrate de que no sufra por tu culpa. No se lo merece. Y tú tampoco te mereces seguir viviendo en el infierno que te construiste.

—En nuestro mundo, el sufrimiento es el precio de la entrada, Bea —sentencié con frialdad—. Pero te juro que quien intente hacerle daño, rogará no haber nacido.

Unos minutos después, Larissa se despidió de los niños, que se aferraban a sus piernas pidiéndole que volviera pronto. Caminó hacia nosotros, su rostro aún relajado, pero en cuanto sus ojos se encontraron con los míos, vi cómo la barrera se levantaba de nuevo. Era fascinante y doloroso a partes iguales ver cómo cambiaba al acercarse a mí. Era la jodida perdición encarnada.

Nos despedimos de Bea con un abrazo. Mi nonna le susurró algo al oído a Larissa que la hizo asentir lentamente, con una mirada triste pero determinada.

Caminamos de vuelta al coche en silencio. Le abrí la puerta, esperando a que subiera. Su perfume a jazmín me acarició el rostro.

—Sube —ordené, cerrando la puerta con un golpe seco en cuanto acomodó sus largas piernas.

El viaje de vuelta hacia el centro de Catania fue asfixiante. La bruma pacífica del orfanato se disipó en cuanto mis manos aferraron el volante de cuero del M4. La sangre de la mafia reclamaba mi atención. El problema con la mercancía francesa que Carletti había permitido entrar en mis dominios era una ofensa que se pagaba con carne y hueso.

Larissa, notando la repentina tensión que emanaba de mi cuerpo, se removió inquieta en su asiento.

—Tu humor ha cambiado en cuanto has cruzado esa verja —señaló, mirándome de reojo.

—Al igual que tu padre, yo dirijo un imperio. La diferencia es que yo no dejo que los problemas crezcan en mi patio trasero sin

cortarlos de raíz —gruñí.

El cielo se había oscurecido por completo, y las farolas empezaban a iluminar las calles mojadas por la humedad de la noche. Aparqué el BMW M4 en el callejón trasero de *Inferno*. El inmenso edificio de tres plantas vibraba con los bajos de la música electrónica, a pesar de que aún no habían abierto las puertas principales al público. El olor a ozono, basura de los callejones y perfume caro impregnaba el ambiente.

Me bajé del coche y le abrí la puerta a Larissa. Ella miró la puerta de acero reforzado del club con recelo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Tengo un problema que resolver. Y tú vienes conmigo porque mis hombres en la mansión son unos inútiles y prefiero tenerte bajo mi vista —gruñí, agarrándola por la parte baja de la espalda y empujándola suavemente hacia el interior del local.

Cruzamos los pasillos oscuros, iluminados solo por tiras de luces LED rojas. El olor a ginebra rancia, tabaco y desinfectante industrial flotaba en aire. Mis guardias de seguridad, armados y apostados en cada esquina, se tensaron y bajaron la cabeza al verme pasar, lanzando miradas furtivas a la mujer que caminaba a mi lado.

La llevé directamente al tercer piso, a mi oficina privada. Era una fortaleza insonorizada, con paredes de cristal tintado que permitían ver la pista de baile vacía abajo, muebles de cuero negro y una pesada puerta de acero con cerradura biométrica.

La metí dentro y encendí las luces cálidas de la estancia.

—Quédate aquí. Siéntate, mira la televisión, bébete algo del minibar si quieres. Pero no salgas —le ordené, mi tono volviéndose oscuro, autoritario, el Capo asumiendo el control por completo.

Larissa alzó la barbilla, esa chispa de rebeldía encendiéndose de nuevo en sus pupilas.

—¿Y si me aburro y decido salir a dar una vuelta por tu club?

Di un paso hacia ella, acorralándola contra el respaldo de un sofá de cuero. Me incliné hasta que mi rostro quedó a centímetros del suyo, aspirando el olor a su piel.

—Te aconsejo que esta vez me hagas caso, *esposa.* No salgas de esta maldita habitación. Quédate aquí, o te castigaré de una forma

que no olvidarás.

Larissa esbozó una sonrisa de medio lado, insolente y letal, y me miró a los labios.

—Seguro me gustará el castigo.

La provocación me encendió la sangre en la ingle, pero apreté la mandíbula, negándome a caer en su juego cuando tenía que ir a mancharme las manos.

—Este no creo, *cara mia* —le aseguré, con una frialdad que borró la sonrisa de sus labios.

Me aparté de ella, capturando su mirada ligeramente sorprendida, salí del despacho y cerré la puerta con llave desde fuera. Dos de mis hombres de máxima confianza, que esperaban en el pasillo, se cuadraron al instante.

—Nadie entra. Ella no sale. Si alguien que no sea yo se acerca a este pomo, le voláis la cabeza. ¿Entendido? —gruñí.

—Sí, *Capo* —respondieron al unísono.

Caminé a zancadas por el pasillo VIP hacia la zona de los almacenes subterráneos. La música de prueba retumbaba en mis oídos, marcando el latido acelerado de mi furia.

Al llegar al sótano, el olor cambió drásticamente. Olía a humedad, a sudor frío y a miedo. Lucrezia Fossati estaba de pie en una esquina, jugueteando nerviosamente con un cigarrillo apagado. Frente a ella, flanqueado por dos de mis hombres más grandes, estaba Bruno Carletti.

Bruno era un tipo gordo, con el pelo engominado hacia atrás y un traje de seda italiana que le quedaba pequeño. Estaba sudando a mares. En cuanto vio mi silueta emerger de las sombras del pasillo, su rostro palideció y las rodillas le temblaron.

—¡Don Raffaelo! —chilló, dando un paso adelante antes de que mis hombres le pusieran una mano en el pecho para detenerlo—. Juro por mi madre que no es mi culpa. ¡Se lo juro!

Ignoré sus patéticas súplicas. Caminé hasta una mesa de metal cercana, donde mis hombres habían colocado una bolsa de plástico transparente que contenía un polvo blanco y cristalino, ligeramente rosado. La basura francesa. Pura química de diseño que estaba arruinando a mis clientes ricos.

Me puse un guante de látex negro lentamente, el chasquido de la goma resonando en la sala subterránea. Metí un dedo en la bolsa, froté el polvo entre el pulgar y el índice, y lo acerqué a mi nariz, oliendo el rastro a acetona y amoníaco.

—Esta mierda es veneno puro —murmuré, mi voz baja, controlada, mucho más peligrosa que si estuviera gritando—. Jean Luis Pierre está metiendo esta basura en mi ciudad. En mi club. Bajo mis putas narices.

Me quité el guante, lo tiré al suelo y me giré lentamente hacia Carletti. Mis ojos estaban muertos, vacíos de cualquier rastro de humanidad.

—Y tú, Bruno... a quien le di la exclusividad de distribución en los reservados VIP de este club... estás dejando que los putos franceses se paseen por mi territorio quitándote los clientes.

—¡Señor, no lo sabía! ¡Los clientes empezaron a traerla de fuera! —sollozó Bruno, el pánico haciéndole sudar hasta empapar el cuello de su camisa—. ¡Es más barata! ¡Les da un subidón más fuerte! ¡Yo no se la vendí!

—Pero tampoco me lo dijiste —siseé.

Acorté la distancia entre nosotros en dos zancadas. Agarré al gordo por las solapas de su caro traje de seda y lo estampé contra la pared de hormigón con una fuerza que le sacó el aire de los pulmones. Antes de que pudiera reaccionar o suplicar de nuevo, mi puño derecho salió disparado como un pistón hidráulico y se estrelló de lleno contra su boca.

El crujido del hueso de su mandíbula rompiéndose fue repugnante y perfecto.

Carletti escupió un chorro de sangre y varios dientes sobre el suelo de cemento, desplomándose de rodillas. Gritó de agonía, llevándose las manos a la cara destrozada. Lucrezia ahogó un grito en la esquina, retrocediendo contra la pared, temblando.

—¿Quién es el contacto de Pierre en Catania? —pregunté con calma helada, mirando hacia abajo, flexionando los nudillos adoloridos.

—No... no lo sé... no lo he visto nunca... —gimoteó Bruno, llorando como un cerdo en el matadero.

Miré a Enzo, que acababa de entrar al sótano. Le hice un gesto con la cabeza. Enzo, sin cambiar de expresión, sacó un cortapuros grueso de acero inoxidable de su bolsillo y me lo entregó en la mano.

Agarré la herramienta fría. Hice girar la hoja afilada con el pulgar.

—Bruno, me estás ofendiendo —susurré, arrastrando las suelas de mis zapatillas por el suelo manchado de sangre, rodeándolo como un tiburón a su presa—. Te he dado una buena vida, te he hecho rico, y me devuelves el favor mintiéndome a la puta cara.

Me agaché frente a él. Mis hombres lo agarraron por los hombros para inmovilizarlo. Cogí su mano izquierda, temblorosa y sudada, y deslicé su dedo meñique por el orificio circular del cortapuros.

—¡No, no, no! ¡*Santa Madonna,* Raffaelo, por favor! —chilló Carletti, sus ojos saliéndose de las órbitas, intentando retorcerse inútilmente bajo el agarre de los matones.

—¿Nombre? —susurré, mi voz carente de alma.

—¡Te lo juro, no lo sé, nunca le he visto la cara! —lloriqueó, escupiendo saliva teñida de rojo.

No parpadeé. Apreté el pulgar con un movimiento seco y letal.

El sonido de la gruesa hoja de acero cortando carne, cartílago y hueso fue un *crac* húmedo que resonó en todo el sótano. El dedo meñique de Carletti cayó al suelo de cemento con un golpe sordo, seguido de un chorro de sangre roja y caliente que salpicó mis zapatillas.

El grito que salió de la garganta destrozada de Bruno no fue humano; fue el chillido agónico de un animal desollado vivo. Lucrezia soltó un sollozo ahogado en su rincón, dándose la vuelta y tapándose la boca para no vomitar.

Observé cómo la sangre goteaba del muñón mutilado con absoluta indiferencia. Volví a abrir el cortapuros y, agarrando la mano de Carletti que se sacudía por los espasmos de dolor, deslicé su dedo anular por el orificio ensangrentado.

—Me quedan nueve intentos más, Bruno. Y a ti te queda mucha sangre por perder —murmuré, acercando mi rostro al suyo—. ¿Nombre?

—¡Es un intermediario! —gritó Bruno a todo pulmón, desgarrándose las cuerdas vocales, incapaz de soportar más tortura —. ¡Lo llaman 'El Corso'! ¡Se mueve por el puerto viejo, cerca del muelle dieciocho! ¡Él trae la mercancía de los barcos mercantes franceses!

Mantuve la presión sobre su dedo un segundo más, saboreando el puro pánico que irradiaba, antes de soltar su mano y apartar el cortapuros. La información era precisa. El puerto viejo. Jean Luis Pierre no era sutil. Quería la guerra, y la iba a tener. Iba a teñir las putas aguas del Mediterráneo de rojo con la sangre de sus hombres.

Dejé caer la herramienta al suelo, produciendo un eco sordo y metálico.

—Enzo —llamé a mi consigliere, que seguía impasible—. Llama a un equipo de limpieza. Recoged toda la mercancía francesa que encontréis en el club y quemadla en el descampado. Luego, coge a cinco hombres armados y ve al muelle dieciocho. Encontrad a ese tal 'El Corso'. No lo quiero vivo, pero antes de que deje de respirar, asegúrate de que escupe cada nombre, fecha y cargamento que tiene de Pierre.

—Entendido, *Capo*. ¿Y qué hacemos con él? —preguntó Enzo, señalando a Carletti, que seguía gimiendo en el suelo en un charco de su propia sangre.

Saqué un pañuelo de tela oscuro del bolsillo trasero de mis vaqueros y me limpié las gotas de sangre que me habían salpicado los nudillos.

—Ya que le gustan tanto los polvos blancos, haced que se trague una bolsa entera de esa mierda francesa antes de tirarlo al puerto con piedras en los bolsillos —ordené con absoluta indiferencia, tirando el pañuelo sucio sobre el cuerpo encogido de Bruno—. Los soplones incompetentes en mi territorio no tienen segunda oportunidad.

Los gritos ahogados de Carletti empezaron a llenar el sótano de nuevo mientras yo me daba la vuelta y caminaba hacia el ascensor, dejando atrás la brutalidad y la sangre. Mi mente ya no estaba en la venganza, en el traidor de mi tío ni en el imperio de las drogas. Mi

mente estaba tres pisos más arriba, donde la única mujer que me había robado el alma me estaba esperando.

Tenía que volver a ella antes de que mis propios demonios me devoraran por completo.

Estaba a punto de pulsar el botón del ascensor cuando la voz grave de Enzo me detuvo.

—Capo, hay un último asunto antes de que subas —dijo, revisando su teléfono.

Me giré, apretando la mandíbula, irritado por el retraso.

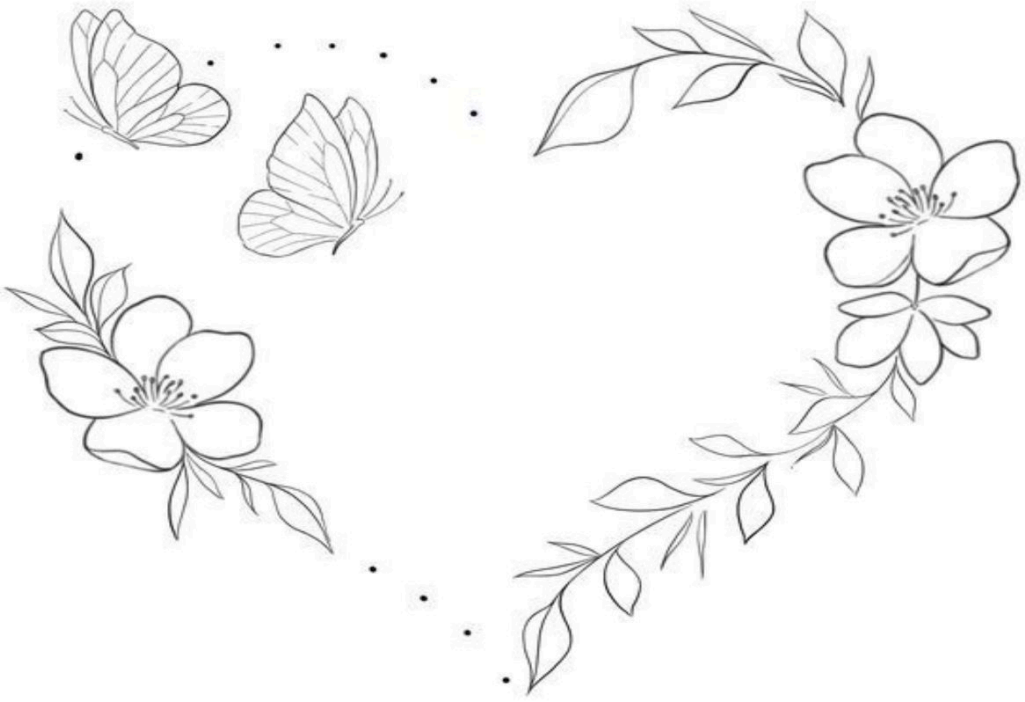
—¿Qué más, Enzo?

—Me acaban de informar los de seguridad de la puerta principal. Gino Lombardi, Tito Antonucci, Costelo Pellegrini, Angelo Rinaldi y Simone Maranzano... acaban de llegar. Están todos en la sala VIP del segundo piso esperando hablar contigo.

No eran la puta *Comisión*, pero eran cabezas de familias aliadas. Hombres de negocios con los que compartía rutas y millones de euros. No podía mandarlos a la mierda sin iniciar otra guerra interna que ahora mismo no necesitaba.

Cerré los ojos un segundo, sintiendo el dolor en mis nudillos destrozados, y exhalé un suspiro cargado de furia contenida.

—*Cazzo* (Mierda).



28

LARISSA

El silencio dentro de la oficina de Raffaelo era asfixiante. A pesar de los gruesos cristales insonorizados, podía sentir la vibración constante y rítmica de los bajos de la música electrónica del club *Inferno* subiendo por las suelas de mis zapatos y retumbando en mi pecho.

Caminé de un lado a otro de la inmensa sala, como una leona encerrada en una jaula de cristal y ébano. El olor a cuero caro, a humo de puros y al perfume de sándalo de mi marido impregnaba cada rincón del despacho. Me froté los brazos. Aún sentía el eco de su tacto, la presión de sus labios y la revelación que Bea me había soltado en el orfanato.

Mi mente era un maldito caos. El Raffaelo que jugaba al fútbol con niños huérfanos y que cargaba con el trauma de ver a sus padres asesinados no encajaba con el monstruo que acababa de encerrarme bajo llave ordenándome que no me moviera. Odiaba que me dieran órdenes. Odiaba sentirme como una posesión más en su inventario. Y, sobre todo, odiaba que, a pesar de todo, mi cuerpo ardiera de ganas de que él cruzara esa puerta y volviera a mirarme con esos ojos negros y hambrientos.

Me dejé caer sobre el inmenso sofá de cuero negro. El reloj de pared marcaba casi la once de la noche. Llevaba más de media hora allí sola. La impaciencia empezó a picarme en las venas, mezclada con esa chispa de rebeldía natural que siempre me empujaba a hacer exactamente lo contrario de lo que me decían.

Me levanté de golpe. No iba a quedarme sentada y callada esperando a que mi "dueño" regresara.

Caminé hacia la pesada puerta de acero y tiré de la manilla. Para mi sorpresa, se abrió. No estaba cerrada con llave, pero en cuanto asomé la cabeza al pasillo débilmente iluminado por luces LED rojas, dos montañas de músculos con trajes oscuros y auriculares en la oreja se cruzaron en mi camino, bloqueándome el paso por completo.

—Necesito ir al baño —anuncié, levantando la barbilla, usando mi mejor tono de superioridad aristocrática.

El guardia de la derecha, un tipo con una cicatriz cruzándole la ceja, me miró sin cambiar de expresión.

—No puede salir, señora. Las órdenes del *Capo* fueron muy claras. Nadie entra y usted no sale.

Suspiré, cruzándome de brazos sobre la blusa blanca de seda. Sabía que si intentaba usar la fuerza o la autoridad mafiosa no conseguiría nada. Estos hombres solo respondían ante el Diablo. Así que decidí usar otra táctica: la biología.

—Escuchadme bien. Estoy en esos días que tenemos las mujeres... Ya sabéis... con la menstruación —dije, bajando un poco la voz y poniendo cara de urgencia e incomodidad—. Necesito ir al baño de mujeres a la zona de tocadores para arreglarme. Es una emergencia.

Los dos gorilas intercambiaron una mirada rápida, un tanto incómodos por el tema, pero el de la cicatriz negó con la cabeza.

—No, señora. Hay un baño privado dentro de la oficina.

—El baño de la oficina de un hombre no tiene máquinas dispensadoras de suministros femeninos —repliqué, poniendo los ojos en blanco, como si estuviera hablando con dos niños de cinco años—. Bueno, entonces supongo que vuestro jefe os va a aplaudir por dejar a su mujer subiéndose por las paredes de dolor... o mejor aún.

Di un paso hacia ellos, sonriendo con una malicia que me sorprendió a mí misma.

—A Raffaelo le encanta ese sofá de cuero italiano que tiene ahí dentro, ¿verdad? Creo que cuesta más de diez mil euros. ¿Creéis que le hará gracia volver y encontrárselo manchado de sangre porque sus dos inútiles guardias no le permitieron a su esposa ir al baño a por un puto tampón? ¿Queréis ser vosotros los que le expliquéis por qué su oficina parece la escena de un crimen?

El color pareció abandonar el rostro del guardia más joven. Trató de tragar saliva, aterrorizado por la mera idea de la ira de Raffaelo Moretti.

—Señora... nosotros solo seguimos órdenes... —titubeó.

—Mis asuntos de higiene íntima superan sus órdenes —sentencié —. Solo bajaré a la zona del bar. Cinco minutos. Podéis seguirme si os da tanto miedo que me evapore.

El guardia de la cicatriz suspiró, frotándose la nuca, y finalmente asintió, apartándose a un lado.

—La escoltaremos. Pero no se aleje de nuestra vista.

Sonreí para mis adentros. La victoria tenía un sabor dulce.

Caminé por los pasillos oscuros del club, bajando las escaleras hacia la zona principal de Inferno. El lugar era una auténtica locura de luces de neón púrpuras y rojas. El olor a ginebra, a cachimba, a perfumes caros y a humo de máquinas de humo saturaba el aire. La música vibraba tan fuerte que sentí las ondas de sonido en la boca del estómago. Evidentemente, no fui al baño.

—¡Señora! ¡El baño es por el otro lado! —siseó el de la cicatriz, trotando detrás de mí.

—He cambiado de opinión. Primero necesito azúcar.

Me dirigí directamente a la inmensa barra de cristal iluminado. Me senté en un taburete alto, cruzando las piernas desnudas que asomaban bajo mi falda de cuero negro. El camarero se acercó al instante.

—Una piña colada, por favor —pedí.

En menos de un minuto tenía el vaso de cristal escarchado frente a mí. Le di un trago largo. El sabor dulce del coco y la acidez de la piña, mezclados con el ardiente golpe del ron blanco, me bajaron por la garganta, calentándome la sangre y relajando la tensión de mis músculos.

Fue entonces cuando la vi.

Una chica joven, vestida con un minúsculo conjunto de lentejuelas plateadas que dejaba muy poco a la imaginación, se acercó a la barra por el lado de los empleados. Parecía agobiada y frustrada.

—¿Dónde diablos está el jefe? —le preguntó al camarero, alzando la voz por encima de la música—. Necesito a Raffaelo. Tenía que aprobar la nueva coreografía del escenario principal antes de abrir las puertas grandes.

El camarero se encogió de hombros mientras limpiaba un vaso.

—El *Capo* está reunido en la sala VIP de arriba con Lombardi y los demás *capos*. Intocable ahora mismo, Bianca. Tendrás que esperar.

La chica soltó un gruñido.

—¡No puedo esperar! El espectáculo empieza en veinte minutos.

Le di otro sorbo a mi piña colada, sintiendo cómo el alcohol me daba una inyección de confianza descarada. Me giré en el taburete y la miré.

—Yo lo haré —dije, con voz firme.

La bailarina se giró hacia mí, evaluándome de arriba abajo. Mi blusa de seda y mi falda de cuero, combinadas con la mirada gélida que le dediqué, la hicieron dudar.

—¿Disculpa? ¿Y tú eres...?

—Larissa. Soy la mujer de Raffaelo —me presenté, usando el título como un arma blanca.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par, sorprendida.

—No sé si el señor Moretti esté de acuerdo en que...

—Soy su esposa —la corté, apoyando el vaso en la barra con un golpe seco—. Este club es tanto mío como de él. Si él está ocupado, yo apruebo la coreografía. Llévame al escenario.

La autoridad en mi voz, copiada de la misma arrogancia que Raffaelo usaba a diario, funcionó. Bianca asintió rápidamente.

—E-está bien, señora Moretti. Sígame, por favor.

Me bajé del taburete, cogiendo mi copa casi llena, dispuesta a seguir a la bailarina. Pero antes de que pudiera dar dos pasos, mis dos guardias me cerraron el paso por completo.

—Señora, hasta aquí hemos llegado —gruñó el de la cicatriz, agarrándome suavemente pero con firmeza del brazo—. Tiene que volver arriba a la oficina inmediatamente. El jefe se cabreará muchísimo si se entera de que está paseándose por la pista de baile.

Miré la mano inmensa del matón sobre la seda de mi manga. La sangre me hirvió de pura indignación. El alcohol y la rebeldía borraron cualquier rastro de prudencia de mi cerebro.

—Quítame tus putas manos de encima —siseé.

—Son órdenes, señora. Arriba. Ahora.

No lo pensé dos veces. Con un movimiento rápido y certero, levanté mi copa de cristal y les tiré el resto de la piña colada helada y pegajosa directamente a la cara a los dos.

El líquido blanco y el hielo picado les salpicó los trajes oscuros y los ojos. Los dos hombres jadearon, soltándome instintivamente

mientras se pasaban las manos por la cara, cegados por el ron y el azúcar.

—¡Y una mierda voy a volver arriba! —les grité, lanzando la copa vacía al suelo, donde se hizo añicos con un estruendo. Miré a Bianca, que me observaba con la boca abierta—. Anda, camina al escenario antes de que vengan más gorilas.

Seguí a Bianca a través de la pista de baile vacía hasta llegar al escenario principal, una inmensa plataforma negra con varias barras de acero pulido, rodeada de focos.

Bianca subió y empezó a hacer su rutina de baile. Se movía bien, pero la luz púrpura que caía desde el techo creaba sombras extrañas en su rostro y no resaltaba los movimientos de su cuerpo.

—Para —ordené, acercándome al borde del escenario—. Las luces no están bien colocadas. No te iluminan bien cuando bajas al suelo.

Miré hacia la cabina del fondo.

—¡Tú! —le grité a uno de los técnicos—. Mueve el foco número tres unos grados hacia la derecha y cambiad el filtro de púrpura a rojo. El púrpura la hace parecer enferma; el rojo es fuego.

El técnico asintió y la luz cambió, bañando el escenario en un halo carmesí, sensual y peligroso.

Bianca volvió a intentarlo, pero los pasos que hacía en la barra me parecían demasiado robóticos, ensayados, carentes del morbo puro que se respiraba en un lugar como este. El alcohol y la adrenalina se apoderaron de mi mente. Necesitaba moverme. Necesitaba liberar la tensión de ese día interminable.

Dejé mi bebida a un lado, subí los pequeños escalones del escenario y me acerqué a la barra de acero.

—En vez de esos pasos tan mecánicos, intenta algo más fluido. Algo así... —murmuré.

Agarré la barra fría con la mano derecha. El tacto del metal me ancló a la realidad. Giré mi cuerpo, dejando que la música electrónica, con sus bajos pesados y sucios, dictara mis movimientos. Mi falda de cuero negro se ajustó a mis muslos mientras bajaba lentamente en cuclillas, arqueando la espalda para que la blusa de seda blanca marcara la curva de mi pecho bajo la luz roja.

Me moví con una sensualidad provocadora, casi temeraria, estirando una pierna y deslizando mi mano libre por mi propio cuerpo, subiendo desde la rodilla hasta la cadera, antes de impulsarme hacia arriba con un giro cerrado alrededor del metal. Era puro instinto. Una exhibición de poder y feminidad que me hacía sentir invencible después de haberme sentido tan pequeñita y sumisa esta misma mañana en la cama.

De repente, por encima del volumen de la música, un sonido nítido cortó el aire.

Fueron aplausos. Aplausos masculinos, pesados y lentos.

Me detuve, aferrada a la barra, con la respiración agitada, y levanté la vista hacia el segundo piso.

Los cristales de la inmensa sala VIP estaban apartados. Allí arriba, apoyados en la barandilla con copas de licor en la mano, estaban cinco hombres con trajes caros. Los *capos* de las familias aliadas.

Y justo en el centro, destacando como una sombra letal entre todos ellos, estaba Raffaelo.

Nuestras miradas chocaron en la distancia. Y juraría que el tiempo se detuvo.

Raffaelo estaba echando humo. Literal y metafóricamente. El puro que sostenía entre sus dedos se consumía olvidado, mientras sus ojos negros, profundos como el abismo, me clavaban dagas desde la altura. Su mandíbula estaba tan tensa que temí que se partiera los dientes. Las venas de su cuello y sus brazos, marcadas bajo la camiseta blanca, palpitaban con una furia primitiva, posesiva y salvaje al ver a su virgen y casta esposa exhibiéndose como una estríper frente a la escoria de Sicilia.

El instinto de conservación me gritó que bajara del escenario y corriera a esconderme. Pero la Larissa rebelde, la fiera que él mismo había despertado, tomó el control.

No paré. Sosteniéndole la mirada, sin parpadear, deslicé mis manos por la barra e hice un último movimiento. Bajé las caderas lentamente, con una lentitud agónica y deliberada, rozando mis propios pechos bajo la seda blanca, arqueando la espalda en una provocación directa a su autoridad.

La copa de cristal que Raffaelo sostenía en su mano libre estalló en mil pedazos bajo la presión de sus dedos.

En una fracción de segundo, se giró y desapareció de mi vista en el balcón VIP.

Mi corazón dio un vuelco. Sabía que el tiempo se había agotado. Me separé de la barra, me alisé la falda y le dediqué una sonrisa rápida a la bailarina, que estaba blanca como el papel.

—Algo así —le dije, bajando los escalones.

No me dio tiempo ni a llegar al pasillo. En menos de treinta segundos, una mano inmensa, dura como el acero, se cerró alrededor de mi brazo desnudo. Me tiró con una fuerza que me hizo tropezar, arrastrándome sin contemplaciones hacia la oscuridad de un corredor privado detrás de los camerinos.

Me empujó contra la pared con tal brusquedad que solté un jadeo. Su pecho, un muro de músculo duro e impenetrable, me aplastó contra el muro, inmovilizándome.

El olor a whisky caro, a tabaco y a pura ira asesina me golpeó el rostro.

—Te he dado una puta orden —siseó Raffaelo, su voz era un trueno bajo y amenazante que parecía un gruñido surgido directamente del infierno.

El calor de su cuerpo me envolvía, y el miedo real empezó a filtrarse por las grietas de mi valentía inducida por el alcohol. Pero mantuve la barbilla alta, negándome a rendirme.

—Bueno, hay un pequeño problema con eso, Raffaelo —repliqué, mi respiración chocando contra la suya, mi pecho subiendo y bajando rozando el suyo—. No soy un perro. No respondo a las órdenes de nadie.

Sus ojos, que normalmente oscilaban entre la burla y la oscuridad, ahora eran dos agujeros negros desprovistos de cualquier rastro de cordura. Apretó su agarre en mi cintura, clavando sus dedos en mi carne a través del cuero de la falda.

—Puede que no seas un perro —ronroneó, su aliento caliente y furioso rozando mis labios temblorosos—, pero te aseguro que serás mi perrita en cuanto te ponga a cuatro patas y gimas mi nombre, Larissa.

Me quedé sin aire. La crudeza y la vulgaridad de sus palabras me impactaron como una bofetada física. La humedad traicionera volvió a mi centro, pulsando al ritmo de su furia.

—¡Eres un cerdo arrogante! —escupí, indignada, empujando inútilmente su pecho con las manos abiertas—. ¡Suéltame! ¡No tienes ningún derecho a tratarme así!

Raffaelo soltó una risa seca, perversa, que no llegó a sus ojos. Bajó una mano hacia la curva de mi cadera y la subió lentamente por mi muslo descubierto, su tacto quemando mi piel.

—Me casé con una mujer. No con una puta —gruñó, acercando su rostro al mío hasta que sus labios casi rozaron los míos, destrozando cada muro que intentaba levantar—. Si hubiera querido una puta para que la miraran todos los cabrones de la isla, habría cogido a cualquiera de las que bailan ahí fuera. Tú eres mi esposa. Mía.

La posesividad enfermiza en sus palabras me sacó de mis casillas. El despecho de la mañana, la confusión del orfanato y el fuego de la provocación se mezclaron en mi garganta. Le sostuve la mirada con una sonrisa desafiante.

—Pues a lo mejor, detrás de mi sagrada virginidad, se escondía una puta —le reté, mi voz bajando a un susurro seductor y envenenado.

Raffaelo se tensó. Cada músculo de su enorme cuerpo se convirtió en piedra. Inclinó la cabeza, frotando su nariz contra mi cuello, y mordió el lóbulo de mi oreja con la fuerza suficiente para hacerme soltar un pequeño quejido de dolor y placer.

—Sí —gruñó directamente en mi oído, su voz vibrando en mis entrañas—. Mi puta en la puta cama. Una maldita señora en la calle. No me provoques, Larissa, porque no tienes ni la más remota idea de la bestia que estás intentando despertar.

Me reí, una risa carente de humor y llena de puro desafío, echando la cabeza hacia atrás. Quería llevarlo al límite. Quería ver hasta dónde llegaba ese monstruo del que tanto se enorgullecía.

—¿Demasiado para ti, *esposo*? —me burlé, dando un paso al frente para acortar el centímetro de distancia que nos separaba, obligándole a bajar la mirada hacia mí—. ¿Te he herido mucho el frágil ego de macho alfa? ¿Saber que esos hombres de ahí arriba me

han follado con la mirada? Pobre *Capo*, el más temible de toda Sicilia, que no puede ni controlar a su propia mujer.

El aire desapareció de mis pulmones antes de que pudiera parpadear.

La mano derecha de Raffaelo salió disparada y se envolvió alrededor de mi garganta. No apretó lo suficiente para asfixiarme o hacerme daño real, pero la presión de sus dedos grandes sobre mi pulso era firme, ineludible y absolutamente dominante.

Di un pequeño gemido ahogado de sorpresa cuando me empujó hacia atrás, atrapándome de nuevo contra la pared de ladrillo frío del pasillo.

Mi pecho subía y bajaba erráticamente. Sus ojos negros devoraban mi rostro, dilatados hasta que apenas se veía el iris. El calor que desprendía su cuerpo era asfixiante.

—No despiertes a la bestia, Larissa —susurró, su rostro a un milímetro del mío, su aliento caliente y con sabor a whisky chocando contra mi boca entreabierta.

—Ya la he despertado —le susurré, arqueando la espalda sutilmente contra él, sintiendo la dureza inconfundible y masiva de su erección pulsando contra mi estómago a través de la tela áspera de sus vaqueros—. Y no me da miedo.

El poco control que Raffaelo tenía se pulverizó.

Metió ambas manos bajo mi falda de cuero, agarrando mis nalgas con violencia, alzándome del suelo de un tirón para encajar mi cuerpo perfectamente contra el suyo. La fricción de su dureza contra mi entrada sensible me arrancó un gemido ahogado.

Me miró con los ojos enloquecidos por el deseo y la cólera.

—Te voy a arrancar esa maldita falda —me prometió, cada palabra cayendo pesada, oscura y cargada de una lujuria destructiva—. Voy a meter la mano entre tus piernas, justo aquí en este puto pasillo, y te voy a dar placer hasta que llores y me supliques que entre dentro de ti. Vas a rogar para que sientas cada centímetro de mí bien profundo, destrozándote.

Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada de sus labios crueles. Mi corazón latía tan deprisa que temí que se me reventara el pecho.

—Luego gemirás mi nombre —continuó, su voz bajando a un ronroneo sádico, frotando su cadera contra la mía, haciéndome jadear sin pudor—. Y me rogarás, Larissa, me rogarás llorando que no me corra nunca. Y yo te la meteré, duro y sin piedad, hasta que el dolor y el placer se mezclen en un orgasmo violento que vas a gemir directamente en mi jodido oído.

Mis rodillas temblaron. Si él no me estuviera sosteniendo contra la pared, habría caído al suelo. Estaba empapada. Derretida. Absolutamente sometida al poder de sus palabras obscenas y a la verdad innegable que encerraban.

Raffaelo soltó mi cadera con una mano y me agarró por el cuello de la blusa, atrayendo mi rostro hacia el suyo. Sus ojos me devoraron.

—¿De verdad no ves que estoy volviéndome loco como el maldito demonio por la necesidad de tenerte? —confesó, y por primera vez en toda la noche, su voz se quebró. No era solo furia. Parecía desesperación.

Y antes de que pudiera articular una sola palabra de respuesta, antes de que pudiera procesar la magnitud de lo que me estaba diciendo, Raffaelo estampó su boca contra la mía, devorándome con una ferocidad que prometía cumplir cada una de las amenazas que acababa de susurrarme. Y Dios me perdone, pero yo estaba dispuesta a quemarme entera en su infierno.

El sonido de unos pasos rápidos resonando sobre las baldosas de piedra del pasillo rompió la burbuja. Ambos nos tensamos. Raffaelo se separó de mis labios lo justo para mirar por encima de mi hombro, respirando agitadamente contra mi cuello, su cuerpo aún aplastándome contra la pared.

Enzo se detuvo al principio del pasillo, su rostro impasible, sus ojos negros fijos en la pared sin atreverse a mirarnos directamente.

—*Capo* —dijo Enzo con voz monótona—. Lombardi y los demás están esperando. Han amenazado con irse si no subes.

Raffaelo no me soltó. Su mano seguía firmemente anclada a mi cadera por debajo de mi falda de cuero, y su erección seguía martilleando contra mi estómago. Me miró a los ojos, con una

promesa letal brillando en sus pupilas oscuras, y luego giró la cabeza ligeramente hacia su *consigliere.*

—Ahora me estoy ocupando de mi mujer, Enzo —gruñó Raffaelo, su voz cargada de una autoridad oscura y territorial que no admitía réplica—. Resuélvelo tú.

Enzo asintió una sola vez, dio media vuelta y desapareció por el pasillo tan rápido como había llegado, dejando claro que el *Capo* acababa de poner a su esposa por encima de todos los jefes de la mafia siciliana.

Raffaelo se giró de nuevo hacia mí. La lujuria y la furia se entrelazaban en su rostro de forma aterradora.

—Ya sé cuál será tu castigo, *esposa* —susurró, trazando la línea de mi mandíbula con el pulgar—. Y no creas que tus actos no tienen consecuencias.



29

RAFFAELO

El sonido de los pasos de Enzo alejándose por el pasillo me devolvió lentamente a la realidad, pero no aflojé el agarre sobre la cintura de mi mujer. Sentir su cuerpo tembloroso y cálido aplastado contra el mío era la única puta cosa que me mantenía anclado al suelo.

No me gustó nada la idea de que Enzo viera a mi esposa en ese momento suyo de vulnerabilidad en mis brazos, en esa posición tan jodidamente íntima y sometida contra la pared. Mi instinto más primitivo me había exigido arrancarle los ojos a mi propio *consigliere* por haberla mirado, pero sabía que Enzo era leal hasta la médula y que no había mirado de más. Había mantenido la vista clavada en los ladrillos. Aún así, la bestia posesiva que rugía en mi pecho quería esconderla del puto mundo entero.

Lo que hubieran querido esos gilipollas de Lombardi y los demás jefes negociar arriba en la sala VIP, ahora mismo me importaba una soberana mierda. Podían irse todos al infierno, ahogarse en su propio ego o empezar una guerra si les daba la puta gana. Mi única prioridad ahora mismo respiraba agitadamente contra mi cuello, dejándome el sabor a deseo en los labios.

Cerré los ojos, pero la oscuridad no me dio tregua. No conseguía quitarme de la puta retina la imagen de Larissa en esa jodida barra. El contraste de su falda de cuero negro y la seda blanca arqueándose alrededor de ese tubo de metal, la forma en que movía las caderas con esa sensualidad innata, y la visión de esos cinco hijos de puta aplaudiendo desde el balcón, devorándola con la mirada.

La bilis me subió por la garganta. Mi mujer no era una puta de exhibición. Ni tampoco una puta. Era la *Signora* Moretti. Era *mía*. Y se merecía un castigo ejemplar por desobedecerme en muchos puntos en menos de una hora: salir de esa maldita oficina cuando le había ordenado que no se moviera, exhibirse delante de otros

hombres como si fuera un puto trozo de carne, y, sobre todo, desafiarme en mi puta cara.

Abrí los ojos. La furia y la lujuria se mezclaron en mi sangre, creando un veneno letal que necesitaba inyectarle en las venas.

Me separé unos centímetros de ella para mirarla a los ojos.

—Camina —le gruñí, agarrándola del brazo con firmeza.

Pero Larissa no era una mujer que se dejara arrastrar dócilmente. Aprovechando el milisegundo en que aflojé mi agarre sobre su cintura, su mano libre voló hacia arriba, con los dedos curvados, buscando estamparse contra mi mejilla.

Fue rápida, casi letal. Pero yo era el puto Diablo.

Atrapé su muñeca en el aire, a escasos milímetros de mi cara. La miré, apretando sus huesos frágiles hasta que soltó un pequeño gemido de sorpresa.

—Ni se te ocurra intentarlo, fiera —le advertí, mi voz bajando a un susurro oscuro y cargado de una tensión eléctrica—. Levantarme la mano es un juego peligroso. Uno que no vas a ganar nunca. No tienes ni la velocidad, ni la fuerza, ni la puta maldad necesaria para ganarme.

Sus ojos azules llamearon con puro odio y frustración.

—¡Suéltame, Raffaelo! —exigió, con el pecho agitado.

—Camina —repetí, soltándole la muñeca pero asegurando mi agarre en su antebrazo, obligándola a moverse conmigo.

—¿A dónde vamos? —preguntó, tropezando ligeramente con sus tacones.

—A cumplir mi promesa.

La arrastré por el laberinto de pasillos oscuros exclusivos para el personal de *Inferno*. El aroma de los difusores de incienso y ámbar que inundaban la zona más cara del club era embriagador. La música electrónica retumbaba en las paredes, un latido bajo y constante que hacía vibrar el suelo bajo nuestros pies.

Me detuve frente a una pesada puerta de madera lacada en negro que no tenía ningún letrero. Era mi reservado privado. Mi santuario personal cuando no quería que nadie, absolutamente nadie, me molestara.

Empujé la puerta y metí a Larissa dentro.

El reservado estaba sumido en una penumbra rojiza, iluminado únicamente por luces tenues escondidas en las cornisas. Olía al aroma cálido del incienso de canela y pachuli. En el centro de la sala, frente a un enorme ventanal de cristal que daba directamente a una pequeña tarima privada, había un inmenso y profundo sofá de terciopelo rojo.

Empujé a Larissa hacia el mueble. Ella tropezó levemente y cayó sentada sobre el terciopelo. Su respiración era errática, sus pechos subían y bajaban bajo la seda, y sus ojos azules me miraban con una mezcla de desafío, excitación y un miedo muy real.

Caminé hacia el pequeño panel de control de la pared y descolgué el intercomunicador que conectaba directamente con la cabina del encargado.

—Mándame a una bailarina al reservado rojo. Ahora —ordené, con voz monótona, y colgué antes de que el inútil pudiera siquiera responder con un "sí, *Capo*".

Larissa frunció el ceño, apretando las manos sobre sus rodillas desnudas.

—¿Qué estás haciendo, Raffaelo? —preguntó, su voz temblando ligeramente a pesar de sus esfuerzos por sonar altiva—. ¿Has traído a tu *esposa* aquí para ver cómo te acuestas con una de tus empleadas? ¿Ese es tu castigo?

Me acerqué a ella lentamente, desabrochándome el reloj de platino de la muñeca y dejándolo sobre la mesa de cristal con un *clanc* metálico.

—No, *piccola* —susurré, sentándome a su lado en el sofá de terciopelo. La hundí contra el respaldo, atrapando su cuerpo diminuto entre mi inmensidad—. Vas a aprender cuál es la diferencia entre lo que hace una de mis empleadas y lo que eres tú.

Antes de que pudiera replicar, la puerta lateral de la tarima al otro lado del cristal se abrió. Entró una mujer, con el pelo rubio platino, lencería de encaje negro y tacones de aguja altísimos. No podía vernos a través del cristal unidireccional, pero sabía perfectamente qué tenía que hacer. La música en nuestra habitación subió de volumen, un ritmo pesado y arrastrado, y la mujer empezó a bailar alrededor del tubo del escenario.

Larissa miró a la chica a través del cristal, abriendo ligeramente los labios. Sus movimientos eran puramente sexuales, mecánicos, diseñados para excitar a quien pagara por verlos.

—Mírala —le ordené al oído. Mi voz era áspera, vibrando contra su piel.

Envolví mi brazo izquierdo alrededor de su cintura, anclándola al sofá para que no pudiera huir. Con la mano derecha, acaricié la suave piel de su muslo desnudo. Larissa soltó un pequeño jadeo cuando mis dedos rozaron el borde inferior de su falda de cuero.

—Eso es una mujer a la que le pago por exhibirse, Larissa. Ese es su trabajo. Vender fantasías a hombres vacíos —murmuré, mi aliento chocando contra su oreja, mi nariz aspirando el olor almizclado y dulce de su propia excitación que empezaba a llenar el reservado—. Tú no vendes nada. Tú eres la puta reina de este imperio. Y lo que es mío, no lo ven los demás.

Deslicé mi mano grande bajo su falda. El calor que irradiaba su piel era abrasador. Sus rodillas intentaron juntarse por inercia, pero mi antebrazo era una barrera inamovible entre sus piernas, obligándola a abrirse para mí sobre el terciopelo rojo.

—Raffaelo... —suplicó en un susurro, intentando girar el rostro hacia mí.

Agarré su barbilla con firmeza y le giré la cabeza hacia el cristal.

—Te he dicho que la mires. Observa el espectáculo. Es lo que querías hacer ahí fuera, ¿no?

A través del fino encaje de sus bragas húmedas, encontré su centro. Estaba empapada. Tan malditamente mojada y caliente para mí que sentí una punzada de dolor en mi propia ingle. Aparté la tela de sus bragas a un lado con dos dedos, dejando su intimidad completamente expuesta a mi tacto.

Larissa soltó un quejido agudo, arqueando la espalda contra el respaldo del sofá en cuanto la yema de mi dedo pulgar rozó la carne hinchada y sensible de su clítoris. Sin darle tiempo a asimilarlo, deslicé mis dedos índice y medio en su interior con un empuje seco y profundo.

Ella ahogó un grito, aferrándose al terciopelo del sofá a ambos lados de su cuerpo. Estaba tan apretada y resbaladiza que me tragó

por completo.

Mantuve la mirada fija en el perfil de su rostro. Podía ver cómo sus pupilas estaban dilatadas y cómo se mordía el labio inferior para ahogar los sonidos. Empecé a mover mis dedos dentro de ella, entrando y saliendo con un ritmo implacable, mientras mi pulgar trazaba círculos calculados sobre su nervio más sensible.

—Dios... —gimió, sus manos aferrándose al terciopelo del sofá a ambos lados de su cuerpo, sus uñas clavándose en la tela.

Seguí bombeando su interior, recogiendo la humedad de su propia entrada y untándola sobre su clítoris palpitante, aumentando la fricción. La respiración de mi mujer se volvió errática, acompasándose al pesado bajo de la música que llenaba la habitación.

La bailarina al otro lado del cristal se deslizó por la barra, bajando hasta el suelo con las piernas abiertas.

—No apartes los ojos, esposa —le advertí, cuando vi que sus párpados empezaban a cerrarse por el puro placer que le estaba dando. Aumenté la velocidad de mis movimientos, volviéndolos más firmes, más rudos, estirando sus paredes que se contraían hambrientas alrededor de mis nudillos.

El cuerpo de Larissa empezó a tensarse como la cuerda de un violín. Sus caderas se alzaban del sofá de terciopelo instintivamente, buscando más profundidad, empujando su coño caliente contra mi mano. El rubor cubrió su cuello y su pecho. Su respiración era una serie de jadeos cortos y desesperados. Estaba en el límite. Lo sabía. Lo sentía en la forma en que sus músculos se cerraban espasmódicamente alrededor de mis dedos y en la humedad resbaladiza que me empapaba.

—Raffaelo... por favor... —lloriqueó, rindiéndose al fuego. Estaba a punto de estallar.

Justo en el instante en que sentí que sus paredes internas daban la primera contracción violenta del clímax, detuve mi mano por completo, anclando mis dedos profundamente dentro de ella pero cesando todo movimiento.

Un grito de frustración pura y agonizante salió de la garganta de Larissa. Dejó caer la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá,

con los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr un puto maratón. Su cuerpo temblaba, sus paredes internas se apretaban desesperadas alrededor de mis dedos quietos, rogando por la fricción que les negaba.

—¿Por... por qué paras? —balbuceó, su voz ronca y rota.

—¿Qué pasa, *amore*? —le susurré al oído, mi voz destilando un sadismo que me endureció aún más—. ¿Lo quieres?

—Por favor... no pares... no puedes hacer eso... —gimió, moviendo las caderas contra mi mano inerte, intentando crear la fricción por sí misma.

Apreté el agarre en su cintura, inmovilizando su pelvis por completo para que no pudiera moverse ni un milímetro.

—Este es tu castigo, fiera —le ronroneé, deslizando mis labios por su mandíbula hasta morderle suavemente el cuello—. No te dejaré correrte. Siempre que estés a punto de alcanzar el cielo, pararé. Te voy a arrastrar por el puto infierno de la necesidad hasta que entiendas a quién le perteneces.

—Eres un monstruo... —sollozó ella, abriendo los ojos, mirándome con una mezcla de odio, desesperación y una necesidad animal que me excitaba más que nada en el puto mundo.

—Y tú eres mía —sentencié.

Volví a mover los dedos. Entrando y saliendo. Retomando la tortura sobre su clítoris ultrasensible. Larissa volvió a jadear, aferrándose al borde de mi camiseta, tirando de la tela blanca, suplicando en silencio.

La obligué a mirar hacia el cristal de nuevo. A mirar a la chica que bailaba ajena a su tortura.

Durante los siguientes veinte minutos, la destrocé. La llevé al límite absoluto de su cordura física y mental. Cada vez que su respiración se cortaba, cada vez que sus ojos se ponían en blanco y sus caderas se alzaban buscando la explosión del orgasmo que la liberara, yo me detenía en seco. La dejaba suspendida en el abismo, cayendo en el vacío de la frustración más cruda.

La vi llorar de placer. La vi rogarme con vulgaridades que nunca creí que saldrían de la boca de la inmaculada Larissa.

—¡Fóllame, Raffaelo! —gritó, con la voz desgarrada, clavando sus uñas en mis hombros, suplicando mientras sus caderas se retorcían inútilmente bajo mi brazo.

Pero no cedí. No la dejé cruzar la puta línea.

—¿Vas a volver a desafiarme delante de mis hombres? —le exigí, deteniendo la fricción por sexta vez consecutiva cuando estaba a un suspiro de correrse.

—¡No! ¡No, Raffaelo, por Dios, te lo juro! —lloró, temblando sobre el terciopelo rojo, empapada en sudor, con el pelo oscuro pegado a la cara y el rímel ligeramente corrido por las lágrimas de pura frustración—. ¡Déjame terminar! ¡Por favor!

Retiré mis dedos despacio, sacando mi mano de debajo de su falda, dejando su interior frío y vacío. Me froté los dedos índice y corazón, brillantes por sus fluidos, justo frente a sus ojos.

—Has sido una chica muy desobediente hoy —murmuré, con frialdad—. Y mi paciencia se ha agotado. El castigo ha terminado. Arréglate la ropa.

Larissa me miró como si le acabara de clavar un puto puñal en el pecho. Su respiración era un desastre, y su cuerpo seguía temblando por la sobredosis de excitación acumulada y no liberada. La agonía en sus ojos azules me dio una satisfacción retorcida y oscura. Había ganado. La fiera estaba doblegada, suplicando por mi tacto, rogando por mí.

Me levanté del sofá de terciopelo, me ajusté los pantalones oscuros y cogí mi reloj de platino de la mesa. Me lo puse con movimientos lentos y calculados, ignorando los sollozos ahogados que ella soltaba mientras intentaba calmarse y arreglarse la falda de cuero y la blusa de seda.

Pulsé de nuevo el botón del intercomunicador.

—Que la bailarina salga del escenario. Manda a Enzo a la puerta de mi reservado. Nos vamos a la mansión.

Colgué. El espectáculo había terminado, y las consecuencias de su rebeldía se las llevaría grabadas a fuego en el cuerpo toda la maldita noche.



El trayecto de vuelta a la mansión transcurrió en la oscuridad del M4. Larissa iba encogida en el asiento del copiloto, envuelta en mi americana negra porque estaba temblando a pesar de la cálida noche de verano. Sus barreras de hielo se habían derretido, dejando solo vulnerabilidad a su paso.

El silencio que reinaba entre los dos ya no era hostil; era íntimo. Profundo. La miré de reojo mientras conducía por la carretera costera que llevaba a la finca. Parecía estar procesando la inmensidad de lo que había ocurrido, la forma en que yo la había roto y reconstruido en mis propios términos.

—¿Crees que algún día podré estar sin ti? —preguntó Larissa de repente, rompiendo el silencio. Su voz era apenas un susurro cansado, rasposo por haber gritado mi nombre en el club.

No aparté los ojos de la carretera oscura, pero una sonrisa genuina tiró de la comisura de mis labios.

—Voy a seguirte a todas partes, no tienes escapatoria —respondí riendo suavemente, una risa oscura pero desprovista de malicia.

Larissa giró la cabeza hacia mí, apoyando la mejilla en el frío cristal de la ventanilla.

—¿Me seguirías a cualquier lugar? —preguntó ella.

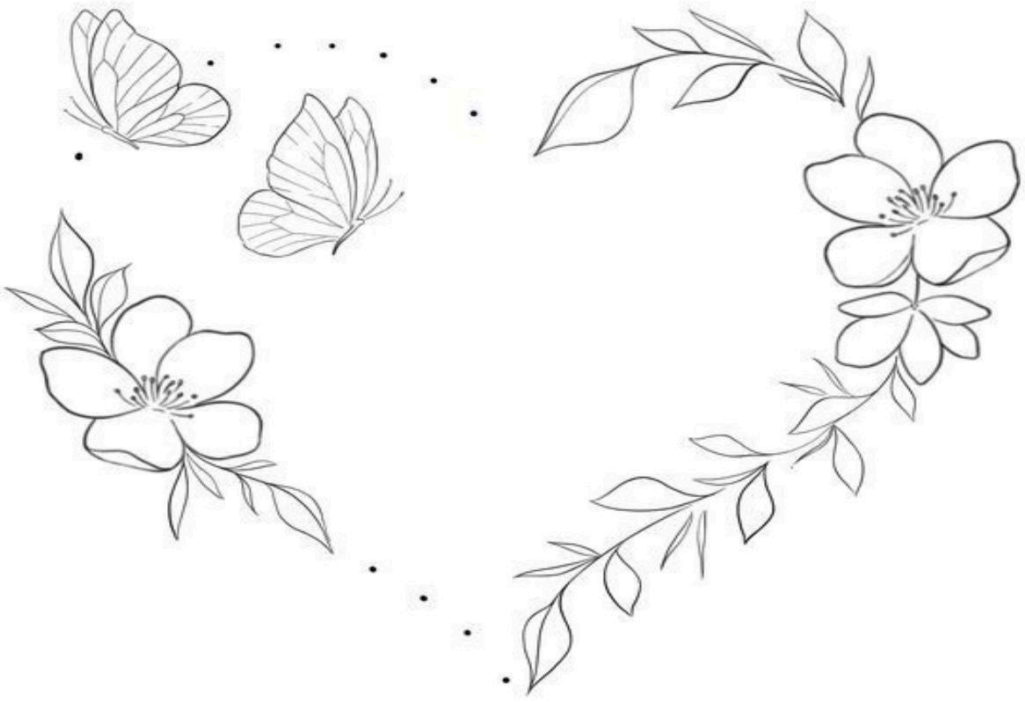
La sinceridad de su pregunta me golpeó en el puto pecho. Apreté el volante. Ya no había vuelta atrás. Ya no había máscaras que valieran.

—Sí, y te buscaría en todas las vidas que estén por venir —le dije, con la voz profunda y teñida de una promesa eterna.

—¿Por qué? —me lanzó Larissa de vuelta.

Giré el volante para entrar por los enormes portones de hierro de la mansión, deteniendo el coche en la entrada de grava. Apagué el motor, sumiéndonos en la oscuridad y el silencio de la noche. Me giré hacia ella, mirándola directamente a los ojos, rindiendo las armas de mi propia guerra frente a mi esposa.

—Porque en un descuido me robaste el alma —confesé, dejando que la verdad desnuda cayera entre nosotros—, y ahora no me queda otra que seguirte a donde sea para poder existir.



30

LARISSA

Me desperté con el cuerpo envuelto en la inmensidad de las sábanas de seda gris oscuro. El sol se colaba tímidamente por las

rendijas de las pesadas cortinas de terciopelo, bañando la habitación en una luz dorada y polvorienta.

Estiré las piernas y un gemido sordo escapó de mis labios. Me dolía absolutamente todo. Mis muslos temblaban con solo moverlos, mi piel estaba cubierta de algunas marcas y mi centro latía con una sensibilidad extrema. Era la resaca física del castigo y la devoción de Raffaelo.

Pasé la mano por el lado derecho del colchón. Estaba frío y vacío. Raffaelo ya no estaba. Lo único que quedaba de él era el inconfundible y embriagador aroma a sándalo y especias oscuras impregnado en la almohada. Probablemente se había levantado de madrugada para lidiar con los jefes de la mafia que había dejado esperando por mí.

Me abracé a su almohada, hundiendo el rostro en ella. Las palabras que me había susurrado anoche en la oscuridad del coche volvieron a golpearme con la fuerza de un huracán.

«*Porque en un descuido me robaste el alma, y ahora no me queda otra que seguirte a donde sea para poder existir*».

El Diablo de Catania me había entregado su alma. El hombre más temido de Sicilia se había arrodillado emocionalmente ante mí. Me había dejado sin palabras, sin aliento, sin escudos. Mi mente, que llevaba semanas preparándose para odiarlo eternamente, había capitulado. Ya no podía huir de él. Estaba irremediablemente atada a este monstruo, a sus sombras, a sus cicatrices y a la forma en la que me hacía arder.

Pero entonces, como un jarro de agua helada derramado sobre mi pecho, la realidad me golpeó.

Me incorporé de golpe en la cama, con el corazón bombeando a mil por hora. Miré el reloj de mi teléfono móvil. Parpadeé, enfocando la fecha que aparecía en la esquina de la pantalla. El aire se atascó en mi garganta, dejándome un sabor metálico a puro pánico en la boca.

Hoy. Era hoy.

Hoy era la carrera clandestina de motos de Mario.

Una punzada de culpa aguda y venenosa se instaló en mi estómago, retorciéndome las tripas. Mario. El chico bueno, el chico

de las sonrisas dulces y las promesas de libertad. Me estaría esperando esta noche en el circuito, creyendo que yo iba a aparecer para apoyarlo y planear una posible huida.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Qué ingenua y estúpida había sido. No podía irme con él. Ni siquiera quería hacerlo. Ya no. Mi lugar estaba aquí, en esta jaula de oro, con el hombre que me había destrozado y reconstruido. Pero si simplemente no aparecía, si dejaba a Mario plantado sin ninguna explicación, él podría cometer una locura. Podría intentar buscarme. Podría acercarse a la mansión. Y si Raffaelo lo descubría cerca... si mi marido, con esa posesividad enfermiza y asesina, se enteraba de que otro hombre intentaba "rescatarme", lo mataría. Le volaría la cabeza sin pestañear. Desobedecer la lealtad que le debía a Raffaelo solo traería sangre y muerte. Y la sangre de Mario mancharía mis manos para siempre.

Tenía que alejar a Mario de mi vida. Definitivamente. Tenía que ir esta noche a esa carrera, mirarle a los ojos, destruirle el corazón y obligarle a huir lejos de la isla para salvarle la vida. Era mi deber.

Me levanté de la cama con las piernas temblorosas. Fui al baño, dejé que el agua caliente de la ducha relajara mis músculos doloridos y me vestí rápidamente con unos vaqueros ajustados y una camiseta de tirantes blanca.

Al bajar las inmensas escaleras de mármol, el olor a café recién hecho y a cruasanes horneados flotaba desde la cocina, pero mi estómago estaba demasiado cerrado por la ansiedad como para probar bocado.

—*Buongiorno, Signora* Moretti —me saludó Enzo, apareciendo desde el pasillo del despacho. Tenía ojeras, señal de que tampoco había dormido mucho.

—Buenos días, Enzo. ¿Raffaelo...?

—El *Capo* tuvo que salir muy temprano hacia el puerto norte para... resolver unos asuntos de importación. Ha dicho que no volverá hasta la madrugada y que le pide disculpas. Pero ha dejado algo para usted en el salón principal. Una sorpresa.

Fruncí el ceño, confundida. Caminé hacia las dobles puertas de caoba del salón. El sonido de unos sollozos suaves llegó a mis oídos antes de entrar.

Empujé las puertas. Mi corazón dio un vuelco tan violento que tuve que agarrarme al marco.

De pie, junto a los inmensos ventanales que daban al mar, con las manos entrelazadas nerviosamente y un vestido sencillo, estaba ella.

—¿*Mamma*? —susurré, con la voz quebrada.

Mi madre se giró. Sus ojos, idénticos a los míos, estaban rojos e hinchados. Olía a su inconfundible perfume de vainilla y agua de rosas.

—¡Oh, Dios mío, mi niña! ¡Larissa!

Corrí hacia ella. Me lancé a sus brazos y la abracé con una fuerza desesperada. Ella me apretó contra su pecho, acariciando mi pelo, llorando abiertamente sobre mi hombro. El olor de mi madre, la calidez de su tacto, me rompió por dentro. Era el abrazo que llevaba necesitando desde la noche de mi boda.

—*Mamma*, ¿qué haces aquí? —le pregunté entre lágrimas, separándome lo justo para mirarle la cara.

—Un coche negro apareció esta mañana en casa. El chófer me dijo que el señor Moretti lo había enviado personalmente. Me dijo que hay alguien que necesita mi presencia —Mi madre me agarró el rostro con ambas manos, escudriñando mis facciones con terror—. Déjame verte. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? Si te ha puesto una mano encima, juro por la Virgen que...

Sus palabras murieron en su garganta. Sus ojos se clavaron en mi cuello desnudo y en mis clavículas expuestas por la camiseta de tirantes. La vi palidecer de golpe. Su mano temblorosa bajó hasta rozar el hematoma oscuro y amoratado que Raffaelo me había dejado bajo la mandíbula, y los otros más pequeños que descendían hacia mi escote.

—¡*Santa Madonna*! —jadeó mi madre, llevándose la mano a la boca, con la voz quebrándose en un sollozo de puro pánico—. ¡Te está maltratando! Larissa, por Dios... ¿Con qué lo has molestado tanto para que te haga esto? Ese monstruo... Me prometió que cuidaría de ti...

El horror en su rostro me hizo sentir una punzada de vergüenza, pero también una necesidad protectora hacia el hombre que me había hecho esas marcas.

—¡No, mamá, no! —me apresuré a decir, tapándome el cuello instintivamente con la mano, sintiendo el calor subirme a las mejillas —. Escúchame, por favor. No es lo que parece.

—¡Tienes marcas de violencia por todo el cuello, Larissa! —lloró ella, intentando apartar mi mano para verlas bien.

—¡No son de violencia, mamá! —grité, más fuerte de lo que pretendía, cerrando los ojos por la humillación—. Son... son chupetones. Marcas. De sus labios. De su boca. No me ha pegado. Nunca me ha levantado la mano para hacerme daño. Te lo juro.

Mi madre se quedó congelada. Parpadeó varias veces, procesando la información. El terror en sus ojos fue reemplazado lentamente por la sorpresa y la comprensión de una mujer adulta.

—Estoy bien, *mamma*. Te lo prometo, estoy bien —la tranquilicé de nuevo, secándole las lágrimas con los pulgares.

Y, para mi propia sorpresa, me di cuenta de que no estaba mintiendo en absoluto.

Nos sentamos en los sofás blancos del salón. Maria, la sirvienta, nos trajo té y pastas, y nos dejó a solas. Durante horas, hablamos. Le conté cómo era la mansión, le mentí diciendo que Raffaelo era distante pero respetuoso, y evité a toda costa cualquier mención a la mafia, a la sangre o al orfanato. Quería protegerla.

Pero mi madre no era tonta. Había sobrevivido al lado de Fabrizzio Vitale lo suficiente como para leer entre líneas.

—Larissa —me dijo, cogiéndome de la mano, su mirada volviéndose seria y profunda tras haber digerido el asunto de mis marcas—. ¿Él te trata bien de verdad? Sé que la reputación de Raffaelo Moretti es... aterradora. Toda Sicilia cuenta historias de sangre sobre él. Me da pánico pensar que estás sola en esta casa inmensa con un hombre que no conoce la piedad.

Apreté los labios, mirando nuestras manos unidas.

—Es complicado, mamá. Pero no es solo el monstruo que todos creen. Tiene... tiene partes buenas. Partes que nadie más ve.

Mi madre suspiró, acariciando el dorso de mi mano con el pulgar.

—Mi niña, los hombres como él, los hombres que gobiernan con el miedo, pueden ser muy seductores. ¿Te ha... forzado?

Negué con la cabeza rápidamente, recordando el calor de su cuerpo y la devoción en su voz.

—No. No me ha forzado, mamá. Me aterra lo mucho que me gusta que me toque.

—Ya veo —murmuró con tristeza—. Te has enamorado de él, ¿verdad?

La pregunta quedó suspendida en el aire. No lo negué. Las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos, porque admitirlo en voz alta lo hacía real, y hacerlo real significaba que lo que tenía que hacer esta noche me dolería cien veces más.

—Solo te pido una cosa, Larissa —continuó mi madre, acercándose para besar mi mejilla—. No dejes que su oscuridad apague tu luz. No te conviertas en la sombra de un jefe de la mafia, como me pasó a mí con tu padre. Tienes que ser fuerte, y si alguna vez sientes que te estás perdiendo a ti misma... prométeme que correrás.

—No tendré que correr, mamá —susurré, abrazándola de nuevo—. Él no me dejaría.

Aunque no sabía si era exactamente amor, algo florecía. Fuerte, oscuro y letal.

La visita de mi madre fue un bálsamo para mi alma, un regalo que Raffaelo me había hecho demostrándome que, debajo de toda su brutalidad, prestaba atención a mis heridas. Cuando el chófer vino a recogerla a las seis de la tarde, la despedí con otro abrazo largo y la promesa de llamarla pronto.

—Estaré bien, mamá. Te lo prometo.

En cuanto el coche desapareció por la puerta principal, la realidad volvió a caerme encima.

El reloj del vestíbulo marcó las seis y media. Me quedaba poco tiempo.

Subí corriendo a la habitación y cerré la puerta. Me acerqué a la ventana y miré hacia los jardines. La seguridad de la mansión era implacable. Dos hombres armados patrullaban el perímetro este, las cámaras cubrían cada ángulo de la entrada principal y Enzo rondaba por la planta baja. Salir por la puerta delantera era un suicidio.

Agarré mi teléfono móvil, me senté en el borde de la cama y marqué el número de mi mejor amiga con los dedos temblorosos.

Al tercer tono, contestó.

—¿Larissa? ¡Santa Madonna, por fin! ¡Llevo días sin saber nada de ti! —chilló Gia al otro lado de la línea.

—Gia, escúchame —la corté, mi voz sonando ronca y urgente—. Necesito que me hagas un favor enorme. Y necesito que no me hagas preguntas.

El tono de Gia se volvió serio al instante.

—Lo que sea, Lari. Dímelo.

—Necesito que vengas a recogerme esta noche. A las once en punto.

—¿Te has vuelto loca? ¿Te vas a fugar, Larissa? Si Moretti me pilla ayudándote a escapar, me cortará la cabeza y se la enviará a mis padres en una caja de zapatos.

—No voy a fugarme, Gia. Te lo juro —mi voz se quebró ligeramente por la desesperación—. Solo tengo que ir a un sitio. Tengo que ir a arreglar un asunto, o alguien saldrá muy mal parado. Es cuestión de vida o muerte. A las 23:00. ¿Puedes hacerlo?

La escuché soltar un suspiro tembloroso.

—Maldita sea... Vale. Estaré allí a las menos diez con las luces apagadas. Ten mucho cuidado, *stellina*.

Colgué antes de que pudiera intentar disuadirme.

Las siguientes cuatro horas fueron una agonía absoluta. Me paseé por la habitación intentando calmar la ansiedad. A las diez y media de la noche, la mansión estaba sumida en un silencio sepulcral. Raffaelo no había vuelto y la mayor parte del servicio se había retirado a sus cuartos. Si él se enteraba de que había salido en mitad de la noche para reunirme con otro hombre a sus espaldas, la furia que vi anoche en el club no sería nada comparado con el apocalipsis que desataría. Pero tenía que salvar al hombre que intentaba salvarme a mí.

Me cambié de ropa. Al ser una noche sofocante de julio, me puse unos vaqueros negros ajustados y un top de seda negra de tirantes finos. Me calcé unas zapatillas deportivas oscuras para no hacer

ruido. Me recogí el pelo en una coleta tirante. El olor de mi propio sudor frío me delataba. El miedo era palpable.

Abrí la puerta de la suite y me asomé al pasillo. Estaba despejado. Mis paseos solitarios por la mansión durante las primeras semanas me habían servido para memorizar las rutinas. Los guardias de los pasillos interiores hacían sus rondas cada quince minutos, y el cambio de turno en la puerta trasera de las cocinas ocurría exactamente a las 22:50.

Bajé por la escalera de caracol de servicio y el olor a restos de la cena impregnaba el aire cerrado de las cocinas. Estaba a punto de cruzar hacia la puerta trasera cuando escuché el tintineo de unas llaves. Me congelé, aplastándome contra el lateral de la nevera industrial de acero inoxidable.

Alena, la joven sirvienta rusa, salió del cuarto de limpieza con su bolso colgado del hombro, terminando su turno. Se detuvo en seco al verme salir de las sombras con mi ropa negra.

—Vaya, vaya... —arrastró las palabras con una sonrisa venenosa y burlona, cruzándose de brazos—. ¿Adónde vas tan deprisa a estas horas, *Signora* Moretti? Pareces un ladrón de poca monta...

El pánico inicial se desvaneció, reemplazado instantáneamente por una ola de pura irritación.

—Eso a ti no te importa, Alena. Apártate de mi camino —le ordené, intentando bordearla.

Ella dio un paso lateral, bloqueándome el paso de nuevo con actitud chulesca.

—Si te vas a fugar, adelante. Me harías un favor enorme a mí y a todos en esta casa. Pero deberías saber que a los perros que intentan escapar de este lugar no les va muy bien.

La sangre me hirvió. Mi paciencia había llegado a su límite absoluto. No iba a dejar que una empleada resentida me estropeara el único plan que tenía para evitar una masacre.

—No me voy a fugar, maldita entrometida —repliqué, acortando la distancia entre nosotras hasta que nuestras caras quedaron a escasos centímetros. Invoqué en mi cabeza la misma presencia dominante de Raffaelo y usé el tono más gélido del que fui capaz—. Voy a dar un paseo por mis propiedades porque me da la puta gana.

Deja de meter las narices en mis asuntos. Soy la señora de la casa. No me cuestiones tú a mí, o le contaré a mi marido que has estado robando botellas de su reserva privada de vino francés de la bodega.

Los ojos de Alena se abrieron de par en par, el color abandonando sus mejillas bajo su espeso maquillaje. Había dado en el clavo.

—Eres una perra manipuladora —susurró, con la mandíbula tensa y el miedo finalmente asomando a sus ojos.

Sonreí, una sonrisa fría y carente de humor.

—Y tú eres una empleada reemplazable —le recordé en un susurro cortante—. Si yo le digo una palabra, ¿de parte de quién crees que se pondrá mi marido, Alena? Te aseguro que no del tuyo. Te cortaría la lengua solo por haberme hablado así.

Alena tragó saliva, aterrorizada por la mención velada a la brutalidad de Raffaelo.

—Algo se me ha pegado de mi marido —murmuré—. Ahora, apártate de mi camino, zorra.

Alena retrocedió casi tambaleándose, despejándome el paso hacia la puerta trasera.

Sin mirar atrás, a través del cristal de la puerta de servicio, vi a los dos guardias salir al porche para fumarse un cigarrillo con los del nuevo turno que llegaban. Era mi única oportunidad.

En un momento de pura temeridad, abrí la puerta lateral de la despensa que daba directamente a los contenedores de basura, fuera del alcance de las cámaras principales. La noche me recibió con una bofetada de viento cálido, cargado del olor a salitre del mar cercano.

Corrí. Corrí como si el mismísimo demonio me persiguiera, manteniendo mi cuerpo pegado a las sombras de los altos setos. La hierba húmeda rozaba mis zapatillas, pero no me detuve hasta llegar al muro de piedra del extremo este de la propiedad. Tal y como recordaba de mis vistazos por la ventana, la vieja reja de servicio, cubierta por la hiedra y sin cámaras apuntándola directamente, estaba allí.

Tiré del pestillo oxidado. Cedió con un gemido metálico que me puso los pelos de punta.

Me colé por la abertura y salí al camino de tierra, fuera de los dominios del Diablo. Unos faros se encendieron de repente a cien metros de distancia, cegándome. El pequeño Fiat 500 de Gia frenó en seco a mi lado.

En un movimiento desesperado, tiré de la manilla de la puerta trasera y me lancé al interior, ovillándome sobre el asiento de cuero sintético mientras cerraba de un portazo que resonó en el silencio de la noche.

—¡Arranca, Gia! ¡Arranca ya! —le grité desde atrás, con la voz quebrada por la adrenalina.

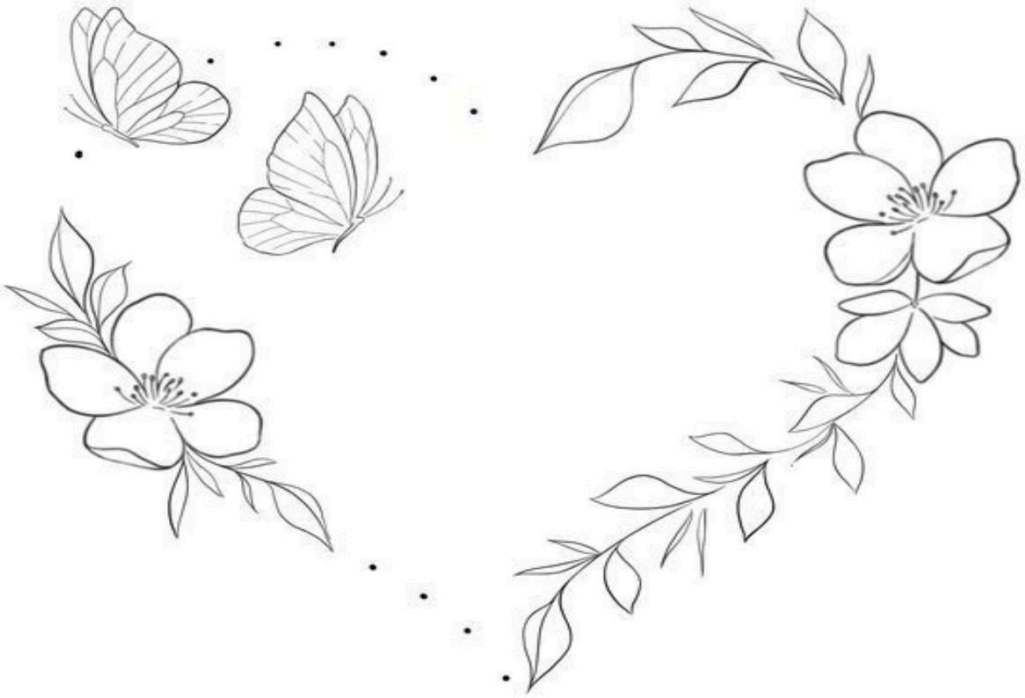
Los neumáticos patinaron sobre la gravilla, levantando una nube de polvo, y salimos disparadas hacia la carretera principal. Me incorporé lo justo para pegar la frente contra el cristal de la luna trasera, observando con el corazón en la garganta cómo los muros de la mansión de Raffaelo se hacían más pequeños, pero el miedo seguía pegado a mi piel como el sudor.

Gia me miró por el espejo retrovisor, con los ojos desorbitados y las manos apretadas con tanta fuerza en el volante que sus nudillos estaban blancos.

—Larissa, estás temblando. ¿Adónde vamos? —preguntó con un hilo de voz.

Mantuve la vista fija en la oscuridad de la carretera que dejábamos atrás, buscando cualquier destello de los faros de un SUV negro que nos diera caza.

—Al circuito clandestino de las canteras de Siracusa —ordené, bajando por fin la guardia para dejarme caer contra el respaldo—. Tengo que ver a Mario. Y tengo que acabar con esto esta misma noche.



31

LARISSA

Debo de estar completamente loca. Esa era la única explicación lógica. Loca de remate por escabullirme de la casa del Diablo, en plena noche, yendo directa al matadero. Al mío, al de él, al de todos.

Miré por la ventanilla del pequeño Fiat 500 mientras las luces de las farolas pasaban como ráfagas borrosas. Me estaba volviendo una experta en fugarme. A este paso, el FBI ya me podría contratar como espía. O eso, o terminaría en el fondo del Mediterráneo con un bloque de cemento atado a los pies.

Acomodé mi respiración, intentando bajar las pulsaciones de mi corazón, cuando por fin aparté la vista del retrovisor y miré hacia los asientos delanteros. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estábamos solas. El olor a chicle de fresa del perfume de Gia se mezclaba con el aroma a tabaco rubio y a colonia masculina.

El novio de Gia, Vincenzo, estaba sentado en el asiento del copiloto, con el brazo apoyado en la ventanilla mientras Gia conducía.

—Hola, Lari —me saludó Vincenzo, girándose a medias para mirarme con una sonrisa torcida—. Lo has conseguido. Mírate, eres toda una rebelde.

Tragué saliva, sintiendo que el espacio en el coche de repente se había encogido.

—Gia, no me dijiste que venía Vincenzo —murmuré, clavando mis uñas en la tela de mis vaqueros negros.

—No podía dejar que fuéramos solas a las canteras a estas horas, *stellina*. Además, estoy muy orgullosa de ti, Lari —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Si hasta hace muy poco eras una niña buena que no rechistaba en casa y bajaba la cabeza ante su padre, y ahora... ¡ahora te escapas en mitad de la noche para ver a tu amante!

La palabra "amante" me golpeó en el estómago como un puñetazo.

—No es mi amante —repliqué de inmediato, con la voz más dura y cortante de lo que pretendía—. Y como se entere Raffaelo de que estoy aquí... estoy muerta. O peor aún, Mario estará muerto. Tengo que acabar con esto hoy mismo.

Vincenzo chasqueó la lengua, acomodándose en el asiento.

—Deberías habérselo dicho antes, Lari —comentó Vincenzo, con un tono de ligero reproche que me hizo sentir aún más miserable—. El chico se ha hecho muchas ilusiones. Estaba convencido de que esta noche os iríais juntos.

Fruncí el ceño, inclinándome hacia adelante, apoyando las manos en el respaldo de sus asientos.

—¿Te ha dicho algo a ti? ¿Habéis hablado?

Vincenzo se encogió de hombros.

—Entre hombres hablamos... Ya sabes...

Cerré los ojos con fuerza. El nudo de culpa en mi garganta era tan espeso que apenas me dejaba respirar.

—No fue mi intención, de verdad —susurré, sintiendo una lágrima traicionera picando en la comisura de mi ojo—. Todo se descontroló. Pero no puedo ponerle más en peligro. Si sigo con esta farsa, Raffaelo lo encontrará.

Gia borró la sonrisa de su rostro y me miró de reojo por el retrovisor. Su expresión se llenó de una preocupación genuina.

—¿Qué ha pasado, *stellina*? —me preguntó en un susurro—. ¿Te ha amenazado con algo tu marido? ¿Te ha hecho daño?

El recuerdo de los dedos de Raffaelo dentro de mí, de su voz ronca exigiéndome sumisión, y de su confesión en la oscuridad del coche me inundó la mente.

—Estoy... replanteándome mi estatus como la señora Moretti —respondí, eligiendo mis palabras con cuidado, mirando hacia la oscuridad del exterior—. Me aterra despertar de este sueño tan bonito en el que he jugado a estar enamorada de Mario. A ser una chica normal con una vida normal. Duele como el maldito demonio pensar que le haré daño.

Nadie dijo nada en el coche. El único sonido era el crujir de la gravilla bajo los neumáticos.

—Le salvaré la vida —continué hablando, casi más para convencerme a mí misma que a ellos—. Mario me olvidará. Se volverá a enamorar de una chica que no esté rota ni vendida a la mafia. Vivirá la vida que se merece y pasará página.

¿Y yo? pensé, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventanilla, mientras el paisaje se volvía cada vez más industrial y

lúgubre. *Si Raffaelo se entera de que he salido de mi jaula esta noche, no sé si quedará algo de mí que no sean cenizas.* La vibración del suelo me sacó de mis pensamientos. Me di cuenta de que habíamos llegado al sitio.

Un inmenso edificio industrial en ruinas se alzaba frente a nosotros, flanqueado por las paredes de roca escarpada de una vieja cantera de piedra. Decenas de coches aparcados de cualquier manera iluminaban la zona con sus faros, creando una red de luces y sombras fantasmagóricas.

Bajamos del coche y el ambiente me abofeteó al instante. El rugido ensordecedor de los motores de alta cilindrada competía brutalmente con la música electrónica que atronaba por unos enormes altavoces. A la derecha, un extenso descampado delimitado por cientos de neumáticos apilados formaba un circuito improvisado. Supuse que ahí eran las carreras.

Me agarré al brazo de Gia por instinto, insegura, pero con una euforia rara y punzante recorriéndome el cuerpo. Era la primera vez que presenciaba una carrera ilegal. A pesar de que corría una corriente de aire caliente, empecé a tiritar. Tiritaba al pensar que iba a ver a Mario, que iba a romperle el corazón, y que podían pillarme en cualquier momento.

—Toma, dale un trago e intenta disfrutar —me ofreció Gia, sacándome de mi trance y tendiéndome una lata de cerveza helada.

La agarré. Bebí un trago largo, permitiendo que el líquido amargo me raspara la garganta seca. Lo hice como si supiera lo que estaba haciendo; cualquiera diría que era una experta en antros ilegales. Gia encendió un cigarro y me lo pasó. Le di una calada profunda. El humo me llenó los pulmones y una calidez adormecedora me recorrió el cuerpo, relajando la tensión de mis hombros. Me sentí mejor. No me consideraba fumadora, podía vivir sin probar un cigarro durante días, pero de vez en cuando, cuando la ansiedad me superaba, fumaba. Al principio era un acto de rebeldía que hacía a escondidas con Gia en el instituto, hasta que empezó a volverse un hábito en la mansión de mi padre.

Parte del miedo se disipó junto con el humo que exhalé, aunque el pánico seguía ahí, agazapado en la boca de mi estómago.

Avanzamos entre la multitud. Nunca había estado en una carrera y no sabía qué esperar. Veía caras sonrientes, gente bebiendo y apostando, y eso me contagió una energía brutal y primitiva.

Crecemos pensando que somos princesas esperando al príncipe azul en su caballo blanco, pero, irónicamente, creo que las mujeres simpatizamos más con el villano.

Entonces lo vi.

Mario estaba sentado sobre su moto, una Kawasaki negra brillante. Me saludó desde lejos con esa sonrisa suya que desarmaba a cualquier chica. A mí también me había desarmado en su día. ¿O tal vez solo había sido una ilusión provocada por la desesperación por huir? Con el mono de motorista ajustado a su cuerpo, su pelo castaño peinado con la raya a la derecha y esa actitud relajada, era un auténtico imán para las chicas que revoloteaban a su alrededor.

Me recorrió con la mirada desde la distancia sin perder la sonrisa. Las chicas casi se le echaban encima, riendo de sus bromas, y yo, sorprendentemente, solo me pude alegrar por él. *Sé que me olvidará rápido*, pensé. Si era sincera conmigo misma, él nunca fue mío, ni yo fui de él. Teníamos algo que no llegó a nada. Y puede que ese algo que teníamos no hubiera existido en absoluto si yo no hubiese sabido que mi padre iba a venderme. Él solo fue mi vía de escape.

Al final, las chicas se apartaron y empezaron los preparativos para la carrera. En los márgenes del circuito improvisado volaban las apuestas, el dinero sucio y las ilusiones.

Seguí la carrera con el corazón en un puño. Aunque ya no sentía ese aleteo romántico por él, tampoco quería que le pasara nada malo. Se me revolvió el estómago al ver lo peligroso que era todo. Las motos pasaban rozándose, derrapando en las curvas cerradas, levantando nubes de polvo y piedras. No era una película que veías desde el sofá de casa: el estruendo de los motores, los gritos de la gente y la adrenalina eran reales y viscerales.

Y Mario ganó.

Sabía que lo haría; era de los que peleaban por lo que querían.

Con la moto aún humeante y oliendo fuertemente a goma quemada, se acercó a nosotras. Se quitó el casco, sacudiendo su pelo castaño.

—¡Lari, has venido! —exclamó, sus ojos brillando de triunfo.

—Claro —respondí, forzando una media sonrisa—. Pero tenemos que hablar.

Mario apoyó el casco en el manillar y me miró con picardía.

—¿Nos vamos a algún sitio?

—¿Adónde?

—A las estrellas y más allá —respondió, dándome un guiño.

A pesar de la tensión, solté una pequeña risa genuina.

—Pero mira que eres tonto —me burlé suavemente—. ¿De verdad te funcionan esas frases?

Mario se encogió de hombros, acercándose un paso más.

—No lo sé... ¿funcionan contigo?

—No mucho, donjuán —repliqué.

—Tendré que actualizar mi lista de frases de ligoteo, entonces —bromeó.

Mario hizo un intento de acunar mi rostro para darme un beso en los labios, pero yo giré la cabeza y me aparté justo a tiempo, dejando que sus labios rozaran mi mejilla. El rechazo fue evidente.

—Tenemos que hablar, Mario. De verdad —insistí, mi tono volviéndose serio.

Gia apareció a mi lado, mirándome con cara de falsa preocupación pero empujándome ligeramente hacia él.

—Vete, Lari. Estás en buenas manos —me animó Gia—. ¡Las estrellas te esperan! —remató, con tono teatral y cómplice, levantando su lata de cerveza a modo de brindis.

—No seas tonta, Gia —le contesté, mirándola con tristeza—. Lo que me espera es la lava del infierno de Raffaelo si no vuelvo pronto.

Mario frunció el ceño, su sonrisa apagándose ligeramente.

—¿Qué quieres decir, Larissa?

—Vamos, Mario. No tengo mucho tiempo —le urgí, mirando a mi alrededor con paranoia.

Mario suspiró, sacó un casco extra del compartimento de la moto y me lo tendió.

—Ponte el casco, *incanto*.

Me lo puse y abroché la correa bajo mi barbilla. No sabía adónde podríamos ir para hablar tranquilos a solas, pero me daba igual. Tenía que acabar con esto cuanto antes para poder volver a la mansión antes de que Raffaelo descubriera mi ausencia. Mientras me subía a la parte trasera de la moto, un pensamiento fugaz cruzó mi mente: *no debería confiar tanto en un desconocido.* Porque, al fin y al cabo, Mario para mí era exactamente eso. Un extraño con una sonrisa bonita. No sabía casi nada de su vida. No sabía absolutamente nada.

—Agárrate fuerte —me indicó.

Me abracé a su cintura, sintiendo el cuero de su chaqueta, exactamente igual que esa noche en la que me llevó a casa. Pero algo había cambiado. Ya no sentía las mariposas en el estómago. Esta vez, mi pulso no estaba acelerado por la emoción, sino por el miedo y la culpa.

El trayecto duró unos diez minutos. Nos alejamos de la cantera, adentrándonos en una zona de almacenes abandonados, completamente a oscuras y desierta. El motor de la Kawasaki se apagó, dejando un silencio sepulcral a nuestro alrededor.

Me bajé de la moto rápidamente y me quité el casco.

Mario se bajó también, bajando la pata de cabra.

Abrí la boca para soltarle el discurso que llevaba horas ensayando. Iba a decirle que lo sentía, que él pertenecía a otro mundo y que tenía que huir de Sicilia para no morir.

Pero no llegué a soltar ni una sola palabra.

Sentí una sombra moverse a mi espalda. Antes de que pudiera girarme, un pinchazo agudo, frío y doloroso perforó el lateral de mi cuello.

Solté un grito ahogado, llevándome la mano a la piel. Todo empezó a dar vueltas al instante. La figura de Mario frente a mí se desdobló. Mis rodillas se doblaron al instante, como si me hubieran cortado los cables que me sostenían.

Lo último que vi antes de que todo se volviera de un negro absoluto fue la sonrisa de Mario desvaneciéndose en la oscuridad.



Mi conciencia regresó en oleadas pesadas y dolorosas.

Intenté abrir los ojos despacio, pero me pesaban demasiado, como si tuviera plomo en los párpados. Un dolor de cabeza punzante e insoportable me taladraba las sienes. Intenté mover los brazos para frotarme la cara, pero no pude.

El pánico estalló en mi pecho cuando el frío tacto del metal y el roce áspero de unas cuerdas de nylon registraron en mi cerebro. Hice un tirón desesperado. Estaba sentada. Mis manos estaban atadas con fuerza a los reposabrazos de una maldita silla de acero, y mis tobillos estaban inmovilizados a las patas.

Hice el amago de abrir por lo menos un ojo para ver si podía distinguir algo en la penumbra. El aire olía a humedad, a óxido y a polvo cerrado. Estábamos en el interior de un almacén vacío. La cabeza me pesaba toneladas y apenas recordaba cómo había llegado allí, hasta que la imagen del pinchazo en el cuello relampagueó en mi mente.

Intenté distinguir la silueta del hombre que estaba de pie frente a mí. Su rostro aún no estaba claro entre las sombras, pero escuché el sonido de una botella de plástico abriéndose.

La figura se acercó. Una mano fuerte agarró mi barbilla, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás, y el borde de la botella de plástico chocó contra mis labios. El agua fría me bañó la lengua reseca. Bebí desesperadamente, tosiendo un poco cuando el líquido me raspaba la garganta.

—Se ha despertado la bella durmiente —dijo una voz.

Abrí los dos ojos de golpe, la adrenalina borrando los restos del sedante.

La luz mortecina de una bombilla colgante iluminó su rostro.

—¿Mario? —jadeé, mi voz sonando ronca y débil—. ¿Qué estás haciendo? Suéltame.

Mario me miró desde arriba. Ya no había rastro del chico dulce. Sus ojos eran oscuros, fríos y carentes de cualquier tipo de empatía.

—Si no lo hago, ¿qué harás? —preguntó, con un tono burlón, cruzándose de brazos.

Tiré de las cuerdas, sintiendo cómo el nylon quemaba la piel de mis muñecas.

—Mario, déjate de bromas o de juegos que no sabes jugar. No tiene ninguna gracia. Suéltame ahora mismo —le exigí.

Mario soltó una carcajada seca, carente de humor.

—Eres muy ingenua, *incanto* —negó con la cabeza, acercando una silla plegable para sentarse frente a mí, a escasos palmos de distancia—. Porque sé jugar muy bien a esto, es por lo que tú estás aquí atada.

Mi corazón empezó a martillear contra mis costillas. El miedo, el miedo real y primitivo a la muerte, se apoderó de mí.

—¿Qué quieres decir, Mario? No tiene maldita gracia...

—Quise salvarte, Larissa —murmuró, apoyando los codos en las rodillas, mirándome fijamente—. Quise alejarte de él para que no acabaras lastimada o peor. Pero parece que, al final, a pesar de todo lo que te advertí, aún así lo has elegido a él.

—Mario, escúchame. ¡Suéltame y huye lejos! —le supliqué, intentando razonar con él—.Te prometo que no le contaré nada a Raffaelo de esto. Si te vas ahora, él no te encontrará.

Mario se levantó lentamente. Se acercó a mí y, con los nudillos de su mano derecha, empezó a acariciar la piel de mi cuello, justo donde Raffaelo me había dejado los hematomas amoratados. El contacto de su piel me dio náuseas.

—De verdad que quise salvarte... —susurró, rozando la marca más oscura bajo mi mandíbula—. Eres muy hermosa para acabar herida o, peor, muerta. Cuando me enteré en aquella asquerosa gala benéfica de que el grandísimo Raffaelo Moretti se iba a casar, me dije a mí mismo que esa sería mi gran oportunidad de tomar mi venganza.

Parpadeé, la confusión mezclándose con el terror.

—¿Gala? ¿Has estado en la gala de mi padre? Pero ¿cómo? ¿Venganza? ¿Qué venganza, Mario? ¿De qué diablos estás hablando?

Él apretó su pulgar contra el hematoma de mi cuello, haciéndome soltar un pequeño gemido de dolor.

—Demasiadas preguntas, muñeca.

—No me llames muñeca —escupí, apartando la cara bruscamente de su tacto—. No soy una cabeza hueca. Tengo cerebro.

—Pero no lo usas —replicó él, enderezándose, mirándome con superioridad—. Ha sido jodidamente fácil atraerte. Demasiado fácil. Sobre todo cuando me enteré de que eras amiga íntima de Gia, que da la casualidad de que su novio es mi amigo. Era como una maldita señal del destino puesta en bandeja de plata.

Tiré de las cuerdas de nuevo, ignorando el dolor en mis muñecas.

—¿Por qué haces todo esto, Mario?

—Venganza. Te lo dije —Mario empezó a pasearse frente a mí, la ira deformando sus facciones—. Mi hermana murió por culpa de Raffaelo y de sus inútiles hombres. Uno de los hombres de tu marido, Victor, salía con mi hermana pequeña. Le había comido la maldita cabeza, la enamoró y le prometió el mundo. La muy tonta hasta planeaba fugarse con él y dejar a nuestra familia atrás.

Mario se detuvo, apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Pero el grandísimo Raffaelo Moretti tenía muchos enemigos. Uno de ellos era Dimo Riva. Raffaelo lo había humillado y dejado en la ruina una noche jugando al póker en su puto casino, y Dimo juró venganza... tenía muy mal perder. A Raffaelo no le importó, se rio en su cara. Así que el día que Dimo decidió cobrarse la deuda con sangre, mi hermana se encontraba en el coche con Victor. La acribillaron a balazos. Victor sobrevivió. Ella no. Él no la protegió. Y todo porque a tu marido le gusta jugar a ser Dios.

Me quedé mirando su rostro destrozado por el dolor, pero mi empatía estaba enterrada bajo el terror de mi propia situación. Mi mente procesó la información a mil por hora, conectando los puntos del odio visceral que destilaba.

—Aquí el único que no usa su cerebro eres tú, Mario —le solté, con la voz dura y fría—. Nadie sabía lo que Dimo iba a hacer. No fue culpa de Raffaelo. No fue Raffaelo quien apretó el gatillo y la mató. Tampoco fue culpa de Victor si fue una emboscada.

—¡Ella se juntó con ellos a pesar de todas mis putas advertencias! —gritó Mario, pateando una caja vacía que salió volando por el

almacén con un estruendo—. ¡Le dije que los hombres de Moretti solo traen muerte!

—Entonces fue su culpa, por enamorarse de un hombre peligroso sabiendo las consecuencias —sentencié, mirándolo fijamente a los ojos—. Como fue mi estúpida culpa la de ir contigo esta noche creyendo que eras un buen hombre.

El silencio cayó sobre nosotros, pesado y amenazante.

—Pero él te encontrará, Mario —le aseguré, bajando la voz a un susurro letal y cargado de convicción—. Oh, vaya si te encontrará. Y te juro que no habrá salvación en todo el puto planeta para ti.

Mario sonrió, una sonrisa torcida y llena de locura.

—Estoy preparado, Larissa. He estado preparándome para este día durante años. Por cierto, mi apellido es Mancuso —dijo, guiñándome un ojo con sádica diversión.

—Eres un hijo de la gran puta —le insulté, escupiendo las palabras con todo el asco que fui capaz de reunir.

Mario se rio, una carcajada perversa que rebotó en las paredes de hormigón. Acortó la escasa distancia que nos separaba y agarró un puñado de mi pelo con fuerza, tirando de mi cabeza hacia atrás para exponer mi cuello y mi pecho. Estaba inmóvil, atada a la silla, sin poder apartarme. Bajó la mano libre por mi cuello, trazando mi clavícula con demasiada familiaridad.

—Por cierto, princesita, me prometiste algo, ¿recuerdas? —murmuró, clavando sus ojos oscuros en mi escote.

Su mano bajó rápidamente y se posó con rudeza entre mis piernas, justo encima de la tela de mis vaqueros. Me retorcí en la silla como si me hubiera quemado con ácido, intentando alejar sus asquerosas manos de mi cuerpo.

—¡No me toques, cabrón! —grité, retorciéndome en la silla, intentando alejar su asquerosa mano de mi cuerpo, pero las ataduras me lo impedían. Estaba completamente a su merced.

Él presionó más fuerte, ignorando mis quejas, acercando su rostro al mío con una sonrisa retorcida.

—Hasta hoy deseabas que fuese yo quien te tocase. Soñabas conmigo sacándote de esa casa, ¿no? ¿Qué ha pasado, muñeca? —se burló.

Solté un jadeo de dolor e indignación, forcejeando como un animal atrapado.

—Pero creo que llego tarde a la fiesta —continuó Mario, apretando su agarre de forma humillante, notando la sensibilidad de mi cuerpo —. Parece que tu marido te rompió pero bien. ¿Le va el sexo duro al gran *Capo*? ¿Y a ti? ¿Te gusta que te folle duro, Larissa? ¿Gritaste mucho?

—Reuní toda la saliva que pude en mi boca seca y le escupí directamente a la cara.

El salivazo le dio en la mejilla. Mario cerró los ojos un instante, apretando la mandíbula hasta que los músculos le temblaron, y se limpió con el dorso de la mano.

Y entonces, sin previo aviso, su brazo salió disparado.

El dorso de su mano impactó contra mi mejilla izquierda con una fuerza brutal. El golpe hizo que mi cabeza se girara de golpe, el dolor estallando en mi mandíbula mientras un zumbido agudo me ensordecía el oído. El sabor metálico de la sangre inundó mi boca de inmediato; me había partido el labio contra mis propios dientes.

Respiré agitadamente, escupiendo un hilo de sangre al suelo de cemento, y volví a mirarlo a los ojos con puro odio.

—Prepárate para morir, Mancuso —siseé, respirando agitadamente —. Porque el Diablo va a venir a por mí. Y te va a arrancar la piel a tiras.

Mario soltó un gruñido furioso. Me agarró la mandíbula con una sola mano, apretando mis mejillas con tanta fuerza que me obligó a abrir la boca. Antes de que pudiera evitarlo, introdujo tres dedos sucios y ásperos directamente hasta mi garganta.

Hice una arcada violenta, atragantándome, sintiendo el pánico asfixiarme mientras luchaba inútilmente por respirar y alejarme de él.

—¿Te ha enseñado tu maridito a chupar bien la polla? —me escupió a la cara, moviendo sus dedos dentro de mi boca, ignorando mis arcadas y lágrimas—. ¿La tiene grande? ¿Te has atragantado con él como lo haces ahora, puta?

Sacó los dedos lentamente, dejando un hilo de saliva. Tosí compulsivamente, buscando aire, temblando de puro horror ante el

monstruo que tenía enfrente.

—Vamos a ver cómo te atragantas también con la mía —susurró Mario, bajando la mano hacia la hebilla de su propio pantalón, con la mirada inyectada en una lujuria enfermiza—. Me sacaré la polla y me la chuparás como una puta, Larissa. Disfrutaré follarte esa puta boquita más que cualquier cosa. Y lo mejor de todo es que lo grabaré y se lo enviaré a tu marido para que vea cómo me corro en la garganta de su esposa.

Mario se inclinó hasta que su boca casi rozó mi oreja, sacando de su bolsillo mi propio teléfono móvil, el que debía haberme quitado mientras estaba inconsciente.

—Hmm... Te encontrará, sí. Pero te encontrará cuando yo quiera, preciosa. Porque aquí dentro hay un inhibidor de señal militar. Aunque tu teléfono tenga un puto rastreo GPS, no te encontrará en este agujero. —Tiró mi teléfono al suelo y lo pisó con la bota de motorista, haciendo crujir la pantalla hasta destrozarla por completo —. Y para cuando logre dar con este sitio, nosotros ya no estaremos aquí.

Mi corazón latió desbocado. El pánico realzó mi respiración.

—No me voy a correr en tu boca en un almacén sucio, incanto — continuó, acariciando mi mejilla magullada—. Sería un desperdicio. Eres demasiado hermosa. La señora de la mafia se merece por lo menos una cama cómoda para que yo pueda follarla bien toda la noche, ¿no crees?

El asco me revolvió el estómago. Intenté escupirle de nuevo, pero estaba demasiado exhausta.

—Y ahora la gran pregunta es...

Luego, sacó su propio teléfono del bolsillo trasero y abrió la cámara, apuntándome directamente al rostro magullado, con el labio sangrando y mis muñecas atadas.

—¿Qué podré hacer ahora para que pierda el control por completo? —se preguntó en voz alta, encuadrando la foto—. ¿Dejarlo hervir en su propia desesperación un par de horas, o enviarle ahora mismo una bonita foto de su adorada esposa atada e indefensa, con otro hombre?

Se me cortó la respiración. La mera idea de lo que Raffaelo sentiría, de la furia y el dolor que una imagen así le provocaría, me dolió más que las cuerdas cortándome las muñecas.

—¿Dónde está el chico dulce, amable y encantador que me hechizó y el que me hacía rendirme ante la idea de una vida mejor? —le pregunté, la decepción, la frustración y el terror haciendo que mis ojos se llenaran de lágrimas ardientes. Raffaelo tenía toda la maldita razón. Yo era muy ingenua. Demasiado inocente para este mundo—. Pensaba que eras diferente. Que tenías alma, Mario.

Mario me miró, y por un microsegundo, vi un destello de la persona que fingía ser. Pero lo enterró bajo años de odio.

—Sí, claro que la tengo, *incanto* —respondió, dándose la vuelta para caminar hacia las sombras—. Lo que pasa es que ya está vendida al diablo; tengo un pacto firmado con él para acabar con Raffaelo.

Tiré de mis ataduras una última vez, asumiendo mi papel, aceptando por fin a quién le pertenecía mi propia alma.

—Pues que sepas que no hay diablo más fuerte y oscuro que mi marido —le aseguré a su espalda—. Si no quieres arder en el infierno, huye ahora.



32

RAFFAELO

El olor a jazmín y a calor humano fue lo primero que registró mi cerebro al salir del letargo.

Abrí los ojos en la penumbra de la suite. Larissa estaba completamente pegada a mí. Su respiración suave y acompasada chocaba contra la piel de mi cuello. Tenía una pierna enredada con las mías y su pequeño puño descansaba justo sobre mi pecho, aferrándose a la sábana como si temiera caerse.

Me quedé completamente quieto, saboreando el momento. El peso de su cuerpo diminuto contra el mío, era la sensación más jodidamente perfecta que había experimentado en mi vida. Me gustaba sentirla ahí. Vulnerable. Mía. Mi cuerpo entero latía con una tensión sorda. Anoche la había llevado al límite, la había castigado negándole el orgasmo una y otra vez hasta que lloró mi nombre, y me había negado a mí mismo el placer de enterrarme en ella. Mis putas pelotas dolían por la contención, pero la sumisión que le había arrancado valía cada segundo de agonía.

Deslicé mi mano lentamente por su espalda desnuda, acariciando la curva de su columna. Quería despertarla. Quería ponerla a cuatro patas y terminar lo que había empezado en el club, pero el deber no me daba tregua.

Con un cuidado extremo, desenredé su cuerpo del mío, sintiendo un vacío instantáneo cuando el frío del aire acondicionado reemplazó su calor. La arropé hasta los hombros, dejándola dormir, y me vestí en silencio.

Cuarenta minutos después, el olor a jazmín había sido reemplazado por el hedor a humedad, sudor frío y óxido.

Estábamos en uno de los sótanos insonorizados del puerto norte. Frente a mí, atado a una silla de metal que estaba atornillada al suelo de cemento, se encontraba el francés. El intermediario de Jean Luis Pierre. *El Corso.*

Tenía el rostro reventado a golpes y el ojo izquierdo completamente cerrado por la hinchazón. Respiraba entre silbidos, escupiendo sangre al suelo.

—Dime, pedazo de escoria —murmuré, encendiéndome un puro con parsimonia. El humo espeso y gris llenó el ambiente cerrado,

mezclándose con el olor a sangre—. ¿De verdad Pierre pensó que podía meter su mercancía en mi isla sin pagar el peaje?

—Vete... al infierno, Moretti —balbuceó el Corso, con una sonrisa ensangrentada.

Sonreí. Una sonrisa fría, carente de cualquier atisbo de humanidad. Di una calada al puro y lo dejé sobre una mesa de herramientas. Agarré mi cortapuros de oro macizo. El metal frío se sentía pesado y familiar en mis dedos.

Me acerqué a él a pasos lentos. Uno de mis hombres le agarró el brazo derecho, extendiéndolo a la fuerza sobre el reposabrazos de acero.

—En mi territorio no se entra sin ser invitado, y mucho menos sin ser castigado —sentencié, mi voz bajando a un susurro letal.

Agarré su dedo índice. El Corso intentó tirar hacia atrás, pero el agarre de mi matón era de hierro. Deslicé la guillotina dorada del cortapuros hasta la base del dedo, justo en la articulación, y apreté con un solo movimiento seco.

El crujido del hueso rompiéndose fue seguido por un grito destripador, gutural, que rebotó en las paredes del sótano. La sangre caliente salpicó mis nudillos.

—¡Ahhh! ¡Maldito hijo de puta! —bramó el francés, retorciéndose de dolor.

—Ese es por intentar sobornar a mis guardias de aduanas —dije, inmutable. Agarré el dedo corazón, deslicé la cuchilla y volví a apretar.

Otro crujido. Otro grito agónico que me supo a pura victoria.

—Y este, por creer que sois más listos que yo. Coge esos putos dedos y mételos en una caja con hielo —le ordené a uno de mis hombres—. Envíalos por mensajería urgente a Marsella, a Jean Luis Pierre. Que sepa qué les pasa a los perros que meten el hocico en mi casa.

Me limpié la sangre de las manos con un paño negro. Miré al Corso, que lloraba de dolor, hiperventilando, con la mano convertida en un amasijo de carne mutilada.

Saqué la Beretta de mi sobaquera y le quité el seguro con un chasquido metálico. Le apunté directamente a la frente.

—¿Unas últimas palabras antes de que te vuele la cabeza? —pregunté.

El Corso levantó la vista, escupiendo un último hilo de sangre.

—Pierre... te matará...

—Que se ponga a la cola.

¡PUM!

El disparo ensordeció el sótano. La cabeza del francés se echó hacia atrás violentamente, y su cerebro y sangre pintaron la pared de ladrillos grises a sus espaldas. Bajé el arma, impasible ante el olor a pólvora y muerte que lo inundaba todo.

La pesada puerta metálica se abrió a mis espaldas. Enzo entró, deteniéndose a un par de metros del cadáver sin inmutarse.

—*Capo* —dijo mi *consigliere*, cruzándose de brazos—. Tu mujer se ha despertado.

La mención de Larissa barrió la bruma asesina de mi cerebro de un plumazo.

—¿Y? —pregunté, guardando el arma.

—Su madre también llegó. Está con ella en la mansión.

Esbocé una media sonrisa. Perfecto. Le había dado un golpe de autoridad anoche, y hoy le daba a su madre. Condicionamiento puro. Si ella entendía que podía ser un dios generoso cuando me obedecía, se sometería por completo.

—Prepara el coche. Tenemos que ir a *Inferno*. Los perros están ladrando.

—Limpiad esta mierda. Tengo una reunión.—ordené a mis hombres.



Llegué al club a primera hora de la tarde. La sala VIP, impregnada del aroma a coñac y humo de tabaco oscuro, estaba ocupada por la escoria de Sicilia. Gino Lombardi, Tito Antonucci, Costelo Pellegrini, Angelo Rinaldi y Simone. Los jefes de las familias aliadas.

Estaban inquietos. Habían estado bebiendo y murmurando, y cuando entré, el silencio se hizo pesado.

—¡Ya era hora, Raffaelo! —ladró Lombardi, golpeando la mesa de cristal con su vaso—. Nos dejaste tirados anoche como a putos novatos. Te estuvimos esperando más de dos horas. ¡Esto es una falta de respeto al Consejo!

Caminé hacia la cabecera de la mesa. No me senté. Apoyé ambas manos sobre el cristal, inclinándome hacia adelante, dejando que mi tamaño y mi aura dominante los asfixiara a todos.

—Me marché porque mi esposa requería mi jodida atención —dije, mi voz rasgando el aire, fría como el puto hielo.

Costelo Pellegrini se inclinó hacia adelante, cruzando las manos, con una sonrisa cargada de superioridad.

—Tu esposa no es asunto de este Consejo, Moretti —rebatió Costelo, ganándose asentimientos silenciosos del resto—. Lo que sí es nuestro asunto es Jean Luis Pierre. Los franceses han estado metiendo su puta mercancía por la costa norte esta semana. Nos están comiendo terreno mientras tú juegas a las casitas.

Me enderecé lentamente, clavando mis ojos oscuros en Costelo hasta que su sonrisa vaciló y desapareció por completo. —Jean Luis Pierre es un perro sarnoso —escupí con desdén—. Y la mercancía de la que hablas ya ha sido confiscada por mis hombres. Cada maldito gramo.

Un murmullo de sorpresa recorrió la mesa. Tito Antonucci frunció el ceño.

—¿Y qué hay de las represalias, Raffaelo? —intervino Antonucci, nervioso—. Pierre no se va a quedar de brazos cruzados si le robas un cargamento entero. Es un psicópata. Va a declarar la guerra y nuestros negocios se verán afectados.

Solté una risa baja, siniestra, recordando el sonido de los huesos del Corso rompiéndose bajo mi cortapuros.

—Pierre acaba de recibir un mensaje muy personal mío —respondí, mi voz bajando una octava, cargada de una amenaza que heló la sangre de los presentes—. Te aseguro que entenderá perfectamente lo que pasa cuando alguien mete el hocico en mi isla. No volverá a intentarlo... a menos que quiera que yo mismo vaya a

Marsella a cortarle el puto cuello. Miré a cada uno de ellos, asegurándome de que vieran al Diablo en mis ojos.

—Y os recuerdo, a todos los presentes, que la mercancía que mueve vuestras familias entra y sale por mis puertos. Yo no respondo ante vosotros. Vosotros esperáis cuando yo decido que esperéis. ¿Acaso alguien aquí tiene algún problema con mis prioridades? Pero que no se os olvide, el día que yo deje de liderar esta mesa, os devorarán a todos en menos de una semana. ¿Queda claro?

El silencio fue absoluto. Antonucci se aclaró la garganta y asintió levemente. Lombardi apretó la mandíbula, pero bajó la vista hacia su copa de whisky. Sabían que tenía razón. Sabían que sin mí, eran hombres muertos.

La reunión continuó bajo mis estrictos términos. Me dejé caer por fin en la silla de cuero de la cabecera, cruzando las piernas.

—¿Qué vas a hacer con la mercancía francesa? —preguntó Angelo Rinaldi, rompiendo el hielo, frotándose la barbilla con avaricia—. Son más de cien kilos de pura calidad. Si los movemos todos a la vez, el mercado se inundará.

—Se moverá fraccionada por las rutas del sur a partir de mañana —dictaminé, dándole un trago a mi whisky—. Y la familia Moretti se quedará con el sesenta por ciento de los beneficios por haber gestionado la confiscación.

Lombardi golpeó la mesa con la palma de la mano, rojo de indignación.

—¡Un sesenta! ¡Eso es una jodida extorsión, Raffaelo! El acuerdo base de esta mesa siempre ha sido un cuarenta.

Lo miré con la frialdad de un témpano de hielo.

—El acuerdo base es para la mercancía que vosotros ayudáis a incautar, Gino —repliqué, arrastrando las palabras—. Mis hombres hicieron el trabajo sucio. Y yo soy el que acaba de enviarle los dedos de su intermediario a Pierre en una puta caja con hielo, asumiendo el riesgo de la represalia. Así que, si quieres un pedazo de ese pastel francés sin mover un solo dedo gordo de tu inútil mano, te tragarás el porcentaje que yo dicte y darás las gracias.

Lombardi apretó los dientes, pero no tuvo los huevos de rebatirme. Simone, el jefe más joven del grupo, carraspeó para calmar el ambiente.

—Aceptamos el trato, Don Moretti —intervino Simone—. Pero si los franceses atacan, las rutas de Palermo estarán calientes.

—Por eso tú vas a mover a tus hombres a la frontera con Palermo, Simone —le ordené, señalándolo con el dedo—. Nadie entra ni sale de la costa norte sin que yo lo sepa. Y tú, Antonucci, te encargarás de lavar el efectivo rápido en tus casinos de Taormina esta misma semana.

Antonucci asintió vigorosamente, limpiándose el sudor de la frente.

—Se hará, *Capo*.

Discutimos los últimos detalles logísticos, los sobornos a la policía portuaria y las rondas de vigilancia. Los tuve comiendo de mi mano, asintiendo a cada una de mis órdenes como los perros obedientes que eran en el fondo. Para cuando por fin cerramos todos los acuerdos y el aire de la sala se volvió irrespirable por el humo, miré mi reloj de platino. Eran las 22:00.

Saqué mi teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y abrí la aplicación de rastreo conectada al teléfono de Larissa y su anillo. Esbocé una sonrisa de medio lado. *Buena chica.* Parecía que la lección y el castigo de anoche habían servido para domar un poco a mi fiera.

Apagué la pantalla y miré a mi *consigliere,* que acababa de entrar a la sala.

—Enzo, busca a Marco y tráelo aquí ahora mismo.

Diez minutos después, la puerta se abrió. Marco, pálido y con el brazo derecho, entró en la sala VIP.

—De rodillas —ordené, sirviéndome un whisky.

Marco parpadeó, confundido, mirando a Enzo y luego a mí.

—¿Qué... qué he hecho, jefe?

—He dicho de rodillas, Marco. No me hagas repetirlo.

El guardia obedeció de inmediato, cayendo al suelo con un golpe sordo, haciendo una mueca de dolor por su hombro herido.

Di un sorbo al whisky, saboreando el ardor del alcohol, y me acerqué a él.

—¿Te has atrevido a tocar a mi mujer? —pregunté, mi voz engañosamente tranquila.

El terror inundó los ojos del hombre.

—¡No, señor! ¡Se lo juro! —balbuceó, levantando la mano sana en señal de rendición—. Solo quería que entrara en la casa, jefe. Mi intención era no dejarla salir por la puerta. Cumplía órdenes.

—¿A base de qué? —insistí, inclinando la cabeza.

Marco tragó saliva, el sudor perlando su frente.

—A... a base de... —titubeó, bajando la vista al suelo— usar un poco la fuerza... —dijo casi en un susurro inaudible.

La furia me invadió en un parpadeo. Mi puño salió disparado. El golpe impactó de lleno en su mandíbula con un chasquido repugnante. Marco cayó hacia atrás, escupiendo sangre sobre la alfombra cara, gimiendo de dolor.

—Es mi esposa —rugí, agarrándolo por el cuello de su camisa y volviéndolo a poner de rodillas a la fuerza—. A mi esposa se la trata con el mismo jodido respeto que a mí. ¿Te queda claro?

—Lo siento, jefe... —lloriqueó Marco, con la boca ensangrentada —. No pensaba que una cría...

Le crucé la cara con otro puñetazo brutal, cortándole la frase.

—Esa "cría" que tú dices tiene más cojones que tú —le espeté con asco—. Dale las gracias a Dios, a los santos, o a quien coño le reces, que ella te apuñaló y no llegaste a más, porque ahora mismo te estaría cortando las manos lentamente y estarías ardiendo en el puto infierno.

Lo solté, dejándolo caer como un saco de basura. Me ajusté los puños de la chaqueta y lo miré desde arriba.

—Así que esto es lo que va a pasar: Ahora mismo vamos a ir a la casa. Y le pedirás perdón de rodillas. Y si es necesario, le besarás cada jodido dedo de los pies para que te perdone la vida. Y si aún así ella decide no perdonarte, despídete de este mundo. Que te quede muy claro, Marco. A mi mujer no la toca nadie.

Dejé a Marco temblando en el suelo, sangrando por la boca, y salí del club con Enzo detrás de mí. Estaba tenso, acelerado, con la

adrenalina de la violencia aún corriendo por mis venas, pero la idea de volver a casa y ver a Larissa, de volver a encerrarme con ella en nuestra habitación y hacerla gemir mi nombre hasta que no recordara el suyo, me aceleraba la sangre de una forma completamente distinta.

El trayecto en coche se me hizo eterno. Cuando el *Maybach* se detuvo en la entrada de la mansión, subí las escaleras casi corriendo.

Abrí la puerta de nuestra habitación. La luz del baño estaba encendida y se reflejaba en la penumbra de la suite.

Allí estaba, de espaldas a mí, frente al tocador. Llevaba una toalla enrollada en la cabeza y un camisón de tirantes de seda negra, corto.

La visión de su cuerpo en la penumbra fue suficiente para que mi polla reaccionara al instante, dura y pesada contra la cremallera del pantalón.

—Aunque me encantaría follarte ahora mismo, tenemos un asunto pendiente abajo —dije, mi voz profunda y cargada de lujuria resonando en la habitación—. Tienes que venir conmigo. Hay alguien que te debe una disculpa de rodillas. Pero antes, vístete. No quiero que ese cabrón te vea así.

La figura se tensó. Llevó sus manos al nudo de la toalla y se giró lentamente.

El aire se esfumó de mis pulmones, pero no por deseo.

No eran los ojos azules y el rostro desafiante de Larissa. Eran los ojos claros y asustados de Alena.

Mi cerebro tardó un milisegundo en procesarlo. El camisón. La toalla. Mi habitación.

La lujuria se evaporó, sustituida instantáneamente por una furia tan ciega y destructiva que mi visión se tiñó de rojo.

—Raffaelo... yo... —empezó a decir Alena, intentando poner una sonrisa seductora que parecía más una mueca de terror.

En dos zancadas crucé la distancia que nos separaba. Mi mano se cerró alrededor de su garganta como una prensa hidráulica. La levanté del suelo, estrellándola contra la pared de mármol del baño con una violencia que hizo crujir el azulejo.

—¿Qué cojones haces en mi puta habitación, vestida con el camisón de mi mujer? —rugí, apretando los dedos alrededor de su tráquea.

Alena pataleó en el aire, agarrándose a mi muñeca, boqueando por aire, con los ojos desorbitados por el pánico absoluto.

—P-pensaba... pensaba aprovechar que tu mujer se ha ido —consiguió ahogar, con lágrimas resbalando por sus mejillas—. Yo... yo podría servirte mejor, Raffaelo. Como antes... Ella no te valora...

Apreté más. Sus cuerdas vocales crujieron bajo mis dedos. El asco que me produjo escuchar sus palabras, oler su perfume barato en lugar del jazmín de mi esposa, me dio ganas de arrancarle la cabeza. La asfixia era inminente, pero mi mente se había quedado atascada en una sola frase. *Que tu mujer se ha ido*.

—¿Dónde está mi mujer, Alena? —siseé, mis ojos negros como el abismo clavados en los suyos.

—¡N-no lo sé! —lloró, poniéndose morada por la falta de oxígeno —. ¡No me lo ha dicho! ¡Te lo juro por Dios! ¡Se ha ido hace veinte minutos por la puerta trasera!

La solté bruscamente. Alena se desplomó sobre las baldosas de mármol, tosiendo, escupiendo y llevándose las manos a la garganta magullada.

Me di la vuelta y estrellé mi puño contra la pared con todas mis fuerzas. La madera y el yeso estallaron. El dolor en mis nudillos destrozados no fue nada comparado con el puto infierno que se acababa de desatar en mi cabeza.

—¡Lárgate de mi puta vista! —le grité.

Alena no se lo pensó dos veces. Salió a trompicones del baño, tropezando con sus propios pies descalzos y huyó de la habitación sollozando.

Saqué mi teléfono del bolsillo con manos temblorosas. Abrí la maldita aplicación de rastreo que me había dado tranquilidad media hora atrás. La señal se había perdido en algún lugar cerca de las canteras de Siracusa .

—¡Enzo! —grité, bajando las escaleras de tres en tres, como una fuerza de la naturaleza desatada.

Llegué al inmenso vestíbulo de la planta baja. Enzo ya estaba allí con Marco, rodeado por cuatro de los guardias del perímetro interior.

—*Capo*, ¿qué pasa? —preguntó Enzo, alarmado por mi expresión.

—¡Mi mujer se ha ido! —bramé, avanzando hacia el grupo de guardias. Agarré al más cercano por el chaleco antibalas y lo empujé contra la pared con tanta fuerza que un cuadro se descolgó y se hizo añicos en el suelo—. ¡¿Cómo cojones es posible?! ¡Es la segunda puta vez en menos de una semana que una niña de dieciocho años se escapa de esta jodida fortaleza llena de inútiles armados hasta los dientes!

Los hombres tragaron saliva, aterrorizados, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—¡Os pago para que vigiléis, no para que os toquéis los cojones! —les grité en la cara, soltando al guardia con asco—. Si a mi mujer le pasa algo, os juro que os voy a enterrar vivos a todos. ¡A todos!

Me giré hacia mi consigliere, respirando como un toro salvaje.

—¡Habla con el puto hacker ahora mismo, Enzo! Que intervenga todas las cámaras de seguridad públicas y privadas de Catania y de la carretera costera hacia el sur.

—Enseguida. Pero *Capo*...

—¡Activa TODO! —lo interrumpí, mi voz retumbando en la bóveda del techo—. Quiero los helicópteros en el aire, quiero los drones peinando las salidas de la ciudad y quiero barricadas en los putos peajes. ¡Nadie entra y nadie sale hasta que la encuentre!

Caminaba de un lado a otro del inmenso salón, sintiendo que me asfixiaba en mi propia casa. Me pasó la mano por el pelo, respirando con dificultad. *¿A dónde cojones has ido, Larissa*?

Y entonces, el teléfono vibró en mi mano. Un mensaje. Un número oculto.

Mi pulgar pulsó la notificación con una premonición mortal helándome la sangre.

La foto se cargó en la pantalla.

El mundo se detuvo. Mi corazón, que había estado latiendo desbocado, dejó de bombear de golpe.

Era Larissa. Estaba atada a una silla industrial de acero, con gruesas bridas cortándole las muñecas. Tenía el labio partido,

sangrando, y una marca roja, producto de una fuerte bofetada, adornaba la mejilla que yo mismo había acariciado con adoración horas antes. Sus ojos azules miraban a la cámara con una mezcla de terror y lágrimas contenidas. Y justo detrás de ella, con la mano enredada en su cabello, sonreía el hijo de puta de Mario Mancuso.

El texto debajo de la foto decía:

Número desconocido:

«*¿Sigues controlándolo todo, Diablo? El reloj hace tic-tac. Y para cuando des con este sitio, yo ya me la habré follado.*»

Mis ojos se clavaron en la sangre del labio de mi esposa. En la humillación de su rostro.

La furia que había sentido por Alena, la rabia contra los franceses... todo eso fue un juego de niños comparado con el tsunami oscuro, apocalíptico y letal que rompió la última barrera de mi humanidad. No era solo el *Capo* de Sicilia al que le habían tocado el orgullo. Era el hombre al que le acababan de robar y torturar el alma frente a sus propios ojos.

La pantalla de mi teléfono crujió bajo la presión de mis dedos. Alcé la vista, con los ojos vacíos de piedad, y un gruñido demoníaco, nacido desde las entrañas del infierno, escapó de mi garganta.

—*¡Vaffanculo! ¡Pezzo di merda!* —Mi voz destrozó el silencio de la mansión. Me giré hacia la puerta, con la sangre hirviendo a mil grados—. ¡Enzo! ¡A las canteras de Siracusa! ¡AHORA! ¡Voy a arrancarles la cabeza a todos y cada uno de los putos Mancuso!



33

RAFFAELO

El trayecto hacia las canteras de Siracusa fue un descenso vertiginoso a los círculos más profundos de mi propio infierno.

El convoy de seis SUV negros blindados volaba por la autopista costera, rasgando la oscuridad de la noche siciliana. El velocímetro rozaba los doscientos kilómetros por hora, pero a mí me parecía que estábamos arrastrándonos por el fango. El paisaje nocturno al otro lado de la ventanilla era un simple borrón de luces anaranjadas y sombras distorsionadas.

El aire acondicionado del coche estaba al máximo, pero yo me asfixiaba. Desabroché los primeros botones de mi camisa. Tenía la boca seca, empapada en un sabor metálico a bilis y a pura sed de sangre. Al cerrar los ojos, solo veía su rostro en aquella maldita foto. Las bridas cortando sus muñecas pálidas. El labio partido. La sangre. Su sangre. Y el rostro de ese hijo de puta de Mario Mancuso sonriendo, tirando de su cabello, tocando lo que me pertenecía. Quería desmembrarlo. Quería oír cómo sus cuerdas vocales se desgarraban pidiendo piedad.

Mi pulgar acariciaba el seguro de la Beretta que descansaba sobre mi muslo, un movimiento mecánico, repetitivo, casi obsesivo. La textura fría y estriada del metal era lo único que me mantenía anclado a la realidad y evitaba que perdiera la cordura por completo.

—Respira, *Capo* —murmuró Enzo desde el asiento del copiloto, sin apartar la vista de la pantalla del GPS táctico. Su voz era tensa, casi cautelosa—. Si entras ciego, cometerás un error.

Giré el rostro hacia él lentamente. Mis ojos debían de parecer pozos sin fondo, porque Enzo tragó saliva y desvió la mirada.

—Estamos a dos minutos —añadió, aclarándose la garganta—. Los hombres ya tienen el perímetro asegurado.

Asentí con un movimiento rígido de barbilla. No dije nada. Si abría la boca, el demonio que rugía en mis entrañas iba a devorar el poco oxígeno que quedaba en el vehículo.

Los coches abandonaron el asfalto y los neumáticos comenzaron a escupir gravilla y polvo. Entramos en el recinto de las viejas canteras. El lugar era un laberinto de paredes de roca caliza,

maquinaria oxidada y naves industriales abandonadas que parecían esqueletos gigantes pudriéndose bajo la luz de la luna. El olor a polvo de piedra, a humedad rancia y a gasoil viejo invadió el coche en cuanto abrí la puerta antes de que el vehículo se detuviera por completo.

Mis zapatos tocaron el suelo de tierra. La noche era sofocante, pegajosa. Decenas de mis hombres, armados con rifles de asalto y linternas tácticas, se movían como sombras mortales entre las naves.

—¡Peinad cada maldito centímetro! —ordené, mi voz sonando como grava triturada—. ¡Quiero cada puto almacén de este agujero abierto y registrado!

Comenzó la cacería.

Fui de almacén en almacén. Mi respiración era áspera, pesada, quemándome los pulmones. Pateé la primera puerta de chapa con tanta fuerza que las bisagras cedieron. Las linternas de mis hombres rasgaron la oscuridad del interior. Polvo. Cajas vacías. Nada.

—¡Siguiente! —grité.

Corrí hacia el segundo. El tercero. El cuarto. El sonido de mis pasos y los de mis guardias era un trueno constante. El sudor frío me empapaba la espalda. El pánico, una emoción que yo despreciaba y que creía haber extirpado de mi interior hace años, empezó a clavar sus garras frías en mis intestinos. «*El reloj hace tic-tac*», había escrito ese malnacido.

—*Capo* —la voz de uno de mis hombres sonó por el auricular que llevaba en el oído—. A trescientos metros al este. Hay otro almacén aislado, detrás del montículo de grava. La puerta de servicio está reventada.

Giré sobre mis talones tan rápido que las piedras crujieron bajo mis suelas. Corrí. No esperé a nadie. Corrí entre la oscuridad, mis ojos adaptándose a las sombras, guiado únicamente por el instinto depredador de recuperar lo que era mío.

A lo lejos, perfilada contra la noche, vi la silueta de una pequeña nave.

Mis hombres ya estaban apostados a los lados de la entrada, pero los aparté de un empujón. Entré como un huracán, con el arma en

alto.

El interior olía a podredumbre, a humedad cerrada y a un rastro inconfundible... jazmín. *El perfume de Larissa.*

Levanté el puño y mis hombres se congelaron a mis espaldas. El silencio en la nave era sepulcral, opresivo. Mi respiración subía y bajaba con violencia mientras el haz de mi linterna táctica cortaba la oscuridad cargada de polvo. Se detuvo en el centro exacto de la sala de hormigón.

Ahí estaba la maldita silla de acero. Vacía.

La silla donde había estado sentada. Me acerqué lentamente, mis pasos volviéndose pesados, como si caminara sobre plomo. El aire se volvió irrespirable.

En el suelo, junto a las patas de la silla, estaban las gruesas bridas de nylon negro. Habían sido cortadas. A un metro de distancia, destrozado en mil pedazos, reconocí la carcasa del teléfono móvil de Larissa.

Pero lo que hizo que el mundo entero se detuviera fue lo que había a los pies de la silla.

Unas gotas de sangre. Frescas. Escarlatas contra el gris mugriento del hormigón. *Su sangre*.

Caí sobre una rodilla, ignorando el polvo que manchaba mi pantalón. Me quité el guante de cuero con los dientes y acerqué la mano al suelo. Pasé la yema de mi dedo índice por las gotas. Aún estaban pegajosas.

Cerré los ojos, y el olor metálico y dulce de su sangre me golpeó de lleno en el cerebro. La imagen de Mario tocándola, golpeándola, humillándola, quemó cada sinapsis de mi mente.

No estaba. Mi mujer no estaba. Había llegado tarde.

—¡AHHHH! —Un rugido desgarrador, gutural y cargado de una furia demoníaca escapó de mis pulmones, haciendo temblar las placas del techo de uralita del almacén.

Me puse en pie, la sangre hirviendo en mis venas a miles de grados. Se la había llevado. Cumplió su asquerosa amenaza de llevársela a otra parte. Y yo no iba a encontrarla buscando a ciegas en medio de la noche. Necesitaba respuestas. Y sabía exactamente a quién iba a exprimir hasta la última gota para conseguirlas.

Salí del almacén a zancadas coléricas, mis ojos negros desprovistos de cualquier rastro de cordura.

—¡Enzo! —grité, tirando mi linterna contra la pared con furia—. ¡Al coche! ¡Vamos a casa del puto viejo!



Quince minutos después, los neumáticos de mis todoterrenos patinaron sobre el asfalto inmaculado de la vía de acceso a la finca de Leonardo Mancuso.

Ni siquiera esperé a que los guardias de la puerta principal reaccionaran. Mis hombres embistieron la verja de hierro forjado con el morro del SUV blindado, arrancándola de cuajo con un estruendo ensordecedor. Las alarmas de la mansión empezaron a chillar, parpadeando con luces rojas en la oscuridad de la madrugada.

El coche frenó en seco frente a la entrada principal. Salí disparado antes de que Enzo apagara el motor. Los dos matones de seguridad de Mancuso que vigilaban la puerta intentaron echar mano a sus armas, pero mis hombres los neutralizaron en menos de un segundo, golpeándolos con las culatas de los rifles hasta dejarlos inconscientes sobre los escalones de mármol.

No me detuve. Pateé la doble puerta de madera maciza con la fuerza de un puto misil. Las cerraduras estallaron en astillas, enviando las hojas de madera a estrellarse contra las paredes del recibidor.

Entré hecho un maldito tornado. El olor a cera cara, a muebles antiguos y a tabaco de pipa flotaba en la casa, un contraste repugnante con el hedor a sangre que aún me perseguía.

—¡Leonardo! —mi voz fue un trueno que sacudió los cimientos de la casa—. ¡Sal de tu puto agujero!

Escuché pasos apresurados arriba. El viejo Leonardo Mancuso apareció en lo alto de la gran escalera, vestido con una bata de seda sobre su pijama, con el pelo blanco alborotado y el rostro deformado por la confusión y el pánico. Al ver mi cara, al ver el ejército de

hombres armados que llenaban su lujoso vestíbulo apuntando hacia arriba, la poca sangre que tenía en el rostro desapareció por completo.

Bajó las escaleras temblando, apoyándose torpemente en la barandilla.

—Raffaelo... ¿Qué significa este atropello? ¿Te has vuelto loco?

Caminé hacia él, invadiendo su espacio, acorralándolo contra el último escalón. Lo agarré por las solapas de su bata de seda con ambas manos y lo levanté hasta que las puntas de sus zapatillas apenas rozaban el suelo.

—¿Dónde está tu maldito hijo? —siseé, mis palabras destilando un veneno mortal, el aliento chocando contra su rostro arrugado.

Leonardo abrió los ojos, aterrado, intentando soltar mis manos inútilmente.

—¡Cálmate, Raffaelo! ¡Por el amor de Dios! —balbuceó, su aliento apestando a miedo y somníferos—. ¡No lo sé! ¡Lleva días sin aparecer por casa!

Lo empujé contra el pilar de madera de la escalera con un golpe seco. El viejo soltó un quejido de dolor y se llevó las manos al pecho, hiperventilando.

—Tienes un minuto para averiguarlo, Leonardo —dictaminé, mi voz bajando a un tono ártico, calculador y desprovisto de piedad—. Sesenta putos segundos exactos. Si no me das una ubicación, morirás aquí mismo, ahogado en tu propia sangre. Tú, y el hijo de puta de tu hijo, en cuanto le ponga las manos encima.

Leonardo me miró con terror genuino, retrocediendo un paso. Las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos cansados.

—¿Qué ha pasado, Raffaelo? —preguntó con voz trémula, levantando las manos en señal de rendición—. Las cosas estaban en paz. ¡Habíamos hecho un trato! ¿Qué ha hecho Mario ahora?

Saqué la Beretta y se la pegué directamente en el centro de la frente. El tacto del cañón frío contra su piel sudorosa lo hizo sollozar.

—Tú encuentra a tu maldito hijo —gruñí, mis ojos perforando su alma—. Y que sepas una cosa: desde el puto milisegundo en que lo pille, será un hombre muerto. Voy a hacer que ruegue por la muerte antes de dársela.

El llanto del viejo se rompió. Las rodillas le temblaron tanto que habría caído al suelo si yo no lo mantuviera clavado contra la madera con el cañón de mi arma.

—Raffaelo, por favor —suplicó, su voz rompiéndose en un gemido lastimero. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas arrugadas—. Te lo ruego por lo que más quieras. Te daré lo que pidas. Todo. Todos mis negocios del sur. Las rutas. Te pagaré mensualmente la suma que tú quieras, me retiraré... pero solo deja vivir a mi hijo. Te lo imploro. Es lo único que me queda... Ya perdí a Valentina. ¡No me quites a mi chico!

Las menciones a sus negocios y a su hija muerta resbalaron sobre mí como agua sobre cristal. No sentí lástima. No sentí compasión. Sentí un asco profundo y visceral por la debilidad de este hombre.

Apreté el arma con más fuerza contra su cráneo, ladeando la cabeza con una mueca sádica.

—Tu hijo tiene a mi mujer, Leonardo.

El viejo jadeó, ahogándose con su propia saliva al comprender la magnitud de la atrocidad que su sangre había cometido. Entendió, en ese preciso instante, que había firmado su sentencia de muerte.

—Así que métete tu dinero y tus putos negocios por el culo, porque no hay negociación válida en esta vida ni en la otra —le escupí a la cara, la rabia tensando cada músculo de mi cuerpo—. ¡Averígualo y dime dónde está! Tic-tac, viejo. Te quedan treinta segundos antes de que te vuele los sesos y decore tus paredes con ellos.

—¡El teléfono! ¡D-dame mi teléfono! —gritó Leonardo, desesperado, señalando con manos temblorosas hacia una mesita auxiliar en el recibidor.

Le hice un gesto a Enzo. Mi *consigliere* caminó con calma, agarró el móvil del viejo y se lo tiró a los pies.

Leonardo se agachó torpemente, sollozando, con las manos temblando de forma espasmódica mientras buscaba el contacto de Mario en la pantalla táctil de su móvil. Lo puso en altavoz.

El tono de llamada resonó en el silencio del vestíbulo. Un tono. Dos tonos. Tres.

—¡Cógemelo, Mario, por el amor de Dios, cógelo! —murmuraba el viejo, llorando, mientras el tono de llamada sonaba en el altavoz.

Mi paciencia se desintegraba con cada segundo. Mi dedo acarició el gatillo. Si no contestaba, iba a matarlo. Iba a matarlo y luego iba a quemar esta puta mansión hasta los cimientos.

—¿Papá? —La voz de Mario sonó al otro lado de la línea. Sonaba agitada, pero aún conservaba ese tono chulesco y arrogante.

Al escuchar la voz del cabrón que había hecho sangrar a mi esposa, una punzada de pura locura homicida me atravesó el cerebro. Me acerqué al viejo.

Leonardo levantó la vista hacia mí, mudo de terror.

Mantuve el cañón de mi Beretta pegado a la sien de Leonardo. Con la mano libre, saqué mi propio teléfono del bolsillo. No dije una palabra. No dejé que el viejo hablara.

Abrí la cámara, enfoqué el rostro aterrorizado del padre de Mario, con mi pistola apretada contra su cráneo sudoroso, y tomé una foto. El sonido del obturador fue el único ruido en la estancia.

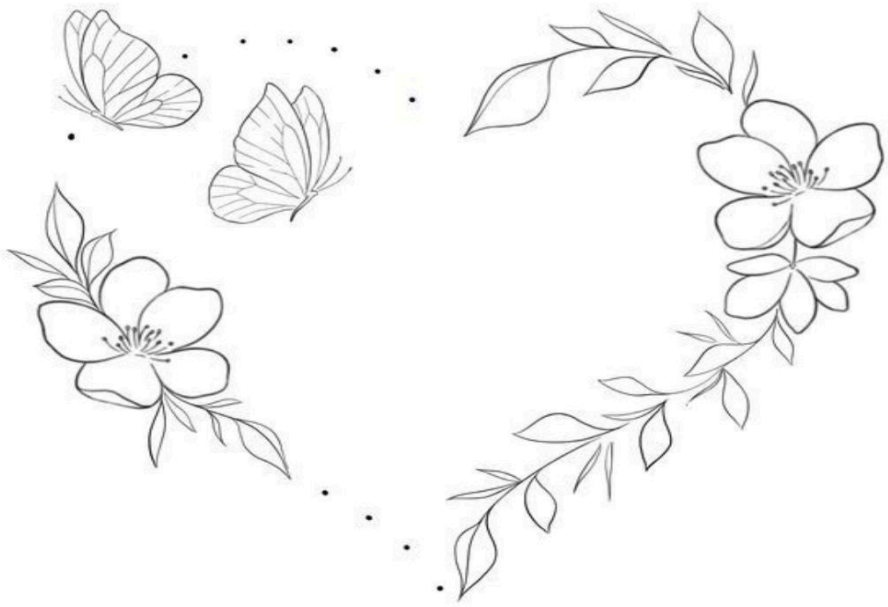
Sin apartar el cañón de su sien, usé el pulgar de mi mano libre para teclear un mensaje rápido y lo envié directamente al número oculto desde el que Mario me había enviado la foto de Larissa.

La pantalla de mi móvil mostró el mensaje enviado junto a la imagen:

Raffaelo:

«*¿Cuánto te importa la vida de tu padre, Mancuso*? *Tienes un minuto para enviarme una ubicación antes de que le vuele los sesos y te los mande en una caja. Y más te vale que estés ahí y no me tomes el pelo*»

Me quedé mirando la pantalla de mi teléfono, esperando la reacción. Ahora el puto reloj hacía tic-tac para él. Y yo iba a disfrutar de cada segundo de su desesperación antes de arrancarle el corazón.



LARISSA

El olor a humedad estancada, a tierra mojada y a orina seca fue lo primero que me golpeó cuando recuperé la consciencia plena. Ya no estaba en la silla de metal del almacén. El aire a mi alrededor era helado, un frío húmedo y cortante que se colaba por la fina tela de mi top negro y me erizaba la piel.

Abrí los ojos con lentitud, parpadeando contra la luz mortecina e intermitente de una única bombilla desnuda que colgaba del techo

de hormigón. Estaba en un sótano. Un agujero mugriento, sin ventanas, que apestaba a encierro y desesperación.

Un gemido sordo murió en el fondo de mi garganta cuando intenté moverme. Estaba tumbada de espaldas sobre un colchón asqueroso, cuyas manchas oscuras y muelles rotos se clavaban contra mi espalda. Mis brazos estaban estirados por encima de mi cabeza, atados con cuerdas ásperas a los barrotes oxidados del cabecero de la cama. Tiré de mis muñecas por puro instinto, pero el roce de la soga quemó mi piel ya en carne viva. Estaba completamente inmovilizada.

El dolor latía en mi rostro al compás de mi corazón acelerado. Sentía mi labio inferior hinchado y abierto. El sabor a hierro y cobre de mi propia sangre me inundaba la boca, espesa y amarga. Mis mejillas ardían, palpitando como si tuviera fuego bajo la piel.

La memoria me golpeó con la fuerza de un latigazo. Recordé el momento exacto en el que me sacó del almacén. Mario se había acercado con una navaja para cortar las gruesas bridas de nylon de la silla. En el milisegundo en que mis manos quedaron libres, la furia y la supervivencia tomaron el control. Había cerrado el puño con todas las fuerzas que me quedaban y le había asestado un golpe directo a la mandíbula.

Pero mi debilidad me traicionó, y mi golpe solo sirvió para desatar al verdadero monstruo que se escondía tras su fachada de "chico bueno". Mario se había enfurecido. Sus ojos se inyectaron de una rabia sádica. Su mano se había enredado en mi pelo, arrancándome un mechón desde la raíz con un tirón brutal que me hizo ver estrellas, y luego, su mano abierta había impactado contra mi rostro. Dos bofetadas cruzadas, duras, humillantes, que me hicieron perder el equilibrio y me dejaron la cabeza zumbando.

«¿*Te crees muy valiente, puta*?» me había gritado, arrastrándome por la tierra hacia una furgoneta. *«Voy a destrozarte antes de que tu maridito pueda siquiera oler tu rastro*».

Y ahora estaba aquí. Atada a una cama sacada de una película de terror, esperando mi ejecución.

El pánico, un terror frío, viscoso y paralizante, empezó a asfixiarme. Sabía perfectamente lo que Mario pretendía. No quería

dinero. No quería poder. Quería usarme como el instrumento más sucio y rastrero para vengarse de Raffaelo. Quería violarme para "marcarme", para ensuciar lo que el Diablo reclamaba como suyo.

Cerré los ojos, y lágrimas calientes resbalaron por mis mejillas magulladas, perdiéndose en mi pelo.

Mi mente voló hacia la mansión. Hacia la inmensa cama de sábanas grises. Hacia los brazos tatuados que me habían rodeado durante la madrugada, anclándome al mundo, protegiéndome de cualquier mal. Nunca, ni en mis sueños más febriles, pensaba que desearía tanto ver a mi marido como lo deseaba ahora. El hombre del que llevaba semanas intentando huir era el único refugio que mi alma anhelaba. Recordé su olor a sándalo. El roce de su barba contra mi cuello. La fiera protección en su voz.

Dios mío, Raffaelo, encuéntrame, supliqué mentalmente, mordiéndome el labio partido para no sollozar en voz alta. *Solo deseo que me encuentres cuanto antes... por favor*.

El chirrido metálico de la pesada puerta del sótano abriéndose me sacó de mis pensamientos, haciendo que mi corazón diera un vuelco aterrado.

Mario entró en la habitación. Ya no llevaba la chaqueta de cuero. Venía con las mangas de la camisa remangadas y una sonrisa torcida, sádica, que me revolvió el estómago de puro asco.

—Tu marido debe estar volviéndose loco ahora mismo —dijo Mario, su voz rebotando en el silencio opresivo—. Debe estar destrozando su propia casa, buscando una señal que no existe. Ese puto inhibidor que tengo arriba me da tiempo de sobra, *incanto*. Todo el tiempo del mundo para jugar contigo.

No lloré. Me negué a darle ese puto placer. Tragué la sangre de mi boca y usé mi mente. Tenía que ganar tiempo. Tenía que intentar aflojar las cuerdas de mis muñecas, aunque me desollara la piel en el intento. Retorcí mis manos disimuladamente bajo las sombras del cabecero, pero el nudo era firme.

Mario se acercó a la cama. Su mirada recorrió mi cuerpo expuesto y vulnerable con un hambre que me revolvió las entrañas. Lentamente, se desabrochó el cinturón de cuero negro y tiró de él, sacándolo de las trabillas de su pantalón con un sonido sibilante que

me heló la sangre. Lo dobló por la mitad, tensándolo entre sus puños.

—No... —la palabra escapó de mis labios antes de que pudiera frenarla. El pánico rompió mi resolución—. No lo hagas, Mario, por favor. Para.

La sonrisa de Mario se ensanchó, deleitándose en mi debilidad.

—Así me gusta más —ronroneó, acercándose a mí—. Suplica un poco. Llora para mí, incanto. Me pone muchísimo cuando las niñas ricas lloran.

Antes de que pudiera prepararme, alzó el brazo y el cuero cruzó el aire, impactando con un chasquido sordo contra la piel desnuda de mis muslos. Grité, arqueándome sobre el colchón. El escozor fue como una línea de fuego trazada sobre mi pierna. El cuero volvió a bajar. Otra vez. Y otra. El dolor me arrancó lágrimas involuntarias que resbalaron por mis sienes.

Cuando pareció cansarse de los golpes, tiró el cinturón al suelo y metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Cuando la sacó, el destello de la luz de la bombilla se reflejó en la hoja de acero de un cuchillo de caza.

—Tú eres su tesoro más preciado, ¿verdad? Su obra de arte intacta —susurró, sentándose en el borde del colchón, hundiendo el resorte junto a mi pierna magullada—. Pero no puedo devolverte así. Necesitas mi firma.

El pánico se atascó en mi garganta cuando acercó el metal helado a mi muslo derecho. La punta de la navaja presionó contra la fina tela de mi vaquero negro corto, rasgándola, y rozó mi piel desnuda. Apretó lo justo para abrir un corte fino y superficial, pero lo suficientemente doloroso como para hacerme jadear. El escozor fue instantáneo. Un hilo de sangre cálida empezó a descender por mi muslo.

—Una pequeña marca para que se acuerde de mí cada vez que te mire —murmuró con sadismo.

Subió la navaja. La pasó por mi brazo derecho, trazando otra línea roja y ardiente que escocía como el mismísimo infierno. Finalmente, apoyó la hoja plana contra mi mejilla izquierda, acariciando la piel

intacta, antes de girarla levemente y hacerme un pequeño corte cerca del pómulo.

Apreté los dientes hasta que me dolieron las mandíbulas, pero no le di el grito que estaba esperando.

Mario chasqueó la lengua, decepcionado por mi resistencia. Tiró la navaja al suelo con un ruido seco y se abalanzó sobre mí. Sus manos pesadas y rudas se cerraron alrededor de mi garganta.

El aire se cortó de golpe. Apretó con fuerza, sus dedos clavándose exactamente sobre los mismos hematomas morados que Raffaelo me había dejado la noche anterior, fusionando el recuerdo de mi placer con la más absoluta tortura.

Instintivamente, mis piernas se sacudieron, intentando patearlo, pero él dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre mí, inmovilizándome por completo.

—Como he visto las marcas que llevas, supongo que así te gusta que te traten... —jadeó Mario contra mi rostro, su aliento apestando a tabaco—. ¿Esto te pone, incanto? ¿Te gusta que te quiten el aire mientras te follan?

Me retorcí, intentando soltarme de su asfixia. Sus dedos de la otra mano bajaron al botón de mis vaqueros cortos, ya rotos, y los abrió de un tirón. Me bajó la cremallera y deslizó la tela vaquera por mis caderas con brusquedad.

Mi visión empezó a llenarse de puntos negros. Mis pulmones ardían exigiendo oxígeno. En ese momento, la máscara de la chica fuerte que había intentado sostener se resquebrajó. Las lágrimas de pura desesperación e impotencia comenzaron a derramarse libremente por mis sienes, mezclándose con la sangre de mi mejilla.

Me soltó de golpe. Aspiré bocanadas de aire viciado, tosiendo y arqueando la espalda, temblando como una hoja al viento.

Lo miré con un odio tan profundo, tan insondable y letal, que podría haberle quemado el alma si la tuviera. Renuncié a la prudencia. Renuncié a ganar tiempo.

—¿Sabes qué? —jadeé, con la voz rasposa, las lágrimas emborronando mi visión—. ¡Mejor mátame! ¡Mátame, Mario! Es mucho más fácil. ¡Así te tomas tu maldita venganza de una puta vez

y yo me libraré de esta vida! De ti, de él, de todo este mundo de mierda. Termina el trabajo. ¡Me harías un favor!

Mis palabras parecieron encender una mecha aún más perversa en su cabeza. Soltó una risa seca y bajó la mano hacia la única barrera de tela que me quedaba. Con un tirón violento, rasgó el encaje de mi ropa interior.

—Oh, no, muñeca. La muerte es demasiado rápida. Vas a vivir. Y vas a tener que mirarle a la cara a tu marido sabiendo que fui yo quien te hizo gritar hoy.

Mario deslizó su mano ruda por el interior de mi ropa interior. Me retorcí, intentando juntar las piernas, pero él metió su rodilla entre las mías, abriéndome a la fuerza. No hubo preparación. No hubo cuidado. Empujó un dedo seco y asqueroso dentro de mí.

Solté un grito de dolor y humillación. El contraste entre la devoción sagrada de Raffaelo y esta violación cruda y asquerosa me partió el alma en dos. Luego, empujó un segundo dedo, moviéndolos con una rudeza que me rasgó por dentro, intentando forzar una reacción en un cuerpo que estaba tenso por el terror absoluto.

—¡Quita tus asquerosos dedos de mí y tus sucias manos, pedazo de mierda! —grité, tirando de mis ataduras en un frenesí salvaje, ignorando el dolor en mis muñecas sangrantes.

Mario sonrió, disfrutando de mi humillación. Aceleró el movimiento, lastimándome, buscando mi punto débil con brutalidad.

—¿Qué pasa? ¿Raffaelo te lo hacía como yo? —se burló, con la frente perlada de sudor—. ¿El Diablo es así de duro contigo?

Reuní toda la saliva que pude en mi boca destrozada, mezclada con la sangre de mi labio, y reuní todas mis fuerzas.

—Lo hace mil veces mejor que un puto cobarde como tú —le escupí directamente en el ojo.

La reacción fue inmediata. Mario sacó sus dedos de mi interior de un tirón. Su rostro se desfiguró por la ira ciega. Levantó la mano y me cruzó la cara con una bofetada tan violenta que mi cabeza rebotó contra el colchón, dejándome aturdida y con un zumbido agudo perforándome el oído izquierdo.

—¡Parece que solo funcionas así! —me gritó, limpiándose mi sangre y saliva de la cara con el dorso de la mano—. ¡Eres un poco sadomasoquista, como todos en tu jodida familia!

Con una fuerza bruta, me agarró por las caderas. Aprovechando la holgura de las cuerdas que me ataban a los barrotes, me dio la vuelta con un empujón violento. Quedé bocabajo sobre el colchón mugriento, con los brazos torcidos incómodamente por encima de mi cabeza y mi rostro aplastado contra la tela que olía a moho. Mis vaqueros cortos estaban por mis rodillas y la ropa interior, hecha jirones, apenas me cubría. Antes de que pudiera reaccionar, su mano bajó como un mazo.

¡Plaff!

El golpe en mis nalga desnudas fue tan fuerte que me arrancó un grito ahogado. El escozor fue inmediato.

¡Plaff! ¡Plaff!

Me dio palmada tras palmada con una saña descontrolada, marcando mi piel hasta ponérmela al rojo vivo, humillándome de la forma más degradante posible. Enterré mi rostro lloroso en el colchón, mordiéndome la lengua hasta volver a saborear la sangre, rezando para perder el conocimiento.

Pero entonces, el sonido más maravilloso del mundo cortó el aire.

Un teléfono sonó. Era un tono de llamada estándar, vibrando desde el bolsillo del pantalón que Mario aún llevaba puesto.

La mano de Mario se detuvo en el aire. Maldijo por lo bajo, frotándose la cara. Se separó de mí, dejándome temblando y respirando a duras penas, y sacó el aparato de su bolsillo. Contestó de mala gana.

—¿Papá? —dijo, sonando agitado, como si le molestara la interrupción.

El silencio en el sótano me permitió escuchar una voz tenue y distorsionada llorando al otro lado de la línea. Era el llanto desesperado de un hombre mayor.

Mario frunció el ceño, su expresión pasando de la molestia a la confusión.

Y justo en ese instante, un *ping* agudo sonó en el dispositivo. Una notificación de mensaje.

Giré la cabeza sobre el colchón lo justo para poder ver su rostro. Mario apartó el teléfono de su oreja, molesto, y miró la pantalla.

Vi el milisegundo exacto en el que el mundo del chico bueno convertido en monstruo se hizo añicos.

Toda la sangre, toda la lujuria, toda la prepotencia arrogante que había exhibido hace cinco segundos se drenó de su cara de golpe. Su piel adquirió un tono grisáceo, enfermizo. Sus ojos se abrieron de par en par, fijos en la pantalla iluminada, temblando con un terror tan absoluto y genuino que casi pude saborearlo en el aire.

Mario empezó a teclear. Sus pulgares temblaban tanto que se equivocaba de letras, maldiciendo en susurros desesperados.

Cuando pulsó 'enviar', el teléfono resbaló de sus manos temblorosas y cayó al suelo. Mario se pasó las manos por el pelo, respirando entrecortadamente, caminando de un lado a otro del reducido espacio del sótano.

Se giró hacia mí, intentando recuperar un ápice de su falsa valentía, pero sus ojos lo delataban. Estaba aterrorizado.

—Tu maridito va a ver el espectáculo en vivo y en directo —me dijo, su voz temblando, intentando sonar amenazador pero fracasando miserablemente—. ¿Qué te parece si le traigo una silla? Mis hombres están arriba... lo estarán esperando en cuanto cruce la puerta. Lo acribillaremos.

Apoyé mi mejilla magullada contra el colchón sucio. El cuerpo me dolía a horrores. Tenía cortes, moretones y la dignidad pisoteada, pero al ver el pánico crudo en los ojos de Mario Mancuso, el dolor físico pasó a un segundo plano.

A pesar del sabor a sangre, a pesar del infierno que me rodeaba, la comisura de mis labios se curvó hacia arriba. Esbocé una sonrisa fría, letal y oscura. Una sonrisa digna de la Signora Moretti.

—No tienes suficientes hombres en toda Sicilia para detenerlo, Mario —susurré, mi voz resonando como una profecía en el sótano helado—. Disfruta de tus últimos latidos. Porque mi Diablo ya viene a por mí.



34

RAFFAELO

El teléfono de Enzo pitó con las coordenadas exactas. El cobarde de Mario había cedido, tal y como sabía que haría. Cuando le pones el cañón de una pistola en la sien a la sangre de un hombre, sus verdaderas lealtades salen a la luz.

—A cinco kilómetros, *Capo* —anunció Enzo, con la voz tensa, aferrando su rifle de asalto—. Es un antiguo matadero industrial abandonado cerca de los acantilados.

—Pisa el puto acelerador —ordené.

El trayecto duró apenas tres minutos, pero en mi cabeza se sintieron como tres putas décadas. El motor rugía como una bestia enjaulada, devorando la carretera secundaria en la oscuridad absoluta de la madrugada siciliana. Una fiebre negra e insoportable me consumía desde el interior. Mis nudillos estaban blancos de la fuerza con la que agarraba mi arma. Mi pecho subía y bajaba con respiraciones cortas y pesadas. El aire dentro del coche era denso, pesado, cargado con el olor a cuero, a mi propio sudor frío y a una sed de sangre tan profunda que me quemaba la garganta como si hubiera tragado brasas ardiendo.

A través de la ventanilla, vi perfilarse la silueta del complejo industrial. Muros de hormigón desconchado, rejas oxidadas y una docena de vehículos aparcados en formación defensiva alrededor de la entrada principal. Mario no estaba solo. Se había traído a todo un puto ejército de ratas para proteger su guarida.

—Tienen el perímetro asegurado. Son por lo menos veinte hombres armados —informó Enzo, evaluando la situación táctica mientras nuestros otros cinco SUV se alineaban detrás de nosotros.

—Me importa una mierda, como si son doscientos —gruñí, quitando el seguro de mi Beretta con un chasquido metálico que sonó como la guillotina del verdugo—. Arrasad con todo. Que no quede ni un solo hijo de puta respirando.

No hubo sigilo. No hubo táctica silenciosa. No había tiempo para jugar a los putos espías.

Nuestros todoterrenos embistieron las barricadas improvisadas de Mario a más de cien kilómetros por hora. El choque fue brutal. El

sonido del metal retorciéndose y los cristales estallando rasgó la quietud de la noche.

Pateé la puerta de mi coche antes de que se detuviera por completo y salí al aire helado. El infierno se desató en un milisegundo. El traqueteo ensordecedor de los rifles de asalto automáticos llenó el ambiente, iluminando la oscuridad con fogonazos naranjas intermitentes. Los gritos de los hombres de Mario, superados en número y en furia por mi equipo, se ahogaron bajo la lluvia de balas.El olor a pólvora quemada inundó mis fosas nasales, mezclándose con el tufo a gasoil derramado y a polvo de ladrillo. Caminé hacia el edificio principal. No corría, no me agachaba, no me escondía detrás de los coches como hacían mis hombres o los de Mario. Avanzaba con la frialdad de la puta Parca. Yo no disparaba para defenderme; disparaba para apartar la basura del camino hacia mi mujer.

Alcé mi Beretta.

Pum. Pum.

Dos balas en el pecho del primer bastardo que intentó apuntarme desde un contenedor. Cayó al suelo escupiendo sangre. Me giré hacia la derecha. Otro gilipollas salió de detrás de una furgoneta. Apreté el gatillo. Le volé la mitad del cráneo. El sonido de los casquillos vacíos cayendo sobre el asfalto era la única música que mi cerebro procesaba.

De repente, un pinchazo agudo, ardiente y eléctrico me atravesó el costado izquierdo, justo por encima de la cadera.

El impacto me hizo dar un paso en falso, arrancándome un gruñido gutural. Me habían dado. Uno de los francotiradores de Mario me había alcanzado. Fue como si me hubieran inyectado plomo fundido directamente en el músculo. Sentí el calor viscoso y espeso de mi propia sangre empapando la tela de mi camisa negra, resbalando por mi piel y pegándose a la cinturilla de mi pantalón. El dolor intentó reclamar mi atención, intentó nublar mi visión, pero lo aplasté. Lo sepulté bajo toneladas de rabia. Un balazo era una puta caricia comparado con la agonía de imaginar a Larissa en manos de ese cerdo. Mi cuerpo era una puta máquina diseñada para la destrucción, y una bala de calibre medio no iba a detenerme.

Apreté los dientes, ignorando el fuego en mi costado, alcé el arma hacia la ventana desde donde había venido el disparo y volé la cabeza del maldito tirador. El cuerpo sin vida cayó al vacío, estrellándose contra el asfalto con un crujido sordo.

—¡Cubridme! —le rugí a Enzo, mientras me adentraba en el interior del matadero abandonado. Escuché las botas de Enzo y de cuatro de mis mejores hombres siguiéndome de cerca, cubriendo mis puntos ciegos.

El lugar apestaba a carne podrida de hace décadas, a óxido y a humedad rancia. Mis zapatos resonaban en el suelo cubierto de escombros. Seguí el rastro de luz mortecina que provenía del fondo de un pasillo, donde unas escaleras descendían hacia el subsuelo.

Bajé los escalones lentamente, recargando mi pistola con un movimiento mecánico, fluido y silencioso. Mi mente se vació de todo pensamiento racional. Estaba entrando en el abismo.

Llegué a una pesada puerta de hierro. Estaba cerrada con el pestillo echado desde dentro.

No me lo pensé dos veces. Alcé la Beretta, apunté directamente al cilindro de la cerradura y apreté el gatillo dos veces. Las chispas saltaron. El metal estalló en pedazos con un estruendo ensordecedor, llenando el pasillo de humo blanco. De una patada demoledora que hizo protestar mi herida del costado, abrí la puerta de par en par. El metal chocó contra la pared de piedra con la fuerza de un terremoto.

Entré en el sótano con el arma en alto, la respiración pesada y el dedo en el gatillo. Había dos matones de Mario dentro, custodiando la entrada. No les di tiempo ni a parpadear. Pum. Pum. Dos tiros precisos a la cabeza y los dos cuerpos cayeron desplomados al suelo, manchando el hormigón de rojo.

El mundo entero se detuvo. Mi corazón, que había estado latiendo a un ritmo inhumano, dejó de bombear sangre. Todo el ruido del tiroteo exterior, los pasos de mis hombres entrando detrás de mí, el dolor de mi herida sangrante, el zumbido de la adrenalina... todo desapareció, succionado por el vacío absoluto de lo que mis ojos acababan de registrar.

La luz amarillenta y parpadeante de la bombilla iluminaba la escena más asquerosa, blasfema y destructiva que jamás había presenciado.

Ahí estaba ella. Mi Larissa. Mi piccola.

Estaba atada de manos a los barrotes oxidados de una cama mugrienta. Estaba boca abajo, con los brazos estirados en un ángulo doloroso. Sus pequeños vaqueros cortos habían sido arrancados y bajados hasta las rodillas. La fina tela de encaje de su ropa interior estaba hecha pedazos, colgando inútilmente de sus caderas, exponiendo su piel inmaculada al aire frío.

Pero no estaba inmaculada. Mis ojos escanearon su cuerpo en fracciones de segundo. Vi las marcas rojas, furiosas y marcadas a fuego en sus nalgas y muslos. Las marcas de un puto cinturón. Vi los pequeños cortes superficiales en su piel, de los que aún manaba sangre fresca. Y escuché el sonido roto y ahogado de su llanto contra el colchón.

Todo lo que me anclaba a la raza humana se desintegró en ese microsegundo. Ver su cuerpo así, la humillación absoluta a la que la habían sometido... Mi furia dejó de ser explosiva. Mi furia se volvió silenciosa, oscura, absoluta. Y esa, como todos en Sicilia sabían, era la versión más letal y psicópata del Diablo. Una negrura abismal y gélida se apoderó de mi alma.

Sobre ella, aplastándola con su peso, estaba Mario Mancuso.

Tenía una mano enredada brutalmente en el cabello oscuro de mi esposa, tirando de su cabeza hacia atrás para exponer su cuello. Y en la otra mano, sostenía un cuchillo de caza, cuyo filo helado estaba presionado directamente contra la garganta magullada de Larissa.

Al verme entrar, y al ver a mis hombres apuntándole con los rifles desde el umbral, Mario no se encogió de miedo. La desesperación lo había vuelto imprudente, loco. Una sonrisa desquiciada, temblorosa y manchada de sudor cruzó su rostro.

—¡Has venido! —exclamó Mario, su voz resonando en las paredes de hormigón—. Por favor, sé mi invitado. Te he preparado una silla, en primera línea para el espectáculo.

Avancé un paso. Mis pisadas eran lentas, deliberadas, midiendo cada milímetro de la habitación. El olor a miedo y al jazmín de mi mujer llenaba mis pulmones.

—Suéltala, o serás hombre muerto —pronuncié. Mi voz no sonó a mí. Sonó a una fuerza de la naturaleza, vacía de cualquier emoción humana, fría como el acero.

Mario tragó saliva, pero su sonrisa sádica no vaciló.

—No estás en posición de exigir nada, Raffaelo —replicó, y para demostrarlo, tiró más fuerte del cabello de Larissa.

—¡Ahhh! —Un grito de dolor, agudo y desgarrador, escapó de los labios de mi mujer. El sonido se clavó en mi cerebro como un millón de alfileres al rojo vivo.

Vi cómo la piel de su cuello se tensaba contra el filo del cuchillo, a milímetros de abrirle la yugular. Mi pecho se contrajo dolorosamente al ver la sangre que ya manchaba su mejilla y su labio reventado.

—A tu perra le gusta duro —se burló Mario, relamiéndose los labios, mirándome con puro odio—. Le he estado dando una lección de obediencia antes de que llegaras.

Lentamente, sin hacer movimientos bruscos, le apunté directamente al centro de la frente de Mario.

Mario presionó el cuchillo un milímetro más contra la garganta de Larissa. Una gota de sangre perló su piel blanca.

—Será mejor que guardes tu juguete si no quieres que el cuchillo le atraviese la garganta a tu preciosa mujer —siseó Mario, el pánico mezclándose con su falsa autoridad—. Tira la pistola al suelo. ¡Hazlo o la degüello ahora mismo!

Detrás de mí, Enzo tensó su rifle, preparado para intervenir, pero levanté la mano libre, ordenándoles a todos que se detuvieran.

Mantuve mis ojos negros clavados en los de Mario. Me agaché lentamente. Mi costado herido protestó con una punzada de pura agonía, obligándome a soltar un leve gruñido, pero no aparté la vista. Posé la Beretta sobre el suelo de hormigón.

Mario soltó una carcajada amarga, creyendo que me tenía acorralado.

—¿Lo ves? —escupió, con los ojos brillando de locura—. ¡Tú y tus putos hombres no sois intocables! ¡Dejasteis morir a mi hermana!

¡La dejasteis tirada como a un perro en aquel coche lleno de balas por culpa de vuestra maldita arrogancia! ¡Era solo una niña!

—No es mi culpa que tu hermana estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado —repliqué, incorporándome lentamente, con mis manos vacías a los lados de mi cuerpo. Inyecté todo mi desdén en las palabras, buscando desestabilizarlo—. Como tampoco es mi culpa de que se haya enamorado del hombre equivocado. Sabía dónde se metía.

La cara de Mario se deformó por el odio absoluto.

—Tampoco es mi culpa que esta zorra esté aquí conmigo —contraatacó, su voz subiendo de volumen, acercando su rostro asqueroso a la oreja de Larissa—. Ella vino a mí, Raffaelo. ¿Lo sabías? Ella me buscó. Planeaba fugarse conmigo esta misma noche porque le das asco.

Por una fracción de segundo, la imagen de Larissa huyendo de mí con este pedazo de basura por voluntad propia me arañó el pecho. Pero al ver su cuerpo roto, temblando bajo el peso de esa escoria, la verdad me golpeó con una claridad cegadora. Me daba igual si ella había querido huir. Me daba exactamente igual si me odiaba. Ella era mía. Su odio era mío, su cuerpo era mío, y su vida era mía. Y yo iba a quemar este puto mundo antes de dejar que nadie más la poseyera.

Mario notó el milisegundo de duda en mis ojos y sonrió con triunfo.

—Está claro que no le has dado suficiente, Diablo —se burló, moviendo sus caderas obscenamente contra las nalgas desnudas de Larissa, haciéndola sollozar de impotencia bajo su peso—. Tranquilo. Te haré un favor. Se lo daré bien duro por ti.

Y entonces, el hijo de puta me guiñó un ojo.

Ese fue el fin. El hilo invisible que me unía a la paciencia y a la cordura se rompió con un chasquido letal.

Mario creía que al dejar mi pistola me había rendido, pero el Diablo siempre guarda un as bajo la manga. Mi mano derecha bajó a la funda táctica oculta en la parte posterior de mi cinturón a la velocidad de la luz.

Agarré la empuñadura de mi cuchillo táctico de combate.

Con un movimiento fluido, rápido e imperceptible, lancé el cuchillo por el aire. El acero giró sobre sí mismo, cortando la distancia de tres metros que nos separaba en un destello plateado.

¡ZAS!

El sonido de la hoja perforando la carne y clavándose hasta el hueso resonó en la habitación.

—¡AAAH! —Mario aulló de agonía. El cuchillo táctico se le había clavado profundamente en el antebrazo derecho, el mismo brazo con el que sostenía su navaja contra el cuello de Larissa.

El dolor lo paralizó. Sus dedos se abrieron instintivamente, dejando caer la navaja al suelo, lejos de mi mujer.

No esperé ni un puto segundo.

Fui un misil de carne y hueso. Me abalancé sobre él con una violencia tan cruda y primitiva que el impacto sonó como un accidente de tráfico. Lo arranqué de encima de mi esposa y lo arrojé brutalmente contra el suelo de hormigón. El golpe le sacó el aire de los pulmones, pero la adrenalina lo mantenía peleando.

Con un rugido animal, Mario se arrancó mi cuchillo del brazo, salpicándome la cara con un chorro de su sangre caliente, y me lanzó un tajo a ciegas. Sentí el filo rasgarme la camisa y cortar la piel de mi pecho. Un ardor superficial. Combustible para mi incendio.

Le agarré la muñeca en pleno vuelo, la retorcí hasta que escuché el sonido glorioso de sus ligamentos rompiéndose, y le quité el arma. Lo inmovilicé en el suelo, sentándome a horcajadas sobre su pecho. Sentí la sangre caliente empapando mis muslos, la herida de mi bala latiendo como fuego vivo, pero no me importaba. Solo veía la carne que había tocado a mi mujer.

Alcé mi puño derecho.

¡CRACK!

El primer puñetazo le destrozó el tabique nasal. La sangre brotó a borbotones, salpicando mis nudillos, mi camisa, mi rostro.

—Nadie —gruñí, mi voz sonando como un eco del averno.

Alcé el puño izquierdo. ¡CRACK! Su pómulo se hundió bajo la fuerza de mi golpe. Mario intentó levantar las manos para protegerse, pero sus fuerzas se estaban desvaneciendo.

—Toca —escupí, respirando pesadamente.

Volví a golpear. Una, dos, tres veces seguidas. Derecha. Izquierda. Derecha. La piel de sus nudillos estalló contra su cara. Sentí sus dientes romperse, vi sus labios abrirse en una masa deforme de carne.

—Lo que...

¡CRACK! Otro golpe directo a su mandíbula, astillando el hueso.

—Es...

¡CRACK! Otro impacto que le hundió la ceja.

—¡MÍO! —rugí con todas mis fuerzas, descargando un último puñetazo devastador que lo dejó completamente inmóvil, con el rostro convertido en una pulpa irreconocible.

Me quedé sobre él un segundo más, con los puños chorreando sangre, el pecho subiendo y bajando, intentando controlar la necesidad visceral de seguir golpeando hasta que no quedara nada de su cráneo. Lo solté con asco y me puse en pie. El dolor de mi herida de bala me cruzó el abdomen, recordándome que seguía en el mundo de los vivos. Aún no había acabado con él. La muerte era un regalo que no le iba a conceder tan rápido.

Me giré hacia la cama.

Mi postura rígida, mis hombros en tensión, todo mi instinto asesino se desmoronó en cuanto mis ojos se encontraron con los de Larissa.

Seguía atada, pero ahora me miraba. Tenía el rostro manchado de sangre y lágrimas, el cuerpo cruzado por marcas rojas que me rompían el puto alma. Temblando, aterrada, pero viva. Al verme, vi cómo el pánico cedía ante un alivio tan profundo e inmenso que me cortó la respiración.

Caminé hacia ella. Mis pasos fueron lentos, cuidadosos, como si me acercara a un animal herido que pudiera romperse con el viento. Cogí la navaja que Mario había dejado caer.

Me acerqué al cabecero. Sus ojos azules, anegados en lágrimas, siguieron cada uno de mis movimientos. Corté la primera cuerda de esparto. Luego la segunda.

No me dio tiempo a decir nada. En el mismo instante en el que sus brazos quedaron libres, Larissa se impulsó hacia adelante. Se

abalanzó sobre mí con la desesperación de quien se aferra a un salvavidas en medio del océano.

Sus brazos delgados y magullados se enredaron alrededor de mi cuello como un torno de hierro, y su cuerpo desnudo chocó contra el mío. El impacto de su peso contra mi herida de bala abierta me arrancó un gemido ronco, un dolor abrasador que me nubló la vista por un segundo. Pero habría soportado mil balas más solo por tenerla así.

La rodeé con mis enormes brazos, manchados de sangre, hundiendo mis manos en su cabello enredado. Olía a humedad, a sudor y a la mierda de este sótano, pero debajo de todo eso, aún estaba su jazmín dulce.

En cuanto la sostuve, Larissa se rompió por completo.

Sus manos se aferraron a mi camisa rota y ensangrentada. Escondió el rostro en la curva de mi cuello, y un llanto desgarrador, lleno de hipos y sollozos incontrolables, sacudió su frágil cuerpo.

—Has venido... has venido a por mí... —sollozó, su voz rota amortiguada contra mi piel. Sus lágrimas calientes resbalaron por mi clavícula, lavando la sangre—. Yo... yo lo siento. Lo siento. Lo siento mucho, Raffaelo...

Escucharla pedir perdón, con la voz rota y el cuerpo marcado por mi culpa, por no haberla protegido mejor, me partió en dos. La apreté más fuerte contra mí, cerrando los ojos, respirando su esencia, asegurándome de que era real. De que estaba viva. De que estaba conmigo.

—Ya pasó, *piccola*. Ya pasó —murmuré, mi voz ronca, acariciando su espalda desnuda y temblorosa, transmitiéndole todo el calor y la seguridad que me quedaba en el cuerpo—. Ya estás a salvo, *cara mia.* Nadie volverá a ponerte una puta mano encima, te lo juro por mi vida. Ya hablaremos de todo esto. Ahora, nos vamos a casa.

Me quité la chaqueta del traje negro, y se la puse por los hombros, envolviéndola como un escudo protector, cubriendo su cuerpo desnudo de las miradas de mis hombres.

La levanté en brazos. El movimiento hizo que los músculos de mi abdomen se desgarraran alrededor del agujero de bala. Un dolor agudo, negro y punzante me paralizó el lado izquierdo, amenazando

con hacerme doblar las rodillas. Apreté la mandíbula hasta que mis muelas crujieron y me obligué a mantener la postura firme. Su peso era insignificante. Envolvió sus piernas alrededor de mi cintura y escondió su rostro herido en mi cuello, aferrándose a mí como una niña asustada.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida del sótano. Pasé por encima del cuerpo destrozado e inconsciente de Mario sin siquiera mirarlo.

Subí las escaleras y salí al aire frío de la madrugada. El tiroteo había terminado. El olor a humo y pólvora lo cubría todo. Mis hombres estaban recogiendo cadáveres y asegurando el perímetro.

Enzo corrió hacia nosotros, con un rasguño en la frente, deteniéndose en seco al ver el estado de mi mujer en mis brazos y la enorme mancha oscura que empapaba mi costado izquierdo.

—*Capo*... ¡Estás herido! Has recibido un disparo... —dijo Enzo, acercándose con alarma.

Lo ignoré. Mi único objetivo era meterla en la maldita seguridad del coche blindado y sacarla de esta pesadilla.

—Enzo —mi voz cortó el aire como un látigo, gélida, dictatorial y desprovista de cualquier rastro de la ternura que le estaba dando a mi mujer—. Mario está abajo. Sigue respirando. Llévatelo al almacén del puerto norte. Cuélgalo de las cadenas. Que un médico lo mantenga con vida.

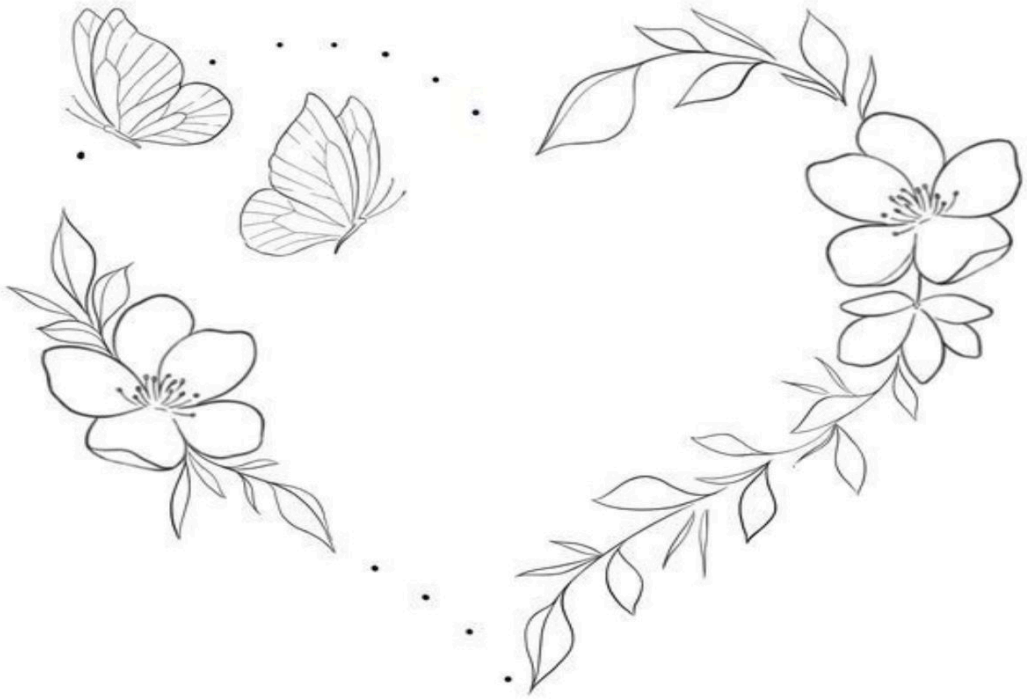
Enzo asintió lentamente, tragando saliva al entender el peso de mi orden.

Acomodé a Larissa en mis brazos, sintiendo su corazón latir contra el mío. Miré a mi *consigliere* con ojos que prometían el fin del mundo.

—Nos encargaremos de él como se merece. Pagará por cada lágrima y cada gota de sangre que le ha sacado a mi esposa. Le voy a arrancar la piel a tiras, y voy a hacer que se la trague.

Avancé hacia el coche que me esperaba con la puerta abierta. No me importaba el dolor. No me importaba la sangre caliente y oscura que manaba a borbotones de mi costado con cada paso que daba, resbalando por mi pierna hasta gotear sobre la tierra seca y salpicada de pólvora. Solo me importaba la mujer que se aferraba a

mi cuello y el monstruo en el que me iba a convertir para vengar cada una de sus heridas.



35

LARISSA

El aire frío de la madrugada era fresco, pero yo solo podía concentrarme en el calor de Raffaelo. Su pecho, ancho y duro como una pared de granito, era el único ancla que me mantenía unida a la realidad. Sus brazos me rodeaban con una posesividad que antes me habría asfixiado, pero que ahora se sentía como el único refugio seguro en todo el planeta.

Mientras me llevaba hacia el coche, abrí los ojos un segundo. A nuestro alrededor, el patio del matadero era un auténtico escenario de guerra. Había cuerpos destrozados esparcidos por el asfalto, hombres acribillados sobre charcos de sangre oscura que brillaban bajo las luces parpadeantes de los faros. Miré los cadáveres sin inmutarme.

La sangre nunca me había asustado. La muerte de otros, de esos hombres, no me afectaba en lo más mínimo. Al fin y al cabo, he crecido inmersa en este mundo podrido. He visto a demasiados hombres muertos a lo largo de mi vida. Incluso presencié, sin querer, un asesinato doble cuando mi padre le voló la cabeza a dos hombres en su propio despacho solo porque le debían dinero. Yo tenía diez años. Recuerdo haberme escondido detrás de la puerta; fue un shock traumático en ese mismo instante, el estruendo, la sangre salpicando las paredes... Pero, con el paso de los años y el adoctrinamiento de Cosa Nostra, la brutalidad se convirtió en ruido de fondo. Algo completamente normal. Un simple daño colateral.

El olor a pólvora quemada, a tierra seca y al sándalo de su loción me llenó los pulmones, calmando el temblor espasmódico de mis hombros. Oculté de nuevo mi rostro magullado en el hueco de su cuello, cerrando los ojos. Estaba a salvo. *Mi Diablo había venido a por mí y había masacrado a medio mundo por recuperarme.*

Pero entonces, algo húmedo, espeso y alarmantemente caliente comenzó a filtrarse a través de la tela de su camisa, empapando mi muslo desnudo.

Al principio, mi cerebro aturdido pensó que era sudor. Pero el olor metálico y dulzón del óxido me golpeó de lleno. Era un olor que había aprendido a reconocer demasiado bien esa misma noche.

Abrí los ojos de golpe y bajé la mirada hacia mi pierna.

La chaqueta negra de su traje, con la que me había cubierto los hombros, se había apartado un poco. Debajo de ella, la camisa de Raffaelo no era negra, estaba empapada y brillaba bajo la luz de la luna. Deslicé mis dedos temblorosos hacia su camisa desgarrada.

El tacto húmedo y viscoso me paralizó el corazón. Era sangre. Y esta sangre sí que me aterraba. Me destruía.

—Raffaelo... —susurré, mi voz rota por el terror—. Estás sangrando. Dios mío, estás sangrando mucho.

Él no miró hacia abajo. Su mandíbula estaba apretada con tanta fuerza que los músculos de su rostro parecían esculpidos en mármol.

—No es nada, *piccola* —gruñó, aunque su voz carecía de la resonancia profunda de siempre. Sonaba tensa, rasposa.

Llegamos al coche con las puertas abiertas de par en par. Enzo ya estaba al volante, con el motor rugiendo. Raffaelo me depositó con cuidado en los asientos de cuero del fondo, como si yo fuera de cristal, pero al momento de intentar sentarse él, un gemido sordo se escapó de sus labios. Su inmenso cuerpo vaciló, la rodilla izquierda le falló por un microsegundo, y cayó pesadamente sobre el asiento a mi lado.

Cerró la puerta, aislando el caos del exterior, y el coche salió disparado hacia adelante, pegándome contra el respaldo.

En el instante en el que la puerta se cerró y estuvimos a salvo, la adrenalina que había mantenido a Raffaelo de pie, como un titán indestructible, pareció evaporarse de golpe. Su cabeza cayó hacia atrás contra el reposacabezas de cuero negro. Sus ojos oscuros, esos ojos que minutos antes prometían el fin del mundo, empezaron a cerrarse lentamente, parpadeando con pesadez.

—¡No, no, no! —grité, el pánico total estallando en mi pecho—. ¡Raffaelo! ¡Mírame!

Levanté la tela de su camisa. El agujero de bala estaba justo encima de su cadera, y la cantidad de sangre que brotaba era aterradora. Estaba perdiendo la vida por el costado.

Sin pensarlo, junté mis dos manos, manchándome la piel y las palmas con el líquido espeso y caliente, y presioné con todas mis fuerzas sobre la herida abierta.

Raffaelo ahogó un gruñido gutural de dolor y su mano inmensa voló hacia la mía, atrapándola. Sus dedos estaban fríos, cubiertos con la sangre de Mario Mancuso.

—Tranquila... —balbuceó, intentando enfocar la vista en mí, forzando una media sonrisa que no llegó a sus ojos—. Estoy bien, *esposa.*

—¡No estás bien! ¡Te estás desangrando! —sollocé, las lágrimas brotando de nuevo, mezclándose con la suciedad y la sangre reseca de mis mejillas. Apreté más fuerte contra su costado, sintiendo el latido de su herida bajo mis palmas resbaladizas.

La culpa, un monstruo negro y afilado, me devoró las entrañas. Esto es mi culpa. Es mi maldita culpa. Si no hubiera sido tan ingenua, si no hubiera confiado en las sonrisas baratas de Mario, si no hubiera huido de la jaula de oro... el Diablo no estaría muriendo en el asiento trasero de un coche. Lo habían herido por mí. Por sacarme del infierno.

Levanté la cabeza hacia la parte delantera del vehículo.

—¡Enzo, ve más rápido, por el amor de Dios! —chillé, mi voz desgarrándose por la histeria—. ¡Se está desangrando! ¡Más rápido!

—¡Voy a tope, *Signora*! —gritó Enzo, esquivando el tráfico de la carretera a una velocidad suicida. El coche se balanceaba peligrosamente—. ¡Aguante, *Capo*!

A través del retrovisor, vi a Enzo pulsar un botón en el salpicadero. El sistema de manos libres del coche se encendió.

—¡Llama al doctor Greco! —ordenó Enzo a alguien al otro lado de la línea, con voz marcial—. Dile que lo quiero en la mansión en cinco minutos. ¡Y llama también a Morelli! Que venga con él. La *Signora* necesita atención médica inmediata, el jefe tiene una herida de bala en el abdomen. ¡Prepara el quirófano del sótano de la casa, ahora!

Volví mi atención a Raffaelo. Su cabeza se ladeó hacia mí. Sus párpados cayeron por completo. El agarre de su mano sobre la mía se aflojó, perdiendo fuerza hasta que sus dedos cayeron inertes sobre el asiento de cuero.

—¿Raffaelo? —Lo sacudí por el hombro, la histeria cegándome—. ¡Raffaelo, despierta! ¡Abre los ojos! ¡Me compraste, maldita sea! ¡Me obligaste a ser tuya! ¡No tienes ningún derecho a soltarme ahora! ¡Abre los malditos ojos!

No hubo respuesta. El hombre más temido de Sicilia, el monstruo indestructible que había reventado a golpes a mi captor, acababa de desmayarse.

El resto del trayecto fue una tortura agónica. Mantuve todo el peso de mi cuerpo presionando sus costillas, llorando sin consuelo, manchada de su sangre hasta los codos, rezando a Dios para que no se llevara a mi demonio. Estaba empapada en él. Era como un retorcido bautismo; la sangre del Diablo marcándome, reclamándome de una forma que ningún anillo de diamantes podría igualar.

El coche frenó en seco, derrapando sobre el asfalto frente a la escalinata de la mansión. Antes de que el coche se detuviera por completo, las puertas traseras se abrieron desde fuera. Una nube de guardias y dos hombres vestidos con batas blancas y maletines médicos nos rodearon.

—¡Sáquenlo, con cuidado! —ordenó el médico más mayor, el doctor Greco supongo.

Las manos de los hombres de Raffaelo me apartaron bruscamente. Me quedé en el asiento, temblando, viendo cómo sacaban el cuerpo inerte de mi marido y lo colocaban sobre una camilla plegable. La sangre de su costado goteó sobre las impolutas escaleras de piedra de la entrada.

Salí del coche a trompicones. El aire de la noche me golpeó la piel desnuda bajo la chaqueta de Raffaelo que aún llevaba sobre los hombros, pero no sentía frío. Estaba entumecida. Entré en el inmenso vestíbulo corriendo detrás de la camilla, dejando huellas de sangre en el mármol con mis pies descalzos.

—¡Tengo que ir con él! —exclamé, intentando seguir a la camilla hacia el pasillo este, donde sabía que estaba la zona médica de emergencia.

Pero una mano firme y segura me agarró por el brazo, deteniéndome en seco.

Me giré, dispuesta a morder, a arañar y a pelear con quien fuera. Era Enzo.

El *consigliere* me miró con una seriedad férrea, aunque la preocupación brillaba en el fondo de sus ojos castaños.

—No, *Signora*. Usted no va allí —me dijo, interponiéndose entre el pasillo y yo.

El otro médico, un hombre más joven con un maletín de cuero negro, apareció junto a Enzo, mirándome con expresión profesional y evaluando mis múltiples heridas.

—La doctora Morelli la atenderá a usted en la habitación de invitados de la planta baja, *Signora* Moretti —indicó Enzo, señalando hacia el pasillo contrario—. Tiene que dejar que el doctor Greco haga su trabajo con Raffaelo.

—¡No! —grité, tirando de mi brazo para soltarme. Me planté frente a él, alzando la barbilla con una autoridad feroz que no sabía que poseía. Las lágrimas surcaban mi rostro sucio, mis manos rojas de sangre se apretaron en puños—. ¡No me voy a ir a ninguna parte! ¡Es mi marido! ¡Me quedo con él! ¡Es mi culpa que esté así! ¡Yo hice que le dispararan!

Enzo no se movió ni un milímetro. No vaciló ante mi ataque de histeria. Me agarró por los dos hombros con suavidad pero con una firmeza absoluta, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Escúchame bien, Larissa —dijo, usando mi nombre de pila por primera vez, su tono de voz bajo y tranquilizador—. Necesitas que te curen los cortes, necesitas que te vean las muñecas y necesitas limpiarte. El jefe dio órdenes muy claras: mi prioridad eres tú.

Tragué saliva, el sabor a sangre inundando mi garganta de nuevo, sollozando con la mirada fija en el pasillo por donde había desaparecido la camilla.

—Se está muriendo, Enzo... —lloré, mi voz apenas un hilo, sintiendo que mis rodillas empezaban a temblar bajo mi peso.

Enzo soltó un suspiro profundo y me apretó el hombro, dedicándome una media sonrisa que intentaba disipar el terror de mis ojos.

—Raffaelo estará bien, Larissa —afirmó con una convicción que no admitía réplicas—. Es de hierro. No es la primera ni será la última

bala que le atraviesa. El Diablo no muere tan fácil. Ahora, ve con el médico.

Me quedé allí, paralizada, mirando mis propias manos temblorosas y cubiertas con la sangre del hombre que me había comprado. La realidad de la noche entera se desplomó sobre mis hombros de golpe. El terror del sótano de Mario, el dolor lacerante en mi muslo y mis brazos, la asfixia, la brutalidad del rescate y la imagen de Raffaelo cerrando los ojos en el coche, pálido y roto por mi culpa.

Me di cuenta con un terror abrumador de que, si esa bala se lo llevaba, yo me moriría con él. El odio se había esfumado, quemado en el fuego de su protección, dejando solo una devoción ciega y absoluta que me partía el alma en dos. Me había pasado todo este tiempo intentando huir de su jaula de oro, y ahora estaba dispuesta a encerrarme en ella para siempre con tal de que él volviera a abrir los ojos.

De repente, el inmenso vestíbulo de la mansión empezó a dar vueltas a mi alrededor. El zumbido en mis oídos, que me acompañaba desde la bofetada de Mario, se convirtió en un rugido ensordecedor. Las luces de las lámparas de araña se difuminaron en destellos blancos y cegadores.

—*Signora*... ¿Larissa? —La voz de Enzo sonó lejana, como si viniera del fondo de un túnel oscuro.

Mis piernas finalmente se rindieron. El mármol frío del suelo fue lo último que sentí antes de que la oscuridad absoluta me tragara por completo, envolviéndome en un silencio compasivo donde ya no había sangre, ni miedo, ni dolor.



RAFFAELO

Salir de la oscuridad fue como nadar hacia la superficie a través de un océano de alquitrán espeso y pesado.

Lo primero que registró mi cerebro no fue la luz, sino el olor. Un tufo químico, aséptico y penetrante a yodo, alcohol médico y sábanas esterilizadas que me inundó las fosas nasales, borrando por

completo el hedor a sangre y pólvora que recordaba. Tenía la boca pastosa, la lengua reseca como papel de lija y un sabor amargo a bilis y medicamentos en el paladar.

Intenté moverme y mi cuerpo me dio la bienvenida al mundo de los vivos con un latigazo de agonía. Un dolor sordo, profundo y constante latía en mi costado izquierdo, justo donde el cirujano había tenido que hurgar para extraer el plomo y coser mis tejidos destrozados. En el pecho, el corte del cuchillo de Mario ya no ardía; era solo un escozor tenso, una molestia superficial que palidecía frente a la herida de bala.

Apreté los párpados y los abrí lentamente, acostumbrándome a la penumbra de mi propia habitación en la mansión. El zumbido constante del aire acondicionado llenaba el silencio. Según el pesado reloj de pared, era media tarde. Según la rigidez de mis músculos atrofiados y la sed que me quemaba, deduje que no había estado inconsciente unas horas. Habían pasado días, a juzgar por la barba espesa que me rascaba la mandíbula.

Mi respiración se atascó de golpe en mi garganta seca. El letargo desapareció en un nanosegundo, sustituido por el instinto animal.

¿Dónde está ella?

¿Cómo está ella?

Giré la cabeza sobre la almohada con brusquedad, ignorando la punzada en mis costillas. Mis ojos negros, aún nublados por los sedantes, escanearon la inmensa habitación buscando su rastro.

Y la vi.

El corazón, que latía con lentitud, me dio un vuelco en el pecho. Larissa estaba allí. Se había quedado dormida, acurrucada en el sillón de lectura de terciopelo gris que estaba a escasos dos metros de mi cama. Tenía las piernas subidas al asiento y la cabeza apoyada contra el respaldo.

La observé en silencio, tragando saliva con dificultad. Había algo profundamente doloroso en la forma en la que iba vestida. Llevaba unos pantalones largos de chándal grises y una sudadera de manga larga, abrochada hasta el cuello. Una indumentaria que no tenía el más mínimo puto sentido teniendo en cuenta el calor asfixiante del verano que ardía al otro lado de los ventanales.

Mi pecho se contrajo. Se estaba escondiendo. Estaba ocultando las marcas de las cuerdas en sus muñecas, los cortes de la navaja en sus brazos y piernas, y los hematomas oscuros que ese bastardo le había dejado en el cuerpo. Mi pequeña fiera estaba intentando tapar su vulnerabilidad bajo capas de tela.

Como si hubiera sentido el peso de mi mirada sobre ella, Larissa se movió en el sillón. Parpadeó despacio, frotándose los ojos con las mangas demasiado largas de la sudadera. Cuando su mirada azul, aún enrojecida por el cansancio y el llanto, se encontró con la mía, se quedó paralizada.

El aire se volvió denso entre los dos. Larissa descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante, agarrándose a los reposabrazos del sillón con los nudillos blancos.

—Has despertado —susurró, su voz ronca rompiendo el silencio como un cristal al caer. Se levantó despacio, dudando si acercarse o no. Se quedó a los pies de la cama, mirándome como si fuera un fantasma.

Asentí levemente, haciendo una mueca de dolor al acomodar la espalda contra las almohadas. No dije nada. La dejé hablar.

Larissa tragó saliva. Sus ojos bajaron hacia el vendaje grueso que cubría mi costado izquierdo y luego volvieron a mi rostro.

—Han pasado cuatro días, Raffaelo... —añadió, con la voz quebrada—. El doctor Greco dijo que habías perdido demasiada sangre. Temí que no ibas a despertar.

—El Diablo tiene mala hierba, *piccola* —murmuré, mi voz sonando grave y áspera por la falta de uso.

Ella no sonrió ante mi intento de humor sombrío. Sus manos temblaban agarradas a la tela de su sudadera.

—¿Por qué has venido a por mí? —preguntó de repente, cargada de una necesidad desesperada de entender—. ¿Por qué me salvaste?

Mantuve mi expresión impasible, a pesar del huracán que se desataba en mi interior.

—¿No era lo que querías? —respondí.

Larissa negó con la cabeza, apretando los labios. La herida de su labio inferior ya estaba cicatrizando, pero aún se notaba la

hinchazón.

—No es lo que te pregunté, Raffaelo —insistió, dando un paso más hacia mí, acortando la distancia—. ¿Por qué lo has hecho? Podías haber enviado a tus hombres. Podrías haberte quedado aquí. Podrías haberme dejado soportar las consecuencias de mis actos estúpidos.

—Porque eres mi mujer —sentencié, pronunciando cada palabra con una lentitud deliberada, dejando que el peso de la posesión cayera sobre ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, brillando bajo la luz mortecina de la habitación.

—Solo porque soy tu mujer no tienes que arriesgar tu vida —rebatió, la culpa resquebrajando su fachada defensiva. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas pálidas—. Yo te fallé, Raffaelo. Me escapé... Fui una estúpida.

Me quedé mirándola, analizando cada milímetro de su expresión.

—¿Por qué lo has hecho, Larissa? —le pregunté. Y esta vez no había furia en mi tono. Solo había una frialdad inquisitiva buscando la verdad absoluta.

Larissa cerró los ojos, dejando escapar un sollozo ahogado. Se abrazó a sí misma, rodeando su cintura con los brazos por encima de la sudadera holgada.

—En realidad no quería escaparme —confesó, abriendo los ojos, mirándome con una vulnerabilidad que me desarmó por completo—. Quería decirle que no me buscara más. Quería decirle que dejara de mandarme mensajes, que me dejara en paz. Aunque, en el fondo... solo quería hacerlo para salvarle la vida.

Fruncí el ceño. Una punzada letal, fría y venenosa se instaló en la base de mi nuca. Celos. Puros, irracionales y corrosivos celos. Mi mandíbula se apretó de forma instintiva.

—Sabía que tú te pondrías furioso si te enterabas de que me estaba buscando —continuó ella, acelerando las palabras, como si necesitara sacárselo todo del pecho—. Sabía que lo matarías. Pensé que si hablaba con él en persona y le decía que me dejara tranquila, todo terminaría sin sangre.

Cerré los ojos un segundo, soltando un suspiro pesado que hizo tirar a mis puntos de sutura. *Había ido a la boca del lobo para proteger al puto lobo*. Mi mente retorcida empezó a envenenarse. Había arriesgado su propia vida, su propia seguridad, por el bienestar de Mario Mancuso. ¿*Qué era él para ella*? ¿*Su amado*? ¿*Su príncipe azul*? ¿*Por qué otra jodida razón habría intentado salvar a un hombre que no le importaba una mierda*? Ese pensamiento me apuñaló el orgullo y el corazón negro de hombre con la misma intensidad.

—Te lo advertí, Larissa —dije, abriendo los ojos, clavando mi oscuridad en su azul, escondiendo la furia sorda tras una máscara de hielo—. Te dije que él no era ajeno a este mundo. Sabía perfectamente a quién pertenecías, y sabías cómo operamos. Y aún así, has decidido creer en él antes que en mí. Has decidido protegerlo a él.

Ella bajó la cabeza, avergonzada, incapaz de sostener mi mirada. El silencio que siguió fue pesado, cargado con las consecuencias de sus actos y con las decisiones que yo ya había tomado mientras la fiebre me consumía en esta cama. Me costaba mirarla. No por las marcas asquerosas que le había dejado ese bastardo, sino porque no podía soportar la idea de que su corazón siguiera añorando una vida fuera de mis putas cadenas. No podía forzarla a amarme, pero no iba a tolerar su presencia mientras ella lloraba por la seguridad de otro.

—Te compraré una casa —anuncié de golpe. Mi voz no tembló. Fue una orden inamovible.

Larissa levantó la cabeza de golpe, sus ojos abriéndose de par en par.

—¿Qué?

—Vivirás sola durante un tiempo —continué, ignorando el dolor punzante en mi pecho que no tenía nada que ver con ninguna herida física—. Te pondré seguridad en la puerta, en un territorio neutral. Estarás allí hasta que me ocupe de unos asuntos. He reventado el pacto del Consejo y he declarado la guerra a una familia entera por recuperarte. Sicilia va a arder, y es mejor que estés lejos de mí de momento.

Esa era la excusa lógica, la excusa táctica. Pero la verdad era que necesitaba poner distancia. Necesitaba una pausa. Necesitaba arrancar a Mario Mancuso del tablero y limpiar mi propia cabeza antes de terminar de destrozar la suya.

El pánico se apoderó de su rostro. Sus piernas la traicionaron y corrió hacia el borde de la cama, agarrándose al colchón, negando con la cabeza frenéticamente.

—No, Raffaelo, por favor... —sollocó, llorando—. No puedes hacer eso. No me alejes. Te lo juro... te prometo que intentaré hacerlo bien a partir de ahora. ¡No volveré a huir!

Verla llorar de esa manera, rogando quedarse a mi lado después de haber luchado tanto por escapar, me descolocó. Mis dedos se crisparon sobre las sábanas, luchando contra el instinto salvaje de tirar de ella, meterla en mi cama y no dejarla salir de la habitación nunca más.

—¿Por qué me odias tanto, Larissa? —pregunté, la dureza de mi voz enmascarando la frustración que me corroía.

Ella sollozó, negando con la cabeza, sus manos temblando sobre la sábana blanca.

—No te odio.

—Tampoco me quieres —repliqué con amargura. Era un hecho. Era un trato comercial. Yo la había comprado, pero no podía obligar a su corazón a latir por mí.

Larissa tragó saliva, sus ojos azules inundados de lágrimas, mirándome con una desesperación que me partió en dos.

—No quiero hacerlo —admitió, su voz rota, apenas un susurro en la habitación—. Tengo terror de hacerlo. No quiero tener la misma mala suerte que mi hermana.

La mención me pilló totalmente desprevenido. Mi cerebro, analítico y calculador, rebuscó en los archivos mentales que tenía sobre la familia Vitale.

—¿Tienes una hermana? —pregunté, frunciendo el ceño.

Larissa se limpió las lágrimas de la mejilla con el dorso de la mano.

—Tenía —corrigió, y la tristeza en su voz fue devastadora—. Mi padre le arruinó la vida también a ella, igual que intentó hacer

conmigo. La casó con Damasso. Probablemente lo hayas conocido en el Consejo.

El nombre me hizo tensar la mandíbula. Damasso. Un puto sádico de Palermo que había aparecido muerto en una cuneta hace un par de años. Un animal sin disciplina.

—A una semana de casarse con ella... la mató —terminó Larissa, y la palabra "mató" salió de sus labios como una sentencia, revelando el verdadero origen de todos sus miedos, de sus huidas, de su pavor al compromiso mafioso.

Sentí cómo la furia, fría y letal, volvía a despertarse en mi interior, pero esta vez no iba dirigida a ella.

—¿Por qué haría tal cosa? —pregunté, mi voz bajando una octava.

Larissa se mordió el labio inferior tembloroso.

—Supuestamente... por encontrarlo follándose a otra en su propia casa y atreverse a molestarlo por ello. La golpeó hasta matarla. Yo era una niña. Vi el ataúd cerrado. Desde ese día, me prometí que prefería morir en la calle que amar a un monstruo de este mundo.

La habitación quedó sumida en un silencio sepulcral. El dolor, el trauma y el pánico de Larissa por fin tenían sentido. No huía de mí. Huía del reflejo del monstruo que había asesinado a su sangre.

Hice caso omiso al dolor punzante en mi abdomen. Extendí mi mano inmensa, marcada de cicatrices y tatuajes, y agarré la suya. Estaba helada, pero no la solté. Tiré de ella suavemente hasta obligarla a sentarse en el borde de mi cama.

Mantuve mis ojos oscuros fijos en los suyos, asegurándome de que viera hasta el puto fondo de mi alma.

—Yo no soy Damasso —le dije, mi voz resonando como un juramento de sangre en las paredes de la habitación—. Yo no te haría nunca daño, Larissa. Eres mi mujer. Yo cuido lo que es mío, lo venero.

Llevé su mano temblorosa hasta mi rostro, apretando su palma contra mi mejilla barbuda. Cerré los ojos un segundo, disfrutando del simple roce de su piel después de creer que la había perdido para siempre.

—Mientras no seas tú la que sangra, el resto del maldito mundo puede arder hasta los cimientos —continué, abriendo los ojos,

dejando que viera al Diablo que estaba dispuesto a postrarse a sus pies—. Te prometo que, esté donde esté el infierno, yo siempre me pondré entre él y tú. SIEMPRE.

Las lágrimas de Larissa cayeron en silencio. Mi pulgar rozó la lágrima que surcaba su mejilla magullada, apartándola con una delicadeza que solo reservaba para ella.

Larissa tragó saliva con dificultad. Su pecho subía y bajaba bajo la tela gruesa de la sudadera. Sus ojos buscaron los míos, cargados de una mezcla de amor reprimido y de incomprensión.

—Y aún así... —susurró, con la voz cargada de reproche y dolor—, me alejas de ti. Me envías a esa casa.

Solté un suspiro ronco. Pasé mis dedos por su cabello oscuro, retirándolo de su rostro magullado. Odiaba ver el dolor en sus ojos, pero odiaba aún más la idea de que su mente confusa me comparara con aquel cerdo que la secuestró.

—Es lo mejor por ahora, *piccola* —murmuré, mi tono implacable pero cargado de una ternura oscura.

.Ella negó con la cabeza, despacio. Había sangre y fuego en su mirada.

—Si me mandas a esa casa, Raffaelo... —Su voz bajó, adquiriendo un tono firme que hizo que mi corazón diera un salto—. No esperes que te reciba con los brazos abiertos cuando decidas que estás listo para volver.

Se levantó de la cama y dio un paso atrás, cruzando los brazos sobre su pecho, dejándome a solas con el frío de la habitación.



36

RAFFAELO

El dolor era un recordatorio constante de que seguía vivo. Un latido sordo, caliente y punzante en mi costado izquierdo que me cortaba la respiración cada vez que intentaba enderezar la espalda. Pero el dolor físico no era nada comparado con la bilis ácida que me quemaba la garganta mientras estaba de pie en el inmenso vestíbulo de mármol de mi mansión, apoyado en un bastón, observando cómo mi mundo se fracturaba.

El sonido de las ruedas de las maletas deslizándose por el suelo resonó como un puto martillo en mi cráneo.

María, el ama de llaves, bajaba la gran escalinata con dos bolsos de viaje de cuero oscuro. Detrás de ella, con la cabeza gacha y los pasos lentos, bajaba mi mujer.

El aire acondicionado de la casa mantenía el ambiente a unos gélidos veinte grados, pero el sol que se filtraba por los ventanales prometía un día de calor abrasador en Sicilia. Y, sin embargo, Larissa iba vestida como si estuviera en pleno invierno siberiano. Llevaba unos pantalones anchos de algodón gris que ocultaban por completo la forma de sus piernas, y un jersey de punto ligero, de mangas largas que le llegaban hasta los nudillos y un cuello alto que le cubría la garganta.

Estaba escondiendo las marcas. Las de ese bastardo. Se estaba escondiendo del mundo, y se estaba escondiendo de mí.

Cada escalón que bajaba era una aguja clavándose en mi orgullo. Quería destrozar la maldita puerta principal, quemar las maletas y arrastrarla de vuelta a mi cama. Mi instinto más primitivo y oscuro me rugía que la encerrara en la habitación, que me acostara sobre ella y la marcara hasta que su mente olvidara a cualquier otro hombre que no fuera yo. Pero el recuerdo de su confesión, de su intento de salvarle la vida a Mancuso, seguía envenenándome la sangre.

Uno de mis hombres de máxima confianza, vestido de traje oscuro, tomó las maletas de manos de María y se dirigió hacia el SUV blindado que esperaba fuera, con el motor encendido.

Larissa se detuvo a un metro de mí. El olor a su jabón de vainilla y a ese jazmín sutil que era solo suyo me golpeó de lleno, mezclándose con el aroma amargo del café negro que me acababa de tomar para tragarme los analgésicos. Levantó la mirada. Sus ojos azules estaban inyectados en sangre, rodeados de ojeras violáceas que delataban que no había pegado ojo en toda la noche. Su labio inferior, aún hinchado y con una pequeña costra en la comisura, tembló levemente.

Esos ojos azules se me clavaron en la retina. Azul del demonio del hielo. Azul por todas partes. Es azul por encima de todo, se traga el negro que hay detrás de mis párpados y domina de golpe todo lo que existe en mi cabeza. El cielo azul, el mar azul, azul. *Azul, azul, azul.* Cada jodido pensamiento mío ahora era... azul. Me pasé la lengua por los labios secos. Intenté sacarme ese color de la cabeza, pero se negó en redondo a despejarse de mis pensamientos. En mi mente monocroma solo había una mancha de luz helada. En toda mi maldita existencia condenada, ella era el único puto fragmento de claridad que quedaba. Si el mundo me lo arrebatara, prendería fuego a todo hasta convertirlo en cenizas. Pavimentaría un camino de llamas hasta ella deteniéndome solo lo justo para acariciar sus mejillas empapadas en lágrimas, y luego quemaría y quemaría y quemaría... hasta que el cielo lloviera ceniza... y la tierra se inundara de sangre. Hasta que el mismísimo Dios apartara la mirada de mi furia desatada. Había tocado a un ángel en mis treinta años y cuidaría de él, aunque para ello tuviera que mandarla lejos de mí.

—No hagas esto —susurró, con la voz rota, cargada de una súplica que me despellejó vivo.

Mi pecho se contrajo dolorosamente bajo los vendajes. Su ultimátum de ayer por la tarde aún resonaba en mi cabeza: «*No esperes que te reciba con los brazos abiertos cuando decidas que estás listo para volver*». Me estaba desafiando, y a la vez, me estaba rogando que le diera un motivo para quedarse. Pero sabía que era lo mejor para ella alejarla por un tiempo de mí. No sabía todo lo que le hizo ese hijo de puta. Pero lo iba a averiguar.

Mantuve mi rostro esculpido en piedra. No dejé que viera la fisura en mi armadura.

—Pórtate bien, Larissa —fue lo único que dije, mi voz sonando gélida, rasposa y carente de toda la devoción que sentía por ella.

Ella ahogó un sollozo, apretó la mandíbula con una furia impotente que me hizo sentir un retorcido orgullo, y se dio la vuelta sin decir una palabra más. Salió por la puerta doble. Observé a través del cristal cómo subía al coche. La puerta pesada se cerró con un chasquido metálico y, un segundo después, los neumáticos crujieron sobre la grava, llevándose a mi esposa lejos de mí.

Me quedé allí, en el silencio sepulcral de la mansión, sintiendo cómo la oscuridad absoluta devoraba el último rastro de luz que quedaba en mi interior.

—Están listos para recibirle, *Capo* —anunció Enzo, apareciendo a mi espalda, vestido con su impecable traje gris.

Me giré lentamente, ignorando el tirón de mis músculos desgarrados. Le entregué el bastón a Enzo, enderezando mi postura hasta alcanzar mi metro noventa de altura, tragándome el dolor con una mueca de pura ferocidad.

—Vamos —gruñí. Era la hora de soltar al Diablo.



El ambiente en la sala privada de reuniones del hotel Excelsior estaba cargado de tensión y humo de tabaco. El olor rancio de los puros cubanos y el cuero añejo de los sillones me inundó las fosas nasales en cuanto crucé las pesadas puertas dobles.

La Comisión.

Cuatro hombres sentados alrededor de una mesa de caoba maciza. Don Ennio, el más anciano, con la piel curtida y los ojos calculadores de un zorro viejo; Don Salvatore, pragmático y frío; Don Carmine, siempre buscando la forma de clavar el puñal por la espalda; y Don Aldo, un machista tradicionalista anclado en las costumbres del siglo pasado. Los buitres que decidían el destino de la *Cosa Nostra* siciliana.

Tomé asiento en la cabecera opuesta, desabrochando el botón de mi chaqueta a medida para no presionar mi herida. No mostré ni una sola señal de debilidad.

—Llegas tarde, Raffaelo —graznó Don Carmine, dando una calada a su puro.

—Mi tiempo es oro, Carmine. Da las gracias de que haya decidido aparecer —repliqué con voz plana, sirviéndome dos dedos de whisky puro que Enzo había traído.

El líquido ámbar bajó por mi garganta como fuego líquido, anestesiando ligeramente el dolor de mis costillas.

Don Ennio se inclinó hacia adelante, entrelazando sus dedos nudosos sobre la madera oscura.

—Iremos al grano, muchacho. Hemos oído rumores inquietantes. Se dice en las calles que tu mujer se había ido con otro hombre. Con el hijo de Mancuso, concretamente. —La mirada de Ennio era un bisturí—. Esto no está permitido, Raffaelo.

Apreté el vaso de cristal en mi mano hasta que mis nudillos se pusieron blancos. El instinto asesino se disparó en mis venas, exigiendo que le reventara el cráneo contra la mesa por atreverse a hablar de Larissa.

—No tenéis derecho a meter las narices en mi familia —siseé, clavando mis ojos negros en los del viejo.

—Mientras tu posición como futuro Don dependa de ello, sí que lo tenemos —intervino Don Salvatore, con tono sosegado pero firme—. Una esposa que huye con otro hombre es una mancha en tu honor. Es inaceptable. También nos afecta a nosotros y a la estabilidad de nuestras alianzas.

—Seré el Don —afirmé, apoyando el vaso en la mesa con un golpe seco que resonó en la sala—, con esposa o sin ella.

—Eso lo decidiremos nosotros —rebatió Don Carmine, sonriendo con suficiencia.

—Con todo el puto respeto —gruñí, inclinándome hacia adelante, obligando a mi cuerpo a soportar la agonía de la herida—, no creo que una mujer, sea quien sea, pueda interferir en mi forma de actuar. Mis negocios y mis territorios producen más dinero que los de tres de vosotros juntos. El imperio Moretti es sólido.

—No directamente —concedió Don Salvatore—. Pero si tienes una mujer por la que pierdes la cabeza, pensarás dos veces antes de actuar solo para volver a verla. Tus prioridades cambian. Y en nuestro mundo...

—Eso significaría debilidad —siseé.

—¿Entonces es lo que has estado demostrando? —atacó Don Carmine, alzando una ceja—. Hemos oído que has estado cuatro días en coma en una cama por la falta de respeto de tu mujer. Te metiste en un matadero como un hombre de poca monta por una ramera que...

Mi mano voló al interior de mi chaqueta. En un milisegundo, la Beretta negra estaba desenfundada, amartillada y apuntando directamente al centro de la frente de Carmine.

El silencio en la sala fue absoluto. Los guardaespaldas de los Dons amagaron con moverse en las sombras, pero Enzo y mis hombres ya tenían los rifles de asalto apuntándoles a la cabeza.

—Termina esa puta frase, Carmine —susurré, mi voz bajando a un tono ártico, demoníaco—. Termínala y te juro que decoraré esta caoba tan cara con tus sesos.

Carmine tragó saliva, palideciendo, el puro temblando entre sus dedos.

—Baja el arma, Raffaelo —ordenó Don Ennio, aunque su voz carecía de autoridad real frente al cañón de mi pistola.

—Como he dicho, no es asunto vuestro lo que ha hecho mi mujer.

Mantuve el arma firme tres segundos más, dejando que el terror se asentara en el pecho del cabrón, antes de bajarla lentamente y dejarla sobre la mesa, justo a mi lado.

Don Aldo, que había estado callado, soltó una risa seca y ronca, sacudiendo la cabeza.

—No hay necesidad de proteger a una mujer como ella, Raffaelo. Sabemos para qué están hechas. Tu mujercita no parece ser la misma niña que te juraba lealtad absoluta el día que nos vimos en la comida. Enseñó sus verdaderos colmillos. Te ha humillado delante de toda Sicilia.

La furia amenazaba con cegarme. La imagen de Larissa desnuda, rota, con la piel marcada, cruzó mi mente. Ella no enseñó los

colmillos, fue la presa de una cacería asquerosa. Pero el *Consejo* no podía saber la verdad.. Y, sobre todo, no podían saber que el Diablo estaba profunda, patética e irremediablemente sometido a ella. Tenía que recuperar el control de la narrativa. Tenía que ser el monstruo despiadado que ellos esperaban.

Alcé la barbilla, acomodándome en la silla de cuero, esbozando una sonrisa fría y sádica.

—Tenéis razón. Ha enseñado los colmillos. Y yo me he encargado de arrancárselos —mentí, con la voz destilando un veneno helado—. Yo me ocupo del castigo de mi mujer. Y os aseguro que las paredes de mis sótanos son lo suficientemente gruesas para ahogar sus gritos. Ha aprendido su lugar. No volverá a ser un problema.

Los cuatro hombres se miraron entre sí, asintiendo con aprobación ante mi supuesta crueldad. Qué fácil era engañar a estos dinosaurios creyéndome igual de podrido que ellos.

—Bien. Dejando de lado a tu joven esposa que, por lo que parece, le faltaba algo de educación... —prosiguió Don Ennio, dando por zanjado el asunto—. Tienes al hijo de Leonardo Mancuso.

—Es personal —corté de inmediato.

—No lo es si eso implica nuestros negocios —espetó Don Aldo, frunciendo el ceño—. Leonardo controla el cincuenta por ciento de la mercancía que entra por el puerto sur. Si lo matas a él o a su chico, se paralizará la distribución.

—Están en buenas manos —aseguré, entrelazando mis dedos sobre la mesa—. Las mías.

—No podrás controlarlos todos, muchacho —advirtió Don Salvatore.

—Hmmm... —Hice una pausa dramática, saboreando el whisky antes de continuar—. Creo que, indirectamente, llevo mucho tiempo controlándolos. Mancuso es un viejo que ya no sabe contar. Yo he estado lavando la mitad de su dinero sin que él se diera cuenta.

—¿Y Denis? —saltó Don Carmine, recuperando un poco de su arrogancia—. ¿Qué pasa con el ruso?

—¿Qué pasa con él? —pregunté con fingida indiferencia.

—Denis tenía negocios muy lucrativos con Leonardo —explicó Don Ennio—. Le proporciona el armamento que movemos por Europa. Si

eliminas a Mancuso, Denis se quedará sin su contacto principal. Se revolverá. Y la Bratva no es un enemigo que queramos tener ahora mismo.

—Tendré que volver a contactar con él y cambiar algunas cosas... —murmuré, mi mente ya trazando los hilos de la red en la que iba a atrapar al ruso.

Don Salvatore se inclinó de nuevo, mirándome con severidad.

—No podrás eliminar a los Mancuso sin que otras familias de la vieja guardia te declaren la guerra por romper el pacto de sangre. Leonardo es respetado.

Esbocé una sonrisa letal que no llegó a mis ojos.

—Miradme. Porque morirán muy pronto. Y no podrá impedirlo absolutamente nadie.

—El viejo tiene aliados, Raffaelo —insistió Don Carmine—. Las familias lo preferirán a él antes que arriesgar una guerra total.

—No hay nada que el poder y el dinero no puedan solucionar —sentencié, levantándome lentamente de la silla, apoyando las palmas de las manos en la mesa—. Esa lealtad hacia él se desmoronará en cuanto vean que ofrezco el doble de margen de beneficios por sus rutas.

Don Salvatore suspiró, intercambiando una mirada significativa con Ennio.

—Si solucionas todo esto sin derramar sangre, sin involucrar a nuestras familias ni joder nuestros ingresos... consideraremos nombrarte Don. Te daremos el asiento permanente.

Cogí mi Beretta de la mesa y la guardé en mi chaqueta, sintiendo el roce de la tela contra el vendaje de mi abdomen.

—La única sangre que derramaré será la Mancuso —prometí con una voz que sonó como un pacto con el mismo demonio.

—Que así sea —murmuró Don Aldo.

Di media vuelta y salí de la sala, dejando que Enzo abriera las puertas dobles por mí. Mi cuerpo gritaba por una dosis de morfina y diez horas de sueño, pero la noche apenas acababa de empezar.



El bajo palpitante de la música electrónica hacía vibrar los vasos de cristal sobre la mesa de ébano. Las luces rojas y de neón del club *Inferno* parpadeaban rítmicamente, bañando el reservado VIP en un aura que hacía honor a su nombre. El aire estaba saturado de olor a humo de cachimba, alcohol derramado y perfumes sintéticos, dulces y empalagosos.

Denis Smirnov, el líder local de la Bratva rusa, estaba sentado frente a mí. Era un hombre inmenso, rubio, con el cuello cubierto de tatuajes carcelarios y una risa estruendosa que siempre me había parecido insoportable.

Había sido directo. Le propuse eliminar a Leonardo Mancuso esa misma noche y absorber sus rutas de armas, ofreciéndole una mejora sustancial en los márgenes si utilizaba mis puertos.

Denis soltó una carcajada, echándose hacia atrás en el sofá de cuero rojo.

—Mancuso es confiable, Raffaelo. Un viejo aburrido, sí, pero seguro. Tú... tú eres un volcán a punto de estallar. Se rumorea que estás perdiendo la cabeza por los problemas en casa. Me pides que apueste al caballo loco.

Mantuve mi postura relajada, aunque cada vibración de los altavoces me clavaba alfileres en las costillas.

—Nosotros tenemos el nuestro, el puerto norte. Y sabes perfectamente que funciona mucho mejor que la mierda que gestiona Leonardo en el sur —dije, dando un sorbo a mi whisky—. Sabes que lo que digo, lo cumplo. El viejo estorba, Denis. Sus métodos están anticuados. Se está quedando con una parte demasiado grande del pastel solo por su apellido. Ya me entiendes. A ti te gusta el dinero rápido y limpio. Yo te ofrezco el doble de capacidad de descarga sin aduanas.

Denis entrecerró sus pequeños ojos azules, evaluando la oferta. La codicia bailaba en sus pupilas.

En ese momento, las cortinas de terciopelo de la zona VIP se abrieron y dos bailarinas entraron en el reservado. Iban vestidas con lencería de encaje rojo minúscula, con tacones de aguja imposibles.

Una de ellas llevaba una botella de vodka Beluga y la otra, una jarra de nuestro mejor bourbon.

Sirvieron las copas con movimientos felinos. Denis ni siquiera se molestó en disimular. Agarró a la bailarina rubia por las caderas y tiró de ella, sentándola a horcajadas sobre su regazo. La música subió de volumen y el ruso empezó a frotar sus manos ásperas por los muslos desnudos de la mujer, hundiendo su rostro en su cuello con un gemido grave. Ella se reía, una risa profesional y vacía, contoneándose contra su erección bajo la tela del pantalón. El ruso se pasaba con el tocamiento, sus manos apretando la carne de la chica con una brutalidad que rayaba en lo doloroso.

Lo miré con asco. Luego, mi mirada se desvió hacia la bailarina que se había quedado de pie a mi lado. Era morena, con unos ojos oscuros y la piel bronceada. Me dedicó una sonrisa seductora y se inclinó, apoyando una mano de uñas largas y rojas en el brazo del sofá, cerca de mi hombro. El olor artificial de su perfume de vainilla invadió mi espacio personal. No era el jazmín de mi esposa. No era la vainilla natural y dulce de su piel. Era plástico y químico.

La chica no esperó una invitación. Con un movimiento ensayado, deslizó una rodilla sobre el sofá de cuero y se sentó a horcajadas sobre mi regazo, imitando a su compañera. El calor de su cuerpo intentó traspasar la tela de mi traje. Empezó a mover sus caderas lentamente contra mí, rozando mi ingle.

Mis manos se quedaron apoyadas a los lados, sobre el cuero del respaldo, rígidas como el puto hielo. Mi instinto básico de hombre me empujaba a seguirle el juego a Denis para cerrar el trato, para demostrar que seguía siendo el mismo cabrón desalmado de siempre, pero la mera idea de ponerle una mano encima me revolvió el estómago.

Un escalofrío de repulsión me recorrió la espina dorsal. Miré la cabeza de la chica, el tono de su cabello, el bronceado falso de su piel, y mi cerebro, irremediablemente estropeado, hizo la única comparación que importaba. No era *su* pelo oscuro y sedoso. No era la palidez de marfil de Larissa. Su tacto no me calmaba, me asqueaba.

La dejé quedarse allí, moviéndose sobre mis piernas, usándola como un simple decorado de fondo para mantener la fachada frente al ruso, pero por dentro estaba completamente muerto. Su fricción, su respiración agitada cerca de mi cuello, su piel desnuda... nada de eso provocaba en mí ni la más mínima reacción. Era como si un maniquí de plástico inerte me estuviera bailando encima. Estaba jodido. Profunda e irremediablemente jodido por Larissa.

Volví mi atención a Denis, mirando a través de la bailarina como si ella fuera invisible. El ruso estaba rojo de euforia, con la bailarina frotándose contra él. Levanté mi vaso.

—¿Tenemos un trato, Smirnov? —pregunté en voz alta, por encima del estruendo de los graves—. Si elimino al viejo esta noche, ¿las rutas de la Bratva pasan por mi puerto mañana a primera hora?

Denis, con la respiración entrecortada por la excitación y cegado por los números que bailaban en su cabeza llena de vodka, asintió vigorosamente.

—*Da*. ¡Tienes mi palabra, Moretti! ¡Elimina a Mancuso y te apoyaré frente a la vieja guardia de las demás familias!

Apoyé mi vaso en la mesa. La pieza clave del tablero acababa de encajar. Ya no había nadie que protegiera a los Mancuso. Eran hombres muertos.

Me levanté del sofá con una rigidez que intenté camuflar. Miré a la bailarina que estaba sobre el regazo del ruso.

—Acompaña al señor Smirnov a una de las habitaciones de la planta superior —le ordené a la chica rubia—. Asegúrate de darle un trato muy, muy especial. Todo corre a cuenta de la casa.

—Eres un buen anfitrión, Raffaelo —bromeó el ruso, ya perdiéndose en la lujuria.

Se levantó torpemente y agarró a la chica por la cintura, llevándosela hacia los pasillos privados del club.

Me quedé solo con la bailarina morena. La chica se acercó tentativamente a mí, jugando con el tirante de su lencería roja, viéndome como un cliente de oro que aún no había reclamado su premio.

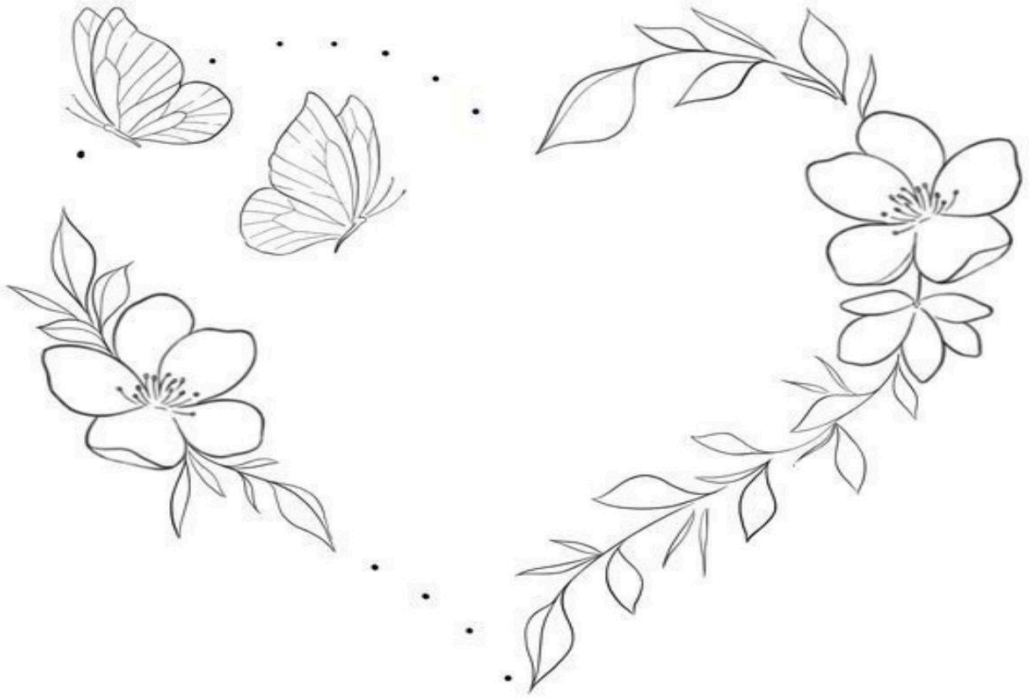
—¿Y tú, *Capo*? —preguntó con una voz ronca y ensayada, acercando sus labios pintados de rojo a mi oído—. ¿No quieres un

trato especial también? Conozco trucos que te harán olvidar cualquier problema que tengas ahí fuera.

Giré el rostro hacia ella. Mis ojos eran dos agujeros negros desprovistos de alma. El olor a su perfume me dio náuseas.

—No —contesté secamente, apartándola de mi camino sin miramientos—. No tienes nada que yo quiera.

Dejé la habitación VIP a oscuras, cruzando el club hacia la salida de emergencia trasera, donde Enzo me esperaba junto al coche. Me ardía la herida, me ardía el pecho y me ardía la mente.



37

LARISSA

El humo gris y espeso se arremolinaba frente al cristal blindado de la inmensa ventana del salón, difuminando por un segundo el verde vibrante de los cipreses del exterior. Di una calada profunda, sintiendo el picor áspero de la nicotina rasparme la garganta, y dejé caer el aire lentamente. El sabor a tabaco se mezcló en mi paladar con el amargor intenso del café negro que sostenía en la otra mano. Con cada sorbo, saboreaba mi propia miseria.

La casa que Raffaelo me había comprado era una maldita obra de arte arquitectónica. A diferencia de su imponente y lúgubre mansión de techos altos y sombras, esta villa de estilo moderno estaba diseñada para abrazarte. El suelo era una inmensa explanada de mármol blanco inmaculado, surcado por delicadas vetas que brillaban como si fueran de oro puro. Los inmensos ventanales de suelo a techo dejaban entrar a raudales la luz dorada del Mediterráneo, inundando cada rincón. A pesar de su vanguardismo, desprendía un calor acogedor gracias a la combinación de maderas nobles, sillones de diseño en lino blanco y alfombras mullidas. Era una propiedad espectacular, decorada con un gusto exquisito, pensada para transmitir paz y luz. Todo lo opuesto a él.

Pero no era un hogar. Era una prisión de cristal.

No había salido de la propiedad en estas dos semanas. Mi único contacto con el aire libre se reducía al espectacular jardín trasero, un oasis de césped perfectamente cortado y una inmensa piscina infinita de aguas turquesas, cercado por muros de piedra de tres metros de altura. Y, por supuesto, por los guardias. Un montón de hombres vestidos de negro, armados hasta los dientes, que no me quitaban el ojo de encima ni un puto segundo, pero a los que Raffaelo les había prohibido acercarse a menos de dos metros de mí. Era como vivir en una burbuja de aislamiento absoluto.

María, mi fiel sirvienta, había venido a vivir conmigo. Su presencia, el olor a sus guisos caseros de salsa de tomate y albahaca, y el sonido de sus pasos afanosos por la inmensa cocina, eran lo único que me mantenía anclada a la cordura en medio de este vacío sepulcral.

Se dice que solo se ama de verdad una vez en la vida. Que el amor auténtico, ese que te revuelve las entrañas y te cambia el

centro de gravedad, solo aparece una vez y, cuando llega, ya no se va nunca. Yo creía eso. Como la jovencita tonta, ingenua y cegada por los cuentos de hadas que era, me engañé como una idiota. Estaba tan desesperada por huir de mi destino que me autoconvencí de que Mario Ferraro —que en realidad era Mancuso— era el elegido, el hombre que estaba escrito en las estrellas para salvarme.

De todo lo que hay en este universo, lo más difícil es aceptar la propia derrota. El dolor lacerante de la decepción.

Ahora, cuando pensaba en Mario, ya no veía al príncipe azul de la moto. Veía al monstruo. A un psicópata sádico que se inventó un personaje, una sonrisa y una fachada de chico bueno solo para usarme, destrozarme y hacerme daño. La imagen de la hoja de acero de su navaja brillando bajo la bombilla mortecina del sótano todavía me asaltaba en pesadillas.

Me dolían los ojos de tanto llorar en la oscuridad de mi nueva habitación. Recordaba cada maldito segundo de aquella noche. Todo se reproducía en mi mente como una película de terror en bucle. El cuchillo rasgando mis vaqueros, los cortes finos ardiendo en mi piel, el estallido de sus bofetadas cruzándome la cara, el cuero del cinturón golpeando mis muslos... y, lo peor de todo, sus sucias manos. Sus asquerosos y ásperos dedos dentro de mí...

El asco me provocó un escalofrío que me erizó el vello de los brazos bajo la tela de mi jersey de manga larga. Aún sentía que estaba sucia. Que llevaba sus huellas marcadas en el cuerpo, manchas invisibles que no conseguía borrar del todo por más que me frotara la piel en la ducha con agua hirviendo. El tiempo no me ayudaba en absoluto.

Raffaelo no me había visitado ni una sola vez en estos catorce días.

No me llamó. No me escribió ningún mensaje. Su silencio era un castigo mil veces más cruel que cualquier golpe físico. Pero su presencia fantasma lo inundaba todo. Cada mañana, sin falta, un repartidor entregaba un ramo enorme de rosas rojas, tan grande que María apenas podía sostenerlo, y lo colocaba en el centro de la isla de la cocina.

También se había encargado de que un psicólogo, un hombre de rostro amable y voz monótona, viniera a visitarme cada tarde. Me sentaba en el sofá de cuero blanco e intentaba hablar de mis pesadillas. Pero lo que más me curaba no era la terapia, sino la segunda orden que Raffaelo había dado: mi madre.

Después de la sesión con el psicólogo, las puertas se abrían y mi madre entraba en la casa. Nos pasábamos horas sentadas en el porche, tomando té, hablando o simplemente en silencio. Me hacía un bien inmenso su presencia, y sabía que a ella le salvaba la vida salir un rato de la mansión de mi padre. Ella conocía el infierno, sabía la clase de demonio con el que estaba casada, y por primera vez, nos entendíamos sin necesidad de usar palabras.

Di otra calada al cigarrillo. Me había costado tres días convencer a Marcelo, uno de los hombres de la puerta, para que me consiguiera paquetes de tabaco a escondidas. Probablemente Raffaelo me mataría si lo supiera, o lo mataría a él. Pero me la sudaba. Necesitaba algo que me quemara los pulmones para no sentir que me asfixiaba la culpa.

Mis pensamientos volaron de nuevo hacia mi marido. Me preguntaba qué se escondía de verdad en su alma negra. *¿Le querría yo*? *¿Sentía algo real por él*? *¿Por qué, en medio del terror más absoluto de aquel sótano, pensé en el Diablo como mi único salvador*?

Es innegable que hay una química inexplicable, casi eléctrica, entre nosotros. Es difícil de explicar con palabras, porque ni yo misma sé cómo es posible desear a la persona que te ha comprado. Pensaba que lo odiaba... pero, siendo honesta conmigo misma mientras miraba el humo disiparse contra el cristal, me di cuenta de que no lo odiaba a él. Habría odiado a cualquier hombre que mi padre hubiera elegido para mí. Era el acto de la venta lo que me repugnaba, no Raffaelo.

Me fascinaba la forma en la que me miraba, con ese interés posesivo y oscuro. Me fascinaba cómo reaccionaba mi cuerpo en su presencia, el calor que se acumulaba en mi bajo vientre cuando su voz profunda vibraba cerca de mi oído. Creo que le echaba de

menos. Lo deseaba muchísimo más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta.

O tal vez era la soledad, que me estaba volviendo loca y me hacía pensar estupideces.

Pero su decisión de alejarme de él me había partido en dos. Tenía el alma hecha una mierda, aplastada bajo el peso del huracán Raffaelo. Su decisión de exiliarme, de no querer saber de mí, me había golpeado como un proyectil directo al pecho. Con una fuerza brutal. Mortal. Y todo lo que dejaba a su paso era solo una Larissa destrozada y vacía.

Lo había perdido para siempre, y eso me desgarraba por dentro. Iba a ser exactamente lo que más temía: otra esposa de adorno de la mafia, olvidada en una casa bonita, recibiendo rosas rojas de un marido que no la tocaba.

Se me hacía pedazos el alma al procesar emociones que ni siquiera sabía que podía albergar por este hombre. *¿Había empezado todo con una idea equivocada de él*? ¿*Había dejado que mi orgullo, mi miedo y mi rabia me nublaran la vista*? En ese momento, cuando le pedí que no me alejara, pensé con el corazón. Actué como una mujer de verdad: irracional, con el alma a flor de piel, traicionando mis propios principios.

¿Por qué demonios me había salvado, por qué había recibido un balazo por mí, si no me quería más a su lado? Estoy jodida. *Irremediablemente jodida*.

Pensaba que me daría asco que me tocasen después de lo de Mario. Pero me doy cuenta de que ahora solo quiero que me toque mi marido. Necesito que me toque. A su manera. Con devoción lenta o con una brutalidad posesiva, ya me da igual, mientras sea él quien me borre las huellas, mientras sea él quien me haga sentir viva de nuevo. Que me vuelva a ver. Que me reclame.

Apagué el cigarrillo contra el borde del cenicero de cristal justó cuando un sonido metálico cortó el silencio de la casa.

El ruido de la pesada puerta principal abriéndose.

No eran los pasos ligeros de María, ni los tacones de mi madre, ni el andar arrastrado del psicólogo. Eran pasos firmes, pesados, autoritarios. Pasos que hacían vibrar el mármol.

El corazón se me disparó contra las costillas. Me giré despacio, aferrando la taza de café con ambas manos para que no se notara mi temblor.

Había venido. Después de dos puñeteras semanas de agonía y silencio, había venido.

Raffaelo apareció en el arco del salón. Llevaba un traje negro impecable, sin corbata, con los primeros botones de la camisa abiertos, revelando la tinta de sus tatuajes. Su presencia absorbió todo el oxígeno de la habitación al instante. Estaba más pálido de lo habitual, y sus ojos oscuros tenían una frialdad insondable que me heló la sangre.

Se detuvo a un par de metros de mí, escaneando mi cuerpo cubierto por los pantalones largos y el jersey de punto, antes de fijar su vista en el humo que aún salía del cenicero.

—Estás fumando —dijo. Su voz, grave y rasposa, me recorrió la espina dorsal como una caricia eléctrica.

Alcé la barbilla, tragándome el nudo de desesperación y anhelo que se me había formado en la garganta. No iba a dejar que viera lo mucho que me había destruido su ausencia.

—¿Has venido después de tanto tiempo solo para remarcar algo obvio? —le solté, a la defensiva.

Raffaelo metió las manos en los bolsillos de su pantalón, su mandíbula tensándose.

—No te hace bien.

—Tú tampoco —disparé sin pensar, el rencor destilando en mis palabras.

Sus ojos se oscurecieron aún más, convirtiéndose en dos abismos letales.

—¿Y Mario sí? —contraatacó, su voz bajando una octava, afilada como un cuchillo.

El nombre me golpeó como una bofetada física. Di un paso atrás, sintiendo cómo el estómago se me revolvía.

—¿Eres consciente de que si lo mencionas me haces daño? —le recriminé, mi voz temblando por la indignación y la herida abierta—. Yo solo quise que alguien me quisiera por quien soy de verdad.

Quería poder querer a quien yo elija, no a un hombre que me impone mi padre.

Raffaelo soltó una risa seca, carente de cualquier rastro de humor. Fue un sonido cruel.

—Tú no sabes lo que es querer, Larissa —sentenció, dando un paso hacia mí, acorralándome con su inmensa presencia—. Solo has jugado con la idea del amor como una niña estúpida. Eres una traidora, y eso dice mucho de ti.

—¡No eres el más indicado para hablar sobre amor! —grité, dejando la taza de café sobre la mesa con tanta fuerza que casi se rompe—. Y no me hables de traición cuando tú también empezaste esta relación con el pie izquierdo. Pensaba que no éramos exclusivos.

Me defendí como pude, agarrándome al primer clavo ardiendo que encontré en mi mente, recordando nuestras primeras semanas. Aunque sabía perfectamente que, dijera lo que dijera, nunca habría justificación suficiente para borrar mis actos ni el balazo que él recibió por mi estupidez.

Raffaelo acortó la distancia que nos separaba hasta invadir mi espacio vital. El olor a su colonia de sándalo inundó mis sentidos, embriagándome. Tuve que echar la cabeza hacia atrás para poder sostenerle la mirada.

—Has crecido en la mafia, Larissa —siseó, inclinándose sobre mí, su aliento caliente chocando contra mi rostro—. Sabes perfectamente que para una mujer de nuestro mundo siempre hay exclusividad. Siempre. Puede que tengas razón en una cosa. Los dos empezamos con el pie izquierdo. Pero yo sé hacer la diferencia entre las personas.

Tragué saliva, mis ojos llenándose de lágrimas de frustración.

—Reconozco que me porté mal —admití, mi voz rompiéndose—. Lo reconozco. Pero lo hice porque tú, desde un principio, fuiste un auténtico imbécil conmigo. Me tratabas como a un objeto. El mundo podrá tenerte miedo, Raffaelo...

—¿Tú no? —me interrumpió, arqueando una ceja oscura, desafiándome.

—Yo no —afirmé con rotundidad, sosteniéndole la mirada a pesar de que el corazón me latía en la garganta—. Puede que al principio sí. Pero ahora, cuando me miras, no siento la necesidad de correr.

Raffaelo tensó la mandíbula. Sus ojos bajaron hacia mis labios un milisegundo antes de volver a clavarse en mis pupilas.

—Pero sí sientes la necesidad de desafiarme —murmuró, su tono peligroso—. No te equivoques, *piccola*. No soy un hombre al que puedas desafiar sin consecuencias.

Sacó una mano del bolsillo. Entre sus largos dedos sostenía una pequeña tarjeta de plástico. Me la tendió.

Bajé la vista. Era un carnet de conducir. *Mi carnet*. Con mi foto, mi nombre de casada y el sello oficial, tramitado a través de sus infinitas influencias corruptas.

—Como te prometí —dijo con frialdad—. Aquí tienes tu carnet de conducir. A partir de mañana también empezarás las clases prácticas con un instructor privado. Uno de mis hombres te traerá tu coche a primera hora.

Miré el trozo de plástico como si fuera un bicho venenoso. Hace unas semanas, ese carnet era mi sueño más preciado. Ahora, encerrada en mi dolor y mi trauma, era lo último que quería. Negué con la cabeza, retrocediendo un paso, chocando mi espalda contra el ventanal de cristal.

—No quiero salir —le dije, abrazándome a mí misma por encima del jersey—. Me siento cómoda aquí dentro. No quiero ver a nadie.

La expresión de Raffaelo no se ablandó ni una fracción de milímetro.

—No te estaba preguntando si te apetece. Lo harás —dictaminó, su voz sonando como el golpe del mazo de un juez—. Me da exactamente igual tu estado de ánimo, Larissa. Vas a retomar tu vida.

—¡No puedes obligarme a salir si tengo miedo! —chillé, la histeria trepando por mi garganta.

—Puedo, y lo haré.

Levantó la mano y, por primera vez en dos semanas, me tocó.

Su roce no fue violento, pero tampoco fue tierno. Fue distante. Calculado. Sus yemas ásperas apartaron un mechón de pelo de mi

mejilla, rozando levemente la piel donde la marca del golpe de Mario ya casi había desaparecido. Un toque que reclamaba propiedad, pero que se negaba a entregar afecto. Estaba construyendo un muro de hielo entre nosotros, castigándome con su falta de pasión.

Ese toque distante me rompió. Fue la gota que colmó el vaso de mi cordura.

No quería a este Raffaelo de hielo. Quería al hombre que quemaba, al que se había llevado un balazo por mí, al que me había follado contra la pared de la habitación, haciéndome perder el sentido. Necesitaba que me quemara para borrar el frío del sótano. Pensé en Mario, en sus manos asquerosas, y supe que la única forma de arrancar su fantasma de mi piel era que el Diablo reclamara su territorio.

Acelerada por la desesperación, agarré el dobladillo de mi jersey de punto y tiré de él hacia arriba, pasándolo por mi cabeza y tirándolo al suelo de mármol. Me quedé solo con un fino top de seda blanco. Antes de que él pudiera reaccionar, desabroché el botón de mis pantalones anchos y los dejé caer, pateándolos lejos.

Raffaelo se quedó paralizado. Sus ojos negros devoraron mi cuerpo expuesto, deteniéndose en las marcas rojizas que aún cruzaban mis muslos desnudos y en los pequeños cortes cicatrizados de mis brazos. Vi cómo la vena de su cuello palpitaba con furia al ver los restos de la violencia de Mario, pero su postura se mantuvo rígida. Sus puños se cerraron a los lados de su cuerpo, como si dentro de él se librara una guerra entre el deseo y mantener las distancias.

—¿Qué demonios haces, Larissa? —gruñó, su voz ronca y cargada de una advertencia letal.

—Quiero sentirte —le exigí, dando un paso hacia él, agarrando las solapas de su chaqueta negra con mis manos temblorosas—. Quiero que me toques. Por favor.

Raffaelo soltó un gruñido gutural, un sonido animal que nació en lo más profundo de su pecho. El muro de hielo se hizo añicos en un segundo.

Sus inmensas manos agarraron mis caderas con una posesividad brutal, clavando sus dedos en mi carne. Me giró con violencia,

aplastando la parte delantera de mi cuerpo contra el ventanal de cristal del salón. El contacto del vidrio helado contra mis pechos y mis mejillas me hizo jadear, pero el calor abrasador de su cuerpo inmenso presionándose contra mi espalda me incendió al instante.

—Tú lo has querido —siseó en mi oído. Su voz era pura oscuridad, puro Diablo.

No hubo besos dulces. No hubo preliminares ni palabras de amor. Fue un acto de dominación cruda y salvaje. Me agarró el pelo con una mano, tirando de mi cabeza hacia atrás para exponer mi cuello, y mordió la piel justo donde latía mi pulso, marcándome con sus dientes.

Con la mano libre, apartó la fina tela de mis bragas hacia un lado de un tirón seco. Escuché el sonido metálico de su cremallera bajando.

Un sollozo de anticipación escapó de mis labios. Estaba empapada, desesperada por su brutalidad, anhelando que me llenara para vaciarme de la pesadilla.

Raffaelo no tuvo piedad, pero contuvo su fuerza. Me penetró de una sola e implacable embestida, hundiéndose en mí hasta la empuñadura, arrancándome un grito ahogado.

—Maldita sea... —gruñó él, su respiración agitada golpeando mi nuca. Se detuvo un microsegundo, sintiendo lo estrecha que estaba, dudando si seguir o apartarse. Pero yo no se lo iba a permitir.

Empujé mis caderas hacia atrás, buscando más de él, exigiendo que me tomara por completo.

Grité, arqueando la espalda, mis manos aplastadas contra el cristal de la ventana mientras el jardín trasero se difuminaba ante mis ojos. Me llenó por completo, estirándome, reclamando cada rincón de mi interior con una fuerza que me cortó la respiración.

Empezó a moverse, follándome por detrás con embestidas duras, rápidas y despiadadas, pero sus manos grandes se afferaban a mis caderas como si temiera que me fuera a quebrar en mil pedazos. El sonido de su cadera chocando contra mis nalgas desnudas llenó el inmenso salón.

Plas, plas, plas.

Era un ritmo castigador y a la vez exquisito.

—Eres mía —gruñó Raffaelo contra mi oreja, embistiéndome con tanta fuerza que mi frente golpeó levemente contra el cristal—. Solo mía.

—Tuya... —gemí, perdiendo por completo el control, dejando que mi cuerpo se rindiera al placer abrasador que él me arrancaba a la fuerza.

El dolor en mis piernas y la incomodidad desaparecieron, consumidos por la fricción ardiente. La tensión acumulada de catorce días, el trauma y el deseo se fundieron en un fuego salvaje. El orgasmo me golpeó como un rayo. Me corrí apretando los muslos, temblando violentamente, gritando su nombre mientras el clímax estallaba en mi vientre con luces de colores.

Raffaelo dio dos embestidas profundas más, ahogando un rugido ronco en mi cuello. Sentí la contracción de sus músculos contra mi espalda y el calor de su semen inundando mi interior con espasmos fuertes y ardientes.

Se quedó quieto durante varios segundos, aplastándome contra el cristal, ambos jadeando, nuestros cuerpos empapados en sudor. El silencio volvió a apoderarse de la casa, roto solo por nuestra respiración agitada.

Lentamente, se separó de mí. El vacío me golpeó al instante, dejándome fría y temblorosa. El aire acondicionado heló la humedad entre mis piernas, y sentí el rastro espeso y caliente de su semen resbalar lentamente por la cara interna de mi muslo.

Me giré despacio, sosteniéndome contra el ventanal porque mis piernas de gelatina amenazaban con fallarme. Esperaba ver algo de ternura en sus ojos, una señal de que la conexión física había reparado la fisura entre nosotros.

Por una fracción de segundo, la vi. Vi sus nudillos blancos aferrados a la tela de su propio pantalón, como si estuviera luchando físicamente contra el impulso de abrazarme. Vi la tormenta en sus ojos negros, la necesidad salvaje de quedarse. Pero tragó aire, apretó la mandíbula hasta que los músculos de su rostro parecieron tallados en piedra, y cerró la puerta de acero de sus emociones de golpe.

Raffaelo ya se estaba subiendo la cremallera y arreglando la chaqueta de su traje con movimientos mecánicos, fríos. Su rostro volvía a ser una máscara de mármol impenetrable. Como si lo que acababa de pasar no hubiera significado absolutamente nada más que una transacción física. Una purga.

Caminó hacia el arco del salón, dándome la espalda.

Se detuvo en el umbral de la puerta, sin mirarme, su imponente figura recortada contra la luz del pasillo.

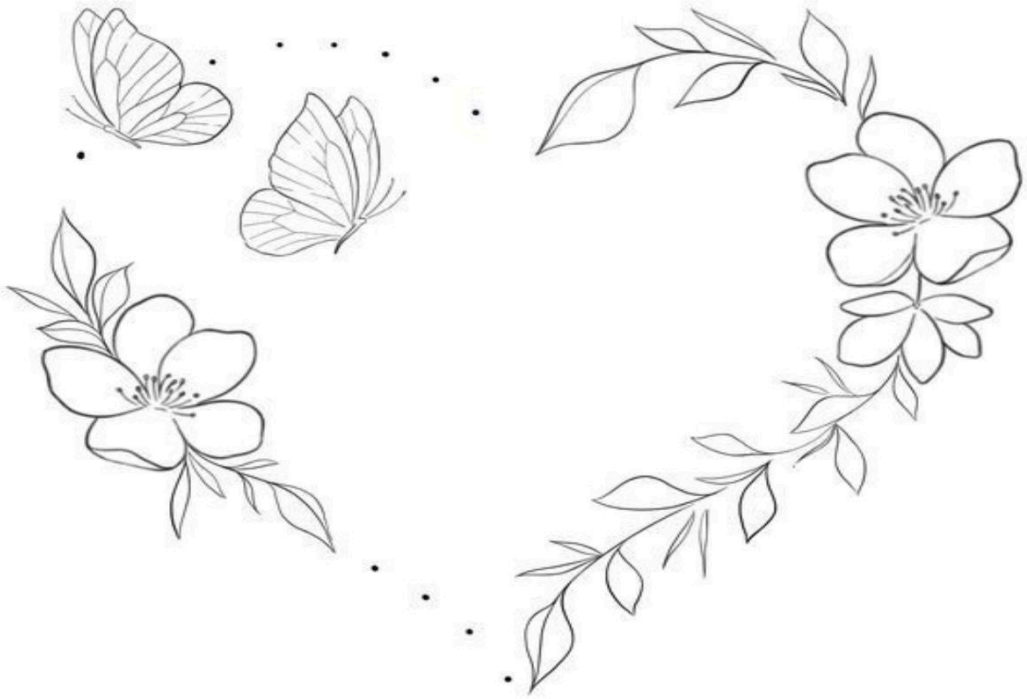
—Mañana a las ocho de la tarde enviaré a alguien a recogerte. Tienes que acompañarme a una cena importante —ordenó, su tono carente de cualquier rastro del fuego que acababa de consumirme—. Estate lista.

Giró el rostro lo justo para mirarme de reojo. Su mirada oscura barrió mi cuerpo desnudo, deteniéndose en el chupetón purpúreo que acababa de dejarme en el cuello, justo encima de los restos amarillentos de los dedos de Mario.

—Ponte un vestido que merezca la pena, Larissa —añadió, su voz ronca y cargada de una autoridad absoluta—. No quiero que te vuelvas a esconder.

Y sin decir una palabra más, sin una mirada hacia atrás, sin un beso, salió de la casa.

El golpe de la puerta principal cerrándose retumbó en las paredes de cristal, dejándome completamente sola, desnuda y con el corazón sangrando en pedazos sobre el suelo de mármol. Pero mientras me deslizaba por el cristal hasta caer sentada de rodillas, llevé mis dedos temblorosos a la marca fresca de sus dientes en mi cuello. El fantasma de Mario había desaparecido, consumido por el fuego del Diablo.



38

LARISSA

El zumbido constante en mi cabeza era un tamborileo sordo, pesado y rítmico que amenazaba con partirme el cráneo en dos. Abrí los ojos con lentitud, parpadeando contra la luz dorada y cegadora que se filtraba por las rendijas de las persianas de mi habitación. La boca me sabía a ceniza, a uvas fermentadas y a bilis. Tragué saliva, sintiendo mi garganta seca como papel de lija.

Si es que a lo que había hecho se le podía llamar dormir. Me había pasado la noche dando vueltas en la inmensa cama de sábanas de seda blanca, enredándome en ellas, sudando frío y sintiendo aún el fantasma del peso de Raffaelo aplastándome contra el ventanal del salón. Después de que se fuera, de que cerrara la puerta con aquella frialdad polar y me dejara allí tirada, desnuda sobre el mármol, me había arrastrado hasta la cocina. Abrí la nevera, saqué una botella de champagne *Moët & Chandon* helado y la descorché con torpeza. Me la bebí a morro, sentada en el suelo, dejando que las burbujas frías y el alcohol me quemaran la garganta.

Sabía perfectamente que el alcohol no borraba nada. No iba a borrar las marcas de Mario ni iba a traer de vuelta la calidez de mi marido. Pero, en ese momento, fue una anestesia necesaria para adormecer el corazón que me sangraba en el pecho. Un apagón para mi cerebro sobrecargado.

Un sonido agudo e insistente cortó el silencio de la casa. El timbre de la puerta principal.

Gemí, frotándome los ojos con las palmas de las manos, y me obligué a sentarme en el borde de la cama. El aire acondicionado me erizó la piel. Me puse una bata de seda sobre el pijama arrugado y caminé descalza por el pasillo hacia el salón.

María ya estaba en el vestíbulo, firmando un albarán a un joven repartidor que miraba de reojo hacia el interior de la casa, intimidado por la presencia de los dos guardias armados que flanqueaban la entrada. En las manos de María descansaba un ramo de rosas. Pero esta vez era diferente. No era solo una masa asfixiante de color sangre; era un arreglo espectacular, el doble de

grande que los anteriores, compuesto por rosas de un rojo oscuro, casi negro, entrelazadas con rosas de un blanco inmaculado y puro.

La puerta se cerró. María caminó hacia la cocina con una sonrisa genuina, depositando el inmenso ramo en la isla de mármol. El contraste del rojo y el blanco era hipnótico. Sangre y pureza. Violencia y redención. Un mensaje silencioso del Diablo.

—Buenos días, *Signora* —saludó María, secándose las manos en el delantal—. Le preparo su café de inmediato.

Me dejé caer en un taburete alto frente a la isla.

—Gracias, María. Bien cargado, por favor. Y sin azúcar.

Mientras la cafetera expulsaba el líquido humeante, encendí un cigarrillo. La primera calada del día me llenó los pulmones, mezclándose con el dulce y embriagador aroma de las rosas. Cogí la taza de cerámica caliente y le di un sorbo al café. El líquido negro, amargo y ardiente, chocó contra el sabor del tabaco, asentándome un poco el estómago revuelto por la resaca de *champagne*.

Apenas llevaba diez minutos en silencio cuando el timbre volvió a sonar. Fruncí el ceño. Mi madre no solía llegar hasta la tarde, y el psicólogo venía a las cuatro.

María fue a abrir. Escuché un murmullo de voces en la entrada y, poco después, María apareció en el salón acompañada de un hombre. Era joven, de unos veintiocho años, moreno, con ojos verdes claros y un traje informal pero elegante. Llevaba una carpeta bajo el brazo y tragaba saliva repetidamente, claramente nervioso por estar en una casa custodiada por matones de la mafia.

—Buenos días, *Signora* Moretti —dijo el hombre, forzando una sonrisa amable—. Soy Flavio. Su instructor de la autoescuela. Vengo para su primera clase práctica.

Solté un suspiro largo y cansado, exhalando una nube de humo gris hacia el techo de madera rústica. La orden de Raffaelo de anoche me golpeó la mente..

—Hoy no —dije con voz ronca, aplastando el cigarrillo a medio terminar en el cenicero de cristal—. No me encuentro bien. Váyase.

Flavio palideció ligeramente, aferrando la carpeta contra su pecho como si fuera un escudo. Miró hacia la puerta, luego hacia mí.

—Lo siento muchísimo, señora... pero no puedo irme —tartamudeó, su tono volviéndose más firme a pesar del miedo—. Tengo órdenes estrictas del señor Moretti. Me indicó que la clase debía darse hoy a las diez en punto, bajo cualquier circunstancia.

Me crucé de brazos, sintiendo cómo el dolor de cabeza se intensificaba.

—Me temo que me da exactamente igual las órdenes que tenga, Flavio. Esta es mi casa, y le estoy diciendo que se vaya.

El instructor abrió la boca para rebatir, pero en ese preciso instante, la pantalla de mi teléfono móvil se iluminó sobre la mesa de la cocina con un zumbido agudo.

Mi corazón dio un vuelco al ver el remitente. Era un mensaje de Raffaelo. El primero en catorce días. Con dedos temblorosos, desbloqueé la pantalla. El mensaje era corto, conciso y destilaba su pura y tiránica autoridad desde la pantalla:

Vas a ir a vestirte, vas a subir tu maldito culo a ese coche y harás la clase de dos horas. No me obligues a ir yo mismo a sentarte frente al volante, Larissa. Te aseguro que mis métodos no te gustarán .

Un escalofrío de pura adrenalina y miedo me recorrió la espina dorsal. Maldito sociópata controlador. Ni siquiera estaba aquí, pero seguía manejando los hilos de mi vida como si fuera su puta marioneta. Miré la pantalla unos segundos más, sintiendo cómo el calor de la noche anterior se encendía fugazmente en mi bajo vientre ante la amenaza implícita de sus "métodos".

Maldije entre dientes, bloqueando el teléfono con rabia.

—Dame cinco minutos —le espeté a Falvio, bajándome del taburete con brusquedad.

El instructor soltó un suspiro de alivio tan profundo que casi fue cómico.

Fui a mi habitación y abrí el vestidor. Estuve a punto de coger el jersey de lana holgado de ayer, pero mi mano se detuvo en el aire. «*No quiero que te vuelvas a esconder*». Sus palabras me taladraban la mente. Respiré hondo, luchando contra la ansiedad que me

provocaba exponer mis marcas al mundo exterior, y cogí una camiseta de algodón blanca de manga corta.

Me la puse. Frente al espejo de cuerpo entero, vi las finas cicatrices rosadas que me cruzaban el antebrazo izquierdo. Eran el mapa de mi tortura. Y en mi cuello, la marca de Raffaelo: un moretón purpúreo oscuro, inconfundible, el rastro de sus dientes reclamándome. Tragué saliva y completé el atuendo con unos pantalones de chándal anchos y grises. Un paso a la vez. Al menos los brazos estaban al descubierto.

Salí al recibidor, cogí unas gafas de sol oscuras para ocultar mis ojeras y asentí hacia Flavio.

Al cruzar la puerta de la casa y salir al camino de entrada adoquinado, el sol de Sicilia me golpeó con fuerza, calentando mi piel expuesta. Pero lo que me dejó sin aliento no fue el calor, sino la máquina que brillaba aparcada frente a la fuente de la entrada.

Era un *Mercedes-AMG GT* deportivo. Con el techo panorámico de cristal oscuro y unas llantas negras espectaculares. Pero lo más impactante era el color: un elegante y brillante oro rosa metálico. Era precioso, obscenamente caro y absolutamente imponente. El coche que Raffaelo me había regalado por mi cumpleaños, y que yo, en mi ciega rebeldía, ni siquiera había querido bajar a ver al garaje.

La culpa me dio una punzada en el estómago al pasar la mano por la suave y pulida carrocería. Él me había regalado la libertad en forma de llaves, y yo le había escupido a la cara.

Flavio, que caminaba a mi lado, abrió la puerta del conductor.

—Es una preciosidad, ¿verdad? —dijo el instructor, sonriendo, intentando romper el hielo—. Automático, motor V8 biturbo... Tiene más de quinientos caballos bajo el capó. Una bestia.

Me senté en el asiento de cuero blanco, que olía a nuevo y a lujo puro. Flavio rodeó el capó y se sentó en el asiento del copiloto. Me fijé en él por primera vez. Era indudablemente atractivo. Tenía un rostro simétrico, el pelo moreno perfectamente peinado y un físico atlético. Cualquier chica de mi edad se habría puesto nerviosa a su lado.

Pero mi cerebro, completamente jodido y monopolizado por mi marido, solo podía compararlos. Flavio olía a colonia fresca; Raffaelo

olía a sándalo, a tabaco oscuro y a peligro. Flavio inspiraba simpatía. Raffaelo inspiraba terror, respeto y un deseo asfixiante que te paralizaba las piernas. Flavio parecía tranquilo; Raffaelo llenaba cualquier habitación con su inmensidad, asfixiando el oxígeno a su alrededor con unos hombros que parecían montañas. Flavio era un chico guapo; Raffaelo era un dios oscuro de la guerra. La comparación era hasta irrisoria.

—Bien —carraspeó Flavio, sacando una libreta—. Como es automático, es sencillo. Su pie derecho controla el acelerador y el freno. El pie izquierdo lo deja descansar. Pise el freno, pulse el botón de encendido y ponga la palanca en la letra D.

Hice lo que me indicó. El motor cobró vida con un rugido tan profundo que hizo vibrar el chasis entero. Me asusté, soltando un respingo.

—Tranquila, es un motor muy sensible —dijo Flavio, agarrándose sutilmente al asidero de la puerta de su lado—. Vaya soltando el freno muy, muy despacio y pisando el acelerador con la punta de...

Antes de que pudiera terminar la frase, pisé el acelerador. Quizás con demasiada fuerza.

El Mercedes salió disparado hacia adelante como un cohete espacial. Los quinientos caballos relincharon de golpe. La espalda de Flavio se pegó al asiento de cuero con un golpe seco, sus ojos verdes abriéndose como platos.

—¡FRENO! ¡FRENO! —chilló el instructor, perdiendo toda su compostura profesional.

Pisé el pedal del freno con la misma brutalidad con la que había acelerado. El coche derrapó ligeramente y se detuvo en seco, tirándonos a ambos hacia adelante hasta que el cinturón de seguridad nos bloqueó el pecho.

Un silencio sepulcral llenó el interior del habitáculo.

Miré a Flavio. Estaba blanco como un folio, agarrado al asidero de la puerta con los nudillos completamente blancos, respirando como si acabara de correr una maratón.

—Con todo el respeto, *Signora*... —murmuró Flavio, su voz temblando ligeramente—. Me gustaría vivir para llegar a mi cumpleaños de treinta años.

Una risa burbujeó en mi pecho. Fue pequeña, involuntaria. Pero creció. Me llevé la mano a la boca, pero no pude contenerla. Solté una carcajada real, sonora y liberadora. Hacía tantas semanas que no me reía que sentí cómo el pecho me dolía por la falta de costumbre.

Flavio me miró, ofendido por un segundo, pero al ver mi risa, su tensión pareció aflojarse y terminó esbozando una sonrisa nerviosa.

—Lo siento, lo siento mucho —logré decir, secándome una lágrima de risa bajo las gafas de sol—. Es que te has aferrado a esa manija como si estuviéramos cayendo por un precipicio.

—Casi terminamos en la piscina de su jardín, *señora* —bromeó él, relajándose en el asiento—. Vamos a intentarlo de nuevo. Imagine que debajo del pedal hay un huevo que no quiere romper.

Las dos horas siguientes fueron un auténtico caos, pero también el mejor descanso mental que había tenido en meses. Manejamos por la inmensa zona privada de la urbanización. Puse el intermitente para girar y acabé encendiendo los limpiaparabrisas a toda velocidad bajo el sol abrasador. Frené a destiempo incontables veces. Pisé una acera. Y cada vez que cometía un error, Flavio rezaba y yo no podía parar de reírme.

Me sentí libre. Detrás del volante de esa bestia rosa, con las ventanas bajadas y el viento cálido del Mediterráneo enredándose en mi pelo, el peso aplastante de la culpa, del sótano y de la frialdad de Raffaelo pareció aliviarse por un par de horas. Era dueña de la máquina, dueña de mi movimiento. Y esa pequeña chispa de control era oro puro para mi alma rota.

Al mediodía, aparqué el coche en la entrada (esta vez con bastante más suavidad). Flavio salió del coche respirando hondo, firmó su libreta y me dedicó una última sonrisa.

—No lo ha hecho nada mal para ser su primera vez, *Signora* Moretti. Mañana a la misma hora, si Dios y este coche lo permiten.

Le devolví la sonrisa y entré en la casa. La resaca había desaparecido, sustituida por una extraña sensación de ligereza.

A las cuatro de la tarde, después de comer el primer plato entero que María me preparaba sin dejarme nada en el borde, el timbre anunció la llegada del doctor Santoro.

El psicólogo, un hombre canoso, de cincuenta años y con una paciencia infinita, se sentó en el sillón de lino blanco frente a mí, sacando su pequeña libreta y su bolígrafo.

Me senté en el sofá frente a él, cruzando las piernas. Él notó de inmediato mis brazos desnudos y las cicatrices expuestas, pero como buen profesional, no hizo ningún comentario evidente.

—Buenas tardes, Larissa —saludó el doctor Santoro con voz suave —. Te veo diferente hoy. Más presente. ¿Ha pasado algo desde ayer?

—Tuve mi primera clase de conducir.

—Es un gran paso. Recuperar el control sobre el entorno físico ayuda a estabilizar el control sobre el entorno mental. ¿Ha habido algo más que haya cambiado tu rutina desde ayer?

Tragué saliva, jugando con el borde de mi camiseta de manga corta.

—Raffaelo vino a verme anoche —solté, de golpe.

El doctor dejó de escribir. Me miró por encima de sus gafas de lectura.

—¿Y cómo te sentiste con su visita? Llevabas dos semanas expresando que la soledad y su ausencia te estaban causando un profundo dolor. ¿No era lo que querías la última vez que hablamos? Que viniera, que demostrara que le importabas.

—Sí... —admití, mirando hacia mis manos temblorosas—. Quería verlo. Quería que... que estuviera aquí. Pero no fue como yo esperaba. No fue como lo vi en el sótano, cuando me rescató.

—¿Cómo fue?

—Fue frío —susurré, sintiendo de nuevo el nudo en la garganta—. Distante. Fue un puto témpano de hielo, doctor. Vino, tomó lo que quiso, me dio dos órdenes y se fue sin siquiera mirarme a los ojos. Como si yo fuera... no sé, un trámite.

El doctor Santoro suspiró suavemente y se acomodó en el sillón.

—Larissa, llevamos días analizando tu trauma, pero las relaciones son de dos. Tu marido se enfrentó a un evento extremadamente violento para rescatarte. Y según me has contado, casi pierde la vida. Él también está sufriendo.

Fruncí el ceño de inmediato, la rabia defensiva brotando de mis entrañas.

—Él no puede sufrir —le espeté con amargura—. Ese hombre no tiene alma, doctor. Su mundo no se rompe por nadie. Está vacío por dentro.

—Nadie está vacío por dentro, Larissa. Ni siquiera los hombres que hacen lo que él hace —rebatió el doctor con voz calmada, desafiando mi cinismo—. A su manera, está sufriendo. Los hombres de su entorno, con su nivel de responsabilidad y poder, están condicionados desde niños para suprimir las emociones. Mostrar vulnerabilidad en su mundo equivale a la muerte. Su frialdad no significa que no sienta, significa que está utilizando la única armadura que conoce para lidiar con el miedo de haberte casi perdido.

—A él no le importo —negué con la cabeza, las lágrimas acumulándose en mis ojos—. No le importa mi persona. No le importan mis sentimientos ni mi bienestar emocional. Ayer, cuando se fue, no me dijo ni una palabra de consuelo. Solo me dio una orden. Solo le importa que sea *suya*. Le importa la exclusividad. Soy una posesión que el otro intentó robarle, nada más.

El psicólogo se quitó las gafas, limpiándolas con un pañuelo antes de volver a mirarme con una profunda intensidad.

—Has crecido rodeada de hombres de la *Cosa Nostra*, Larissa. Sabes mejor que yo cómo operan sus mentes. Para un hombre como el señor Moretti, que ha crecido rodeado de traición, de violencia y de muerte, amar no significa escribir poemas de amor o decir "lo siento". Para él, el amor es posesión. Para él, asegurar tu exclusividad y protegerte es la única forma que conoce de demostrar devoción. Construyen fortalezas alrededor de sus corazones, y cuando alguien logra entrar, responden con muros de hielo para no mostrarse vulnerables.

Tragué saliva, asimilando sus palabras. Amor es posesión.

—Si me quiere a su lado... ¿por qué me trajo a esta casa? ¿Por qué me encerró aquí sola durante dos semanas? —pregunté, mi voz quebrando en un sollozo ahogado.

—Quizás, necesitaba aislarte para no hacerte pagar su propia rabia y frustración por casi haberte perdido.

Me quedé en silencio, mirando la marca oscura que su mordisco me había dejado en el cuello, reflejada en el espejo del pasillo. Era una marca posesiva. Animal. Y, sin embargo, era lo único que me había ayudado a borrar los asquerosos dedos de Mario de mi piel. El doctor tenía razón. Yo quería a un hombre de cuento de hadas, pero me había casado con el Diablo. Y el Diablo no abrazaba; quemaba.

A las cinco de la tarde, justo cuando el doctor Santoro se marchaba, llegó mi madre.

Iba vestida con un traje de lino beige, elegante pero sencillo. Su rostro se iluminó al verme, pero su sonrisa vaciló un segundo cuando sus ojos detectaron la camiseta de manga corta. Vio las marcas en mis brazos. Y, sobre todo, vio la mordida morada y salvaje en mi cuello.

No dijo nada al principio. Dejó su bolso sobre la mesa y vino hacia mí, envolviéndome en un abrazo maternal y apretado. El olor a su perfume, el mismo que usaba desde que yo era una niña, me hizo sentir a salvo de verdad.

Vino cargada con pasteles de una panadería local. Nos sentamos en el porche trasero, bajo la sombra de un toldo blanco, mirando el agua turquesa de la piscina. Hacía tiempo que no la veía sonreír así. Estar lejos de la sombra de mi padre le estaba sentando de maravilla.

Hablamos del coche rosa, de la locura de la clase con Flavio, y por un momento fuimos simplemente una madre y una hija disfrutando del verano. Pero, a medida que el sol comenzaba a bajar, tiñendo el cielo de naranja y morado, la presión en mi pecho volvió a aumentar.

Miré el reloj de mi muñeca. Las seis y media.

«*Mañana a las ocho de la tarde enviaré a alguien a recogerte. Tienes que acompañarme a una cena importante. Ponte un vestido que merezca la pena. No quiero que te vuelvas a esconder*.» Mi estómago se revolvió de nervios y anticipación.

—Tengo una cena esta noche con Raffaelo —le dije a mi madre, mi voz sonando más firme de lo que había sonado en meses.

Mi madre sonrió, una sonrisa orgullosa y cómplice.

—Vamos a ver qué encontramos, cariño.

Caminamos por el pasillo hasta el inmenso vestidor de la habitación principal. Abrí las puertas dobles y suspiré. Raffaelo se había encargado de que los armarios estuvieran abarrotados de vestidos de alta costura, zapatos y joyas. Mi madre pasó sus dedos delicados por perchas que sostenían sedas, encajes y terciopelos. Descartó los negros, los grises y los tonos apagados casi de inmediato. Necesitaba color. Necesitaba fuerza.

Finalmente, sus manos se detuvieron en una percha al fondo del armario. La sacó con cuidado y me la tendió.

Era un vestido rojo granate. El color del vino tinto oscuro o de la sangre seca. Era largo, cayendo hasta el suelo en ondas pesadas y fluidas que prometían moverse como agua alrededor de mis piernas. No era un vestido exageradamente sexy; carecía de aberturas vulgares en las piernas o de escotes imposibles hasta el ombligo. Sin embargo, su diseño era una declaración de intenciones. Tenía un escote recto y elegante, y carecía por completo de mangas. Se sostenía únicamente por dos tirantes finísimos, casi invisibles. Me lo puse. La tela fría y pesada se ciñó suavemente a mi cintura antes de caer en una elegante cascada hasta mis tobillos. Al girarme hacia el espejo de cuerpo entero, el aire se me atascó en los pulmones.

La sobriedad del vestido hacía que la piel desnuda de mis brazos y mis hombros fuera el centro de atención. Las finas y crueles líneas rosadas de los cortes de la navaja quedaban completamente expuestas bajo la luz de los focos. Y mi cuello, libre de cualquier tela o collar que pudiera disimularlo, exhibía con absoluto descaro el moretón oscuro. La firma del Diablo.

Era demasiado íntimo, demasiado salvaje para exhibirlo frente a una sala llena de buitres. Raffaelo me había exigido que no me escondiera, pero esa marca no era una cicatriz de guerra; era una cadena.

Abrí el cajón del tocador y saqué un frasco de base correctora de alta cobertura. Mi madre me observó en silencio a través del reflejo del espejo, pero no intentó detenerme ni cuestionarme. Con las yemas de los dedos, apliqué el maquillaje sobre la marca purpúrea de sus dientes, difuminándolo con toques precisos hasta que el rastro de su posesión quedó sepultado bajo una capa impecable del

color de mi piel. Mi madre se acercó por la espalda y, con una destreza suave, me recogió el pelo oscuro en un moño bajo y elegante, asegurándose de dejar la nuca y el cuello despejados para que el maquillaje hiciera su trabajo a la perfección. Me apliqué un labial en un tono nude discreto y un poco de máscara de pestañas. Cubrí el chupetón para cubrir las huellas de Mario..

Al mirarme por última vez en el espejo, vi a una mujer que había sobrevivido al infierno. Vi a la esposa del Capo. Herida, marcada, pero desafiante y de pie.

Me deslicé en unos stilettos negros de aguja que me regalaban unos centímetros extra de altura y letalidad. Como toque final, cogí el frasco de cristal de mi tocador y rocié unas gotas de mi perfume de vainilla y jazmín en mis muñecas y detrás de las orejas. Si Raffaelo iba a jugar a ser un témpano de hielo, yo me aseguraría de que mi aroma le quemara los pulmones durante toda la maldita noche.

Mi madre me apretó los hombros con suavidad, mirándome a través del reflejo con un brillo feroz que rara vez veía en ella.

—Estás preciosa, *bambina* —susurró, dándome un beso en la mejilla antes de apartarse.

A las ocho en punto de la tarde, el crujido de unos neumáticos pesados deteniéndose sobre la grava del camino de entrada anunció que mi tiempo se había agotado. Tragué saliva, cerrando los ojos un segundo mientras mi corazón empezaba a martillear con fuerza contra mis costillas. Era la hora de salir de mi jaula y enfrentarme al mundo. A su lado.



39

RAFFAELO

El habitáculo trasero del Mercedes Maybach blindado estaba sumido en un silencio sepulcral, solo alterado por el zumbido casi imperceptible del aire acondicionado y la respiración acompasada de Enzo en el asiento del conductor. El olor a cuero caro y al humo de mi cigarrillo se mezclaba con el aroma cobrizo que aún sentía pegado al fondo de mi garganta. Sangre.

Apoyé la cabeza contra el reposacabezas, cerrando los ojos por un instante. Mi mente, una maquinaria que rara vez se detenía, me arrastró sin piedad a las veinticuatro horas anteriores.

Hundirme en ella había sido como entrar en casa después de una guerra interminable.

Después de catorce días vagando por un desierto de hielo y pólvora, hundirme en su calor había sido como encontrar el único refugio seguro en medio del infierno. El encaje de su cuerpo alrededor del mío, sus gemidos rotos, el temblor de sus muslos, el calor abrasador de su interior, la forma en que sus músculos se contrajeron alrededor de mí, estrechos y perfectos, me habían sacudido hasta la médula. Todo me gritaba que me pertenecía con una fuerza absoluta y devastadora.

Sin embargo, no la había besado. Me había negado a rozar sus labios, y la había tomado por detrás, de forma cruda y salvaje, por una razón muy simple: cobardía. Si le hubiera dado la vuelta, si hubiera hundido mi mirada en esos inmensos ojos azules cristalizados por las lágrimas y el deseo, mi máscara se habría hecho añicos. Mirarla a los ojos habría expuesto mi vulnerabilidad, habría ablandado mi resolución de castigarla. Follarla de espaldas y marcharme en silencio era mi manera retorcida de decirle que, aunque la deseaba hasta perder la razón, todavía no la había perdonado por huir. Y, sobre todo, no me había perdonado a mí mismo.

Abrí los ojos, clavando la mirada en el portón de la villa que le había comprado.

Al salir de su casa anoche, con el cuerpo saciado pero el alma ardiendo en rabia, no fui a dormir. La sangre me hervía y necesitaba derramarla.

Conduje directamente al almacén clandestino del puerto sur. Fui a encargarme de Leonardo Mancuso.

El viejo estaba atado a una silla de acero y bañado en su propia sangre, escupiendo amenazas vacías hasta el último segundo. Le reventé las rótulas y le arranqué las uñas antes de meterle una bala de calibre 45 directamente entre los ojos. El eco del disparo, el olor asfixiante a pólvora, miedo y óxido, y el sonido de su cráneo reventando sobre el cemento no me produjeron ni la más mínima alteración en el pulso. Pero lo más importante de la noche no fue su muerte, sino la cámara con el piloto rojo parpadeante que había colocado en un trípode frente a él. Lo había grabado todo. Ese vídeo sería la puta película que le proyectaría a Mario Mancuso justo antes de enviarlo al mismo infierno que a su padre.

Esta mañana había enviado a Flavio, uno de los mejores instructores de mi nómina, para darle las clases de conducción a Larissa. Y la había estado observando.

Me pasé dos horas frente a los monitores de seguridad, viendo a través de las cámaras de la finca cómo mi mujer pisaba el acelerador de ese monstruo rosa, cómo casi estrellaba el coche y, lo que más me jodió la mente... cómo se reía. Esa carcajada libre, fue un puto puñal en el pecho. Se estaba riendo con otro hombre. Conmigo era silencio o desafio.

Pero la verdadera tortura llegó por la tarde. Me armé del valor y me obligué a revisar las cintas de audio de las sesiones de terapia de Larissa con el doctor Santoro.

Escuchar su voz rota, temblorosa, relatando cada detalle del sótano, destrozó las ruinas que quedaban de mi cordura. Escuché cómo describía el filo de la navaja en su piel, las bofetadas, la humillación... y las manos de Mario. Sus asquerosos dedos tocándola.

La bilis me subió por la garganta. En ese momento, sentado en la oscuridad de mi despacho, supe exactamente por dónde iba a empezar cuando bajara al sótano donde tenía a Mario encadenado.

Iba a romper y cortar cada uno de los putos dedos de sus manos. Uno por uno. Despacio. Hasta que rogara por la muerte.

—Jefe —la voz grave de Enzo rompió mi hilo de pensamientos asesinos. Lo miré por el espejo retrovisor—. La *Signora* no debería tardar en salir.

Asentí levemente, ajustándome los puños de la camisa bajo la chaqueta de mi traje negro. Enzo carraspeó, tamborileando los dedos sobre el volante de cuero.

—Con el debido respeto, Raffaelo... creo que no estás actuando como debes con la señora.

Mi mirada se afiló al instante, clavándose en su nuca como un par de cuchillos.

—La señora no ha estado actuando como debió desde un principio —repliqué, mi voz destilando un hielo peligroso—, y yo hice la vista gorda. Fui condescendiente hasta que pasó lo que pasó. Casi la matan por su propia estupidez..

Enzo suspiró, cruzando una línea que nadie más en mi organización se atrevería a rozar.

—¿Por qué no te divorcias de ella y ya está? Si tanto daño le causa a la familia y a sus negocios, elimine el problema.

El aire dentro del coche pareció evaporarse. En esos precisos instantes, deseé de verdad sacar la Beretta de mi sobaquera y pegarle un puto tiro a Enzo entre los ojos solo por tener la falta de respeto, la jodida osadía, de mencionar un divorcio. De sugerir que yo dejaría ir a Larissa. Mi mandíbula se tensó hasta que los dientes me dolieron.

—Creo que últimamente aprecias poco tu puta vida, Enzo —siseé, arrastrando cada sílaba con una amenaza letal.

Mi mano derecha descendió lentamente hacia la empuñadura de mi arma. Enzo lo notó, pero no retrocedió. Era mi sombra desde hacía doce años.

—Te has puesto en peligro, *Capo* —insistió Enzo, mirándome por el espejo, sin amedrentarse—. Recibiste un balazo por ella. Amenazaste a un Don de la *Comisión* y vas a empezar una guerra de sangre. Actúas como si hubieras perdido la cabeza.

Solté la empuñadura del arma y miré por la ventana tintada hacia la casa iluminada.

—Lo que perdí, fue mi alma —murmuré, con una sinceridad fría que me asqueó.

Enzo suavizó el tono.

—¿Esa cría ha logrado derribar tus muros?

—Uno a uno —admití, cerrando los ojos de nuevo—. Hasta que solo quedaron las ruinas. No sé cómo ayudarla a superar lo que ha pasado, Enzo. La toco y siento que la quiebro. La dejo sola y siento que la pierdo. No quiero que se vea como una víctima, no en nuestro mundo. Tiene que ser de acero.

—Eso solo se consigue con el tiempo, Raffaelo. El acero necesita calor y golpes para forjarse.

El crujido de la inmensa puerta de madera maciza de la villa abriéndose interrumpió la lección de filosofía de mi lugarteniente.

Levanté la vista y el aire se me atascó en los pulmones.

Larissa apareció en el porche, recortada contra la luz cálida de la casa. Llevaba un vestido largo de color rojo granate que caía por su cuerpo como sangre líquida. Era la encarnación viva del pecado y de la supervivencia. Los finos tirantes dejaban al descubierto sus clavículas, sus hombros y la piel pálida de sus brazos. Caminaba sobre unos tacones de aguja negros que alargaban sus piernas y endurecían su postura. Era preciosa. Jodidamente espectacular y letal. Una diosa esculpida para caminar por el infierno a mi lado.

Enzo se bajó rápidamente del coche y rodeó el capó para abrirle la puerta trasera.

Larissa se deslizó en el interior del habitáculo. Una ráfaga de aire caliente entró con ella, trayendo consigo ese perfume a vainilla y jazmín que me volvía completamente loco, mezclado con un desafío silencioso.

Se sentó a mi lado. El roce de la seda contra el cuero sonó estridente.

—*Buona sera, esposo* —saludó, su voz suave pero teñida de una firmeza nueva.

—*Buona sera, esposa* —respondí, girando el rostro hacia ella.

Mis ojos la escanearon de arriba a abajo, memorizando cada curva, las heridas de la navaja casi desaparecieron por completo. No eran más que finísimas líneas de un color rosa pálido que apenas se notaban.Pero cuando mi mirada subió por su garganta despejada gracias a su cabello recogido en un moño elegante, algo en mi interior rugió de furia.

El moretón purpúreo. Mi firma. Había desaparecido.

Entrecerré los ojos, analizando su piel. La había cubierto con maquillaje. Una base perfecta que simulaba una piel intacta. Mi pecho se apretó.

Un músculo palpitó en mi mandíbula. Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué un estuche de terciopelo negro. Lo abrí. Sobre el lecho de seda descansaba una gargantilla de oro blanco con un diamante central grande, rodeado de diamantes más pequeños.

—Gírate —ordené, mi voz cortando el aire del coche como una cuchilla.

Larissa parpadeó, sorprendida por el estuche, pero obedeció lentamente, dándome la espalda. Me acerqué a ella, invadiendo su espacio hasta que mi respiración agitó los pequeños cabellos de su nuca. Pasé la joya fría alrededor de su cuello. Al abrochar el cierre, bajé mi pulgar deliberadamente y froté con fuerza la zona maquillada donde se ocultaba mi marca.

Ella contuvo la respiración, un ligero temblor recorriendo su columna al sentir la yema de mi dedo áspero borrando su impecable trabajo de camuflaje.

—Estás... desafiante esta noche —murmuré cerca de su oreja. Me aparté y le mostré la yema de mi dedo manchada de maquillaje, limpiándola despacio con un pañuelo de seda.

—Solo estoy intentando sobrevivir, Raffaelo —replicó ella, girándose para enfrentarme, la joya brillando en su cuello, atrayendo la atención exactamente hacia donde yo quería.

—No existe la muerte para ti mientras estás a mi lado, Larissa —murmuré, mi voz baja y ronca rozando su oído, dejándole claro que su maquillaje no me engañaba y que nada iba a tocarla esta noche

—. Yo soy el único que decide quién vive y quién muere en esta isla. Y tú eres intocable.

Larissa alzó la barbilla, sosteniéndome la mirada sin apartarse de mi tacto.

—No quiero depender solo de ti, Raffaelo —replicó con valentía—. No quiero ser un adorno de cristal que tienes que esconder y proteger.

Una sonrisa depredadora y oscura curvó mis labios.

—*Perfetto* —susurré, deslizando mi mano desde su cuello hasta su nuca, enredando mis dedos en la base de su moño—. Porque te quiero invencible.

—Y a la vez tuya... —intuyó ella, su respiración agitándose.

—Exacto —confirmé sin un ápice de remordimiento, mis ojos clavados en los suyos—. Absoluta, total e irrevocablemente mía.

Retiré la mano, volviendo a mi postura rígida. Enzo arrancó el motor y el coche se deslizó en la oscuridad de la noche hacia nuestro destino. El ambiente en el interior del *Maybach* estaba tan cargado de tensión y hostilidad contenida que una simple chispa habría hecho saltar el vehículo por los aires.



El salón privado del *Palazzo D'Agostino* estaba decorado con frescos renacentistas y una inmensa mesa ovalada de caoba pulida en el centro. Cuando las dobles puertas de roble se abrieron y entramos, el leve murmullo de conversaciones se detuvo de golpe.

Ocupando las sillas principales estaban los miembros de la *Comisión*: Don Ennio, Don Salvatore, Don Carmine y Don Aldo. La cúpula de poder absoluto.

Los ojos de los cuatro hombres se clavaron en ella. El asombro era palpable. No se esperaban que ella también estaría presente hoy.

Nos sentamos en nuestros respectivos lugares. Serví una copa de vino tinto para Larissa y otra para mí que Enzo había traído,

ignorando las miradas escrutadoras.

—Señores —comencé, apoyando los codos sobre la mesa de caoba, mi voz cortando el silencio como una guadaña—. Para evitar especulaciones y pérdidas de tiempo, seré directo. Leonardo Mancuso está muerto. Tal y como acordamos en nuestra última reunión, me he encargado de purgar el problema sin involucrar a otras familias. Yo mismo le metí una bala en el cráneo hace menos de doce horas.

El silencio fue frío y evaluador. Don Carmine cruzó los brazos, recostándose en su silla.

—Tenías el visto bueno de esta *Comisión* para limpiar tu honor, Raffaelo —concedió Carmine, su mirada afilada—. Pero has matado a uno de los mayores proveedores del sur. ¿Qué pasa con Denis Smirnov? Si la Bratva pierde dinero y se revuelve, tendremos una guerra de todos modos.

La furia latió en mis sienes, pero mantuve mi expresión impasible.

—Denis Smirnov está bajo mi control —repliqué, arrastrando las palabras con una certeza aplastante—. He cerrado un trato de exclusividad con el ruso. La Bratva operará a través de mi puerto en el norte. Las rutas han sido asimiladas sin derramar ni una gota de sangre aliada. Tenéis más contactos y más probabilidades de duplicar vuestros ingresos en este trimestre ahora que el viejo Mancuso no estorba.

Don Salvatore asintió lentamente, frotándose la barbilla mientras los números cuadraban en su cabeza. Sin embargo, Don Aldo, el más retrógrado de todos, giró sus ojos viperinos hacia Larissa.

—Has cumplido tu parte del trato comercial, Raffaelo, pero eso no excusa la vergüenza que esta mujer ha traído a tu casa —gruñó el anciano, mirándola con asco—. Todo Palermo habla de cómo tu esposa se fugó con el hijo de Mancuso. Una infiel. Una traidora que se revuelca con el enemigo y ensucia tu nombre.

Don Carmine asintió, dándole un sorbo a su vino.

—Exacto. ¿Dónde quedó la educación que se espera de una mujer de nuestro mundo? Una esposa sabe cuál es su lugar. Debe ser sumisa, leal y discreta. Y en cambio, se presenta aquí como si no te hubiera traicionado. Menuda sinverguenza.

—Si fuera mi mujer —escupió Don Aldo, golpeando la mesa con el dedo índice nudos—, la habría encerrado en el sótano más oscuro de la casa. No le daría ni agua ni comida hasta que aprendiera los modales y el respeto que le faltan.

Apreté la mandíbula, mis nudillos volviéndose blancos alrededor de la copa de vino. Estaba a una milésima de segundo de sacar la Beretta y volarle los putos dientes a Aldo, a Carmine y a todos, esparciendo sus sesos sobre el cordero asado, pero antes de que pudiera mover un músculo, la voz clara y firme de Larissa resonó en la sala.

—Mi honor, mi lealtad y mis acciones solo le rinden cuentas a mi marido, Don Aldo —dijo ella, mirándolo directamente a los ojos con un desafío gélido que me llenó de un retorcido orgullo—. No necesito lecciones de moralidad y modales de hombres que se escudan en viejas tradiciones para justificar su propia incompetencia para controlar a sus familias.

Don Aldo soltó un jadeo ahogado, indignado por el atrevimiento, y su rostro se tornó de un color escarlata.

—¡Parece que no eres capaz de controlar la maldita lengua de tu propia mujer, Raffaelo! —se mofó el viejo, escupiendo saliva—. Si no puedes domar a una cría malcriada y obligarla a callar frente a sus superiores, ¿cómo serás capaz de controlar a todos los *capos* de esta familia cuando te sientes en la cabecera?

Don Salvatore asintió lentamente, apoyando la teoría de Aldo.

—Tiene razón, muchacho. Si tu mujer no te respeta lo suficiente como para mantener el silencio que se espera de ella, ¿cómo te respetarán los demás hombres de la *Cosa Nostra*?

El silencio volvió a caer sobre la mesa. Todas las miradas se centraron en mí, esperando mi reacción.

Me recosté lentamente en la silla, cogí mi copa de vino y le di un sorbo, saboreando el líquido oscuro. Luego, deposité la copa en la mesa y crucé mis manos sobre la caoba, clavando una mirada asesina en Don Aldo.

—Yo no busco a una perra obediente que agache la cabeza y se esconda en las sombras, Don Aldo —dije, mi voz llenando cada rincón del inmenso salón, vibrando con autoridad—. Busco a una

Reina. Una que esté a mi altura para gobernar el imperio que estoy construyendo. El control y el miedo se ejercen sobre los débiles. El respeto, en cambio, se gana. Y mi mujer acaba de demostrar que tiene más puto valor y más inteligencia para miraros a la cara y decir la verdad que la mitad de vuestros lugartenientes juntos.

El rostro de Don Aldo se volvió morado por la rabia. Me incliné hacia adelante, la promesa de la muerte destellando en mis ojos.

—Si alguien en esta puta mesa vuelve a cuestionar el lugar de mi esposa, la llama traidora, o intenta decirle cómo debe comportarse, le cortaré la lengua y se la haré tragar frente a su propia familia. ¿Queda claro?

Nadie respiró. Nadie replicó. Mi autoridad se impuso sobre la mesa, absoluta e inquebrantable. Don Ennio, el más anciano y sabio, finalmente asintió.

—Queda claro, Raffaelo. Brindemos por el nuevo acuerdo con la Bratva.

La cena transcurrió en un ambiente tenso y estrictamente profesional. Larissa se mantuvo a mi lado, impecable, radiante y silenciosa tras haber asestado su golpe, convertida oficialmente en la *Signora* Moretti intocable a los ojos de todo el inframundo siciliano.



El trayecto de regreso a su casa fue ahogado en la más pura de las oscuridades. La adrenalina de la cena, el desafío en los ojos de Larissa y la furia que aún latía en mi sangre, crearon un cóctel explosivo en mis venas.

El coche se detuvo. Enzo nos abrió la puerta.

Entré con Larissa en la casa, cerrando la pesada puerta de madera detrás de nosotros. Ella soltó un suspiro, dejándose los hombros caer por una fracción de segundo, cansada tras la batalla campal en el *Palazzo*.

Se giró hacia mí. Sus labios se entreabrieron, y sus ojos azules me buscaron en la penumbra del recibidor.

—Gracias por defenderme ahí dentro, Raffaelo —susurró, su voz suave y sincera.

Tal vez esperaba que, después de ese agradecimiento, yo la besara. Que dejara de lado mi castigo de hielo tras la lealtad que nos habíamos profesado frente a la *Comisión.*

Pero yo no estaba allí para ser su puto príncipe azul salvador. Estaba allí para recordarle a quién le pertenecía.

Antes de que pudiera emitir un solo sonido más, me abalancé sobre ella.

Agarré ambas de sus muñecas con una sola mano, inmovilizándolas por encima de su cabeza contra la fría pared del vestíbulo. El golpe sordo de su espalda contra la pared y el jadeo que escapó de sus labios llenaron el silencio de la casa.

Mi otra mano bajó con furia hacia su espalda, encontrando la fina cremallera de su vestido granate. Tiré de ella hacia abajo con un solo movimiento rápido y decisivo. La tela pesada y sedosa resbaló por sus hombros, cayendo hasta sus tobillos para formar un charco rojo sobre el suelo de mármol, exponiendo sus piernas y sus bragas de encaje negro. Ella se estremeció, su pecho subiendo y bajando erráticamente contra el mío.

—Raffaelo... —susurró, con los ojos muy abiertos, una mezcla de terror y excitación inundando sus pupilas.

No respondí. La agarré por las caderas y, con una brutalidad que no admitía resistencia, la giré bruscamente, aplastando su pecho y su rostro contra la pared.

Con un movimiento seco y salvaje, rasgué la tela de sus bragas. Bajé la cremallera de mi pantalón, liberando mi erección rígida y dolorosa.

—No te vuelvas a tapar nunca lo que yo reclamo como mío —le gruñí al oído, mi voz raspando contra su piel mientras deslizaba mi mano libre hacia su nuca, frotando con mi pulgar el resto del maquillaje que cubría el moretón, borrándolo por completo y volviendo a dejar a la vista la mancha oscura de mis dientes.

Larissa dejó caer la frente contra la pared, su respiración entrecortada haciéndose pedazos.

—No eran tus huellas las que quería borrar... —susurró, con una voz tan rota y cargada de dolor que me atravesó directamente el pecho.

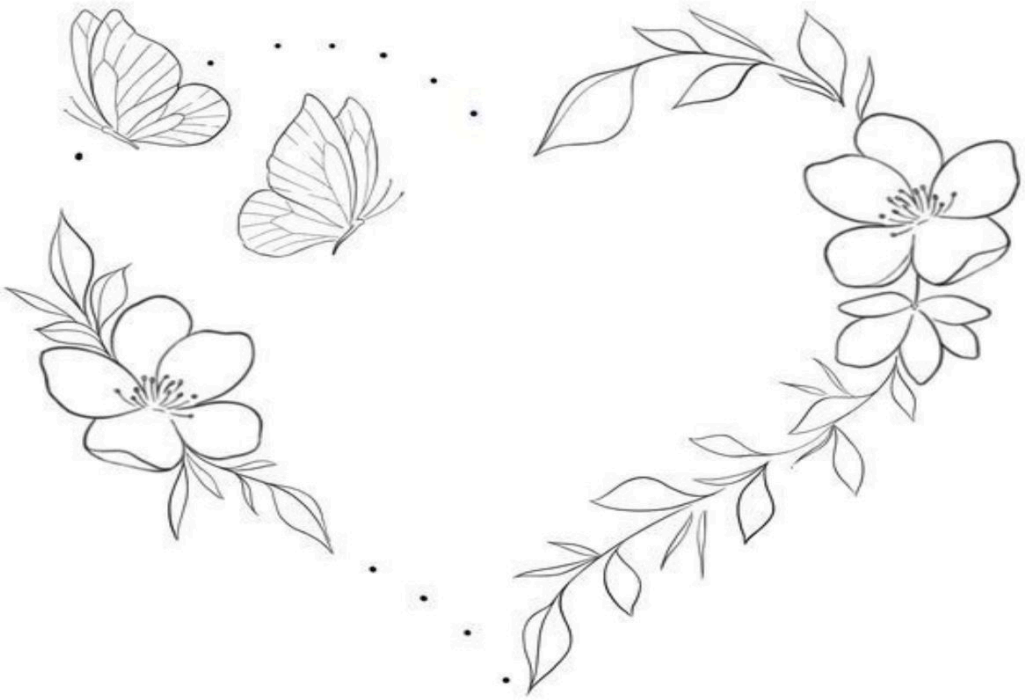
El mundo pareció detenerse por un microsegundo. Sabía a qué se refería. El cuello. Las marcas de asfixia. Los dedos de Mario sobre su piel pálida. Ocultar mi beso no fue un acto de rebeldía contra mí; fue un intento desesperado de no ver el trauma en el espejo. Mi instinto homicida y protector se fusionó con un deseo abrasador. La penetré de un solo golpe, hundiéndome en su calor húmedo hasta el fondo.

Larissa ahogó un grito, arqueando la espalda de inmediato. Sus uñas arañaron la pared blanca, buscando un agarre imposible mientras yo empezaba a embestirla con una cadencia castigadora, salvaje y puramente territorial.

La follé de espaldas, sin piedad, sin palabras dulces y, una vez más, sin un puto beso. Sus gemidos resonaban en el vestíbulo vacío, mezclados con el sonido obsceno de nuestros cuerpos chocando. Cada estocada era una reprimenda, un recordatorio de que me pertenecía y una forma desesperada de apagar el fuego que me estaba consumiendo desde dentro por ella.

Cuando me corrí dentro de ella con un rugido ahogado, me quedé apoyado contra su espalda un segundo, sintiendo el temblor de sus piernas, que apenas la sostenían en sus tacones.

Me separé de ella en completo silencio. Me abroché el pantalón, arreglé las solapas de mi chaqueta, y la dejé allí, jadeando contra la pared, con el maquillaje de su cuello arruinado, la marca del Diablo brillante y expuesta, y el vestido rojo a sus pies como un charco de sangre, antes de dar media vuelta y salir por la puerta hacia la oscuridad de la noche.



40

LARISSA

El frío glacial del mármol se filtró por mis rodillas desnudas, trepando por mi piel erizada mientras me deslizaba lentamente por la pared del vestíbulo hasta acabar sentada en el suelo. El silencio que siguió al portazo de Raffaelo era ensordecedor, denso, casi sólido. A mis pies, el vestido rojo granate yacía arrugado.

Me abracé a mis propias piernas, hundiendo el rostro entre las rodillas. Estaba temblando. Mi respiración era un jadeo errático, roto en mil pedazos que no conseguía volver a unir.

Una mezcla caótica, asfixiante y contradictoria de emociones libraba una guerra sin cuartel en mi pecho.

Sentía rabia. Una furia ciega y ardiente hacia Raffaelo por haberme tomado de esa manera: cruda, brutal, despojándome de cualquier barrera en cuestión de segundos para luego abandonarme como si no significara nada. Me hervía la sangre por su frialdad, por ese castigo silencioso que seguía imponiéndome. Pero, al mismo tiempo, un deseo oscuro y abrumador aún palpitaba en mi bajo vientre. Mi cuerpo seguía vibrando por la intensidad de sus embestidas, por la forma en que me había llenado, reclamando cada centímetro de mi ser. Odiaba no poder controlarlo. Odiaba que, incluso después de su marcha, la humedad pegajosa entre mis muslos y el olor a sexo, a sándalo y a mi perfume que impregnaba el aire me hicieran desear que volviera a cruzar esa puerta para hacerlo de nuevo.

La vergüenza me quemó las mejillas. Estaba allí, tirada en el suelo, con las bragas de encaje negro rasgadas a un lado y la respiración agitada, sometida a un hombre que se negaba a darme un solo beso.

Y, sin embargo... bajo toda esa capa de humillación, deseo y rencor, latía un alivio inmenso. Un alivio que me sacudió hasta los cimientos.

Levanté la cabeza despacio, apoyando la nuca contra la pared. Cerré los ojos y la escena en el *Palazzo D'Agostino* se reprodujo en mi mente con una nitidez abrumadora. El sabor a vino tinto, el olor a cordero asado y a puros puros, las miradas crueles de los Dons.

Raffaelo se había levantado de esa silla como un puto dios de la guerra.

«*Busco a una Reina. Una que esté a mi altura para gobernar el imperio que estoy construyendo*.»

Sus palabras resonaron en mi cráneo, haciendo que mi corazón diera un salto doloroso contra mis costillas. Amenazó a la *Comisión* entera. A los hombres más letales y despiadados de toda Sicilia. Amenazó con cortarles la lengua y hacérsela tragar si volvían a faltarme al respeto. Puso una diana en su propia espalda, desafiando las reglas milenarias de la *Cosa Nostra*, todo para defender mi honor.

Abrí los ojos, mirando el techo oscuro. Nadie, absolutamente nadie en toda mi jodida vida, me había defendido así.

Mi mente viajó hacia la figura patética de mi padre. Fabrizzio me habría ordenado que me callara para no ofender a los viejos capos. O me habría dado una lección ahí mismo. El hombre que supuestamente debía protegerme desde que nací me había vendido para saldar sus deudas, me había tratado como una moneda de cambio, como un objeto sin voz ni voto.

Pero Raffaelo... Raffaelo me había llamado Reina.

Ese pensamiento cambió por completo el eje de mi mundo. Tragué saliva, sintiendo la garganta seca. Quizás él no era como los demás hombres de la mafia. Quizás debajo de esa armadura de hielo, de esa brutalidad sociópata, había un hombre que amaba con una devoción tan extrema y violenta que resultaba aterradora.

Me llevé los dedos temblorosos al cuello. Rocé la marca de sus dientes. «*No te vuelvas a tapar nunca lo que yo reclamo como mío*» Yo no quería borrar sus huellas. Yo quería borrar las de Mario. Todavía me quedaba una mancha amarillenta justo debajo, desvaneciéndose como un recuerdo tóxico, eclipsada por la furia purpúrea y posesiva de mi marido..

Empezaba a entenderle. O eso creía.

Tal vez Raffaelo no me castigaba porque me odiara. Tal vez aquella distancia fría, esa forma brutal de tocarme y luego desaparecer, no era desprecio… sino otra cosa que todavía no lograba descifrar.

Con él todo era así. Violento. Retorcido. Incomprensible.

El moretón de mi cuello…

Bajé los dedos hasta rozarlo.

No sabía si aquello era una amenaza, una marca de posesión o una advertencia al resto del mundo. Quizá las tres cosas al mismo tiempo.

Me levanté del suelo de mármol con lentitud, sintiendo el cuerpo dolorido pero el espíritu extrañamente ligero. Recogí el vestido granate del suelo, abrazándolo contra mi pecho desnudo, y caminé hacia mi habitación. El fantasma de Mario Mancuso había desaparecido por fin de las sombras de esta casa.



A la mañana siguiente, el sol siciliano entró a raudales por los inmensos ventanales de la casa, tiñendo el suelo de marmol con un brillo dorado y cálido.

Me desperté antes de que sonara el despertador. Sorprendentemente, no había rastro de la resaca emocional ni de las pesadillas. Me di una ducha larga y caliente, dejando que el agua lavara los restos físicos de la noche anterior, el sudor y el sexo, pero atesorando la sensación de ligereza que se había instalado en mi pecho.

Cuando bajé al salón, vestida con unos vaqueros cortos y una camiseta básica negra, María ya tenía el café humeante esperándome en la isla de la cocina. Me lo bebí con avidez, sintiendo el sabor tostado y fuerte despertando mis sentidos.

A las diez en punto, el timbre sonó.

Flavio, el instructor de autoescuela, estaba en la puerta, con su polo impecable y una sonrisa cautelosa, probablemente recordando mis torpezas del día anterior.

—Buenos días, *Signora* Moretti. ¿Lista para no intentar matarnos hoy? —bromeó, aunque sus ojos verdes me evaluaron con cierta aprensión.

Solté una risa suave, asintiendo.

—Buenos días, Flavio. Te prometo que hoy el huevo debajo del freno está a salvo.

Caminamos hacia la entrada. El Mercedes-AMG GT rosa brillaba bajo el sol como una joya exótica. Me subí al asiento del conductor, respirando el olor a cuero nuevo y a libertad. Ajusté el asiento, puse mis manos sobre el volante de alcántara y arranqué el motor. El rugido del motor ya no me asustó; me dio poder.

La clase de conducir fue completamente diferente. Estaba más animada, más presente. Condujimos por los sinuosos caminos privados que bordeaban los límites de la urbanización, flanqueados por altos cipreses y adelfas en flor. Sentir la brisa salada del mar Mediterráneo colándose por la ventanilla medio bajada, el zumbido constante y poderoso del motor bajo mis pies, y la responsabilidad de llevar el control de la máquina, fue terapéutico.

Ya no sentía que huía de nada. Sentía que avanzaba.

—Mucho mejor hoy, *Signora* —me felicitó Flavio cuando aparqué el deportivo de vuelta en la entrada, dos horas más tarde. Su tono era de genuino alivio—. Sus reflejos están más afilados.

—Gracias, Flavio. Hasta mañana.

Me bajé del coche con una sonrisa en los labios, cerrando la puerta con suavidad. El sonido del motor del coche de Flavio alejándose se mezcló con el canto de las cigarras. Me giré para entrar en la casa, sintiendo el calor del sol en la cara, pero mis pasos se detuvieron en seco en el porche.

La puerta principal estaba abierta de par en par. Y apoyado contra el marco de madera oscura, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón de traje gris marengo, estaba él.

Raffaelo.

Mi corazón dio un vuelco salvaje. Su imponente figura bloqueaba casi toda la entrada. Llevaba una camisa negra ajustada que marcaba la musculatura tensa de su torso y sus hombros. Su cabello oscuro estaba ligeramente desordenado, y sus ojos negros, profundos e insondables, estaban clavados en mí, devorando cada milímetro de mi expresión animada.

El olor inconfundible a sándalo, tabaco negro y peligro inundó el aire, borrando la brisa marina en un segundo. La química eléctrica y

asfixiante que siempre surgía entre nosotros estalló con violencia.

Tragué saliva, manteniéndome firme a un par de metros de él.

—*Buon giorno* —murmuré, mi voz sonando un poco más ronca de lo que pretendía.

Raffaelo no me devolvió el saludo. Su mirada recorrió mi atuendo antes de volver a mis ojos.

—Cámbiate —ordenó. Su voz era grave, una vibración baja que resonó en la boca de mi estómago.

Fruncí el ceño, cruzándome de brazos a la defensiva, aunque mi pulso estaba desbocado.

—¿Por qué?

Él sacó una mano del bolsillo, mirando el reloj de platino en su muñeca con frialdad calculada.

—Tenemos que ir a un sitio.

El pánico irracional asomó por un segundo en mi mente. La última vez que salimos juntos fue a la cena con los buitres de la mafia.

—Me gustaría saber a qué sitio, Raffaelo —repliqué, elevando un poco la barbilla, negándome a ser una simple marioneta que acataba órdenes sin preguntar—. Y te aviso que no me gustaría volver a ver a esos hombres de la *Comisión* en mi vida.

Una sombra de algo que se parecía sospechosamente a la diversión cruzó los ojos oscuros de mi marido, aunque su rostro permaneció impasible.

—No vas a verlos —aseguró, su tono perdiendo una fracción de su dureza polar—. Vístete con algo normal para una salida de día. Tienes veinte minutos.

Apreté los labios, sintiendo esa mezcla contradictoria de querer luchar contra él y a la vez querer seguirlo al fin del mundo.

—No quiero ir contigo a ningún lado —mentí. Mis palabras sonaron aterradas, pero mis ojos lo contradecían por completo.

Raffaelo dio un paso hacia el porche, invadiendo mi espacio personal. Su altura me obligó a echar la cabeza hacia atrás.

—Tranquila, *piccola* —susurró, su aliento rozando mi piel—. No es una cita.

No esperó mi respuesta. Dio media vuelta y entró en la casa, dejándome allí, con el corazón latiendo desbocado y la piel ardiendo

por su cercanía.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo y caminé rápidamente hacia mi habitación.

Me adentré en el inmenso vestidor. Él había dicho "algo normal para una salida de día". Pasé los dedos por las perchas hasta que una prenda en particular llamó mi atención. Era algo que nunca habría imaginado ponerme hace unas semanas, pero que hoy, sintiéndome extrañamente viva, parecía perfecto.

La tela blanca del vestido se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel, ligera y suave, cubierta de diminutas flores rosadas que parecían haber sido pintadas a mano sobre el algodón fresco. El escote cuadrado, adornado con delicados volantes, enmarcaba la curva de mi pecho y dejaba al descubierto la línea elegante de mi cuello y mis clavículas, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar la marca oscura de Raffaelo.

Las mangas cortas, ligeramente abullonadas, caían con un fruncido romántico sobre mis hombros, dándome un aire dulce que contrastaba radicalmente con la determinación de mi postura frente al espejo. La cintura se ajustaba con precisión, marcando mi figura antes de abrirse en una falda amplia y ligera que caía hasta medio muslo, moviéndose con cada paso como un susurro de tela. El bajo terminaba en un pequeño volante que añadía aún más movimiento, como si el vestido estuviera hecho para bailar con la ligera brisa del verano.

Me di la vuelta. En la espalda, unos finos cordones permitían ceñir la prenda a mi cuerpo, tensándose suavemente entre mis omóplatos, dejando gran parte de mi piel al descubierto.

El conjunto parecía inocente, casi delicado, angelical... pero sobre mi piel, mezclado con las cicatrices de mis brazos, la mordida de mi yugular y las marcas amarillentas, adquiría algo distinto. Algo mucho más peligroso. Era el tipo de vestido que, lejos de hacerte pasar desapercibida, hacía que cualquiera quisiera mirarte un segundo más de lo debido para entender el contraste.

Me solté el pelo, dejando que mis ondas oscuras cayeran libres sobre mi espalda, me apliqué un poco de brillo en los labios y rocié mi cuello con el perfume de vainilla y jazmín.

Bajé las escaleras. Raffaelo estaba esperándome en el recibidor.

Cuando escuchó el repiqueteo de mis sandalias de tacón bajo, levantó la mirada. El mundo pareció detenerse. Vi cómo la nuez de su garganta subía y bajaba al tragar saliva. Sus ojos negros, letales y calculadores, devoraron la tela blanca, las florecillas rosadas y el corte romántico que abrazaba mis curvas. Vi cómo sus manos se cerraban en puños dentro de los bolsillos de su pantalón. El aire a nuestro alrededor se volvió tan denso que casi me costaba respirar.

No dijo ni una sola palabra sobre mi aspecto. No necesitaba hacerlo; la posesividad animal que irradiaba su postura hablaba por él.

Se giró hacia la puerta y la abrió para mí.

El trayecto en el asiento trasero del *Maybach* transcurrió en un silencio cargado. Las calles empedradas de las afueras de la ciudad fueron dando paso al bullicio caótico y vibrante del centro de Palermo.

Raffaelo iba sentado a mi lado, rígido, con la vista fija en la ventana. Pero noté cómo su mirada se desviaba instintivamente hacia el trozo de piel desnuda de mis muslos, que habían quedado al descubierto al sentarme y subirse la falda del vestido. Vi cómo tragaba saliva y apretaba el puño sobre su rodilla, obligándose a apartar la vista hacia el cristal. El monstruo salvaje de anoche estaba luchando a muerte contra el hombre civilizado de hoy. Yo sentía el calor que desprendía su inmenso cuerpo atravesando el poco espacio que nos separaba. Cada vez que el coche tomaba una curva y nuestras rodillas se rozaban fugazmente, una descarga eléctrica me recorría la espina dorsal.

Finalmente, el coche aminoró la velocidad y se detuvo en una inmensa explanada rodeada de edificios históricos de piedra caliza, majestuosos arcos y palmeras gigantes. A diferencia del bullicio habitual del resto del año, el lugar estaba sumido en una calma espesa y soñolienta. Era finales de julio. El sol del mediodía caía a plomo sobre el asfalto, y la universidad estaba prácticamente desierta. Apenas un par de personas cruzaban los patios buscando la sombra, probablemente personal administrativo cerrando los últimos

trámites antes de las vacaciones de agosto. El silencio imperaba, roto solo por el sonido lejano del tráfico de la ciudad.

Miré por la ventanilla, frunciendo el ceño, completamente desorientada. Conocía este lugar, pero no tenía sentido que estuviéramos aquí.

Enzo nos abrió la puerta. Raffaelo salió primero, ajustándose la chaqueta gris, y luego me tendió la mano. Dudé un segundo antes de colocar mis dedos sobre los suyos, sintiendo la aspereza de sus manos contra mi piel suave. Me ayudó a salir, y el calor seco del verano nos envolvió. La imponente presencia de mi marido desentonaba brutalmente con el entorno académico y relajado; el escaso personal que pasaba cerca se apartaba instintivamente, percibiendo el aura de muerte y poder que emanaba, abriendo un camino invisible para nosotros.

Miré hacia el inmenso edificio principal. Sobre el frontón de piedra, unas letras de bronce antiguo rezaban: *Università degli Studi di Palermo*.

El corazón me dio un vuelco tan brusco que me quedé sin aliento. Mis pies se clavaron en el suelo empedrado, negándose a dar un paso más.

Me giré hacia Raffaelo, mi rostro reflejando una estupefacción absoluta.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, mi voz temblando por la incredulidad y la esperanza que luchaba por no desbordarse.

Él me miró desde arriba, con las manos de nuevo en los bolsillos, el sol reflejándose en las líneas duras y perfectas de su mandíbula.

—¿No querías seguir estudiando? —preguntó de vuelta, su tono neutro, pero con un brillo diferente en esos pozos oscuros que tenía por ojos.

La memoria me asaltó como un relámpago. Le había contado mi sueño de estudiar en la universidad, mi deseo de ser algo más que un adorno para la mafia, de tener una carrera, una vida propia. Y él lo había recordado. En medio de masacres, guerras territoriales y caos, el Diablo había recordado el sueño patético de una niña rebelde.

Sentí un nudo en la garganta tan doloroso que casi me hace llorar.

—Sí... —susurré, bajando la mirada hacia mis sandalias, abrumada por el gesto—. Pensaba que... pensaba que no estarías de acuerdo. Que ahora, después de casarnos, después de todo lo que ha pasado... ya no podría.

Raffaelo acortó la poca distancia que nos separaba. Su dedo índice se colocó bajo mi barbilla, alzando mi rostro con una suavidad que me desarmó por completo, obligándome a sostenerle la mirada.

—Te dije que estaría de acuerdo con que estudiaras, Larissa —murmuró, su voz ronca y profunda envolviéndome, aislándonos del resto del mundo, del silencio pesado de julio y del ruido de la ciudad —. Y te dije, que yo nunca miento. Estamos aquí para hacer tu matrícula para el curso que empieza en septiembre.

El aire pareció desaparecer del planeta. Mis ojos azules se clavaron en los suyos, y por primera vez en todo este jodido caos, vi al hombre detrás del monstruo. Vi al protector que se escondía detrás del tirano. Todo el resentimiento, toda la rabia por su frialdad de las últimas semanas se disolvió, consumida por una gratitud inmensa y por un sentimiento nuevo, aterradoramente profundo, que echó raíces en el centro de mi pecho.

El Diablo me estaba devolviendo mi futuro. Me estaba dando las alas que mi propio padre me había arrancado.

—Gracias —logré articular, con la voz rota por la emoción, incapaz de apartar la mirada de sus ojos negros.

La comisura de los labios de Raffaelo se elevó lentamente. No fue una sonrisa amable ni dulce; fue la sonrisa depredadora, oscura y puramente letal del hombre que sabía exactamente el poder que acababa de ejercer sobre mí. El hombre que sabía que, con este acto, me había ganado por completo.

—A la vuelta me las das —sentenció, su voz cargada de una promesa ronca y peligrosamente sexual que me hizo arder desde la nuca hasta la punta de los pies.

Y, colocando su mano grande y cálida en la base de mi espalda, justo sobre los finos cordones de mi vestido de flores, el contraste de su palma áspera contra mi piel desnuda me arrancó un escalofrío incontrolable. Con ese tacto ardiente que me marcaba a fuego, el

hombre que debía odiar me empujó suavemente hacia las puertas de mi nueva vida.



41

RAFFAELO

El trayecto de regreso desde la universidad fue una puta tortura. El habitáculo del coche estaba saturado con el aroma a vainilla y jazmín de Larissa, una fragancia dulce que se enredaba en mis pulmones y me nublaba el juicio. Ver la gratitud brillante en sus inmensos ojos azules me había desarmado de una forma que jamás creí posible. Había bajado mis escudos por un segundo, y ella se había colado hasta el fondo de mi jodida alma.

Apenas las pesadas puertas de madera de su villa se cerraron a nuestras espaldas, cumplí mi palabra.

No hubo preámbulos. No hubo palabras suaves ni caricias tiernas. La acorralé contra la isla de mármol de la cocina, levanté la falda de ese maldito vestido blanco con florecillas que la hacía parecer un ángel intocable, y la tomé allí mismo. La follé con una urgencia que me quemaba las venas, hundiéndome en su calor apretado y húmedo mientras ella ahogaba sus gemidos mordiéndose el labio inferior. Mi respiración era un rugido ronco contra su cuello, pero me mantuve fiel a mi propio castigo: no la besé. No la miré a los ojos en el clímax. Me corrí dentro de ella con una fuerza que casi me partió por la mitad, me abroché el pantalón y, con la misma frialdad que intentaba mantener me di media vuelta y salí de la casa, dejándola otra vez sola.



El regreso a mi mansión fue solitario y asfixiante.

Crucé las inmensas puertas dobles de mi propiedad y me encerré directamente en el despacho. Me serví tres dedos de whisky escocés puro y me dejé caer en el sillón de cuero oscuro. La luz mortecina del atardecer se filtraba por los ventanales, alargando las sombras de la habitación.

Di un trago, dejando que el alcohol me quemara la garganta, pero ni siquiera ese fuego podía aplacar el incendio que me devoraba el

pecho. Cerré los ojos y la imagen de Larissa apareció al instante. Ese vestido ligero. Su clavícula pálida. Su cuello, donde marcas nuevas latían como una advertencia al mundo entero. Era preciosa. Una obra de arte tallada en tragedia y resistencia. Mirarla todavía me desarmaba, me despojaba de la bestia letal que yo era para convertirme en un puto esclavo de sus caprichos.

Pero entonces, el recuerdo de por qué estaba rota oscureció mi mente.

Mario. La imagen de ese bastardo tocando a mi mujer, posando sus sucias manos sobre la piel que me pertenecía, desgarrando su ropa en ese asqueroso sótano, hizo que el vaso de cristal crujiera bajo la presión de mis dedos. La rabia pura, ciega y absoluta se apoderó de mi sistema nervioso.

Dejé el vaso sobre la mesa de madera maciza. Era el momento.

Me levanté, me quité la chaqueta del traje y me remangué la camisa negra hasta los codos. Caminé por los pasillos silenciosos de la mansión hasta llegar a la pesada puerta de hierro fundido que daba a los niveles inferiores. Al abrirla, el olor inconfundible a humedad, amoníaco, óxido y sangre rancia me golpeó el rostro. Era el aroma de mi verdadero reino. El infierno.

Bajé las escaleras de piedra con pasos lentos y medidos. En el centro de la habitación subterránea, iluminado por una solitaria y mortecina bombilla industrial, estaba encadenado Mario Mancuso.

Sus brazos estaban estirados hacia arriba, sujetos al techo por gruesas cadenas de acero que le despellejaban las muñecas. Estaba en un estado deprimente. Su ropa era un amasijo de trapos manchados de sangre seca, orina y sudor. Su rostro estaba hinchado, morado por las palizas previas de mis hombres, y apenas podía abrir un ojo. Apestaba a muerte inminente.

Y, sin embargo, cuando escuchó el eco de mis zapatos sobre el cemento, el bastardo tuvo la audacia de levantar la cabeza. Una sonrisa torcida, ensangrentada y patética se dibujó en sus labios rotos.

—Vaya... el gran Raffaelo Moretti se digna a bajar a las cloacas —dijó Mario, escupiendo un coágulo de sangre al suelo.

No alteré ni un músculo de mi rostro. Caminé hasta quedar a escasos centímetros de él. El silencio en el sótano era tan espeso que se podía escuchar el goteo de la humedad cayendo de las tuberías. Saqué la Beretta de mi funda sobaquera y, con un movimiento fluido y letal, apoyé el cañón helado directamente contra la sien de Mario.

Él contuvo la respiración, pero intentó mantener su patética fachada de valentía.

—Podría ser muy fácil —susurré, mi voz una vibración baja y oscura que rebotó en las paredes de piedra—. Una bala en la cabeza y estarías bailando en el infierno en cuestión de milisegundos. Pero a nosotros no nos gustan las cosas fáciles. ¿Verdad, Mario?

Presioné el cañón con más fuerza contra su cráneo, obligándolo a girar el rostro.

—Tú decidiste mirar y tocar a mi mujer. Esa fue tu sentencia. Si hubieras pagado a una puta barata en un callejón, no hubieras llegado aquí, en este estado.

Mario soltó una risa húmeda, casi ahogándose con su propia sangre.

—¿Y qué te hace pensar que tu esposa es diferente a esas? —se burló, mirándome con un ojo inyectado en sangre—. Solo es un trozo de carne más. Todas se abren igual cuando se lo exiges.

Mi dedo acarició el gatillo. La furia me cegó, pero no iba a concederle una muerte rápida. Bajé el arma lentamente, rozando el cañón por su mejilla destrozada.

—¿Qué la hace diferente? —repetí, guardando el arma y sacando un par de guantes de cuero negro de mi bolsillo para ponérmelos con parsimonia—. Te lo diré, escoria. Larissa es diferente porque ella tiene un alma que brilla con tanta intensidad que a los demonios como tú les quema la vista. Ella es pureza, lealtad y fuego. No es un trozo de carne; ella es mi puta religión. Es la Reina de todo lo que piso. Y tú cometiste el error imperdonable de ensuciar mi templo con tus manos podridas.

Mario tragó saliva, y por primera vez, el terror real asomó en el único ojo que podía mantener abierto.

—Ha llegado la hora de que pagues —sentencié —. Y te juro por Dios que la bala en la cabeza te hubiera parecido un regalo divino cuando terminaré contigo.

Hice un gesto con la mano hacia las sombras. Enzo y dos de mis hombres más fornidos salieron de la oscuridad.

—Desencadenadlo del techo y sujetadlo fuerte. Que no se mueva un puto milímetro.

Los hombres soltaron las cadenas superiores con un estruendo metálico. Mario cayó de rodillas al suelo con un grito sordo, pero mis hombres lo agarraron al instante por los brazos, obligándolo a mantenerse erguido, extendiendo sus manos sobre una pesada mesa de acero cubierta de óxido.

Caminé hacia una pequeña mesa contigua y encendí un ordenador portátil conectado a una pantalla plana que colgaba de la pared.

—Antes de que empecemos, quiero que veas algo. Una película familiar —dije, dándole al botón de reproducir.

El rostro ensangrentado de Leonardo Mancuso apareció en la pantalla. Mario se tensó de golpe, intentando zafarse del agarre de mis hombres, pero fue inútil. El sonido de los disparos reventando las rótulas de su padre, los gritos agónicos de Leonardo pidiendo piedad, y finalmente, la bala destrozándole el cráneo, inundaron el sótano con un sonido macabro.

—¡No! ¡Hijo de puta! ¡Lo has matado! —rugió Mario, las lágrimas mezclándose con la sangre de su rostro, retorciéndose como un gusano en el anzuelo.

—Te dije que iba a erradicar tu sangre de esta isla —le recordé, agarrando un par de gruesas tenazas de metal de la mesa de herramientas.

Me acerqué a su mano derecha, aplastada contra el acero. Agarré su dedo meñique. Él intentó tirar de la mano, pero la fuerza combinada de mis matones lo mantenía inmovilizado.

Lo miré a los ojos.

—Estas fueron las manos que la tocaron —susurré.

Con un movimiento rápido y brutal, partí el hueso del dedo hacia atrás. El chasquido fue asquerosamente nítido. Mario soltó un grito

desgarrador, arqueando la espalda. Sin darle tiempo a asimilar el dolor, abrí las tenazas y cerré el acero afilado sobre la base del dedo roto. Apreté. El crujido de la carne, el cartílago y el hueso seccionándose fue música para mis oídos. El meñique cayó al suelo de cemento con un golpe sordo, y un chorro de sangre manchó el acero.

—Uno —conté, con voz gélida.

—¡Ahhh! ¡Maldito psicópata! —aulló, convulsionando.

Agarré su dedo anular. Lo fracturé en dos partes antes de cortarlo de cuajo con las tenazas.

—Dos.

Seguí con el dedo medio. Luego el índice. El pulgar. La sangre salpicaba mis guantes de cuero negro, manchando la camisa, pero yo no veía la sangre de Mario; veía la piel pálida de Larissa, los moretones que él le había dejado, los cortes de su navaja. Esa imagen me alimentaba. Me hacía implacable.

Repetí el mismo proceso en su mano izquierda. Los gritos de Mario se convirtieron en gargarismos roncos y ahogados. Sus cuerdas vocales se habían desgarrado de tanto chillar. Cuando terminé, sus manos no eran más que dos muñones deformes de carne viva y sangre pulsante.

Dejé las tenazas, resbaladizas por la sangre, y agarré mi navaja táctica. La hoja de acero oscuro brilló bajo la luz mortecina de la bombilla.

—Aún no hemos terminado. A ella la cortaste. Ahora te toca a ti.

Agarré a Mario por el cabello apelmazado, tirando de su cabeza hacia atrás para exponer su rostro. Tracé un corte profundo, lento y calculado desde su sien derecha hasta la barbilla, abriendo la carne como si fuera mantequilla. Luego otro en la mejilla izquierda. La sangre fluía a borbotones, empapando su cuello y su pecho.

Bajé la navaja y lo apuñalé en el muslo derecho, hundiendo el filo hasta la empuñadura y retorciéndolo. Mario convulsionó, los ojos en blanco, la baba mezclada con sangre cayendo de sus labios destrozados. Lo apuñalé en el otro muslo, destrozándole las arterias.

Su cuerpo se aflojó de golpe entre los brazos de mis hombres. Ya apenas respiraba. El charco de sangre bajo sus rodillas era inmenso.

Estaba moribundo, en el umbral entre el dolor absoluto y la muerte.

Saqué la Beretta, limpiándome una gota de sangre que había salpicado en mi mejilla con el dorso de la mano. Apunté directamente a la frente de ese hijo de puta.

—Nos veremos en el infierno, Mancuso.

Apreté el gatillo.

El estallido sordo silenció el sótano de una vez por todas. El cráneo de Mario se partió, y el silencio volvió a reclamar el sótano.

Mis hombres lo soltaron, y lo que quedaba de Mario Mancuso cayó al suelo como el saco de mierda que siempre fue.

Respiré hondo. Mi mujer había sido vengada. Pero, mientras miraba el charco oscuro expandirse por el cemento, me di cuenta de una jodida y amarga verdad: la sangre de mis enemigos no iba a llenar el vacío de mi pecho. Solo ella podía hacerlo.



Dos días después, el aire en el salón principal de la sede de la *Comisión* olía a incienso, puro y poder.

Fui convocado por la Comisión en la sala capitular oculta bajo la catedral de Palermo. El ambiente era solemne, sagrado. Todos los Dons de Sicilia estaban presentes. Sabían lo que había hecho, y sabían que mi poder ahora era inabarcable. Me mantuve en pie, con el traje negro impecable y la postura rígida de un puto rey que estaba a punto de ser coronado.

Don Ennio se acercó a mí. En su mano izquierda sostenía una pequeña estampa de papel de Santa Rosalía, la patrona de Palermo. En la derecha, un alfiler de oro.

Extendí mi mano. Ennio me pinchó el dedo índice sin dudar. Una gota de mi sangre, densa y oscura, cayó sobre la imagen de la santa, manchando el papel. Ennio colocó la estampa ensangrentada en la palma de mis manos unidas y le prendió fuego con un encendedor.

El fuego me lamió la piel, quemando el papel sobre mis palmas. No aparté la vista. No mostré dolor.

—*Prometto di essere fedele a Cosa Nostra* —recité la Omertà, mi voz grave retumbando en las paredes de piedra—. *Di proteggere i miei fratelli, di non tradire mai la famiglia, e di versare il mio sangue per lei. Che la mia carne bruci come questa santa se non manterrò il giuramento*. Entro vivo y saldré muerto.

El papel se redujo a cenizas grises entre mis manos.

Don Ennio asintió solemnemente, retrocediendo un paso. Los demás *Dons* se pusieron en pie.

—Te reconocemos como el líder indiscutible de tu territorio —decretó Ennio—. Larga vida al Don Raffaelo Moretti.

Oficialmente, era intocable. El hombre más poderoso de la isla. Y todo el poder que acababa de consolidar tenía un solo propósito en mi jodida y retorcida mente: proteger mi mujer.



Pero un Rey no es nada sin su Reina. Y durante las siguientes dos semanas, mi comportamiento fue de todo menos real.

Me dediqué a visitar a Larissa en su villa casi a diario, pero solo para follarla. Llegaba, la desnudaba, la tomaba con una intensidad salvaje y posesiva, y me iba. Me mantenía frío, blindado. El pánico a mostrarle lo que ella provocaba en mí, el miedo a ser vulnerable, me mantenía atrapado en una rutina de sexo brutal y distanciamiento emocional.

Hasta que hoy, el muro colapsó.

Terminé de abrocharme el cinturón del pantalón frente a su cama deshecha. El aire de la habitación estaba cargado con el olor a sexo y a su perfume de jazmín mezclado con el mío. Me giré para coger mi camisa de la silla, cuando su voz me cortó en seco.

—No soy solo un cuerpo para que me uses, Raffaelo.

Me detuve. Larissa estaba sentada en la cama, cubriendo sus pechos desnudos con la sábana de seda blanca. Su cabello estaba

revuelto, y sus ojos azules, normalmente sumisos después del sexo, ardían con un fuego nuevo, fiero y resentido.

—Ya solo soy eso para ti —continuó, con la voz temblando, pero elevando la barbilla con orgullo—. Un simple trozo de carne para que te desahogues. Y yo necesito más.

Tensé la mandíbula, dándome la vuelta para enfrentarla. Su acusación era un golpe directo a mi ego y a mis propias inseguridades.

—No te atrevas a hacerte la víctima conmigo, Larissa —gruñí, mi voz baja y peligrosa, acercándome al borde de la cama—. Tú me has tratado como un simple borrador de huellas. Me has usado para quitarte de encima el recuerdo de Mario. Ambos hemos sacado beneficio.

Ella soltó la sábana con una mano, indignada.

—¡Tú eres el que me exilió aquí, el que viene y se va sin mirarme a la cara, el que se niega a darme un beso como si te diera asco! ¡Te comportas como un témpano de hielo!

¿Asco? Me bebería hasta su última lágrima y me arrodillaría para lamer su sudor si me lo pidiera.

Me apoyé sobre el colchón, acercando mi rostro al suyo hasta que nuestros alientos chocaron. La furia, la pasión y el desgaste emocional de las últimas semanas amenazaban con hacerme explotar.

—Si oyeras mis pensamientos, Larissa, saldrías corriendo y no mirarías atrás —le advertí, mi tono destilando una oscuridad brutal y honesta—. Si supieras el nivel de obsesión enferma que tengo contigo, te aterrorizaría. Y si yo me desatara del todo, si rompiera este hielo con el que intento protegerte de mí mismo, te arrasaría por completo. No dejaría nada de ti.

Sus ojos se abrieron, impactados por la crudeza de mi confesión, pero no retrocedió un solo milímetro.

—Tú me acusas de frialdad —continué, bajando la voz a un susurro letal—, pero tú ardes por mí. Por muy frío y distante que yo sea, abres las piernas, te empapas para mí y me recibes tan hondo que tu cuerpo tiembla pidiendo que no termine nunca. Porque te

encanta este castigo, Larissa. Y porque, en cuanto salgo por esa puerta, me echas de menos.

Su respiración se volvió irregular. El rubor delataba que había dado en el clavo de su verdad más profunda.

—¿A dónde quieres llegar, Raffaelo? —susurró, con una mezcla de desafío y vulnerabilidad—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Mi mano se disparó hacia adelante y se clavó en su cuello, mis dedos largos rodeando su garganta con una posesividad absoluta, alzando su rostro hacia mí, obligándola a mirarme a los ojos..

—¿Ahora? —ronroneé, mis ojos clavándose en los suyos, dejando que toda la oscuridad de mi alma se filtrara en mi mirada—. Quiero que te subas tú sola a mi regazo y me acojas en tu interior hasta el fondo. Con desesperación. Quiero que me demuestres con actos cuánto me echas de menos cuando no estoy.

Su pecho subía y bajaba con violencia, rozando la tela de la sábana.

—Quiero que gimas mi nombre como si fuera una puta plegaria —le exigí, mis dedos apretando suavemente su nuca, acercándola a mis labios—. Y quiero que me aprietes entre tus piernas con todas tus jodidas fuerzas. Quiero sentir cómo tiembla cada centímetro de ti mientras te follo como si se fuera a acabar el puto mundo, y como si lo único que me importara en esta vida fuera sentir tu placer en mi propia carne.

Un sollozo ahogado, cargado de pura necesidad, escapó de los labios de Larissa.

No dudó ni una fracción de segundo.

Tiró la sábana a un lado, exponiendo su cuerpo perfecto y desnudo a mis ojos. Se puso de rodillas sobre el colchón y se abalanzó sobre mí. Sus manos se aferraron a mis hombros con desesperación, empujándome hacia atrás hasta que quedé sentado en el borde de la cama, y ella se montó a horcajadas sobre mis caderas.

El control se esfumó. La bestia rompió la cadena.

Tiré al suelo la camisa que aún sostenía en la mano y, con movimientos rápidos y cargados de urgencia, me desabroché el cinturón. Me quité los pantalones de un tirón brusco, pateándolos

lejos junto con los restos de mi autocontrol, hasta quedar completamente desnudo y expuesto bajo ella.

La agarré por la cintura y la levanté un par de centímetros antes de dejarla caer con fuerza sobre mi erección. Larissa soltó un grito agudo y roto al empalarse por completo, llenándose de mi dureza de un solo golpe.

—Raffaelo... —gimió mi nombre, justo como se lo había ordenado. Una plegaria desesperada a un dios que solo sabía pecar.

Mis manos se aferraron a sus caderas como si fueran tenazas de acero, y empecé a empujar hacia arriba con una fuerza brutal y castigadora. La follaba con cada músculo de mi cuerpo, alzándola y estrellándola contra mí, carne contra carne. El sonido de nuestros cuerpos chocando era obsceno, salvaje, llenando la habitación de un eco animal.

Ella se aferró a mis hombros, clavándome las uñas en la piel, sus pechos rebotando con cada embestida, su rostro contraído en una expresión de placer tan puro y agónico que me destrozó el poco raciocinio que me quedaba.

—Así... eres mía... —gruñí, mordiendo la base de su cuello, chupando la piel con fiereza mientras mis estocadas se volvían erráticas, más profundas, más destructivas—. Jodidamente mía.

Sus muslos se apretaron alrededor de mi cadera con una fuerza sobrenatural. La sentí temblar de pies a cabeza. Su interior se contrajo violentamente, ordeñándome, atrapándome en el fuego de su orgasmo. Estaba a punto de romperse. Estaba a punto de alcanzar el clímax.

Pero yo no había terminado de someter a mi Reina.

Justo cuando sus pupilas se dilataron y su boca se abrió en un grito ahogado de liberación inminente, clavé mis manos en su cintura y la levanté de mi regazo, arrancándole mi polla de su interior de un solo tirón.

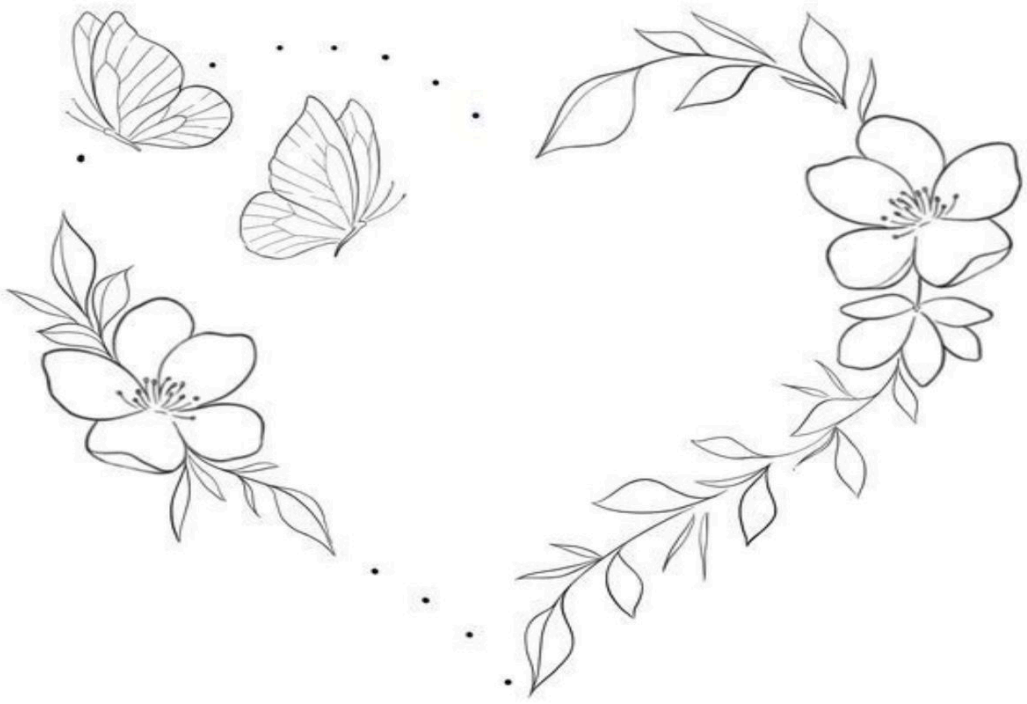
El corte fue tan brusco que Larissa jadeó, soltando un quejido agudo de pura frustración. Cayó de rodillas sobre el colchón, entre mis piernas abiertas, con el pecho subiendo y bajando erráticamente, mirándome con los ojos inyectados en deseo y una indignación absoluta por haberle robado el final.

La agarré por el pelo oscuro, enredando mi puño en la base de su nuca, y tiré de su cabeza hacia adelante con firmeza, obligándola a inclinar el rostro hacia mi entrepierna húmeda y latiendo de necesidad.

Larissa tensó el cuello, oponiendo una resistencia fiera. Sus manos se apoyaron en mis muslos, intentando empujarse hacia atrás. No quería someterse a ese nivel, no de esa manera. Y me encantaba. Jodidamente me excitaba que luchara, porque eso hacía que su rendición fuera mi mayor trofeo.

Pero mi agarre en su nuca era de acero.

—No pares ahora, *piccola* —le susurré, mi voz ronca y vibrante de dominación, tirando un milímetro más de su cabello para obligarla a rozar mis labios contra su frente sudorosa—. Chúpala.



42

LARISSA

El silencio en la habitación era tan denso que casi podía cortarse con un cuchillo. Solo se escuchaba el sonido errático y desbocado de mi propia respiración, chocando contra el eco ronco y profundo de la suya.

El vacío repentino fue como un latigazo de hielo en mitad de un incendio. Un segundo estaba tocando el cielo, a punto de romperme en un millón de pedazos de luz y placer bajo el peso de sus embestidas, y al siguiente, me encontré de rodillas sobre el colchón, justo entre sus piernas abiertas, con el pecho agitándose con violencia y el aire atascado en la garganta.

El corte había sido tan brusco, tan despótico, que mi cuerpo entero protestó con un temblor incontrolable. El sudor perlaba mi frente, y la humedad de mi propio deseo me empapaba los muslos, un recordatorio físico de lo cerca que había estado de la rendición total.

El agarre de su mano grande y áspera en la base de mi nuca era de acero. No me lastimaba, pero la presión firme de sus dedos enredados en mi cabello oscuro dejaba absolutamente claro quién tenía el control. Me obligaba a mantener el rostro inclinado hacia su entrepierna, a escasos centímetros de su intimidad al descubierto.

«*Chúpala*».

La orden flotó en el aire, densa, oscura, cargada de una autoridad que no admitía réplica. El puño de Raffaelo estaba enredado en la base de mi nuca. Su agarre era de acero, inquebrantable, manteniéndome exactamente donde él quería: a su merced, sometida, expuesta.

Me quedé paralizada. Mi mente era un campo de batalla donde el deseo más oscuro y mi orgullo libraban una guerra a muerte.

La visión frente a mis ojos era una mezcla abrumadora de poder y pecado. La dureza imponente de su masculinidad latía con una necesidad palpable, caliente e intimidante.

Pero lo que me dejó sin aliento fue el tatuaje. La tinta negra y oscura de una cobra se enroscaba desde la misma base de su

miembro, trepando en espiral sobre su piel caliente hasta alcanzar la punta. Con cada latido de su corazón, con cada pulso errático de su músculo tensado por la necesidad, las escamas de la cobra parecían cobrar vida. La cabeza del reptil, con el capuchón amenazadoramente desplegado justo debajo del glande, se retorcía bajo la luz mortecina de la habitación, como si realmente respirara, esperando el momento exacto para atacar y soltar su veneno. Era una visión aterradora. Peligrosa. Y, al mismo tiempo, la cosa más jodidamente tentadora que había visto en mi vida. El mismísimo Diablo ofreciéndome la manzana en el centro de su propio Edén en ruinas.

Sentí el calor que emanaba de su cuerpo golpeando mi rostro. El olor a nuestra propia excitación, mezclado con el sándalo, el tabaco oscuro de su piel y mi perfume de jazmín, creaba una droga asfixiante que me nublaba la razón. Quería hacerlo. Dios sabe que mi cuerpo, ardiendo en llamas por la frustración de la caída, me exigía someterme, me suplicaba que lo tomara en mi boca y me rindiera a su poder.

Pero yo no me arrodillaba sin presentar batalla.

Tensé el cuello, clavando mis uñas en sus muslos, resistiendo la leve presión que su mano ejercía sobre mi nuca para empujarme hacia abajo. Levanté la mirada lentamente, trazando la línea de su abdomen tallado, subiendo por su pecho ancho y agitado, hasta clavar mis ojos azules directamente en los suyos, negros, insondables y salvajes.

Un último acto de rebeldía cruzó mi mente para no darle la sumisión de inmediato, un latigazo orgullo que necesitaba verbalizar.

—Para esto tienes a Alena... —murmuré, mi voz temblando ligeramente, pero destilando un desafío afilado al pronunciar el nombre de la mujer que solía entretenerle antes de que yo llegara a su vida—. Si lo que buscas es una puta sumisa que se ponga de rodillas a la primera orden, te has equivocado de mujer, Raffaelo.

Su mandíbula se tensó, un músculo palpitando bajo la piel perfecta de su mejilla. Sus ojos oscuros se entrecerraron, brillando con una mezcla de furia, diversión y una excitación tan intensa que casi me quema la piel a distancia.

En lugar de enfurecerse por mi insolencia, la comisura de sus labios se elevó en una sonrisa depredadora, lenta y letal. El pulgar de la mano que sostenía mi nuca acarició suavemente la base de mi cráneo, enviando un escalofrío eléctrico por toda mi columna vertebral.

—Hay fantasías que ni siquiera sabes que tienes, *dolcezza* —susurró. Su voz era un ronroneo grave, oscuro, una vibración aterciopelada que me acarició los tímpanos y se instaló en mi bajo vientre—. El orgullo es un escudo precioso, pero hasta que no te pongas a tono con la mentalidad adecuada, no entenderás lo que significa pertenecer a alguien por completo. Ríndete a mí, Larissa... y puedes ir al cielo y al infierno sin morir. Te lo garantizo.

Las palabras me golpearon con la fuerza de un huracán. El cielo y el infierno. La promesa de la perdición más absoluta. El pulso me latía en la garganta, frenético, traicionero.

Sabía que estaba a punto de ceder, que mis barreras se estaban desmoronando frente a él, pero necesitaba una última cosa. Llevaba semanas anhelándolo, semanas siendo tomada por la fuerza, follando de espaldas, sintiendo su cuerpo pero sufriendo la ausencia de su alma. Si iba a ponerme de rodillas, si iba a entregarle esta parte de mí, necesitaba romper su muro de hielo primero.

Me alcé ligeramente sobre mis rodillas, apoyando las manos en su pecho desnudo y caliente, sintiendo el latido furioso de su corazón bajo mi palma.

—Bésame, Raffaelo —exigí. No fue una súplica. Fue un mandato nacido desde lo más profundo de mi ser.

Raffaelo se quedó paralizado por un microsegundo. Vi la guerra desatarse en sus ojos negros; el instinto de mantener la distancia chocando violentamente contra la necesidad visceral de consumirme. Trató de resistirse, pero el escudo que había mantenido levantado durante semanas finalmente se hizo polvo.

Con un gruñido ronco que nació del fondo de su pecho, bajó la cabeza y estrelló sus labios contra los míos.

El impacto fue devastador. Su beso resultó ser como un trago de agua helada y pura después de haber pasado meses enteros agonizando de sed en el desierto más cruel. Sus labios me

devoraron con una desesperación hambrienta, salvaje y posesiva. Abrí la boca, jadeando contra la suya, y su lengua invadió mi interior, saboreándome con una urgencia que me hizo soltar un sollozo ahogado. Sabía a whisky, a tabaco, a hombre y a salvación.

Me devolvió el beso con una intensidad que amenazaba con partirme el alma en dos. Sus manos abandonaron mi nuca para agarrar mi rostro, sosteniéndome como si fuera lo más preciado y frágil del universo, mientras me besaba hasta dejarme sin oxígeno, hasta que el mundo entero a nuestro alrededor desapareció por completo.

Entre nosotros hay una pasión difícil de explicar. Es del tipo de pasión que te quema el cuerpo, que te arranca la piel a tiras, pero que al mismo tiempo te hace sentir el ser más vivo del mundo. El tipo de pasión oscura, incomprensible, que no conoce límites, que te empuja a hacer cosas que jamás creías que harías, que te hace desear arder en las llamas siempre y cuando sea él quien sostenga la cerilla.

Cuando finalmente rompió el beso, ambos estábamos sin aliento. Nuestras frentes se apoyaron la una contra la otra. Sus ojos negros, ahora desprovistos de su máscara de frialdad, me miraban con una adoración tan cruda y ardiente que me desarmó por completo.

Ya no había orgullo que valiera. Ya no había resistencia.

Bajé la mirada, mis manos descendiendo por su abdomen tenso. Me acerqué a él, sintiendo el calor irradiar de su piel. Abrí los labios y, con una lentitud temblorosa, tomé la punta de su masculinidad en mi boca.

Raffaelo soltó un siseo áspero, echando la cabeza hacia atrás, los músculos de su cuello tensándose al máximo mientras sus manos volaban hacia mi cabello de nuevo.

Al principio, fui torpe. Mis movimientos eran vacilantes, inseguros, impulsados por un instinto primitivo pero carentes de experiencia. Sentí el sabor a sal, a sudor y a pura virilidad en mi lengua. Deslicé mis labios hacia abajo, intentando abarcar su grosor, sintiendo la textura de la piel y el relieve de la serpiente tatuada contra mi boca.

—Despacio, *piccola*... así... —gimió él, su voz ronca, rota por el placer.

Sus dedos se enredaron en mis mechones oscuros, no para forzarme, sino para guiarme con una firmeza protectora y exquisita. Me marcaba el ritmo con presiones suaves en mi nuca, enseñándome cómo hacerlo enloquecer. Aprendí rápido. Dejé que mi lengua trazara su longitud, succionando con más fuerza, usando mis labios para rodearlo mientras mis manos acariciaban sus muslos tensos como rocas.

—*Bravissima*, mi Reina... —murmuró, su respiración convirtiéndose en jadeos pesados—. Me vas a matar...

El sonido de sus alabanzas, ver al hombre más temido de Sicilia retorciéndose de placer bajo mis caricias, me otorgó un poder inmenso, adictivo. Me entregué por completo, olvidando el mundo exterior, el trauma, el miedo. Solo existíamos él, su calor, mi boca y la sinfonía de sus gemidos llenando la habitación.

—Ya no queda nada inocente de ti, Larissa —susurró, mirándome desde arriba, con los ojos inyectados en un deseo feroz y posesivo mientras yo seguía devorándolo—. Y eso es únicamente mi culpa. Eres mi creación más perfecta. Pero te juro... me aseguraré de que ni siquiera Dios vuelva a querer tu alma jamás. Porque no voy a permitir que seas de nadie más que mía. De ninguna otra manera. Ni en esta vida, ni en la otra.

Sus palabras eran una condena y una promesa eterna. Mi corazón latía desbocado, alimentándose de la oscuridad de sus votos. Quería ser suya. Quería que corrompiera todo lo que tocaba si eso significaba que me mantendría a su lado para siempre.

Aceleré el ritmo, succionando con devoción, sintiendo cómo los músculos de sus piernas temblaban bajo mis manos.

—Larissa... —advirtió, su voz convirtiéndose en un gruñido animal —. Larissa, para.

Pero no me detuve. Quería que se perdiera, quería romperlo de la misma manera que él me había roto y reconstruido a mí.

—¡Larissa! —rugió.

Sus manos bajaron a mis hombros y tiraron de mí hacia arriba con una fuerza abrumadora justo en el instante en el que alcanzó el clímax. Me levantó con la misma facilidad con la que habría

levantado una pluma y me arrojó sobre los cojines deshechos de la inmensa cama.

Antes de que pudiera tomar aire, él ya estaba sobre mí.

Me atrapó entre sus brazos, hundiendo el rostro en el hueco de mi cuello, respirando mi aroma de forma errática mientras su cuerpo era sacudido por los últimos espasmos de su orgasmo. Sus brazos pesados y musculosos me envolvían, aplastándome contra el colchón, protegiéndome del mundo entero con su propia inmensidad.

Me quedé allí, acariciando el cabello oscuro en su nuca, sintiendo cómo nuestros latidos se sincronizaban poco a poco en medio del silencio que siguió a la tormenta. La humedad del sudor pegaba nuestros pechos, y el calor que compartíamos era el hogar más seguro que había conocido jamás.

Finalmente, Raffaelo se incorporó ligeramente, apoyando su peso sobre un codo para no aplastarme. Me miró desde arriba. Las sombras de la habitación resaltaban los ángulos perfectos y afilados de su rostro. Levantó una mano y, con el dorso de sus nudillos, acarició mi mejilla, apartando un mechón de pelo húmedo de mi frente. Su tacto era de una ternura tan extrema, tan atípicamente suya, que hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas.

—Eres la mujer más guapa que he visto en mi puta vida —confesó, su voz profunda, suave, carente de cualquier cinismo. Sonaba a una rendición absoluta.

Una pequeña sonrisa, temblorosa e incrédula, se dibujó en mis labios. Intenté aligerar la intensidad abrumadora del momento, sintiéndome vulnerable bajo el peso de su adoración.

—Apuesto a que has visto unas cuantas... —susurré, desviando ligeramente la mirada, recordando por una fracción de segundo a las Alenas de su pasado.

La mano de Raffaelo viajó desde mi mejilla hasta mi mandíbula, obligándome a mirarlo de nuevo. Sus ojos negros ardían con una honestidad tan brutal y desgarradora que me dejó sin aire en los pulmones.

—Estaría dispuesto a borrarme la memoria entera para que seas la única de la que me acuerde, Larissa —dijo, pronunciando cada

palabra como si estuviera grabando un pacto de sangre en mi piel—. No te puedo comparar con nadie más, porque para mí no existe nadie más. Tu belleza no tiene igual en este mundo. Ni por fuera, ni por dentro.

Tragué saliva, mis labios temblando ante la magnitud de su confesión.

—Raffaelo... —murmuré, abrumada.

—Déjame terminar —me interrumpió con suavidad, su pulgar acariciando mi labio inferior—. He sido un hijo de puta contigo. He intentado alejarte, he intentado castigarme a mí mismo a través de ti porque estaba aterrorizado de la forma en que me haces sentir. Pero se acabó. Si me dices que tienes frío, quemaré el jodido mundo entero solo para que te llegue el calor de las llamas.

Mi pecho se agitó, las lágrimas calientes resbalando silenciosamente por mis sienes hasta perderse en el cabello. Él las limpió con sus pulgares, mirándome como si yo fuera la única luz en su oscuro universo.

—Puedo ofrecerte solo el amor de un monstruo, *piccola* —continuó, su voz ronca y cargada de una vulnerabilidad que nunca creí presenciar en el mismísimo Diablo—. Mis manos están manchadas de sangre que nunca podré lavar. Mi alma es un puto agujero negro. Pero te juro por mi vida que, en todo mi infierno, tú eres el único ángel al que siempre voy a proteger. Te lo juro, Larissa.

Un sollozo ahogado escapó de mi garganta. Llevé mis manos a sus mejillas, sintiendo la dureza de su mandíbula bajo mis palmas.

—Porque esta maldita cosa que empezó a latir en mi pecho —tomó mi mano y la colocó plana sobre su lado izquierdo, donde su corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas—, y que todo el jodido mundo llama corazón... empezó a latir por ti, maldita sea. Estaba muerto antes de que entraras a mi vida.

—Tú también me devolviste a la vida... —susurré entre lágrimas.

—No sé qué es el amor, Larissa —confesó, apoyando su frente contra la mía, cerrando los ojos como si el peso de sus propios sentimientos lo estuviera aplastando—. No sé qué siente un hombre normal cuando se enamora. No sé cómo se supone que deba hacerlo. Pero sé que cuando no estás cerca de mí, me convierto en

nadie. En una sombra. En un hombre perdido que sabe, con una certeza absoluta, que jamás encontrará su lugar bajo este cielo si tú no estás bajo él.

Mis brazos rodearon su cuello con desesperación, atrayéndolo hacia mí, fundiéndome con su cuerpo. No me importaba la sangre de sus manos, ni el imperio de terror que gobernaba, ni la oscuridad que amenazaba con devorarnos a ambos. En sus brazos, no era la moneda de cambio de mi padre, ni la víctima de un psicópata, ni una prisionera.

En sus brazos, era la dueña absoluta del monstruo más temido de Sicilia.

—Bésame otra vez —le supliqué, llorando de pura felicidad, aferrándome a su espalda.

Raffaelo me besó. Me besó con una ternura infinita, reverencial, borrando las cicatrices invisibles que aún me atormentaban, sellando su promesa en mis labios y reclamando mi alma para toda la eternidad.

Y mientras me perdía en el sabor de sus labios y en el calor de su abrazo, supe que no había lugar en el cielo ni en el infierno en el que prefiriera estar.

Estaba exactamente donde pertenecía. En los brazos del hombre que, en teoría, debía odiar. Pero al que, irremediablemente, amaba con cada latido de mi corazón.



43

RAFFAELO

Esa misma noche, no dejé que se quedara en esa casa ni un segundo más.

El exilio había terminado. Los muros de hielo se habían derretido y, al hacerlo, me di cuenta de la inmensa estupidez que había sido intentar mantenerla alejada de mi oscuridad. Ella no le temía a mis sombras; ella bailaba en medio de ellas con una corona forjada en fuego.

Enzo cargó las pocas pertenencias que Larissa había acumulado en la casa de seguridad, mientras yo la llevaba de la mano hacia el *Maybach*. El trayecto hasta mi mansión, hasta nuestro verdadero hogar, estuvo envuelto en un silencio denso, pero esta vez, carente de tensión. Era un silencio cargado de paz, una paz que no había sentido en toda mi maldita vida. Cuando cruzamos las inmensas puertas de roble de la propiedad, la luz de la luna iluminaba la fachada de piedra caliza, pero para mí, la única luz que importaba iba sentada a mi lado.

La llevé en brazos hasta *nuestra* habitación, ignorando sus suaves protestas de que podía caminar. La deposité en el centro de la inmensa cama de sábanas negras, el único lugar donde siempre debió haber estado. Nos quedamos dormidos abrazados, mi rostro hundido en su cabello, respirando su aroma a vainilla y jazmín como si fuera el oxígeno que me había faltado durante treinta años.



A la mañana siguiente, me desperté antes de que el sol terminara de asomar por el horizonte.

La luz grisácea del amanecer se filtraba por los inmensos ventanales, delineando las curvas suaves de Larissa bajo las sábanas. Estaba recostada sobre su estómago, con el rostro ladeado, los labios ligeramente entreabiertos y la respiración acompasada. La marca purpúrea en su cuello, *mi* marca, latía con un contraste salvaje contra la palidez de su piel.

Me quedé observándola durante largos minutos, sintiendo cómo ese órgano inútil y endurecido que llevaba en el pecho se contraía con una fuerza dolorosa. El peso de lo que sentía por ella era abrumador. Me incliné lentamente y presioné mis labios contra su hombro desnudo, saboreando el calor de su piel, y luego subí hasta depositar un beso suave y reverencial en su sien.

Ella se removió ligeramente, soltando un suspiro somnoliento, y sus inmensos ojos azules se abrieron a medias, encontrándose con los míos. Una sonrisa perezosa, dulce y devastadora, curvó sus labios.

—Buenos días, *amore mio* —murmuró, su voz ronca por el sueño.

Acaricié su mejilla con el dorso de los nudillos, apartando un mechón de su frente.

—Buenos días, *mia regina* —respondí en un susurro grave—. Tengo que salir. Hay un asunto que debo zanjar hoy mismo.

El ceño de Larissa se frunció levemente, la preocupación asomando de inmediato en sus pupilas. Se incorporó apoyándose en los codos, la sábana resbalando y dejando al descubierto la perfección de sus pechos. Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no volver a meterme en la cama y follarla hasta el mediodía.

—¿Es peligroso? —preguntó, su voz perdiendo el rastro de sueño.

Negué con la cabeza, acercándome para besar la comisura de sus labios.

—No. Es solo basura del pasado que lleva demasiado tiempo pudriéndose.

Ella asintió, alzando la mano para acariciar mi mandíbula áspera. El tacto de sus dedos me ancló al suelo. La miré a los ojos, dejando caer la última barrera de mi alma, rindiéndome a la única verdad absoluta que gobernaba mi existencia.

—*Ti amo*, Larissa.

Las palabras salieron de mi boca con una naturalidad que me asustó y me liberó al mismo tiempo. Era la primera vez que las pronunciaba. Vi cómo sus ojos se cristalizaban, cómo el aire abandonaba sus pulmones por el impacto de mi confesión. Antes de que pudiera responder, antes de que mis propios demonios me hicieran cuestionar mi cordura, me separé y salí de la habitación.



El olor a humedad y a salitre inundaba el habitáculo del todoterreno blindado.

Conducíamos hacia la costa norte, alejándonos del centro de Palermo, adentrándonos en una zona industrial abandonada donde el óxido devoraba las viejas fábricas. Enzo iba al volante, manteniendo la vista fija en la carretera, respetando mi silencio sepulcral.

Mi mente no estaba en el camino; estaba a doscientos metros bajo tierra, en un búnker de hormigón armado donde llevaba dos años encerrando a mi mayor fantasma.

Tomasso Moretti.

Mi tío. El hermano de mi padre. La misma sangre, la misma herencia, el mismo puto apellido. El hombre que había vendido a su propia familia por codicia, orquestando el asesinato de mis padres y me convirtió en el monstruo que soy hoy.

Cuando descubrí su traición hace doce años, lo despojé de todo. Y desde hace dos años lo tenía encerrado. Pero nunca lo maté. Y lo que era aún más patético: en estos dos jodidos años, nunca había sido capaz de bajar a verlo.

Era un secreto que me devoraba por dentro. No podía enfrentarlo. No porque le tuviera miedo, sino porque su rostro, sus facciones afiladas, la forma de sus cejas oscuras y el tono de su voz... eran una copia casi exacta de los de mi padre.

Saber que compartían el mismo código genético me enfermaba. Matarlo, torturarlo, mirarlo a los ojos y ver la agonía en su rostro...

sentía que sería como torturar a mi propio padre. El bloqueo psicológico había sido tan denso que había preferido dejarlo en manos de mis hombres para torturarlo y al mismo tiempo que lo mantuvieran con vida.

Pero ya no más.

Tenía que acabar con él de una vez por todas para cerrar ese capítulo, para no dejar cabos sueltos, para limpiar mi imperio antes de que mi mujer se sentara definitivamente a mi lado en el trono.

—Hemos llegado, *Don* —anunció Enzo, deteniendo el coche frente a unas inmensas puertas metálicas oxidadas.

Asentí en silencio. Salí del vehículo. El sol de la mañana picaba en la piel, pero el aire que salía de las rejillas de ventilación del búnker subterráneo helaba la sangre. Dos de mis hombres, armados con rifles de asalto, abrieron el pesado portón de acero.

Comenzamos a descender por una escalera de caracol de hormigón en bruto. Cada paso resonaba con un eco sordo. El olor a putrefacción, a heces secas y a desesperación se hizo más agudo a medida que avanzábamos. Encendí un cigarrillo, dándole una calada profunda para llenar mis pulmones de tabaco negro y bloquear la peste del lugar.

Llegamos al último nivel. Un pasillo iluminado por luces fluorescentes parpadeantes nos condujo hasta la última celda. Enzo introdujo la llave en la cerradura blindada y tiró de la manivela. La puerta gruñó al abrirse.

El interior de la celda era un cubo de cuatro por cuatro, sin ventanas, con una cama de hierro oxidado y un inodoro metálico en la esquina. Y allí, acurrucado en el suelo, estaba Tomasso.

El impacto fue brutal. Mi respiración se atascó un milisegundo en la garganta.

Estaba demacrado. La piel, de un color grisáceo y enfermizo, colgaba de sus huesos. Su cabello, antes negro y peinado hacia atrás, ahora era una maraña blanca, grasienta y sucia. Pero incluso bajo la capa de miseria, los ángulos de su rostro, esos ojos hundidos y esa nariz aguileña eran el vivo reflejo de mi padre. Un latigazo de repulsión y dolor me recorrió la columna, pero cerré los puños, obligando a la fría ira a aplastar a los fantasmas.

Tomasso levantó la pesada cabeza. La luz del pasillo lo cegó por un instante, pero cuando sus pupilas se ajustaron y me reconoció en el umbral, no lloró ni suplicó de inmediato. Una risa seca, rota, como el crujido de hojas muertas, raspó su garganta.

—Vaya... te has dignado a aparecer, sobrino —dijo, tosiendo y escupiendo saliva espesa al suelo de hormigón—. ¿Qué pasa? ¿Querías convencerte de que sigo vivo o venías a comprobar si tus perros cumplen con mis raciones de miseria?

Di dos pasos hacia el interior de la celda, mi imponente figura proyectando una sombra negra que lo cubrió por completo. Di otra calada a mi cigarrillo y tiré la colilla al suelo, aplastándola lentamente con la suela de mi zapato de cuero italiano.

—Han pasado dos años, Tomasso —dije, mi voz vacía de cualquier emoción, gélida, cortante—. Dos años en los que te he dejado pudrirte en este agujero. Y te aseguro que ha requerido toda mi puta fuerza de voluntad no bajar aquí antes a arrancarte la piel a tiras.

Tomasso se arrastró por el suelo hacia mis pies. El sonido de sus cadenas arrastrando contra el hormigón me revolvió el estómago. Se aferró al bajo de mis pantalones, llorando lágrimas sucias que limpiaron surcos en su rostro lleno de mugre.

—Perdóname... te lo suplico, Raffaelo. Soy la sangre de tu padre... soy tu familia.

Lo pateé en el pecho con fuerza, enviándolo de espaldas contra la pared de hormigón. El golpe sordo fue seguido por un ataque de tos agónica.

—¡No te atrevas a mencionar a mi padre, hijo de puta! —rugí, la compostura resquebrajándose por la ira acumulada—. ¡No te atrevas a hablar de familia!

Me acerqué a él, agarrándolo por el cuello de su camisa andrajosa, y lo levanté hasta dejarlo casi suspendido, su rostro patético a milímetros del mío. El olor a mierda y a miedo que desprendía era nauseabundo, pero no aparté la mirada. Lo obligué a mirarme a los ojos.

—Necesito respuestas, Tomasso. Y me las vas a dar ahora mismo, o te juro que te cortaré los párpados y te dejaré mirando a esos

focos hasta que se te quemen las putas retinas —siseé, destilando veneno—. ¿Por qué? ¡Dime por qué lo hiciste! ¡Erais hermanos! ¡Él confiaba en ti ciegamente! ¿Por qué los has matado?

Tomasso sollozó, temblando entre mis manos. Su mirada, idéntica a la del hombre que me crio, estaba llena de una cobardía repulsiva.

—¡Tú no lo entiendes! —lloriqueó, escupiendo saliva—. ¡Él lo tenía todo! El respeto, el título de *Don*, a tu madre... Siempre fui la sombra. Siempre fui el segundo. El segundo al mando. El hermano de repuesto. ¡Era ambición, Raffaelo! ¡En este mundo, si no apuñalas, te apuñalan!

Apreté mis manos alrededor de su cuello, cortándole la respiración por unos segundos, sintiendo su pulso errático bajo mis dedos.

—Por ambición —murmuré, procesando la estupidez y la bajeza de su motivación. Todo el dolor, la pérdida de mi familia, mi transformación en un sociópata... todo por la puta envidia de un cobarde de mierda.

Lo solté, dejándolo caer al suelo como la basura que era. Saqué la Beretta de mi sobaquera. El sonido del seguro al quitarse rebotó en las cuatro paredes.

—Mátame ya —suplicó de pronto, su voz quebrándose, incapaz de soportar un segundo más en la prisión que creé para él—. Hazlo ya, maldita sea. No lo aguanto más.

Tomasso levantó la barbilla, mirándome con una última chispa de orgullo venenoso.

—Puedes gobernar todo lo que quieras, Raffaelo. Pero cada vez que te mires al espejo, verás la misma sangre maldita que corre por mis venas. Eres igual que yo. Un monstruo capaz de destruir a los suyos por una puta corona.

Mi pulso no tembló. El hielo en mis venas se solidificó por completo.

—No —lo corté, mi voz retumbando en las paredes de hormigón de la celda, absoluta y letal—. Yo destruyo a las ratas para proteger a los míos. Mi padre confió en ti. Te dio su espalda.

Apunté directamente al centro de su frente sucia y arrugada. Ya no veía a mi padre en él. Ya no veía ningún fantasma que me atara al pasado.

—Se acabó, Tomasso. Hoy cierro el último capítulo de tu puta y patética existencia. Saluda a mi padre en el infierno de mi parte.

Apreté el gatillo.

El estallido atronador sacudió el aire asfixiante de la celda. El cráneo de Tomasso se partió y su cuerpo se desplomó como un fardo de ropa vieja contra el suelo, dejando un rastro carmesí resbalando por la pared de hormigón.

El pitido en mis oídos se mezcló con el silencio absoluto que siguió. Respiré hondo. El peso de cien toneladas que llevaba cargando sobre la espalda desde la muerte de mi padre se evaporó de inmediato.

Me giré hacia Enzo, guardando el arma en su funda, sintiendo por fin que el aire entraba limpio en mis pulmones.

—Quiero una limpieza total de esta celda, Enzo —ordené con frialdad—. Saca esa basura de aquí. Deshazte del cuerpo en ácido o tíralo a los cerdos, me da igual cómo lo hagas. Pero que no quede ni una puta célula suya en este mundo.



El sol ya estaba cayendo, tiñendo el cielo de Palermo de naranjas y púrpuras cuando el *Maybach* cruzó las puertas de mi propiedad.

Entré en casa por el inmenso recibidor principal y noté al instante que el aire olía diferente. Ya no había rastro de esa frialdad metálica y solitaria; olía a flores frescas, a jazmín, a vida. Me desabroché los primeros botones de mi camisa oscura, dejando escapar el calor sofocante del verano siciliano, y me froté la nuca, sintiendo cómo el cansancio mental de los últimos años se hacía por fin presente. Estaba desesperado por sacarme de encima el olor a muerte y traición que se me había pegado en los pulmones.

Escuché unos pasos rápidos bajando la inmensa escalera de mármol. Alcé la mirada y mi corazón dio un vuelco doloroso de pura adoración.

Larissa llevaba un pantalón corto de seda y una de mis camisas blancas abotonada a medias, que le quedaba inmensa y caía sobre sus muslos. Su cabello oscuro estaba suelto, cayendo en cascada sobre sus hombros. Bajó las escaleras segura de su lugar en *nuestra* casa y en mi vida.

—Has vuelto —dijo, deteniéndose a unos pasos de mí. Sus ojos escanearon mi rostro, mis hombros tensos, mis nudillos manchados ligeramente con polvo y ceniza.

Asentí, sin poder apartar la vista de ella.

—He vuelto.

Ella acortó la distancia, levantando las manos para colocarlas sobre mi pecho. Su tacto fue suave, buscando reconfortarme, como si pudiera leer las ruinas que aún humeaban en mi mente.

—¿Qué ha pasado, Raffaelo? —preguntó en un susurro grave, acariciando con su pulgar la tela de mi camisa sobre mi corazón.

Cerré los ojos, apoyando mi frente contra la suya, absorbiendo su calor.

—He enterrado al último fantasma de mi pasado —confesé, mi voz sonando ronca y vacía de energía—. Tomasso Moretti. El hombre que traicionó a mis padres. Lo he tenido encerrado durante dos años porque su cara... era idéntica a la de mi padre. No podía mirarlo y apretar el puto gatillo hasta hoy.

Larissa contuvo la respiración, sus manos apretando la tela de mi camisa.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión hoy?

Abrí los ojos para mirar directamente a sus pozos azules, perdiéndome en ellos.

—Tú. Porque antes de ti, mi única razón para respirar era la venganza. Pero hoy... hoy me di cuenta de que no podía seguir teniendo fantasmas del pasado cuando te tengo a ti esperándome en el presente. Quería limpiar mi mundo de fantasmas para poder construir el nuestro.

Ella no dijo nada más. Se alzó de puntillas y me besó. Fue un beso lento, profundo, cargado de una devoción que amenazaba con volverme loco. Me tomó de la mano y me guio escaleras arriba. Sin

prisa, sin órdenes. Solo ella liderando el camino para limpiar mis heridas invisibles.

Sin embargo, en el instante en que cruzamos el umbral de nuestra habitación y la pesada puerta de roble se cerró a nuestras espaldas, la actitud comprensiva de mi mujer se esfumó.

Larissa se soltó de mi agarre, se dio la vuelta y se cruzó de brazos sobre el pecho. Sus ojos azules, hace un segundo llenos de devoción, ahora me fulminaban con un reproche afilado.

Fruncí el ceño, divertido y cautivado a partes iguales por sus bruscos cambios de humor. Me apoyé contra la puerta, esperando.

—Hay algo que todavía tenemos que aclarar, Raffaelo —exigió, alzando la barbilla con orgullo.

—¿Ah, sí? Sorpréndeme.

—Gia. Me he enterado de que no la dejaste venir a visitarme ni una sola vez mientras estuve en esa casa. Sé que te lo suplicó —me acusó, dando un paso hacia mí—. Sabías lo sola que me sentía. ¿Por qué fuiste tan egoísta de aislarme de ella? Quiero una explicación.

La pura osadía de exigirme explicaciones me encendió la sangre. Bajé la mirada, recorriendo con descaro la línea de sus piernas desnudas que asomaban por debajo de mi camisa blanca, antes de volver a clavar mis ojos en los suyos.

Me separé de la puerta y acorté la distancia con pasos de depredador, deteniéndome tan cerca que pude sentir el calor de su indignación.

—Desnúdate antes de discutir conmigo —le ordené, mi voz bajando una octava, ronca y cargada de intenciones oscuras.

Larissa abrió la boca para protestar, el fuego de la rebeldía brillando en sus pupilas, pero levanté una mano y desabroché con lentitud el primer botón de la camisa que llevaba puesta, silenciándola. Me incliné hasta rozar mis labios con la piel sensible de su cuello.

—Te voy a dejar ganar todas las discusiones, *mia regina* —le susurré, mi aliento quemando su clavícula—. Pero lo vas a hacer mientras te miro y te devoro para obtener tu perdón.

Antes de que pudiera articular una palabra de protesta, me dejé caer de rodillas frente a ella. Mis manos se cerraron sobre la

cinturilla del pantalón corto de seda que llevaba y lo tiré hacia abajo junto con su ropa interior de un solo movimiento, despojándola de cualquier barrera.

Larissa soltó un jadeo de sorpresa, agarrándose instintivamente a mis hombros para no perder el equilibrio.

—Raffaelo... —intentó advertirme, su orgullo librando una última y fútil batalla.

Pero no le di tregua. Separé sus muslos y hundí mi rostro en su centro. El sabor dulce y embriagador de su excitación me golpeó los sentidos, nublándome la razón. Mi lengua trazó su intimidad con una posesividad hambrienta, devorándola exactamente como le había prometido.

Mantuve mi mirada clavada en la suya desde abajo. Quería ver cómo el enfado en sus ojos azules se derretía, cómo la furia y el reproche se transformaban en un incendio de puro deseo.

Mis manos se aferraron a la parte trasera de sus muslos, inmovilizándola mientras la castigaba y la adoraba al mismo tiempo con mi boca. Succioné y lamí con un ritmo implacable, obligándola a abrirse más para mí, saboreando los gemidos rotos que empezaron a escapar de sus labios y a llenar el silencio de la habitación.

Sus dedos se enredaron en mi cabello oscuro, tirando de él sin compasión mientras sus piernas comenzaban a temblar de forma incontrolable.

—Perdonado... —sollozó, su voz rota, completamente rendida ante el castigo—. Estás perdonado...

Aceleré el ritmo sin piedad. Larissa ahogó un grito, arqueando la espalda justo antes de estallar contra mis labios con un orgasmo violento que la dejó sin aliento. Bebí cada gota de su rendición, saboreando mi victoria, antes de levantarme, tomarla en brazos y arrojarla sobre el colchón.

Horas más tarde, la oscuridad total de la noche había envuelto la habitación, rota únicamente por la tenue luz dorada de la luna que se colaba por los ventanales.

El ambiente estaba cargado de sudor, de respiraciones rotas y de la electricidad estática de nuestros cuerpos rozándose. Estaba situado sobre ella, sosteniendo mi peso con los antebrazos apoyados a ambos lados de su cabeza. Larissa estaba tumbada boca arriba en el centro de la cama deshecha, con el cabello esparcido por las almohadas y la piel brillante, empapada en deseo.

Mis caderas estaban presionadas contra las suyas, la cabeza de mi erección rozando la ardiente humedad de su entrada, provocándola, torturándola, pero negándome a hundirme por completo.

—Raffaelo... —gimió ella, arqueando la espalda, intentando atraparme, moviendo las caderas con una desesperación que me encendió la sangre.

Yo retrocedí un milímetro, frotando la sensibilidad de su centro, haciéndola temblar de pura agonía. Mis ojos negros bajaron hasta encontrarse con los suyos. Quería ver su límite. Quería que dejara a un lado todo el control y me pidiera que la devorara.

—Quiero oírte suplicar que me mueva —le susurré al oído, mi voz una vibración grave y animal—. Quiero que me supliques que te dé más.

Larissa jadeó, clavando sus uñas en mis hombros, su pecho subiendo y bajando con violencia. A pesar de su estado febril, su orgullo era tan letal e inquebrantable como el mío.

—¿Me lo vas a dar? —me retó, la respiración entrecortada pero la mirada encendida en fuego.

Una sonrisa depredadora asomó a mis labios. Me encantaba este puto juego. Me encantaba la fiera que había en ella. Bajé mi mano grande y la coloqué en su cuello. La presión fue firme, calculada, apretando ligeramente su garganta, clavando mis dedos con precisión en su piel suave para dejar claro quién era el puto dueño de su oxígeno y de su placer.

—Suplícamelo —ordené, oscuro, implacable, rozando de nuevo su entrada pero sin concederle el alivio que su cuerpo lloraba.

Los ojos azules de Larissa se dilataron. El desafío brilló en sus pupilas como un relámpago en plena tormenta.

—¡Dame lo que quiero! —exigió, su voz ronca y llena de una autoridad rabiosa.

Y antes de que pudiera parpadear, antes de que pudiera procesar su rebeldía, Larissa levantó las caderas con fuerza, chocando su pelvis contra la mía en el preciso instante en que la gravedad y su propio empuje jugaron a su favor. Engulló toda mi polla en su interior de un solo golpe, brutal y aplastante.

El impacto fue tan profundo, tan ajustado y caliente, que un gruñido ronco y desgarrador me rasgó la garganta. Eché la cabeza hacia atrás, apretando los dientes, sintiendo cómo cada nervio de mi cuerpo estallaba en mil pedazos por la intensidad de su interior rodeándome por completo.

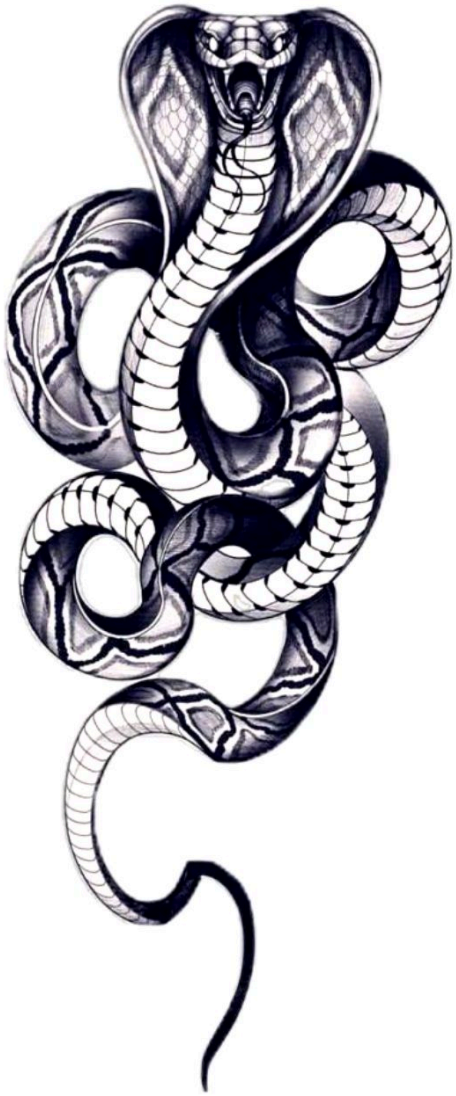
—¡O lo cogeré yo misma, a mi manera! —jadeó Larissa contra mis labios, sus manos agarrando mi cabello, tirando de mí hacia ella con una fiereza que me destrozó el raciocinio.

Una carcajada áspera, teñida de dolor y puro éxtasis, escapó de mi boca. Había perdido. Y nunca en mi maldita vida había deseado tanto perder una batalla.

Solté su cuello para agarrar sus caderas. La levanté ligeramente sobre las sábanas y comencé a embestirla con una violencia castigadora, salvaje y devota.

—Hazlo a tu jodida manera, *regina mia* —gruñí contra su boca, fundiendo nuestras respiraciones mientras el mundo entero desaparecía—. Cógeme. Soy todo tuyo.

La habitación se llenó del sonido húmedo de nuestra piel chocando, de nuestros gemidos mezclándose en la oscuridad, de la confirmación física y absoluta de que ella no solo había conquistado mi corazón, sino que había puesto de rodillas al Diablo de Sicilia, encadenándolo a su alma para toda la puta eternidad.



EPÍLOGO

epílogo

RAFFAELO

5 AÑOS DESPUÉS

El sonido hueco del cuerpo desplomándose contra el suelo del almacén apenas resonó por encima de la lluvia que azotaba el techo de chapa. Miré la sangre que manchaba mis nudillos y saqué un pañuelo de seda del bolsillo interior de mi chaqueta para limpiarme con parsimonia.

El traidor que yacía a mis pies había intentado desviar un cargamento de armas en el puerto de Catania. Un error de cálculo que le había costado los dientes y, finalmente, la vida.

—Limpia este desastre, Enzo —ordené, tirando el pañuelo manchado de carmesí sobre el cadáver—. Y asegúrate de que su familia reciba el mensaje. Nadie roba a la *Cosa Nostra*.

—Sí, *Don* Raffaelo —asintió Enzo, haciendo una señal a los hombres que esperaban en las sombras.

—¿El coche está listo? —Miré el reloj de platino en mi muñeca. Las diez de la mañana. Una punzada de urgencia me atravesó el pecho—. Tengo prisa. Me esperan en casa.

Salí del almacén a paso rápido, ignorando el olor a pólvora y muerte que quedaba atrás. Hoy no era un día para la mafia. Hoy, el imperio entero podía arder hasta los cimientos si era necesario, porque mi única prioridad me estaba esperando en la mansión.

Cinco años. Habían pasado cinco putos años desde que Larissa y yo derribamos nuestros muros. En este tiempo, mi poder sobre Sicilia se había vuelto absoluto, indiscutible e inquebrantable. Pero mi mayor logro, mi mayor orgullo, no era el trono de sangre que ocupaba, sino la mujer que se sentaba a mi lado.

Hoy, Larissa se graduaba como arquitecta.

Cuando el *Maybach* cruzó las puertas de la mansión, subí las escaleras de dos en dos. El olor a café recién hecho y a su perfume de vainilla y jazmín inundaba los pasillos, borrando cualquier rastro de oscuridad de mi mente. Pero al entrar en nuestro inmenso dormitorio, la encontré apoyada contra el lavabo del baño, pálida y enjuagándose la boca.

—*Piccola*... —murmuré, acercándome rápidamente para apartarle el cabello del rostro—. Otra vez no.

Llevaba días vomitando. Cada mañana era la misma historia. Mi pecho se oprimía de una forma enfermiza cada vez que la veía sufrir; estaba a un paso de secuestrar a los mejores médicos de toda Italia para que me dijeran qué demonios le pasaba.

—Estoy bien, Raffaelo... —susurró, apoyando la frente contra mi pecho mientras yo la rodeaba con mis brazos protectores—. Son solo los nervios. Es la graduación. Llevo cinco años esperando este día.

Le besé la coronilla, respirando su aroma, obligándome a calmar el instinto de envolverla en plástico de burbujas.

Media hora después, Larissa estaba despampanante. Llevaba un vestido elegante y ajustado bajo la toga negra de graduación. Yo decidí conducir personalmente el *Audi R8* negro para llevarla a la universidad, dándole a Enzo el día libre. Quería tenerla a solas.

El rugido del motor llenó el habitáculo, pero no fue suficiente para ocultar cómo Larissa se mordía el labio inferior, moviendo la pierna con ansiedad mientras miraba por la ventanilla.

—Vas a hacer un agujero en el suelo del coche si sigues moviendo el pie así —murmuré, con una sonrisa de lado, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y si me tropiezo al subir al escenario? ¿Y si me quedo en blanco? Raffaelo, hay demasiada gente...

Suspiré, bajando mi mano derecha del volante. Deslicé mis dedos directamente sobre su muslo desnudo, levantando sutilmente la tela de su vestido. Larissa dio un pequeño respingo.

—Raffaelo... ¿qué haces? Estás conduciendo.

—Relajarte —sentencié.

Mis dedos expertos se deslizaron bajo la tela de sus bragas, encontrando su centro ya húmedo y palpitante. Larissa ahogó un gemido, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás contra el asiento. Conducía por las sinuosas carreteras de Palermo con la mano izquierda, mientras con la derecha reclamaba lo que era mío. Mi pulgar encontró su clítoris, frotando con una presión rítmica, firme y calculada, mientras dos de mis dedos se hundían en su estrechez caliente.

El olor a su excitación llenó el coche. Se retorció bajo mi tacto, su respiración convirtiéndose en jadeos rotos que me volvieron loco.

—Raffaelo, por Dios... —gimió, clavando las uñas en el cuero del asiento.

—Concéntrate en mi mano, *regina mia*. No vas a tropezarte. Vas a subir a ese puto escenario como la dueña del mundo, porque eso es lo que eres.

Aceleré el ritmo de mis dedos. Ella arqueó la espalda, su pecho subiendo y bajando con violencia, y justo cuando giré el volante para entrar en el aparcamiento privado de la universidad, Larissa se rompió. Se corrió en mi mano con un grito ahogado, temblando de pies a cabeza, empapándome los dedos mientras sus muslos se apretaban con fuerza alrededor de mi muñeca.

Aparqué el coche y apagué el motor. El silencio cayó sobre nosotros, roto solo por su respiración agitada y su pecho subiendo y bajando. Levanté mi mano derecha y me llevé los dedos a los labios, chupándolos uno por uno para saborear su esencia lentamente, mirándola con una sonrisa depredadora.

Larissa me miró, con las mejillas encendidas y los ojos brillando con esa adoración que me derretía.

—Gracias —susurró, todavía recuperando el aliento.

Me incliné hacia ella, rozando mis labios con los suyos.

—¿Por el orgasmo o por traerte? —ronroneé.

Ella soltó una carcajada cristalina, golpeándome suavemente el pecho. La ansiedad había desaparecido por completo de su rostro.

—Ve y conquista el mundo, mia architetta. Yo ya estoy conquistado.

El resto de la mañana fue un triunfo absoluto. Verla subir a ese escenario para recoger su diploma de arquitectura fue uno de los momentos más putamente orgullosos de mi vida. Había visto a esa mujer destrozada, vendida y humillada, y ahora, se alzaba victoriosa, con un título en la mano y el mundo a sus pies. Cuando bajó del escenario, la esperé saltándome todo el protocolo. No me importaban las miradas del rector ni de los decanos. La envolví en mis brazos frente a todos y le entregué un ramo gigante, monstruosamente inmenso, de rosas de todos los colores.

—Estoy tan orgulloso de ti que me duele el pecho, *piccola* —le susurré contra el pelo, besándola frente a todo el auditorio.



Horas más tarde, ya de vuelta en la seguridad y el lujo de nuestra mansión, me encontraba en mi despacho. La celebración había sido íntima, pero la mafia nunca dormía. Tenía al alcalde de Palermo en la línea, discutiendo los permisos de construcción que Larissa necesitaba para su primera gran firma de arquitectura.

Estaba sentado en mi sillón de cuero, con el teléfono en la oreja, escuchando las excusas patéticas del político, cuando las pesadas puertas dobles se abrieron.

Larissa entró. Se había quitado la toga y el vestido, y ahora llevaba una de mis camisas oscuras desabrochada peligrosamente, mostrando su lencería de encaje rojo. Caminó hacia mí con una lentitud felina, una sonrisa traviesa y letal curvando sus labios. Sabía perfectamente que estaba en una llamada importante, pero le importaba una mierda. Era la Reina. Hacía lo que le daba la gana.

Se acercó a mi silla, se sentó a horcajadas sobre mis muslos y me miró a los ojos. El político seguía hablando por el auricular.

La mano de mi mujer bajó lentamente hasta la cremallera de mi pantalón.

Pulsé el botón de silencio en la pantalla del teléfono, mis ojos negros destilando una advertencia que solo consiguió excitarla más.

—Si no te portas bien, te follaré con todas mis fuerzas, y cuando grites, la persona con la que estoy hablando por teléfono sabrá exactamente qué te estoy haciendo en este preciso instante —le gruñí al oído, mi voz ronca y vibrando de pura excitación.

Larissa me sostuvo la mirada, bajando la cremallera con total descaro.

—Me da igual —susurró. Su mano cálida se deslizó bajo la tela de mi pantalón, envolviendo mi erección, haciéndome apretar la mandíbula hasta el límite.

El instinto de dominación estalló en mis venas. Alejé el teléfono de mi rostro, desactivé el silencio y pulsé el botón de altavoz, dejando el aparato sobre el escritorio. La voz del alcalde llenó el despacho. Con una rapidez letal, deslicé mi mano libre bajo su braga de encaje, encontrando su humedad de inmediato.

—Te importará cuando gimas mi nombre con ganas y me supliques que me corra, y yo seguiré dándote placer hasta que no lo aguantes más —le siseé contra los labios, mi pulgar castigando su centro sin piedad—. Así que estate quieta o te vas a arrepentir. Muérdeme si quieres —le metí dos dedos en la boca, sintiendo el calor húmedo de su lengua envolviéndolos—, pero no saques ni un puto sonido.

Mientras la voz nerviosa del alcalde seguía debatiendo cifras por el altavoz, mi otra mano acariciaba su empapado coño. Larissa cerró los ojos, mordiendo mis dedos con fuerza para ahogar el gemido que amenazaba con rasgarle la garganta. La tensión era tan densa, el morbo de follar a mi mujer en silencio mientras cerraba un trato millonario era una droga tan adictiva, que casi pierdo la cabeza. Cuando la llamada terminó y colgué, no hubo más silencio. La devoré sobre ese mismo escritorio, haciéndole pagar su osadía de la forma más sucia, profunda y salvaje posible.



Esa misma noche, la tormenta de pasión había dado paso a una calma perfecta.

Estábamos en el inmenso balcón de nuestra habitación. La brisa cálida del Mediterráneo nos acariciaba la piel desnuda. Larissa estaba apoyada contra mi pecho, y yo rodeaba su cintura con mis brazos desde atrás, apoyando la barbilla en su hombro mientras mirábamos el cielo nocturno estrellado de Sicilia.

Ella dejó escapar un suspiro tranquilo, trazando las constelaciones con la mirada.

—Ya me dan igual cuántas estrellas caen, cuántos deseos arden —murmuró, girando un poco el rostro para mirarme, con una adoración pura e incondicional brillando en sus ojos azules—. Tú vas a ser siempre mi último deseo, Raffaelo.

El corazón me dio un vuelco doloroso. Hundí mi rostro en la curva de su cuello, aspirando su olor, aferrándola con una posesividad que cinco años no habían logrado apaciguar ni un milímetro.

—Eres como una puta adicción letal, *Donna* —confesé, mi voz profunda fundiéndose con la noche—. No te soltaré ni con plomo.

Larissa sonrió, entrelazando sus dedos con los míos sobre su estómago.

—No quiero que me sueltes nunca —respondió, profundamente enamorada—. Ya no existo sin ti.

La giré entre mis brazos para que quedáramos frente a frente. Acuné su rostro entre mis manos, perdiéndome en la inmensidad de la mujer que me había salvado de mi propio infierno.

—Tú has sido la que me completaba el imperio y yo soy el que te dio el trono que te faltaba —le dije, grabando cada palabra a fuego en su alma—. Da igual lo malo, tú solo agárrate a mí. Te lo dije: Siempre te traeré de vuelta. Tú has llenado el hueco negro que tenía dentro y ya nunca serás libre sin mi permiso. Eres mía hasta que la muerte nos separe y ni entonces te suelto.

—Tuya —juró contra mis labios, antes de sellar la promesa con un beso que sabía a eternidad.



A la mañana siguiente, el destino tenía preparada la última pieza de nuestro puto e inquebrantable imperio.

Larissa no pudo levantarse de la cama. Volvió a correr al baño, devolviendo el estómago por enésima vez en los últimos días. La ansiedad me devoró por completo. Llamé al médico privado de la familia y lo obligué a venir a la mansión de madrugada, amenazándolo con quemar su clínica si tardaba más de quince minutos.

Media hora después, Larissa y yo estábamos sentados en el borde de nuestra inmensa cama, esperando en silencio mientras el médico terminaba de analizar los resultados rápidos en la salita contigua. Tenía su mano pequeña apretada entre las mías, besando sus nudillos, aterrado de que algo malo le pasara a mi Reina.

El médico entró en la habitación con una sonrisa cautelosa, quitándose las gafas.

—Bueno, *Don* Raffaelo... *Signora* Moretti... no hay ninguna enfermedad grave. Los vómitos son completamente normales en su estado —anunció el hombre.

Fruncí el ceño, mi instinto protector disparándose.

—¿Qué estado? Habla claro, maldita sea.

El médico tragó saliva, pero amplió la sonrisa.

—La *Signora* está embarazada. De unas seis semanas. Felicidades.

El mundo entero se detuvo. El aire abandonó mis pulmones, la mansión, el planeta. Todo se quedó en un silencio absoluto. Solté el aire en un jadeo ronco. Giré el rostro hacia Larissa. Sus ojos azules estaban abiertos de par en par, llenos de lágrimas que comenzaron a desbordarse por sus mejillas mientras una sonrisa luminosa, la más hermosa que le había visto en mi puta vida, se dibujaba en sus labios.

El médico tuvo la decencia de marcharse rápidamente.

Caí de rodillas frente a ella. El temido Raffaelo Moretti, el Diablo de Sicilia, el hombre que no se arrodillaba ante nada ni nadie, cayó al suelo frente a su mujer, ocultando el rostro en su vientre aún plano.

—*Dio*... —murmuré, con la voz rota por una emoción tan vasta que amenazaba con ahogarme.

Larissa acarició mi cabello, llorando y riendo al mismo tiempo. Abracé su cintura con una fuerza desesperada, sintiendo que la vida,

que durante años solo me había dado sangre y muerte, acababa de regalarme el universo entero. Me levanté lentamente, tomando su rostro entre mis manos, secando sus lágrimas con mis pulgares, aunque mis propios ojos oscuros ardían.

—Gracias —le susurré, mi voz temblando de puro amor y devoción —. Gracias por quedarte a mi lado. Por salvarme. Por darme un hijo. *Ti amo*, mi vida. Ti amo, *regina mia*.

Larissa me miró, con el alma entera asomándose en sus ojos, envolviendo mi cuello con sus brazos para atraerme hacia ella en un abrazo que sería mi refugio por el resto de nuestros días.

—*Ti amo da morire, mio Don* —susurró, sellando nuestra historia para siempre.





"El hombre que debía odiar" ha sido un viaje intenso, oscuro y, sobre todo, transformador. Cuando empecé a dar vida a Raffaelo y Larissa, no imaginé cuánto me atraparía su historia. Raffaelo nació para ser un monstruo, pero Larissa me enseñó que incluso en el infierno más profundo, hay lugar para una devoción que lo quema todo.

Gracias a ti, lectora, por llegar hasta aquí. Gracias por darle una oportunidad a este Diablo y a su Reina, por sufrir con cada traición y vibrar con cada caricia. Los libros solo cobran vida cuando alguien los lee, y tenerte al otro lado de estas págnas es el mayor regalo que puedo recibir.

Espero que esta historia te haya leving una huella tan profunda como a mí. Si te ha gustado, no olvides dejar tu reseña o comentario; me ayuda muchísmo a seguir creciendo.

Con amor ,
ATENA S.